

calibrante

colorchecker classic

11814

52.01.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSOFICA

M. CIGES APARICIO

Y

F. PEYRÓ CARRIÓ

LOS DIOS Y LOS HÉROES

: : MITOLOGÍA POPULAR : :



ORIENTAL ▲ ▲ ▲

GRECO--ROMANA

ESCANDINAVA ▲

CELTO-IBERA ▲ ▲

AMERICANA ▲ ▲

OBRA ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

MADRID
DANIEL JORRO, EDITOR
23, CALLE DE LA PAZ, 23
1912



Reg: 6.835

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSÓFICA

M. CIGES APARICIO

Y

F. PEYRÓ CARRIÓ

LOS DIOSES Y LOS HÉROES

: : MITOLOGIA POPULAR : :



ORIENTAL † † †

GREGO--ROMANA

ESCANDINAVA †

CELTO-IBERA † †

AMERICANA † †

OBRA ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1919

M. Ciges Aparicio

Y

F. Peyró Carrío

LOS DIOSES

Y

LOS HEROES



DANIEL JORRERO

EDITOR

MADRID

—

1818

11814

Rousseau.—Emilio. Dos tomos, 7.
Ruskin.—Munera Pulveris (sobre Economía política), 2,50
 Sésamo y azucenas, 2,50.
Ruskin.—La Biblia de Amiens, 2,50
Senet.—Las estoglosias, 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
 Ensayos de Crítica y de Historia, 3,50.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Thomas (V. J.).—El sexo y la sociedad, 3.
Tissie.—Fatiga y adiestramiento físico, 4
 Los sueños, 3.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3,50.—La vida sencilla, 2,50.—Junto al hogar, 3.—Para los pequeños y para los mayores, 4.—Valor, 2,50.—A través de las cosas y de los hombres, 2,50.—Sonriendo, 2,50.
 Lo que siempre hará falta.—Por la ley a la libertad, 3.
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2,50.

Tomos de tamaño 23 x 15

André (Eloy Luis).—La Mentalidad Alemana, 8.
Baldwin.—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8.
Bourdau.—El problema de la muerte, 5.
 El problema de la vida, 5.
Bücher (K.).—Trabajo y Ritmo, 7.
Carle.—La vida del Derecho, 7.
Carlyle.—Folleto de última hora, 6.
Cellérier.—Bosquejo de una ciencia pedagógica, 5.
Cigas y Peyró.—Los dioses y los héroes, 8.
Compayra.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Crapieux-Jamin (F.).—La escritura y el carácter, 7.
Bucken.—Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo, 8.
 Los grandes pensadores, 8.
Finot.—Progreso y Dicha, 10.
Fouillee.—Temperamento y carácter, 5.
 Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Garófalo.—La Criminología, 6.
Guido Villa.—El idealismo moderno, 5.
 La psicología contemporánea, 10.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.—La irreligión del porvenir, 7.—La moral de Epicuro, 5.
Hegel.—Filosofía del espíritu, 2 ts., 9.
 Estética, dos tomos, 15.
Hoffding.—Bosquejo de una psicología, basada en la experiencia, 8.—Hist.^a de la Filosofía moderna, 2 ts., 18.—Filosofía de la Religión, 6.—Los filósofos contemporáneos, 5.

Ingenieros (F.).—Criminología, 5.
 Psicología biológica, 6.
James (W.).—Compendio de Psicología, 7.
 Principios de Psicología, 2 tomos, 20.
Janté.—Historia de la ciencia política. Dos tomos, 15.
Lagorgette.—El fundamento del Derecho y de la moral, 5.
Lanessan.—El transformismo, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lapie.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Le Dantec.—Teoría nueva de la vida, 5.
Lefevre.—Las lenguas y las razas, 5.
Loliee.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Lubbock.—Orígenes de la civilización, 7.
Maspero.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, 10.
Nathan y Durot.—Los retrasados escolares, 6.
Nordan.—Degeneración. Dos tomos, 12.
 El sentido de la Historia, 6.
Novicow (F.).—El problema de la miseria, 6 pesetas.
 La crítica del darwinismo social, 6.
Ortiz.—La identificación dactiloscópica, 7.
Payot.—Educación de la voluntad, 4.
Pearson.—La Gramática de la ciencia, 8.
Posada.—Principios de Sociología, 8.
Preyer.—El alma del niño, 8.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
 La psicología de los sentimientos, 8.
 Ensayo de la imaginación creadora, 7.
Reinach.—Orfeo, 7.
Riemann (H.).—Estética musical, 5.
Romants.—La evolución mental en el hombre, 7.
Russel Wallace (A.).—El mundo de la vida, 8 pesetas.
Sabatier.—Filosofía de la Religión, 5.
Schwagler.—Historia general de la Filosofía, 6.
Seignobos.—Historia política de Europa. Dos tomos, 15.
Spencer.—Ensayos científicos, 5.
Stuart Mill.—Lógica, 12.
Tarde.—Las leyes de la imitación, 7.
Tocqueville.—La democracia en América. Dos tomos, 14.
 El antiguo régimen y la revolución, 5.
Tylor.—Antropología, 8.
Weber (A.).—Historia de la Filosofía europea, 10.
Wundt.—Introducción a la Filosofía. Dos tomos, 10.
 Fundamentos de Metafísica. Dos tomos, 12.
 Ética. Tres tomos, 20.
Xenopol.—Teoría de la Historia, 7.

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

- Baldwin.**—EL PENSAMIENTO Y LAS COSAS, EL JUICIO Y EL CONOCIMIENTO. Traducción de Francisco Rodríguez Besteiro. Con figuras. Madrid, 1911.
- Claparède.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS. Traducción de Domingo Barnés. Con figuras. Madrid, 1907.
- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora. Con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Marie (Dr. A.)**—LA DEMENCIA. Traducción de Anselmo González. Con figuras. Madrid, 1908.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducida por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN. Traducción de Domingo Barnés. Madrid, 1910.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS. Traducido por José María González. Madrid, 1910.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse, Vaschide y Pieron.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (*Examen de sujetos*). Traducción de Ricardo Rubio, con figuras. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigouroux y Juquelier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1914.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca. Con figuras. Madrid, 1907.

Constan estos volúmenes de tomos de 350 a 500 páginas, tamaño 19 × 12 centímetros, algunos con figuras en el texto.

LOS DIOSES Y LOS HÉROES

MITOLOGÍA POPULAR

PRECIO EN RÚSTICA: 8 PESETAS

Sig.: 11814

Tít.: Los Dioses y los Héroes

Aut.: Ciges Aparicio, M

Cód.: 1001637



Publicadas en la misma Biblioteca

- Coulanges.**—*La ciudad antigua.*—Estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma. Traducción de M. Ciges Aparicio. Madrid, 1908. (Tamaño 19 × 12). Precio 4 pesetas.
- Cullerre.**—*Las fronteras de la locura.*—Versión española de Antonio Atienza y Medrano. Madrid, 1912. (Tamaño 19 × 12). 3,50 pesetas.
- Eucken.**—*Las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo.*—Versión española de Nicolás Salmerón y García. Madrid, 1912. (Tamaño 23 × 15). 8 pesetas.
- *La vida. Su valor y su significación.*—Versión española por Eloy Luis André. Madrid, 1912. (Tamaño 19 × 12). 3 pesetas.
- Ferrero.**—*Grandeza y decadencia de Roma.*—Traducción de M. Ciges Aparicio. (Tamaño 19 × 12). Precio de cada tomo, 3,50 pesetas.
- Tomo I.—La conquista.
- II.—Julio César.
- III.—Fin de una aristocracia.
- IV.—Antonio y Cleopatra.
- V.—La república de Augusto.
- VI y último.—Augusto y el Grande Imperio.
- Garófalo.**—*La Criminología.*—Estudio sobre la naturaleza del crimen y teoría de la penalidad. Versión española de Pedro Borrajo. Madrid, 1912. (Tamaño 23 × 15). 6 pesetas.
- Janet.**—*Historia de la Ciencia política en sus relaciones con la Moral.*—Obra premiada por la Academia de Ciencias Morales y Políticas y por la Academia Francesa. Traducción de D. Ricardo Fuente y D. Carlos Cerrillo. Madrid, 1910. Dos tomos. (Tamaño 23 × 15). 15 pesetas.
- Romanes.**—*La evolución mental en el hombre.*—Origen de la facultad característica humana. Traducción del inglés por Gonzalo J. de la Espada. Madrid, 1906. (Tamaño 23 × 15). 7 pesetas.
- Tocqueville.**—*El antiguo régimen y la Revolución.*—Versión castellana por R. V. de R. Madrid, 1911. (Tamaño 23 × 15). 5 pesetas.
- *La democracia en América.*—Traducción española, profusamente anotada y con prólogo por Carlos Cerrillo Escobar. Madrid, 1911. Dos tomos. (Tamaño 23 × 15). 14 pesetas.

11814

52.01.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-FILOSOFICA

M. CIGES APARICIO

Y

F. PEYRÓ CARRIÓ

LOS DIOSES Y LOS HÉROES

: : MITOLOGÍA POPULAR : :



ORIENTAL ▲ ▲ ▲

GREGO--ROMANA

ESCANDINAVA ▲

CELTO-IBERA ▲ ▲

AMERICANA ▲ ▲

OBRA ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1912



Reg: 6.835

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

PRÓLOGO

Lector: El libro que hoy te ofrece el animoso editor Jorro es una obra de vulgarización, un manual de Mitología popular. No sigas, pues, adelante, si eres un erudito ó un aficionado á la erudición, si esta clase de estudios ha consumido algunos ocios de tu vida: ningún dato nuevo para tus investigaciones hallarías aquí.

Ha inspirado este trabajo, escrito para el gran público, el propósito de facilitar el acceso al conocimiento de una materia de innegable utilidad.

El arte de la antigüedad clásica, el del Renacimiento en sus tendencias más genuínas, y aun parte importante del moderno, son incomprensibles para quien ignore las fábulas mitológicas, clave de los asuntos que tratan y cristalización del espíritu que los anima.

Lo mismo cabe decir, muy en especial, de la Literatura, cuyos medios de expresión y sugestión tanto deben al lenguaje mitológico; lenguaje ya afectado, insuficiente, incapaz de con-

ducir las vibraciones de nuestra sensibilidad sobreexcitada, pero que, aprendido, puede ponernos en comunicación con excelsos espíritus del pasado.

Además la historia, la religión, las costumbres, la vida entera de los pueblos antiguos tienen en la Mitología una ilustración y, á menudo, una explicación de las que es imposible prescindir.

Para servir, pues, á los resultados inmediatos que del estudio de la Mitología se obtienen, tratando á la vez el asunto como interesante por sí mismo—que pocos le ganan en atractivo y variadas sugerencias—hemos querido hacer un libro cuya lectura no exigiese preparación especial.

Las obras de este género no abundan, ni mucho menos, en castellano, y aunque es obligado reconocer la merecidísima aceptación, debida á excelencias de forma y fondo, que alcanzó la monumental de D. Víctor Gebhardt, *Los Dioses de Grecia y Roma*, una más, aun con todas las deficiencias de que puede adolecer la presente, creemos que no ha de ser completamente inútil.

*
* *

No se entienda que damos un tratado de creencias religiosas de los pueblos paganos. Mitología y religión no son la misma cosa. Ambas ideas deben distinguirse en teoría, por más que la práctica de los cultos no siempre las haya distinguido: sólo atendiendo á esta consideración histórica pueden estudiarse juntamente religión y mitología.

Salomón Reinach empieza con estas palabras su *Orfeo (Historia general de las religiones)*: «Se confunden con frecuencia, en el lenguaje corriente, la religión y la mitología. Cuando hablo de la religión de los griegos, por ejemplo, sé que despierto la idea de las fábulas encantadoras unas veces, burdas otras, que los poetas griegos han referido acerca de sus dioses y sus héroes. Esta confusión tiene su razón de ser y su excusa, porque en el fundamento de toda mitología hay religión, pero, cuando se está en el terreno científico, es preciso evitarla».

Decharme, en su *Mithologie de la Grece*, escribe: «La mitología y la religión, aunque hayan vivido juntas, son en realidad dos cosas distintas, á veces contradictorias, y que deben considerarse separadamente».

Zenaida A. Ragozin, coincidiendo con los autores citados, halla la diferencia en el hecho de que la religión deriva del sentimiento y la mitología de la imaginación. Habla al sentimiento—dice—el poeta accadio cuando invoca al Señor «que distingue la mentira de la verdad», «que conoce la verdad que existe en el espíritu del hombre», «que hace desaparecer la mentira», «que saca de los malos propósitos dichosos acaecimientos». Por el contrario, es un brote mitológico la frase del Génesis: «Oyeron la voz del Señor Dios que se paseaba en el jardín, con el fresco del día».

Pero, además, toda religión verdaderamente digna de este nombre se presenta como fundamento de una moral; supone una solidaridad espiritual entre el hombre y los poderes divinos; encarna en una ley que, si en la humana conciencia se revela en deber ó temor, en el dios es necesidad emanada de su misma esencia. «Si los dioses hacen algo malo, ya no son dioses», dice, en época pagana, Eurípides.

Mas la mitología es el reino de la fantasía ensoñadora, sin límite y sin freno.

Fontenelle escribe: «En todas las divinidades que los paganos han imaginado, han hecho dominar la idea del poder, y en casi ninguna atienden á la sabiduría, ni á la justicia, ni á los demás atributos que son consecuencia de la naturaleza divina.

Nada prueba mejor que estas divinidades son muy antiguas... No es, pues, de admirar que hayan imaginado varios dioses, muchas veces opuestos los unos á los otros, crueles, raros, injustos, ignorantes...

Era necesario que estos dioses tuvieran el sabor del tiempo en que fueron concebidos... Los paganos han copiado siempre sus divinidades del modelo de ellos mismos; así, á medida que los hombres han llegado á ser más perfectos, los dioses lo han sido más... Los primeros hombres han dado origen á las fábulas, sin que de ello tuvieran, por decirlo así, culpa».

La distinción, á pesar de todo, no es tan absoluta como podría creerse por las últimas frases transcritas. Sería erróneo pensar que toda creencia primitiva es mitología y que de ésta nace, merced al progreso, la religión. Porque mitología y religión nunca dejan de tener un fondo común que informa sus creaciones. Un mito puede llegar á ser un dogma, y un dogma puede adoptar la forma de leyenda.

*
* *

¿Cuál es el origen de los mitos? ¿Cuáles los primeros datos de estas historias, en general tan bellas, tan sugestivas?

Reduciremos, sintetizando, á dos las hipótesis que acerca de esta cuestión se han formulado.

Una es la que llamaremos naturista. Según los autores que la siguen, la mitología es la expresión poética de las impresiones producidas por los fenómenos de la Naturaleza en la sensibilidad virgen de los hombres primitivos.

El mundo—nuevo entonces, porque nueva era la Humanidad—con sus grandes inmensidades, con su anual renovación, con la circulante llama á cuyas lumbraradas palpita, con las fuerzas que lo surcan y los colores que lo visten, debió de romper en aquellos ojos gloriosamente la crasitud de la inconsciencia y hacer vibrar con poderoso dinamismo aquellos nervios fuertes, no cansados.

El hombre mitológico sintió que el mundo vive. Pero no interpretó esa vida como nosotros: detrás de cada forma supuso un espíritu, semejante al suyo, que la movía. Si, para Metrodoro, las aventuras divinas simbolizaban las diferentes combinaciones de los elementos en el seno de la Naturaleza, más se acerca esta idea á las concepciones modernas de la ciencia con su vasto océano hervoroso de materia y energía que á la mentalidad de la Humanidad en su infancia. El *animismo* está en el origen de todas las creaciones mitológicas.

Reinach da la siguiente explicación del animismo, viendo en el niño y en el salvaje una reproducción de la modalidad ancestral del espíritu humano:

«Podemos afirmar que el niño y el salvaje son animistas, es decir, que proyectan al exterior la voluntad que actúa en ellos, que pueblan el mundo, en particular los seres y las

cosas que les rodean, de vida y sentimientos semejantes á los suyos.

»Tan natural es en el hombre el animismo, tan difícil de desarraigar, que ha dejado huellas en el lenguaje de todos los pueblos y hasta en el de los individuos más civilizados en apariencia.

»Acabo de decir que *el animismo ha dejado huellas*; ¿no es un modo de hablar animista, como si el animismo, esa abstracción del espíritu, fuera un geniecillo, un duende cuyos pasos quedaron impresos en el suelo mojado ó en el polvo?»

Ya dueña de los datos elementales, la materia y el alma, la imaginación metamorfoseó las formas por el modelo de la humana figura y dió á los espíritus motores, como pauta de sus acciones, como trama de su conducta, luego fantásticamente recamada, los impulsos mismos del hombre, engrandecidos en una proyección heroica y triunfal.

Esto es lo que se ha llamado *antropomorfismo*.

Fontenelle escribe: «Los hombres veían muchas cosas que no hubieran podido hacer, lanzar el rayo, mover los vientos, agitar las olas del mar... Imaginaron seres más poderosos que ellos y capaces de producir estos efectos.

»Era preciso que aquellos seres estuvieran formados como los hombres; ¿qué otra figura hubieran podido tener?»

A este orden de ideas corresponde la definición del mito que da Ragozin:

«Fenómeno de la Naturaleza que se presenta, no como resultado de una ley natural, sino como acto de personajes divinos, ó al menos sobrehumanos, de poderes buenos ó malos».

Y la de Otfried Müller: «Acto inconsciente y necesario por

el que el espíritu del hombre, incapaz de abstracción, consideraba todas las cosas bajo una forma concreta y viva».

«En el mito—escribe Decharme—los diversos fenómenos del mundo exterior son concebidos como otros tantos actos individuales que tienen por autores libres seres animados, los cuales, más grandes y fuertes que el hombre, participan, sin embargo, de sus sentimientos, de sus pasiones y de toda su vida moral.

«La creación del mito implica, pues, una profunda simpatía entre la vida del alma humana y la de la Naturaleza, las que supone unidas por un estrecho parentesco. Así el mito confunde la necesidad de los fenómenos físicos con la actividad voluntaria del hombre; trata esos hechos constantes y eternos como los acontecimientos caprichosos de una historia que ha sucedido en el tiempo. En el seno de ese mundo inconsciente y de las fuerzas ciegas introduce el drama, y este drama lo cuenta con imaginación y en un lenguaje figurado cuya clave tenemos que descubrir».

En oposición á la teoría que acabamos de exponer, se presenta la interpretación histórica.

El erudito escritor Moreau de Jonnés, que ha compuesto un ensayo de reconstitución de la Historia primitiva con el título *Los tiempos mitológicos*, toma la hipótesis naturista por blanco de sus sátiras; llega hasta recordar una burla que estuvo en boga á mediados del siglo pasado, según la cual Napoleón no había existido. «El emperador era el sol, sus doce mariscales representaban los doce meses del año, y la campaña de Rusia no era otra cosa que una alegoría de la lucha del astro contra el invierno, que acaba por triunfar y obligarle á retirarse».

La teoría histórica inclina á ver en los dioses y los héroes hombres, hombres de facultades superiores que real y positivamente existieron y que, por sus hazañas y beneficios, amplificadas fabulosamente en aquellas edades de entusiasmo fácil y de ágil fantasía, lograron de las generaciones posteriores los honores de la deificación.

De esta deificación gozaron también los animales. Los más modernos autores hablan, dándole el nombre de *totemismo*, de una imaginaria alianza entre el hombre y nuestros hermanos inferiores; la tribu primitiva, en cuya precaria vida tanto influían éstos, hubo de glorificarlos: el poder de ellos, muchas veces superior al humano, era estímulo eficaz de veneraciones.

Es, en fin, la mitología, para la tendencia histórica, una cantera, no bien explotada aún, de materiales científicos; es para el historiador lo que para el arqueólogo un museo de antigüedades donde hubiera unas pocas auténticas y un aluvión de falsas.

¿Nos será lícito decir que ambas teorías nos parecen conciliables? Si la imaginación ha creado los mitos, natural es pensar, mientras no se compruebe lo contrario, que haya tomado la materia prima de su obra en dondequiera que, utilizable, se le ofrecía. El vario carácter que distingue unos de otros mitos parece revelar diferentes procedencias y apoyar esta suposición.

*
* *

Empeño de indudable importancia para la ciencia es la investigación de los gérmenes, del elemento primordial de los mitos. Pero no integra la pura razón todo lo que llega al espíritu del hombre, no todos los informes de los sentidos se ordenan en la mente por la lógica. Si alguna vez se averigua con incontestable exactitud la parte de realidad que encierren las creaciones mitológicas, todavía éstas guardarán un misterio y un encanto: el misterio de la imaginación creadora, el encanto de la belleza.

Aunque las ideas todo pudieran explicarlo, no bastarían á llenar el espíritu; el hombre es también sentimiento. Tiene el arte un valor de exaltación y apología, valor sin equivalencia en el lenguaje discursivo, que satisface con la plenitud de la evidencia inmediata—en un mágico mundo que no puede llamarse irreal, pues está en las almas que han podido creárselo—los anhelos del corazón. Y en este sentido, como obra de arte—de un arte de perenne lozanía que es como frescura de aura y como caricia de niño en la frente atormentada de los hombres modernos—se considera la Mitología en esta obra.

*
* *

Han tenido los mitos una vida preliteraria, una larga edad de crecimiento y formación, durante la cual se transmitieron por tradición oral. Luego se apoderaron de ellos los escritores, filósofos, historiadores y poetas, y los amplificaron y adornaron á su sabor.

De aquí se originó una contracorriente que, andando el tiempo, llegó á prevalecer sobre la misma corriente vulgar de la leyenda primitiva.

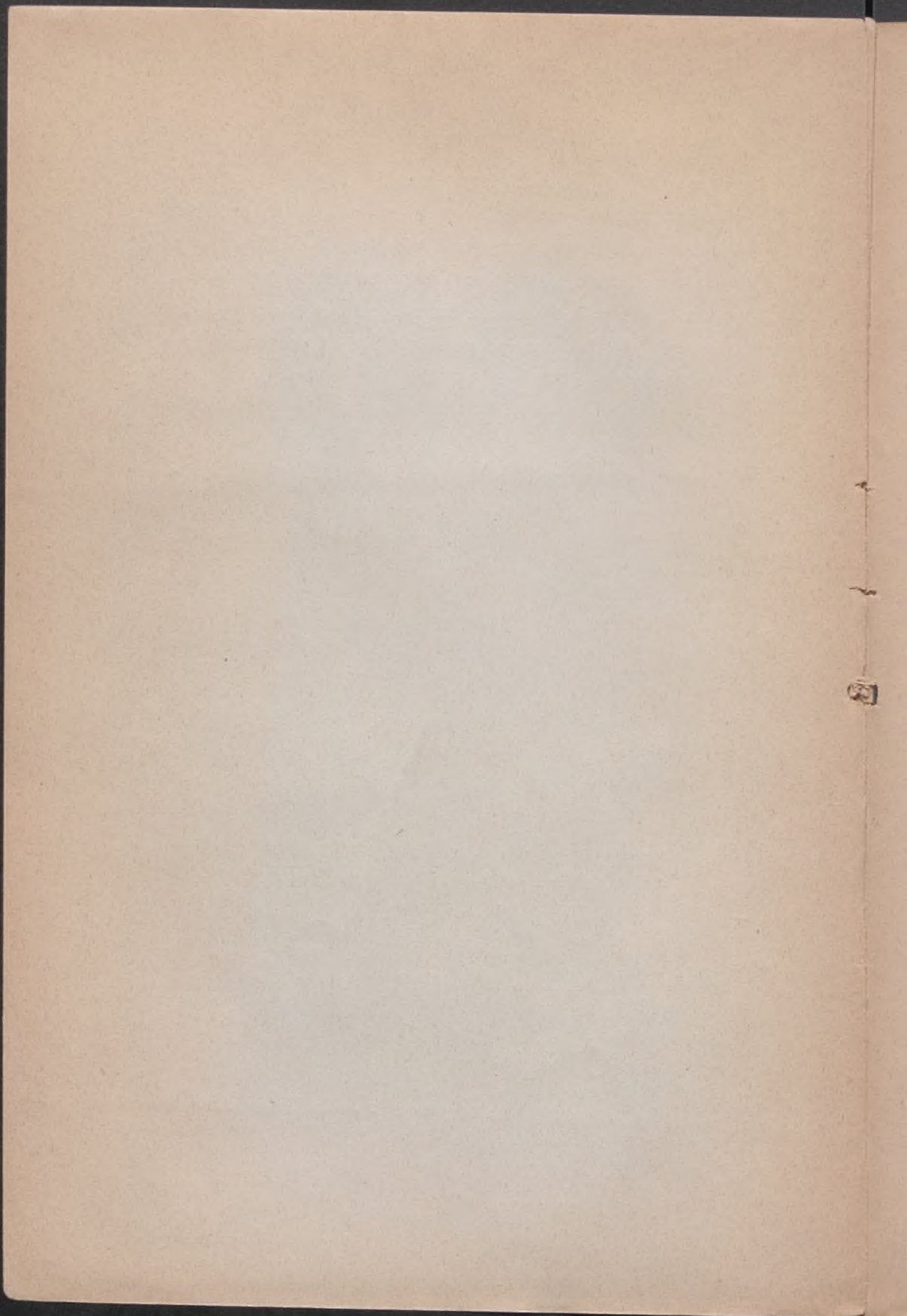
Y, aunque suene á paradoja, esta nueva forma de los mitos, culta y embellecida por el gusto artístico, es la verdaderamente popular, la más generalizada, la que hoy se conoce; la otra, la arcáica, aquella para cuya investigación se requiere deshacer con extremada cautela el camino andado, hasta encontrar los orígenes, es la científica.

*
* *

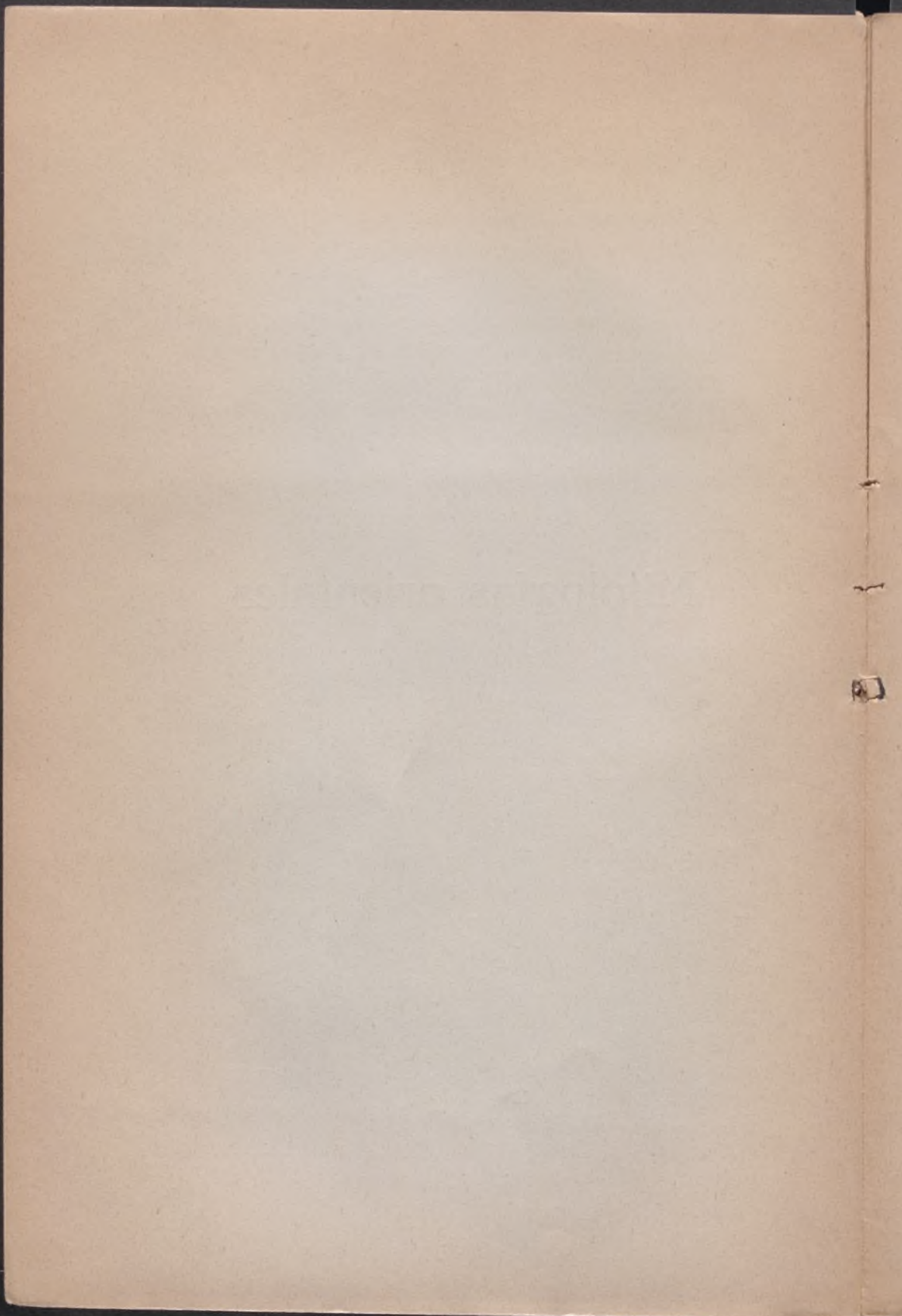
Forma la parte principal de este libro la mitología greco-romana. Hemos dado á ésta preferencia, por ser el clasicismo helénico y latino base de la cultura moderna. Como complementos y apéndices, incluimos las mitologías orientales, de una grandeza, á veces dislocada y bárbara, que contrasta con la sencillez, la gracia y la serena energía de las fábulas mediterráneas; la escandinava, que sugiere ideas de fuerza y de vida pletórica y triunfal; la celto-ibera y la americana, tan características é interesantes.

Durante el curso de nuestra labor, hemos consultado, aparte las obras citadas y los clásicos, las de los tratadistas Carrasco, Escosura, Cubas; los valiosos estudios de Max Müller, Reinach, Breal, Cox; el gran *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, todavía en publicación, etc.

De todas esas fuentes hemos sacado muy preciosas noticias. Pero tenemos que hacer mención especial de Carrasco; de Decharme, tan sagaz y reposado siempre; de Gebhardt, cuya obra, sobre ser un vasto y bien ordenado repertorio de todo lo publicado acerca de la materia hasta la fecha en que apareció, se recomienda por la amenidad, seguro juicio y demás cualidades de su ilustre autor.



Mitologías orientales



I

India

Los dioses primitivos.—Varuna.—Agni.—Indra.—La Aurora.—El Sol.—El brahmanismo.—La *Trimurti*: Brahma, Visnú y Siva; sus avatares.—La extracción de la *amrita*.—Dioses menores.—El *Budha*.

Los ario-indos constituían un pueblo de profundo sentimiento religioso, de índole contemplativa, filosófica y metafísica. Su mitología y primitivas creencias constan en los *Vedas*, libros sagrados compuestos de himnos y fórmulas rituales.

Desde los más remotos tiempos, dos supremas divinidades atraen la veneración de los indos: *Dyaus* y *Prithivi*. *Dyaus* era el dios del cielo, el padre de la creación; *Prithivi*, la madre de la tierra. Ambos fueron, según los himnos más antiguos, los generadores de los otros dioses y los creadores de la humanidad; á ellos pertenecía todo poder, toda sabiduría, toda bondad, toda justicia; no había en el lenguaje de los hombres palabras dignas para encarecer su grandeza y magnificencia.

Al lado y por debajo de estas divinidades, no tardaron en ser adoradas otras que al principio sólo representaban, acaso, los atributos más ó menos imprecisos de la esencia divina. Así, *Varuna*, el rey de las nubes que cubren y ocultan á los hombres el cielo y los astros; *Mitra*, dios bondadoso del sol; *Prayapati*, el que dispone de todas las criaturas; *Visvakarma*, el activo, el que mira á todas partes y en todas partes obra.

No se detuvo aquí la fantasía india, infatigable creadora de dioses; siguió divinizando las fuerzas de la Naturaleza, y aun las abstracciones de la mente, sin que llegaran á formar estas divinidades una verdadera jerarquía ni á tener una exacta delimitación de atribuciones.

El infinito se personificó en *Aditi*, sér eterno, divinidad femenina como Prithivi, y también, como ésta, madre de los dioses, á la cual se invocaba en los himnos tres veces al día, á la madrugada, á medio día y al ponerse el sol; sus hijos eran numerosísimos, por más que los poetas sólo nombran algunos, de tres á doce. Del nombre de su madre, los dioses mayores se llamaban *Aditya*, y se citaban con preferencia tres, *Mitra*, *Varuna* y *Arjyamán*; el genio indio concebía á estos hijos como nacidos antes que *Aditi*, al propio tiempo que llamaba indistintamente *deva* á un poder que sentía palpitar en todo, y superior al del hombre.

El más poderoso de los hijos de Aditi era Varuna, rey de la noche; seguía Mitra, rey del día, excelso protector de los dioses y de los hombres, «cuya grandeza excede á la del cielo, y cuya magnificencia deja atrás todas las de la tierra». Varuna es el principio del terror, el genio de la triste vida terrenal; Mitra es todo luz, el principio de la actividad y de la bondad, el genio de las serenas alturas celestes. Ambos se comparten sucesivamente el dominio del mundo; nada se oculta á su penetración y conocimiento: los dos ven germinar los buenos y malos pensamientos, las buenas y malas inclinaciones en la mente y el corazón del hombre.

«Varuna—dice un himno—trazó al sol su órbita; él envió al mar las aguas de los ríos, que siguieron la ruta señalada por él como la multitud de guerreros sigue al caballo del guía; él trazó á los días su curso fijo». «Tu aliento es la tempestad que recorre el espacio aéreo, como recorre el alegre ganado el sabroso pasto; la tierra, el cielo y todo cuanto existe entre ambos, el Universo es tu morada, oh Varuna». «Los mandamientos de Varuna son inquebrantables; según ellos, recorre la luna sus fases y su resplandeciente curso; según ellos, aparecen las estrellas en el firmamento nocturno y desaparecen misteriosamente al salir la luz del día. Varuna lo sabe y conoce todo: el vuelo de las aves en los aires; el curso de las naves en el mar; el dilatado camino

de los vientos y el de los ríos al Océano, que, no obstante, jamás se llena; todo lo ve, hasta el pestañear de cada ojo; sabe lo que se ha hecho y lo que se hará, porque en todas partes está él, y dondequiera que estén dos personas reunidas allí está también Varuna».

En otro himno se le invoca así: «Quita de nosotros la culpa del mal que hicieron nuestros padres y del que hayamos podido hacer nosotros, porque no fué nuestra voluntad hacerlo; la seducción, la embriaguez, la ira, la obcecación loca, la juventud, nos hacen caer en sus redes, y hasta dormidos estamos sujetos á pecar. ¡Qué este cántico mío, oh fiel Varuna, llegue á tu corazón! ¡Seas tú nuestra salvación cuando descansemos y cuando trabajemos!»

Junto á Varuna y Mitra aparecen, entre los hijos de Aditi, la eternidad, *Aryaman*, genio protector del matrimonio y de la dicha doméstica; *Bhaga*, el protector y alimentador, que también favorece el amor y el matrimonio; *Amsa*, repartidor de bienes; *Dava*, personificación de la energía.

Del culto que á sus divinidades tributaban los indos dan clara idea las siguientes palabras de Lefmann: «Sus principales deseos, como pueblo pastoril y agricultor, se cifraban en buenos pastos para sus ganados, lluvia y sol para sus campos, auxilio contra sus enemigos, aumento de riqueza y muchos hijos. Para alcanzarlos, dirigían sus himnos á todas las divinidades que su imaginación, excitada por el temor y el deseo, había creado ó entrevisto, y les ofrecían lo que á ellos mismos más gustaba: pan de harina en forma de tortas ó galletas, leche cuajada, miel, manteca de vaca derretida, que vertían en las llamas del altar, y la bebida fermentada que hacían de una planta llamada *soma*. Los Vedas no hablan de sacrificios cruentos, mencionados sólo por las poesías y los libros religiosos del período siguiente en que los sacerdotes habían ya sistematizado los cultos. Entonces, además de cabras, ovejas, caballos y bueyes, se sacrificaban también *bipedos*, es decir, personas; pero estos últimos sacrificios no se generalizaron y no tardaron en ser suprimidos. En la época á que se refieren los Vedas no se sacrificaban seres humanos».

Los dioses más glorificados por los indos en la época védica-

ca eran *Agni*, divinidad del fuego y por consiguiente, del hogar y de la familia, é *Indra*, personificación del poderío, del valor y de la energía creadora. Éste llegó á ser el más popular, más poderoso y más conocido de todos. Disponía del trueno y del rayo. En sus combates, en las alturas de la atmósfera, tenía por adversarios á *Vrita* y á *Vala*. El primero, espíritu malo de las nubes, apresa los rebaños celestes, *las vacas de Indra*, cuya leche, el agua pluvial, fecundiza los campos. Indra, protector de los hombres, se dispone á la lucha; después de fortalecerse con buenos tragos de soma, persigue al maligno *Vrita*, llamado también serpiente, *Ahi*; retiemblan cielo y tierra al estrépito de los truenos del dios, cuyos rayos deslumbrantes cubren de heridas al enemigo, y al fin las celestes vacas quedan libres, y la esperada lluvia riega los sembrados sedientos. El mismo vencimiento, cuando provoca la ira de Indra poderoso, le está destinado á *Vala*, el espíritu de las cavernas, que también retiene alrededor de sus antros, entre las angosturas de las montañas, las benéficas nubes.

Indra aparece rodeado de una cohorte de genios que, como su compañero *Vayu*, el viento, gran bebedor de soma, le auxilian en los combates. Estos genios llamados los *Marutes* ó *Rudras* eran hijos del dios de la tempestad, del gigantesco *Rudra*, divinidad formidable, terrorífica, hermosa, cuyo robusto cuerpo, de encendido color, aparecía entre las nubes reluciente de oro. Los *Marutes*, hijos de *Rudra*, cuyo número se eleva á ciento ochenta, pelean junto á *Indra* con incontrastable poder; ataviados de oro, blandiendo rayos y lanzas, montan velocísimos carros que agitan las alturas celestes con horrisono fragor; á su paso, la tierra se conmueve, las montañas oscilan: los invencibles *Rudras* descuajan con toda facilidad los centenarios árboles y arrasan selvas enteras. Sus moradas son los antros de los barrancos más profundos, desde donde arrojan sobre la tierra negras nubes que obscurecen el sol. La veneración de que *Indra* goza alcanza también á los *Rudras*, no sólo porque en ellos tiene fieles auxiliares en los combates, sino por ser á la vez, más directamente, bienhechores del hombre, al cual envían la salud con las aguas salutíferas de sus montañas.

Colaboradores y satélites de *Indra*, en su aspecto del cielo

sereno, eran los gemelos *Asvin* (*Nasatya* y *Dasra*), hijos de la luz del día. Adornados con corona de lotos, resplandecientes de juvenil belleza, diestros y robustos, abren la jornada diurna y recorren el cielo en su carro de oro, de tres ruedas, tirado por cisnes ó por corceles alados; ahuyentan la obscuridad de la noche, despiertan á nueva actividad todo lo que vive, y permiten encontrar los remedios que necesitan los enfermos.

Hermana mayor de los gemelos Asvín, hermana también de la noche, es *Ushas*, la aurora. Los himnos védicos la describen con delicados y poéticos rasgos. Es en ellos «la hija del cielo, resplandeciente, encantadora, que aparece ataviada con riquísimo ropaje, en un rutilante carro de luz tirado por flamígeros corceles; una virgen, desposada del dios del sol, que á la vez lleva en su seno á *Savitar*, nombre también del sol». «Cuando ella aparece, derramando el rocío matinal, se levantan las aves de su nido, los hombres de su lecho y los enemigos se occultan». Es otras veces «la mujer joven y laboriosa, la primera que abandona el lecho, abre las puertas diáfanas del cielo, despierta todo lo que tiene vida é impulsa al hombre á sus quehaceres».

El astro del día parece haber sido adorado bajo el triple aspecto de alumbrador brillante, de vivificador y de alimentador é impulsor, recibiendo respectivamente los nombres de *Surga*, *Savitar* y *Pashan*. Al primero se le presenta unas veces como esposo, y otras como hijo de *Ushas*, la aurora; se le llama, como dios del sol, ojo de *Mitra*, de *Varuna*, de *Agni* y de *Indra*, y se dice que éstos le señalan el curso que ha de seguir. *Savitar*, el vivificador, aparece adornado de cabellera y brazos de oro, todo rutilante de luz, sentado en un carro, también de oro, tirado por áureos corceles de blancos pies; el sol, bajo este nombre, despierta á la Naturaleza toda á renaciente vida y actividad, distribuye á los mortales toda clase de bienes, y da la inmortalidad á los dioses. *Pashan* «nutre, aumenta, fomenta y hace prosperar; da ricas cosechas, multiplica los ganados y los hijos, aleja los peligros, ahuyenta los ladrones, apaga la tea del perverso incendiario, auxilia á los suyos en el combate y guía las almas de los difuntos á las moradas de los buenos».

El naturalismo que revelan estas creencias evolucionó en la

India, por las enseñanzas de la casta sacerdotal, hacia un sistema panteísta, profundo, metafísico, según el cual un sér único alienta en todo, y todo subsiste en Él, no siendo cada sér particular sino una forma pasajera, como en el mar las olas, de esa divinidad insondable.

El Dios único, eterno, sin principio ni fin, todopoderoso, infinitamente bueno y perfecto, es llamado *Brahm* ó *Parabrahma*. Los Vedas lo definen así: «Brahm es el eterno, el sér por excelencia que se revela en la felicidad y en la alegría. El mundo es su nombre, su imagen; mas esta existencia primera, que contiene todo en sí, es sólo en realidad la que subsiste. Todos los fenómenos tienen su causa en Brahm: para él nada está limitado ni por el tiempo ni por el espacio; él es imperecedero: es el alma del mundo, el alma de cada sér en particular. El Universo es Brahm, procede de Brahm, subsiste en Brahm y volverá á Brahm. Brahm, ó el sér existente por sí mismo, es la forma de la ciencia y la forma de los mundos sin fin. Todos los mundos están en él, porque ellos son su voluntad. Esta voluntad eterna es innata en todas las cosas. Ella se revela en la creación, en la conservación y en la destrucción, en el movimiento, y en las formas del tiempo y del espacio».

Brahm se manifiesta en tres personas distintas, formando la *Trimurti*, la trinidad india. Estas personas, es decir, los tres dioses mayores son: *Brahma*, el creador; su símbolo es la tierra. *Visnú*, el conservador y salvador; su símbolo, el agua. *Siva*, el destructor y renovador; su símbolo, el fuego.

Brahma, primera emanación de Brahm, nació por la divina palabra del dios único, en la corola de una flor de loto cuyo tallo surgiera del ombligo de Visnú. Pasó millares de años dedicado á la contemplación, y luego comenzó á crear: creó primero las siete *Suargas* ó esferas estrelladas, iluminadas por los *Devatas* ó genios luminosos; después *Mritloka*, la tierra, con su sol y su luna, y por último, siete *Patalas* ó regiones inferiores, iluminadas por carbunclos colocados en cabezas de serpientes. Para poblar la tierra, dió el sér á cuatro hijos: *Brahmán*, nacido de su boca; *Xatria*, de su brazo derecho; *Vaisya*, de su muslo derecho; *Sudra*, de su pie derecho. Estos cuatro personajes fueron los patriarcas mitológicos de las cuatro castas en que se dividió.

el pueblo indio: brahmanes ó sacerdotes; xatrias ó guerreros; vaisyas ó labradores y sudras ó artesanos.

Contaban los indios que Brahma osó rebelarse contra Brahm, y para obtener su perdón tuvo que pasar por cuatro encarnaciones terrestres ó *avatares*; en la primera apareció bajo la forma de cuervo; en la segunda, bajo la de paria ó esclavo; en la tercera se reveló con la apariencia de *Vyasa*, el autor del famoso poema épico *Mahabharata*; su último avatar fué en la persona de *Kalidasa*, gran poeta dramático, autor de *Sakuntala*.

Se representa á Brahma con cuatro rostros, color dorado,



Nacimiento de Brahma.

vestidura blanca. Unas veces aparece sentado en el *Kamaba* ó *Padma* (la flor del loto), cuna de su nacimiento; otras, montado en su cabalgadura, que es el cisne *Hansa*. Su residencia se supone en el monte Merú, donde vive en la compañía de su mujer, y á la vez hija, *Saraswati*.

En la creación de la tierra, según los Vedas, Brahma procedió de este modo: formó primero las aguas, sobre las cuales flotaba *Narayana*, es decir, el espíritu divino, y luego, constituyéndose en germen de todos los seres y bajo el nombre de *Hiranyagarbha*, se encerró en un huevo de oro que se dividió en dos partes, formando la una el cielo y la otra la tierra.

Los sacerdotes de Brahma invocan diariamente al dios, por la mañana y por la tarde, echando agua al suelo tres veces consecutivas con el hueco de la mano, y también lanzándola hacia el sol, á quien adoran como la más bella imagen de la divinidad. En el sacrificio de medio día se limitan á ofrecer una flor. En el del fuego, ofrendan á Brahma la grasa clarificada al propio tiempo que á Agni, pues los dioses, dicen, tienen dos bocas, la de Brahma y la de Agni.

Visnú, segunda persona de la Trimurti, es el conservador de la creación; las pequeñas destrucciones y transformaciones del mundo se verifican cuando él duerme, tendido sobre la serpiente *Secha* y flotando en las aguas que cubren las llanuras.

Es Visnú el más hermoso de los dioses. Su color es azul; sus ojos, como flores de loto; en su rostro brilla eterna juventud, y el vigor se revela en todos sus miembros. Se le representa con cuatro manos, que unas veces sostienen emblemas religiosos y otras bendicen á los mortales; en su cabeza ostenta una triple corona, semejante á una torre; preciosas vestiduras cubren su talle esbelto; en su pecho el magnífico diamante *Kastrala* irradia sus mágicas luces, que iluminan todas las cosas, al paso que todas las cosas se reflejan en él.

Mora Visnú en el *Vaikhouta*, delicioso paraíso que se halla hacia Oriente. Su montura es el águila ó el gavián; también el fantástico *Garoudha*, compuesto de águila y hombre; á veces, *Hanouman*, mono divinizado.

Como divinidad benéfica y amable, protectora de los hombres, Visnú toma forma visible y se encarna de tiempo en tiempo, cuando su auxilio es necesario. Nueve de estos avatares se citan como cumplidos; el décimo, que será el último, no se ha verificado aún.

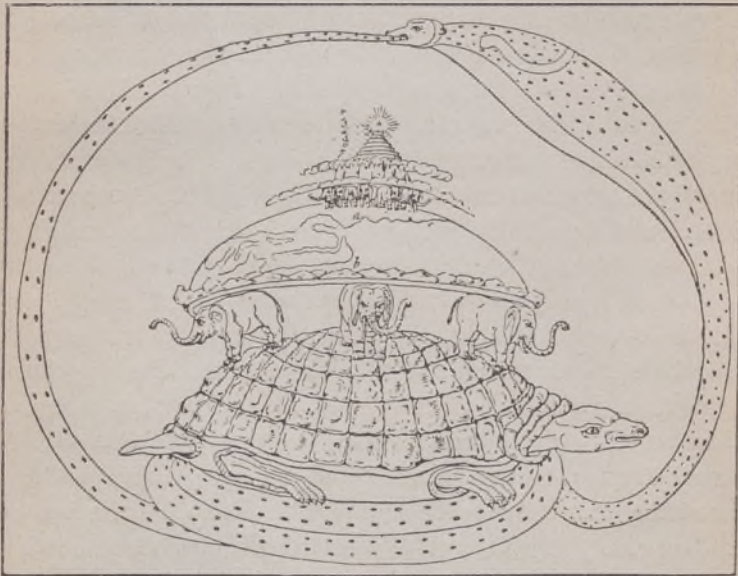
La primera encarnación de este dios tuvo por objeto dar á la humanidad los cuatro Vedas, los libros sagrados de la India, que habían sido sustraídos á Brahma, durante su sueño, por el gigante *Rakchasa-Haiagriva*. Al efecto, se transformó en diminuto pez y se le apareció á *Manú*, el hombre inteligente, el pensador, llamado también *Vaisvastata*, hijo del sol; le predijo un diluvio universal y le aconsejó que construyera un arca para salvarse. En esta inundación pereció ahogado Haiagriva, ó bien, conver-

tido Visnú en pez gigantesco y cornudo, le dió muerte y recuperó los sagrados libros.

La segunda encarnación del dios se realizó cuando los *devatas*, los dioses, y los *asuras*, los espíritus malignos, coligados, se propusieron encontrar la *amrita*, que se había perdido. Era ésta la deliciosa ambrosía que hace inmortales á los que la beben; su depósito está en la luna, y el sol lo llena en el primer cuadrante; durante el plenilunio beben los *devatas*, y con la luna menguante mengua también la *amrita*, hasta que se agota, y de nuevo vuelve el sol á suplirla. Perdida, pues, en cierta ocasión, la *amrita*, fué á caer en el mar, y era preciso batirlo para encontrarla. El monte Merú, transportado á la orilla, sirvió de molinillo en la operación; rodeándolo con sus anillos, la enorme serpiente Adicecha servía de cordel, y cogidos á su cabeza y cola, dioses y asuras tiraban y aflojaban. Un momento hubo en que todo estuvo á punto de perderse: el elevado monte se sumergía á toda prisa; Visnú entonces, metamorfoseado en tortuga, sostuvo en su lomo la ingente mole. Finalmente, batido el mar, el agua salobre se volvió dulce como leche, y surgió la *amrita* por la cumbre del Merú, transmanando á la vez por todos los poros de la montaña. El médico de los dioses, *Danavandri*, la recogió en cristalino vaso, y al instante los asuras, precipitándose sobre él, le arrebataron el licor de la inmortalidad; pero Visnú se deslizó entre ellos, transformado en hermosa bayadera, los fascinó con sus encantos y logró que le diesen el prodigioso vaso, que él á su vez entregó á las divinidades del bien. Con la *amrita* salieron también del mar de leche diversas maravillas: el diamante *Kastrala*; el árbol de la abundancia y de la sabiduría, llamado *Paridjata*; la vaca alada *Sorabhi*, que guarda los gérmenes sustentadores de la vida. Y, rodeadas de hermosas y ágiles bayaderas, aparecieron *Sarasvati*, divinidad de las ciencias y la armonía, esposa de Brahma; *Lakmi*, diosa de las riquezas, la cual, por su excelsa belleza, fué entregada como esposa, de común acuerdo los dioses, al más hermoso entre ellos, Visnú; y, apartada del brillante cortejo, *Mudevi*, diosa de la discordia y la miseria.

Otra encarnación de Visnú fué la motivada por el soberbio asura *Mahabali*. Habiendo éste obtenido el imperio de los tres

mundos, tierra, cielo é infierno, osaba parangonarse con los dioses. Cierta día se le presentó un enano, vestido con traje de brahmán, y le suplicó le concediera el espacio que pudiera abarcar con tres pasos. Lanzando una carcajada de irrisión, Mahabali prometió lo pedido: al instante el enano midió de un paso la tierra, de otro el cielo; antes de dar el tercero, el soberbio asura cayó humillado á las plantas del brahmán, que era el poderoso Visnú en su quinto avatar. De este modo pudo salvar Mahabali



Visnú metamorfoseado en tortuga.

la soberanía de los infiernos, y todos los años, según las creencias populares, sale á pelear con el dios, por el mes de Agosto; pero siempre vencido, tiene que abismarse de nuevo en sus lóbregos antros.

La décima y última encarnación de Visnú se fija en el momento en que debe ser destruído el Universo y terminar la edad negra, que es la de la humanidad actual con sus vicios é imperfecciones. El dios aparecerá entonces bajo la terrorífica forma del caballo exterminador Kalki, y de una coz reducirá el mundo á polvo.

Siva, tercera manifestación de Brahm, tiene dos actividades contrarias: destruir y crear; ambas se concilian, sin embargo, porque siendo eterna la vida y transitorias las formas, todo acto de creación supone una destrucción anterior, y, á la inversa, perecer es renacer, según las ideas de los indios. Obscenasamente se expresaban estas actividades de Siva por medio del *Lingam*, símbolo de la naturaleza masculina, el cual constituía el principal atributo del dios, en forma de pilón ó pan de azúcar. Mirándole solamente como destructor, se le ha confundido con *Cala*, el tiempo, porque éste gasta y lentamente va reduciendo á la nada todo lo que existe.

Grande, poderoso y fecundo es Siva productor; terrible y monstruoso cuando se ocupa en destruir. Se le representa con cuatro manos y cinco cabezas: en la principal de éstas tiene tres ojos, de horrible mirada. Su color es blanco ceniciento, símbolo de la destrucción por el fuego. Y á darle expresión torva y cruel contribuyen sus dientes agudos que abultan las encías; las llamas que salen de sus labios entreabiertos, los cráneos humanos que le forman una diadema en su cabellera humeante y un collar sobre el pecho; las serpientes que se enroscan en torno de su cabeza y brazos; el *trisonula*, especie de tridente, que esgrime. Su residencia habitual es el monte Merú, de la cadena del Himalaya.

En su aspecto de productor se le da á este Dios por esposa á *Bhavani*, la que otorga la existencia; ó, por otro nombre, *Parvati*, la reina de los montes. Esta deidad preside los partos, la explotación de las minas, toda especie de producción; tiene ordinariamente junto á sí un cesto lleno de moldes deshechos, y su atributo es el *Yoni*, símbolo de la naturaleza femenina, unido al de la masculina.

En rango inferior al de los tres dioses mayores de la *Trimurti* están las demás divinidades índicas, que son muy numerosas: en opinión de algún autor, componen muchos millones. Daremos idea de las más significativas.

Las *Apsaras*. Se dice que existen en número de seiscientos millones. Son las ninfas del cielo de Indra. Pueblan el aire, los cielos, la tierra, los montes, los ríos y sus márgenes. Su vestido es de color celeste con adornos de piedras preciosas. Llenas de

gracia, de lozanía y de belleza, cuando Indra teme que algún piadoso anacoreta alcance por su austeridad las cumbres de la perfección, le envía á las *Apsaras* para que le seduzcan é ilusionen con sus encantos voluptuosos. Pero, además de su juventud y su belleza tentadora, las *Apsaras* poseen divina inteligencia, y saben deleitar los oídos y la vista con el gracioso ritmo de sus danzas y los melodiosos acentos de su voz.

Cartikeya es el dios de la guerra y compañero de Siva; también se le tenía por el dios de los ladrones, aunque esta signifi-



Cartikeya.

cación se fué perdiendo con el tiempo. Lleva el sobrenombre de *Agnibhou*, nacido del fuego, y se dice que fué educado por las seis ninfas de la constelación llamada *Critika*, ó las Pleiadas. Se le representa ya con uno, ya con seis rostros. Su color es amarillo. Monta un paón, y tiene en su mano derecha una flecha, y en la izquierda un arco.

Cuvera es el dios de las riquezas. Su piedad mereció que Brahma le concediese la posesión de la isla de Lanka, cuyos campos era fama que estaban espolvoreados de oro. De allí fué expulsado por su ambicioso hermano *Ravana*, y hubo de retirarse al monte Helasa, en donde erigió una fastuosa residencia,

frecuentada por las Apsaras y otras divinidades. Los *Yakchas*, especie de semidioses á su servicio, le guardan sus magníficos jardines y sus tesoros. Entre tanta riqueza y brillantez, resalta más la fealdad del dios. Cuvera es leproso y deforme: tiene tres piernas y ocho dientes; una mancha amarilla ocupa el lugar de uno de sus ojos. Lleva en la mano un martillo. Monta un carro esplendente que se mueve por sí mismo, á voluntad del dios.

Cama-Deva, hermoso joven, hijo de Brahma, es el dios del amor. Tiene por esposas á *Rati*, la voluptuosidad, y á *Priti*, la afección. La primavera y las suaves brisas le acompañan. La cuerda de su arco está formada de rumorosas abejas, y las cinco flechas de que dispone el dios, una para cada sentido, tienen figura de flores. Se le denomina el dios de los dioses; su padre Brahma le concedió el dominio de los tres mundos, y le predijo que el Universo sería poblado por él. Para ensayar el poder de sus flechas, dirigió una contra Brahma y lo volvió enamorado de Sandya, su propia hija. A poco apuntó su arco hacia Siva, y la terrible divinidad castigó estas osadías de Cama-deva consumiéndole con el fuego de su mirada; mas arrepentido pronto de su ira, lo hizo renacer, y desde entonces el hermoso dios del amor recorre los tres mundos sellando su dulce imperio con las deleitosas heridas de sus flechas florecientes.

Ganeza era uno de los dioses más populares de la India brahmánica. En un principio era el jefe de los *Ganas*, servidores del dios Siva, encargados de ejecutar las órdenes, ya benignas, ya crueles, de su amo. A consecuencia de esta función, Ganeza era el numen de los obstáculos, suscitados ó removidos por él á voluntad; así que todos los actos de la vida religiosa y social comenzaban siempre con una invocación á Ganeza, excepto los ritos funerarios. Era también el dios de la sabiduría, de la inteligencia, de la invención, de los números, del destino, del éxito: los escritores le dirigían una oración, puesta al frente de sus obras, para que éstas gozasen de aceptación entre los lectores.

Era Ganeza hijo de Siva y de Parvati. Se le representa bajo una forma híbrida; su panzudo cuerpo de persona culmina en una cabeza de jabalí con una sola defensa; sus cuatro manos sostienen una concha, un disco, una clava y un loto; una guir-

nalda de flores decora su pecho; aparece sentado en indolente actitud, y á veces á horcajadas sobre un ratón, su compañero y su emblema sagrado.

La leyenda refiere que Parvatí, hallándose un día en el baño, concibió el deseo vehemente de tener un hijo; al instante una transpiración copiosa cubrió su cuerpo de gotitas brillantes como el rocío, y de pronto vió un niño pequeño en el hueco de su mano. Siva, llegando entonces, preguntó: *¿pillai ar?* (¿qué niño es ese? De ahí el sobrenombre de *Pulear* dado á este dios. Poco después de su nacimiento acudieron los demás dioses á felicitar á los padres; todos contemplaban con admiración al recién nacido; únicamente *Sani* (el planeta Saturno) humillaba sus miradas al suelo. Parvatí sorprendida y contrariada, invitó á Sani á alzar los ojos; él se negó alegando la influencia fatal de su mirada; sin embargo, ante las imperativas instancias de la madre, acabó por ceder: al punto la cabeza del niño saltó en pedazos. Parvatí, desolada, maldijo al autor involuntario de la desgracia; pero muy luego Sani, á indicación de Brahma, cortó la cabeza del primer animal que al acaso se le presentó, y que fué un elefante, y con ella coronó el decapitado tronco del niño. Esta cabeza perdió más adelante uno de sus colmillos. Hallábase un día dormido el dios Siva, cuando el temible *Parasurama* se presentó á ofrecerle sus respetos; Ganeza se opuso á que entrase, y se entabló una lucha; Parasurama llevaba la peor parte, pero de pronto esgrimió el hacha santa que Siva le había regalado, y á la vista del arma paterna la piedad de Ganeza le quitó alientos á éste: el hacha cayó sobre una de las defensas y la rompió.

La imagen de este dios, pintada de rojo, se encuentra á la entrada de todos los templos y en las encrucijadas de los caminos. En el día de las fiestas populares que se le consagran, se le ofrendan figurillas de barro con su efigie y delicadas tortas, que Ganeza apetece mucho, las cuales se echan solemnemente al agua.

Gauri es la diosa de la abundancia y de los campos. En algunas comarcas de la India se le dedica una fiesta solemne y pintoresca. El día de la ceremonia, una diputación de personajes los más notables de la villa va en busca de la estatua de la dio-

sa, modelada en un barro sagrado, extraído de un paraje que vigilan los sacerdotes. Los iniciados en los misterios de Gaurí, por lo común, cultivan en un sitio apartado y al abrigo de miradas profanas, un campo que siembran de cebada, la cual por medios artificiales llega á madurez para la fecha de la solemnidad. Reunidas las mujeres en derredor del campo sagrado, entonan himnos y cogen sendos haces de espigas, con las que adornan los turbantes de sus maridos. Luego se organiza la procesión; una brillante cabalgata rodea el magnífico carro de la diosa, sobre el cual se eleva la estatua de la bienhechora Gaurí, resplandeciente de oro, perlas y tisúes: las espigas la coronan, y en la mano lleva la flor del loto, emblema de la abundancia. Dos doncellas agitan delante de la divinidad alimentadora el *Tchamra*, aventador ó abanico sagrado; otras conducen cestas con granos y flores; otras forman coros de baile. Llegada la procesión á las márgenes del lago *Raizaia*, se detiene, y se considera que Gaurí hace allí sus abluciones y renueva su fuerza productora. Termina la fiesta embarcándose en lanchas la comitiva y visitando los santuarios erigidos á Gaurí, para implorar de la diosa la prosperidad y la fortuna. Sin embargo, la prosperidad y la fortuna en general, es decir, comprendiendo todos los bienes de la vida, las otorga la bella Lakmí, la esposa de Visnú, por otro nombre *Padmalaia*, la que hace su morada en el loto.

Maia es la ilusión, principio femenino, apariencia cambiante que nos oculta la realidad del Universo por medio de impresiones ficticias; el mundo y la vida, conocidos por sus manifestaciones aparentes, no son, según la filosofía india, más que una vana ilusión, fantasmagoría de fenómenos que engaña nuestros sentidos: la existencia real sólo pertenece á la divinidad. De ahí la concepción de *Maia*, la Apariencia, como esposa de Brahma, el



Ganeza.

dios creador, como deidad pasiva y femenina, madre de un Universo incomprensible en sí mismo. Se la representa con los rasgos de una hermosa mujer velada, mostrando figuradas en su velo las imágenes de todos los seres creados.

Nareda, hijo de Brahma y Saraswati, inventó la *vina*, la lira india, formándola de la concha de una tortuga, y rivalizó con *Crishna* sonando la flauta, entre los coros celestes de los *Sandharvas*, los *Kinnaras*, los *Raguinis*, personificaciones todos del arte musical. *Crishna* era un formidable guerrero que realizó las más portentosas hazañas: Visnú mismo, en una de sus encarnaciones.

Rakchasa. Es la denominación común de diferentes genios malignos, enemigos del hombre; así como, por el contrario, los *Richis*, *Mounis*, *Pradjapatis* son, en general, seres sobrenaturales de perfecta santidad. Los *Rakchasas* se metamorfosean á voluntad; se cambian en caballos, tigres, leones, búfalos, monstruos con cien cabezas y muchos brazos. Su presencia turba los sacrificios, y para conjurar su enemistad se les echa su porción de arroz, que llegan á buscar bajo la forma de pájaros.

Yama es el dios que juzga á los muertos y les discierne el premio ó el castigo merecido en vida; al efecto, su secretario *Tchitragupta* lleva un minucioso registro de las acciones de los hombres. El alma del muerto invierte cuatro horas y cuarenta minutos en llegar hasta las regiones del Mediodía, hasta *Yamalaia*, donde tiene su morada el dios: antes que transcurra este tiempo no se incinerará el cadáver; un río de agua hirviente le corta el paso al muerto, y sólo si su familia no ha omitido el regalo de una vaca negra al brahmán, se vuelve templada el agua para el muerto, que forzosamente la ha de pasar: llegado á la presencia de *Yama*, éste formula su juicio: los buenos son enviados al *Svarga*, el Paraíso, los pecadores son conducidos á uno de los veintiún círculos de *Naraka*, el Infierno.

Los suplicios de los condenados son varios. Unos son precipitados en focos de inmundicias; otros, arrojados en brazos de una estatua enrojecida al fuego; otros han de tragar bolas de hierro candente, erizadas á veces de puntas; otros son lanzados en cavidades llenas de gusanos y de insectos devoradores, y también al fuego.

Se representa á Yama cabalgando en un búfalo; su color es verde, los vestidos rojos, los ojos encendidos; lleva en la cabeza una corona, y en la mano derecha una clava. Sus terroríficos dientes y su horrendo aspecto causan espanto á los pobladores de los tres mundos.

La última evolución de las creencias de la India está representada por el *budhismo*, doctrina de renovación religiosa que, sin acabar por completo con la enseñanza brahmánica, ha llegado á alcanzar en Asia una difusión considerable, profesándola hoy 470 millones de fieles. El fundador de esta religión fué el príncipe *Sidharta*, llamado el *Budha*, es decir, el sabio, el iluminado, título que se aplicaba á los que alcanzaban la sabiduría perfecta por medio de la austeridad y buenas obras. Sidharta, por otro nombre *Sakya-Muni* (el solitario de la familia de los Sakyas), y aun *Gotama*, es en cierto modo un personaje histórico, no una creación mitológica.

Vivió por los siglos VI ó VII antes de Jesucristo. Renunciando á los esplendores de su cuna y á todos los placeres de la vida, logró la más alta excelcitud moral y santificó su vida con impulsos de amor humano, semejantes á los de la caridad cristiana. No sólo su vida, sino también su doctrina tiene puntos de contacto con el cristianismo. Considerando que vivir es sufrir, y que el sufrimiento deriva de la acción y las pasiones, el Budha adoptó el principio de que el renunciamiento de sí mismo era el único medio de libertarse de todos los dolores, hasta llegar al aniquilamiento final, al *nirvana*.

II

Persia

El Mazdeísmo.—Ormuz y Ahrimán.—Los *Amshaspand*.—Los *Izeds*.—Los *Feruers*.—El toro *Abudad*.—Mitra.—Lucha universal entre los principios del Mal y el Bien.—Destrucción y purificación del mundo.

Las creencias primitivas de los persas consistían en la adoración de los elementos y de los astros, principalmente el Sol y la Luna. Después, en el reinado de Darío, un hombre de genio, *Zoroastro*, dió á su pueblo *el libro de la verdad*, el *Zend-Avesta*, que él decía haber recibido de los cielos, y de entonces data el establecimiento del *Mazdeísmo*, la religión pérsica sistematizada, formando un cuerpo de doctrina. El dualismo constituye el fondo de esta religión.

El sér eterno, supremo, sin principio ni fin, anterior á toda creación, origen de todas las cosas, *Zervan Akarena*, emanó dos principios, dos divinidades superiores: *Ormuz* (Ahura Mazda) el bueno, el sapientísimo, y *Ahrimán* (Ayra-Manyá), el malo inteligente; del uno procede toda luz, todo bien, toda pureza; del otro, toda maldad y corrupción. Ambos comparten la obra de la creación, y son los jefes de dos falanges sobrenaturales que sostienen entre sí constante lucha, durante doce mil años; pasados éstos, el mundo físico y el moral resplandecerán en pura luz, y la lucha de los dos principios opuestos terminará con el triunfo del Bien.

Obra de Ormuz, el creador, son el cielo, la luz, el fuego; los astros, los metales, la humanidad, el reino animal, los árboles, el agua. Es además conservador y sustentador; provee el fuego que anima á los seres todos, mantiene vivas las raíces de las plantas, y, moralmente, alienta las rectas intenciones de los hombres y les auxilia en los desfallecimientos del último instante.

A las órdenes de Ormuz, los seis *Amshaspand* velan desde la altura por todo lo creado; estos seis genios benéficos forman como la primera cohorte de Ormuz, que figura entre ellos como el principal y el jefe:

Bahmán. Divinidad del firmamento, del orden y la luz, supremamente bueno y pacífico. Acompaña las almas de los justos á la región de eterna dicha.

Ardibehecht. Numen del fuego, de la pureza, de la salud; de la vida, en general.

Shariver. Preside á la prosperidad y la riqueza.

Sapandomad. Genio de la agricultura.

Kordad. Rige las aguas y el tiempo.

Armaiti. Simboliza la tierra y protege la vegetación.

Sigue en categoría á los *Amshaspand* la cohorte de los *Izeds*, veintiocho espíritus bienhechores y amigos del hombre, mediadores entre éste y las divinidades principales, y que gobiernan, en su esfera inferior, los elementos y los días y meses del año.

El principal de los *Izeds* es *Mitra*, espíritu luminoso y potente, genio del sol y del fuego; su piedad le lleva á reconocer en constante oración la suprema soberanía de Ormuz; ministro predilecto de éste, goza de mil orejas y diez mil ojos; nuncio del cielo en la tierra, la recama de flores y frutos. Mitra es el más activo y previsor de los adalides del bien. Vela incansable por todas las criaturas: revestido de armadura fulgurante surca los aires vigilando poblados y caminos. Creador y sostenedor de los vínculos morales, él es quien tiene á su cargo el juicio de las acciones de los hombres, cuando, finada la vida terrena, pasan el puente que conduce á la eternidad. El nombre de Mitra ha de ser invocado tres veces al día: al nacer la aurora, á medio día, y á la puesta del sol.

Siendo personificación de la luz, Mitra fué también el numen de la inteligencia y la verdad. Por sus atribuciones naturales, ilumina el mundo, marcha delante del sol y ahuyenta con su pura claridad á los espíritus de las tinieblas; por su significación moral, lanza el rayo contra los genios malos, es principio de justicia y de bien, y castiga severamente la mentira y la deslealtad. Representa la esencia misma del bien, la actividad pura: creado el mundo por la palabra de Ormuz, Mitra repite sin cesar esta palabra, y con ella colabora en el plan de la creación, reproduciendo los seres. Su carácter de mediador se expresa en estas



Mitra, sacrificador del toro.

palabras del Zend-Avesta: «Elevemos nuestras preces á Mitra, por el gran Ormuz creado mediador en la elevada montaña en favor de las innumerables almas de la tierra». Con este carácter Mitra, después de haber perdido el hombre su prístina pureza, se ofrece como salvador y redentor, y dedica á Ormuz el sacrificio de un toro: en el Zend-Avesta una misma palabra significa toro y vida; entraña, pues, este sacrificio expiatorio, según algunos comentaristas, un símbolo del renunciamiento á las pasiones y de la vida espiritual.

En el orden de las creaciones de Ormuz, á los Izeds siguieron los *Feruers*, arquetipos y espíritus de los hombres. Mitra los acaudilla y los une á las criaturas. Son puros, ligeros, imponde-

rables, y reflejan la esencia de la divinidad. Su número es indefinido; cada sér vivo tiene uno que rige su existencia.

Después de los espíritus, creó Ormuz el tiempo y los cuerpos, el Universo. En cuarenta y cinco días formó el cielo; en sesenta y cinco días, el agua; en setenta y cinco días, la tierra; en treinta días, los árboles; en ochenta días, los animales; finalmente, en setenta y cinco días, el hombre.

Puso Ormuz los gérmenes de todos los seres corpóreos en el toro primordial, *Abudad*; de la paletilla derecha de éste salió el primer hombre *Kaiomorts*; pero el toro pereció por el odio de Ahrimán, y Kaiomorts, herido por el genio malo, murió también. Del cuerpo del primer hombre nació un árbol, *Heom*, y de éste brotó la primera pareja humana: *Meskia y Meskianea*.

Frente á los rutilantes espíritus del bien opuso Ahrimán sus huestes sombrías y maléficas: toda una jerarquía de poderes infernales, graduada según la de Ormuz. Se oponen á los Amshaspand los siete príncipes del *Duzerek*, la morada de Ahrimán, presididos por *Eskem*, demonio de la envidia; á los Izeds, la numerosa falange de los *Devas*, tenaces y belicosos; Mitra tiene su contrafigura en *Mitra Darudj*, enemigo feroz que contra él alienta el mismo odio de Ahrimán contra Ormuz. La Naturaleza entera aparece también dividida entre los dos principios: frente al hombre justo y piadoso, vive el impío y malvado; los animales sagrados, tímidos y dóciles, huyen de los fieros; las plantas son ya nutritivas ó útiles, ya tóxicas y nocivas.

La lucha entre los principios del bien y del mal, entre Ormuz y Ahrimán, no será eterna: se ha limitado por *Zervanakarena*, el Supremo, al lapso de doce milenarios, divididos en cuatro edades.

En la primera, Ormuz se dedica á la obra de la creación, mientras su adversario se prepara, con infernales ardides, á combatirla y corromperla.

En la segunda, Ahrimán sale de las tinieblas y ataca á Ormuz; pero cegado por la pura y viva luz que irradian las divinidades celestes, cae al abismo y se desespera en su impotente rabia.

Pasados seis mil años, en la tercera edad, otra vez el maligno intenta decidido, á la cabeza de los *Devas*, invadir el *Gorot-*

man, la mansión brillante de Ormuz y los Amshaspand. Llega hasta los umbrales, y al punto el invencible Mitra, ardiendo en santa cólera, lo arrojó del cielo, de donde vino á dar en la tierra.

Aquí el hombre había sido ya creado, y en su frágil y tornado corazón pensó el Malo que hallaría buen campo donde vengar su derrota. Tomando la figura de serpiente, se escondió primero debajo de la corteza de la tierra, y secó sus gérmenes y alteró sus elementos; luego ahogó con deletéreos vapores al toro Abudad y mató á Kaiomorts; más tarde se dirigió al paraíso que habitaban Meskia y Meskianeá. Les dijo ser el creador de todos los seres y poseer poder infinito, ganó su voluntad presentándoles leche de cabras y frutas, y consiguió que se le



Abudad.

sometiesen. Desde aquel momento los primeros padres perdieron la inocencia, la dicha y la inmortalidad, y su descendencia se vió condenada á heredar la corrupción primera. Meskia y Meskianeá murieron; su cuerpo se mezcló á la tierra, y su alma fué al cielo y allí espera el gran día de la resurrección de la carne.

La lucha entre Amshaspand y Devas es incesante; se renueva continuamente, con vicisitudes varias. En esta edad tercera, después de una batalla que duró noventa días y noventa noches, Ahrimán salió de nuevo vencido. Al comenzar la cuarta edad, los maléficó Devas obtuvieron ventajas. La muerte había menoscabado ya, en la humanidad, la creación de Ormuz. Las almas de los muertos vagaban perdidas y llorosas; á su persecución se lanzan los incansables Devas, y escrutan asimismo cuándo abandonan los cuerpos agonizantes, para hacer presa en ellas.

Los Izeds las defienden y las conducen al puente de *Tchinwad*, suspendido entre la eternidad y el mundo. Allí tiene Mitra su tribunal, y Bahmán le asesora. Las almas justas y buenas pasan el puente, sin sufrir la acometida de su guardián, el terrible perro *Sura*; seguidamente son llevadas por los Izeds al Gorotmán, donde Ormuz y los Amshaspand, sentados en tronos de oro, las acogen en gloria. Las almas de los malvados y los inconstantes son el botín de los crueles Devas.

Durante los tres mil años de la cuarta edad, la victoria de Ahrimán se consolida; el dolor y la corrupción aumentan entre los humanos. Por dicha, Ormuz le ha revelado á Zoroastro el Zend-Avesta, el libro de la sabiduría que fomenta las virtudes, y además, al terminar los doce milenarios, la divinidad del bien enviará como salvador de la humanidad al profeta *Soliosch*, quien convertirá los hombres á la fe divina y los preparará para la resurrección general. En el gran día de esta resurrección, todas las almas volverán á unirse con sus cuerpos; se verificará el juicio definitivo: los buenos irán al Gorotmán, los malos al Duzerek, y el germen del hombre impuro quedará aniquilado.

El fin de la magna, universal dualidad será grandioso, imponente, inefable. El cometa maléfico *Gursker* escapará á la vigilancia de la luna, que rige su curso, y precipitado al espacio, chocará con la tierra, estremeciéndola toda, abrasándola con su fuego. Los metales que guarda en sus entrañas el planeta, derretidos, formarán ríos hirvientes donde las almas hallarán la perfecta purificación. La llama, en que se retorcerá la tierra como una pavesa, purificará también á las potencias del mal. Y reconciliados Ormuz y Ahrimán en el seno de la Unidad, creado un nuevo cielo y una nueva tierra, pura, perfecta, inmortal, las criaturas todas entonarán cánticos de alabanza á la luz y á la verdad.

III

Caldea y Asiria

El sabeismo.—Las triadas.—Divinidades inferiores.—El héroe Gilgamés.—*Asur*.—El mito de Tamús.—El diluvio.

«Siempre se ha complacido el Oriente—escribe Gebhardt— en la melancólica poesía que parece brotar de las horas que transcurren lentas y sosegadas en las noches serenas de aquellos climas; trasladémonos con la imaginación al tiempo en que la tierra, libre apenas de las aguas del diluvio, exhalaba al caer de la tarde los frescos aromas y los penetrantes vapores de su seno: las nómadas familias, guardando sus rebaños, oírían con secreto terror los bramidos del mar, aun agitado, y por natural instinto alzarían los ojos hacia los misteriosos astros, cuyo suave y grato resplandor parecía sonreírles y alentarlos desde el cielo».

«En la regularidad de los fenómenos celestes, en su admirable armonía, verían los hombres de las primitivas tribus la norma y el orden del Universo todo, y entonarían himnos en honor de lo que reputaron inteligencias secundarias, directoras del curso del mundo, é intermediarios entre la tierra y el cielo. Si fenómenos ignorados introducían aparente perturbación en las regiones superiores, al instante, perdiendo de vista la inteligencia suprema, se obstinaban en no mirar más que las inteligencias inferiores y se esforzaban en aplacar su cólera. Y cuando, después

de los terrores de tempestuosa noche, veían al fin reaparecer con radiante brillo el astro diurno, el fuego incorruptible, con entusiasmo y amor le saludaban y le llamaban rey del cielo, señor y soberano, *Bel*, y se prosternaban ante su disco luminoso como en presencia del Dios verdadero».

En efecto. La religión caldea ó babilónica empezó por ser un puro *sabeísmo*, adoración de los astros, de *Sabaoth*, ejército celeste; lo mismo se puede decir de Asiria, que no hizo sino continuar á Caldea, sin más diferencia esencial que la de asignar el primer lugar de su panteón á su dios nacional, la divinidad-águila *Asur*. Los caldeos atribuyeron vida y voluntad al sol (*Samás*), á la luna (*Sin*), á la estrella de la mañana y de la tarde (*Istar*); igualmente, al fuego (*Gibil*), y al mar (*Ea*). También adoraron animales divinizados: *Nergal*, el león; *Ninib*, el toro; *Ea* ú *Oanés*, el pez; *Istar*, la paloma.

El número de dioses babilónicos y asirios llegó á ser crecidiísimo; se dice que un rey de Asiria contó más de 7.000 dioses y genios.

De esta muchedumbre divina se destacó una trinidad superior, formada por dioses de carácter más espiritual, que coexistían con las supervivencias de la adoración sabeísta.

Componían esta triada, emanación de *Il*, el eterno, la luz in creada: *Anú* dios del cielo; *Ea*, dios del abismo; *Bel*, dios de la tierra. Anú era el primordial, el señor de espíritus y demonios, el dios por excelencia; soberano del cielo, era también el rey del mundo inferior, de la región de tinieblas y muerte. *Ea*, el pez inteligente, el pez divinizado, tomó el carácter de dios del mar, del abismo, guía de la ciencia y poder dispensador de entendimiento y gloria; así que se le daba por emblema la cuña, instrumento de la escritura cuneiforme. *Bel*, el soberano, el rey, que fué en un principio apelativo de *Samás*, el sol, llegó á ser considerado como el dios creador y sustentador de la tierra.

Formaban una segunda triada *Sin*, *Sam* y *Vul*. *Sin*, el dios-luna, fuerte y poderoso, presidía á toda clase de edificaciones; *Sam*, el dios-sol, era el genio del fuego, la luz que desvanece las tinieblas, el guía de las expediciones favorables: llevaba por emblema un disco radiante, como *Sin* una media luna; *Vul*, dios de los aires, daba la abundancia y la fecundidad, y

protegia los canales: el rayo centelleando entre las nubes era su símbolo.

Entre las divinidades inferiores se encuentran las siguientes:

Marduk, el más antiguo de los dioses, venerado por Hamurabí, primer rey de la Babilonia unificada; preside á la justicia, al orden y buen gobierno, y es el custodiador de los tesoros.

Ninib, hombre-toro con cuatro alas, protege especialmente los acueductos y corresponde al planeta Saturno.

Nergal, numen del planeta Marte, dios de la guerra, campeón de los dioses. Se le representaba en la figura de un hombre-león alado.

Nebo, dios de la inteligencia activa, correspondiente al planeta Mercurio. Se le figura con las manos juntas, en actitud meditativa; su túnica talar aparece cubierta de inscripciones.

Las diosas desempeñan papel menos importante que los dioses, y sus atribuciones no aparecen bien deslindadas; de algunas sólo se sabe el nombre. Cada persona de las dos triadas tenía una diosa por compañera, la cual participaba de las adoraciones á su divino esposo. Había además otras divinidades femeninas. Entre todas, presentan carácter definido y son las principales:

Beltis ó *Militta*, compañera de Bel, la gran señora; se la considera madre de los dioses, otorga la fecundidad, y es reina de la tierra y deidad que preside á las batallas.

Istar, Venus, la estrella de suave fulgor, la reina de los dioses; divinidad á quien la mujer simboliza; diosa de la caza y del amor.

Alatú, la que impera en la región de los muertos. Esta región está muy lejos, subterránea, en un lugar de donde nadie puede volver. Es una prisión inmensa, rodeada de muros, eternamente sombría; sin cesar resuenan allí lamentos. Alatú recibe á los muertos completamente desnudos. Perdería su dominio sobre ellos si lograsen alcanzar la fuente de la vida, la planta de la vida, ocultas en el mundo infernal; pero sólo unos pocos, por privilegio de los dioses, han podido atravesar las negras aguas de la muerte y llegar á la isla de los Bienaventurados.

Héroe de la mitología babilónica es *Gilgamés*, protegido de

Samás, quien salvó la ciudad de Uruk, favorita de Istar, del asedio de poderosos enemigos. Tiene por compañero un sér velludo: Eabaní, vencedor de un león. Libre ya la ciudad, Gilgamés es nombrado rey, é Istar le ofrece su amor, pero él la rechaza, porque sabe que Istar mata á sus amantes. Entonces ella se queja á su padre, el dios Anú, que envía contra Gilgamés un toro divino; Gilgamés y Eabaní lo matan. Pero la maldición de Istar despechada pesa sobre ellos: Eabaní muere; Gilgamés es atacado de la lepra y parte para la isla de los Bienaventurados, á consultar á su antepasado *Utnapistim*, el Noé caldeo. En el camino ha de vencer leones y escorpiones; al fin llega al mar y una diosa marina le enseña el camino; al final hay un barquero que lleva á la isla. Gilgamés aborda y Utnapistim le refiere la historia del diluvio; luego le cura la lepra con una droga mágica. El héroe se purifica entonces en la fuente que para ello existe y trata de coger la planta de la vida, pero una serpiente se la arrebató. Desolado por no haber encontrado á Eabaní vuelve á Uruk. Por lo menos logra que su amigo se le aparezca en sueños y conversa con él. El final de la historia no se ha encontrado. (*S. Reinach*).

Entre los asirios, la divinidad suprema era, como se ha dicho, el dios-águila, *Asur*. Otro de los principales dioses era *Adad*, palabra que, según Macrobio, significa *el único*, y por la cual entendían los asirios el sol; se le representaba con la cabeza rodeada de rayos dirigidos hacia el suelo; su esposa *Atargatis*, divinidad-peíz, llevaba también como adorno los rayos, pero dirigidos hacia arriba. *Mammón* era el dios de la riquezas. La divinidad del fuego tenía por nombre *Adramelech*; se le ofrecían sacrificios de niños, que eran quemados vivos, ó por lo menos obligados á pasar entre las ascuas; se la figuraba con cabeza de mulo. Honraban también los asirios á los *Patekes*, divinidades protectoras del hogar, como los lares clásicos.

El dios *Iamús* era considerado por los asirios como esposo de Istar. Muere en primavera y desciende á los infiernos. Istar le sigue para buscarlo y descubrir la fuente de la vida, cuyas aguas permitirán resucitarlo. En cada puerta que pasa los guardianes le exigen que entregue una prenda de sus vestiduras, y llega desnuda al imperio de los muertos. En tanto la tierra, por

la ausencia de Istar, queda estéril; la vegetación se agosta y perece. Los dioses celebran consejo y acuerdan satisfacer á Istar; arrojando la cólera de la diosa de los muertos, Alatú, envían un mensajero que se apodera del agua vivificadora: Tamús revive y vuelve á la luz con Istar. Este bello mito simboliza probablemente la vegetación abrasada por el ardiente sol oriental, y que renace con las primeras lluvias.

Tenían los caldeos una tradición referente al diluvio universal. Según ella, los hombres se mostraron ingratos para con los dioses, que les habían dado la existencia, y éstos decidieron hacerlos perecer por el agua. Pero Ea, ó según otros autores Bel, denuncia este propósito á Utnapistim y le previene que construya un arca y se encierre en ella con sus parientes y amigos, y una pareja de cada especie de cuadrúpedos y aves. Construida el arca, y apenas entrado en ella Utnapistim con los suyos, estalla horrenda tempestad, que atemoriza hasta á los mismos dioses; la tierra quedó inundada. Pasados siete días, observa Utnapistim que las aguas decrecen y que el arca toma fondo. Suelta una paloma, que vuelve por no haber hallado donde posarse; suelta una golondrina, y ésta vuelve con lodo en las patas; suelta después un cuervo, y no vuelve. Entonces Utnapistim sale del arca, se prosterna en adoración á la tierra, y ofrece un sacrificio á los dioses; luego él y sus hijos desaparecen. Sus compañeros los buscan, y una voz misteriosa les anuncia que Utnapistim ha sido llevado al cielo; les exhorta á caminar á Caldea, y ellos, obedientes, caminan y fundan la ciudad de Babilonia.

IV

Egipto

Caos primordial.—La voluntad creadora.—Knef, Ftha y Ra.—El orbe en un huevo.—El mito de Osiris é Isis.—Osiris, regenerador de la humanidad.—Las asechanzas de Tifón.—Resurrección de Osiris.—Horo.—Las divinidades del ciclo de Osiris.—El buey *Apis*.—El dios *Serapis*.—El «juicio de los muertos».

Las primitivas ideas de los egipcios suponían, antes de la creación del mundo, un caos infinito, una vasta condensación de tinieblas, que designaban con la palabra *Buto*. En este caos preexistía eternamente un principio superior, un Dios inactivo y concentrado en sí mismo, cuyo nombre era desconocido y cuya forma escapaba al poder de la imaginación humana: los egipcios lo designaron con el vocablo *Piromi*.

Piromi, convertido en voluntad creadora, se llamó *Knef*, y éste fué el dios productor del mundo, el que expelió por la boca el orbe, bajo la forma de un huevo. Cuando la ciudad de Tebas llegó á ser la capital de todo el Egipto, el dios de Tebas, *Amón*, se confundió con *Knef*, y tuvo allí el templo más grande y suntuoso de todos, siendo considerado como el más poderoso de los dioses; los sacerdotes lo presentaban como un sér perfecto y eterno, que lo ha creado todo, «padre de los padres, madre de las madres»; de él habían nacido los demás dioses, ó bien éstos no eran más que el mismo Amón con otros nombres:

Amón recibía también las denominaciones de Ra y Harmakhis. La fantasía se lo representaba bogando por el cielo en una barca; los remeros eran las almas de los hombres justos; un dios iba á proa, armado de una lanza; otro llevaba el timón.

Knef, como primera manifestación de Piromi, se unió á *Neith*, la materia pura de la Naturaleza, y ambos engendraron á *Ftha*, otra manifestación de Piromi; Ftha era el fuego primitivo, la luz difusa que iluminó el Océano de las aguas al caer en ellas el huevo primordial: uniéndose con *Athor*, el agua creadora ó la humedad fecundante, dió origen á la tercera manifestación



Adoración á Amón.

de Piromi, *Fre* ó *Ra*, el fuego individualizado, el astro rey. Mas conviene observar ahora, para que choque menos la extravagancia de estas genealogías, que los egipcios concebían á estos tres dioses mayores, Knef, Ftha y Ra, como la misma esencia de Piromi, y dotados á la vez del poder masculino y la fecundidad femenina, y que la vaguedad de toda esta concepción aumentó con respecto á la invención de las divinidades femeninas, que aparecen sin rasgos bien acusados. A Ra se le daba por esposa *Io*, la cual, fecundada por el sol, dió á luz los cinco elementos: *Saté*, el éter; *Anuke*, el fuego celeste; *Buto* II, la atmósfera, *Athor* II, el agua; *Nefté*, la tierra. Como divinidades inferiores seguían los *Cabiros*, los planetas, y los *Decanos*, que pre-

sidían á los signos del Zodíaco, y como Decanos-horóscopos regían los destinos de los hombres.

Buto, la noche primitiva, recibía en sus templos como ofrenda la musaraña, animal considerado ciego como el topo: los fieles recogían cuantas musarañas encontraban muertas por el camino y las enterraban al pie del altar de Buto. Amón tenía diferentes representaciones: unas veces aparece como una esfinge con cabeza de carnero; otras con la figura entera de este animal, emblema de la fecundidad; ya lleva alas y tiene cuatro cabezas; ya se le pinta con penacho de plumas y el disco solar, ó bien es un escarabajo, ó una serpiente, emblema de la eternidad. A Neith se la representaba con cabeza de carnero ó de león; también en forma de una mujer con alas, sentada ó arrodillada.

Ftha, que fué quien separó los principios mezclados en el huevo de Knef, ordenando el Universo en dos partes, To, la tierra, y Potiris, el cielo, aparece casi siempre encerrado en una especie de hornacina, como si estuviese dentro del huevo del mundo, y con cabeza de milano. Su mujer Athor tenía por emblemas el buitre y el disco solar; su rostro, en forma de triángulo, aparecía con orejas de vaca. Ra, el sol, cuya diaria carrera simbolizaba la continua renovación de la potencia divina, se representaba por medio del león, animal cuya fiera era emblema de los ardores del astro; algunas veces se le figuraba como un niño saliendo de la flor del loto, y otras como una esfinge con cabeza humana; generalmente se le da por emblema el disco solar alado y las serpientes. En cuanto á las imágenes de Io, aparecen en los templos con figura humana, vestida de estrecha túnica, llevando la cabellera trenzada, y por emblemas, el látigo con que excita la producción terrestre, el cetro y la columna, que significa estabilidad.

El simbolismo de estas divinidades, simbolismo más bien de carácter sacerdotal y secreto que popular, parece haberse olvidado pronto, y en su lugar floreció toda una mitología de divinidades terrestres, la leyenda de Osiris, Isis y Horo. Según Manethón, el sol (Ra) se encarnó en *Osiris*, vino á la tierra, y él y sus descendientes reinaron 30.000 años.

Por los datos que suministra Plutarco, Osiris era hijo del

dios Seb (el suelo) y de la diosa Nouit (la atmósfera). Ra y su descendiente Geb habían gobernado largo tiempo á los hombres; no conocieron la muerte, pero debilitados por la vejez y desalentados por la ingratitude humana, se retiraron al cielo: Osiris fué su sucesor en el gobierno de la tierra. Auxiliado por su hermana-consorte *Isis*, este dios, que había de regenerar á la humanidad, enseñó á los hombres á distinguir las plantas nutritivas, el trigo, la cebada, la viña, que antes crecían sin cultivo, confundidas con los otros vegetales; ante la multitud maravillada, Isis cortó los primeros haces cereales y amasó la harina,

Osiris prensó los negros racimos y bebió la primera copa: los hombres perdieron desde entonces la salvaje costumbre de la antropofagia.



Isis.

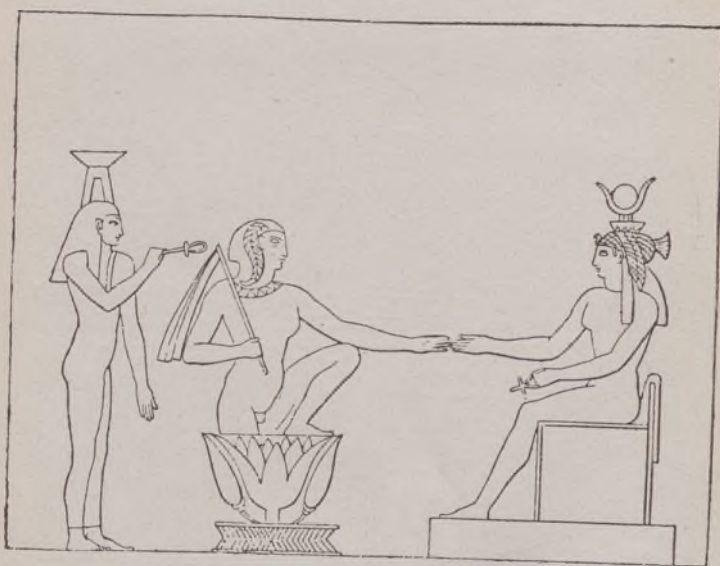
Buscó también Osiris los filones metalíferos en las entrañas de la tierra, y bajo su dirección los hombres labraron el oro y el bronce, forjaron armas para extinguir las fieras, herramientas para cultivar el suelo y estatuas para los dioses. Luego les inició en la vida social; fundó una capital para Egipto, Tebas la de cien puertas, dió leyes de general observancia y enseñó la moral: en todo esto colaboraba *Thot*, dios de las artes y las letras, que inventó los signos del lenguaje y de la escritura.

Dejando á Isis el gobierno de Egipto, Osiris viajó después con una numerosa flota por toda la tierra, divulgando el cultivo de los cereales; jamás hubo de apelar á la violencia: los hombres acudían á él, rendidos por el encanto de su palabra y por el ritmo del baile y de la música. Mas al regresar á Egipto fué víctima de una horrible traición.

Su hermano Tifón, espíritu envidioso y malévol, tomó furtivamente la medida de la talla de Osiris, y mandó hacer un cofre de igual dimensión. Luego invitó á Osiris á un festín. Ya en el banquete, los 72 conjurados que auxiliaban los designios de Tifón, alabaron el cofre, que estaba ricamente labrado, y el anfitrión prometió regalarlo á aquél que cupiese cabalmente

dentro de la caja; todos probaron y únicamente Osiris pudo tenerse: tan pronto como estuvo dentro, acudieron los conjurados, cerraron el cofre, y mientras uno clavaba la tapa, otros derretían plomo en las juntas. Luego lo arrojaron al Nilo, y la corriente lo llevó al mar.

Cuando Isis supo lo ocurrido, se cortó la cabellera y se vistió de luto; corría por todas partes, inquieta y desesperada, preguntando á todos por el cofre. Unos niños le dieron detalles



Horo saliendo de la flor del loto.

que la guiaron hasta Siria, donde el cofre había ido á parar, y al fin consiguió llevarlo á Egipto; pero una noche, cazando Tifón á la luz de la luna, lo encontró, y reconociendo el cuerpo de Osiris, dividió á su hermano en catorce pedazos que dispersó por diferentes parajes. Entonces recomenzó Isis su dolorosa peregrinación; se dedicó á buscar las partes del cuerpo de su esposo, y cuando hallaba una la sepultaba en el mismo lugar del encuentro y elevaba un santuario: menos un pedazo, que había caído al Nilo, todo el cuerpo de Osiris recibió sepultura. A continuación Horo, hijo de Osiris, emprendió una guerra contra

Tifón, para arrancarle el imperio del mundo: logró vencerlo, el Bien triunfó del Mal, y los efectos de esta victoria durarían mientras los Faraones, descendientes de Osiris, ocupasen el trono de Horo.

Era tradición en Egipto que Osiris, el primer dios que sufrió la muerte, gozaba de sucesivas resurrecciones. Los misterios que, en forma de simulacro del drama divino, se representaban en los templos, reproducían los trabajos de Isis y de Horo para devolver la vida al humanitario dios. Créase que la co-



Anubis, custodio de la momia de Osiris.

horte de los dioses buenos, Isis y su hermana *Nephtys*, Horo, Thot, *Anubis* y *Harpócrates*, consiguieron reunir los dispersos miembros de Osiris y reconstruir su momia; sobre ésta rociaron agua, y á su tiempo surgieron, altos y espesos, los nuevos trigos: y «ésta, dice la leyenda, es la forma de aquél que no puede nombrarse (Osiris), naciendo del agua que renueva su vida». A este rito se añadían en los misterios sacrificios de animales; algunas veces se inmolaron hombres, prisioneros de guerra, libios de cabellos bermejos, en quienes se creía hallar una semejanza de Tifón, que tenía la tez y el pelo rojos; de ordinario se inmo-

laba un toro, una gacela, ó algún otro animal astado de los consagrados á Tifón.

Con las indicadas ceremonias creíase lograda la resurrección del cuerpo de Osiris; pero faltaba atraer su alma, que residía en la luna: Tifón, encubierto bajo la forma de un cerdo negro, atacaba, á mediados de cada mes, al astro, y lo devoraba paulatinamente con el alma del dios. Para rescatar ésta, Horo, y en los misterios el sacerdote que lo representaba, salían en persecución de un animal de los de Tifón: capturaban un cerdo, un toro, una gacela ó una oca, le cortaban el cuello, y al cuerpo de Osiris volvía entonces triunfalmente su alma.

El mismo Plutarco, á quien se deben estas noticias, apuntó, como corrientes en la antigüedad, dos explicaciones de la leyenda de Osiris. He aquí la primera: «Osiris personifica al Nilo, que se une con Isis, la tierra; Tifón ó Seth es el mar, en el cual va á perderse el caudal del Nilo: así los sacerdotes egipcios tienen horror al mar, y dicen que la sal es la espuma de Seth. Los más filósofos entre los sacerdotes añaden que Osiris es el principio de toda humedad, la fuente de toda producción, la substancia de todos los gérmenes; que Seth-Tifón, al contrario, es el principio del calor del fuego, la causa de la sequía, el enemigo de la humedad. Las emboscadas que Tifón tiende á Osiris indican los terribles efectos de la sequía, cuando ésta absorbe la humedad del Nilo. El cuerpo de Osiris, encerrado en un cofre, no designa otra cosa que la mengua y la desaparición de las aguas del río. Si Horo triunfa de Seth, es que, después de la crecida, la inundación del Nilo cubre de nuevo las tierras». La segunda explicación de Plutarco es ésta: «Se dice que Osiris ha sido sepultado cuando se hunde la simiente en la tierra, y que vuelve á la vida y se manifiesta de nuevo cuando los gérmenes comienzan á desenvolverse». Refiere Diodoro que los campesinos de Egipto, en la siega, invocaban á Isis al cortar el primer haz; Isis lloraba á su esposo, que moría con las espigas; mas una de sus lágrimas desbordaba al Nilo, y el río volvía á traer su crecida anual.

Con la primera hipótesis de Plutarco tendríamos una sencilla alegoría; con la segunda, un ingenuo panteísmo, cristalizado en un bello mito por el que el trigo y el vino se subliman hasta conver-

tirse en la carne y sangre de una divinidad. En cuanto á las relaciones de Osiris con la luna, pudieran explicarse por la creencia popular de que la luna, á quien se atribuía el nocturno rocío, tenía grande influencia en el desarrollo de la vegetación; «todo crece con la luna creciente, todo mengua con la luna menguante», afirmaba Plinio el naturalista.

Los egipcios representaban á Osiris envuelto en una túnica, llevando mitra en la cabeza, y en la mano un látigo, un cetro ó la llave del Nilo; á veces aparece con cabeza de toro, símbolo de



Isis con los cuernos de vaca.

fecundidad. Isis, esposa y hermana de Osiris, cuya significación, indecisa en la leyenda, se fué concretando hasta ser Isis una personificación de la tierra que el Nilo fecundiza, ó de la luna que recibe su luz de Osiris-sol, está representada en los monumentos sentada en un trono, vestida de amplia túnica, con un peinado especial en forma de buitre, emblema de la maternidad, y la cabeza coronada por el disco solar entre los cuernos de vaca.

Horo, hijo de Osiris é Isis y vencedor de Tifón, quien al huir de aquél se cambió en cocodrilo, heredó las atribuciones de su padre como dios y rey de Egipto, y aparece representado como un joven que pisotea á un cocodrilo, y lleva dos serpientes inofensivas en cada mano; como representación del sol naciente,

surge á veces, en figura de niño, de una flor de loto.

Con ligeras indicaciones caracterizaremos ahora las principales divinidades del ciclo de Osiris. Toth era el dios de la inteligencia y la sabiduría; se le representaba con cabeza de ibis, pues esta ave, que hacía su aparición con las crecidas del Nilo, era considerada como emblema de la ciencia. Anubis, que embalsamó los restos de Osiris, era el dios tutelar del paso de la vida á la muerte, el conductor del alma á las regiones subterráneas; se le pintaba con cabeza de perro, y se le sacrificaban perritos, ya negros, ya blancos, según se le imaginaba viviendo en las tinie-

blas ó en la luz. Harpócrates era el dios del silencio, y presidía los gineceos, las cámaras de las mujeres.

En cuanto al terrible Tifón, ó Seth, era el símbolo de todo mal. Así como Osiris brillaba con los resplandores del sol, de Tifón procedían las tinieblas de la noche; sus manifestaciones eran, entre otras, el simouín impetuoso, y los deletéreos miasmas que, al desprenderse de los pantanos, originaban pestes asoladoras. Moralmente, era el prototipo de la envidia, la ambición, la hipocresía, la calumnia, de cuantos vicios y malas pasiones, en fin, pervierten al hombre.

El culto de estos dioses coexistía entre los egipcios con la adoración á los animales y las plantas. De éstas fueron veneradas con preferencia el loto, la adormidera, el papiro, el ajenjo, la mostaza y la cebolla. Los animales sagrados eran, según las ciudades, el león, el cocodrilo, el buey, el carnero, el chacal, el gato, el milano, el ibis, el escarabajo, la musaraña, el macho cabrío, el hipopótamo: el culto del gato y el del escarabajo parecen ser los que alcanzaron mayor generalidad.

Hemos visto cómo en la representación de los dioses dábase gran parte á la divinización de los animales; la Esfinge, imagen de Amón-Harmakhis, era un león con cabeza de hombre; pero lo más corriente era que los dioses tuvieran cuerpo de hombre con cabeza de animal y, en definitiva, un mismo dios podía representarse de cuatro maneras distintas. Así Horo aparece con figura de hombre ó de milano, ó de milano con cabeza de hombre, ó de hombre con cabeza de milano.

El animal sagrado en Heliópolis era el ave Fénix, á propósito de la cual forjaron los griegos una leyenda. Contaban que tenía el tamaño de un águila, y las alas rojas y doradas; llegaba á Egipto cada quinientos años y abatía el vuelo en el templo de Ra, en Heliópolis; llevaba entre las garras el cuerpo de su padre, envuelto en mirra, y lo sepultaba en el mismo templo. Para esto, amasaba la mirra hasta formar un huevo, introducía el cadáver en él, cerraba la abertura y dábale tierra. El ave Fénix, añádiase, contradiciendo la anterior versión, vivía varios siglos; cuando sentía cercana la muerte, levantaba una pira de maderas aromáticas, y posándose encima, le prendía fuego: mas de las cenizas del ave maravillosa nacía siempre otro Fé-

nix, que batía alegremente los aires con sus alas de púrpura y oro.

El animal sagrado que se adoraba en Menfis era el buey *Apis*. Considerábase este buey como una encarnación de Osiris, que descendía á la tierra durante el breve resplandor de un relámpago. Debía reunir ciertas señales particulares que lo distinguiesen de los demás animales de su especie, en general consagrada á Tifón; así, había de ser negro, y presentar en la frente una mancha blanca triangular; sobre el espinazo, la figura de un águila; en la lengua, la de un escarabajo. Cuando se manifestaba un Apis con estos distintivos, los sacerdotes lo conducían al templo, que estaba rodeado de praderas verdeantes, por donde se dejaba al buey pacer en libertad. Su vida allí no debía exceder de veinticinco años; cuando el animal excedía este plazo, los sacerdotes lo ahogaban con toda solemnidad en el Nilo, y tanto en este caso, como en el de morir naturalmente, se buscaba con afán otro apis. Muerto el buey, se le enterraba, después de embalsamado, en una tumba del *Serapeum* excavada en la roca; se le consideraba entonces como un dios, como un Apis-Osiris, y recibía culto.

En los tiempos del Egipto decadente, durante la época alejandrina, una nueva divinidad apareció y eclipsó poco á poco á las anteriores, reuniendo los caracteres de todas ellas. Esta divinidad era *Serapis*, á quien se elevó en Alejandría un suntuoso templo. El oráculo del dios, respondiendo á una consulta, describió de este modo el poderío de Serapis: «Es mi cabeza la bóveda del cielo; la mar es mi vientre; mis pies tienen por escabel la tierra; están en las regiones etéreas mis oídos, y son mis ojos la brillante llama del sol que llega con su mirada hasta los más remotos confines». Se le representaba con una serpiente enroscada á su cuerpo y un adorno cilíndrico en la cabeza; como atributo, llevaba la flor del loto. Los artistas alejandrinos daban á su fisonomía la semejanza del Júpiter griego.

Terminaremos estas sumarias indicaciones dando breve noticia del *juicio de los muertos*. Concebían los egipcios una vida ultraterrena más allá de la vida mortal; cuando el hombre fenecía, pensaban, algo de él sobrevive: un *doble*, una apariencia, una sombra capaz de reproducir los impulsos y acciones de su

vida pasada, susceptible hasta de ser vista por los que quedan en el mundo, pero privada de reunirse y convivir con ellos. Este doble, este alma, que imaginaban salir por la boca del moribundo en el momento de su tránsito, necesitaba servirse de su cuerpo, y de ahí la práctica de los embalsamamientos y la costumbre religiosa de llevar provisiones á las tumbas, consideradas como las casas de los muertos. Andando el tiempo, la concepción de la vida trascendente del alma se espiritualizó un poco más; llegaron á pensar los egipcios que las almas, lejos de quedarse en las tumbas, iban á reunirse en las regiones subterráneas, en el reino de Occidente, allí donde el sol se oculta y Osiris continúa su reinado.

«El libro de los muertos», colección de ritos funerarios, del cual se han encontrado numerosos ejemplares en los sarcófagos y en las tumbas, contiene interesantes detalles sobre la peregrinación de las almas. Primero atravesaban larga serie de lóbregas galerías, donde se sentían acometidas por horribles demonios, cuyos zarpazos sólo podían evitar merced á la protección de Anubis, que las guiaba; pasaban luego en barca un negro y silencioso río subterráneo; finalmente llegaban á presencia del tribunal de Osiris, formado por el dios y 42 asesores.

Después de reverenciar á Osiris, el alma debía dirigirse sucesivamente á cada uno de los 42 asesores y justificarse de los 42 pecados principales; para compensar los pecados, enumeraba también todas sus buenas acciones. Seguidamente se pesaban éstas en la balanza de la justicia, y según fuesen graves ó ligeras, era condenada el alma ó se le concedía la absolución.

El alma condenada caía en un abismo de tinieblas, donde se sentía batida por vertiginosos torbellinos, fustigada, atormentada por escorpiones y serpientes, hasta el instante de su comple-



Anubis, conductor de los muertos.

to aniquilamiento. El alma absuelta, después de pasar por pruebas más ó menos dolorosas, según la entidad de sus culpas, era admitida en la compañía de los dioses, y con ellos gozaba eternamente de una existencia dichosa, reposando á la sombra de los sicomoros, entre divinos perfumes, aspirando la deliciosa brisa del Norte, y comiendo en la mesa de Osiris manjares condimentados por una diosa.



Fenicia

Las piedras sagradas.—Baal y Astarté.—Las columnas de Melkart.—El culto á Moloch.—Muerte y resurrección de Adonis.—La Astarté de Sidón.

Los fenicios tenían escasa imaginación. Pueblo de mercaderes y navegantes, aventurero y pirata, su mitología es sencilla y, probablemente, importada de otros pueblos. Seignobos la resume en términos claros y precisos.

En un principio, los fenicios adoraron piedras y árboles que miraban como objetos divinos. Las piedras sagradas, llamadas *betilos*, esto es, *mansión de Dios*, eran ordinariamente negros guijarros en forma de huevo, y algunas veces aerolitos. Los árboles sagrados eran, ya verdaderos árboles, ya columnas de bronce adornadas, que terminaban en un cono. Erigían también en los *altos lugares*, es decir, en la cumbre de las montañas, altares y columnas de piedra. Todas las ciudades fenicias creían además en un dios llamado *Baal*, el señor, y en una diosa llamada *Baalit*, la señora, ó Astoreth (Astarté).

Baal era el sol bienhechor que ilumina la Naturaleza y da vida; era también el sol abrasador que agosta la vegetación y da la muerte. Se le representaba como hombre ó como toro, y alguna vez como hombre con cabeza de toro; el carácter de este dios era caprichoso y sanguinario: para aplacarlo, se inmolaban

en sus altares víctimas humanas, y aun se creía serle particularmente grato el sacrificio de niños.

Astoreth ó Baalit era la luna, la reina de los cielos, la diosa del amor y de la primavera. Se la representaba con figura de mujer, llevando sobre su peinado una media luna.

Cada ciudad de Fenicia tenía su Baal y su Astoreth particulares; los habitantes los adoraban como dueños y protectores de la población. El Baal de Tiro se llamaba Baal-Melkart (señor de la ciudad); se lo imaginaban allí como un guerrero victorioso y un gran navegante: había realizado varias expediciones á los países de Poniente, y las montañas que dominan el estrecho de Gibraltar las distinguían por esto los fenicios con el nombre de columnas de Melkart; los griegos, que confundían Melkart con su héroe Hércules, las llamaron después columnas de Hércules. El dios Melkart tenía en Tiro un antiquísimo templo, donde se conservaba una gruesa esmeralda de fascinante brillo, que era adorada como el habitáculo del dios; en casi todas las colonias fundadas por los tirios se erigieron también altares á Melkart.

El Baal de Cartago, conocido por el nombre compuesto de Baal-Moloch, *baal-rey*, era reverenciado en la forma de una colosal estatua de bronce. Cuando la ciudad se veía amenazada de grave peligro, se atribuía éste á la irritación de Baal y se preparaba un gran sacrificio para apaciguar al dios. Los magistrados de la ciudad y los jefes de las familias más principales y opulentas conducían á sus hijos primogénitos al pie de la estatua de Moloch; se encendía una enorme hoguera y en ella se arrojaba vivos á los niños, al son de flautas y trompetas; las familias, puestas sus vestiduras de los días solemnes, presenciaban el sacrificio.

En Byblos se adoraba á Baal-Adonis. Su templo estaba en la cumbre de la montaña que coronaba la ciudad, y tenía además un santuario en Afaka, lugar en donde el río de Adonis surgía de la montaña por un circo de rocas. Se representaba á Adonis con la figura de un joven extremadamente hermoso. Decíase que, yendo de caza por el Líbano, una divinidad envidiosa tomó la forma de un jabalí y le dió muerte; su mujer Astarté, que lo amaba con pasión, lo buscó largo tiempo

por el monte, y encontró al fin su cuerpo ensangrentado: arrojándose junto al cadáver se lamentó desconsolada; pero algunos meses después, el dios resucitó.

Todos los años, al comienzo de los grandes calores, cuando el estío mata á la primavera, se celebraba en Byblos una fiesta fúnebre en honor de Adonis. En el templo se erigía un catafalco, encima del cual se ponía un sarcófago; se organizaba una procesión que iba á buscar la estatua de Adonis—una estatua de madera pintada, con una herida manando sangre en el costado—y una vez encontrada, la colocaban en el sarcófago: á su lado ponían un simulacro de jabalí. Honrábase al dios durante algunos días, se le ofrecían sacrificios, se enterraba después la estatua, y se hacía la ritual plantación, en vasos llamados «jardines de Adonis», de ramas verdes que bien pronto se agostaban al sol. Mientras, grupos de mujeres, unas con la cabellera suelta, otras con la cabeza rasurada, corrían por las calles, con las vestiduras desgarradas, golpeándose el pecho, profiriendo gritos de dolor y arañándose el rostro.

Al fin del otoño, después de los meses de sequía, cuando principiaban las lluvias traídas por brucas ráfagas, y disolvían la roja arcilla del monte, el río de Adonis, súbitamente acrecido, arrostraba rojizas oleadas, que al mezclarse con el mar, formaban una banda bermeja á lo largo de la costa. Los fenicios decían entonces que Adonis había sido muerto y que aquéllo era su sangre; la fiesta fúnebre recomenzaba en Byblos. Duraba siete días; al octavo los sacerdotes anunciaban al pueblo que el dios había resucitado, y que iba á reunirse con la diosa. Al punto las lamentaciones cesaban; los mujeres prorrumpían en gritos de júbilo, y durante varios días la ciudad se entregaba al estruendo y á la orgía.

La Astarté de Sidón estaba representada en la figura de una hermosa mujer con la cabeza coronada por una media luna; su emblema era la paloma. Un bosque sagrado rodeaba el templo, en el cual se reunían las mujeres por la noche, en épocas fijas, y celebraban fiestas secretas en honor de la diosa. Desde lejos se oían sus gritos y sus cantos acompañados de flauta, y se veían brillar, entre los árboles sagrados, las hogueras. Algunas veces también se inmolaban á Astarté jóvenes de ambos sexos.

En tiempo de los romanos se conservaba todavía en Pafos, isla de Chipre, un antiguo templo de Astarté, erigido en un promontorio. Estaba rodeado de una muralla construída con enormes bloques; dentro, en una plaza, se elevaba un altar, en donde se quemaba incienso en honor de la diosa. El templo se componía de un oscuro santuario y de un vestíbulo flanqueado por dos columnas. A la entrada del santuario había dos candeleros, y en su interior se custodiaba un bloque de piedra terminado en punta, que representaba á la diosa.

Las ideas cosmogónicas de los fenicios coinciden con las de otros pueblos orientales: según ellas, el caos, fecundado por un soplo divino, engendró un huevo que, al romperse, formó el cielo y la tierra.

Mitología greco-romana

MEMORANDUM FOR THE RECORD

DIVINIDADES PRIMITIVAS

I

El Caos

El Caos considerado como el más antiguo de los dioses.—Oión.—Demogorgón.—La formación del Cielo y del Sol.—El Erebo.—Nyx ó la Noche.

Las primitivas doctrinas teogónicas y cosmogónicas convienen en que al principio fué el Caos, el *gran hiato* de los latinos, la profunda sima donde andaban revueltos todos los elementos, el agua, la tierra y el aire, antes de que existiesen el Mar, la Tierra fecunda y el Cielo que entolda á la Tierra y que sirvió de morada á los dioses. En la *Teogonía* de Hesíodo, el Caos contenía el principio de todas las cosas, antes de que naciesen los dioses, y por eso se le considera como el más antiguo de ellos. «Ningún sér tenía entonces forma fija y durable—escribe el ilustre mitólogo Court de Gibelín—todo estaba en continuos y durables choques, y dentro de un mismo cuerpo los elementos congelados contra los abrasadores, los húmedos contra los secos, los blandos contra los duros y los pesados contra los ligeros».

En las *Metamorfosis* de Ovidio preexiste el Caos, y Dios ó la

Naturaleza no son creadores, sino ordenadores, que desenmarañan los elementos confundidos dando á cada cuerpo el lugar que le conviene. Por esa misma confusión informe, no ha podido personificarse al Caos como á los demás dioses. Rafael es el que mejor lo ha representado en la pintura en el momento de separar Dios la luz de las tinieblas, y Ovidio es el poeta que con más rica fantasía lo ha descrito.

Boecio identifica al Caos con Ofión, pero los antiguos solían considerar á éste como posterior, dándole por esposa á Eurinoma, hija de Océano, con la que gobernó el mundo antes que Cronos y los Titanes. Los que siguen á Boecio representan á Ofión en el instante de separar los elementos, colocado en un haz de luz que ilumina las tinieblas circundantes.

Otros también lo han identificado con *Demogorgón*, que, como indica su nombre (*daimón*, genio y *georgos*, que trabaja la tierra), es el Genio de la Tierra, y se le considera como sér primitivo, sin origen, padre de los dioses y del Universo. Bocacio, que sigue al griego Teodoción, lo pinta sucio y musgoso, deforme y escuálido, viviendo en las entrañas de su hija la Tierra, en el profundo Averno, y teniendo por compañeros á la Eternidad y al Caos. Cansado de su soledad é inacción, formó una bola ó globo de desconocida materia, y sentándose en ella se elevó por los aires, dando la vuelta á la tierra y formando así el cielo. Al pasar en este viaje por los montes Acroceraunios (heridos por el rayo), sacó de ellos el fuego en forma de bola, y enviándola al cielo para que alumbrase al mundo, quedó formado el Sol, al cual desposó con la tierra, y de este enlace nacieron el Tártaro y la Noche. Dicese también que, por dar fin á los dolores que aquejaban al Caos, hizo brotar de su seno á la Discordia, abandonándola en el fondo de la Tierra, y de análoga manera nacieron Pan (el todo), las tres Parcas, Urano, etc.

Siguiendo á Hesíodo, del Caos nacieron el Erebo y Nyx ó la Noche. Carrasco deriva el Erebo de las voces célticas *er*, que significa aire, y *eb* privación. Por haber secundado la rebelión de los gigantes, fué transformado en río y precipitado en el Infierno. Los poetas clásicos lo nombran frecuentemente tomándolo por el Averno mismo, ó parte de él.

Nyx ó la Noche es la diosa de las tinieblas, y la primera y

más antigua divinidad. En la *Teogonía* de Hesíodo figura en el número de los Titanes y recibe el nombre de *Madre de los Dioses*, por creer que la noche y las tinieblas precedieron á la creación. Aristófanes la describe con sus negras alas extendidas y depositando un huevo en el seno del Erebo; de él salió el Amor adornado de áureas y brillantes alas.

También tuvo del Erebo al Eter y á Hemera, ó el día, y de su unión con el Aqueronte, río infernal, nacieron las Furias, llamadas Erinias por Homero y los trágicos griegos. Por sí misma, y sin comercio con otra divinidad, engendró larga serie de hijos, el Destino, que otros hacen hijo del Caos, la Muerte, la Miseria, el Sueño, los Ensueños, las Hespérides que guardan las manzanas de oro. Unos creen que su imperio radicaba en el país de los cimerianos de Italia, y según otros más allá de las Columnas de Hércules y de la vieja Hesperia, donde se extendía el mar tenebroso. En él se sumergía silbando el sol, en su camino al Tártaro: Posidonio asegura que su ruido y la conmoción de las olas se oían desde un río próximo á Cádiz. Desde este momento—dice Hesíodo—la noche extendía su velo negro y, pasando por una puerta de hierro, llevaba á su hijo el Sueño á los mortales, y volvía á sumergirse en el Tártaro para reaparecer luego por Occidente, como huyendo siempre del Sol ú ordenando á las tinieblas que ocupen siempre los lugares que el Sol abandona.

La fantasía helénica personificó la Noche en una mujer cubierta con largo velo negro, suelto, y antorcha medio apagada y vuelta hacia abajo; á veces la acomodaban en un carro arrastrado por dos corceles negros ó por un mochuelo tocado con largo velo sembrado de estrellas. Los romanos la representaban quieta y dormida, y en algunos monumentos antiguos está precedida por un niño con antorcha, indicando el crepúsculo que antecede á las tinieblas nocturnas.

II

La Eternidad

La Eternidad, anterior á los grandes dioses é identificada con el tiempo.—
El antro de la Eternidad.—Sus atributos.—El Fénix.

Era otra deidad, preexistente á los grandes dioses, que estuvo asociada al Caos y á Demogorgón. Algunos la identificaban con el tiempo. Es muy conocida la bella descripción que del antro de la Eternidad hizo Cayo Claudio en el *Elogio de Estilicón*: «Es un lugar desconocido donde no puede entrar el espíritu humano y en donde los mismos dioses apenas tienen acceso. Esta caverna, madre de los años, fea por su vejez, infinita en su duración, hace salir de su vasto seno todos los tiempos y los vuelve á llamar. La Naturaleza, cuya vejez no puede disminuir ni alterar sus gracias, hace guardia á la entrada del vestíbulo, y á su alrededor revolotean infinitas almas. Preside el antro un anciano venerable que dicta leyes eternas. Él es quien arregla el número, la carrera y el reposo de los astros, y por quien todo vive y perece, según los inmutables decretos. En el antro se ven todos los siglos, distinguidos por su metal, y cada cosa en el lugar que le corresponde».

Marciano Capella tiene á la Eternidad por hija de Júpiter, y en las medallas y monedas del imperio romano está representada en diversas formas. Como identificación del Tiempo, lleva en

la mano una serpiente mordiéndose la cola, y á veces ostenta en medio del círculo un alado reloj de arena indicando lo fugaz de la vida. En una medalla de Antonino Pío está representada por el Fénix, y en una urna cineraria copiada por Winckelmann se ve al Fénix sobre una hoguera.

Herodoto ha descrito el Fénix (de *Phen*, luz, aparición) en *Los Doce Libros de la Historia*: sus alas son rojas y doradas, y tiene la forma y figura de un águila. Cuando presiente la vecindad de la muerte, hace un nido de madera y gomas aromáticas que expone á los rayos del Sol y con él se consume. De la medula de sus huesos se forma otro Fénix, y su primer cuidado consiste en rendir al padre los honores de la sepultura. Para ello forma un huevo de mirra, lo horada y coloca en el hueco el cuerpo bañado en mirra. Luego transporta su preciosa carga á Heliópolis y la deposita en el templo del Sol. Suponíase que nacía en el desierto de Arabia, viviendo quinientos ó seiscientos años. Los antiguos hablan de cuatro apariciones del Fénix, y los chinos creen en la existencia de un ave rara, única, que renace de sus propias cenizas.

III

El Destino y las Parcas

Significación del Destino.—El gran libro del Destino.—Atributos.—Cloto, Laqueris y Atropos.—El hilo de la existencia.—Representación de las Parcas.—*Ananké*.—Atributos de la *Necesidad*.

El Destino es la ciega divinidad llamada *Eimarmena* por los griegos y *Fatum* (hado) por los latinos. Hesiodo lo declara hijo del Caos y de la Noche, y á él están sometidos los dioses y los hombres, el cielo y la tierra, el mar y los infiernos. La escuela estoica entendía por Destino la fatal necesidad con que todo ocurre en el mundo. Homero nos muestra á Júpiter en la Iliada impotente para salvar de la muerte á Patroclo, al compañero de Aquiles, y á su propio hijo Sarpedón, fenecido ante los muros de Troya. En otro sitio, pesa en una balanza la suerte de Héctor y Aquiles, y el Destino decreta que sucumba el primero. Estos inmutables decretos estaban escritos desde la eternidad en el *Gran Libro del Destino*, que los dioses consultaban.

Personificaban al Destino en un anciano con los ojos vendados, colocado sobre un globo que representaba á la Tierra, y apoyando su diestra en una urna ó libro donde estaba inscrita la suerte de cada sér. Los antiguos también lo representaban en una rueda atada con una cadena.

Ministros del Destino eran las tres *Parcas* que presidían á la vida y á la muerte y regulaban el movimiento de las esferas celestes y la armonía de los principios. Llamábanse también *Ilitias*, y recibían otros varios nombres. Los más conocidos son los de Cloto, Laqueris y Atropos: Cloto era la más joven y sostenía la rueca en que se hilaban los humanos destinos; Laqueris era la segunda y volteaba el huso; Atropos, que era la mayor, cortaba el hilo de la existencia con unas tijeras de oro. «Ellas son—dice Hesíodo—la que distribuyen la felicidad y la desgracia y las que persiguen á los culpables hasta recibir el merecido castigo». El color de la lana que hilaban denotaba el carácter de la existencia: al color negro correspondía la vida breve é infausta y al blanco los prósperos y dilatados días.

Orfeo dice que habitaban en una caverna del Tártaro, sirviendo de ministros á Plutón. Mientras que Mercurio conducía á la tierra las almas que debían animar á otros cuerpos, las *Parcas* sacaban del Tártaro á los héroes que lo visitaron: Hércules y Teseo, Ulises, que quiso consultar al mago Tiresias, Orfeo, que escribió luego su viaje al Infierno, Eneas, que, según Virgilio, bajó para ver á Anquises.

Platón las representa en el cielo llevando vestidos blancos sembrados de estrellas y sentadas en tronos que despiden viva luz, dando su voto al canto de las sirenas para indicar que dirigen y presiden la armonía del Universo.

Los antiguos las representaban en tres mujeres severas, decrepitas y coronadas con vedijas de lana blanca entrelazadas con narcisos. En otras partes se las ve con coronas de oro, sustituyendo á veces á la corona unas cintas. Blanco manto bordado de púrpura les cubre el cuerpo y cada cual lleva en la mano su atributo: Cloto la rueca, Laqueris el huso, y Atropos la tijera. Licofrón añade que eran cojas, designando así la desigualdad y las alternativas de la vida.

Otro ministro del Destino, y aun más poderoso que las *Parcas*—como que á veces se confunde con el Destino—es la *Necesidad*, diosa absoluta á la que el mismo Júpiter obedecía. Tiene un huso de diamante, una de cuyas puntas toca en el suelo y la otra se pierde en el cielo. Los griegos la llamaban *Ananke* y la representaban sentada en un trono, con el huso entre las ro-

dillas y procurando hacerle girar secundada por las Parcas, que estaban á sus pies. Los romanos la suponían con manos de bronce, llevando en la diestra un martillo y en la otra los clavos diamantinos, dando á entender que ninguna fuerza humana era capaz de contrariar sus designios. Horacio la describe precediendo á la Fortuna, con sus manos de bronce y sus recios brazos de plomo levantados en alto simbolizando su poder fuerte é incontrastable.

IV

Urano y Titaia

(EL CIELO Y LA TIERRA)

La raza de los Uránidas: los Titanes, los Cíclopes primitivos, los Hecatonquiros ó Centímanos.—Crueldad de Urano.—La extracción del hierro.—El crimen de Saturno.—La *Magna mater*.

Sostienen unos que Urano fué hijo del Aire y de Titaia ó la Tierra, y según otros del Día y del Caos, siendo el inmediato sucesor de éste en el imperio del mundo, ó por lo menos el que ejerció la hegemonía sobre todos sus hermanos. De su unión con la Tierra nació la raza de los Uránidas, en la que Hesíodo y Apolodoro cuentan á los Titanes Océano, Ceos, Crios, Hiperión, Japeto y Cronos, y las Titánidas Temis, Rea, Tetis, Tia, Mnemosina y Febea. Algunos incluyen entre estas últimas á Heribea y Cibele, que otros confundieron con la Tierra misma, y excluyen á Rea de entre las Titánidas y á Océano y Cronos de entre los Titanes. Todos estos hijos eran de hermosa presencia. Según Ennio, el primogénito se llamó Titán.

En cambio, de la misma unión nacieron otros seres de horrible aspecto: los Cíclopes primitivos, con un ojo en la frente, llamados Bromtes, Esterope y Arges, y los Hecatonquiros ó Centímanos Coto, Briareo y Giges.

Por temor á estos monstruos, Urano los iba aprisionando

apenas nacían en el obscuro Tártaro. Indignada la Tierra con el bárbaro trato que daba á sus hijos, produjo el hierro, hasta entonces escondido en su seno, y llamando á Titán y á Cronos les aconsejó que matasen á su padre si no querían sufrir el mismo castigo que los Cíclopes y Centímanos. Al principio rechazaron la proposición, hasta que persuadidos por las exhortaciones de ella, Cronos ó Saturno le acechó armado con una guadaña, y cayendo sobre él, le mutiló cortándole los órganos de la gene-



Saturno ó Cronos.

ración, y así perdió Urano la vida y el trono. La sangre copiosa que manaba por las heridas fecundó nuevamente á Titeia, dando á luz las Furias ó Erinias, los Gigantes, y, según Hesíodo, las ninfas Meliseas. Otra porción de sangre cayó en el mar y, uniéndose con la espuma, formó á Venus Afrodita, á quien las olas condujeron blandamente á la isla de Chipre.

La alegoría ha visto en Urano la creación del Cielo sucediendo á la confusión del Caos, mientras que Lactancio lo con-

sidera como un soberano activo é ilustre, y Diodoro Sículo le tiene por el primer rey de los Atlántidas, docto en conocimientos astronómicos y agrícolas, que fué destronado á los treinta y dos años.

Destronado Urano, Titeia tuvo amores con Ponto, y de ellos nacieron Nereo, Faumas, Foreis, Ceto y Euribia. Cuando los antiguos ignoraban el origen de algún personaje célebre, hacianlo hijo de ella, considerándola como la madre universal de todos los seres, por lo cual le daban el nombre de *Magna Mater*.



Saturno

(EL TIEMPO)

Saturno y Titán.—Los hijos de Saturno.—Nacimiento de Júpiter: los Curetos, los Coribantes y la cabra Amaltea.—La Titanomaquia y la Gigantomaquia. Destronamiento de Saturno.—La edad de oro.

Vencido y destronado Urano, la sucesión debía recaer en Titán, su hijo mayor, pero Saturno fué el héroe en la lucha contra el padre y no quiso abandonar el poder. Titán y Saturno establecieron entonces un pacto. El último sería el soberano, pero á condición de que devoraría á todos sus hijos varones, para que la sucesión pasase luego á la rama primogénita de los Titánidas. Saturno cumplió tan exageradamente su palabra, que hasta á las hembras devoraba.

Como antes Titeia con Urano, Rhea, hermana y esposa de Saturno, no quiso sufrir el implacable trato que el marido daba á sus hijos, y procuró sustraerlos á su voracidad, ofreciéndole piedras envueltas en pañales, y así pudo salvar á Neptuno, Plutón, Vesta, Ceres, Júpiter y Juno. Según otros autores, sólo Júpiter se eximió mediante la piedra de ser devorado, pasando los otros hijos al vientre de Saturno que, con la piedra final, cayó postrado y sufriendo agudísimos dolores hasta que la diosa Metis, ó la Prudencia, le propinó cierto bebedizo, y le hizo arrojar la piedra y los hijos engullidos.

Sea de ello lo que quiera, todos los autores están conformes en que Júpiter no fué comido por su padre. Rhea lo puso en la isla de Creta bajo la custodia de los sacerdotes guerreros llamados Curetos y Coribantes—unos y otros de obscuro y fabuloso origen—que se encargaron de su educación. Para que Saturno no oyese los lloros del niño, sus guardianes danzaban y cantaban frenéticamente alrededor, y levantaban horrisono estruendo tocando tambores y címbalos ó golpeando con furia sus escudos de bronce.

Entre tanto, amamantaba á Júpiter la cabra Amaltea, á la que luego transformó por agradecimiento en constelación, colo-



Saturno y sus hijos. (De Flaxman.)

cándola en el cielo. Uno de sus cuernos lo regaló á las ninfas Meliseas, que también le cuidaron en su infancia, y ese cuerno es el que se llamó de la abundancia, pues de él brotaban sin cesar flores y frutos. Homero dice que su madre lo ocultó en una cueva del monte Argeo, y que las palomas le llevaban la ambrosía.

Un año tenía Júpiter, y era ya apuesto mozo, cuando supo Titán que había hijos varones de su hermano Saturno, y acusándole de haber faltado á la palabra empeñada, le declaró guerra, vencéndole y aprisionándole. Al saber esto Júpiter salió del bosque en que vivía, olvidó los agravios contra su padre, y

tomó su defensa, derrotando á su tío. Restablecido Saturno, siente celos del joven y le tiende asechanzas que él elude, hasta que aliándose con sus hermanos Neptuno y Plutón, le vencen y comienzan la guerra contra los titanes. Aconsejados los tres por su madre, dan muerte á Campea, monstruo femenino y gigantesco en forma de oruga, que tenía el encargo de custodiar el Tártaro. Francas ya las temerosas puertas, devuelven la libertad á los Cíclopes y Centimanos, aprisionados por Urano y olvidados por Saturno. Los Cíclopes ofrecieron á sus libertadores terribles armas por ellos forjadas en el pavoroso antro: á Plutón le dieron un sólido casco, á Neptuno le armaron con el tridente, y á Júpiter con el rayo compuesto de otros tres rayos de granizo, tres de lluvia, tres de fuego y tres de viento: con ellos iban revueltos los relámpagos y los truenos, el espanto y la ira.

Júpiter y sus hermanos, los Cíclopes, los Hecátónquiros ó Centimanos con sus descendientes, formaron el bando de los Crónidas que lucharon contra los Grandes Titanes (excepto Océano) y su numerosa descendencia. A esta guerra la han llamado Titanomaquia los poetas de la antigüedad. Los Titanes peleaban rudamente desde un monte de Tesalia y los Crónidas desde el Olimpo. Vencidos aquéllos al cabo de diez años, Júpiter los aprisionó en el Tártaro, de donde habían salido los Cíclopes y Centímanos que tan bien le secundaron.

Dueño del poder, Júpiter lo compartió, para mejor gobernarlo, con sus hermanos Neptuno y Plutón, dando al primero el imperio de los mares y á Plutón el de los infiernos. Pero la paz no tardó en alterarse, y la Tierra, irritada por la prisión de los Titanes, excitó á los Gigantes contra Júpiter, comenzando una guerra no menos peligrosa que la anterior.

Estos Gigantes habían nacido de la sangre que cayó en tierra al mutilar Saturno á su padre Urano. Tenían forma de serpiente, su talla era colosal y su fuerza mostruosa. Al aparecer armados en los campos Flegreos palidieron las estrellas, retrocedió el Sol, y la Osa se hundió en el mar. Júpiter también se aterró al verlos y pidió socorro á todos los dioses. La Estigia fué la primera en acudir, acompañada de sus hijos la Victoria, el Poder, la Emulación y la Fuerza. Agradecido Jupiter por su diligencia, dispuso que en adelante fuesen inquebrantables los jura-

mentos que se hiciesen por ella. Distingúanse entre los gigantes los Alvides, Athos y Efialtos, y los Centímanos (que no han de confundirse con los Titanes así llamados) Briareo, Cotto y Gyas, con cincuenta cabezas y cien manos. Para asaltar el cielo, los Gigantes cogieron los montes Athos, Osa, Pelión, Ródope y otros más, colocándolos unos sobre otros, y desde ellos lanzaban sus proyectiles contra los dioses: rocas, encinas, árboles in-



Los Dioses y los Titanes. (De Flaxman.)

flamados. Los dioses huyeron aterrorizados y, adoptando la forma de diversos animales, vivieron casi todos bastante tiempo en Egipto. Marte fué el primero en revolverse contra los Gigantes asestando á Peloro una estocada mortal, y Minerva presentó al temible Pallas la cabeza de la Medusa, dejándole petrificado: Damastor cogió entonces á Pallas así metamorfoseado lanzándolo contra los dioses. Un oráculo había predicho que éstos se-

rían vencidos, si en su favor no acudía un mortal privilegiado, y Júpiter, aconsejado por Minerva, llamó á Hércules, que con sus certeras flechas derribaba al gigante Alemón, pero en cuanto tocaba en tierra volvía á levantarse sano y salvo y más brioso que antes. Minerva tuvo que lanzarse sobre él para hacerle morir. En medio del fragor de la pelea, Porfirión quiso violar á la diosa Juno; pero Hércules le hirió con una flecha, y Júpiter lo remató con el rayo. Uno de los más señalados caudillos de la Gigantomaquia, el terrible Efialtos, perdió el ojo izquierdo por una flecha de Apolo, y otra de Hércules le saltó el derecho.



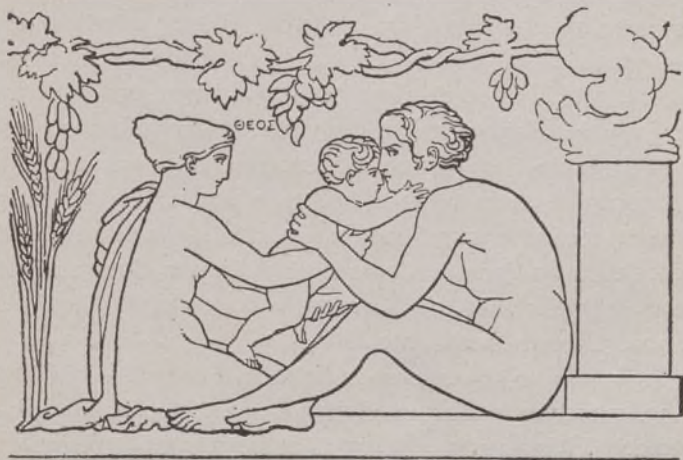
La Gigantomaquia.

Minerva detuvo á Encélado cuando huía y lo arrojó al Etna; Neptuno aplastó á Polibotes lanzándolo contra la isla de Cos; Otos sucumbió de igual manera en la de Creta, y Tifón en la de Isquia. La mayoría de los Gigantes perdieron la vida acribillados por las flechas de Hércules ó aplastados por su maza, y fulminados por el rayo de Júpiter. Los que no perecieron fueron encerrados en los Infiernos, y la sangre que derramaron durante la guerra engendró una raza de hombres perversos que Júpiter anegó en el diluvio de Deucalión.

En la derrota de los Gigantes intervino lo imprevisto. Según algunos autores, al aparecer los monstruos se asustó el asno de

Sileno, y sus rebuznos fueron tan recios que los Gigantes se atemorizaron, creyendo que aquellos ruidos procedían de algún terrible animal. Otros dicen que fué el asno de Baco quien determinó con sus rebuznos la fuga de los asaltantes; otros, que huyeron al oír las voces de Neptuno y de Sileno, y, en fin, que este suceso ocurrió cuando Tritón empezó á sonar su trompa marina.

Volviendo ahora á Saturno, diremos que su hijo, además de vencerlo, lo mutiló con la misma hoz que sirvió á Saturno para mutilar á Urano. Derrotado y proscrito, la adversidad humani-



La Edad de Oro. (De Flaxman.)

zó su carácter, y de un ingrato se convirtió en un bienhechor de los hombres. Llegado al Lacio, Jano lo acogió con bondad y lo nombró su ministro, comenzando entonces la Edad de Oro.

«La Tierra fecunda—escribe Escosura en cervantesco estilo—producía, sin que el arado la surcase, abundantes cosechas; los árboles daban espontáneamente sazonados frutos; blanca leche y frisados vellones los ganados; miel sabrosa las colmenas; agua cristalina los arroyos, y todo, en fin, cuanto para la vida ha menester un pueblo infante, lograban sin esfuerzo los vasallos de Jano. Por su parte los hombres, contentos con su dichoso estado, libres de los ensueños de la ambición, exentos de vicios,

ajenos al crimen y sometiéndose al blando yugo de la ley natural, vivían pacíficos y felices, llamándose de Oro su edad, no porque abundasen lo que hoy llamamos riquezas, sino precisamente porque no eran menester entonces tesoros para satisfacer las necesidades ni gozar de los lícitos placeres».

En recuerdo de Saturno se celebraban en Roma, durante el mes de Diciembre, las fiestas Saturnales. Primero duraron tres días, luego cuatro y últimamente cinco. Mientras duraban suspendíanse todos los negocios públicos y privados, y no se ejercía ningún arte, excepto el de la cocina. En recuerdo de la igualdad que imperó en el Lacio bajo el gobierno de Saturno, los amos servían esos días á sus esclavos, y éstos gozaban del privilegio de decirles cuanto querían, hasta el de afearlos por sus defectos. Esta libertad de algunos días degeneró con el tiempo en licencia, y las Saturnales se convirtieron en verdaderos certámenes del vicio, llegando en este sentido hasta nuestros días.

Saturno se enamoró de Filira, y para evitar las reconvencciones de su mujer se transformó en caballo. De este adulterio nació el Centauro Quirón, llamado el sabio por Plutarco, que fué maestro de Hércules, de Aquiles y de otros muchos héroes, como veremos más adelante.

En Italia y en Cartago se inmolaron á Saturno víctimas humanas, recordando las que él había inmolidado para cumplir su pacto con Titán, hasta que Hércules las substituyó por animales. Se le presenta bajo la figura de un anciano con una guadaña, dando á entender, como cuando devora á sus hijos, que el Tiempo todo lo destruye. También suele llevar una culebra mordiéndose la cola, denotando el círculo perpetuo y la incesante revolución de los tiempos. En fin, el reloj de arena que otros le dan anuncia la fugacidad del tiempo mismo.

Júpiter en el Olimpo

El Olimpo.—La ambrosía y el néctar.—División de los dioses: mayores y menores.—Dioses naturales y simbólicos.—Héroes ó semidioses.

Terminadas las grandes guerras, y dueño Júpiter del poder, comienza una nueva época mitológica en que el vencedor gobierna al mundo secundado por los dioses reunidos en el Olimpo.

Recibe este nombre una alta montaña situada entre Macedonia y Tesalia. Dícese que allí erigió Júpiter una ciudadela, y los que interpretan la Mitología en el sentido histórico, creen que unos bandidos quisieron asaltarla, explicando así la guerra de los dioses y los gigantes. Los poetas antiguos dicen que los vientos, la lluvia y las nubes no osaban acercarse á la cima del Olimpo, morada de eterna primavera; Plinio afirma que los lobos jamás se ven en él, y Solino escribe: «El punto más elevado se llama cielo por sus habitantes, y en él hay un altar consagrado á Júpiter. Las entrañas de las víctimas en él inmoladas se resisten al soplo de los vientos y á la impresión de las lluvias, de suerte que al otro año se encuentran en el mismo estado en que se dejaron. Lo que una vez se consagró al dios queda en todas épocas al abrigo de las impresiones del aire. Las letras impresas en la ceniza permanecen sin borrarse hasta que se repiten las ceremonias al año siguiente». Los mitólogos y los poetas dicen que la parte del Empíreo donde Júpiter estableció su morada y

reunió el Consejo de los dioses se llamó Olimpo por estar situada sobre este monte. También recibía el nombre de Olimpo en sentido metafórico la reunión de los dioses que deliberaban en la etérea asamblea.

Como los hombres, también estaban sujetos á la necesidad de alimentarse, pero no con nuestras toscas sustancias. En el banquete de los dioses servíanse la ambrosía y el néctar: aquélla destilada de un cuerno de la cabra Amaltea y el néctar del otro. La ambrosía era el alimento y el néctar la bebida, aunque también parece que hubo otra especie líquida de la primera. Alimento y bebida recreaban los sentidos, embalsamaban los aires, daban la juventud y la dicha, y aseguraban la inmortalidad. Venus arrancó de la muerte á Berenice dándole á probar al divino manjar, y de la misma manera pudo conceder la Aurora la inmortalidad á Titón. Muerto Sarpedón, hijo de Júpiter, ante los muros de Troya, Apolo preservó su cadáver de la corrupción, sirviéndose de la divina sustancia, que también sirvió á Venus para curar las heridas del piadoso Eneas. Ibisio, citado por Ateneo, dice: «La ambrosía es nueve veces más dulce que la miel, de modo que comiendo miel se prueba la novena parte del placer que se sentiría comiendo ambrosía». Según Homero, el néctar era no menos aromático y grato al paladar, y rojo el color del líquido.

Innumerables son las clasificaciones que se han hecho de los dioses, siendo algunas tan difusas que más sirven para aumentar la confusión del lector que para darle una cabal idea del orden en que han de sucederse.

La que nosotros adoptaremos es ésta: *Dioses conocidos*, aquéllos cuya naturaleza y funciones eran notorias, y *Dioses desconocidos* porque, pudiendo existir, los hombres los ignoraban. Los conocidos se subdividían en *mayores* y *menores*.

Los *dii majorum gentium* son los que formaban el Consejo de Júpiter, y los había de dos clases: *consentes* ú *olímpicos*, y *no consentes* ó *auxiliares*.

Los *consentes*, así llamados por tener asiento en el Consejo, eran doce; seis varones y seis hembras: Júpiter (Zeus), Neptuno (Poseidón), Marte (Arés), Apolo (Helios), Mercurio (Hermes), Vulcano (Hefestos), Juno (Hera), Minerva (Atenea), Ve-

nus (Afrodita), Ceres (Démeter), Diana (Artemisa) y Vesta (Hestia).

Los *no consentes*, *auxiliares*, *populares* y *selecti* ó *patricios*, como se llamaban entre los romanos, eran consejeros de los Olímpicos y de igual naturaleza que ellos, pero inferiores en poder, y sin asiento en el Gran Consejo. Sus nombres son:



Los doce dioses consentes.

Plutón (Hades), Baco (Dionisio), Jano (Fanes), Saturno (Cronos), Cibeles, Rhea, Ops ó Telus (Ge), Latona, la Luna (Selené, Febea), el Amor ó Cupido y Genio.

Los *dii minores gentium* seguían en categoría á los anteriores, y eran muy numerosos. Los romanos los dividían en *Indigetes*, que eran los dioses locales, y en *Semones*, que cuidaban de las personas.

También se dividían los dioses en Celestes, por habitar en el cielo; Infernales, por morar en los infiernos y con carácter de implacables, como Plutón, Proserpina, los Manes, las Furias, etcétera, y marinos, por poblar las aguas: Neptuno Nereo, Anfitrite, Eolo, Náyades, Nereidas, Sirenas, Tetis, etc.

Llamábanse también dioses naturales á todos los objetos de la naturaleza divinizados por la mitología, y dioses alegóricos á los que personificaban virtudes y vicios, pasiones, grandezas y miserias humanas.

En fin, en grado inferior á los dioses estaban los héroes ó semidioses, á quienes se concedió la apoteosis por ser hijos de los inmortales ó por las hazañas insignes que realizaron, como Cástor y Pólux, Hércules, Teseo y los guerreros griegos y troyanos.

DIOSSES MAYORES

LOS DIOSSES CONSENTES

I

Júpiter

Sus nombres y origen.—División del mando.—Sus casamientos y amores (Calixto convertida en Osa, Danae y la lluvia de oro, el rapto de Europa, la errante Ió, Leda y el cisne). —Ganimedes.—La guerra de Tifón.—El diluvio de Deucalión.—Licaón.—Filemón y Baucis.

Los griegos le daban los nombres de Zen, Zan, Zes, Zas, Zeus, Dis, Den, Dem y otros varios. Jove, con el que le designan los poetas, significa joven, por haber nacido el último de los grandes dioses olímpicos. La etimología de la voz Júpiter es muy confusa: unos la derivan del céltico *Iou*, joven; Cicerón del latín *juvare*, y no faltan los que la deducen del hebreo *Jehovah*.

Su país originario no es menos difícil de determinar. Según Hesíodo, nació en la isla de Creta, en el monte Lictos; otros autores creen que su cuna estuvo en el monte Dicteo ó en el Ida, por el que tanta preferencia siente, como puede verse en tantos pasajes de la Iliada; los beocios aseguraban que el jefe de los

dioses había nacido en Tebas; los aqueos en una de sus ciudades, Eges; los etolios, en Oleno; los mesenios, en Mesenia; los arcadios que en el monte Liceo, y, en fin, cada pueblo le hace compatriota suyo, lo cual nada tiene de extraño, pues se citan hasta unos trescientos Júpiter, siendo los más notables el Júpiter Ammón de los libios, quizá el más antiguo de todos, el Júpiter Serapis de los egipcios, el Júpiter Belo de los asirios, el Júpiter Urano de los persas, el Júpiter Apis de Argos, el Júpiter Asterio de Creta, que robó á Europa, el Júpiter Preto que raptó al bello Ganimedes y el Júpiter que engendró á Hércules y á los Dióscuros. Diodoro Sículo sólo reconoce dos: el príncipe de los Atlantes y su primo el rey de Creta.



Júpiter.

Cicerón admite tres: uno hijo del Eter, que nació en Arcadia, y engendró á Baco y Proserpina; el segundo, también arcadio, que fué hijo del Cielo y padre de Minerva, y el tercero, hijo de Saturno, nacido en Creta, muerto en la misma isla y enterrado en Gnoso, donde se conservaba su sepulcro con esta inscripción: *Ci git Zan.*

Terminada la guerra de los Gigantes, como ya hemos visto en el capítulo consagrado á Saturno, Júpiter se encontró el más poderoso de los dioses y, para mejor gobernar su dilatado imperio, dió á Neptuno el mando de las aguas y á Plutón el de los abismos. En seguida se consagró á crear los hombres. Prometeo que quiso imitarle, fué terriblemente castigado, como después veremos, y los demás dioses, celosos del poder de Júpiter que sólo para sí se reservaba el derecho de dar vida á los hombres, formaron una mujer á la que cada cual dió un don, naciendo así Pandora, de la que también hablaremos oportunamente.

Antes de casarse con su hermana la arrogante Juno, parece que tuvo otras mujeres. La primera fué Metis (la Prudencia y la Sabiduría) aunque algunos mitólogos creen que sólo estuvo asociado á ella para el mejor gobierno del mundo. Estando Metis

en cinta, el Destino anunció al dios que el hijo que naciese había de ser algún día soberano del Universo, y para no verse destronado, hizo algo más que su padre Saturno: devoró á la madre y al hijo. Luego se enamoró de Temis ó la Justicia, y de



Júpiter Olímpico.

esta unión nacieron Astrea ó la Equidad, la Ley y la Paz. Según los pelagos, de Temis tuvo á las Horas y las Parcas. Casóse luego con Eurimedusa ó Eurinomea, hija de Océano y de Tetis, mitad ninfa y mitad pez, naciendo las tres gracias. Durante algún tiempo se casó con su hermana Ceres, engendrando á Pro-

serpina, y de su enlace con Mnemosina nacieron las musas. Concertada ya su unión con su hermana Juno, se enamoró de Latona, hija del Titán Ceo y de Febea, pero la celosa Juno arrancó á la Tierra la promesa de no dar albergue á su rival. Afortunadamente, Neptuno tuvo lástima de ella y, para complacer á Júpiter, le dió asilo en la isla de Delos, donde á la sombra de un olivo, de una palmera ó un laurel, nacieron Apolo y Diana.

Tuvo otros amores adulterinos con la raza de los inmortales, y de ellos nacieron algunos dioses: así, de su unión con la Titánida Dione hay quien cree que nació Venus; de Electa, hija de Atlas, tuvo á Dárdano; de Maya, á Mercurio; de Taigete, que, como las dos anteriores, fué hija de Atlas, á Lacedemón, y de Venus, al Amor.

A pesar de los casamientos ya citados, considérase á Juno como la verdadera esposa de Júpiter, á la que sorprendió metamorfoseado en cuco, teniendo de ella á Hebe, Ilitia, Marte y Vulcano. Juno era celosa y altiva, Júpiter enamorado en demasía, y sus pendencias no tenían fin. Si por su energía logró Juno que Júpiter no la repudiase como á otras esposas anteriores, en cambio no pudo lograr que le permaneciese siempre adicto y las infidelidades del más grande de los dioses formarían larga lista.

Sus más notables amores son los siguientes:

Con *Alcmena*, hija de Electrion, rey de Tebas, y nieta de Perseo. Estaba casada con el argivo Anfitrión, rey de Tirinto. Éste había matado á su suegro, y, huyendo á Tebas, mandó los ejércitos tebanos en varias expediciones que le hicieron célebre. Durante la ausencia, Júpiter se revistió con su aspecto, y así pudo estar varias veces con Alcmena, que dió á luz al Hércules de Tebas, perseguido sañudamente desde su nacimiento por la irritada Juno.

Con *Anaxitea*, de la que tuvo á Oleno, que con su amada Letea, fué convertido en roca del monte Ida.

Con *Antiope*, hija de Nictéo, rey de Egipto, á la que sedujo transformado en Sátiro, teniendo de ella á los gemelos Anfión y Zetos.

Con *Calixto*, llamada *Hélíce*, hija de Licaón. Era ésta una de las ninfas predilectas de Diana, y seducida por Júpiter, que tomó

para yacer con ella la forma de la misma Diana, fué madre de Arcas, poblador de la Arcadia, gran agricultor y discípulo de Triptolemo. Indignada la diosa por la debilidad de su ninfa, la arrojó de su lado; pero la rencorosa Juno ni siquiera se aquietó con este castigo: para vengarse de la pasión que había inspirado á su esposo, la convirtió en Osa. Compadecido Júpiter, la arrebató de la tierra y, subiéndola al cielo juntamente con su hijo, los convirtió en las dos constelaciones llamadas Osa Mayor y Menor. Juno imploró entonces al dios de las aguas, Neptuno, que no les permitiese reposar en los mares, y he ahí por qué en nuestro hemisferio nunca se las ve trasponer el horizonte.

Con *Carmé* ó *Carmis*, nieta del cretense Carmanor, tuvo á otra ninfa predilecta de Diana, á la hermosa Britomartis.

Con *Danae*. Su padre Acrisio había dado crédito á un oráculo que le predijo que su nieto le arrebataría cetro y vida. Para sustraerse á la predicción encerró á Danae, todavía muy niña, en una sólida fortaleza de bronce para que ningún hombre llegase á ella. Júpiter se metamorfoseó en lluvia de oro, y pudo entrar en la torre obteniendo de esta manera los favores de la bella cautiva. Al conocer Acrisio el embarazo de su hija, la expuso en el mar en una mala barca ó en un cofre, que llegó afortunadamente á la isla de Serife. Un pescador se apoderó de la barca ó cofre, encontró vivos á la madre y al hijo, y los presentó al rey. Polidectes, prendado de la infortunada Danae, se casó con ella y educó al niño, llamado Perseo, y cuyas hazañas referiremos al hablar de él.

Con *Dia*, esposa de Ixión, de la que tuvo á Piritoo.

Con *Egina*, que era hija de Asopo, rey de Beocia. Júpiter se metamorfoseó en fuego y envolviendo á Egina, la hizo madre de Eaco. Para sustraerla á la venganza del ofendido soberano, Júpiter la convirtió en la isla del mar Egeo que lleva su nombre.

Con *Elara*, hija de Orcomenes ó princesa de Orcomenia. Refiere Apolodoro que al conocer la celosa Juno sus amores con Júpiter concibió tal ira, que para librarla del castigo tuvo el Tonante que esconderla en el centro de la tierra, donde dió á luz al gigante Titio, muriendo ella en el acto del alumbramiento. La tierra se encargó de sustentar al recién nacido, y por eso algunos le hacen hijo de ella. Titio quiso luego violar á Latona, y Apolo y

Diana le hicieron sucumbir con sus flechas en los campos pa-nopeos.

Con *Electra*, la hija de Atlas, que le dió á Dárdano, fundador de Troya, á Genio, Jasio, Hermione ó Harmonía y otros varios.

Con *Europa*. Era ésta hija de Agenor, rey de Fenicia, y hermana de Cadmo. A su rara hermosura unía un color tan blanco y brillante, que se dijo que había hurtado á Juno los afeites con que se decoraba. Júpiter la vió un día jugando con sus amigas en las arenas de la playa, y, enamorado de ella, se metamorfo-seó en manso toro. Con aire dulce y cariñoso se acercó donde



El rapto de Europa.

Europa jugaba: ella lo adornó con guirnaldas, lo acarició, le ofreció fresca yerba con sus propias manos y, viéndole tan dócil, cabalgó sobre sus lomos. Júpiter se lanzó entonces á las aguas y, nadando sobre las olas, transportó su preciosa carga á la isla de Creta. Allí en la ribera, bajo los grandes plátanos que la sombrean, pasaron los primeros amores de Júpiter y Europa. De ellos nacieron cinco hijos varones y tres hembras. El grupo de los primeros lo forman Cadmo el tro-yano, fundador de los certámenes musicales; Arcesio, que fué abuelo de Ulises; Minos y Radamanto, jueces del Infierno, y Sarpedón, muerto ante Troya. Las hijas se llamaron Alago-

nea, Dodona é Hidarnis. Diodoro Sículo dice que el raptor de la blanca Europa fué un capitán cretense, de nombre Tauro, con el que tuvo tres hijos, Minos, Radamanto y Sarpedón, adoptados luego por Artesio. Otros quieren explicar esta galante fábula diciendo que dos mercaderes cretenses que traficaban en la costa fenicia vieron á la hermosa Europa, y la raptaron para ofrecérsela á su rey Artesio, y que, como el barco llevaba en la proa un toro blanco, se dijo que Júpiter tomó aquella forma para llevarse á la joven. Algunos explican la blancura de Europa por el color de los hombres que habitan la parte del mundo así llamada.

Con *Hibris* ó *Timbris*, tuvo á Pan.

Con *Ida* ó *Idea* á Cres, primer rey cretense.

Con *Io* hija de Inaco ó del río Inaco, según Ovidio, y de Triopas, según Pausanias. Prendado de ella Júpiter, la envolvió en una nube y la metamorfoseó en vaca para que no la reconociese Juno; pero ésta llegó á concebir sospechas y rogó á su esposo que le regalase tan hermoso animal. Júpiter no se atrevió á negárselo, temiendo excitar sus recelos, y ella lo entregó á Argos para que lo vigilase con sus cien ojos; pero el adúltero dios envió á Mercurio, que adormeció al vigilante guardián con el encanto de su lira armoniosa, le cortó la cabeza y libertó á Io. Irritada Juno, envió una furia, y según otros un tábano, para que mortificase sin cesar á la infeliz princesa. Huyendo de tan enconada persecución, cruzó á nado el mar, entró en Iliria, pasó el monte Hemo, llegó á Escitia y al país de los Cimerianos; tocó, siempre errante, diversos países, hasta que, aplacada con el tiempo Juno, se detuvo á orillas del Nilo. Cuando murió, los egipcios la adoraron bajo la advocación de Isis. De sus amores con Júpiter nació Epato.

Algunos explican de la siguiente manera esta brillante alegoría: Io era una sacerdotisa de Juno, de la que se enamoró el rey de Argos, llamado Apis, y también Júpiter. La reina sintió celos, y la hizo robar, poniéndola bajo la custodia de un hombre llamado Argos. Apis ordenó asesinar al guardián; pero temiendo Io á la reina, se hizo á la mar en un barco que ostentaba en la proa la figura de una vaca. En cuanto á su confusión con Isis, parece ser que Inaco importó en Grecia el culto de esta diosa

egipcia, y que los griegos la consideraron hija suya, identificándola así con Io.

Con *Leda*, hija de Testio y esposa de Tíndaro, rey de Esparta. Júpiter la vió bañándose en el Eurotas y ordenó á Venus que se transformase en águila perseguidora, mientras él se metamorfoseó en tímido cisne, que corrió á refugiarse en brazos de la joven. A los nueve meses la esposa de Tíndaro parió dos huevos, según dice Ovidio: del primero salieron Pólux y la bella Helena, del segundo Cástor y Clitemnestra: los dos primeros pasaron por hijos de Júpiter y los otros por hijos de Tíndaro. Apolodoro explica la cosa de otra manera: Júpiter se enamoró de Némesis convirtiéndose en Cisne y transformando á ella en



Leda.

ánade. Némesis entregó á Leda el huevo que había concebido, y de él salieron los gemelos. Entre otras versiones que pudieran citarse, es digna de mención la siguiente: Quizá Leda tuvo alguna aventura amorosa á orillas del Eurotas, donde habría, sin duda, muchos cisnes, y para salvar su honor se dijo que el mismo Júpiter metamorfoseado en cisne la había hecho madre. Últimamente, hay quien sostiene que Leda introdujo á un amante en el lugar más alto del palacio, llamado *ovum* por los lacedemonios, engendrándose así la fábula del huevo.

Con *Niobe*, que nada tiene que ver con la triste hermana de Pelops, de quien ya hablaremos. La amante de Júpiter era hija de Forones; se cree que fué la primera mortal amada por el dios, y tuvo de él á Pelasgos, y según otros á Apis y Argo, primer rey de Argos.

Con *Garamántida* tuvo á Yarbas, desdeñado por Dido, que prefirió á Eneas. Yarbas erigió á su padre cien templos en el país de los Garamantas, que gobernaba.

Con *Lamia*, hija de Neptuno, tuvo á la sibila Herófila.

Con la Oceánida *Plota*, tuvo á Tántalo.

Con *Semele* ó *Semelede*, á Baco.

Con la ninfa Sitnide á Mégaro, fundador de Megara.

Con *Tealia*, hija de Vulcano, á los gemelos Palicos.

Con *Asteria*, hermana de Latona, tuvo á Hércules el Egipcio. Para reducirla, Júpiter adoptó la figura de un águila. Otros dicen que no queriendo rendirse, tuvo que huir metamorfoseándose en codorniz, refugiándose en una isla que hay en la costa de Sicilia, que de ella recibió el nombre de Ortigia (codorniz).

Con *Proserpina*, su propia hija, se metamorfoseó en serpiente, y le hizo concebir á Zaegreo, que es el Baco subterráneo.

En fin, como ya hemos dicho al comenzar esta enumeración, el número de amorios que los poetas atribuyen al jefe de los dioses, es interminable, y los auténticos no bajan de cuarenta y cinco.

Júpiter también se metamorfoseó en águila para robar al joven *Ganimedes* un día en que este frigio cazaba en el Ida. Arrebatado de la tierra, Júpiter lo colocó en el Zodiaco con el nombre de Acuario. Luciano lo presenta en uno de sus *Diálogos de los Dioses*, escanciando el néctar en el banquete de los inmortales, cargo que antes tuvieron Hebe y Vulcano. Históricamente se explica este hecho de la siguiente manera: Habiendo Tros enviado á Lidia á su hijo Ganimedes á ofrecer sacrificios á Júpiter, Tántalo, soberano del país, que ostentaba el mismo nombre, tomó á los troyanos por espías, retuvo prisionero al joven y le hizo servir de copero en su mesa. Este rapto suscitó una larga guerra entre ambos reyes.

Las frecuentes infidelidades de Júpiter tenían tan soliviantada á la orgullosa Juno, que para vengarse pidió consejo á su padre. Saturno le dió unos huevos de los que nació el espantoso



Ganimedes.

Tifón— aunque otros hacen á éste hijo del Erebo y de la Tierra— que hizo una encarnizada guerra contra los dioses. Era Tifón índice de todas las monstruosidades; su cuerpo era tan alto, que superaba las más altas montañas; tenía cien cabezas, todas erizadas de serpientes, y en la extremidad de cada dedo de la mano llevaba otros cien reptiles; sus brazos, en incesante movimiento, tocaban de polo á polo. Apenas nació de los misteriosos huevos saturninos escaló el Olimpo, horrorizando á sus moradores y poniéndolos en alocada fuga. Hasta la misma Juno tuvo que huir á Egipto con los demás inmortales. Sólo Marte permaneció adicto á Júpiter; pero ambos quizá lo hubiesen pasado mal, si Tifón no se prenda de Venus metamorfoseada en pez, y da en perseguirla al través de las aguas hasta las orillas del Eufrates, adonde Venus llegó con su hijo el Amor. Durante este escape, Júpiter pudo reponerse del temor, y al ver su imperio en peligro, arremetió furiosamente contra el terrible adversario, obligándole á retroceder hasta el monte Casio, en Siria, cuando el rey de los dioses se armó con la guadaña de su padre al ver que el rayo ardiente no hacía mella en el monstruo. Ya en el monte Casio, Tifón recobró nuevos ánimos, arrojóse súbitamente á los pies de Júpiter, y enlazándole el cuerpo, le privó de alientos y lo hizo suyo. Con la guadaña de su rival dió tantos tajos al vencido, que cada lonja de su cuerpo no excedía del grueso de un cabello. En seguida le arrancó los nervios de manos y pies, y haciendo con el cuerpo destrozado un sangriento é informe trofeo, lo depositó en una caverna de Cilicia, á cargo de otro monstruo llamado Delfina, con busto de mujer y extremidades de dragón.

Mercurio y Cadmo, ó, según otros autores, Mercurio y Egiptán, hijos ambos de Júpiter, se preocuparon con la larga ausencia de su padre y salieron en su busca, hasta dar con la caverna de Tifón. Engañaron á Delfina, reconstruyeron parte por parte el cuerpo de Júpiter, y reanimándolo con una partícula del fuego divino, el rey de los inmortales quedó restituído á su prístino sér y estado, y lleno el pecho de anhelos de venganza, que es el más intenso placer de los dioses.

Acosado por el resurrecto enemigo, Tifón tuvo que batirse en retirada hasta el monte Nisa, donde engañado por las Parcas,

comió de unas frutas llamadas efemérides, que le privaron de fuerzas ya hartamente amenguadas en los anteriores combates. Sin embargo, aún pudo cruzar el mar, llegando hasta Sicilia, donde Júpiter terminó su victoria soterrando al monstruo bajo el Etna.

Aunque esta fábula tenga cierta analogía con la de Tifón y Osiris, no pueden confundirse. Tifón representa en Egipto el



Rapto de Ganímedes.

principio del mal, y en el Tifón griego creen algunos mitógrafos que está personificado el fuego subterráneo, que determina las erupciones volcánicas. Sin embargo, algunos creen que esta guerra, así como la de los gigantes, sólo es una adulteración del mito egipcio. Dícese que Tifón tuvo amores con Equidna, y que de ellos nacieron otros monstruos: el Cerbero, con triple cabeza, encargado de custodiar la puerta del Infierno; la Hidra de Lerna, el

León de Nemea, el Dragón de Colcos, el Buitre que desgarraba las entrañas de Prometeo, y los vientos Noto y Boreas.

Vueltos los dioses al Olimpo después de vencer á Tifón, y viendo Júpiter que cada día aumentaba la perversidad de los hombres, quiso rematarlos de una, y con ellos la raza de los monstruos que tantas y tan peligrosas guerras le habían suscitado. Entonces desencadenó sobre el mundo el famoso diluvio llamado de Deucalión por haber ocurrido durante el reinado de éste. Los hombres se retiraron á las alturas huyendo de la inundación; pero también allí fueron alcanzados por las aguas. Deucalión era el más justo de los hombres, y su esposa Pirra la más virtuosa de las mujeres, y siguiendo el consejo de Júpiter, ó de Prometeo, según quieren otros, construyeron una barca que flotó durante ocho días á merced de los vientos, posándose el noveno en un monte de Fócida, el Parnaso, y al decir de algunos autores, en el Atlas ó en el Etna, permaneciendo allí hasta que las aguas fueron retirándose. Ovidio y Píndaro omiten la barca, diciendo solamente que Deucalión y Pirra se acogieron al Parnaso, y Justino sostiene que además de ellos se salvaron muchas personas, coronando las altas cimas adonde no llegaron las aguas, ó lanzándose con sus barcas en la líquida masa ascendente. Sea de esto lo que quiera, al retirarse las aguas bajaron del Parnaso Deucalión y su esposa para consultar el oráculo de Temis—que estaba al pie del monte—sobre la mejor manera de repoblar la tierra. El oráculo les dió esta respuesta: «Salid del templo; cubríos el rostro; atad vuestras cinturas y arrojad por detrás los huesos de vuestra gran Madre». La piedad de la virtuosa pareja se alarmó al oír tan obscuro oráculo. ¿Cómo darle exacto cumplimiento? ¿Quién era la madre común, y cuáles y dónde estaban sus huesos? Deucalión meditó largo espacio, hasta que creyó desentrañar el sentido de aquellas palabras. La madre común de todos no podía ser otra que la tierra, y sus huesos las piedras. Tomando de éstas, fueron, pues, lanzándolas como se les había ordenado, y vieron con sorpresa que las piedras arrojadas por él se convertían en hombres, y las que lanzaba Pirra se transformaban en mujeres. En memoria de este hecho, erigieron doce altares al oráculo de Temis.

Esta célebre fábula la ha decorado la fantasía; pero no es

obra exclusiva de la invención poética, sino que se funda en un hecho muy real. Reinando Deucalión en Tesalia, un temblor de tierra detuvo el curso del río Peneo en el punto donde este río coincide con otros cuatro para desembocar en el mar. En el mismo año que este fenómeno ocurrió, hubo abundantísimas lluvias, de suerte que Tesalia se vió anegada, y Deucalión y muchos ciudadanos pudieron escalar las alturas, librándose así de la muerte que á los demás sorprendió. Las piedras que repoblaron el país debieron ser los salvados de la inundación y los hijos de ellos, pues la palabra griega *laos* lo mismo significa *piedra* que *pueblo*.

Luciano añade en uno de sus *Diálogos* un detalle que recuerda á Noé, al decir que Deucalión y Pirra se salvaron en un arca con toda su familia y un par de animales, macho y hembra, de cada especie, que le acompañaron voluntariamente, viviendo en paz dentro del arca.

Parece ser que la nueva humanidad no satisfizo á Júpiter mucho más que la anterior, y que durante una excursión por la tierra tuvo que infligir muchos castigos, figurando entre los castigados Licaón rey de Arcadia, sobre el cual hay varias versiones: unos dicen que era un príncipe sabio, piadoso y amado por su pueblo; pero que por haber sacrificado á Júpiter víctimas humanas fué metamorfoseado en lobo. Ovidio añade que todos los extranjeros que entraban en su país eran inmolados. Al llegar á Arcadia Júpiter, el pueblo ingenuo y consagrado á la agricultura; reconoció por su parte que era un inmortal. Hospedado en el palacio de Licaón, éste se dispuso á asesinarlo mientras dormía; pero antes quiso persuadirse de si era un dios ofreciéndole en la cena los miembros de uno de sus hijos ó quizá de un huésped ó esclavo. Júpiter suscitó entonces un fuego vengador que redujo á pavesas el palacio, y transformó á Licaón en lobo. La tercera versión es de Suidas. Para que su pueblo respetase las leyes que dictaba, Licaón divulgó que Júpiter, disfrazado de extranjero, solía visitarlo. Para averiguar la verdad del dicho, sus hijos mezclaron con las carnes de las víctimas la de un niño que acababan de degollar, en momento en que el padre iba á ofrecer un sacrificio á Júpiter. Súbitamente se levantó una terrible tempestad, y el rayo carbonizó á los au-

tores del sacrilegio. Licaón instituyó en memoria de este prodigio las fiestas Lupercales.

En otro viaje que hizo á Frigia acompañado por Mercurio fueron insultados por la gente y nadie quiso ejercer con ellos el sagrado deber de la hospitalidad. Sólo en Filemón y Baucis encontraron solícita acogida. Eran éstos dos ancianos unidos desde muy jóvenes en matrimonio, y que, á pesar de ser muy pobres y morar en una humilde choza, pasaban sus años contentos y felices. Baucis calentó agua para lavar los pies á los viajeros, y luego les ofreció un reparo tan sobrio y frugal como exigía su pobreza: leche, miel, frutas, un vaso de vino. Júpiter



Júpiter en su trono.

bebió primero apurando el vaso y lo ofreció á Mercurio, que sin rellenarlo volvió á apurar... ¡Y Filemón y Baucis vieron con asombro que el rojo líquido no menguaba!... Esta maravilla reveló á la anciana pareja la alta condición de sus huéspedes: Baucis quiso entonces matar la única ave que en su corral tenía; pero el animal se refugió acobardado entre los pies de Júpiter y éste dispuso que lo dejaran quieto, y que le acom-

pañasen al monte inmediato. Llegados allí, les dijo que mirasen en torno, y los piadosos ancianos vieron el país anegado por las aguas, que sólo respetaron su pobre choza.

—¿Qué deseáis en recompensa de vuestra hospitalidad?—les preguntó Júpiter.

—Habitar un pueblo consagrado á vos—le respondió Filemón.

—¡Y morir juntos!—añadió Baucis.

Júpiter les concedió ambos favores: la vieja choza se transformó en templo suntuoso, y cuando llegó para los dos ancianos el último instante, Filemón y Baucis fueron transformados al mismo tiempo, él en encina y ella en tilo, cuyas ramas se enlazaron amorosas.

Llamábase á Júpiter el rey y también el padre de los dioses y de los hombres, porque, excepto el Destino, todos le estaban sometidos. Conocía el pasado, el presente y el porvenir. Se le consideró también como el dios del aire puro ó éter, y él dispensaba á los hombres la felicidad ó la desgracia. Tenía infinitos sobrenombres derivados de su naturaleza, funciones, poder, y también del país ó templo en que recibía culto. Así se le llama Júpiter Altísimo, Olímpico, Tonante, Pacificador, Fulminador, Máximo, Egipcio, Ammón, Etíope, Capitolino, Dodoneo, etcétera, etc.

El culto de Júpiter fué el más dilatado de la antigüedad, y nunca se manchó con sangre humana. Licaón, que quiso tribuársela, fué metamorfoseado en lobo, como ya hemos visto. Sus oráculos más célebres fueron el de Ammón en Libia y el del bosque de Dodona. Decían que aquí las encinas profetizaban, y también una fuente, sirviéndose del murmullo de sus aguas.

Representábase á Júpiter sentado en un trono de oro ó marfil, con un rayo en la diestra, y en la otra un cetro de ciprés, y á sus pies un águila con las alas desplegadas. El aire del numen es majestuoso y larga su barba; desnudo de medio cuerpo y cubierto el resto, su aspecto da á entender que es visible para los dioses é invisible para los mortales. Unas veces lleva la diadema, otras tiene la cabeza desnuda, y algunas cubierta, coronada de laurel ó ceñida con una cinta ó bandeleta. En su honor se instituyeron los juegos olímpicos, á los que acudía casi toda Grecia, y vencer en ellos era la más vehemente aspiración de los ciudadanos.

II

Juno

Su nombre.—Su casamiento con Júpiter.—El castigo de Quilonea.—Pendientes entre los esposos.—Argos.—Sus venganzas.—Juno colgada del Olimpo.—Sus amores.—La rueda de Ixión.—La manzana de la Discordia y el juicio de Paris.—La guerra de Troya.—Los hijos de Juno.—Su culto.—Bitón y Cleobis.—La Vía Láctea.

Ciertos etimologistas derivan su nombre de *Juvans*, favorable, así como á Júpiter le llaman *Juvans pater*. Fué hermana y esposa de éste; hija de Saturno y de Rhea, y hermana de Plutón, de Neptuno, de Ceres y de Vesta. Como fué devorada por su padre, tuvo que devolverla con el vomitivo de Metis. Samos y Argos, entre otros países, se disputaron su cuna. Los samiotas enseñaban un árbol que había á orillas del río, á cuya sombra, según ellos, había nacido la diosa. Homero dice en la Iliada que fué sustentada por Océano y Tetis; otros sostienen que la educó Temeno, hijo de Pelasgos; otros dicen que Eubea, Porsimna y Acrea, y no falta quien refiere tal cuidado á las Horas.

La majestad de Juno y su altiva virtud encadenaron el corazón de su hermano. El casamiento de ambos se refiere de dos maneras: Según Homero, Juno gozó en brazos de Júpiter los placeres del amor antes de casarse ambos. Según otros, el rey de los dioses prodigó cerca de ella todos los medios de seducción, que fueron inútiles para hacer capitular su altanera virtud.

Últimamente tuvo que recurrir á su acostumbrado recurso de la metamorfosis. Cierta día paseaba Juno por el monte Tornax, en la isla de Creta, y habiéndose desviado de sus compañeras, Júpiter suscitó una fuerte tormenta. En lo más recio de ella se transformó en cuclillo, acudiendo á refugiarse acobardado y transido de frío á los pies de Juno. Compadecida la diosa del pobre animal, lo cogió y se lo puso en el pecho para reanimarlo con su calor. Juno comprendió el engaño cuando Júpiter había realizado á medias su deseo, y si lo realizó cabalmente, fué después de jurarle por la laguna Estigia que la haría su legítima esposa. El monte Tornax, teatro de esta divina aventura, se llamó desde entonces *Coccigyus* ó *Monte del Cuclillo*, como asegura Pausanias, y en recuerdo de este primer amor ostenta Juno sobre su cetro la figura de aquel animal.

Las bodas de los dos hermanos se celebraron luego en el territorio de Cnoso, cerca del río Tereno en Creta. Los poetas antiguos se han ejercitado en describir con gran colorido este episodio, y según ellos, á las solemnes nupcias de Júpiter y Juno asistieron todos los dioses, hombres y animales, sirviendo Mercurio de mensajero para citar al convite, en el que la Tierra regaló á la novia el raro árbol de las manzanas de oro, cuya guarda se confió á las Hespérides. De todos los invitados, sólo una joven llamada Quelonea dejó de asistir, y ridiculizó la fiesta. En venganza, Mercurio la transformó en tortuga (de *kheloné*



Juno.

que tiene ese significado) y arrojándola en un río, la condenó á arrastrar siempre su casa, y á ser el símbolo del silencio.

La paz del matrimonio estuvo siempre perturbada por las infidelidades de él y por los celos orgullosos de ella, que no sólo perseguía á sus hermosas rivales, pero también á los hijos de éstas, que eran objeto incesante de su saña vindicativa. Así se ha dicho con razón que Juno es el acabado emblema de la virtud acre, pero que no consigue hacerse amar.

Para espiar á su esposo servíase de Argos —imagen alegórica de la vigilancia que ejercen los celos— el cual tenía cien ojos, de suerte que cuando el sueño le rendía cerraba cincuenta y ve-



Argos é Io.

laba con los restantes. Enojado por esta vigilancia, y también para libertar á Io, Júpiter envió á Mercurio á que lo matase, y Juno lo transformó luego en pavó real, matizando su cola con los cien ojos que en vida tuvo.

Además de las venganzas que consumó, y que ya hemos enumerado rápidamente en el capítulo anterior, pudieran citarse muchas más, como la que tomó de Pigas, reina de los pigmeos, y las hijas de Preto, que por intentar seducir á Júpiter fueron transformadas, la primera en grulla y las otras en Furias. La ninfa Eco, que la engañó con su locuacidad, fué condenada á no pronunciar en adelante ninguna palabra íntegra, limitándose á repetir la última sílaba de lo que hablaban los demás.

La ira llegó á inducirla hasta conspirar contra su esposo, asociándose en la trama á Neptuno y Minerva, y quizá habían logrado destronarle, pues llegaron á tenerle cargado de cadenas, si la Nereida Tetis no llevara en socorro de Júpiter al formidable Briareo, que con sus cien brazos aterró y puso en fuga á los conjurados. Por esta y otras razones, Júpiter trataba á Juno con gran dureza, hasta el punto de que en cierta ocasión la suspendió entre cielo y tierra, colgándola de una cadena de oro, y atándole un yunque á cada pie. Vulcano quiso librarla de este ultraje; pero el Olímpico le dió un puntapié que le precipitó en la tierra, quedando del golpe cojo para siempre. Aunque otros dicen que fué ella quien lo arrojó, viéndolo tan feo.

Juno huyó varias veces de su enamorado esposo, prefiriendo vivir sola en la tierra á morar siempre despechada y celosa en el Olimpo. Cierta día se retiró á la isla de Eubea ó, según otros, á Samos, dispuesta á divorciarse de su inconstante marido. Aconsejado por Citerón, rey de Beocia, Júpiter ordenó que vistiesen con ropas suntuosas una estatua, y que la paseasen por el mundo, anunciando que aquella fingida mujer era Platea, hija de Apolo, con la que iba á contraer nuevas nupcias el señor de los dioses. Juno sintió celos de la que iba á suplantarla, y se reconcilió con Júpiter.

Aunque se tiene á esta diosa por modelo de virtud desabrida, dicese que antes de casarse con Júpiter tuvo amores con el gigante Eurimedón, padre de Prometeo, que por tomar parte en la guerra de los gigantes fué precipitado en los Infiernos. Hasta es muy posible que el castigo de Prometeo, encadenado en el Cáucaso, fuese una venganza de Júpiter, que le creía hijo de Juno. Además de sus amores con Eurimedón, parece que tuvo otros, y, aunque contra su voluntad, estuvo varias veces expuesta á ser poseída durante las grandes guerras de los monstruos contra los dioses; el gigante Porfirión habíale ya arrancado el velo cuando Júpiter y Hércules acudieron á salvarla, y el Alcida Efialto también estuvo cerca de poseerla.

Ixión se enamoró de ella. Era rey de los lapitas, y habíase casado con Clía, hija de Deyoneo; habiéndole negado los regalos que le ofreció para casarse con su hija, éste último le robó los caballos. Ixión disimuló; pero atrajo al suegro á su casa y le

hizo perecer, arrojándolo á un hoyo ardiente. Este crimen inspiró profundo horror. Ixión tuvo que huir de la presencia de la gente, pidió ayuda á Júpiter, y el padre de los dioses, viéndole arrepentido, lo recibió en el Olimpo y lo sentó en la mesa de los inmortales. La hermosura de Juno le deslumbró, y olvidando el insigne beneficio recibido, tuvo la audacia de confesar su amor á Juno. Enojada la diosa, se quejó á Júpiter, el cual formó de una nube una figura semejante á ella. Ixión tomó el artificio por realidad, y de su unión con la nube nacieron los Centauros. Júpiter le tomó por un demente á quien había trastornado el



Juno.

néctar bebido en el banquete de los dioses, y se contentó con desterrarlo de la etérea región; pero como Ixión se vanagloriase entre los hombres de haber poseído á Juno, le lanzó un rayo que lo abismó en el Tártaro, donde Mercurio se encargó de amarrarlo con serpientes á una rueda giratoria. Virgilio dice, en las *Geórgicas*, que el dulce canto de Orfeo paró en cierta ocasión el continuo y rápido girar de la rueda, y se cree que Ixión fué desatado por primera vez cuando Proserpina descendió á los Infiernos. El irónico Luciano nos presenta indignada á Juno por la audacia de Ixión, y á Júpiter justificando su amor, pues si luego le castiga al suplicio de la rueda, no es por el amor mismo, «que ésta no es grave falta, sino por jactancioso».

Si en esta curiosa fábula se rasga el brillante velo de la alegoría, es posible que quede el siguiente elemento histórico:

Hubo un príncipe llamado Júpiter que ofreció hospitalidad á un rey lapita, el cual, en vez de agradecer el beneficio, dió en enamorar á la reina. El rey puso en el lecho de ésta á una de sus esclavas llamada Nefele (nube), y ya no pudo dudar de las deshonestas intenciones de su huésped. Además, éste, como todos los amantes ligeros, divulgó que la reina le había dispensado sus favores. El rey le expulsó de su corte, y despreciado por la gente, tuvo que andar por el mundo errante y triste.

Si Juno era celosa de su esposo, no lo era menos de su per-

sonal estima, y así persiguió siempre á Paris por haber preferido á Venus, no viéndose satisfecho su rencor hasta caer Troya en poder de los griegos.

Era Paris hijo de Príamo y de Hécuba. Estando ésta embarazada, vió en sueños que llevaba en el vientre una antorcha encendida, que había de abrasar algún día el imperio troyano. Consultados los adivinos, declararon que el niño que iba á nacer causaría la ruina de Troya. Príamo quiso darle muerte; pero la madre logró sustraerlo, confiándolo á unos pastores del monte Ida, y al pastoreo estaba dedicado el joven, cuando un día vió aparecer á Juno, á Minerva y á Venus acompañadas por Mercurio, para convertirlo en árbitro de un gentil litigio suscitado en el Olimpo. Y fué que en las bodas de Tetis y Peleo, la Discordia arrojó en la mesa una manzana de oro con esta inscripción: *A la más hermosa*. Las tres susodichas diosas se la disputaron, y como Júpiter temiera enajenarse la estimación de las dos que necesariamente resultarían desairadas, nombró juez de este pleito al hermoso Paris. Este pintoresco motivo mitológico también ha servido á Luciano para escribir uno de sus más bellísimos diálogos. Paris exige que las tres diosas se desnuden en su presencia:—¡Oh Júpiter portentoso!—exclama el admirado joven—¡Qué espectáculo, qué hermosura, qué deleite! ¡Oh, qué doncella ésta! ¡Con qué esplendor tan regio, tan majestuoso, tan digno en realidad de Júpiter, se ostenta aquélla! Cuán dulcemente mira esta otra, y qué tierna y seductoramente sonríe!—Estoy completamente satisfecho. Con todo, si lo lleváis á bien, quiero examinaros á cada uno por separado, porque ahora me encuentro perplejo, y no sé adonde dirigir la vista, solicitados mis ojos por todas partes».

Juno se queda sola con Paris y le promete hacerlo señor de Asia si la declara la más hermosa.

Minerva le asegura que jamás será vencido en batalla si le da su voto.

Venus es la última y le encarga que se fije bien en ella. Luego le persuade á que abandone aquellas breñas del Ida, y que no pierda el tiempo enamorando á mujeres zafias, sino que se vaya á Grecia, á Argos, á Corinto ó á Esparta. Allí en Esparta está Helena, hija de Júpiter y de Leda, blanca como hija de un cisne,

delicada como nutrida en un huevo. Por ella hubo ya una guerra cuando la robó Teseo, siendo una niña, y todos los príncipes griegos se habían disputado su mano. Aunque casada, le seguirá lejos de su patria; pues Venus le ayudaría con sus hijos el Deseo y el Amor. Al fin triunfa del joven, que le ofrece la manzana de oro, premio de la hermosura.

Paris también triunfó raptando á Helena con la ayuda de Venus; pero este éxito amoroso desencadenó la guerra de Troya, en la que las ofendidas diosas Minerva y Juno, no dejaron de pelear en los campos de batalla y en el consejo de los dioses en favor de los héroes griegos.

Por los amores que su esposo había tenido con otras mujeres, Juno aborrecía á las cortesanas, y fundado en esa aversión, Numa les prohibió que entrasen en los templos de la diosa. También se dice que cerca de Argos había una fuente donde Juno se lavaba todos los años para recobrar su virginidad. Los autores no están de acuerdo sobre los hijos de Juno. Unos le atribuyen cuatro: Hebe ó Juventas, Ilitia ó Lucina, Marte y Vulcano. Homero y Apolodoro dicen que los tres primeros los tuvo de Júpiter. En cuanto á Vulcano, Homero y Apolodoro creen que fué hijo de Júpiter, mientras que Hesiodo le hace nacer sólo de Juno. También se dice que la diosa era estéril por naturaleza, y que cada uno de sus hijos fué obra de extraños agentes: tal Hebe, diosa de la juventud, que la tuvo á consecuencia de haber comido lechugas silvestres en un banquete á que la invitó Apolo, y Marte que, según Ovidio, nació de una flor; pues celosa Juno de la manera como Júpiter había dado vida á Minerva, quiso tener un hijo por sí sola, y aconsejada por Flora, tocó entonces con sus delicados dedos cierta flor que se transformó al punto en el dios de la guerra. Según el himno homérico sobre Apolo, de esa rivalidad no fué Marte quien nació, sino el gigante Tifón. Indignada Juno, pidió á los demás dioses que le indicaron la manera de tener ella sola un hijo que superase á Júpiter. La Tierra tembló entonces. Juno tomó este signo como presagio favorable, y se retiró á la tierra huyendo del contacto con su esposo hasta dar á luz al gigante Tifón.

Los alegoristas dicen que Juno representa el aire denso que nos circunda influído siempre por el espíritu motor y organizador

representado en Júpiter, y contra el cual se rebela en ocasiones. Ella es el numen tutelar de los imperios, la que preside á los matrimonios y á los partos, protectora de la mujer honrada y perseguidora de la impúdica. En Roma fué ella la que hizo cesar la esterilidad de las matronas en tiempo de Rómulo, y en su honor se instituyeron las fiestas Lupercales en que se sacrificaban cabras de cuyas pieles se cortaban correas y con ellas en la mano corrían algunos jóvenes desnudos en honor de la diosa: las mujeres no huían, sino que se acercaban á ellos, pues era creencia de que las tocadas con tales correas se hacían fecundas si eran estériles. Tal es al menos la versión que de las Lupercales da Ovidio, pues otros creen que se instituyeron en honor de Pan, y que la desnudez de los jóvenes corresponde á la de este dios.

Su culto se extendía por Europa, Asia, Egipto, Siria, y era particularmente venerada en Argos y en Samos—que, como ya hemos visto, se disputaban su cuna—en Cartago y en Roma, donde la llamaban Regina ó Matrona. En Argos sucedió que una sacerdotisa de Juno tenía que ir en carro—así lo ordenaban los ritos—á celebrar en el templo cierto sacrificio. Faltaban bueyes para arrastrarlo, y los dos hijos de la sacerdotisa, Bitón y Cleobis, se ofrecieron para suplirlos. El pueblo aplaudió á los jóvenes y la madre, enternecida, suplicó á Juno que premiase la piedad de sus hijos «concediéndoles el mayor bien que los dioses pudieran hacer á los mortales». Luego ordenó á Bitón y Cleobis que pasasen la noche en el templo, por si la diosa es-



Juno Lucina.

cuchaba sus ruegos. Al otro día, los dos jóvenes aparecieron muertos al pie del altar.

La historia de los prodigios que había realizado y de las venganzas que había tomado de las que osaron despreciarla, como Quelonea, y de las que se atrevieron á compararse con ella, como Side, esposa de Orión, precipitada en el Tártaro por creerse más bella, inspiraron tanto temor, que nada se olvidaba de lo que podía calmarla ó serle grato cuando alguien creía haberla ofendido.

Aunque Juno tenía por compañeras á las Ninfas, á las Gracias y á las Horas, Estasio dice que también se armaba con el rayo de Júpiter. Nombró á Minerva mensajera suya, pero de ordinario le servía Iris, por la que sentía singular estima, pues siempre le comunicaba noticias agradables. Luego la colocó en el cielo formando con ella el Arco Iris.

Se le erigieron numerosos templos, siendo los principales el de Argos, el de Samos, donde estaba cubierta con un gran velo, el de Lanuvio y el de Olimpia. Describiendo Pausanias la Juno de Argos, dice: «Al entrar en el templo se ve en un trono la estatua de esta diosa, de extraordinario tamaño, toda de oro y de marfil. Tiene la cabeza ceñida con una corona encima de la cual se ven las Gracias y las Horas. Lleva una granada en la mano y un cetro en la otra, ostentando un cuclillo encima del cetro». En el mismo templo había un mármol representando la historia de Bitón y Cleobis. Sus sacerdotisas eran respetadísimas, y servían para marcar las principales épocas de la historia de Grecia. Adornaban la estatua de la diosa tejiendo coronas de la planta asteria, criada á orillas del Asterión, que pasaba al lado del templo, y cerca también de éste se encontraba la fuente Eleuteria, cuya agua sólo se usaba en los sacrificios. En sus fiestas anuales llamadas Hereas se celebraban solemnes juegos, y en Roma los cónsules tenían que ofrecerle un sacrificio al entrar en el ejercicio del cargo.

Como Júpiter y los demás dioses, Juno tenía muchos sobrenombres—Adulta, Ammonia, Florida, Argiva, Citeronia, Lucina, Quiritia, Moneta, etc., etc., siendo unos locales y otros expresivos de alguna cualidad ó atributo.

Representase siempre á Juno en forma de matrona llena de

majestad y arrogancia, aunque sus atributos animales suelen cambiar por ser varios los que se le consagraron. Ordinariamente la acompaña el pavo real, llamado por los antiguos *Junonia avis*. También se la suele ver con el gavilán, el ánade ó el cuclillo. Entre las plantas le consagraron el dictamo y la adormidera, cuando se la reputaba como Juno Ilitia ó Lucina, é igualmente la flor de lis. Dícese de ésta que era al principio de color azafranado; pero que habiendo caído en la tierra algunas gotas de leche escapadas del pecho de Juno, le dieron la blancura que hoy tiene. Otras gotas de leche que se le derramaron cuando se negó á darle el pecho á Hércules formaron en el cielo la *Vía Láctea*.

III

Neptuno

(POSEIDÓN)

Una astucia de Rhea.—Neptuno, almirante.—Conspira contra Júpiter.—Castiga la perfidia de Laomedonte.—Sus disputas con Minerva y Apolo.—Su casamiento con Anfitrite.—Aventuras amorosas.—Difusión de su culto.—Sus atributos y funciones.

Aunque Herodoto le hace libio, Hesíodo y con él casi todos los mitólogos le adscriben á la estirpe de los Titánidas, declarándole hijo de Saturno y de Rhea ó la Tierra, y hermano, como ya hemos dicho, de Júpiter, Plutón, Juno, Ceres y Vesta. Fué de los devorados por su padre al nacer. Pero Pausanias asegura que su madre lo escondió en un aprisco de Arcadia, diciendo á su marido que había dado á luz un potro ó pollino. Saturno creyó el engaño y comió el animal que ella le ofreció.

Diodoro Sículo refiere que en la guerra contra los Titanes, Neptuno mandó la escuadra, portándose tan atinadamente, que desbarató todos los planes del enemigo, y cuando éstos se retiraron á los países occidentales, los acosó de tal manera que no pudieron salir de aquellos lugares, siendo ésto origen de la fábula que supone á los Titanes encerrados en el Infierno por Neptuno.

Terminada la campaña con el triunfo de los Cronidas y re-

partido el imperio entre los tres hermanos, Júpiter asignó al almirante el mando de los mares, con las costas y las islas. Neptuno no quedó satisfecho del reparto, pues Júpiter se quedó con el cielo y la tierra; conspiró con otros dioses para destruirlo, y habríanlo destronado, como ya hemos visto al hablar de Juno, si el socorro de Briareo no salva al Tonante. Júpiter desterró entonces á Neptuno, obligándole, así como á Apolo, á vivir un año en la tierra, ganándose el sustento á las órdenes de Laomedonte.

Era éste rey de Troya, y hombre de genio violento que engañó á hombres y dioses. Cuando trató de erigir los muros de la ciudad, entraron á servirle las dos divinidades proscritas, conviniendo previamente el jornal que habían de ganar en su año de destierro. Unos dicen que Apolo se dedicó á pastorear los ganados de Laomedonte al pie del monte Ida; pero otros aseguran que dirigió los trabajos de las murallas mientras que Neptuno se encargó de las obras hidráulicas. Terminado el tiempo de su compromiso, Apolo y Neptuno exigieron su soldada, pero el brutal rey los despidió con malas formas y aun les amenazó con maltratarlos de obra. El hermano de Júpiter le envió entonces un monstruo marino que asoló el país, y parece que Apolo también le envió un animal feroz. Consultado el oráculo, contestó que no se calmarían los dioses hasta que Laomedonte entregase su hija Hesione al monstruo marino. La exigencia le pareció á Laomedonte excesiva, y como á la sazón llegase á sus Estados el famoso Hércules, vencedor de las Amazonas, le ofreció doce hermosos caballos si mataba al monstruo. Hércules remató felizmente la empresa; pero Laomedonte le negó el premio. El héroe puso entonces sitio á Troya, la tomó, se apoderó de Hesione que dió en matrimonio á Telamón, y todos los vástagos del troyano rey, excepto Príamo, padre de Héctor y Paris, perecieron en la lucha, sucumbiendo últimamente el mismo Laomedonte.



Neptuno.

El odio de Neptuno contra Troya no terminó hasta su destrucción. Así, en la segunda guerra contra ésta, peleó constantemente en favor de los griegos. Con una sola mirada iracunda agitó la tierra y el mar, y hasta el mismo Plutón sintió el sacudimiento en su hondo palacio, llegando á temer que su furioso hermano diese con su tridente un golpe en la tierra é hiciese llegar la luz al negro reino de las sombras. Él animó á los griegos, reconfortó á los heridos, comunicó nuevos espíritus al valiente Ajax de Telamón, y hasta llegó á pendenciar con Apolo, recriminándole el defender los muros que ambos edificaron para un rey perjuro. Sólo Ulises, de entre todos los héroes griegos, fué

cruelmente perseguido por él, suscitándole tremendas tempestades, y obligándole á ir errante por los mares, como se dice en la *Odisea*.



Variante de Neptuno.

Neptuno se indispuso también con Minerva por el nombre que había de imponerse á la ciudad de Cecrops, Atenas. Para reconciliarlos, Júpiter les dió por jueces á los doce dioses mayores, y éstos acordaron que concederían la victoria al que inventase la cosa más útil para los hombres. Neptuno golpeó la tierra con su tridente, y brotó un hermoso caballo, símbolo del valor y de la guerra. Minerva golpeó después con su lanza, y apareció un árbol florido, que fué el olivo, símbolo de la paz. Los dioses tuvieron en más esta última obra, y declararon á Minerva vencedora. Con la misma diosa tuvo luego otra disputa sobre el nombre que había de darse á la ciudad de Trezena, en la Argólida oriental; pero Júpiter los calmó dándole á Neptuno el título de rey de Trezena y á ella el de Polias ó Polinde, protectora de la ciudad. En fin, su última disputa fué con Apolo, pues ambos querían dominar en Corinto. Briareo fué nombrado árbitro, adjudicando el istmo á Neptuno y el promontorio á Apolo.

Homero dice que cuando Neptuno sale de los mares, recorre en tres pasos todo el horizonte, y que á su tránsito se estremecen las montañas y los bosques. Se enamoró de la bella

Homero dice que cuando Neptuno sale de los mares, recorre en tres pasos todo el horizonte, y que á su tránsito se estremecen las montañas y los bosques. Se enamoró de la bella

Anfitrite (de *Amfiro*, fluir en torno) hija de Nereo y de Doris, nieta de Océano, y según otros hija de este mismo y de Doris. Anfitrite había hecho votos de permanecer virgen, y rechazado las proposiciones de Neptuno para casarse con ella. Huyendo del dios se refugió en la tierra; pero él envió por todas partes emisarios que la buscasen. Un delfín orador la encontró oculta en una gruta del monte Atlas, y tan buenas trazas se dió, que logró persuadirla á casarse con el dios de los mares, con quien tuvo la hija de Nereo numerosos hijos, entre ellos á Tritón y Roda, la cual dió su nombre á la isla de Rodas. Agradecido Nep-



Océano.

tuno del buen servicio que le había prestado el delfín, le colocó luego entre los astros.

Anfitrite reside en el fondo de los mares, en un maravilloso palacio de cristal adornado con perlas y piedras preciosas. Allí tiene también Neptuno su espléndida corte compuesta de muchas divinidades marinas, entre las que figuran sus suegros Nereo y Doris, padres de las cincuenta Nereidas. También concurren á veces las Driadas, Ninfas de los montes, las Náyades, que lo son de los ríos, las Hamadriadas, que reinan sobre los árboles, las Napeas, que presiden en las selvas, praderas y florestas, y las Oreadas, que reinan en las montañas. En el profundo palacio de cristal vive también la bella é influyente Tetis, la primera de todas las Nereidas, esposa de Peleo y madre de Aquiles. Forman la corte de Neptuno, el impetuoso Eolo, rey de los vientos; Proteo, que cuida de sus ganados; las Sirenas, Escila y Caribdis;

Glauco; Leucotea, nodriza de Baco, y muchos más. De todos los citados hablaremos al tratar de los dioses subalternos.

Aunque Neptuno amase mucho á la hermosa Anfitrite, y por obtener su mano hiciera grandes extremos, antes y después de su casamiento tuvo otros amores, tantos, que en este punto no desmerecía de su hermano Júpiter. Enumerarlos todos sería prolijo trabajo, y más todavía el reseñarlos circunstancialmente. Sin embargo, citaremos algunos.

Metamorfoseado en caballo, animal creado por él, según hemos visto antes, se unió á Ceres, que para escapar del dios se había transformado en yegua veloz, y de estos fugaces amores



Anfitrite.

nació el célebre caballo Arión, que tenía pies de hombre y gozaba del don de hablar. Cambiado en toro amó á Melálipa, hija de Eolo, de la que tuvo dos hijos, mandados matar por el ofendido padre, que, además, privó de la vista á ella, aunque Neptuno no tardó en devolvérsela. Teófana, hija de Bisalto, era tan hermosa, que tuvo numerosos pretendientes. Neptuno se encariñó de ella y la raptó, llevándosela á la isla Brumisa. Descubierta el paradero por los demás aspirantes, fueron á recobrarla, y Neptuno los engañó metamorfoseando á Teófana en oveja, á sí mismo en carnero, y á los habitantes de la isla en otros animales. De esta peregrina unión entre el dios y la hermosa mortal nació el Carnero del Vello de oro, llevado por Frixo á la

Cólquida. Con Aretusa tuvo á Abas; con Toasa á Phorco y al famoso Polifemo; con Eurinoma, hija de Niso, á Agenor y Belo; con la ninfa Melanto, á Delfo; con la Danaide Amimone, á Nauplio; con Tiro, hija de Salmoneo, á Neleo y Pelias. También figuran entre sus numerosísimos hijos Agenor y Belerofonte, habidos con Libia, Eumolpo, fundador de unos misterios, Megareo, Aleso, Alcbión, Amico, Doro, Eurípilo el Africano, Fineo, Orión, muerto por Diana y los célebres Efilto y Oto, gigantes hermosísimos llamados los Alvidas por haberlos tenido con Ifimedia, esposa de Alvos, á la que sedujo tomando la forma del río Enipeo.

Todas estas aventuras, transformaciones é hijos que se atribuyen á Neptuno, se explican teniendo en cuenta que los



Océano y ninfas marinas. (De Flaxman.)

poetas griegos daban el nombre de este dios á todos los príncipes extranjeros que iban á establecerse en algún nuevo país, reinaban en alguna isla ó habían conquistado fama por sus victorias navales. Así ocurrió andando el tiempo con Sexto Pompeyo, durante las guerras civiles de Roma; pues habiéndose apoderado de Sicilia y dominando en el Mediterráneo tomó el título de *Neptunius*, como puede verse en sus medallas. Vosio distingue muchos Neptunos: el egipcio, con el que Libia tuvo á los dos susodichos hijos; el Egeo, que fué padre de Teseo, y otros varios. Con las aventuras de todos se ha formado quizá la figura del Neptuno mitológico de que hablamos ahora.

No sólo se atribuían á él los temblores de tierra y los movimientos extraordinarios del mar. También se le consideraba como autor de las grandes mudanzas de los ríos y de los torrentes. Creíasele igualmente dios tutelar de las murallas y de los

cimientos, que protegía ó arruinaba á voluntad. Tenía su residencia en el monte Argea, situado en el centro de Capadocia, desde el cual descubría é inspeccionaba el Ponto Euxino y el Mediterráneo. Sus sobrenombres más conocidos eran los de



Nereida y Geniecillos.

Egeo, Basileo, Genesio, Heliconio, Ecuestre, Istmio, Pétreo, Samio, Tridentífero, etc.

Su culto estuvo muy extendido en la antigüedad. Los libios le honraron considerándolo como el primero de sus grandes dioses. En Grecia é Italia obtuvo gran difusión este culto, sobre todo en las poblaciones marítimas, siendo adorado el dios con fiestas, juegos, y en gran número de templos: el llamado *Tænarium*, en el promontorio de Tenaro, gozaba el privilegio de asilo. Se le inmolvaban caballos y toros, y los arúspices le ofrecían con



Nereidas.

predilección la hiel de las víctimas por su sabor amargo, que en cierto modo se parece al de las aguas del mar.

Los juegos Istmicos en Grecia, á los que acudía gente de toda ella, y los del Circo en Roma, se celebraban en honor de

Neptuno Ecuestre, que había dado carreras de caballos. Los romanos le tenían en gran veneración, pues además de la fiesta *Neptuni ludi* que figuraba en su calendario el 1.º de Julio, le dedicaron el mes de Febrero. En aquellas fiestas se paseaban por las calles los caballos—el animal de Neptuno—ricamente enjaezados y coronados con guirnaldas.

Representase á Neptuno de distintas maneras, según la fantasía de los artistas. Por lo común se le ve de pie sobre las olas ó en un carro acaracolado ó formado por una concha y conducido por caballos marinos. Las ruedas son de oro, y los Tritones, los Delfines y las Nereidas forman su ordinario cortejo. Como Júpiter, á quien se parece, lleva la barba larga, pero más crespa por impregnarla la humedad salinosa de Océano. Su cuerpo es robusto y su aspecto venerable y hermoso. Lleva en la mano el tridente, cetro antiguo en algunos pueblos, y también instrumento de los marineros. Algunos mitólogos creen que las tres puntas del tridente indican las tres clases de aguas: las del mar, que son saladas, las de las fuentes, que son dulces y las de los estanques, que participan de ambas cualidades. Otros creen que el tridente alude al triple poder de Neptuno en el mar, porque lo altera, lo calma y lo conserva.

Claro es que sólo se trata de suposiciones más ó menos especiosas.

IV

Minerva

(ATENEA)

Variedad de Minervas.—Minerva y Palas.—El Paladión.—Nacimiento de Minerva.—Sus invenciones.—Aracna metamorfoseada en araña, por su osadía.—El timón.—Castidad y presunción de Minerva.—La Égida.—Culto y representación de la diosa.

En su tratado *De Natura Deorum*, Cicerón dice de cinco Minervas: una que es madre de Apolo, otra nacida del Nilo, la tercera que es hija de Júpiter, la cuarta del mismo y de Corifea, hija de Océano, llamada Coria por los arcadios, é inventora de la cuadriga, y la quinta hija del gigante Palas, al que dió muerte por haber querido violarla, según cuenta el mismo Cicerón. A ésta se la pinta con alas en los pies. San Clemente Alejandrino también enumera cinco: una, ateniense é hija de Vulcano, la segunda nacida del Nilo, la tercera de Saturno, é inventora del arte de la guerra, la cuarta hija de Júpiter, y la última nacida de Palas y de Titania, que después de matar á su padre le quitó la piel y se cubrió con ella. Pausanias habla de una Minerva hija de Neptuno y de Tritonia, que tenía los ojos garzos como su padre, é inventora de las manufacturas de lana.

Apolodoro sostiene que no deben confundirse Minerva y Palas, como suelen hacer muchísimos mitólogos. Según él, Palas es hija de Tritón, al que se confió la educación de Mi-

nerva. Ambas eran audaces y aficionadas á los ejercicios guerreros, hasta el punto de que en cierta ocasión se desafiaron á singular combate. Palas asestó á su rival un golpe terrible, que Júpiter eludió cubriéndola con su égida. La agresora retrocedió espantada al ver ésta y antes de que se repusiese, Minerva la hirió de muerte. Sin embargo, sintió mucho la desgracia, y para consolarse hizo una estatua completamente idéntica á su víctima, colocándole en el pecho la égida, que tanto terror le había inspirado. Tal es el origen del Paladión. Añade Apolodoro que durante una gran peste, Electra la Atlántida se acogió á este Paladión, trasladándolo luego á Ilión, y que el rey Ilo mandó construir un templo para colocarlo. Supone el mismo autor que el Paladión era una especie de autómata con resortes. Otros autores han dicho que esa estatua la hizo descender Júpiter del cielo; pero Arnobio, San Clemente Alejandrino y Julio Firmico creen que estaba formada de los huesos de Pelops, y que Electra se la regaló á su hijo Dárdano.



Minerva.

Además de las Minervas más arriba citadas, no faltan autores que admitan otras, llegando algunos—singularmente los poetas antiguos—á identificarla sin razón con Belona, deidad subalterna de la que hablaremos en otro lugar.

Lo que hemos dicho en el capítulo anterior sobre las aventuras de Neptuno, quizá pudiera aplicarse también á esta diosa. ¿Con el carácter individual de cada Minerva, no se habrá compuesto una Minerva compleja y armónica, que es una de las más brillantes creaciones mitológicas?

Considerada desde este pintoresco punto de vista, he aquí su historia:

Júpiter se desposó con la sabia Metis (la Inteligencia, la Reflexión, la Meditación), y temiendo que los hijos que en ella hubiese fueren de más excelsa naturaleza que la suya, devoró á su esposa durante su embarazo. Pasado algún tiempo sintió gran dolor en la cabeza, y recurrió á Vulcano para que se la abriese de un hachazo. Luciano nos ha dado burlescamente la plática entre ambos dioses sobre este suceso. Convencido Vulcano de que no incurría en parricidio por ser su padre inmortal, atendió su ruego asestándole un recio golpe en la cabeza, y por la an-

cha herida brotó Minerva bien armada, sabia, modesta y de edad adulta. Hay quien supone que, casado ya con la soberbia Juno, y siendo ésta de naturaleza estéril, quiso el rey de los dioses producir por sí solo á Minerva.



Minerva.

Apenas nacida la nueva deidad, obtuvo de su padre una insigne muestra de estimación, siendo admitida en el Consejo de los doce grandes dioses, y en verdad que Júpiter no pudo arrepentirse de su acuerdo, pues Minerva le prestó grandes y numerosos servicios con sus prudentes discursos en la paz, y ayudándole con brazo fuerte en la guerra contra los gigantes.

Considerábasela como la más noble producción de Júpiter, y el poeta Calímaco dice, en un himno, que Minerva disparaba el rayo, prolongaba la vida de los mortales, concedía la dicha después de la muerte; que lo que ella autoriza con un signo de su cabeza es irrevocable, y lo prometido por ella es infalible, pues, añade Calímaco, «es la única en el cielo á quien Júpiter ha concedido el glorioso privilegio de ser en todas cosas como él y de gozar de sus mismas prerrogativas».

Fué gran protectora de los héroes y semidioses, sobre todo, de los guerreros griegos. Ayudó á Hércules en algunos de sus trabajos, auxilió á Perseo para vencer á la Gorgona y libertar á Andrómeda. En el sitio de Troya sugirió á Ulises y á Diomedes la manera de entrar en el campo enemigo; guió el carro de Dio-

medes y le infundió alientos para luchar con Marte, y ella misma se arrojó contra el furioso dios de la guerra, tendiéndole á sus pies apenas le alcanzó con su mano. Cuando Ulises erraba por los mares perseguido por la cólera neptuniana, ella le guiaba cuando iba á sucumbir, y ella también acompañaba, disfrazada de Mentor, al joven Telémaco, cuando quiso inquirir de corte en corte el paradero de su padre. Ella enseñó á Belerofonte la manera de domar á Pegaso para vencer á la Quimera.

Los inventos de esta noble divinidad son muy numerosos. Ya hemos dicho que, en competencia con Neptuno, para dar nombre á la ciudad de Cécrops, produjo el olivo, emblema de la paz. A las hijas de Pándaro, según cuenta Homero en la *Odisea*, les enseñó un nuevo é industrioso arte, invención suya: el de hilar, bordar y hacer tapices representando flores y combates, trabajo en el que luego se distinguieron Andrómaca, Calipso, Cinira y Helena.

Por cierto que sobre esto se cuenta una pintoresca historia. Vivía en Colofonia un tal Idmón, padre de Aracne, la cual era habilísima en el arte de bordar, tanto, que las ninfas del Tmolo y del Pactolo acudían á su lado para admirar los trabajos que hacía, pues en ellos representaba, con primorosa perfección, escenas sacadas de los amores de Júpiter con Europa, Antiope, Leda, Asteria, Danae y Alcmena. Minerva fué á visitarla disfrazada de vieja, y dándose luego á conocer, aceptó el certamen que Aracna tuvo la audacia de proponerle. La diosa empezó su delicado trabajo representando en la tela varias historias en que revelaba un arte maravilloso. Aracna tomó luego las lanzaderas é inició su obra, superando, si cabe, á Minerva. Esta le dió entonces con la lanzadera un golpe terrible en la cabeza, aunque otros dicen que sólo rompió el telar y los husillos. Aracna no quiso sobrevivir á esta afrenta; se suicidó colgándose, y Minerva la metamorfoseó en una araña. Los poetas antiguos añaden que, aunque metamorfoseada, la joven no cambió de gustos y siguió tejiendo sus telas. La génesis de esta curiosa fábula se encuentra en Plutarco, *Historia del Cielo*: «Para que el pueblo no olvidase la importancia de sus manufacturas de tela, los egipcios exponían en sus fiestas la figura de una mujer que, con su mano derecha,

sostenía un cilindro, en el que los tejedores envolvían la tela, á la cual daban el nombre de Minerva ó *Manervrah*, telar del tejedor. Cerca de esta figura había la de una araña, llamada por ellos Aracna (de *arach* tejer), y estos emblemas, transportados á Grecia, dieron origen á las ficciones de este pueblo, amigo de lo maravilloso».

Otro invento no menos importante que el de hilar y tejer se debe á la industriosa Minerva: el del timón, y la alegoría en que está envuelto, acredita el genio poético del pueblo griego. Dispuestos los príncipes helenos á realizar su expedición á la Cólquida, Minerva dirigió los trabajos de la nave Argo, trazando

previamente su diseño. La madera se cortó en el monte Pelión y en la popa del barco puso un trozo de roble parlante del bosque de Dodona, el cual tenía la virtud de pronunciar oráculos, dirigía la navegación, avisaba los peligros, é indicaba la manera de eludirlos.



Minerva.

Teníase á Minerva por el símbolo de la providencia divina, y se la suponía virgen porque la prudencia no comete faltas. Tiresias, que tuvo la audacia de mirarla con ojos deshonestos mientras se bañaba en la fuente Hipocrene, quedó ciego. Diodoro Sículo ve en ella la incorruptibilidad de la Naturaleza, y San Agustín supone que los antiguos la consideraban como el aire más sutil.

Si los griegos creían que Minerva permaneció siempre virgen, los egipcios la tenían por esposa de Vulcano. Otros suponían que este deforme dios intentó violarla, y que ella resistió tenazmente. No obstante, sin mengua ni desdoro para ella dió á luz á Erichtono. La Chausse ha dado á conocer una piedra antigua representando á Mercurio abrazado con Minerva; pero este abrazo no representa una escena amorosa, sino una ingeniosa alegoría: la ciencia, que, para agradar, debe ir acompañada por la persuasión. Por eso los antiguos ofrecían sacrificios comunes á ambos dioses. En fin, tan severa en costumbres era, que por haber profanado Medusa con Neptuno un templo que le habían dedicado, cambió los cabellos de aquella en serpientes y

dió á sus ojos la funesta propiedad de petrificar á quien miraba. También á la incestuosa Nictimene, hija del rey lesbio Epopeo, la metamorfoseó en buho en castigo de su delito, y según otros para evitar que lo consumase. La Minerva griega tiene su equivalente en la Nitocris, Neith ó Neithé de los egipcios, que en ella personificaban la Inteligencia suprema. En el sistema planetario es Saté, y significa la atmósfera de la tierra, denominándola Onca, Onga y Ogga los fenicios y los sirios.

Además de los nombres ya citados de Atenea y Palas, dábansele otros muchos, como Polias, Panatenea, Saitis, Virgo, Partenia, Médica, Música, Acria, Agorea, Ecuestre, Unígera, Itomia, Dea, Armífera, Cecropia, Gigantófona, Machinatrix, Cranea, Xenia, etcétera, etc.

El único defecto que á Minerva se atribuye es el de estar muy pagada de su hermosura; pero algunos escritores dicen que este amor propio es muy natural y legítimo en la diosa de las artes y de las ciencias, en la inventora de las letras, pues no hay sabio ni escritor que no ame la brillantez del estilo y la gentileza de las formas oratorias. Sea como quiera, ya hemos visto que Minerva disputó el premio de la belleza á Juno y á Venus.

Parece que habiendo inventado la flauta, un día se entretuvo en tañerla en presencia de estas dos rivales, y al observar que se reían de ella, se miró en una fuente del monte Ida. Al verse con el rostro deformado comprendió la razón con que las otras diosas se burlaban, y arrojó la flauta al río Meandro. El sátiro Marsias, que la recogió, fué castigado por ella.

En sus estatuas y pinturas se la representa siempre hermosa sin afectación, sencilla, modesta, noble, llena de fuerza y majestad. En las pinturas se la ve sentada, pero en las estatuas suele vérsela de pie, con casco, la lanza en la diestra, el escudo en la otra, la égida en el pecho y cubierta con el peplo.



Minerva Nicéfora.

La Égida de Minerva era su coraza, en medio de la cual se veía la cabeza de Medusa. Según unos, la Égida estaba formada con la piel del gigante Palas, al que había muerto defendiéndose de sus persecuciones. Según otros, recibe su nombre de Ægis, cabra monstruosa que había salido del seno de la Tierra, en Frigia, y arrojaba por la boca torrentes de fuego. Después de recorrer el monte Tauro, Fenicia, Egipto y Africa, se detuvo en los montes Ceraunios, donde Minerva la acosó y dió muerte. Su piel se la puso en el pecho, recibiendo el nombre de Égida, sin que nada tenga que ver ésta con la de Júpiter formada con la piel de la cabra Amaltea que cubre su escudo. Si algunas veces se confunden el escudo de Minerva con su égida ó coraza, es por llevar en ambos la cabeza de la Medusa.

Su culto se difundió por todas partes. En Sais, ciudad de Egipto, tenía un templo suntuoso que rivalizaba con los de innumerables ciudades. Los rodios habíanse puesto bajo su protección, y se decía que, cada aniversario del natalicio de la diosa, descendía sobre la ciudad una lluvia de oro; pero que ofendida porque olvidaron llevar el fuego en un sacrificio, les retiró su ayuda huyendo de Rodas y estableciéndose en Atenas, donde le erigieron un templo magnífico (el Partenón) y le consagraron las famosas fiestas Panateneas, que atraían á Atenas gentes de toda Grecia. En Roma tenía numerosos templos, y las fiestas minervales que se celebraban el 3 de Enero y el 19 de Marzo, continuándose durante cinco días cada una.

La estatua más famosa que de ella se hizo fué la de Fidias, colocada en el Partenón, y con el busto de ella se acuñaron muchas medallas. En algunas está armada con el rayo de Júpiter; en otras aparece con un ramo de oliva en la frente. Como diosa de la ciencia, se la suele ver con las sienes ceñidas de laurel ó de olivo, y como inventora de las artes se ostenta con el famoso peplo, objeto de veneración, que era blanco, sin mangas, todo bordado de oro, en el que estaban representadas las hazañas de la diosa, de Júpiter y de los héroes. En las citadas fiestas Panateneas se conducía en procesión al templo de la diosa este divino velo, llevándolo en un largo barco desde el barrio del Cerámico.

Durante ellas luchaban encarnizadamente dos bandos de doncellas armadas de palos y piedras. La primera que moría tenía por infame y deshonesto, y la que mayor número de heridas recibía sin morir, reputábase por la más casta de todas, y mientras que el cadáver de la muerta se arrojaba en lugar inmundado, á la herida se la paseaba en triunfo.



Marte

(ARES)

Distintos Martes de que hablan los autores.—Extraño nacimiento de Marte.—
No siempre le acompaña la Fortuna en los combates.—Aboga ante el tribunal de los dioses.—Aventura con Venus.—Otras aventuras.—Sobrenombres, culto y representación plástica.

Puede decirse que cada pueblo antiguo tuvo su Marte peculiar y que con las aventuras de cada uno, se formó el Ares griego, ó el Marte sabino, dios de la guerra. Diodoro Sículo dice que el primer Marte fué Belo, rey de Babilonia, inventor de las armas y del arte de disponer las tropas para la batalla, y añade Higino que este rey se llamó Belo (de *belos*, dardo) por haber sido el primero en combatir contra los animales. El segundo Marte fué un rey egipcio; el tercero otro de los tracios llamado Odín, que se distinguió tanto por su valor y conquistas que mereció los honores de dios de la guerra con el nombre de Marte Hiperbóreo. El cuarto es el Ares griego, y el quinto y último de los que citan los mitólogos é historiadores antiguos es el Marte latino, que de su unión con Rea Silvia tuvo á Rómulo y Remo, y al que identificaban con Amulio, hermano de Númitor. En fin, se dió el nombre de Marte á casi todos los príncipes guerreros, y en este sentido no hubo país que careciese del suyo. Los galos lo tuvieron en Heso, los

escitas lo adoraron bajo la forma de una espada, y los persas le llamaron Orión.

Los griegos han llenado la historia de su dios de la guerra con los rasgos de todos los Martes citados, adornando el nuevo tipo con las invenciones de su brillante fantasía. Hesíodo le hace en su *Teogonía* hijo de Júpiter y de Juno. En los combates le sirve de conductora del carro su hermana Belona, acompañada por sus dos hijos, el Terror y el Espanto. Los latinos, que por más belicosos estimaban á Marte más que los griegos, le han dado otro origen. Según ellos, Juno tuvo envidia de que Júpiter crease á Minerva por sí solo, y deseó tener de igual manera un hijo que la superase. Entonces huyó á Oriente; pero cansada del viaje, se vió obligada á detenerse junto al templo de la diosa Flora, la cual le interrogó sobre el objeto de tan larga caminata. Al saberlo recomendó á la otra diosa que cogiese una flor que brotaba en los campos de Oleno, y apenas la hubo tocado Juno, se transformó en un numen robusto é iracundo. Apolodoro conviene en que Juno dió á luz á Marte sin concurso de varón; pero no determina en qué circunstancias, y Bocacio explica esta ingeniosa fábula por el carácter implacable de Marte, al que no podía tenerse por hijo de un príncipe tan enamoradizo y galán como Júpiter.



Marte joven.

Juno confió la educación de su hijo al Titán Príapo, que le enseñó el baile y los ejercicios que adiestran para la guerra, y por eso en Bitinia se ofrecían al preceptor los despojos de la guerra consagrados á Marte.

«Donde quiera que la fábula y la historia refieren matanzas y horrores—escribe Escosura—allí estaba este dios con el Miedo y el Terror, ó con Belona. Lleva desnudos cuerpo y espalda, el casco en la cabeza, desencajados los ojos, erizado el cabello, ferviente el pecho cubierto con una coraza cargada de efigies de monstruos, y abierta la boca como sedienta fiera. Acompañanle el Furor, la Ira, la Crueldad, la Violencia; siguenle la Devastación y la Ruina».

Marte homicida le llama frecuentemente el viejo Homero en la *Iliada*. Pero con ser tan extremado y sanguinario su carácter, lo cierto es que en las grandes lides, cuando tenía enfrente un enérgico adversario, el feroz rey de la guerra era siempre vencido. Así en la *Titanomaquia* sale derrotado y prisionero de Oto y Efialto durante quince meses, siendo Minerva quien le conquista la libertad. En todos sus lances con esta noble diosa (¿no será un símbolo?) Marte queda humillado. En la guerra de los dioses, éste clava su lanza en la égida de Minerva: ella coge un peñasco, lo lanza contra su rival, y el golpe que le da en la nuca es tan violento, que cae rodando á sus pies. En la *Iliada* se ve dos veces á estos dos dioses adversarios: él ayudando á los troyanos; ella protegiendo á los griegos. Una vez se lanza Minerva contra Marte y, cogiéndole con mano firme, lo postra en tierra; otra recorre disfrazado Marte las filas troyanas, y lanza un dardo contra Diomedes; Minerva dirige el que éste lanza contra él, y es herido en el vientre: Marte grita de dolor y sus voces—según Homero—resuenan como las de diez mil guerreros. Luego se envuelve el herido dios en densa nube y toma el camino del Olimpo para mostrar su herida á Júpiter, que le reprende con acrimonia. Hebe lava la herida del maltrecho numen y Peón la cura.

Si como dios de las batallas merece Marte piadosa ironía, hay que aplaudirle como hábil orador, cualidad que no parece concertar muy bien con su habitual profesión.

Sucedió que Halirroto, hijo de Neptuno, se había enamorado de Alcipea, hija de Marte, y como no fuese correspondido, la violó y raptó. Irritado Marte, dió muerte al atrevido. Neptuno se desesperó por la muerte de su hijo y citó á Marte á juicio. Los doce grandes dioses se reunieron en una altura de Atenas para decidir en este importante pleito, y Marte defendió su causa con tanta elocuencia, que los jueces lo declararon absuelto. El lugar donde se reunió este tribunal llamóse en adelante Areópago (de *Ares*, Marte y *pagos*, altura).

Parece ser que Marte sólo sintió por Venus pasión intensa. Luego se unió á muchas mujeres, pero sin amar á ninguna. La pintoresca aventura con la hermosa Venus la describiremos por extenso en el capítulo próximo. Baste decir que sorprendidos por Vulcano, y expuestos á la burla de los dioses reunidos, al

verse libres, él huyó avergonzado á Tracia y ella á Pafos. Irritado Marte porque su favorito Alectrión no le había anunciado la llegada del Sol cuando estaba con Venus, lo transformó en gallo.

De estos amores adulterinos nació Hermione ó Harmonía, aunque hay autores que no la hacen hija de Marte y de Venus, sino de Júpiter y de la Atlántida Electra. Hermione se casó con Cadmo, y á las bodas asistieron todos los dioses menos Juno. Entre varios regalos que le hicieron, figuraba el famoso collar que luego recibió Erifile en pago de haber descubierto el paradero de su marido, que se había escondido para no ir á la guerra de Tebas, donde sabía que perdería la vida. Vulcano también regaló á Hermione un vestido teñido en sangre, pues para vengarse de la infidelidad de Venus, quiso que todos sus frutos fuesen condenados al crimen ó á la desgracia. En efecto, Polidoro y sus cuatro hermanos Ino,



Venus y Marte.



Marte.

Agaoé, Autonoe y Semele perecieron desdichadamente. Hermione y Cadmo fueron expulsados de Tebas, y huyendo á Iiria se metamorfosearon en serpientes. Harmonía introdujo en Grecia los primeros rudimentos del arte que lleva su nombre.

De su unión con las otras mujeres tuvo Marte á la ya mencionada Alcipea, y además á Axilo, Ascálafo, muerto en el sitio de Troya, Yalmeno, Cicno, Tereo, un Diomedes que alimentaba á sus caballos con carne humana, Enómao, Eveno, Mulio, Testio, Pilo, Lico, Partenoqueo y Flegias.

Tuvo Marte varios sobrenombres; pero en menor número que los dioses precedentemente citados. Entre los conocidos se distinguen los de Belicoso, Belígero y Belipotente. Los romanos le llamaban *Pater*, y otros pueblos latinos *Sylvestris*, al que

invocaban, según dice Catón, para que les preservase los frutos del campo.

En la culta Grecia obtuvo poco éxito el culto de este dios pendenciero. Pausanias dice que no se le erigió ningún templo y que sólo tenía dos ó tres estatuas. En cambio, los romanos, como pueblo belicoso, le tuvieron en gran estima, y le consideraron como protector de su vasto imperio. Cuando los cónsules iban á emprender alguna campaña, dirigíanse para orar al templo de Marte Gradivo, que estaba extramuros de la ciudad, y tocando solemnemente la pica del dios, exclamaban: *Mars, vigila*. Dentro del recinto había otro templo consagrado á Marte Quirino, dios de la paz, y en él se reunía el Senado para deliberar sobre la guerra y discernir el triunfo á los vencedores.

Los Salienses formaban en Roma un colegio sacerdotal consagrado al culto de Marte, y llevaban como distintivo un escudo circular semejante al sagrado que, según decían, cayó de los cielos. Se inmolaban á Marte el toro, el verraco y el carnero; en Roma le sacrificaban un caballo; los júsitanos machos cabríos, caballos y hasta prisioneros, y otros pueblos, asnos. Entre los animales le estaba dedicado el gallo, y entre las plantas el diente de perro.

Sus monumentos lo representan de una manera bastante uniforme, bajo la figura de un hombre armado con casco, lanza y escudo. Unas veces se le ve desnudo, otras con el vestido militar, y algunas con el manto á la espalda. A veces se ofrece barbudo, y con más frecuencia sin barba. No es difícil verle con el bastón de mando en la diestra, y en el pecho una égida con la cabeza de Medusa. También se le ve en un carro tirado por caballos fogosos que guía Belona. Cuando está representado como Marte Vencedor lleva un trofeo.

Los poetas lo describen armado de coraza, en la cual están trazados varios monstruos. El carro está adornado con el Furor y la Ira, y la Fama le precede. Sus corceles se llaman la Fuga y el Terror.

VI

Venus

(AFRODITA)

Las Venus de los antiguos.—Nacimiento de Afrodita.—Sus maestras las Horas.—Venus en el Olimpo.—El ceñidor.—Su casamiento con Vulcano.—Sus amores con los dioses y los mortales.—La red invisible.—Adonis.—Mirra madre de Adonis.—Hermafrodita.—El culto de Venus.—La cabellera de Berenice.—Los nombres de la diosa.—Su representación.

Etimológicamente, la palabra Venus, dicen antiguos autores, significa blancura, si bien Cicerón la deriva de *venire* y Varrón la explica por *viendo*. La blancura del cutis considerábanla los antiguos como signo característico de la hermosura. El príncipe de los oradores dice que lo admirable en la Venus de Apeles era la deslumbrante blancura de la piel matizada con un ligero tinte encarnado.

Homero cree que Venus es hija de Júpiter y Dionea. Platón diferencia á la Venus Urania ó Celeste, hija de la sangre de Urano, que al ser mutilado cayó en el mar, de la Venus Vulgar, hija de Júpiter y Dionea. Cicerón cita cuatro: 1.^a la hija de Urano y de Hemera; 2.^a la nacida de la espuma del mar, que tuvo de sus amores con Mercurio á Cupido; 3.^a la hija de Júpiter y Dionea, que se casó con Vulcano, y 4.^a la hija de Tiro y de Siria, que se identifica con la Astarté de Sidón, la Anaitis de Me-

dia, la Atellat de los árabes, la Neftis de Egipto, la Salambó de Babilonia, la Milita de los asirios y la Astoret de los cartagineses.....

El nombre de Afrodita (nacida de la espuma del mar) con que la designa Hesíodo en su *Teogonía*, y el de Anadiomena (que emerge ó fluye de las aguas), están asociados á la concepción poética sobre el nacimiento de la diosa del amor y de la hermosura. Era tan bella Venus al surgir de las aguas que las Nereidas y los Tritones y los pobladores todos de la líquida llanura acudieron presurosos á contemplarla rodeando su concha nacarada, que era carro y cuna á la vez. Y aparecida, el puro halago del aire azul le arrancó un blando suspiro, que repitió el Universo entero. Las olas empezaron entonces á mecerla dulce-



Nacimiento de Venus.

mente, el aire se hizo más leve y la Naturaleza se regocijó al verla. Y no era para menos; el mundo había sido mudo antes de nacer ella: al aparecer, empezó á sentir en sus oscuros senos las palpitaciones del principio generador y la noble alegría de vivir.

Empujada la frágil concha por el Céfito y guida por los dioses marinos, Venus arriba muellemente á la isla de Chipre, y al tocar en tierra, su primer cuidado es coger su larga cabellera para esprimir el agua salada que la empapa. Las Horas acuden á recibirla y servirle de esmeradas preceptoras.

La primera Hora se encarga de despertarla.

La segunda le enseña el difícil arte de adornarse y ser grata con naturalidad.

La tercera le ofrece las primicias de los frutos que rinde cada estación.

La cuarta le enseña á conmovier los corazones.

La quinta intenta infundirle prudencia.

La sexta la adoctrina en los deberes de la amistad.

La séptima la exhorta á ser benigna y humana.

La octava le prescribe la fe conyugal.

La nona dictale las graves obligaciones que pesan sobre la madre.

La décima y undécima tenían á su cargo instruirle en los sacrificios y comidas, paseos y bailes.

La duodécima la entregaba al reposo.

La fama pregonó hasta en el Olimpo las excelencias de Afrodita, y el Consejo de los dioses deseó conocerla. Sus maestras la perfumaron entonces, ciñeron su linda cabeza con una guirnalda de rosas, y poniéndole el célebre ceñidor que Homero celebra, Venus surcó los aires y se presentó en el Olimpo, acompañada de Eros y de Himeros, el Amor y el Deseo. En el anverso del divino é irresistible ceñidor se veía el Amor guiado por la Esperanza y acompañado por el Pudor, por los suspiros, por los débiles acentos, por los juramentos, por las riñas amorosas y las fáciles reconciliaciones. En el reverso, las rencorosas Euménides habían representado la perfidia y los celos, la traición y la hipocresía. Este misterioso ceñidor comunicaba gracia, juventud y belleza á quien se lo ponía, y su acción sobre el corazón de los hombres no se podía contrarrestar. Queriendo Juno captarse la voluntad de Júpiter para que vencieran los griegos en la guerra de Ilión, pide á Venus su famoso ceñidor, y la diosa del amor se lo da diciéndole: «Recibe este tejido y ocúltalo en tu seno. Cuanto puedas desear en él se encuentra, y por un encanto secreto que no puede explicarse, te hará salir en bien de todas tus empresas». También la misma Venus lo empleó para que su deforme esposo le perdonase sus infidelidades.

La llegada de Venus al Olimpo arrancó grandes exclamaciones de admiración entre los dioses, y suscitó gran alarma y celos en el pecho de las diosas. Aquéllos se disputaron el honor de hacer su esposa á la más bella y joven de los inmortales. Hasta el mismo Júpiter se enamoró de ella; pero por estar casado con la celosa y altiva Juno, ó porque Afrodita lo desdenó,

tuvo que renunciar á su amor, casándola con su hijo Vulcano, al que premió de esta manera por haberle forjado el rayo y construído el trono y un palacio abovedado con acero y nobles metales. El más feo de los dioses fué, pues, el marido de la diosa más bella.

La reina de Pafos y diosa del amor, como Homero la llama



Venus acompañada de los Amores y de la Armonia. (De Flaxman.)

en la *Iliada*, la soberana del Placer y de la Hermosura, como quedó proclamada por el rendido Consejo de los Olímpicos, se casó por razón de Estado con un marido cojo y negro de hollín: pero no pudo amarlo, y así fueron muchas sus infidelidades.

Crean unos que su primer amante fué Júpiter, en quien no pudo extinguirse la pasión que en su pecho se encendió al contemplar por primera vez á la esbelta Afrodita. De estos amores nacieron las tres Gracias, divinidades del agrado y la amistad,

aunque algunos las reputan hijas de Júpiter y de la oceánida Eurinoma, del Sol y de Egle y aun de Júpiter y Juno.

Sostienen otros que la bella diosa consumó su primer adulterio con Marte. Duro, agresivo y poco amable como era el genio de la guerra, no se entretuvo en ablandar el corazón de la bella con suspiros y palabras tiernas. Presentóse á Afrodita todo armado, como si fuese á expugnar murallas ó á abatir ejércitos, y dejando á un lado los circunloquios, le declaró resueltamente su deseo. Ella se atemorizó al principio; pero él se quitó la coraza y el pavoroso casco, y, ante su aspecto más humano, ella también se humanizó...

El rubio Apolo rondaba por entonces á Venus; pero desechado de que el inculto Marte obtuviese los señalados favores que á él le negaban, se sirvió del Sol para anunciar á Vulcano que su mujer le engañaba. He aquí cómo Homero canta en la *Odisea*, por boca de Demodoco los amores de Venus y de Marte:

»Demodoco canta los amores de Marte y de la bella Venus, la unión secreta de ambos amantes en el palacio

de Vulcano, los dones numerosos que la diosa recibió del dios de los combates. Pero el Sol, testigo de su amor, corre á instruir al esposo. A esta siniestra noticia, Vulcano agita en el fondo del corazón terribles proyectos de venganza, apresura el paso, y se dirige á la negra fragua. Erige sobre su eterna base el yunque enorme, y, con el martillo en la mano, golpea repetidamente formando ligaduras imperceptibles, pero fuertes é indisolubles, con las que quiere apresar á los dos amantes.

»Luego que hirviendo de furor ha preparado estos lazos, corre á su cuarto, llega cerca de su lecho nupcial, y allí, por sus cuidados, cuelgan por todas partes, desde lo alto del artesonado



Las tres Gracias.

hasta los pies y rodeando el lecho, hilos numerosos semejantes á la trama más sutil de la telaraña, y que están dispuestos con tanto artificio, que resultan invisibles hasta para el ojo investigador de los inmortales.

»Cuando ha rodeado su lecho con estas maravillosas redes, finge dirigirse á Lemnos, su tierra más querida. Marte, el del casco de oro, no se duerme al ver marchar á Vulcano, y vuela al palacio de este dios, impaciente por unirse á la divina Citerea. Había llegado ella del palacio de Júpiter y, retirada en su departamento, brillante de belleza, estaba sentada, libre de testigos. El dios de la guerra llega; le toma la mano, y estas palabras expresan sus sentimientos impetuosos: ¡Oh diosa que yo adoro, ven á mis brazos, entreguemos nuestros corazones al encanto del



Las redes de Vulcano.

amor: Vulcano está ausente, se ha ido á Lemnos y te abandona por sus bárbaros sincianos».

»Dice: la diosa, abrasada de igual fuego, cede á su ruego. El lecho nupcial recibe á los dos amantes; pero el tejido invisible que preparó el astuto Vulcano, los enlaza con sus estrechos lazos. Vanamente se esfuerzan por desprenderse; lejos de poder huir, hasta les es imposible aflojar los nudos que los cautivan»...

»Avisado por el Sol, vuelve Vulcano antes de llegar á Lemnos, y desde el umbral de su morada empieza á llamar á Júpiter y á todos los habitantes de las cielos para que acudan á ser testigos de su deshonra. Los dioses llegan pronto; pero el pudor detiene á las diosas.

»Al ver las redes, obra de la artificiosa industria de Vulcano, una risotada universal conmueve los cielos y estalla sin fin en-

tre el grupo de los afortunados inmortales. Y unos á otros se decían: las tramas criminales tienen pronto ó tarde su consecuencia fatal; la lentitud triunfa de la ligereza. Así el cojo Vulcano, con su arte y astucia, ha sorprendido á Marte, el más ágil de los dioses del Olimpo. Marte no tiene más remedio que pagar su maldad.

»Tales eran sus graves discursos. Pero más alegre el hijo de Júpiter, Apolo, se dirigía á Mercurio diciéndole:— Mercurio, mensajero celeste y bienhechor de la tierra, ¿encadenado por estas indestructibles ligaduras, soportarías esta vergüenza con tal de pasar la noche en brazos de la blonda Venus?

»¡Oh vergüenza digna de envidia!—responde Mercurio regocijadamente—multiplicad todavía esas innumerables ligaduras, que todos los dioses y todas las diosas del Olimpo rodeen este lecho, y que pase yo la noche entera en brazos de la blonda Venus!

»Al oír estas palabras se renuevan las carcajadas entre los celestes moradores. Sólo Neptuno permanece serio conjurando á Vulcano para que libre á los presos númenes de tanto oprobio, empeñando su palabra de que le pagará el rescate que por su liberación le imponga el ofendido esposo.

»Vulcano acaba por ceder y rompe con su mano la red maravillosa.

»Libres de estos lazos que parecían indestructibles—termina Homero—los dos amantes corren lejos del Olimpo huyendo de todas las miradas. Marte se precipita en el fondo de Tracia, la diosa de la risa vuela á la isla de Ch'pre, á Pafos, donde, en un bosquecillo feliz y sagrado, se alza su templo y humean siempre sus olorosos altares. Las Gracias la conducen al baño, y, habiendo derramado sobre ella un perfume celeste que aumenta la belleza de los inmortales, la adornan con vestidos que son obra de su arte y encanto de la vista».

Desesperado el errabundo Marte, transformó en gallo á su escudero Aletrión, que se había dormido mientras él andaba



Venus de Gnido.



Venus Genetrix.

con Venus, y desde entonces no deja de anunciar la llegada de la aurora.

De estos amores tan dulces como desdichados, nació Cupido, y según otros, también Harmonía y Anteros.

Cuando Apolo hubo conseguido ridiculizar al esposo y alejar al amante, se dedicó á cortejar á la bella diosa, que ahora no fué insensible al prestigio de la poesía y de la música. Después de otorgarle su perdón, Afrodita dió en amarle, y con el pretexto de dirigir personalmente el curso del astro que lleva el nombre del dios, y así que aparecía en el horizonte el carro del Sol, subía en él y, siguiendo su ruta, bajaba con su nuevo amante á la isla de Rodas, donde pasaban largas horas entregados al encanto del amor, regresando luego al cielo por distintos caminos y cada cual en su carro. Pero este amor no tuvo mucha duración. Apolo se había enamorado de Anfitrite, esposa de Neptuno, y la pobre Venus vió con sorpresa y dolor una tarde que, al traspasar el Occidente, el carro del Sol se sumergía en las olas...

Para distraer su pena, Venus paseaba con frecuencia por la tierra montada en un nacarado carro formado por dos conchas y arrastrado por dos palomas. Así recorría con gran presteza los verdes prados, y los bosquecillos de mirtos que la acogieron después de su afortunado nacimiento. En uno de estos gentiles paseos al través de los campos chipriotas se enamoró del bello Adonis.

Era este joven hijo de Mirra, princesa de Chipre y de padre desconocido. La fábula refiere el caso de este modo: Mirra se enamoró de su padre, y no pudiendo desechar su pasión, quería suicidarse, cuando su nodriza la persuadió á gozar con él secretamente, á oscuras. Consumado el incesto, el padre quiere ver con quién ha yacido. Al reconocer á su hija, se apodera de él tanto furor que pretende matarla. Mirra huye á esconderse lejos, en un bosque ó en una isla. Compadecidos los dioses de ella, la metamorfosean en el árbol que ostenta su nombre, no obstante lo cual da á luz á Adonis, por los cuidados que le presta Luci-



Venus de Médicis.



Venus de Milo.

na, por haber herido un jabalí el árbol ó porque el padre perseguidor, al ver la metamorfosis de su hija, hundió en el árbol la punta de su espada.

Adonis se dedicó á la caza en el bosque donde nació, y era tan insensible á las mujeres que se apasionaban de su hermosura, que ni la divina Afrodita pudo conmover su corazón, necesitando que mediase en su favor la ninfa Epidamia, á quien por las buenas y felices trazas que en aquel desdichado negocio mostró adoraron en Chipre como protectora de los fáciles amores.

Entre los halagos del amor y los sanos ejercicios de la caza



Adonis sale á caza.

se deslizaba el tiempo para los dos amantes. La fama de su dicha corrió muy lejos, llegando hasta Tracia, donde Marte languidecía. Celoso de esta preferencia, el dios de la guerra se metamorfosó en jabalí, y aunque recibió en su cuerpo un dardo del impetuoso cazador, se arrojó sobre él y lo despedazó. Venus acudió en socorro de su amado; pero sólo tuvo tiempo de recoger su cadáver y envolverlo entre malvas y lechugas, cambiándolo luego en anémoma. Dicese que mientras la bella diosa realizaba este trabajo, se hirió el pie con una espina, y que la sangre que brotó cambió en rojo el color blanco que antes tenían las rosas. Añaden varios autores que no fué Marte sino Apolo quien mató á Adonis, por vengarse de Venus, que cegó á su hijo Erimanto por haberla visto salir del baño en el momento de abandonar los brazos de Adonis. Eurípides añade que fué Diana la

que excitó al jabalí para vengar en el amante de Venus la muerte de Hipólito, ocasionada por ésta.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Citerea no se consoló de la muerte de Adonis y suplicó á Júpiter que lo devolviese á la vida. Pero sucedió que, estando ya Adonis en los Infiernos, Proserpina se había enamorado de él y se negaba á devolverlo. El rey de los dioses dispuso entonces que el mancebo pasase la tercera parte del año con él, y las otras dos alternando con Venus y Proserpina. Sostienen otros que Júpiter sometió el pleito á la musa Calíope, la cual acordó por mitad el tiempo que el hermoso joven había de pasar con las diosas.



Venus en cucullas.

¿Será verdad, como Dupuis asegura, que Adonis es el Sol, que durante el verano está con Venus, es decir, con la tierra que habitamos, y que durante el invierno se aleja de ella? Durante esta estación es cuando se le supone muerto por el jabalí, época en que los rayos solares carecen de fuerza para expulsar el frío, enemigo de Adonis y de Venus, ó sea de la hermosura y de la fecundidad.

También se llama Adonis un río que nace en el Líbano y desagua en el mar, entre Biblos y Berito. Las arenas del Líbano, que arroja el viento en cierta época del año, le dan un tinte rojizo, por lo cual llegó á decirse que allí se lavó la herida de Adonis, y que el cambio de color procedía de su sangre. Los egipcios esperaban el enrojecimiento de las aguas para empezar las Fiestas Adonias.

Sin abandonar los amores de Adonis, Venus galanteó con dioses y hombres. De su unión con Mercurio, que al verla con Marte entre las redes de Vulcano, la había ya deseado, tuvo á Hermafrodita, educado por las Náyades en una gruta del monte Ida. Un día que estaba cansado quiso bañarse en una fuente, y la Náyade que le precedía se enamoró de él; pero al verle insensible, rogó á los dioses que uniesen sus cuerpos hasta no formar más que uno; aunque conservando ambos sexos. Es fama que todos los que, andando el tiempo, se bañaron en la prodigiosa fuente, sufrieron igual metamorfosis.

A Mercurio sucedió Baco en la estimación de la diosa, que tuvo con él á Himeneo y á Priapo. El primero, que corresponde al Thalamos romano, preside al matrimonio, y, según una tradición antigua, era un joven ateniense muy hermoso, pero pobre y de humilde cuna. Enamorado de una joven de alta clase, seguía la por todas partes, sin osar confesarle su amor. Un día en que se celebraba á orillas del mar una fiesta en honor de Ceres, se disfrazó de mujer para estar más cerca de su amada. Los piratas hicieron un desembarco y las robaron, pero como se quedaron dormidos antes de hacerse á la mar, Himeneo alen-
tó á las cautivas, que cayeron sobre ellos y les dieron muerte. Luego les dijo que esperasen, y llegando á Atenas, congregó al pueblo, reveló su verdadera naturaleza, y aseguró que si le daban en matrimonio á la joven cautiva que él escogiese, salvaría á todas. Con este ingenioso ardid logró unirse con su amada, siendo tan dichoso en vida, que en su honor se estableció luego la fiesta Himenea. Priapo nació con una deformidad extraordinaria, y criado en Lamp-
saco, llegó á ser el terror de los maridos, que llegaron á expulsarle de la ciudad; pero afligida ésta por una grave enfermedad, la tomaron por castigo del mal trato dado á Priapo, y volvieron á llamarle.

Con el gran Neptuno, cuyos ruegos la libraron de las redes de su ofendido esposo, tuvo Afrodita á Erix. También concedió



Muerte de Adonis.



Venus del Capitolio.

sus favores á Anquises, que en el monte Ida la hizo madre del famoso Eneas.

Ninguna divinidad obtuvo culto tan dilatado y entusiasta, levantándosele templos y altares por todas partes. Sus fiestas principales fueron las Adonias, Anagogías Catagogías y las Afrodisias; en estas solemnidades no se le inmolaban víctimas ni sus altares se tiñeron jamás de sangre. En cambio, la prostitución formaba parte esencial de las ceremonias, sobre todo en Amatonte, Citerea, Pafos y Gnido que eran las grandes mecas del placer.

Le estaban consagrados el cisne, el gorrión, y singularmente la amorosa paloma, la manzana, el mirto y la rosa. Las mujeres también solían ofrecerle su cabellera, y á este propósito se dice que Berenice, hermana y esposa de Ptolomeo Evergetes colgó su cabellera en el templo de Venus Arsinoé ó Cefiritida para que su esposo triunfase en la expedición á Oriente. A la siguiente noche fué robada, y el rey, que estimó en mucho esta fineza de su esposa, se irritó al conocer el atentado; pero el astrónomo Conón de Samos quiso hacerse grato á

Ptolomeo, y aseguró que Céfito, por orden de Venus, había transportado al cielo la cabellera de Berenice, llamando así á la constelación de las siete estrellas que hay cerca de la cola del León.

Además de los nombres que ya le hemos asignado, dábansele otros muchos, como Alígera, Amatuntia por el magnífico templo que tenía en Amatonte, Barbata por la estatua con barba que tenía en la isla de Chipre, y la que en igual forma le erigieron las mujeres romanas agradecidas porque les devolvió el cabello que habían perdido en una grave enfermedad epidémica; Cnidia, por el gran templo que le erigieron en Cnido y la maravillosa estatua de Praxiteles, cuya fama atraía á tantos viajeros; Cipria ó Cipris, por el culto que se le tributó en Chipre, y Citerea por haber arribado en su concha á la isla Citera, entre Creta y el Peloponeso; Etaira por ser protectora de las cortesanas; Géni-trix por el templo que César le erigió en el Foro romano, suponiendo que él descendía de Eneas, hijo de Venus; Félix por ser madre de la fecundidad universal, Urania y Celeste, en tanto que es diosa del amor celeste y puro; Cefiritis, por habersele consagrado el promontorio Cefirión, en Egipto...

Se ha representado á Venus de diversas maneras, ya montada en una cabra, con un pie apoyado en una tortuga; ya armada como Minerva; ó bien se la ve emergiendo de las aguas y acogida por el Amor ó rodeada de tritones y delfines. Praxiteles hizo dos estatuas: una ligeramente vestida para la isla de Cos, y la otra desnuda que compraron los de Cnido y de la que ya hemos hablado. Nicomedes quiso adquirirla á gran precio, y hubo quien se admiró tanto de su extraordinaria belleza que dió en la divina locura de pedirla por esposa ofreciendo grandes sumas. Los modernos suelen representar á Afrodita surcando los aires en un carro tirado por palomas ó gorriones, y teniendo á su lado dos palomas dándose el pico. Una corona de rosas y de mirtos ciñe su blonda cabellera.

VII

Apolo

(HELIOS)

Número de Apolos.—Aparición de Delos.—Muerte de la serpiente Pitón.—Los amores de Apolo.—Esculapio.—Apolo desterrado.—Dafne.—Clicia y Leuco-tea.—Jacinto y Cipariso.—Perseis y Bolina.—La sibila Deitobia.—Casandra.—Faetón y las Faetóntidas.—La metamorfosis de Cicno.—Castalia convertida en fuente.—Las Musas.—La fábula de Pireneo.—Las Musas y sus rivales las Piérides.—Las Musas y las Sirenas.—El Pegaso.—Los mitos de Marsias y Midas.—Los sobrenombres de Apolo.—Los juegos Píticos.—Himnos en loor del dios.—Apolo considerado como Helios (el sol) y Febo.—Las Sibilas.—Los sabios de Grecia y el trípode.—La Pitonisa.

Es el dios del día, de las artes, de las letras, de la ciencia médica. Con igual habilidad y donaire conducía un carro como disparaba las agudas flechas. Era el más hermoso y amable de todos los dioses.

Los egipcios, que pretenden haber transmitido á los helenos su sistema mitológico, lo consideran como hijo de Chus, y de tan singular belleza, que dió su nombre al Sol. Cicerón, por su parte, no sólo cree que Apolo ha existido, pero también que hubo otros varios del mismo nombre cuyos hechos se confundieron en un mismo individuo. El primero y más antiguo fué hijo de Vulcano y era el dios tutelar de los atenien-ses; el segundo lo fué de Coribas, nació en Creta y disputó esta

isla á Júpiter; el tercero era de Arcadia, y por haber dado leyes á este país recibió el sobrenombre de Nomión; el cuarto y último fué hijo de Júpiter y Latona, y acudió de las regiones hiperbóreas á establecerse en Delos. Creen algunos que el Apolo desterrado del cielo fué un rey arcadio que, por haber pretendido gobernar á su pueblo con exagerado rigor, fué expulsado por sus súbditos. Condolido de su infortunio, le acogió el rey Admeto, dándole luego parte de Tesalia.

Torio cree ver en Apolo una brillante personificación del Sol. Es hijo de Júpiter, esto es, del autor del Universo, y de Latona (lateo, estar oculto), porque antes del Sol las tinieblas del caos lo envolvían todo. Nació en Delos—que significa manifestación—porque la luz solar ilumina al mundo. Suele representársele joven y sin barba, porque el Sol nunca envejece. El arco y las flechas significan los rayos; la lira, la armonía de los cielos, y el escudo la protección que otorga á los hombres. Llámase dios de la medicina, porque sin el Sol no nacerían las plantas.

Mitológicamente considerado, Apolo es hijo de Júpiter y Latona. Al enterarse Juno de los amores de ésta, la expulsó del cielo, y para que se viese siempre perseguida, hizo salir de los vapores de la Tierra, después del diluvio, á la serpiente Pitón. Como la Tierra había prometido á Juno que no acogería á Latona, ésta tuvo que andar errante y perseguida por el monstruo, sin encontrar paraje donde dar á luz. Al pasar junto á un pantano se detuvo un momento para reposar, y pidió una poca agua á unos campesinos que allí trabajaban, los cuales añadieron á la negativa el insulto. Latona se quejó al cielo, y los dioses los convirtieron en ranas.

Condolido Neptuno de la perseguida diosa, hirió con su tridente en el fondo del mar, é hizo surgir la isla de Delos, eludiendo de esta manera el juramento de la Tierra. Allí, bajo una palmera, y entre ruido de armas para celar el alumbramiento,



Apolo.

parió Latona á Apolo y Diana. Las ninfas lavaron al hermoso dios: Tetis le dió el néctar y la ambrosía, y se dice que Temis cuidó de su infancia. Apenas nacido, Vulcano hizo presente á Apolo de unas maravillosas flechas que había forjado en sus llameantes fraguas, y el primer uso que de ellas hizo el precioso niño fué el dar muerte á los cinco días de nacer á la implacable serpiente Pitón. La piel de este monstruo sirvió para cubrir el sagrado trípede de la Pitonisa, cuando esta sacerdotisa iba á pronunciar los oráculos. Por esta hazaña lo reconoció Júpiter como

hijo suyo, y lo colocó en el rango de los dioses mayores, dándole el imperio sobre la luz, por lo cual se llamó Febo.

Terminadas las grandes guerras y restituídos los dioses en el Olimpo, Apolo conquistó gran preeminencia, venciendo al rápido Mercurio en agilidad y al guerrero Marte en fuerza.

Los amores de Apolo fueron muy numerosos. Enamorado de Coronis, hija de Flegias y hermana de Ixión, la hizo madre de Esculapio, de quien hablaremos al llegar á los dioses subalternos. Flegias, para vengarse del agravio que en su honor le hizo el rubio dios, prendió fuego al templo que éste tenía en Delos. Júpiter lo



Apolo Pithio.

castigó arrojándole al infierno y suspendiendo sobre su cabeza una gran roca amenazando aplastarle. Cuéntase también que un cuervo, animal entonces blanco, comunicó á Apolo que Coronis le era infiel, y, que, indignado el amante, la mató á flechazos, arrancando después de sus entrañas á Esculapio. Al conocer luego la inocencia de su amada, castigó al cuervo volviéndole negro y haciéndolo ave carnicera.

Apolo transmitió á Esculapio su ciencia médica, en la cual realizó maravillosos progresos. Gracias á él disminuyeron tanto las muertes, que Plutón llegó á alarmarse y á trasladar sus quejas á Júpiter, el cual no tardó en convencerse por sí mismo; pues habiendo enviado unos monstruos marinos para que diesen muerte á Hipólito, hijo de Teseo, rey de Atenas, Esculapio

lo resucitó; Júpiter creyó que este prodigio era un atentado á sus derechos, y lo exterminó con un rayo. Como Apolo no podía vengarse de su padre, corrió iracundo á la isla de Lemnos, donde los cíclopes forjaban los rayos del Tonante, y mató á muchos con sus flechas. Al enterarse Júpiter, le expulsó del cielo, y el bello dios tuvo que bajar á la tierra y ganarse el sustento, primero guardando los rebaños de Admeto, rey de Tesalia, hasta que Mercurio se los robó juntamente con una lira, y, cuando se vió despojado, uniéndose á Neptuno— como hemos dicho al hablar de este dios— para trabajar en los muros de Troya.

Durante su destierro, pasó el tiempo cultivando las artes, enseñando la civilización á los pueblos pastores, entre quienes vivió, y cultivando el amor, aunque no siempre lo vió correspondido. El primero de éstos parece que fué con la ninfa Dafne, hija del río Peneo. Habíase enamorado ésta de Leucipo, príncipe de Pisa, y ni los cantos de Apolo, ni los suspiros, ni los armoniosos sonos de su lira consiguieron que mudase de cariño. Apolo acudió entonces á la violencia y Dafne á la fuga; pero á punto ya de sucumbir á orillas del río su padre, los dioses se compadecieron, y para premiar su virtud dejáronla allí mismo metamorfoseada en laurel. Apolo se consagró en seguida aquel árbol, tomó un ramo, y tejiéndose con él una corona, dispuso que tal fuese en adelante el premio que se otorgase á los vates inspirados.

Después de este lamentable amor tuvo otro con Clicia, Oceánida, según unos autores, y según otros, hija de Orcamo, sucesor de Belo en el trono de Babilonia, y de Eurinome, la mujer más hermosa de Arabia. Clicia tenía una hermana de rara belleza, llamada Leucotea, que también inspiró viva pasión en el pecho de Apolo. Adoptando éste el aspecto de Eurinome pudo acercarse á ella y lograr lo que deseaba. Celosa Clicia, avisó á su padre, que al persuadirse de su deshonor, mandó enterrar viva á la infeliz Leucotea y que se echase sobre su cuerpo un montón de arena. No pudiendo el Sol ó Apolo retornarla á la vida,



Dafne.

porque á ello se oponía el destino, regó con néctar la tierra que rodeaba su cuerpo, y al punto se vió brotar el árbol que produce el incienso. Apolo despreció á Clicia por su delación, y ella tuvo tanto sentimiento, que se dejó morir de hambre, tendida en el suelo, con el cabello deshecho y los ojos puestos en el Sol, hasta que condolido el dios la metamorfoseó en el heliotropo ó girasol, que no cesa de girar sobre su tallo para contemplar al astro del día.

Después de estos desgraciados amores quiso cultivar la amistad de los jóvenes, y el primero en gozar de su preferencia fué Jacinto, hijo de Amicla y Diomedes, según Apolodoro, aunque otros le atribuyen su paternidad á Piero y Clío, y aun á Eballo. Jacinto había sido antes amigo de Céfiro, y celoso éste de que estimase más al joven dios, se aprovechó un día en que Apolo y Jacinto jugaban, y desviando el disco que aquél lanzaba, fué á herir en la frente á su amigo, que cayó en seguida muerto. Apolo ensayó todos los recursos de su ciencia médica para resucitar al mancebo, y al agotarlos sin éxito, formó con la sangre la flor que lleva el nombre del difunto, grabando en ella dos letras que en la misma palabra griega se encuentran, *ai, ai*, que son testimonio del dolor experimentado por el dios.

A Jacinto sucedió otro joven en la amistad de Apolo, Cipariso, hijo de Amicleo. Habiendo matado inopinadamente un ciervo que el dios de Delos quería mucho, sintió tan intenso pesar que deseó la muerte. Apolo lo metamorfoseó en ciprés, que se convirtió en emblema del dolor y en compañero de los afligidos. Llevábase este árbol en las ceremonias fúnebres, y aun es costumbre plantarlo en los cementerios.

Luego volvió Apolo al amor de las mujeres, siendo la primera en cautivarlo la Oceánida Perseis, que le dió á Eetes, padre de Medea, á Perses, á Pasifae, mujer de Minos y á la maga Circe, que transformó en cerdos á los compañeros de Ulises. De algunos de estos interesantes personajes hablaremos oportunamente.

A Perseis sucedió Bolina en el cariño del inconstante dios; pero la virtud de ella fué tan tenaz, que prefirió arrojarse al mar antes que rendirse. Apolo la devolvió á la vida y le concedió la inmortalidad, colocándola entre las ninfas que rodeaban á Anfítrite.

Vino después Deitobia. Era ésta Sibila de Cumas, y se rindió

á Apolo con esta condición: que prolongaría su existencia tantos años como granos de arena cupiesen en su mano. El dios de Delfos accedió y el tiempo se fué acumulando implacablemente sobre la cabeza de la Sibila. Cuanto le fué grato en otros días, parientes, amigos, desaparecieron tragados por la muerte, y sólo ella persistía en medio de la perenne mudanza de las cosas, vieja, cansada de la vida y del vivir, anhelando que los dioses la librasen de la existencia, convertida para ella en un suplicio, del que sólo podría redimirla la muerte misma, que no es tan gran mal como se supone.

Los amores de Apolo con Casandra no son menos interesantes. Era Casandra hija de Príamo y Hécuba, y tan hermosa que Apolo la requirió, prometiendo concederle lo que ella le pidiese. Casandra deseó poseer el dón de profetizar. Otorgóselo él; pero la joven le negó después sus favores. No pudiéndola despojar ya de la gracia infundida, quiso el bello numen hacer inútil su dón y que nadie la creyera. En efecto, por predecir sólo males, hizose odiosa á la gente y cobró fama de loca. Al pronosticar la caída de Troya y la ruina de su familia, encerráronla en una torre, donde siguió cantando las futuras desdichas de su patria. Cuando su hermano Paris marchó á Grecia, de donde había de traer á Helena, redobló sus gritos y lamentos, sin que la hiciesen caso. Tampoco la escucharon cuando aconsejó que no permitieren la entrada por los muros de la ciudad al famoso caballo de madera. En la noche que los griegos asaltaron Troya, se refugió en el templo de Palas, donde fué violada por Ajax de Oileo. Enamorado de ella Agamenón, se la llevó á Grecia, y aunque anunció al jefe de las huestes griegas el mal que les esperaba, él tampoco le dió crédito. Clitemnestra, legítima esposa del héroe, la hizo matar al mismo tiempo que á los dos gemelos habidos con su esposo. Más adelante se rindió culto á Casandra.

A Casandra sucedió en el amor de Apolo la Oceánida Clime-ne, que le dió un hijo, el famoso Faetón, origen de una bella leyenda, amén de otras tres hijas, Lampecia, Lampetusa y Fe-bea, que por tener tan insigne padre se llamaron Las Heliadas, por ser hermanas de Faetón, las Faetóntidas.

Unos autores quieren que Faetón sea hijo de Céfalo y la Aurora, otros de ésta y Titán, y no faltan los que atribuyen á

la ninfa Roda su maternidad; pero si el origen de Faetón hay



Apolo de Belvedere.

que adaptarlo á la leyenda, es preciso convenir en que nació de los amores de Apolo ó el Sol y Climene.

Faetón sostuvo algunas disputas con Epafo, hijo de Júpiter é Io, el cual le insultó diciéndole que no era hijo del Sol como pretendía, sino de algún vil amante de Climene. El ofendido se dirigió á su madre en consulta, y ésta le remitió al Sol para que él mismo le declarase la verdad de su nacimiento. Faetón le explica el objeto de su visita, y le ruega que le conceda una gracia para demostrar al mundo que es su hijo. El numen jura por la laguna Estigia que accederá á lo que pida, y el imprudente joven solicita guiar un día su ardiente carro. Febo quiere disuadirlo; Faetón se obstina, y como el juramento es irrevocable, el padre tiene que acceder al fin. Una mañana empuña el rival de Epafo las doradas riendas, y se lanza en impetuosa carrera por las puertas de Oriente; los corceles desconocen la mano que los guía y se encabritan, sacuden el freno, se desvían de su habitual camino. Unas veces remontan furiosamente amenazando abrasar el cielo; otras descienden como en un vértigo secando ríos y quemando montañas. Al pasar por Africa el ígneo carro la deja árida y sin verdor, y los etíopes y abisinios, abrasados, adquieren el color negro que aun no han podido perder. Calcinada la Tierra se quejó al señor de los dioses, y Júpiter, para evitar el trastorno general del Universo, hirió con su rayo al loco Faetón que cayó muerto en el Eridano, río de Italia llamado hoy el Po.

Cuatro meses le lloraron sus hermanas las Heliadas ó Faetóntidas. Al cabo de ellos, los dioses se condolieron de tanta pena; las transformaron en álamos y sus lágrimas en gotas de ámbar.

La muerte de Faetón fué también causa de otra transformación. Al conocer la desgracia del joven, Cicno, rey de Liguria y primo del difunto, abandonó sus Estados y se retiró á llorar á orillas del Eridano, procurando aliviar con cantos su dolor, hasta que, llegado á la vejez, los dioses convirtieron sus canas en plumas y le metamorfosearon en cisne. De aquí que los poetas elegíacos se comparen al cisne, ave que, acordándose del rayo de Júpiter que mató á su amigo, no se atreve á remontarse por los aires, barre la tierra con sus alas y habita el elemento más refractario al fuego.

El mito de Faetón se ha interpretado de diversas maneras. Aristóteles dice que en tiempos de Faetón unas llamas (meteo-

ros ígneos) descendidas del cielo desolaron algunas comarcas griegas, y Eusebio refiere á la misma época un diluvio de fuego. Los escritores cristianos relacionan este hecho con el castigo de Sodoma y las ciudades malditas. Vosio, siguiendo una antigua leyenda, confunde el luto del Sol por la muerte de su hijo con el de los egipcios por la muerte de Osiris. Los que toman las fábulas por depositarias de la moral antigua, sólo han visto en este mito el emblema de un joven temerario que confiaba excesivamente en sus fuerzas. Según Luciano, Faetón se dedicó á la astronomía, y sobre todo al estudio del curso del Sol; pero habiendo muerto joven y dejado sus observaciones, los poetas dijeron que no pudo conducir el carro del Sol hasta el término de su carrera. Plutarco sostiene que hubo un Faetón que reinó en las Molosas y se ahogó en el Eridano, y que éste príncipe se consagró al estudio de la astronomía, pronosticando el gran calor que desoló su reino.

Otro amor de Apolo no correspondido fué el que sintió por la ninfa Castalia, que huyendo de su perseguidor llegó al monte Parnaso, en la Focea, donde se convirtió en fuente. Apolo la consagró á las Musas é infundió á sus aguas la virtud de excitar el numen poético en cuantos las bebían. La Pitonisa bebía de esta fuente antes de sentarse en el trípode.

Llorando estaba el rubio Apolo la pérdida de la ninfa, cuando llegó á sus oídos una música dulcísima de concertadas voces femeninas que le dejaron en suspensión el ánimo. Para inquirir el misterio de aquel canto, se alejó de la fuente, é internóse en la espesura del Parnaso, donde encontró el grupo de las Musas, deidades que presiden las letras, las artes, las ciencias, y, en una palabra, todos los sublimes conocimientos que los antiguos comprendían con el nombre de música.

En tiempos de Homero conocíanse ya las nueve Musas. Hesíodo es el primero en dar á cada una nombre propio y determinar su función. Pausanias sólo admite tres: Mnemea (la Memoria) Meletea (la Meditación) y Aedea (el Canto), cuyo culto lo establecieron en Grecia los Alvidas, y estas tres Musas personificaron las tres cosas que constituyen el poema. Cicerón dice que al principio fueron cuatro, las tres citadas y Telxiepea. Varrón conviene con Pausanias en que eran tres, y

refiere esta curiosa historia: La ciudad de Sicione dispuso que tres escultores hiciesen otras tantas estatuas de las Musas para escoger entre ellas y colocarlas en el templo de Apolo; pero que habiéndolas encontrado igualmente bellas, las compró todas para dedicarlas al dios, resultando así las nueve que se aceptaron más adelante.

Mimnermo tiene á las Musas antiguas por hijas de Urano, el Cielo, y á las modernas las llamaba hijas de Júpiter, y otros autores las consideran engendradas por Apolo ó Eter y la ninfa Plusia, ó por Pieris y la ninfa Pimpleis.

También se refiere otro origen de las Musas. Diodoro Sículo dice que «Osiris llevaba siempre consigo multitud de músicos, entre los que había nueve muchachas instruidas en todo lo referente á la música, de donde tomaron el nombre de Musas. Iban conducidas por Apolo, uno de sus generales, y de esto quizá se derivó su sobrenombre de Musageta, dado también á Hércules que, como él, había sido asimismo uno de los generales de Osiris»... Dícese igualmente que la fábula de las Musas procede de los conciertos dados por Júpiter en Creta, y que este dios no fué padre de ellas, sino el primero que estableció en Grecia un concierto arreglado, y que se las llama hijas de Menemosina, porque la memoria suministra la materia de los poemas.

La fábula vulgar, que es la que en este tratado hemos de seguir, las reputa hijas de Júpiter y Mnemosina. Diodoro les hizo presidir á diferentes artes: una inspira la música, otra la poesía, otra la danza, la cuarta la astrología, etc. Cada una de ellas tiene un nombre simbólico.

Clio significa gloria, reputación, por la que adquieren los que la Historia perpetúa. Se la representa en una joven llena de belleza y majestad, ceñida con el laurel y teniendo en la mano un rollo y un estilo, para consignar los hechos históricos. También suele ostentar la trompa, el plectro y hasta la guitarra, cuya invención se le atribuye.

Euterpe significa deleite, y preside á la música. Atribúyesele la invención de la flauta y demás instrumentos de aire. Otros la suponen inventora de la dialéctica, y algunos de las ciencias en general. Ciñésela corona de flores, y lleva en la mano una flauta.

Talia significa que siempre florecerá; preside á la comedia.

Aunque loca en apariencia, está muy cuerda. Tiénela unos por inventora de la geometría y de la agricultura, y Plutarco la co-

loca en la categoría de las tres Musas empleadas en ocupaciones serias y en abstractas preocupaciones, aunque se ignora la razón en que se funda el célebre escritor. La corona de yedra y la máscara suelen ser sus más conocidos atributos.

Melpómene significa decir, cantar, y preside á la tragedia. Se la ve grave, airada, ricamente ataviada, calzado el coturno, en la diestra el puñal ensangrentado y en la izquierda un cetro roto, y á sus pies coronas de reyes y cetros rotos.

Terpsícore indica placer, y es la Musa de la danza: por eso se la pinta con guirnalda de flores y bailando al son que ella misma produce tocando una pandeleta ó un arpa.

Erato parece indicar que los sabios se atraen la estimación y el afecto. Desde luego significa amable ó amante y preside á la poesía lírica y erótica y apenas se diferencia de Terpsícore, pues tiene los mismos atributos. Píntasela joven, alegre, juguetona, coronada de mirto y rosas, con la lira en la mano, y á sus pies

dos tórtolas besándose. El Amor revolotea en torno.

Polimnia ó Polihimnia, esto es, la de muchos himnos, ó, en opinión de otros, que tiene mucha memoria, preside á la oratoria y al ditirambo. Un escoliasta de Apolodoro le atribuye la in-

Las nueve musas: Clio.—Talia.—Erato.—Euterpe.—Polimnia.—Calliope.—Terpsícore.—Urania.—Melpómene.



vención de la lira. Los artistas griegos la han representado en vuelta en manto blanco y meditando.

Urania, la celeste, preside á la astronomía, y por extensión á las ciencias exactas. Se la pinta con ropa talar de color celeste, sembrada de estrellas. Unas veces está midiendo un globo, otras se apoya en él; se la ve con un compás y con un anteojo en la mano.

Calliope, bella voz, era la más sabia de las nueve hermanas, según el dicho de Diodoro. Algunos escritores dicen que preside simultáneamente á la elocuencia, á la retórica y á la poesía heroica, y otros que sólo á la poesía épica, poniendo la elocuencia bajo la inspiración de Polimnia. Píntasela en forma de hermosa doncella, digna de porte, majestuosa de semblante; en la frente una diadema de oro, como reina de sus hermanas y en la mano la trompa con que inmortaliza á los grandes hombres y proclama las acciones heroicas.

Aunque algunos poetas atribuyen hijos á varias Musas, tiéneselas por vírgenes, porque los beneficios de la educación que comunican son inalterables. Cuéntase que cierto día en que las nueve hermanas se habían alejado del Parnaso más de lo regular, las sorprendió una tempestad y tuvieron que refugiarse en el palacio de Pireneo, rey de Focea, que fingió acogerlas hospitalariamente. Luego mandó cerrar las puertas é intentó violar á las vírgenes. Ellas se vistieron entonces de plumas y huyeron por la plataforma de una torre. Pireneo las persiguió, y queriendo volar como ellas cayó, estrellándose al pie de su palacio. Dos explicaciones se han dado de esta pintoresca fábula: creen unos que Pireneo fué un rey enemigo de las artes y las letras, y otros dicen que fué un potentado que creyó conquistar por la fuerza los lauros que sólo al ingenio corresponden.

Entre las aventuras que de las Musas se cuentan, figura la lucha que sostuvieron con las Piérides, hijas de Piero rey de Macedonia. Eran éstas nueve hermanas que creían entender en las mismas artes que las hijas de Mnemosina, llegando en su orgullo á provocarlas á un certamen. Calíope cantó en nombre de sus hermanas, y vencidas como es natural las Piérides, fueron metamorfoseadas en urracas, pájaros que hablan sin concierto.

También vencieron á las Sirenas. Pausanias dice que, alen-

tadas por Juno, pretendieron la gloria de superar en el canto á las Musas, y como fuesen derrotadas en el certamen, éstas les arrancaron las plumas de las alas y se coronaron con ellas.

Volviendo ahora á Apolo, diremos que apenas hubo encontrado á las Musas en las espesuras del Parnaso, trabó con ellas estrecha amistad, siendo desde entonces inseparables y como miembros de un solo cuerpo. «Místico enlace—escribe Escosura—que explica que si la inspiración es necesaria al poeta, ha menester no menos las dotes del saber, y, recíprocamente, que no alcanza la ciencia á hacer poeta al hombre sabio, pues la inspiración es indispensable además».



Sirena.

Pasaban, pues, Apolo y las Musas los días en sabrosas pláticas y dulces cantos, cuando cierto día vieron llegar á la cumbre del Parnaso ó del Helicón al caballo Pegaso. Había nacido éste de la sangre de Medusa cuando la decapitó Perseo. Apenas nacido y revestido de alas, levantó el vuelo llegando al palacio de los inmortales, aunque, según Ovidio, fué al monte Helicón, donde, de una cox, hizo surgir la fuente Hipocrene en la cual se dice que beben los poetas de pura estirpe. Al verle Apolo, montó en él, y colocando en la grupa á sus nueve compañeras, se dispuso á recorrer la tierra; pues tal es la poesía, inclinada siempre á

surcar espacios y explorar desconocidas regiones. Entre las varias aventuras que les acaecieron en este viaje, figuran las de Marsias y Midas, que por su interés y recóndito sentido referiremos con algún detenimiento.

Marsias era un sátiro, hijo de Olimpo y de Hiagnis, nacido en Celene de Frigia. Diodoro Sículo lo pinta sabio, industrioso, espiritual, de ejemplar continencia, y amigo íntimo de Cibeles, á la que solía acompañar. Ya hemos dicho que Minerva inventó la flauta formándola con el hueso de una canilla de un ciervo, y que al tocarla, como su rostro se desfigurase y las otras diosas se burlasen de ella, arrojó lejos la flauta pronunciando terrible juramento contra el que la tomase. Pues bien, Marsias la encontró, y con tanta aplicación se consagró á su estudio, que logró

reunir todos los sonos que antes andaban dispersos en los canutos de la zampona, y fué el primero que puso en música los himnos consagrados á los dioses. En uno de los viajes que hizo con Cibeles, llegó á Nisa, donde encontró á Apolo. Orgulloso por la habilidad que había conquistado en su arte, retó al dios, y éste aceptó á condición de que el vencido quedaría á merced del vencedor. Las Musas, ó según Diodoro, los habitantes de Nisa, fueron árbitros. El sonido de la flauta de Marsias aventajó al principio á los acordes de la lira apolínea, y el sátiro estuvo á punto de obtener la victoria; pero el dios volvió á tocar su instrumento acompañándose con los sonidos de su voz, Marsias no pudo ya competir. Declarado vencedor el hijo de Latona ató á Marsias al tronco de un árbol y lo desolló vivo. La muerte de Marsias causó gran duelo: los faunos, los sátiros y las driadas vertieron por él muchas lágrimas, y de ellas—dice Ovidio—se formó el río Marsias, cuyas aguas rojizas tomaron el color de la sangre del sátiro, cuya piel se veía en la plaza de Celene, colgada como un pellejo ú odre. Y es fama que cuando sonaba una flauta, la piel del viejo músico se agitaba y respondía, mientras que estaba quieta y muda cuando vibraba la lira.

De Celene pasaron Apolo y las Musas á las márgenes del Pactolo donde imperaba el rey Midas, hijo de Gorgio ó Gordio y Cibeles. Habiendo ido Baco al país acompañándole los Sátiros y Sileno, éste se detuvo en una fuente donde Midas había mandado echar vino para atraerle. Unos campesinos lo encontraron borracho, y después de adornarle con guirnaldas lo presentaron á su rey. Instruido éste en los misterios de Orfeo y Eumolpo, lo recibió con buena gracia y lo festejó durante diez días, al cabo de los cuales lo remitió á Baco. Contento el dios de ver otra vez á su padre adoptivo, dijo á Midas que le pidiese cuanto quisiera, y el rey tuvo la imprudencia de desear que cuanto él tocase se convirtiera en oro. Así lo hizo Baco, y su protegido no tardó en



Las musas y el caballo Pegaso.

arrepentirse al ver que hasta la comida se le trocaba en oro al tocarla con sus dedos. Reconocida su imprevisión, rogó á Baco que le despojase de dón tan fatal, y entonces le aconsejó el dios que se bañase en el Pactolo. Midas obedeció y perdiendo así la virtud de convertir en oro cuanto tocaba, la comunicó á este famoso río, que desde entonces arrastra arenas de oro.—Unos interpretan esta fábula diciendo que Midas se encontró un tesoro, viéndose dueño súbitamente de inmensas riquezas, y otros que fué un príncipe avaro que reinando en un país fértil sacaba grandes sumas de sus granos, vinos y animales.

Ovidio cuenta esta otra fábula en sus *Metamorfosis*:—«Alabándose un día Pan en presencia de algunas ninfas de su voz armoniosa y de los dulces sonidos de su flauta, tuvo la imprudencia de anteponerlos á la lira y al canto de Apolo, llegando en su temeridad hasta desafiar al rubio dios. Midas, amigo de Pan, concedió á éste el triunfo, y Apolo se vengó haciéndole nacer orejas de pollino. Midas procuraba con gran esmero ocultar esta deformidad, y la cubría con una tiara magnífica. El barbero que cuidaba de sus cabellos lo reparó, pero no osaba decirlo. Cansado de guardar largo tiempo este secreto, va á un lugar solitario, hace un hoyo en la tierra y aplicando su boca á él, dice: «Midas tiene orejas de pollino». Algún tiempo después nacieron en aquel lugar unas cañas, que secas al cabo del año y agitadas por el viento, repitieron las palabras del barbero y enseñaron á todo el mundo que «Midas tenía orejas de pollino».—Unos han explicado esta segunda fábula por la estupidez del rey, y otros por su cuidado en tener espías por todas partes.

Por las funciones, atributos y lugares en que fué adorado, Apolo recibió cerca de doscientos sobrenombres, como Accio, Egipcio, Amazonio, Corintio, Dáfneo, Delio, Dionisiodoto, Hecatómbeo, Helio, Horo, Musageta, Pegaseo, Faetón, etc., etc.

Su culto estuvo difundidísimo, siendo general en Grecia, en las islas del mar Egeo, en Creta y en Asia Menor. Las ciudades que le erigieron templos, con oráculo unos y otros sin él, eran muy numerosas. En Roma también se le consagraron en varios distritos. Los juegos en honor del rubio dios gozaron de gran boga, sigularmente los Píticos, en memoria de haber dado muerte á la serpiente Pitón. Celebrábanse cada cinco años

en Delfos, y en ellos se disputaban los premios de la poesía y la música. Entre los animales se le consagró el lobo, la cigarra, el cisne, el cuervo, el buitre, el grifón y el gallo. Entre los vegetales el laurel, el olivo, el acebuche y el tamarindo. Los himnos que en su loor se entonaban fueron los Nomos y Peanes. Al entonar Apolo el *Io Pæan*, quedó vencida la serpiente Pitón. A Apolo, considerado como Helios ó Febo, se le representa, radiante y con fusta en mano. Su áureo carro, según Ovidio, va tirado por cuatro impetuosos corceles: Eous, el matinal ú oriental, llamado por los poetas Lúcifer; Etón, el abrasador; Pyrois, que es de fuego; Flegón, que calienta. En los monumentos se les ve de frente ó mirando hacia las cuatro partes del mundo. El carro del Sol desciende todas las tardes al mar, y el dios reposa en los brazos de Tetis; pero todas las mañanas, su hija, la Aurora, abre las doradas puertas de Oriente, las Horas enganchan el carro, y montando en él, el dios recomienza su carrera, que tiene sus estancias en número de doce, equidistantes y en derredor de la tierra, formando el círculo llamado Zodiaco, cuyos signos nada tienen que ver con las constelaciones zodiacales.

Helios, que entre los griegos se identifica con Febo ó Apolo, corresponde también al Bel ó Baal de los caldeos, al Moloch de los cananeos, al Beelfegor de los moabitas, al Adonis de los árabes y fenicios, al Osiris de los egipcios, al Mitra de los persas, al Dionio de los indos y al Saturno de los cartagineses. Cicerón enumera cinco Helios ó Soles: uno hijo de Júpiter, otro de Hiperión, el tercero de Vulcano, llamado Opas, Aftas ó Ftas, el cuarto que tuvo por madre á Acanto, y el último que fué padre de Eetes y Circe.

Apolo representa el símbolo de la belleza varonil, siendo robusto al mismo tiempo que elegante. Sus atributos son el arco, las flechas, la lira de siete cuerdas, alegoría de los siete planetas, cuyo curso armónico rige y concierta. Unas veces le acompañan las Horas y otras las tres Gracias; á veces se le muestra con el genio de las bellas artes al lado y con un cisne blanco á sus pies.

Ya hemos dicho antes que la Sibila interpretaba el oráculo que tenía en su templo de Delfos. El nombre de Sibilas significa

inspiradas ó aconsejadas por los dioses, porque poseían el conocimiento de lo futuro y el dón de profecía. Designábase así particularmente á la délfica; pero luego se extendió á todas las que traducían los oráculos, las cuales, según Varrón, fueron diez:—

1.^a, la Pérsica, llamada en los versos sibilinos nuera de Noé.

2.^a, la Libia, hija de Júpiter y de Lamia, que viajó por Samos,

Delfos, Claros, etc. 3.^a, la

Délfica, hija de Tiresias el

tebano, consagrada por los

epigones al templo de Delfos,

y la primera, según Diodoro,

que recibió el nombre de Si-

bila. 4.^a, la Cumea, que solía

residir en Cumas de Italia.

5.^a, la Eritrea, que anunció

el triunfo de los griegos en la

guerra de Troya. 6.^a, la de

Samos, cuyas profecías se

encontraron en los antiguos

anales de los samnios. 7.^a, la

Cumana, nacida en Cumas de

Eólida, la cual recibía el nom-

bre de Demófila, Herófila y

también Amaltea. Esta es la

que presentó á Tarquino el

Antiguo sus nueve libros de

predicciones. 8.^a, la Heles-

pontina, nacida en Marpesa

de la Tróada, que profetizó

en tiempos de Solón y de

Ciro. 9.^a, la Frigia, que vivía



Apolo Musageta.

en Ancira. 10.^a y última, la Tiburtina, llamada también Albu-
nea, que fué venerada como una divinidad en Tívoli.

En cuanto á la Délfica, que aquí nos interesa, recibía tam-
bién el nombre de Pitonisa y dictaba los oráculos sentada en un
trípode de oro macizo cubierto con la piel de Pitón.

Cuéntase que unos pescadores extrajeron del mar entre sus
redes este famoso trípode. No sabiendo que hacer de él con-

sultaron el oráculo, cuya respuesta fué que se lo ofrecieran al hombre más sabio de Grecia. Pasaba por serlo Tales, que tenía por la más difícil de todas las ciencias la de conocerse á sí mismo. Al ofrecerle el áureo trípode, dijo que se lo enviasen á Bías, cuyo desdén por las riquezas era tal, que viendo abrasarse cuanto poseía en un incendio de Priene, su ciudad natal, exclamó: «Todo lo que necesito lo llevo conmigo». Bías envió el trípode á Picaso, éste á Cleóbulo, que lo transfirió á Periandro, el cual lo remitió á Solón, y Solón á Quilón, que tenía por máximas de su doctrina: «Nada con exceso». Como ninguno de estos varones, llamados los siete sabios de Grecia, tuvo el orgullo de considerarse como el primero, el trípode volvió á Tales, el cuál lo ofreció á Apolo, y desde entonces sirvió para el uso que hemos indicado.

Creen otros que al descubrirse el Oráculo de Delfos, que era una profunda sima, muchos frenéticos se arrojaron en ella, y para prevenir los accidentes se colocó sobre la boca una máquina llamada trípode por tener tres barras sobre las cuales descansaba. Al mismo tiempo se eligió una mujer para subir al trípode y recibir las exhalaciones proféticas. Más adelante se nombraron para este ministerio jóvenes vírgenes. Durante mucho tiempo se escogieron jóvenes bellas; pero habiendo robado cierto tesalio á una Pitonisa muy hermosa, se dictó una ley para que en lo sucesivo sólo pudiesen subir al trípode mujeres que pasaran de cincuenta años, adornándolas como si fuesen vírgenes de tierna edad para conservar la memoria de la antigua práctica. Al principio sólo hubo una Pitonisa; después, cuando el oráculo fué acreditándose, se estableció una segunda para subir alternativamente al trípode con la primera, y una tercera para reemplazarlas en caso de muerte ó enfermedad. Andando el tiempo, cuando el oráculo cayó en descrédito, sólo quedó una, y aun ésta no estaba muy ocupada.

La Pitia ó Pitonisa sólo daba los oráculos una vez al año, hacia el principio de la primavera. Primero ayunaba tres días seguidos, y antes de subir al trípode sagrado se bañaba en la fuente Castalia, y también bebía cierta cantidad de su agua, pues se creía que Apolo le había infundido parte de su virtud profética. Luego mascaba hojas de laurel cogidas en las inmedia-

ciones de la misma fuente. Apolo mismo anunciaba su presencia en el templo haciéndolo temblar desde sus cimientos. Los sacerdotes cogían en este momento á la Pitonisa y la colocaban en el trípode. Apenas el vapor divino empezaba á agitarla, veíase erizársele los cabellos, su rostro adquiría un aspecto feroz, su boca espumeaba, y un súbito y violento temblor se apoderaba de todo su cuerpo. En seguida profería recios alaridos que llenaban de religioso terror á los presentes. Finalmente, no pudiendo resistir por más tiempo al dios que la agitaba, se abandonaba á sí misma profiriendo á intervalos algunas mal articuladas palabras, que los sacerdotes recogían con cuidado. Luego las ordenaban dándoles forma métrica, resultando con una trabazón que no tenían antes de proferirlas los labios. Terminado el oráculo, retiraban á la Sibila del trípode y la conducían á su celdilla, donde permanecía muchos días para restablecerse de la fatiga. Una muerte repentina ó prematura era con frecuencia—según dice Lucano—el premio ó el castigo de su entusiasmo. Los soberanos dieron con el medio de que los oráculos fuesen propicios sobornando á la Pitonisa.

Considerado bajo su aspecto poético, se le llama á Apolo Vates ó Lirystes, pues la música y la poesía sólo formaban en la primera edad una sola é idéntica profesión. En esta calidad se le representa sentado á veces, desnudo, con los cabellos recogidos sobre la frente, la lira en una mano y un arco en la otra, ó bien, siguiendo la descripción de Propercio, se le figura apoyado en una roca, con los cabellos esparcidos por la frente y ondeando á veces á impulsos del céfiro; la corona de laurel ciñe su cabeza y un largo ropaje le cubre hasta los pies. Otras veces se le coloca en el Parnaso, en medio de las nueve Musas, con su lira en la mano y coronado de laurel.

VIII

Ceres

(DEMETER)

Significación de esta diosa.—Sus amores con Júpiter.—Rapto de Proserpina.— Peregrinación de la diosa.—Triptolemo.—Metamorfosis de Aescálo.—El caballo Arión.—Nacimiento de Pluto.—Los sobrenombres de Ceres.—Cómo se la representa.

Diosa de la agricultura, é hija de Saturno y Rhea, Ops ó Vesta. Egipto, Creta, Grecia y Sicilia, se disputaron el honor de servirle de cuna. Quizá deba discernírsele al primero; pues según todas las apariencias, Ceres ó Demeter es la Isis egipcia y la Cibeles frigia, cuyo culto introdujo en Grecia Erecteo. Su nombre, en sentido figurado, quiere decir Pan, como Baco vino. En cambio, se cree que su residencia ordinaria fué Sicilia, y de aquí que los sicilianos la diputasen por suya. Según Diodoro, en esta isla es donde la diosa se dió á conocer por primera vez á los hombres enseñándoles la agricultura y dándoles sabias leyes, por lo cual la denominaron Tesmófora, la legisladora.

Era tan hermosa Ceres, que Júpiter, su enamorado hermano, se prendó de ella, y de su unión nació una hija llamada Persefata, Persefone, y luego Proserpina. Un día en que Ceres se entretenía con su hija en coger flores por los risueños prados de Enna, en la isla de Sicilia, llegó Plutón, dios de los Infiernos, al

que ninguna diosa amaba por no querer reinar con él en el imperio de las sombras, y raptó á la joven Proserpina. Ceres, consternada, corre en busca de su hija, y no la encuentra. Al llegar la noche enciende dos grandes antorchas en el cráter del Etna, y su-
biendo en un carro tirado por dos dragones alados, se lanza por el mundo buscando el paradero de su hija. En Licia quiere mitigar su sed bebiendo en un estanque que halla en su camino;



Ceres.

pero unos campesinos —los campesinos se mostraron casi siempre poco nobles con los antiguos dioses— además de impedirle que bebiere se burlaron de ella, y entonces Ceres los transformó en ranas. Continuando su camino, llegó al Ática, y se detuvo para descansar en un paraje que luego fué la famosa Eleusis. Agradecida á la hospitalidad que le dispensó el rey Celeo ó Eleusio, se encargó de la educación de su hijo Triptolemo, lo alimentó á sus pechos y lo ponía por la noche sobre brasas encendidas para que el

fuego purificador lo limpiase de cuanto en él hubiese de mortal. El niño se desarrollaba prodigiosamente, hasta el punto de que su madre quiso ver lo que con él hacía la extranjera, y al observar que Ceres cogía al niño para colocarlo en el brasero, exhaló un grito é impidió á la diosa terminar la operación. No pudiendo, pues, hacerlo inmortal, quiso en prueba de su cariño enseñarle cosas útiles, como el cultivo de los campos y el modo de amasar el pan. También le regaló un carro con-

ducido por dragones para que recorriese la tierra instruyendo á los hombres en los trabajos agrícolas. Terminada esta excursión triptolémica, y de regreso el joven en Eleusis, hizo entrega á Ceres del carro que le había donado, é instituyó las fiestas y los misterios eleusinos. Creen algunos que Triptolemo acompañó á Baco en su viaje á las Indias, y Virgilio le atribuye la invención del carro.

Ceres prosiguió inútilmente y durante algún tiempo su viaje en busca de Proserpina, teniendo que regresar á Sicilia. Ya de vuelta, vió á Ciane, á la que Plutón había metamorfoseado en fuente por querer oponerse al rapto de la bella Proserpina. Cerca de esta fuente flotaba el ligero velo de ésta. La ninfa Aretusa dijo luego á la diosa que el monarca de los Infernos era el raptor y el esposo de su hija. Ceres se encaminó en seguida al cielo para quejarse al Tonante del agravio y que le devolviese á su Proserpina. Júpiter accedió, con tal de que ésta no hubiese comido nada en los Infernos. Desgraciadamente, Ascálafo, hijo de Aqueronte, reveló que la había visto comer siete granos rojos de una granada que ha-



Rapto de Proserpina por Plutón.

bía cogido mientras paseaba por los campos Elíseos. Indignada Ceres por la delación, roció el rostro de Ascálafo con agua del Flegeton, y lo convirtió en buho. Proserpina, pues, sólo pudo conseguir pasar alternativamente seis meses con su marido y otros seis con su madre.

Después de Júpiter, Neptuno se enamoró de Ceres. Para eludir ésta las persecuciones del dios, se metamorfoseó en yegua; pero él tomó la forma de impetuoso caballo, y corriendo en pos de ella, pudo lograrla. Forzada así, dió á luz el caballo Arión, que tenía de hombre las piernas derechas y gozaba del uso de la palabra.

Avergonzada Ceres de este monstruoso hijo, se vistió de luto ocultándose en una gruta de Arcadia, donde permaneció tanto tiempo, que el mundo corrió el peligro de sucumbir de escasez, pues durante su ausencia se extendió por la tierra una espantosa esterilidad. Por fortuna, se le ocurrió al dios Pan cazar en Arcadia, y descubrió su retiro. Inmediatamente reveló su hallazgo á Júpiter, que le envió á las Parcas para que la consolasen y la reintegrasen al mundo, privado de sus beneficios.

También se dice que Ceres tuvo amores con Jasión ó Jasio, hermano de Dárdano y Harmonía. En las bodas de ésta, Ceres se enamoró del joven, teniendo de él dos hijos, Pluto, dios de las riquezas, y Corito. El mitógrafo Higino dice que Jasio fué elevado luego al rango de los dioses, y Apolodoro afirma que Júpiter le hirió con el rayo por querer violar á Ceres; pero en un mito más antiguo citado por Homero, Jasio aparece ya como amante de la diosa, que le dispensó sus favores en un campo sembrado, por lo cual, Júpiter celoso, le fulminó con su rayo.

Entre los varios sobrenombres de Ceres figuran los de Aquea, Africana, Amfictionis, Cabiria, Cataniensis, Eleusina, Ennea, Flava-Dea, Frigífera, Dea Legífera, Milesia, Nigra, Prosthesis y Tesmófora.

Además de ser diosa de la agricultura, también presidía á los mojones ó límites de los campos, y los jardineros le ofrecían sacrificios el 6 de Abril para obtener abundante cosecha. Sacrificábasele ordinariamente una marrana preñada ó un carnero, y las guirnaldas que se empleaban en estas fiestas eran de mirto ó narciso; sin flores, porque mientras la diosa las estuvo cogiendo

le robaron á Proserpina. La adormidera era la única planta que le estaba consagrada por nacer entre el trigo, y porque Júpiter le dió á comer de ella para entregarla al sueño y mitigar su dolor cuando perdió á Proserpina.

Banier la describe hermosa, de porte majestuoso, tez encarnada, ojos lánguidos y cabellos rubios. Suele coronar su cabeza una guirnalda de espigas ó de adormideras, que denotan gran fecundidad. Sus pechos son voluminosos; lleva en la mano derecha un manojo de espigas y en la izquierda una antorcha. El vestido le descende hasta los pies, como expresión de dignidad en sentir de los estatuarios, y tiran de su carro leones ó serpientes. Otras veces se la representa con un cetro, ó con la hoz dorada que le regaló Vulcano: dos niños junto á su seno sostienen sendos cuernos de la abundancia, magnificándose así el principal alimento del género humano. Los pintores suelen representar á Ceres con vestido amarillo, aludiendo al trigo cuando está maduro. En muchos bajorrelieves se la ve en su carro tirado por dragones alados, en busca de Proserpina.

Mercurio

(HERMES)

Varios Mercurios, según Cicerón y Lactancio.—Los dos principales.—El Mercurio mitológico.—Metamorfosis de Bato: la piedra de toque.—El caduceo.—Mercurio en el mundo.—Hermafrodita.—Sobrenombres del Dios.—Mercurio asociado á otras divinidades.—Cómo se le representa.—Su culto.

Mercurio es hijo de Júpiter y de la ninfa Maya, hija de Atlas y de Pleyonea. Los griegos le llamaban Hermes, que indica intérprete, y, según Proclo, mensajero. Su nombre latino, Mercurio, quiere decir mercancía. Apenas nacido fué elevado á la categoría de los dioses principales, no obstante el enojo de Juno.

Era este dios el de más complejas y variadas funciones, por lo cual se ha creído que hubo muchos Mercurios. Cicerón en su tratado *De Natura Deorum* habla de cinco: 1.º, hijo del Cielo y del Día; 2.º, hijo del Valor y de Foronis; éste permaneció en la tierra y se llamaba Trotonio; 3.º, hijo de Júpiter y de Maya; 4.º, hijo del Nilo, al que los egipcios creían que no se podía nombrar; 5.º, el adorado en Fenea, ciudad de Arcadia, que dió muerte á Argos Panoptes. Lactancio habla de cuatro: 1.º, el hijo

de Júpiter y de Maya; 2.º, el del Cielo y del Día; 3.º, el de Liber y Proserpina; 4.º, el de Júpiter y Cileno, que mató á Argos, fu-gándose en seguida á Egipto, donde llevó el conocimiento de las letras. De todos ellos, los más importantes son el antiguo Mercurio—el Tot de los egipcios, contemporáneo de Osiris— que es, sin duda, el mismo que Hermes Trismegisto, y el que Hesíodo declara hijo de Júpiter y de Maya.

Los tiempos mitológicos no tienen personaje más célebre que el Mercurio egipcio. Era el alma en los consejos de Osiris, que se servía de él en los negocios más delicados. Antes de marchar á la conquista de India, lo dejó á Isis, nombrada regente, como el más hábil ministro. Y, en efecto, con gran asiduidad se dedi-có á fomentar el comercio y las artes en todo el reino. Instruyó á sus gobernados en el modo de medir sus tierras, cuyos lími-tes se alteraban frecuentemente con las inundaciones del Nilo. En las ciencias realizó tales progresos, que fueron muy pocas las que no cultivó. El quizá fué el inventor de los misteriosos caracteres llamados jeroglíficos; estableció reglas y hasta armonía en las frases, dando unidad á los toscos é inciertos dialectos empleados hasta entonces; instituyó muchas prácticas religio-sas y dió á los hombres los primeros rudimentos de la astro-nomía. Luego les enseñó la lucha y la danza, por la fuerza y la gracia que estos ejercicios pueden comunicar al cuerpo hu-mano. Inventó la lira, á la cual puso tres cuerdas, aludiendo á tres estaciones del año. A él deben los egipcios el cultivo del olivo, que los griegos decían instituido por Minerva, y también se le atribuyen cuarenta libros sobre teología, medicina y geo-grafía. Hermes Trismegisto, es decir tres veces grande, parece que vivió hacia el año 1900 antes de Cristo.

Otro Mercurio, el hijo de un Júpiter y de Maya, hija de Atlas, fué célebre entre los príncipes Titanes. A la muerte de su padre le tocó en suerte Italia, las Galias y España, en las que fué señor absoluto al morir su tío Plutón, heredando la Mauri-tania al fallecer su abuelo Atlas. Era un príncipe astuto, artifi-cioso y disimulado. Viajó por Egipto para instruirse en las cos-tumbres de este antiguo pueblo, para aprender la teología y, sobre todo, la magia, muy en boga á la sazón, en la que hizo grandes progresos. También fué considerado como el primer

augur de los príncipes Titanes que le consultaban frecuentemente. Su elocuencia y buen tacto en las negociaciones, de que Júpiter sacaba gran partido en las guerras que sostenía contra los príncipes de su familia, le granjearon el concepto de mensajero de los dioses. Pero sus vicios, no menores que sus buenas cualidades, su conducta desleal y su carácter atrabiliario, obligaron á los otros hijos de Júpiter á declararle la guerra, en la que, vencido muchas veces, se vió obligado á retirarse á Egipto, ó según otros, á España, donde, según Tito Livio, se encontraba su sepulcro cerca de Cartagena.



Mercurio.

Tal es la historia de estos dos grandes Mercurios, que la fantasía helénica ha alterado gentilmente mezclándola con pintorescas fábulas y urdiéndola con agudas alegorías inspiradas en sus múltiples cualidades. Así se formó el Mercurio mitológico, patrono de los ladrones, de los oradores y comerciantes, mensajero de los dioses, conductor de las almas al Averno, etc., etc.

Siendo muy niño mostró ya sus rapaces inclinaciones, lanzándose sobre el encantador Cupido, y robándole el carcaj de las flechas. Según nos dice Luciano en uno de sus ingeniosos Diálogos, también hurtó á Marte la espada, á Venus el famoso ceñidor, el tridente á Neptuno, y como si esto fuera poco, también quiso arrebatár á Júpiter el cetro, pero en lugar de éste cogió el rayo ardiente, que tuvo que abandonar en seguida. Indignado el Tonante, desterró á su hijo del cielo, enviándole á la tierra.

En ésta se encontró al rubio Apolo, desterrado como él, y por no perder Mercurio su mañosa costumbre, se entretuvo en robarle los ganados que el rey Admeto le confió, haciendo que los animales caminasen hacia atrás, para no ser descubiertos por las huellas. Pero tuvo la mala fortuna de que lo viese un pastor llamado Bato, y aunque Mercurio creyó que le guardaría el secreto por el dón que le hizo de una vaca, Apolo le regaló dos, y Bato le reveló el engaño. Enojado Mercurio, lo metamorfoseó en

la piedra de toque, que sirve para aquilatar el oro. Aunque Apolo sintió el hurto, su astuto hermano lo desenojó, regalándole una concha de tortuga con cuatro cuerdas, que fué el origen de la lira, completada luego con las tres que le añadió el gratificado.

En prenda de esta reconciliación, Apolo le hizo entrega de una vara de avellano, con la maravillosa propiedad de reconciliar los ánimos enconados, y el primer uso que de ella hizo fué arrojarla entre dos serpientes que peleaban. Los reptiles se adherieron al momento á ella, formando así el caduceo, que tiene la virtud de adormecer, enviar sueños y hasta poner remate á la vida de los hombres. Algunos autores dicen que su vista petrifica como la cabeza de Medusa.

Reconciliados ambos hermanos, diéronse á recorrer el mundo, ejerciendo Apolo las artes pictóricas y Mercurio cultivando la elocuencia. Por eso los retóricos lo representan con cadenas de oro saliéndole de la boca, alegoría que explica el poder de la oratoria, pues que aprisiona los corazones. Sin duda ésta no rendía gran cosa al proscrito dios, ya que hubo de abandonarla para consagrarse al comercio, en el que



Mercurio.

debió realizar grandes progresos, ya que los mercaderes le reconocieron por numen tutelar y le ofrecieron todo el incienso de la tierra, aunque al pasar á la entrega se contentaron con darle la centésima parte.

Admitido nuevamente en el Olimpo, Júpiter lo nombró mensajero de los dioses, y se sirvió de él en sus negocios amorosos.

Oportunamente dijimos que de sus amores con la hermosa Venus nació Hermafrodita. Era éste un mancebo tan hábil como su padre y tan bello como su madre; pero insensible á los encantos del amor. Cierta día en que estaba cansado se detuvo cerca de una fuente, y la náyade Salmacis, que allí presidía, le

amó; pero no siendo correspondida rogó á los dioses que uniesen sus cuerpos de tal modo, que en adelante sólo formasen uno conservando los dos sexos, al que los griegos dieron el nombre de Andrógino. Con el tiempo logró Salmacis que cuantos se bañasen en la famosa fuente tuviesen igual suerte.

La astronomía ha dado el nombre de Mercurio á un planeta, la ciencia á un metal, y la alquimia hizo de las propiedades de éste la base de sus misterios.

Los sobrenombres más comunes con que se conoce á este dios son:

Hermes por ser embajador ó mensajero de los dioses, como ya hemos dicho;

Nomio, en cuanto es el numen de la elocuencia;

Agoras, porque preside en los mercados;

Vialis, porque protege los caminos, en los cuales se le representa por medio de una losa cuadrada;

Triceps, porque en el cielo, en la tierra y en los infiernos ejerce su ministerio;

Argicida por haber dado muerte á Argos, según explicamos oportunamente;

Caduceator y Cadúcifer por el caduceo;

Infernalis por su misión de conducir las almas de los muertos, y

Trismegisto por lo ya dicho.

Los monumentos en que aparecen reunidos los atributos de dos divinidades, figurando siempre Mercurio una de ellas, se denominan:

Hermafrodita.....	Mercurio y Venus.
Hermanubis.....	Mercurio y Anubis.
Hermapolón.....	Mercurio y Apolo.
Hermapócrates.....	Mercurio y Harpócrates.
Hermateno.....	Mercurio y Atenea ó Minerva.
Hermesacles.....	Mercurio y Hércules.
Hermeros.....	Mercurio y el Amor.
Hermitra.....	Mercurio y Mitra.
Hermosiris.....	Mercurio y Osiris.

Mercurio suele cubrir su cabeza con el petaso, especie de bonete ó gorro en el cual lleva unas aletas, como en los pies, en

las espaldas y en el caduceo, para denotar la presteza con que ejecuta las órdenes de los dioses. Si las alas son negras, denotan al Mercurio celeste; con las blancas va á penetrar en el Infierno, en su oficio de conductor de las almas. Lo más frecuente es que lleve la bolsa en la mano. Cuando se le ve con la cadena de oro en la boca, representa la elocuencia; llevando una tortuga ó una concha de ella, recuerda que fué el inventor de la lira, y cuando se le presenta con una lanza, un palo largo armado de garfios ó un tridente, es el protector del comercio marítimo.



Mercurio, conductor de las almas al reino de Plutón.

Según Macrobio, usa el tridente porque en el reparto que hizo Júpiter de los elementos, tocó á Mercurio el líquido, y como señor de él, inventó la clepsidra ó reloj de agua. En cualquier caso se le representa en un joven bello, ligero, desnudo unas veces ó con el manto á la espalda otras.

El culto de Mercurio estaba muy difundido en Egipto, Creta, Grecia é Italia, y se le ofrecían las lenguas de las víctimas como emblema de la elocuencia. Como numen de la misma, y para indicar la dulzura de sus palabras insinuantes, le ofrecían miel y leche. También se le inmolaban becerros y gallos. En las Galias llegaron á inmolarle víctimas humanas, y los sacerdotes egipcios

le consagraron la cigüeña, el animal que más estimaban después del buey. Italia lo colocó entre las ocho divinidades principales llamadas *dii selecti*. También solía consagrarse el primer higo que se cogía, poniéndolo ante la imagen del dios, de donde vino el proverbio *Ficus ad Mercurium* para denotar una cosa que es presa del primer ocupante.

Diana

(ARTEMISA)

Significado de su nombre.—Número de Dianas.—Sus nombres.—Su nacimiento.—Su castidad.—Acteón y Acneo.—Meleagro.—Endimión.—Correspondencia de la diosa con otras divinidades.—Diana.—Hécate.—Sus sobrenombres.—Su culto.

Diana es la diosa de los bosques y de la caza, y su nombre, dicen ingeniosos autores, significa *día-noche*, porque la luna, que es Diana, difunde sola más luz que todas las estrellas juntas y produce en la noche el efecto del día. Cicerón habla de varias Dianas: la primera, hija de Júpiter y Proserpina, madre de Cupido; la segunda, hija de Júpiter y Latona; la tercera, que debió la vida á Upis y Glauce. Otros mitólogos añaden dos más, la hija del Cielo y Febea, y la de Dionisio é Isis ó Ceres.

Los poetas y la mayoría de los autores antiguos han celebrado con más especialidad á la que se creía hija de Júpiter y Latona, y hermana de Apolo. Semejante á su hermano, era adorada con tres nombres: Diana, en la tierra; Selene ó la Luna, en el cielo, y Hécate, en los Infernos. Los poetas le atribuyen tres cabezas: la primera, de caballo; la segunda, de mujer ó de jabalí, y la tercera, de perro. Otros le dan las de toro, de perro y de león.

Cuéntase que habiendo engendrado Latona dos gemelos, Diana nació primero, ayudando en seguida á su madre á parir á Apolo. Testigo de los maternos dolores, concibió tal aversión al matrimonio, que obtuvo de Júpiter la merced de conservar una eterna virginidad como su hermana Minerva. Por eso el oráculo de Apolo dió á las dos el nombre de las vírgenes blancas. El mismo Júpiter la armó con el arco y la aljaba, la hizo reina de los bosques y compuso su séquito de sesenta ninfas Océánidas y de veinte Asias, á las cuales impuso castidad inviolable. Como diosa de la tierra, Diana solía ocuparse en la caza, y como se complacía en habitar selvas y bosques cogiendo los ciervos á la carrera, ó disparándoles sus dardos, era la divinidad de los cazadores, como también de los pescadores y, en general, de cuantos empleaban redes en sus ejercicios.

Como diosa de las doncellas y de la castidad era tan severa que no toleraba el quebrantamiento de los votos que sus ninfas hacían. Tal sucedió con Calixto, pues al saber que estaba embarazada por haber sostenido ocultos amores con el señor de los dioses, la expulsó de su compañía. Hasta tal punto era Diana celosa de su castidad que, como cierto día en que Acteón iba de caza sorprendiese á la diosa bañándose con sus ninfas, indignada, le roció la cara con agua, y transformándole de este modo en ciervo, hizo que sus mismos perros lo devorasen. Los modernos han creído ver en Acteón á un hombre arruinado por su pasión á la caza.

También era Diana celosa de su hermosura, no permitiendo que nadie la desconociera, y así mató de un flechazo á Chiome, hija de Lúcifer, por haberse vanagloriado de ser más hermosa que ella. En fin, también era vengativa, como lo demuestra el castigo que infligió á Oeneo, rey de Calidonia, en Etolia, pues, habiendo descuidado éste ofrecerle las primicias de sus campos, hizo salir de sus bosques un enorme jabalí que asoló toda la comarca. Armáronse contra la fiera casi todos los príncipes y algunas princesas de Grecia, y Atalanta, hija de Jasio, rey de Arcadia, fué la primera en herirla; pero con tanto riesgo suyo, que pereciera entonces si no se arroja sobre el jabalí el intrépido Meleagro, hijo de Oeneo, dándole muerte con su dardo. Sobre la posesión de la cabeza del animal tuvo después Meleagro que-

rella con sus hermanos, hasta que acabó con todos. Altea, madre de los muertos y del matador, indignóse del crimen y arrojó al fuego un tizón, del cual dependía la existencia de Meleagro, cuyas entrañas abrasó al punto un fuego devorador, haciéndole expirar entre horribles tormentos. Desesperada entonces la infeliz madre se dió muerte, y sus hijas, llamadas las Meleágridas, fueron convertidas en gallinas.

Hemos dicho que Diana quiso ser casta; pero las leyes de la Naturaleza ni los mismos dioses pueden violarlas impunemente, y así se sintió un día poseída de invencible amor por Endimión. Era éste nieto de Júpiter, y llamado al Olimpo, se atrevió á enamorar á la altiva Juno, y advertido Júpiter le infundió un sueño eterno ó, según otros, de treinta años, que había de pasar en una gruta situada en la cima del monte Latmos. Hay quien supone que, habiendo autorizado Júpiter á Endimión para que le pidiese una gracia, el joven



Diana de Gabies.

suplicó al Olímpico que le concediese la inmortalidad, juventud eterna y poder dormir cuanto quisiese, de donde provino el adagio *Endymionis somnium dormire*, para expresar un largo sueño. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que al verlo Diana dormido en su gruta, se enamoró de él. Dolíase Júpiter de la angustia de su hija, que luchaba entre las vehemencias de su pasión, el respeto á sus votos de castidad y el temor de perder su buena fama si los quebrantaba, y para conciliarlo todo en lo posible puso á su cargo regir el curso de la Luna, dándole el nombre de Selene ó Febea, y por divisa lo que en heráldica se llama creciente, y que á manera de diadema ponen siempre los artistas y los poetas sobre la cabeza de la diosa.



Endimión.

Gracias al nuevo ministerio, pudo Diana separarse de sus ninfas al llegar la noche, y, volando al cielo, asir las riendas del carro de la Luna para dirigirse con él á la cima del monte Latmos, envuelto en una nube que lo ocultaba al mundo, y á la gruta de Endimión. De estos poéticos amores nacieron un hijo llamado Étolo y hasta cincuenta hijas. Muchos autores tienen á Endimión por un príncipe amante de la astronomía, que solía pasar las noches en la cima de los montes observando el curso de los astros, lo cual dió motivo á la fábula de sus amores con Diana.

Parece ser que Endimión no fué su único amante y que Pan también obtuvo sus favores, á pesar de su fealdad, disfrazado de joven macho cabrío. Según algunos autores, Orión murió acribillado á flechazos por haber querido atentar contra el honor de la diosa.



Diana y Endimión.

Antes de terminar con la Diana Febea (brillante), también llamada Selene (la Luna) y Urania ó celeste, bajo cuyo nombre la adoraban algunos pueblos orientales, diremos que se identifica con la Isis de los egipcios; la Astarté de los fenicios; la Mena de los Armenios; la Meni y la Reina del Cielo (así llamada por Isaías y Jeremías) de los hebreos; la Milita de los persas y la Allillat de los árabes.

Selene, como la llaman los griegos, es la conductora de la Luna, y se diferencia en puridad de la casta Diana en que se le atribuyen muchas aventuras amorosas, como la de Endimión, Pan, y otra con Júpiter, al que le dió una hija llamada Pandea, como puede verse en el himno homérico.

En su tercer aspecto es Diana Hécate. Hesíodo y Museo la hacen hija del Sol; Orfeo, de Tártaro y Ceres; Baquílides, de la Noche; Ferécides, de Aristeo, y, en fin, otros, del Titán Perseo y de Asteria. Cada cual le asigna un carácter conforme á su genealogía. La de Hesíodo es una divinidad benéfica que distribuye bienes á quienes la honran, concede la victoria, acompaña á los navegantes, preside á los consejos de los príncipes, á los sueños, á los partos y á la conser-



Diana cazadora.



vación y desarrollo de los niños. La hija de Perseo es una cazadora hábil, dispara sus flechas contra hombres y animales; distra envenenadora, da muerte á los viajeros y á su padre, y es madre de Medea y Circe, á las que enseña las artes de los encantamientos. El culto de esta Diana Hécate es oriundo de Egipto, y Orfeo, dicese, lo importó en Grecia, mezclándose así con el de la Diana propiamente dicha.



Diana Lucifera.

Además de los sobrenombres con que ya la hemos designado, recibía los de Acrea, Etiopia, Anisidora, Artemisa, Britomartis, Bubastis, Dáfnea, Eobataria, Icaria, Lucifera, Misia, Partenia y muchos más.

Diana recibió adoraciones y sacrificios en casi todos los pueblos griegos. La corza y el jabalí le estaban principalmente consagrados, y se le ofrecían las primicias de los campos, bueyes, carneros, ciervos blancos, y algunas veces víctimas humanas, figurando entre éstas la Ifigenia griega. Todos los griegos que naufragaban en las costas táuricas se degollaban en honor de Diana ó se arrojaban



Diana precediendo á la Aurora.

á un precipicio. En Castabula de Sicilia tenia un templo, y sus adoradores caminaban sobre carbones encendidos.

Er. la mayor parte de las medallas antiguas se la ve en traje

de cazador, anudados los cabellos por detrás, la ropa recogida con un segundo ceñidor y el carcaj terciado á la espalda, un perro al lado y el arco tirante, en actitud de disparar. Lleva las piernas y los pies desnudos ó con borceguíes, y descubierto parte del seno. Los poetas la describen sobre una carroza arrastrada por corzas ó ciervos blancos; unas veces montada en un ciervo; otras corriendo á pie seguida de su perro; y casi siempre rodeada de sus ninfas, armadas como ella de arcos y flechas. Las pinturas antiguas de Herculano y muchos bajorrelieves nos la presentan bajando de su carro y acompañada de un cortejo de Amores que la conducen hacia Endimión.

El orbe pagano la adoraba con diversidad de ritos y sacrificios. Sus templos eran muchos y magníficos, y entre todos se distinguía el de Éfeso, que figura entre las siete maravillas del mundo. El pastor Eróstrato, ávido de fama, le puso fuego por inmortalizar de alguna manera su nombre, que ha llegado hasta nosotros, aunque infamado, y á pesar de que los efesios prohibieron severamente el pronunciarlo.

Vulcano

(HEFESTOS)

Cuatro Vulcanos, según Cicerón.—Vulcano y Tubalcaín.—El descubrimiento del fuego.—Vulcano expulsado del cielo: dos versiones.—Las obras del dios. Su casamiento.—Pandora y su caja.—Sus amores.—Sus sobrenombres.—Su culto.

Vulcano es el dios del fuego, y algunos mitólogos dicen que Juno lo concibió por sí sola, queriendo imitar á Júpiter cuando extrajo de su cerebro á Minerva.

Cicerón habla de cuatro Vulcanos: el primero, hijo del Cielo y de Minerva; el segundo, hijo del Nilo, llamado Fta por los egipcios, que lo representaban con figura de mono; el tercero, hijo de Júpiter y Juno, que residió en la isla de Lemnos, y el cuarto, hijo de Melanio, que estableció sus fraguas en las islas Hefestias ó Eolias.

El Vulcano, hijo del cielo, forjador del hierro y acaso el original de los demás, parece ser el más antiguo de todos, y corresponde al Tubalcaín de la Escritura. El hijo del Nilo fué el primero que reinó en Egipto, según la tradición de los sacerdotes, proporcionándole el trono la invención del fuego; según cuenta Diodoro Sículo, habiendo prendido en un árbol el fuego del cielo, y comunicádose á un bosque vecino, Vulcano acudió á presen-

ciar tan extraño espectáculo, y como era en invierno, sintió agradable calor: de manera que, cuando empezó á apagarse, fué añadiendo nuevo combustible y llamó á sus compañeros para que se aprovecharan también del descubrimiento. El Vulcano hijo de Júpiter y Juno, fué uno de los príncipes Titanes, que se hizo ilustre en el arte de forjar el hierro. Caído en desgracia, tuvo que retirarse á la isla de Lemnos, donde estableció sus fraguas, dando esto pretexto á la invención de la fábula griega sobre su vida, que, según nos la conserva Homero en dos versiones, es como sigue:

La espantosa deformidad de Vulcano disgustó de tal modo á su madre, que le precipitó en el mar para que permaneciese por siempre oculto en sus abismos. Tetis y Eurinoma, hijas del Océano, compadecieron del infeliz y le dieron albergue en una gruta profunda. Durante nueve años se ocupó el feo dios en hacer para sus protectoras hebillas, broches, brazaletes y collares. Perfeccionado en el arte de forjar, y conservando en el pecho profundo rencor contra su descastada madre, construyó una silla de oro con ocultos resortes y se la envió al cielo. Juno estimó el dón; pero al sentarse en ella, la silla se desplomó y los resortes la aprisionaron, suscitando



Vulcano.

la hilaridad de los dioses, que no atinaron con la manera de desasir á su altiva compañera, hasta que Baco, embriagando á Vulcano, lo condujo al Olimpo para que la pusiese en libertad.

El mismo Homero da otra curiosa versión. Irritado cierto día contra Juno el señor de los dioses y de los hombres, porque su celosa compañera suscitó una tempestad para que pereciese Hércules, la suspendió en lo aires, y queriendo Vulcano socorrer á su madre, el Tonante lo cogió de un pie y lo precipitó del cielo á la isla de Lemnos, donde cayó después de haber rodado un día por la vasta extensión de los aires. El choque fué tan violento que quedó cojo para siempre. Los habitantes de Lemnos lo

levantaron casi exánime y se lo llevaron. Durante su residencia en esta isla trabajó con los Cíclopes en un antro profundo: el fuego surgía por las crestas del monte, que los martillos hacían retemblar y el estrépito se oía muy lejos. Recordemos de pasada que se trata de un terreno volcánico. Allí fabricó el divino artífice obras inmortales, como el collar de Harmonía, funesto á quien lo llevaba, la corona de Ariadna, el escudo de Hércules, el palacio del Sol cuyas bóvedas y muros son otros tantos espejos, el rayo de Júpiter y los címbalos de Minerva. No fueron menos famosos los dos perros de oro y plata que regaló á Alcinoos para que los pusiese á la puerta de su palacio; y cuando Tetis le visitó para que forjase las armas de su hijo Aquiles, Vulcano salió á recibirla, y á causa de su cojera iba apoyado en dos hermosas esclavas todas de oro y hechas con tan divino arte, que parecían vivas, como que ni siquiera carecían de inteligencia y movimientos. Luego, para forjar las armas de Aquiles, vuelve á la fragua, toma sus veinte fuelles que lanzan el viento como conviene al dios, y aplicando al fuego el duro cobre, el estaño, el oro y la plata, y puesta sobre gigantesco yunque la ígnea masa, trabaja el grande y famoso escudo.

Por empeño de Baco, Vulcano fué admitido nuevamente en el cielo, recobrando por sus buenos oficios la estimación de Júpiter, que le casó con la más bella diosa, Venus, madre del amor, ó, según Homero, con Kharis, la más hermosa de las Gracias. Como esposo de la primera, ya hemos visto cómo se vengó de sus infidelidades con Marte, aprisionando á los adúlteros en la finísima red de metal que el tosco numen de la guerra no pudo romper.

En la guerra de los gigantes, Vulcano se distinguió por sus proezas, no obstante estar cojo y no poder caminar. En Troya prestó ayuda á los griegos, y con la violencia de su fuego secó las aguas del Simois y del Xanto, que se habían desbordado y puesto en peligro á las huestes que él favorecía. Unido con la Fuerza y la Violencia, sujetó á Prometeo en el Cáucaso con cadenas de oro y clavos de diamante.

Júpiter se había irritado contra Prometeo por el atrevimiento de formar á un hombre y de robar fuego celeste para animarlo, y mandó á Vulcano que formase también una mujer del

limo de la tierra y que la presentase al consejo de los inmortales. Minerva la vistió con un ropaje de extraordinaria blancura, y le cubrió la cabeza con un velo y guirnaldas de flores, sobreponiéndole una corona de oro. El mismo Vulcano la ofreció así ataviada á la asamblea. Todos los dioses se admiraron al contemplar tan acabada hermosura, y cada cual quiso hacerle un presente. Minerva le enseñó las labores peculiares de su sexo, y entre ellas la encajería. Venus la ornó con sus gracias y le inspiró un deseo inquieto juntamente con atormentadores cuidados. Las Gracias y la diosa de la persuasión adornaron su cuello con áureos collares. Mercurio le comunicó el dón de la palabra y el arte de cautivar los corazones con frases lisonje-



La fragua de Vulcano.

ras... En fin, habiéndola colmado con sus dones todos los dioses, llamáronla Pandora (de *pan*, todo, y *doron*, don). Por su parte, Júpiter le entregó una cajita herméticamente cerrada, ordenándole que la entregase á Prometeo. Este no quiso recibirla por miedo al engaño, y encargó á Epimeteo que no aceptase nada si procedía de Júpiter. Epimeteo olvidó todo ante la hermosura de Pandora; se casó con ella, y abierta que fué la fatal caja, escapáronse de ella todos los males y crímenes, que luego fueron causa del diluvio. Epimeteo quiso cerrar súbitamente la aciaga caja; pero sólo pudo salvar á la Esperanza, que también estuvo á punto de volar.

A pesar de su fealdad, Vulcano tuvo varios amores. Antes de casarse con Venus, solicitó á Minerva, que le desairó; pero él ejerció violencia sobre ella, y la diosa de la sabiduría dió á luz el

monstruo *Eisichthón*. También fué padre de Caco, de Cécrope, de Céculo, de Cereión, de Ocrisio, de Perifate, y hasta se dice que de Cupido, al cual hubo de Venus. En general, se tuvo por hijos suyos á cuantos forjaron metales.

Sus sobrenombres fueron Etneo, Flamipotente, Ignipotente, Junonígero, Mulcífero, Pandamator y otros.

Honrábasele con especial culto en Egipto, Atenas y Roma. En sus sacrificios se le inmolaban becerros y lechones: era costumbre que el fuego consumiese toda la víctima, sin reservar ninguna porción para el banquete sagrado. Hablando con propiedad, se practicaba el holocausto.

Se representa á Vulcano inundado de sudor, el pecho velludo, la frente cubierta de hollín y en actitud de mover su nervudo brazo los enormes fuelles de su fragua. También se le figura cojo, deforme, forjando el rayo, y con un águila al lado. En los antiguos monumentos aparece de manera bastante uniforme: siempre con barba espesa, el pelo descuidado, medio vestido con un traje que no le llega á la rodilla, bonete ó gorro puntiagudo, en la diestra un martillo y en la otra las tenazas. Aunque todos los mitólogos convienen en que era cojo, sólo en una estatua de Atenas, obra de Alcámenes, según Cicerón, se le representa tal.

XII

Vesta

(HESTIA)

Las dos Vestas: la antigua (Cibeles) y la joven (Hestia).—Attis.—El culto de Cibeles.—Sus sobrenombres.—Vesta en Roma.—Las Vestales y el fuego sagrado.—Las fiestas Vestalías.—Origen del vestíbulo.

Hay que distinguir á la Vesta antigua de Hestia ó Vesta joven. Aquella es de origen frigio, figura entre las Titánidas, y forma una especie de trinidad ó tres Vestas, que son en realidad una sola. La primera recibe el nombre de la Tierra (*Gé*, en griego), es mujer de Urano y madre de Saturno. La segunda, denominada Cibeles, es esposa, la tercera hija de Saturno.

Al nacer la abandonaron en el monte Cibeles, y de este monte y ciudad de Frigia recibió su nombre. Dícese que enamorada de Attis, pastor del monte Ida, por haber difundido su culto en toda el Asia Menor, lo mutiló ella misma para que le permaneciese fiel. Otros autores dicen que al confiarle el cuidado de su culto, le exigió juramento de observar la castidad: Attis violó el juramento casándose con la ninfa Sangarida, y la diosa le inspiró en castigo tal frenesí, que él mismo se mutiló. Los sacerdotes de Cibeles, sus sucesores, llamados Coribantes, Curetes, Galos y Semiviros, le imitaron para que su impotencia salvara el voto de castidad. Pausanias dice que Attis nació de Agdis-

tis y de la ninfa Sangarida, y, abandonado en un bosque, fué criado por una cabra. Cuando llegó á la edad de hombre, su padre, metamorfoseado en mujer, se enamoró de él viéndole tan hermoso; pero al celebrar Attis sus bodas con la hija del rey de Pesinunto, Agdistis inspiró en el rey y en su yerno tal locura, que lucharon entre sí y ambos se mutilaron. Ovidio dice que viendo Cibeles desesperado á Attis y dispuesto á llevar la mano contra sí propio, le metamorfoseó en pino, árbol que le fué consagrado. En fin, dicen otros que irritado Júpiter por los amores de Attis y Cibeles, envió un jabalí que asoló los campos y dió muerte al amante.

El culto de Cibeles pasó de Frigia á Grecia, estableciéndose con magnificencia en Eleusis, donde fué adorada con el nombre de Ceres. Por orden de los libros sibilinos, los romanos llevaron de Pesinunto á Italia la estatua de la diosa. El barco que la conducía ençalló en un banco de arena del Tíber, y después de inútiles esfuerzos para ponerlo á flote, Claudia, Vestal de la familia de los Claudios, lo consiguió atando su ceñidor al buque, cumpliéndose así la profecía de los libros de que sólo una doncella facilitaría la entrada del barco en el Tíber.

Representase á esta Vesta-Cibeles como una mujer robusta y avanzada en su embarazo, símbolo de la fecundidad de la tierra, y en sus sacrificios se inmolaba una cerda preñada, se cometían obscenidades, y sus sacerdotes en las ceremonias empleaban un lenguaje licencioso, y hacían gestos indecentes. También se le figura con muchas mamillas, para dar á entender que la tierra alimenta á todas las criaturas.

Los sobrenombres de Cibeles, además del de Vesta, que parece derivarse de *sua vi stare*, porque la Tierra se tiene inmóvil por su propio peso, son: Bona Dea, porque procura á los hombres todos los bienes necesarios para la vida; Ops, que parece indicar trabajo, pues sin él, la tierra nada concede; Rhea, una de las Titánidas, esposa de Saturno; Telus que es la Cibeles de los múltiples pechos llenos de leche, y, en fin, también se la llama Mater Deum, Idea Mater, Magna Mater, etc.

Veamos ahora la segunda. Vesta la joven, ó más bien el fuego mismo, es la diosa de éste, considerado como elemento del hogar doméstico, hija primogénita de Saturno y Rhea, y her-

mana de Ceres y Juno. Entre todas las divinidades mitológicas es la menos material y la más casta y pura. Durante varios siglos no se atrevieron los griegos á representarla como á sus demás dioses, limitándose á adorarla en el fuego sagrado que, en templos especiales, y frecuentemente en los altares de recintos consagrados á diferentes númenes, se conservaba cuidadosamente.

Donde más antiguo parece ser ese culto es en Troya. Eneas contaba á Vesta entre sus dioses penates, y la importó en el Lacio, como nos dice Virgilio en su poema. Numa Pompilio regularizó su rito y misterios hacia el año cuarenta de la fundación de Roma, y le erigió un templo de forma aproximadamente esférica para simbolizar que allí, como en el centro de la tierra, se conservaba siempre ardiendo el fuego sagrado. Al efecto instituyó cuatro sacerdotisas, que Tarquino Prisco elevó á seis, con el ministerio de velar al pie del ara para que nunca se extinguiese la llama. Si el fuego se apagaba, era indicio de algún siniestro acontecimiento, y cuando tal ocurría se convocaba al Senado, reuníase el pueblo, averiguaba el Sumo Pontífice la causa del mal, y luego de castigar á la Vestal culpable, procedía á encender otra vez la preciosa llama; pero no por los medios ordinarios, sino sirviéndose del fuego celeste. En un gran recipiente cóncavo de bronce, en cuyo fondo agujereado se depositaban algunas materias combustibles, se concentraban los rayos del sol, sirviéndose de un espejo ustorio, y luego que la combustión se había producido, las Vestales recogían la llama, trasladándola al ara para conservarla diligentemente.

Atenas tuvo Vestales, pero viudas y casi ancianas. Las de Roma tenían que ser jóvenes, nobles y vírgenes durante los treinta años que duraba su ministerio, siendo enterradas vivas las que quebrantaban la castidad. La Ciudad Eterna les discernió grandes privilegios; un licor las acompañaba al salir del templo, y si alguno las encontraba en la calle, bajaba las haces.



VestaI.

Los cónsules les cedían el paso, y si un condenado al suplicio las encontraba en su camino, quedaba perdonado, siempre que el encuentro hubiese sido casual.

El traje de las Vestales fué modesto al principio; pero los donativos que los ciudadanos hicieron al templo de Vesta enriquecieron á la comunidad, y en adelante fué suntuoso el atavío.

Roma celebraba en Junio las fiestas en honor de Vesta, llamada Vestalías. Las damas acudían á pie al templo de la diosa para ofrecerle sacrificios; los molinos aparecían coronados de flores, pues los panaderos consideraban como propias esas fiestas, y la ciudad entera celebraba en las calles grandes banquetes, cuyo plato más delicado se destinaba á las Vestales.

El fuego sagrado, no sólo se conservaba en el templo, sino también en el ingreso de las casas particulares, y por eso se llama vestibulo á aquella parte de un edificio.

DIOSES AUXILIARES O PATRICIOS

Como ya dijimos en otro sitio, á los dioses consentes ó grandes dioses siguen los no consentes, llamados también auxiliares, populares, *selecti* y patricios, que son consejeros de los Olímpicos y de igual naturaleza que ellos; pero inferiores en poder y sin asiento en el gran Consejo. Sus nombres son: Plutón (Hades), Baco (Dionisio), Jano (Fanes), Saturno (Cronos), Cibele (Gé), Latona, la Luna (Selene), el Amor ó Cupido y Genio.

Como de Saturno, Cibele y la Luna ya hemos hablado antes, los omitiremos en esta parte para no repetir detalles conocidos.

I

Plutón

(HADES)

La trinidad griega.—La fábula de Plutón.—El Averno y los Campos Elíseos.—Subdivisión del Averno: el Erebo, el Báratro y el Tártaro.—Ixión, Sísifo, las Danaides.—División del Infierno según los romanos.—Los ríos infernales: el Cócito, el Fregetón, el Aqueronte, el Averno, el Leteo y la Estigia.—Los Campos Elíseos.—Las Euménides ó Furias.—Furina.—Las Parcas.—Los jueces infernales: Minos, Eaco y Radamanto.—Carón.—Cerberos.—El Sueño.—Los Sueños.—La Muerte.—Los Manes.—Lemures, Lares y Larvas.—El Soberano de los Manes.—Pluto, dios de las riquezas.

Plutón formaba parte de la gran trinidad griega compuesta por Júpiter, Neptuno y él. Era hermano de ambos, y también de Vesta, Ceres y Juno. Devorado por su padre al nacer, volvió á la vida gracias al brevaie que Metis administró á Saturno. Peleó en favor de su hermano Júpiter en la guerra contra el padre y los Titanes. Precipitados los vencidos en el Tártaro, el Tonante compartió el imperio con sus hermanos, tocando á Neptuno las aguas y á Plutón las regiones infernales. Dios de los funerales y de la muerte, morador de tan triste reino, no hubo diosa que le amase, y tuvo que robar á Proserpina para tener compañera.

Según Diodoro Sículo, la fábula del reinado de Plutón en los

infiernos, procede de haber sido el primero que dió sepultura á los muertos. Pero otros creen, quizá con más fundamento, que reinó en países más bajos (*inferiores, inferni*) en relación con Grecia, donde imperaba su hermano Júpiter, tales como los territorios de Gades (Cádiz) y Tartesio, en España. En muchas poblaciones de esta península se le rindió especial culto, y se dice que explotó las minas del país sirviéndose de sus súbditos, que por trabajar en las entrañas de la tierra y estar sus comarcas cubiertas de humo, pasaron fácilmente en el concepto de los mercaderes fenicios y griegos por demonios, y su país por el infierno.

Los mitológicos dominios de Plutón estaban situados en lo profundo de la tierra, que los antiguos suponían llana y limitada al Occidente por el monte Atlas. Esos dominios comunicaban con la superficie del globo por aquel monte, así como por el Ténaro ó por la laguna Estigia. El reino de Plutón se dividía en dos grandes zonas, el Averno ó Infierno y los Campos Elíseos. Para estudiar con orden el confuso Averno, algunos autores lo subdividen en tres recintos. 1.º el Erebo, donde vagan errantes durante un siglo las almas de los muertos sin sepultura antes de que Carón las transporte al Infierno propiamente dicho. Allí estaba el palacio de la Noche, el del Sueño, el del Ensueño ó las Ilusiones, el de la Muerte. Allí moraban las Furias, y el Cerbero guardaba las puertas del recinto. Del Erebo salieron todas las sombras que evocó Ulises. 2.º el Báratro ó Infierno propiamente dicho, situado en la orilla interior del Erebo, donde cada crimen era castigado, donde el remordimiento devoraba á sus víctimas y donde resonaban sin cesar los agudos gritos del dolor. Las almas de los conquistadores y de cuantos habían sido funestos á los hombres sumergíanse allí en lagos infectos y helados para pasar súbitamente al ardor de las llamas vengadoras. 3.º, el Tártaro que era la prisión de los dioses. Rodeado de un triple muro de cobre, sostenía los fundamentos de la tierra y de los mares. Su profundidad se alejaba tanto de la tierra como ésta del cielo. En él fueron encerrados los dioses antiguos arrojados del Olimpo por los vencedores. Allí fueron también sepultados los Ciclopes y Centímanos. Ixión padece el suplicio de la rueda por haber osado enamorarse de Juno. No lejos de él se encuentra

Sísifo rodando eternamente un peñasco monte arriba, por blasfemo, libertino y sacrílego. Tántalo se consume de sed en medio de un estanque, cuyas aguas se escapan de sus labios, y devorado de hambre bajo unos árboles, ve que sus frutos los arrebatara un viento celoso cuando intenta cogerlos. Allí también sufren las Danaides. Eran éstas cincuenta hijas de Danao que durante nueve años reinó en Egipto juntamente con un hermano que llevaba este último nombre y era padre de otros cincuenta hijos. Egipto desposeyó á su hermano. Danao huyó con sus hijas á Argos, donde fué acogido por el rey Pelasgo, á quien su huésped destronó. Celoso Egipto del engrandecimiento de su herma-



Plutón y Proserpina.

no, que para sostenerse en el poder pretendía casar á sus hijas con príncipes griegos, envió á sus hijos al frente de un poderoso ejército para pedir la mano de sus primas. Danao tuvo que acceder, pero armando de puñal á cada una de las Danaides, les exigió juramento de que matarían á sus maridos apenas entrasen en el lecho. Todas realizaron la venganza, menos una: Hipermenestra, enamorada de su esposo Lineco.

Para castigar á las culpables, Júpiter las condenó á llenar eternamente en el Tártaro un tonel desfondado. Creen algunos que la verdad contenida en esta fábula es la invención de los pozos, trasplantada de Egipto á Grecia, y, según otros, la invención de las bombas.

Las palabras Tártaro, Erebo, Hades, Orcos, Ténaro, aunque en sí diferentes, han solido usarlas los autores como sinónimos para designar al Infierno.

Esto por lo que toca á la creencia de los griegos. Los romanos dividían en seis regiones diferentes el lugar de los tormentos. Creían que el Averno se encontraba bajo el lago del mismo nombre situado en la Campania, y cuyas mefíticas emanaciones justificaban tal leyenda. Los recintos en que el Averno se

dividía son: 1.º El Hades ó la mansión donde los cristianos ponen las almas de los niños, esto es, el Limbo. 2.º El destinado á los inocentes que morían en el suplicio. 3.º La mansión de los suicidas. 4.º El Campo de las Lágrimas, donde sufren los amantes perjuros y criminales. 5.º El destinado á los héroes crueles. 6.º El Tártaro.

Los ríos del Infierno son:

El Cócito, gemido, formado por las lágrimas de los perversos. El Cócito rodea al Tártaro, y, según los poetas, por sus márgenes vagan durante cien años las almas de los muertos que no han recibido sepultura.

El Flegetón también circundaba al Tártaro, pero en sentido inverso al Cócito, y arrastraba torrentes de fuego. Sus aguas eran nocivas; en sus márgenes no había árboles ni plantas. Después de un largo curso se abismaba en el Aqueronte, como el Cócito.

El Aqueronte es hijo de Ceres y de la Tierra. Avergonzada aquélla de encontrarse en cinta, se escondió en una gruta de Creta, en donde lo dió á luz. No pudiendo sufrir Aqueronte el brillo del sol, descendió al Infierno transformado en río. Otros dicen que es hijo de Titán (el Sol) y de la Tierra. Cuando los Titanes escalaron el cielo, les dió permiso para que bebiesen de sus aguas cristalinas; pero al vencer Júpiter, las cambió en amargas y burbujeantes. Por el Aqueronte conducía Carón las almas de los muertos.

El Averno es un lago de la Campania. De él emanaban vapores sulfurosos y mefíticos, y por eso le tomaron los latinos por una de las puertas del Infierno.

El Leteo, también llamado río del Olvido, porque sus aguas tenían la propiedad de hacer olvidar á quien las bebía los placeres y las penas que había pasado durante la vida. Todas las almas que habían de animar nuevos cuerpos eran conducidas antes de partir á las márgenes del río, donde bebían á grandes tragos el olvido de sus primeras pruebas. Tenía el sobrenombre de *rio de aceite* por lo apacible de su curso, y Lucano le llama *Deus Tacitus*, el dios silencioso. Se representa en un anciano con una urna en la diestra y en la otra la copa del olvido. A su alrededor se ven las almas de los malvados que, después de ex-

piar sus crímenes con largos y duros tormentos, olvidan el recuerdo de ellos y vuelven á la vida. En las márgenes del Leteo, como cerca del Cócito, había una puerta que comunicaba con el Tártaro.

La laguna Estigia es otro río del Infierno que le daba nueve vueltas. Dícese que Estigia era hija de Océano y Tetis, amada del gigante Palas y madre del Valor, de la Fuerza y de la Victoria. Cuando Júpiter llamó en su socorro á los dioses contra los gigantes, Estigia fué la primera en acudir. Para premiar su diligencia, el rey del Olimpo la hizo diosa del principal río del

Infierno, y ordenó que el juramento en su nombre fuese inviolable. El dios que osase faltar á él era condenado á beber las aguas de la Estigia, que le dejaba por un año privado de sus prerrogativas, sin respiración, sin movimiento y sin vida, acostado en el lecho y sin gustar del néctar ni la ambrosía. Pasado este tiempo aún seguía separado de la amistad y de los banquetes de los dioses; pues hasta que hubiesen transcurrido nueve años no recobraba todos sus derechos.



Plutón.

El Eliseo ó los Campos Elíseos es la morada de las sombras bienaventuradas.

Reinaba en ellos una eterna primavera—dice un gran poeta antiguo—y el soplo de los vientos sólo se hacía sentir para esparcir el aroma y el perfume de las flores. Jamás los rayos del sol ni de los astros fueron interceptados por las nubes. Florestas de rosales, de mirtos y de otras mil plantas y árboles olorosos embellecían la morada de las sombras justas... Una tierra siempre fértil renovaba sus producciones tres veces al año y presentaba alternativamente las flores y los frutos. Sin dolor ninguno, sin sombra de vejez, conservaban eternamente los manes afortunados la edad en que habían sido más felices. Allí disfrutaban los placeres de que más habían gustado durante su vida: la sombra de Aquiles hacía la guerra á las bestias feroces; Néstor contaba sus hazañas; robustos atletas se ejercitaban

en la lucha; ancianos alegres se invitaban recíprocamente á los banquetes. A los bienes físicos se unía la ausencia de los males del alma. La ambición, la avaricia, la envidia y todas las viles pasiones que agitan á los mortales no podían alterar la calma de los habitantes de estos Eliseos.

Según Píndaro, reconciliado Júpiter con Saturno, tuvo éste la soberanía de esta morada dichosa donde reinaba con Rhea, donde hizo eterna, como en los dominios de Jano temporal, la edad de oro. Según otros poetas, todo se gobernaba en los campos Eliseos por las sabias leyes de Radamanto.

Unos han puesto los Campos Eliseos en la Luna; otros en las islas Canarias, llamadas Afortunadas; otros en Irlanda, que era la Thulé de los antiguos. Homero y Hesíodo los situaron en la extremidad de la tierra, á orillas del Océano; Dionisio el geógrafo, en las islas Blancas del Ponto Euxino, y la mayor parte, en las risueñas márgenes del Betis, cerca de las columnas de Hércules, donde este héroe, ó su compañero Híspalo, fundó Sevilla, y tomó el Guadalquivir por el Leteo, cuyas aguas le hacían olvidar los males de la vida.

Los poetas no están acordes acerca del tiempo que las almas debían permanecer en ellos. En la *Encida*, parece indicar Anquises que, después de una revolución de mil años, las almas bebían las aguas del Leteo y volvían á habitar en otros cuerpos. Virgilio parece adoptar en este pasaje el dogma de la metempsícosis procedente de Egipto.

Los pueblos de Italia difieren de los griegos en que no creen las penas eternas sino para los grandes malvados: el suplicio de los demás cesaba después del tiempo prescrito por los jueces del Infierno. Nadie manchado con el vicio entraba en los Campos del placer y de la paz; pero el infeliz que sólo había sido débil, cuyo corazón había sufrido con los remordimientos, no era desterrado del Eliseo para siempre, y luego de haber sufrido un justo y necesario castigo, se le daba la tranquilidad y la dicha.

Elévase el palacio de Plutón en medio de los Infiernos, y desde allí rige su negro imperio sentado en un trono de ébano ó de azufre, cubierto con el casco que le regalaron los Cíclopes y ostentando barba espesa y rostro severo. En la diestra tiene un

cetro, una vara para conducir las sombras ó una horquilla de dos puntas. También dispone de una formidable espada, de la que á ruego de Júpiter suele usar para salvar la inocencia. Peleo, atado á un árbol en el monte Pelión, y expuesto á ser devorado por las fieras, según ordenó Acasto, vió cortadas sus ligaduras por el monarca de los Infiernos, que luego le prestó su espada para castigar á la mujer de su perseguidor. Del trono de este terrible dios parten los cuatro grandes ríos: el Leteo, el Cócito, el Aqueronte y el Flegetón, y á las órdenes de Plutón y rodeando su asiento, están las Euménides, las Parcas, y, según otros, también las Horas.

Las Euménides, llamadas Erinnas, de «desesperación», en Homero y Hesíodo, y Furias por los romanos, eran diosas infernales, hijas de la Discordia ó de la Noche, de la Noche y de la sangre de Saturno, según el último escrito citado, y de la Tierra ó de la Tierra y de las Tinieblas, conforme dice Sófocles. Al principio sólo debió de haber una furia encargada de perseguir á los malvados, Hécate, pero una Hécate tricéfala que luego revistió tres distintas formas, transformándose en otras tantas Furias: Alecto (la incesante), Megera (la Odiosa), Tisifona (la expiadora del asesinato). Eurípides añade otra, Lisa (la rabia), y los habitantes de Esmirna sumaron á las anteriores la Necesidad. Los romanos adoraron particularmente á Furina, considerándola como la primera de las Furias.

Todas ellas infunden insólito terror en la conciencia de los culpables. Siempre fecundas en la invención de horribles tormentos, persiguen á las víctimas inspirando en sus corazones raptos de desesperación, como sucedió á Orestes por haber dado muerte á su madre, y á Alcmeón, asesino de la suya. Por consejo de Juno persiguieron á la infeliz Io, amante de Júpiter, y luego tornaron frenéticos á Turno y al príncipe Amateo, para que luchasen con Eneas.

Dicen que Esquilo fué el primero que añadió las serpientes á la cabellera de las Furias á quienes describió con ojos siniestros y rostro horrible; pues antes no tenían nada de espantoso en sus estatuas.

Las Parcas también son divinidades infernales, y tienen negra habitación en el Tártaro; simbolizando así la obscuridad que

envuelve el porvenir, cuyo curso hilan. Ya hemos dicho que son tres, según Hesíodo: Cloto, que tiene en sus manos la rueca; Laqueris, que hila la existencia, y Atropos, que con unas tijeras corta el hilo. El monarca del Infierno las nombró sus ministros. Persuasivas y elocuentes, consolaron á Proserpina de la violencia que había sufrido, y lo mismo á Ceres por la pérdida de su hija. Rara vez escuchaban á los mortales: sólo Admeto pudo conseguir de ellas el poner á otra persona en su lugar cuando debía morir. Mientras que Mercurio saca de los Infiernos las almas que han de animar á otros cuerpos, las Parcas son las que guían á la luz, haciéndolos salir del Tártaro, á los héroes que osaron entrar en él, como Hércules, Teseo, Ulises, Perseo, Orfeo, que escribió la historia de este atrevido viaje, y, en fin, Eneas, que quiso ver á Anquises.

En algunos autores, las Parcas son las secretarias del cielo y las guardianas de los archivos de la eternidad. En las batallas disputan á las Keras (suerte, muerte) los guerreros heridos.

En el mismo palacio de Plutón tienen su tribunal los jueces infernales, Minos, Eaco y Radamanto, que juzgan á las almas destinándolas á suplicios ó venturas por toda la eternidad, según sus méritos.

Minos era hijo de Júpiter Asterio, rey de Creta, y de Europa. Gobernó su reino con gran equidad y sabiduría, y para dar más autoridad á sus leyes, se retiró durante diez años á una cueva donde decía que Júpiter su padre se las dictaba. Los poetas le hicieron después de su muerte juez soberano de los Infiernos.

Eaco era rey de Egina, y pasó por el príncipe más justiciero de su tiempo. Habiendo la peste desolado sus Estados, obtuvo de Júpiter que las hormigas se transformasen en hombres y llamó Mirmidones á sus nuevos súbditos. Su espíritu justiciero hizo que, después de muerto, se le colocase entre los jueces del Infierno, encargándole de juzgar á los europeos, así como á Minos y á Radamanto correspondían los asiáticos.

Radamanto era hermano de Minos, y habiendo reñido con éste, pasó á Licia ó á alguna isla del Archipiélago. Fué tal la opinión que se tuvo de su equidad que, cuando los antiguos querían expresar una sentencia justa, aunque fuera severa, la llamaban *Juicio de Radamanto*.

Ante estos jueces comparecían las almas, transportadas por Carón, hijo de Erebo y de la Noche. Un óbolo era el precio del pasaje por cada sombra que había de pasar al otro lado de la Estigia y del Aqueronte. En su barca admitía las sombras de los que habían sido privados de los honores de la sepultura, sólo después de haberlas dejado vagar sin compasión cien años por las riberas infernales. Ningún mortal podía entrar vivo en su barca sin presentarle el ramo de oro consagrado á Proserpina que entregaba la Sibila, y Carón sufrió prisión de un año por haber introducido en los Infiernos á Hércules, que no llevaba el ramo mágico. Esta fábula de Carón y de su barca procede de Egipto, donde se transportaba á los muertos al otro lado de un lago, á un sitio donde los hombres virtuosos eran enterrados y los malvados no tenían sepultura.

Guardían celoso del Infierno era Cerbero, perro de tres cabezas y otras tantas bocas, nacido de Tifón y Equidna. Era un monstruo cruel, de ladrido terrible y talla y fuerzas extraordinarias. Bien amaestrado en su oficio de guardián, dejaba entrar fácilmente en el fúnebre recinto; pero devoraba rabioso al que pretendía salir á la luz. Eneas tuvo que servirse del ramo de oro para apaciguarlo; Orfeo lo adormeció con los dulces sonos de su lira, y Hércules, para dar libertad á Alcestes, sólo atendió á la intrepidez de su valor, vencéndolo y aprisionándolo con cadenas.

No terminaremos este capítulo sin hablar de otras divinidades infernales, tales como el Sueño, los Sueños, la Muerte, los Manes, etcétera.

El Sueño es hijo de la Noche y hermano de la Muerte. Algunos le dan por hermana la Esperanza, por las promesas lisonjeras con que suele halagarnos. Orfeo ha colocado su ordinaria mansión á la entrada de los Infiernos, y, según Hesíodo, sale de estos parajes tenebrosos para recorrer tranquilamente la tierra. En Orfeo, el Sueño es hermano del Leteo, porque también lo hace olvidar todo. En Italia recibió los sobrenombres de *Consanguineus mortis*, hermano de la Muerte; *Conservator Vite*, conservador de la vida; *Noctivagus*, el dios que vaga por la noche. Los romanos distinguían al *Somnus*, sueño ligero, del *Sopor*, sueño profundo, esposo de la ninfa Pasitea que algunos

han incluido en el número de los Gracias. Orfeo y Tibulo pintan al Sueño con alas negras.

Los Sueños son hijos del Sueño, y son numerosos como las hojas de los árboles. Los principales son tres: Morfeo, Fobertor y Fantasía, que habitan palacios, mientras los demás andan entre el pueblo bajo formas tristes ó agradables. La diosa Brizo, que los preside, es la misma que Hécate. Están entre dos puertas que conducen á los Infiernos, una de marfil y otra de cuerno: por la de marfil salen los vanos sueños, las puras ilusiones; por la de cuerno salen los verdaderos sueños, que anuncian los bienes ó males reales. Los antiguos creían que durante la estación en que caen las hojas de los árboles, todos los sueños eran fantásticos.

La Muerte, hija de la Noche y del Sueño, según Homero, es la Libitina de los romanos. Según Hesíodo, tiene su residencia fija en el Tártaro; pero Virgilio la coloca ante las puertas del Infierno, donde Hércules la sujetó con diamantinas ligaduras cuando fué á libertar á Alceste. En Fenicia y España se le tributaron singulares honores, y los griegos rara vez la nombraban, temiendo renovar su siniestra idea y ver la imagen de la destrucción. Hesíodo le da corazón de hierro y entrañas de bronce, y los poetas antiguos la describían pálida y cárdena, vagando á nuestro alrededor con negras alas, rechinando los dientes, abierta la boca insaciable y señalando á sus víctimas con uñas ensangrentadas. Cuando cesó el uso de quemar los cuerpos empezó á representársela en forma de esqueleto.

Los Manes, genios ó almas de los muertos, son, según otros autores, divinidades infernales; pero ambas opiniones se concilian pensando que las almas de los difuntos han podido ser divinidades.



Genio del eterno reposo.

El nombre de Manes en Italia se atribuía particularmente á los genios benéficos y auxiliares, y su culto se extendió á todas las comarcas del Lacio. Cuando recibían la denominación de Lemures ó Remures, se les consideraba como genios irritados que causaban mal.

En todos los pueblos de la antigüedad se creía que cada persona tenía constantemente á su lado dos genios particulares: uno que se complacía en preservarla de los peligros, y otro que procuraba atormentarla. El nombre del primero era Lar y el del segundo Larva, y ambos derivados del *lar* etrusco, *Familiaris* en latín, el espíritu familiar. Los Larvas eran las almas de los hombres viciosos, condenados á vagar mucho tiempo para expiar sus crímenes.

Summano (*Summus Manium*), el Soberano de los Manes, es Plutón entre los pueblos del Lacio. Los etruscos le atribuían los rayos nocturnos y los que descendían en línea recta, pues los oblicuos aseguraban que salían de las manos de Júpiter. Él provocaba las tempestades nocturnas, más terribles que las diurnas, atribuidas al jefe de los dioses, porque la claridad disminuye el horror que inspiran.

Terminaremos esta larga relación dedicando algunas líneas á Pluto, dios de las riquezas. Algunos autores lo han confundido con Plutón, sin duda por haber éste explotado en España las minas. Pluto es otra divinidad infernal, y se le llama dios de las riquezas porque se extraen del seno de la tierra. Hesíodo le hace hijo de Ceres y Jasión, nacido en Creta, acaso porque sus padres se ocuparon siempre en la agricultura, origen de la verdadera riqueza. Aristófanés dice que, cuando joven, este dios tenía vista perspicacísima; pero que habiendo manifestado á Júpiter que sólo deseaba asociarse con la virtud y la ciencia, el Tonante le quitó la vista, celoso de la gente honrada. Luciano añade que desde entonces se acompaña casi siempre con malvados. Por eso se le representa bajo la forma de un anciano ciego, cojo y atado, que camina con paso lento, pero girando con vuelo rápido y llevando una bolsa en la mano.

II

Baco

(DIONISIO)

Número de Bacos, según Cicerón y Diodoro.—El nacimiento del dios.—Su educación.—El Tirso.—Expedición á la India.—Ciso y Luso.—Aventuras de Baco.—Acetes.—Ariadna.—Erigona.—Los juegos Icaríenses.—Otros viajes del dios.—Baco en el Infierno.—Baco en el Cielo.—Sus sobrenombres.—Su culto.—Sus fiestas: Dionisiacas, Bacanales ú Orgías.—Cómo se representa á Baco.—Baco, fundador del teatro.

Cicerón cuenta hasta cinco Bacos: el primero, hijo de Júpiter Ammón y Proserpina; el segundo, hijo del Nilo; el tercero, hijo de Caprio, rey asiático; el cuarto, hijo de Júpiter y de la Luna, y el quinto, hijo de Niso y Teona.—Diodoro de Sicilia los reduce á tres: el primero, que es el Baco barbudo, vencedor de las Indias; el segundo, que es el hijo de Júpiter y Proserpina, y se representa con cuernos, y el tercero, hijo de Júpiter y Semele, que es el Baco tebano.

De los citados hay uno, el primero, que merece especial mención: hijo de Ammón, se confunde con Osiris, y en él debieron inspirarse los griegos para formar su Baco tebano. Por lo menos se supone que Orfeo transportó su culto de Egipto á Grecia, y que, para honrar á la familia Cadmea, aplicó la fábula y

las ceremonias de esta divinidad egipcia á un príncipe de la familia de Cadmo.

La leyenda refiere del siguiente modo el nacimiento del dios del vino. Celosa Juno de su enamoradizo esposo, tomó la forma de Beroe, nodriza de Semele, princesa cadmea y amada de Júpiter, excitó la curiosidad de ésta durante la preñez y consiguió que exigiese á su amante una promesa: la de que se le presentaría un día revestido con toda la majestad de su grandeza. El Tonante prometió satisfacerla jurando por la Estigia, y aunque luego se arrepintió, ya no pudo eximirse de mostrarse á la imprudente Semele en medio de rayos y relámpagos. El palacio



Nacimiento de Baco.

de Cadmo fué devorado por las llamas, y la princesa también quedó consumida por ellas. Júpiter ordenó á Vulcano que retirase al niño Baco de las cenizas, é introduciéndolo luego en su muslo, lo retuvo hasta cumplirse nueve meses. Algunos mitógrafos dicen que fueron las ninfas quienes retiraron á Baco de las cenizas, lavándolo en un río y tomando á su cargo la educación del infante. Según Eurípides, queriendo Júpiter libertar á su hijo de los furios de Juno, lo colocó en una nube, donde lo tuvo como en guarda, y Eutato dice que fué criado en la India, en el monte Meros, que significa muslo, y de ahí quizá la fábula de que su padre lo tuvo en un muslo.

Sea como quiera, apenas nacido el alegre dios, su padre lo

entregó á su sobrina Ino, la cual lo educó con ayuda de las Horas, de las Hiadas y de las Ninfas, hasta que estuvo en sazón de pasar al cuidado de las Musas y del alegre Sileno. El odio que Juno le reveló toda su vida mostróse ya en esta su temprana edad; pues la diosa le envió mientras dormía una serpiente de dos cabezas para que lo matase. Por fortuna, Baco despertó á tiempo y arrancó la vida al monstruo asfixiándolo entre sus manos. Más adelante, siendo ya un buen mozo, su enemiga le inspiró una furiosa demencia que le hizo correr desatinado gran parte del mundo, hasta que en Frigia lo curó Cibeles de su locura; y otra vez estuvo á punto de ser víctima de unos piratas, como diremos muy pronto.

Las Ninfas le iniciaron en el conocimiento de las Bellas Artes, y singularmente en la armonía y el baile. Después se encargó de su educación el viejo Sileno, hijo de Pan y de madre desconocida, amigo de los dioses, espíritu indolente y jovial, satírico sin mordacidad y gran bebedor, siempre en ese punto medio entre la razón y la embriaguez, y al que todos los pintores han representado con paso incier-



Baco niño.

to, colorada la nariz y muy obeso, con cuernos unas veces, cola otras, ya montado en un pollino, ya á pie y apoyado en una vara cubierta de yedra y hojas de parra, llamada Tirso. De él descienden todos los Silenos ó Sátiros, pues la diferencia entre unos y otros sólo está en ser jóvenes aquéllos y viejos éstos.

Llegado Baco á su mayor edad, prestó á su padre grandes servicios en la guerra contra los gigantes. Terminada esta empresa, decidió llevar á la India la civilización y el arte de hacer el vino, acompañándole un brillante y singular ejército en el que formaban las Horas, las Ninfas, Pan y Sileno, Panes, Silenos y Fauniscos, los Cabiros de Samotracia, los Curetos y Coribantes, Aristeo, inventor de la miel. La India y todas las regiones orientales rindiéronse pronto á estos invasores que, en vez de blan-

dir lanzas y escudos, vencían con tirso y panderetas. De esta expedición se cuentan famosas hazañas, y de sus héroes han llegado hasta nosotros los nombres de Luso y Ciso: el primero poblador de Lusitania, hoy Portugal, según creen algunos autores, y el segundo que bailó con tal ardor en honor de su jefe Baco, que murió en el acto, y por su celo lo transformó el caudillo en la planta que se adhiere á la vid, á la cual dió su nombre, que en griego significa *hiedra*. Un mitólogo dice que antes de llegar Baco á la India cambió bruscamente de itinerario, dirigiéndose á Siria, y deteniéndose breve tiempo á orillas del Orontes, en la ciudad del rey Estafilo (racimo), padre de Botris (la uva), esposo de Meté (la embriaguez), que tenía por oficial primero de su palacio á Pitos (el tonel).



La India, sometida por Baco.

Terminada la conquista de la India, y amado por los mismos pueblos vencidos, Baco emprendió el retorno á Grecia, país favorito de los dioses. En Tiro hizo algunos regalos á Hércules, con quien luego empeñó una lucha que se decidió á su favor. En Berito disputó á Neptuno la mano de la hermosa Beroe, que Júpiter otorgó al dios de las aguas. Marchando luego á Creta, se detuvo en Naxos, durmiéndose en la playa. Unos piratas se sublevaron contra su capitán Acetes, excitados por Juno, y quisieron apoderarse del dormido para darle muerte; pero una súbita transfiguración reveló á los sacrílegos que iban á atentar contra un dios, y poseídos de terror se arrojaron al mar, quedando convertidos en delfines. Acetes empezó entonces á predicar que Baco era el hijo divino de Semele y fué elevado á la dignidad de gran sacerdote del dios.

Algunos autores refieren esta aventura á una época anterior, añadiendo que la que le acaeció en Naxos, á su regreso de la India, fué el encuentro con Ariadna, que ocurrió así: Al pasar con su nave por cerca de la isla, oyeron los navegantes dolorosos gritos de mujer. Compadecido Baco, arribó á tierra y en una roca se encontró á Ariadna, abandonada por el ingrato Teseo, después de darle ella el hilo que le guió por el laberinto, cuando el héroe fué á Creta para combatir con el Minotau-ro. Las desgracias de la hija del rey Minos enternecieron al conquistador del Ganges, enamoráronse ambos y la isla de Naxos vió celebrarse las bodas de los dos. Ella fué modelo de esposas, y él feliz con ella, hasta que llegado el plazo señalado por el destino á la vida de Ariadna, la arrebataron los dioses al cielo, donde brilla dando su nombre á una constelación.

Abandonando Naxos después de enviudar, regresa á su país natal, y los tebanos lo acogen con júbilo; pero Penteo, rey entonces de Tebas, se irrita contra el

nuevo culto y hace que Acetes ingrese en una prisión. Cuando llega la noche, se rompen por sí solas las cadenas que retienen al cautivo, y la puerta del calabozo se abre silenciosamente. Las tres hijas de Cadmo, en un acceso de frenesí, despedazan luego á Penteo en las Bacanales, creyéndole un novillo, y las Mineidas fueron transformadas en murciélagos por no querer interrumpir sus labores el día de las fiestas orgiásticas en honor del dios.



Una bacante.

En el Peloponeso le ocurre otra aventura amorosa. El rey Icario lo acogió benignamente; pero el dios no supo corresponder á su hospitalidad, porque dió en enamorarse á su hija Erigona, gentil doncella de quince años. Era ésta



Sátiro.



Baco.

muy aficionada á recorrer los campos, por lo cual la llamaban Aletis, la errante, y un día en que hacía mucho calor y ella se sentía muy cansada, quiso refrescarse comiendo uva en una viña próxima. Baco, que la observaba, y que muchas veces había visto rechazados sus anhelos por la discreta niña, se aprovechó de la ocasión para metamorfosearse en hermoso y tentador racimo que aun excitó más la sed de Erigona cuando lo vió, y por este ardid pudo gozar de la joven. Al poco tiempo marchó Baco en busca de nuevas aventuras, pero habiendo enseñado antes á Icarío el arte de hacer el vino; triste enseñanza para el rey, pues habiendo permitido á los Erígoras, sus vendimiadores, que bebiesen del rojo licor, creyéronse envenenados al sentir los trastornos de la embriaguez, y arrojaron á Icarío en un pozo. Erigona se puso á buscar inútilmente á su padre, hasta que una perra llamada Mera, le indicó el sitio donde estaba su cadáver, y fué tan grande el dolor de la huérfana que se ahorró en seguida. Gracias á la intercesión de Baco, Júpiter transportó al cielo á padre é



Baco y Proserpina.

hija: hoy es él Bootes ó el Boyero, ella una estrella de la Virgen, y la perra Mera figura entre las de la canícula con el nombre de Proción ó Sirio. En fin, en memoria de la narrada catástrofe, se instituyeron en Atenas los Juegos Icaríenses, que consistían en mecerse los hombres sentados en una cuerda floja ó columpio.

En Acaya, no lejos de Patrás, los Panes tendieron peligrosas emboscadas á Baco, y en Argos tuvo que sostener un empeñado combate con Perseo, en el cual perdió muchas bacantes. Mercurio bajó del cielo para reconciliar á ambos adversarios. En Delfos se le concedió el honor de compartir los oráculos con Apolo. En Egipto residió algún tiempo al lado del rey Proteo; en Tracia tuvo que castigarle el rey Licurgo, y Cibeles lo admitió en Frigia en las iniciaciones y misterios.

Como si sus andanzas en la tierra hubiesen sido pocas, aun quiso bajar al Infierno en busca de su amiga Erigona, según al-

gunos mitólogos, ó de su madre Semele, según otros. En el obscuro reino de Plutón se enamoró de Proserpina, pasando tres años al lado de ella, que sólo el amor podía retenerle tanto tiempo en tan desapacible región.



Baco beodo.

Tal fué Baco en la tierra y en el infierno. En el cielo, antes ó después de las aventuras narradas, tomó parte en la guerra de los dioses, como ya hemos dicho, metamorfoseándose en león y dando muerte á Rheco. Otros escritores dicen que los Gigantes mataron á Baco, pero que

Minerva recogió su cabeza, todavía palpitante, y se la presentó á Júpiter, quien la unió á sus dispersos miembros y le devolvió á la vida, luego que pasó tres días en el imperio de Proserpina.

Entre los muchos sobrenombres de Baco figuran los de Dionisio, Barbato, Biforme, Cadmeo, Ditirambio, Eleuterio, Melpómeno, Musageta, Naxio, Osiris, Sabecio, Sotero, Taurocéfalo, Taurófago, etc.

Culto de tan alegre dios tenia por necesidad que estar muy difundido en el mundo antiguo, y las fiestas que en su honor se instituyeron fueron muchas: las más nombradas son las Dionisiacas, las Bacanales y las Orgías. Los atenienses las celebraban con más pompa que los demás pueblos de Grecia, y consistían las ceremonias en procesiones conduciendo vasos llenos de vino y adornados con pámpanos; seguían detrás de la procesión las doncellas Canéforas conduciendo canastillos de oro llenos de



Sátiro y bacante.



frutas, de donde saltaban culebras aprisionadas que llevaban el terror á la gente; á continuación iban hombres disfrazados de



Fiestas dionisiacas.

Sátiros, Silenos y Panes gesticulantes. El Falo, como simbolo de la naturaleza reproductora, conducíanlo en largas pértigas los Falóforos, Sacerdotes del dios, entonando las *fálicas*, especie de



Fiestas dionisiacas.

estrofas libres; á éstos seguían los Itafalóforos, disfrazados de mujeres con trajes blancos, é imitando en sus movimientos á los

beodos. Por último, el Licnón ó aventador formaba parte tan esencial en los misterios de Baco, que sin él no tenía validez ninguna ceremonia.

Baco tenía los ojos negros como las Gracias; sus cabellos largos, rizados y de áureo color, descendían en trenzas ondeantes sobre sus espaldas, y su juventud era eterna como la de Apolo. Su vestido consistía en un manto de púrpura ó amarillo, y algunas veces pintaban sus estatuas con cinabrio. Comúnmente se le representa con cuernos, símbolo de la fuerza y del poder; ó porque en sus viajes iba cubierto con la piel de un macho cabrío. Quizá la disposición de sus cabellos ensortijados sobre su alta frente ha servido de pretexto para suponerle cuernos. Se le ve siempre coronado de pámpanos, de yedra ó de higuera, con aspecto de un joven alegre y lampiño, ya porque las personas ébrias caen en una especie de infancia, ó ya para denotar que el vino conserva á los hombres y vuelve á los viejos la vivacidad de la juventud; lleva en una mano racimos de uva, ó un cuerno especie de vaso, y en la otra un tirso del que se sirve para hacer brotar las fuentes de vino, y cuyos adornos son cintas que figuran odres. Tan pronto se le ve sentado en un tonel, como en carros tirados por tigres, leones ó panteras. Diodoro de Sicilia habla de un Baco de dos cabezas ó de dos formas. En varios monumentos también se le representa con dos cabezas unidas, la una que figura á Baco barbudo y la otra á Baco imberbe. También se le ve figurado con ambos sexos, y cuando está sentado sobre un globo celeste sembrado de estrellas, hay que tomarle por Osiris ó el Sol.

En fin, á Baco se atribuye la invención del teatro, y de sus misterios datan los primeros dramas conocidos, en los que la poesía, la música y la danza se mostraron hermanadas.

III

Jano

(FANES)

Su obscuro origen.—Su nacimiento.—Jano y Saturno.—El templo de Jano.—
Sus sobrenombres.—Cómo se le representa.

Sobre el origen de Jano no están acordes los mitólogos. Unos le hacen escita, otros originario del país de los perrebo, pueblo de Tesalia que habitaba á orillas del Peneo. Visconti afirma que el Jano de los romanos es una derivación del Fanes griego, que significa la primera cosa que ha aparecido en el mundo, pues entre las primeras divinidades, Fanes era la que simbolizaba el mundo salido del caos. También á Fanes se le llama Metis, porque no se creía deber privar de inteligencia al sér de quien emanan todos los demás, y Protógenos como la primera inteligencia creada.

Aurelio Víctor cuenta que Creusa, hija de Erecteo, rey de Atenas, fué sorprendida por Apolo, y tuvo un hijo que se crió en Delfos. Erecteo casó luego á su hija con Jifeo, que no pudiendo tener hijos de ella, fué en consulta al oráculo délfico. El dios le ordenó que adoptase al primer niño que viese al otro día, y de esta manera adoptó á Jano, hijo de su esposa Creusa.

Llegado el niño á su mayor edad, equipó una armada y

desembarcó en Italia, donde realizó muchas conquistas, y fundó una ciudad que de su nombre se llamó Janicula. Expulsado Saturno del Cielo, buscó hospitalidad en la corte de Jano, que le asoció al gobierno, como oportunamente dijimos. En pago de la buena acogida, Saturno dotó á su amigo de rara prudencia que le revelaba lo futuro, por lo cual se le representa con dos caras.

Plutarco nos da otra explicación del caso: «Era para enseñarnos que este príncipe y su pueblo habían pasado, por los consejos de Saturno, del estado salvaje al civilizado».

Jano enseñó á sus pueblos las divisiones del año, la náutica, el uso de la moneda, los principios de la justicia y á vivir felices bajo el amparo de sabias leyes. También les enseñó á honrar á los dioses, á rodear las poblaciones de muros, á labrar los campos y á cultivar la vid. Agradecidos los romanos á sus grandes beneficios, lo elevaron á la categoría de los dioses, y Numa le erigió un templo que permanecía abierto en tiempo de guerra y que se cerraba en época de paz. Durante el reinado de Numa cerróse por primera vez; luego, después de la segunda guerra púnica, y tres veces bajo el imperio de Augusto. En cambio, Varrón sostiene que el templo de Jano lo fundó Rómulo.

Acerca de este dios, se lee en los *Fastos* de Ovidio: «Los antiguos le llamaban el Caos, y sólo al separarse los elementos tomó la forma de dios. Tiene dos rostros porque ejerce su imperio sobre el cielo y la tierra y el mar: todo se abre ó se cierra á su voluntad. Él solo es quien gobierna la vasta extensión del Universo, y él solo hace girar al mundo sobre sus polos... Preside en las puertas del Cielo y las guarda de acuerdo con las Horas. El día y Júpiter no van ni vienen sino por medición de él... Observa al mismo tiempo el Oriente y el Occidente». Macrobio, por su parte, dice: «El solo nombre de Jano dice ya que preside las puertas, *janua*».

Entre los varios sobrenombres de este dios figuran los de Augusto, Bifronte, Clavífero, Conservator, Gémino, Matutino, Cuadrifronte, Quirino y Septimanio.

Se le representa comúnmente con una cabeza de dos rostros, ya, según varios autores, porque es el sol que por las mañanas abre las puertas del día y las cierra por la tarde, ya porque, pre-

sidiendo al primer día del año, veía el término del año anterior y el comienzo del siguiente. También suele llevar una llave en una mano, y una vara en la otra para indicar que es guardián en las puertas y que preside en los caminos. En las estatuas, con barba unas, sin ella otras, tiene los dedos plegados, representando el número 350, según Plinio, el 365, según Macrobio. Otros dividen la cifra última de esta suerte: el 300 en la mano derecha, el 65 en la izquierda.

El Amor ó Cupido

Su genealogía.—Las fieras lo amamantan.—Psiquis; su curiosidad y su odisea; sus nupcias con Cupido.—Anteros.—Himeros.—Nombres y atributos del Amor.

Hesiodo le hace hijo del Caos y de la Tierra; Simónides, de Marte y de Venus; Alceo, de Céfito y de la Disputa; Safo, de Venus y del Cielo; Séneca, de Venus y de Vulcano. Otros autores dicen que la Noche puso un huevo, lo empolló dióle vida al amor, que inmediatamente desplegó sus alas, remontándose sobre el naciente mundo.

Cicerón escribe en su tratado sobre la *Naturaleza de los Dioses*, que el amor era hijo de Júpiter y Venus, y que Cupido, nació de la Noche y el Erebo. Los griegos también diferenciaban al Amor y á Cupido, llamando al primero Eros y al segundo Himeros: uno, dulce é inspirador de los sabios; otro, violento y loco.

Al nacer el que los poetas tienen por hijo de Marte y Venus, comprendiendo Júpiter el daño que podría hacer, quiso que Venus se deshiciese de él. Para librarlo su madre de la aversión de Júpiter, lo ocultó en un bosque donde lo amamantaron las fieras. Apenas fué algo crecido, se construyó un arco de fresno y empleó el ciprés para flechas, ensayando en los mismos animales que lo criaban los tiros que luego había de destinar á los hom-

bres. Luego cambió su rústico arco por otro de oro, materia que también le sirvió para construir el carcaj. El día de sus famosas bodas con Peleo, Tetis obtuvo que Júpiter recibiese á Cupido en el Olimpo, entre los dioses patricios.

Aparte de sus infinitas travesuras con los dioses y los hombres, la principal aventura de Cupido fué sus amores con Psiquis (en griego, alma) que es una de las más bellas invenciones de la antigüedad.

La fábula de Psiquis no se encuentra en la mitología griega, y los pormenores que de ella se conservan debémoslos á Apuleyo. Hubo en una edad remota y en un país cuyo nombre se ignora, un rey que tenía tres hijas. Las dos mayores se casaron con unos príncipes que las igualaban en dignidad, y la más joven era tan gran dechado de perfección, que el pueblo la idolatraba y dió en erigirle templos, teniéndola por segunda Venus. Esta diosa se irritó contra su rival, y ordenó á su hijo Cupido que le procurase un amor indigno de sus prendas; pero en vez de castigarla, Cupido se enamoró de Psiquis apenas la hubo visto.



Amor tendiendo el arco.

Consultado el oráculo de Apolo sobre la suerte de la joven, contestó que no esperasen los padres un amor mortal para su hija, sino un dios deforme, temido de los dioses y del mismo Infierno, y que la expusieran en traje de boda en cierto monte, al lado de un precipicio. Hecho lo que el oráculo ordenó, y expuesta en el sitio indicado la cándida Psiquis, Céfito la arrebató en un rápido vuelo, depositándola en medio de un bosque donde había un suntuoso palacio, al parecer deshabitado:—¿Dónde estoy?—Preguntó la niña no viendo á nadie en las estancias ni en los jardines. Y una voz misteriosa le murmuró al oído:—«Donde eres amada y tus deseos se verán todos satisfechos». Y en efecto, como al conjuro de su capricho, resonaban concertadas músicas, ofrecíansele atavíos, joyas, banquetes... Llegada la noche, acudió el misterioso esposo para ejercer sus derechos. Psiquis al que esperaba monstruo, y aunque no lo veía, sen-

tialo dulce, enamorado, de bien proporcionadas formas. Cuando el día iba á venir, él se alejaba para no ser visto. ¿Quién era? ¿Cómo era? Psiquis le importunaba con súplicas y caricias para que se le mostrase cual era, pero él nunca accedía á satisfacer su natural curiosidad.—«¿No somos así felices?—decía. Pues no te atormentes queriendo saber quien soy; porque en el momento mismo de conocerme se destruiría nuestra felicidad»... Y sucedió que preocupados los padres de Psiquis por la suerte de ésta, enviaron á sus dos hermanas á que la buscasen. El misterioso amado sabia los males que estas dos mujeres podrían aportar y prohibió á Psiquis que les hablase; pero al verla muy triste se lo permitió al fin, y Céfiro introdujo á las dos hermanas en el encantado palacio. Psiquis les contó las dichas que gozaba, les



Cupido durmiendo.

hizo ricos presentes. Las dos reinas le tuvieron envidia, y al saber en la segunda visita que no veía á su esposo, dijéronle que el oráculo délfico había hablado de un monstruo, de una serpiente acaso, que acabaría por devorarla, si ella no lo mataba antes.

Aterrada Psiquis, y no pudiendo comprender por qué se recataba su esposo, admitió el pérfido consejo, y en la callada noche, mientras él dormía, se levantó del lecho para empuñar una espada homicida; al instante de tomar la lámpara observó con asombro que en vez de un monstruo era Cupido, el Amor mismo, quien á ella se unía. Despechada de haber desconfiado de su propia felicidad, quiere volver el acero contra su pecho, pero se le cae de la mano, y mientras contempla embelesada el arco y el carcaj del dios que están á los pies del lecho, una gota de aceite cae de la lámpara en la espalda de Cupido... Despierta éste y, al verse sorprendido por ella, levantó el vuelo... Psiquis le detiene por un pie; pero él sigue volando y la deja caer en tierra. Al pasar por un ciprés detiene el vuelo, y desde él la reprende severamente por su desconfianza, y reanudando su aéreo curso, desaparece pronto... Psiquis se desespera, reniega de sus

hermanas que tan mal la han aconsejado, y no queriendo vivir sin su amor, se arroja á un río. Las linfas la depositan dulcemente en la orilla; Pan acude á consolarla y le recomienda que aplaque á Cupido. Errante por el mundo, llega Psiquis á casa de una de sus hermanas, y le dice que, para vengarse el Amor, la ha amenazado con casarse con una de ellas. Movidá por la ilusión de ser ella, huye del palacio la reina y sube á una roca creyendo que Céfiro la conduciría como á Psiquis; pero cae al mar y perece. Psiquis se venga de igual manera de su otra hermana.

Entre tanto, sabiendo Venus que su hijo sufría, buscó á Psiquis para castigarla. Esta sigue siempre su camino en busca de Cupido, y al llegar cerca de un templo de Ceres recoge las dispersas espigas del campo para ofrecerlas á la diosa y que le preste su ayuda, pero ella le contesta que la única gracia que puede dispensarle, es no entregarla á su enemiga; Juno, que también la encontró implorante en uno de sus templos, le respondió de igual manera. Psiquis no desmaya por eso, se decide á buscar á Venus, en cuya compañía estará Cupido, y logra encontrarla. Indignada Afrodita al ver que más que en ella la joven se fijaba en su hijo, sube al Olimpo é implora al jefe de los dioses que mande á Mercurio traer á Psiquis,



El carro de Cupido tirado por gacelas.

pues ella no ha podido detenerla por habérsele presentado en actitud suplicante. Cuando la ve en su presencia, le rasga las ropas, le arranca el cabello, le golpea la cabeza, y formando un gran montón de trigo, cebada, mijo, adormideras, lentejas, habas y guisantes, le ordena separar los granos antes de la noche, dándole por únicas compañeras en su trabajo á la Tristeza y á la Solicitud. Psiquis no sabía qué hacer, pero unas laboriosas hormigas sacáronla del compromiso



Amor cautivo.

separando los granos. Venus le ordena en seguida que le lleve una vedija de lana dorada de ciertos carneros que pacían á las márgenes de un río y en lugares inaccesibles. En vez de cumplir la orden, la joven infeliz quiere arrojarse al río, cuando una misteriosa cañavera empieza á murmurar suaves sonos y le indica el camino por donde podrá llegar hasta la dorada vedija. Venus le prescribe que le lleve un odre lleno del agua negra que corre de una fuente custodiada por dragones, y un águila coge el odre, lo llena del agua negra y se lo presenta á Psiquis. La implacable enemiga deplora haber perdido parte de



Mercurio prende á Psiquis las alas del Amor encadenado.

sus gracias sufriendo por una enfermedad de Cupido, é impone á Psiquis que baje á los Infiernos á pedir á Proserpina que le presente una caja de sus afeites. Psiquis quiere otra vez darse muerte arrojándose desde una torre, cuando una voz secreta le dice que el camino de la región sombría está por el Ténaro, cerca de Lacedemonia; pero que debía llevar una torta en cada mano y dos monedas en la boca, dando una de éstas á Carón para que la pasara en su barca, y una torta á Cerbero para que la dejase entrar en la Corte de Proserpina. Dentro ya, sería acogida benignamente, más debía rehusar el banquete á que Proserpina la convidaría, limitándose á tomar asiento en el suelo y á comer pan moreno. Hecho lo que la voz le aconsejaba, recibió de Proserpina la caja deseada; pero al salir del Infierno, la curiosidad la

tentó, y quiso ver lo que había dentro, para reservarse una parte que aumentase sus propias gracias. ¡Desdichada! Dentro sólo había un vapor infernal y soporífero que la hizo caer aletargada, y no habría recobrado el conocimiento si Cupido, huyendo por una ventana del palacio de su madre, no acudiera devolviéndole el sentido con la punta de una flecha y encerrando en una caja los negros vapores huídos. Cupido voló en seguida al Olimpo para rogar al Tonante que le consintiese vivir con su amante Psiquis; Júpiter consintió, y llamando á ésta, le hizo beber la ambrosía, con que advino inmortal y, en presencia de todos los dioses, se celebraron sus nupcias con Cupido. Poco tiempo después la dichosa Psiquis



Psiquis.



El Amor y Psiquis.

dió á luz una niña que recibió el nombre de Voluptuosidad, y presidió á los placeres de los sentidos. Hablando de estos amores, escribe Carrasco en su *Mitología Universal*: «La idea primera de la fábula de Psiquis está basada en dos alegorías: la belleza del alma, rival de la del cuerpo, inspira el amor más tierno y vivo; la curiosidad temeraria que trata de profundizar los misterios más allá de los límites de la naturaleza humana, queriendo descorrer un velo sagrado, se vuelve funesta para los que ceden á sus inspiraciones. Vana puerilidad sería querer descubrir en cada episodio de estas aventuras un sentido alegórico. Las particularidades de la vida de Psiquis son juego de la imaginación, y Apuleyo, que las ha inventado en su *Asno de Oro*, del cual forman su más ameno episodio, no trató de presentar la filosofía bajo el velo poético».

Hermano y compañero de Cupido era Anteros (ante-Eros), que significa amor recíproco. Dicen los escritores antiguos que lamentándose Venus de que su hijo el Amor siempre fuese niño, le respondió Temis que no crecería mientras la madre no le diese otro hermano que le pudiese amar. Entoncés nació Anteros, en cuya compañía empezó Cupido á crecer; pero apenas aquél se alejaba, éste se transformaba otra vez en niño: graciosa manera de dar á entender que el amor acaba por extinguirse si no es correspondido por otra persona.

Los poetas han dado muchas denominaciones á Cupido: Mago, Sofista; Tirano, porque exige ser correspondido; Gémino, porque habita en el cielo y en la tierra; Ocúleo porque tiene su origen en la vista; Pandemos, porque lo domina todo; Fotos, é Hímeros, por el deseo que inspira...

Cupido suele estar representado en un niño desnudo, ciego ó con los ojos vendados; va siempre armado de arco y carcaj lleno de eficaces flechas, por su imperio sobre las almas. A las veces lleva una antorcha encendida, ó un casco ó una lanza. Cuando se le ve coronado de rosas indica efimeros deleites. En su aljaba tiene dos clases de flechas: unas de oro, que al herir producen el amor verdadero, y otras con puntas de plomo, que inspiran odio y aborrecimiento. Sus alas son azules, de púrpura ó de oro; en ocasiones, negras como las del cuervo. Cupido, como niño travieso, se divierte corriendo, saltando, trepando á los árboles, tañendo ó bailando. Aparece en el aire, en la tierra, en el agua, en el fuego. Cabalga sobre los animales, juega con Venus, medita sobre la cabeza de algún muerto, se sienta en las espaldas de Hércules y le abruma con su peso, él que tan ligero parece. Las Risas, los Juegos, los Placeres, le acompañan en los monumentos.

Tal es Cupido.

Genio

(DAIMÓN)

Significación de Genio.—El Genio y el Angel de la Guarda.—Otros genios.—
El Genio entre los caldeos.—Cómo se le representa.

Daimón ó Genio era hijo de Júpiter y de Electra, y se le adoraba como la causa generadora y activa del Universo, que propaga los seres y las cosas. Reputábanle también como autor de las sensaciones agradables y voluptuosas, por lo cual se decía *Genio indulgere*.

Según las adoraciones que recibió de los etruscos, se ha considerado á Daimón ó Genio como el númen tutelar de los hombres, el Angel de la Guarda, que hoy decimos. Al principio se creyó que sólo existía un Genio, pero acabó por multiplicarse su número, y así llegaron á tener su Daimón peculiar los imperios, las provincias, las ciudades, las personas, los lugares particulares. En Roma se adoraba al Genio público, ó sea á la divinidad protectora del Imperio. Se juraba por el genio de los emperadores, y el día de su natalicio se le ofrecían libaciones.

Algunos autores pretenden que se creía en dos genios inseparables: uno bueno, de color blanco, que inducía á practicar el bien, y el otro malo, de negro color, que aconsejaba las malas acciones.

De Daimón ó Genio, proceden otros muchos, siendo los más

notables los Junones, afectos á las mujeres; los Penates, númen tutelares de los reinos, provincias, ciudades, y hasta pequeñas poblaciones y familias, y los Lares, que protegían las casas. También recibían otras muchas denominaciones según su naturaleza y funciones: Alastores, los que, según Plutarco, aconsejaron á Cicerón el suicidio; Antiteos, enemigos de los dioses y de los hombres; Cubales, malignos y embusteros, que componían el séquito de Baco y le servían de bufones; Durios ó Efiáltos—los Pilori y los Íncubos de los latinos—que se ocupaban en asfixiar á las personas durante el sueño; Larvas, muy semejantes á los Larvas de que ya se ha hablado, que incitaban al crimen y á la desesperación; Natalís, ángel tutelar de las personas; Ondino, Ondina, genio elemental que mora en las aguas; Onocentaurro, genio maléfico, medio hombre y medio asno; Piraniste, intermedio entre el hombre y el bruto, tenue y sutil como las llamas, que se aparecía en las vías públicas y caminos, y al que los modernos llaman duende ó fuego fátauo; Pitón, que ayuda á conocer lo futuro; Súcubo, que con forma de mujer engañaba y seducía á los hombres.

Los caldeos se imaginaban que desde el cielo donde aparecía la luna hasta la morada del Sér Supremo, había muchos espacios, tales como el cielo de las estrellas fijas, el éter, el empíreo, y que estos espacios estaban habitados por Genios de diferentes órdenes, más ó menos perfectos según la distancia á que estaban del Sér Supremo. También creían que estos Genios bajaban á la tierra unidos á cuerpos aéreos que les servían de vehículo, pudiendo ver de este modo lo que sucedía en el mundo sublunar.

Sea cualquiera el carácter que se le atribuya al Genio, representábase en un joven hermoso y adolescente, con alas unas veces y otras sin ellas, ciñendo su cabeza una guirnalda de flores, y casi siempre con una copa en la mano ó con el cuerno de la abundancia. Cada persona sacrificaba á su genio en el día de su natalicio, ofreciéndole vino, flores, incienso, pero sin derramar nunca sangre. El mal genio se representaba bajo la forma de un viejo con larga barba, cabellos cortos y un buho en la mano.

DIOSES SUBALTERNOS

Los dioses subalternos — *dií minores gentium* — eran numerosos, como ya dijimos oportunamente, y su misión consistía en ayudar á los grandes dioses para mejor gobierno de la tierra y sus habitantes, siendo á manera de eslabones que unían á los Olímpicos con los hombres.

Para establecer algún orden en la exposición de estas divinidades subalternas, las dividiremos en cuatro grupos.

En el primero colocaremos á los que ejercen su ministerio desde el cielo: Temis y Astrea, Hebé, Ganímedes, las Gracias, la Fortuna, Como y Momo.

En el segundo figurarán los que imperan en la tierra: Pan, Palés, los Faunos y Fauniscos, Flora, Vertumno, Pomona y Quirón.

En el tercero figurarán los dioses marinos: Océano y Tetis, Nereo y Doris, la segunda Tetis y Peleo, los ríos y las Ninfas, Eolo, Proteo, Leucotea, Palemón, Glauco, las Sirenas, Escila y Caribdis, las Harpías y Circe.

En el cuarto, se comprenderá á los dioses infernales: Hécate, Némesis, La Muerte, El Sueño y Morfeo, la Noche y Harpócrates, prescindiendo de Pluto, los Manes y las Furias, así como de los jueces infernales, Minos, Eaco y Radamanto por haber hablado de ellos al tratar de Plutón.

Aun podría formarse un quinto grupo con los domésticos: Lares, Penates y Larvas, si no hubiésemos hablado de ellos suficientemente.

DIOSES SUBALTERNOS DEL CIELO

I

Temis y Astrea

La justicia absoluta y la justicia humana.—Significación y atributos de Temis y de Astrea.—La constelación de Libra.—Representación plástica de estas diosas.

Tienen unos á Temis por hija del Cielo y de la Tierra, mientras que otros la consideran nacida de Urano y de Titaia, siendo así hermana de Saturno y tía de Júpiter. Sobre su condición personal, también hay escritores antiguos que hablan de su castidad, y los hay que la hacen esposa del Tonante, al que dió tres hijas excelsas: la Equidad, la Ley y la Paz. Según Hesíodo, es madre de las Horas y de las Parcas.

En lo que todos los mitólogos están conformes es en presentarla enamorada de la justicia. Mientras reinó en Tesalia, estableció la administración, los sacrificios, las leyes religiosas y cuanto estimó necesario para conservar el orden y la paz entre los hombres, que la reputaron como diosa de la Justicia. También se dedicó al estudio de la astrología, que le comunicó el arte de predecir lo futuro. A su muerte, erigiéronse numerosos

templos, en los que se pronunciaban oráculos. Y ya transfigurada, ascendió al Olimpo y está sentada á la diestra del rey de los dioses para inspeccionar los banquetes que celebran los inmortales, y ella es la que aconseja que los hombres pidan lo que es justo, y preside sus convenios, tendiendo su mano protectora á los que cumplen sus compromisos lealmente.

La misma confusión existe sobre el nacimiento de Astrea. Tiénela unos por hija de Temis y Júpiter; otros, del Titán Astreo y de la Aurora ó Hémera (el Día), y, en fin, son bastantes los que la identifican con Temis, aunque conviene no confundirlas.

Para establecer esta diferencia, sostienen algunos mitólogos que Temis es el principio en que se sustenta la justicia, y Astrea la consecuencia ó, mejor dicho, la aplicación de la justicia misma; aquélla es la justicia divina, abstracta, y se la representa con los ojos vendados porque juzga conforme á principios absolutos é immanentes; la otra es la justicia humana, que en sus fallos ha de tener en cuenta las circunstancias que intervienen en la vida y en los actos de los hombres.

También dice la fábula que cuando los crímenes de que se manchaba la tierra obligaron á Temis á refugiarse en el cielo, envió á su hija Astrea, armándola con su propia espada y pres-tándole la balanza que usaba para pesar los decretos de los dioses. Durante algún tiempo habitó en las ciudades; los vicios la expulsaron de ellas y se refugió en las aldeas; pero también de éstas tuvo que ausentarse para vivir en los campos, últimos lugares donde habitó, según Virgilio. Como la corrupción también se difundiese por éstos en la edad de hierro, Astrea voló al cielo, como su madre, y formó entre las constelaciones zodiacales el signo Libra.

Tanto Temis como Astrea se representan de grave y hermoso continente, algo melancólicas, con la espada en una mano y en la otra la balanza, siempre en el fiel, para denotar la inalterabilidad de la justicia que simbolizan.

II

Hebé

El nacimiento de Hebé.—Hebé, diosa de la juventud y copera de los dioses.—Su unión con Hércules.—Sentido de esta unión.—La segunda juventud de Jolas.

Considéranla unos mitólogos como hija de Júpiter y de Juno; pero otros afirman que nació de ésta sola, sin el concurso de su esposo.

Se recordará que hablando de la altiva diosa, dijimos que, invitada á un banquete dado por el rubio Apolo, comió tanta cantidad de lechugas silvestres que, de estéril que antes era, se convirtió momentáneamente en fecunda, por obra y gracia de este sencillo hartazgo. Nueve meses después dió á luz á la bella Hebé.

Júpiter se regocijó mucho del nacimiento de Hebé, á la que tomó por hija suya, y, como la vió tan hermosa y rozagante, la diputó diosa de la juventud, y le confió el ministerio de servir el néctar á los inmortales, cargo que desempeñó hasta el día en que habiéndose dejado caer en actitud poco decente, fué destituida para que el joven Ganimedes ocupase su puesto. Juno la tomó entonces á su inmediato servicio dándole la misión de uncir su carro.

Más tarde, deificado Hércules, la tomó por esposa en el cielo, y tuvo con ella una gentil hija llamada Alexiaria y un robusto

garzón llamado Aniceto. El sentido de esa celeste unión es que la juventud suele hermanarse con la fuerza.

El único hecho notable que de Hebé se refiere es el de haber comunicado nueva juventud á Jolas, auriga de Hércules, gracia que mereció de la diosa por habérsela pedido su valiente esposo.

Hebé tuvo muchos templos en la antigüedad, y los artistas la han representado coronada de flores y con una copa en la diestra.

III

Ganímedes

Como ya hemos hablado de éste en el capítulo consagrado á Júpiter, remitimos allí al lector.

IV

Las Gracias

Su genealogía.—Número de Gracias.—Sus nombres.—Lo que simbolizan estas divinidades.—Una exclamación de Sócrates.—Prudente conducta de los espartanos.—Cómo se representa á las Gracias.

Eran hijas de Júpiter y Eurinoma; según otros, del Sol y de Eglé; algunos las creen nacidas de Júpiter y Juno, y más comúnmente se atribuye su paternidad á Baco y á Venus.

Casi todos los poetas hablan de tres Gracias: Aglae ó Eglé, Talía y Eufrosina. Sin embargo, los lacedemonios sólo reconocen dos, Cleta y Facna, y los atenienses admiten el mismo número, aunque denominándolas Auxó y Hegemona. En algunas comarcas griegas admitíanse cuatro Gracias, y Pausanias incluye

entre ellas á la Persuasión, dando á entender que el mejor modo de persuadir consiste en agradar. Homero y Estacio dan á una de ellas el nombre de Pasitea, y aunque se las tenía por vírgenes, el primero de estos poetas casa á una de ellas con Vulcano y á otra con el Sueño.

Estas divinas hermanas eran compañeras de Venus, á la que ofrecieron el famoso ceñidor que realzaba sus encantos, y los antiguos esperaban de ellas los mayores bienes, porque su poder se extendía á todas las delicias de la tierra. Los hombres recibían de ellas la gracia en las maneras, el genio ecuánime, la elocuencia, la liberalidad, la sabiduría amable. La más alta de sus prerrogativas consistía en presidir á las buenas acciones.

Crisipo escribe: «Las Gracias se llamaron en su origen Kharis, Khárites, que significa alegría, para indicarnos que sin olvidar los placeres, debemos hacer beneficios y estar agradecidos á quienes nos los hacen. Eran jóvenes como advertencia de que la memoria de un beneficio no debe envejecer jamás. También eran vivas y ligeras, para dar á entender que es preciso obligar con prontitud, y que un beneficio no debe hacerse esperar. Así, solían decir los griegos que una gracia que viene lentamente deja de serlo; lo que explicaban con un juego de palabras: frivolidad que no les disgustaba. Eran vírgenes para significar que, al hacer el bien, deben tenerse puras intenciones, sin lo cual se corrompe el beneficio, y que la inclinación al bien debe ir acompañada de prudencia y retención. Por esta segunda razón, viendo Sócrates á un hombre que prodigaba los beneficios á tontas y á locas, le dijo: «¡Los dioses te confundan! Las Gracias son vírgenes y tú las conviertes en cortesanas». Se tienen cogidas de las manos para indicar que por medio de los beneficios mutuos debemos estrechar los vínculos de nuestra unión recíproca. En fin, danzan en círculo, para enseñarnos que debe haber una circulación de beneficios entre los hombres, y además que, por medio del agradecimiento, el beneficio debe volver naturalmente al lugar de donde ha salido».

Parece ser que el culto de las Gracias se inició en Samotracia, de donde pasó en seguida á Grecia y más adelante á Roma. Créese que Eteocles, rey de Orcomenia, fué el primero que les erigió un templo, aunque los lacedemonios quisieron recabar tal

gloria para Lacedemón, su cuarto rey. Los espartanos tenían costumbre de sacrificar á las Gracias y al Amor antes de entrar en batalla, para significar así que debían emplearse todos los medios amistosos de arreglo antes de pelear. También se celebraban en su honor las fiestas llamadas Kharisias, de Kharis, Gracia.

En las innumerables estatuas que de ellas se hicieron están representadas como jóvenes de escasa edad, de talle esbelto, desnudas, el cabello anudado y dándose las manos en actitud de bailar, ó bien levantando un brazo por encima de la espalda y la cabeza, en tanto que el otro, dulcemente inclinado, busca la mano de la hermana inmediata. A veces, una de ellas apoya sus manos en el cuello de las otras. En algunas estatuas se las ve teniendo la primera una rosa, la segunda un dado para jugar, y la tercera un ramito de mirtó. Cuando los emblemas eran una flor, un lirio, una manzana, denotaban las tres estaciones de los antiguos; pues hay que advertir que algunos mitólogos confunden las Gracias con las Estaciones. En fin, una idea gentil es la de las tres hermanas en medio de los Sátiros.

Para terminar, era opinión en los tiempos clásicos que la morada de estas diosas eran las márgenes risueñas del Cefiso y por eso solía llamárselas diosas del Cefiso ó del Orcomeno.

La Fortuna

Sus atributos y funciones.—La buena y la mala Fortuna.

Ignórase el origen de esta inflexible diosa, y hasta se ha observado que no era conocida en los tiempos más antiguos de Grecia, pues de ella nada nos dicen Homero ni Hesíodo. Es singularmente significativo el silencio del primero, porque, dada la naturaleza de sus poemas, habríala citado si en sus tiempos tuviese ya vida en la mente griega.

Los poetas posteriores la pintan tal como aún nosotros la concebimos, es decir, ciega y calva, con alas en los pies, uno sobre una rueda giratoria, el otro en el aire. También se la ha representado con un sol y una media luna en la cabeza, para indicar que, como estos astros, la Fortuna preside á todo lo que pasa en la tierra. También le han dado un timón, y á veces tiene un pie en la proa de una nave, como presidiendo las inciertas cosas del mar. Por medio de unas abrazaderas y soldaduras de plomo ardiente, va ligando á los hombres y las cosas con indisolubles lazos, y con poderosas



Fortuna.

cuñas de hierro rompe y desata por otras partes lo que parecía estar unido para siempre.

Sus funciones consistían en dispensar bienes é infligir males á los hombres dentro de los límites que el Destino le prescribía, y sin responder á otra ley que á su ciego antojo, y así la adoraban unos por temor, y otros por agradecimiento.

En las representaciones plásticas que de la Fortuna se han hecho, la buena se ve sentada, el brazo derecho apoyado en una rueda, y en la mano izquierda un cuerno de la abundancia. La mala Fortuna aparece bajo la figura de una mujer expuesta en una nave sin mástil ni timón y con las velas rotas por la violencia de la tempestad.

VI

Como y Momo

El dios de las burlas.—Pesadas chanzas de Momo.—Las fiestas orgiásticas dedicadas á Como.—Representación plástica de estos dioses.

Los mitólogos tienen á Momo por hijo del Sueño y de la Noche. Era un satírico que nada encontraba perfecto. Hasta los Olímpicos fueron objeto de sus burlas.

Elegido por Neptuno, Vulcano y Minerva para que juzgase sus obras, las consideró todas defectuosas. A Neptuno le dijo que debió poner al toro las astas delante de los ojos para mejor herir, ó al menos, en las paletillas, para que pudiese dar más eficaces golpes. La casa de Minerva le pareció mala, porque era demasiado pesada para ser trasladada de una parte á otra cuando se topaba con malos vecinos. Respecto al hombre, obra de Vulcano, habría preferido que tuviese una ventana en el corazón para que pudiesen verse sus recónditos pensamientos é intenciones.

Su espíritu crítico llegó al extremo de encontrar defectuosas las sandalias de Venus, pero guardó silencio sobre lo demás de la diosa por respeto.

Expulsado del Olimpo por sus bufonadas, descendió á la tierra, donde se le representa con una máscara, llevando en la mano un bastón coronado por una muñeca, atributo moderno, que no debe remontarse más allá de la Edad Media, pues no se encuentra en los monumentos antiguos.

Como es el dios de la alegría, de los banquetes, del tocador y de los bailes nocturnos. Los jóvenes disolutos le tenían por su deidad predilecta, y cubiertos con máscaras, corrían en su honor por la noche á la luz de las antorchas, la cabeza ceñida de flores y acompañados por mujeres alegres, con las que bailaban al són de múltiples instrumentos.

Estas fiestas orgiásticas empezaban al anochecer, ordinariamente después de la cena, y acababan de madrugada.

A Momo se le representa en la flor de la juventud y exuberante de fuerzas; el vino le había encendido la color. En la diestra llevaba una antorcha encendida, emblema de la vida, y un palo en la siniestra para defenderse de las nocturnas agresiones. En algunas estatuas se le ve con una copa de oro y un plato de frutas.

La estatua del fuerte y varonil Como se colocaba en la habitación de los recién casados sobre un pedestal adornado de flores.

DIOSES SUBALTERNOS DE LA TIERRA

I

Pan

Su incierto origen.—Sus empresas amorosas.—La siringa.—Eco.—Narciso.—
Certamen de Pan con Apolo.—Sobrenombres, culto y representación plástica de este dios.

Como el de tantos otros dioses, el origen de Pan es extremadamente confuso. Según Epiménides, Pan era hermano de Arcas, y ambos hijos de Júpiter y la ninfa Calixto. Los griegos le creían nacido de los amores entre Júpiter y la ninfa Timbris, aunque otros la llaman Hibris y Ceneis. No faltan mitólogos que le suponen hijo de Rhea, que le tuvo de Saturno y aun se dice que de Urano. Para que la confusión sea mayor, hay quien atribuye su paternidad al Eter, que tuvo por esposa á una desconocida nereida. También se dice que Mercurio lo hubo con la ninfa Driope, á la que otros sustituyen con Penélope, esposa de Ulises, sorprendida por el dios metamorfoseado en macho cabrío.

En fin, para terminar esta incierta enumeración, añadiremos que algunos mitógrafos admiten la existencia de dos Panes: uno, hijo de Sosa, ninfa de las montañas, y otro nacido de Penélope, ninfa de las llanuras.

Por la significación que en la Odisea tiene Penélope como

personificación de la fidelidad conyugal, choca la leyenda mitológica que la supone concibiendo á Pan mientras su esposo Ulises combatía ante los muros de Troya. Según esta leyenda, Penélope lo tuvo de sus secretos amores con todos los príncipes griegos que solicitaron su mano durante la ausencia del rey de Itaca. Por esta múltiple paternidad recibió el nombre de Pan, que significa todo. Mas fueran quienes fuesen sus padres, este dios, de fea catadura en cuanto hombre que era en el cuerpo, y desagradable aspecto, como macho cabrío, que de tal tenía piernas y cornamenta, reunía en su persona todos los vicios de la naturaleza física y apetitos brutales. Con salvaje alegría vivía en medio de los bosques entregado á sus placeres rústicos ó lascivos. Cuando la seducción no bastaba para satisfacer sus deseos, sin escrúpulo alguno acudía á la fuerza, aunque no siempre con éxito, y de ello es prueba la historia de la ninfa Siringa, una de las que servían á Diana. Perseguida por Pan, llegó hasta las orillas del río Ladón, su padre, quien la transformó en verde caña. Del tronco de ésta cortó el dios siete tubos desiguales, que unidos paralelamente unos á otros, formaron el primer instrumento músico de viento, conocido desde entonces con el nombre de la casta ninfa.

Más tarde fijó su amor en Pitys, ninfa de singular hermosura; Boreo, también apasionado de ella, en un raptó de celos la precipitó desde una elevadísima roca, y los dioses, compadecidos de su caída, la transformaron en pino: desde entonces Pan ciñe por lo común una guirnalda de este árbol.

Diéronle fama sus empresas amorosas, especialmente la historia de sus relaciones con la ninfa Eco, una de las inmortales vírgenes que servían á Juno. Parece ser que Eco, faltando á lo que á su señora debía, se puso de parte de Júpiter en las infinitas infidelidades que á su esposa hacía, y para entretenerla, evitando con esto que advirtiese las ausencias de su marido, Eco abusaba con frecuencia de su facundia y bella elocución. Una vez descubierta la superchería, Juno, vengativa como siempre, desterró del Olimpo á la infiel doncella, condenándola además á no poder hablar sino preguntada, y aun así brevemente, repitiendo las últimas sílabas del discurso de la persona interpellante.

Suplicio fué aquél doloroso, para quien del hablar hacía de-

leite; pero aún reservaba el Destino otro mayor á la infeliz ninfa, llevándola á enamorarse del bello é insensible Narciso, cuyo



Pan.

origen y carácter diremos en unas cuantas palabras. Prendado el numen del río Cefiso, uno de los del Atica, de la beldad de la

Oceánida Liriope, y no pudiendo saciar con voluntad de ella sus deseos, envolvióla en sus aguas, resultando de aquel ayuntamiento un hermoso mancebo, *por el amor mimado*, llamado Narciso. Amábale su madre con frenesí, y deseando saber si llegaría á la vejez, preguntóselo al famoso adivino Tiresias, quien respondió, *que sí llegaría* con tal que nunca se conociese á sí propio. Pareció entonces descabellada la respuesta, pero los sucesos posteriores la justificaron plenamente.

Ya hemos dicho cómo Eco se prendó de la beldad de Narciso; réstanos añadir que, salvando el amor propio, declaró su amor al doncel, quien tan descortés como ingrato, rechazó su encantador ofrecimiento. Desolada la ninfa, se retiró á las hondas cavernas de los montes, sin dejarse ver de nadie, reduciéndola la fuerza de su dolor á incorpóreo y vaporoso acento.

Tan lamentable suceso provocó contra Narciso el odio de todas las ninfas compañeras de Eco, y las quejas de éstas, decidieron al Amor á vengar cruelmente el agravio que á la hermosura femenina infería el hijo de Cefiso.

La predicción de Tiresias se cumplió: una tarde, llegando Narciso cansado á orillas de cierta fuente, hízole el Amor contemplarse en ella retratado por primera vez, vista que originó en el doncel tan loca pasión por su propia persona, que por no dejar de verse en el espejo que la Naturaleza le ofrecía murió de hambre, con absoluta y elegante resignación. Los dioses le transformaron en la flor que lleva su nombre y fué por los antiguos consagrada á las Euménides.

Volviendo á la historia de Pan, diremos que al principio fué desgraciado en sus pretensiones respecto la á desconsolada Eco, teniendo que contentarse por mucho tiempo con obligarla á responder á su voz en los montes y cavernas que llamando recorría; mas á fuerza de constancia y tenacidad la hizo al fin madre de Frinx. Por último, se casó con la ninfa Alceiroe, y con ella vivió en buena paz y armonía.

Según la leyenda, Pan acompañó á Baco en su expedición á la India, mandando una parte del ejército, como lugarteniente del dios de los beodos, y entonces se dice que inventó el orden de batalla, y la división de las tropas combatientes en tres cuerpos ó falanges, llamados ala derecha, ala izquierda y centros.

En la guerra con los Titanes, les hizo huir, valiéndose de la estratagema siguiente: habiendo encontrado en la orilla del mar grandes conchas ó caracoles, sopló en ellos fuertemente, produciendo un ruido tan terrible, que los Titanes asustados escaparon precipitadamente. De ahí el *terror pánico*, expresión que en todas las lenguas significa un miedo superlativo, cuya causa se ignora.

En un certamen musical, luchó con Apolo, pero sin éxito, pues la lira venció á los instrumentos de viento, pero más afortunado que el sátiro Marsias, no fué desollado vivo á pesar de su derrota.

El Peloponeso, y sobre todo, la montañosa Arcadia fueron la cuna del culto de Pan. Atenas, algún tiempo antes de la batalla de Maratón, ignoraba su nombre: el dios apareció un día y prometió su ayuda contra el ejército de Darío, si se le daba un lugar en el templo. Así se hizo, estableciéndose en su honor un sacrificio anual, que comenzaba á la luz de antorchas. En el monte Lyceo, donde se pronunciaban oráculos, se celebraban las fiestas Lyceas, como acto de su culto, las que tiempos después Evandro dió á conocer en Italia con el nombre de Lupercales, por ser Luperco el dios Pan.

Tuvo varios sobrenombres, entre los cuales mencionamos, por ser los más corrientes: Agreo, Arcadio, Lampeo, Luperco, Lyceo, Menalío y Scoleto.

Para terminar, diremos que es preciso distinguir el Pan de los griegos, del Pan de los egipcios: éstos lo consideraban como el gran Todo, la Naturaleza, el Universo entero, y teniéndole colocado entre los dioses de primer orden, celebraban sus fiestas con la mayor solemnidad. Lo representaban bajo la figura de un macho cabrío, emblema de la fecundidad y principio de todas las cosas; sus cuernos significaban el sol; su rostro vivo y animado, la brillantez de los cielos; la estrella que tiene en el estómago, el firmamento, sus piernas erizadas de pelo la parte inferior del Universo, es decir, la tierra.

Pan está figurado en las medallas de Panópolis, villa de Egipto, donde tuvo un culto muy célebre, así como en las de Messana, Pella, Tesalónica, Arcadia y Megalópolis.

II

Pales

La diosa de los pastores.— Las fiestas Palilias.

El origen de esta diosa no es más conocido que el de Pan. Se la supone de origen latino, y como los habitantes del Lacio carecían del genio artístico de los pueblos helénicos, la Fantasía no ha aportado ninguna poética leyenda sobre la vida de Pales.

Virgilio y Ovidio la han cantado en sus poemas. Juntamente con Pan, ejercía el imperio protector sobre los campos y los pastores latinos. Éstos la adoraban en una estrella de la constelación de la Osa, por cuyo curso graduaban las horas nocturnas.

Las fiestas Palilias, que se celebraban el 21 del mes de Abril, aniversario de la fundación de Roma, estaban consagradas á la diosa, y aunque en la solemnidad interviniesen otras clases sociales, en puridad eran los pastores los que tenían preferente derecho en la organización de los sacros festejos.

Ese día se extraía un becerro de las entrañas de una vaca, se le quemaba, y con sus cenizas se mezclaban variados perfumes y sangre de caballo. Luego se encendían tallos de habas, volvía á quemarse aquella mixtura, y con el polvo resultante se purificaba el pueblo.

Los pastores practicaban después otra purificación en su ganado, quemando dentro del redil azufre mezclado con ramas de laurel, pino, romero y sabina, limpiando previamente al rebaño con baños y abluciones.

A esto seguía un sacrificio de leche, vino cocido y mijo; cerrándose la fiesta con un banquete. Por la noche se encendían grandes hogueras de paja y heno, y al son de las flautas, címbalos y panderos los pastores, alegres, saltaban sobre las llamas.

III

Fauno y los fauniscos

Variedad de caracteres con que nos presentan á Fauno los autores.—Los Faunos, divinidades campestres.—Representación plástica de los Faunos.

A Pico, nieto del viejo Saturno y rey del Lacio, se atribuye la paternidad de Fauno, que le sucedió en el gobierno de los latinos. Otros lo suponen nacido de los amores de Júpiter y la ninfa Circe, y no faltan los que atribuyen su paternidad á Mercurio y á Marte.

Como personaje que ha tenido remota existencia histórica y se ha hecho legendario en la fantasía de los hombres, hablan de él algunos escritores antiguos como Virgilio, Horacio y Dionisio de Halicarnaso, refiriendo su reinado al siglo XIII antes de Cristo.

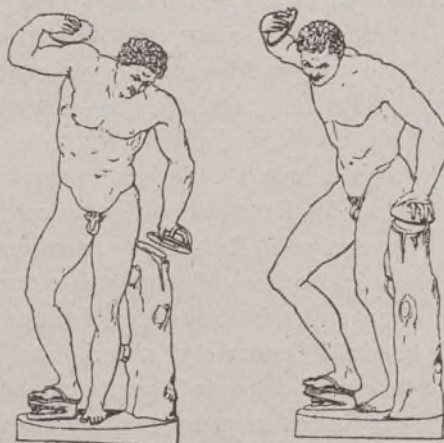
Rey ilustre y sabio, mejoró las costumbres de su pueblo introduciendo el culto de los dioses, estableciendo reglas para su ejercicio y erigiendo templos ó «fana». Por orden suya se levantó uno á Pan sobre la cumbre del Palatino.

En la Eneida se le ve recibir humanamente al sabio Evandro después de la destrucción de Troya, y ofrecerle un extenso territorio para que se establezca y funde á Palancia, que, andando el tiempo, había de transformarse en la opulenta Roma.

Como personaje fabuloso, acompañó á Baco en su famosa expedición á las Indias, si hay que dar crédito á Nonno, y elevó

al rango de los inmortales á su padre Pico y á su madre Cante.

Como dios, el mismo es patrono de los pastores, y también



Fauno danzando.

profeta que comunicaba sus oráculos á los hombres, á la vez que su esposa Fauna ó Fatua los dispensaba á las mujeres.

Algunos autores antiguos le reputan dios infernal y de la



Satiro y Fauno.

peste, y á él atribuyen las visiones que aterran y las voces sobrehumanas. Esta semejanza con el carácter que se le atribuye más arriba, da verosimilitud á la opinión de los autores que admiten la existencia de dos Faunos.

Cuando murió su esposa Fauna se unió á la ninfa Marica, y de ella hubo á Latino. También se dice que éste era hijo de Hércules, que lo engendró en una joven que dió por esposa á Fauno cuando ya estaba embarazada. Las fiestas latinas dadas en su honor eran las Faunales. Le estaban consagrados el pino y el acebuche.



Silvano.

En su carácter de dios ó rey pastor, dicese que de él descienden los Faunos ó Fauniscos; pero se ignora quién pudo servirles de madre. Eran los Faunos divinidades campestres de los prados y las llanuras, y en esto se diferencian de los Sátiros, Silenos y Silvanos que imperaban en los bosques. Los Faunos habían heredado del padre el dón profético, y recibían su principal culto de la gente campesina.

En los monumentos antiguos se les representa profusamente con grandes orejas y aun con orejas cabrunas, rematándose su columna dorsal en un rabillo. Procuraban los artistas darles aspecto rústico, en armonía con los lugares que habitaban, y de ordinario les ponían grandes verrugas colgantes bajo las mandíbulas. Vestíanlos con pieles de cabra ó de pantera, y los coronaban de pámpanos ó de pino entreverándose con racimos. En la frente les apuntaban agudos cuernecillos, y con ellos los describen los poetas clásicos.

IV

Flora

(CLORIS)

Virginidad de la diosa de las flores.—Las Floralia.—La diosa y la cortesana.—
Representación plástica de Flora.

Era la bella Flora, en un principio, una de las diosas que presidían á los trigos.

Los griegos la llamaban Cloris—nombre que recibió de las Gracias—y la consideraban como una de las ninfas que tuvieron su asiento en las islas Afortunadas.

Dícese que enamorado Céfito de la hermosa Cloris, la raptó un día y la hizo su esposa; pero que ella conservó siempre el tesoro de su donceller. Luego recibió el imperio de las flores.

Los griegos importaron su culto en Italia, y los sabinos, que le tributaron singular reverencia, la tenían como deidad autóctona. El rey Tacio fué el primero en establecer su adoración en Roma, decretando en su honor los Juegos Florales ó Floralia, que al principio sólo se celebraban en años de mala cosecha para hacer propicia á la diosa. Hacia 580 de la fundación de Roma se hicieron periódicos y anuales, por haberse sucedido varios años estériles.

Una cortesana romana llamada Flora, y, según otros, Laren-

cia, dejó toda su fortuna al pueblo romano, por lo cual fué elevada á la categoría de las divinidades, y su culto se confundió con el de la diosa Flora. Las fiestas Florales adolecieron en adelante de análoga confusión. Eran primitivamente ingenuas, y á ellas concurría la juventud sencilla. Luego degeneraron en espectáculos obscenos, que se celebraban en el circo de la calle



Flora.

Patricia, de noche y á la luz de las antorchas. Los cantos que se entonaban eran depravados, las cortesanas se mostraban desnudas, y todos danzaban frenéticamente al son de la flauta. Catón tuvo un día que salir del circo por no presenciar tanta liviandad, según refieren algunos escritores romanos. Las multas impuestas á los confesos de peculado se destinaron á fomentar estas fiestas.

A la Flora ingenua se le elevó un templo frente al Capitolio y los focenses de Marsella le erigieron otro.

En los monumentos antiguos se la representa con los rasgos de una joven y hermosa ninfa coronada de flores, y llevando en la mano izquierda un cuerno de la abundancia desbordante de flores. A veces se muestra con túnica talar y manto. La de la Galería florentina está casi desnuda, y lleva en la mano un ramillete de frescas flores. La del palacio Farnesio va más vestida.

Sus sacerdotes recibieron el nombre de Florales.



Vertumno y Pomona

Los cambios del tiempo y la fecundidad de la Naturaleza.—Una divinidad campestre popular en el Lacio: Silvano.—Las tres advocaciones de Silvano.—Silvano-Pan.

Dios de los jardines y de los pastores, presidía el Otoño y, según otros, el año. Es divinidad de origen etrusco. Se enamoró de Pomona, personificación de la Naturaleza productora de los frutos vegetales, representada en la figura de una bella ninfa coronada de pámpanos. Para seducirla, tomó primero la forma de un gentil adolescente, después la de un gallardo mancebo, más tarde la de un robusto segador, y por último, la de un viejo. Rindióse al fin la ninfa, y Vertumno, aunque no renunció á su facultad de variar de formas, bajo todas ellas permanece fiel á su amada.

Algunos mitólogos consideran esta fábula como una ingeniosa explicación de cómo las cuatro estaciones del año concurren á la formación de los frutos.

El poeta Propertio, en uno de sus más hermosos pasajes, describe á Vertumno dándole figura de jardinero, y dice que primitivamente se le representaba bajo la forma de un tronco de arce apenas desbastado; más tarde, una verdadera estatua del dios se veía en el vico de Tusco, de donde su culto era ori-

ginario. En cuanto á los amores de Vertumno y Pomona, están deliciosa y poéticamente narrados en las *Metamorfosis* de Ovidio.

Parece que el culto de la diosa Pomona correspondía origi-



Vertumno.

nariamente á una divinidad masculina, *Puermunus*, que se identificó en época posterior con Vertumno, apareciendo al fin caracterizada Pomona como deidad de los árboles frutales propiamente. Pero es de advertir que la mayoría de las estatuas greco-romanas de Pomona representan, en realidad, una personificación griega del Otoño bajo figura femenina.

* * *

Entre las divinidades campestres merece también especial mención Silvano, divinidad muy antigua y popular en el Lacio. Como Fauno, Silvano era un dios de los campos, que protegía más especialmente, á lo menos en un principio, los bosques: su nombre deriva directamente de la palabra *silva*, selva. Pero su protección se extendía también á los pastores, á los rebaños, á los campos cultivados y á quienes los cultivan, á las plantaciones, á los jardines. Los cazadores le invocaban, y cuantos cultivaban la tierra veían en él un protector de su casa; llamábasele á veces *Lar agrestis*, lar campestre, y los linderos de las propiedades rurales se ponían á menudo bajo su amparo.

Se honraba á Silvano bajo la triple advocación de *Silvanus domesticus*, *Silvanus agrestis* y *Silvanus orientalis*.

Silvano doméstico protegía especialmente la casa; Silvano agreste presidía los trabajos del campo, los rediles, todas las manifestaciones de la vida agrícola y pastoril; Silvano oriental era el dios de los linderos, de los términos á partir de los cuales comenzaba la propiedad del latino que le rendía culto.

Se representaba á Silvano dándole la figura de un anciano de fisonomía apacible y jovial. Sus atributos más frecuentes eran la hoz y un renuevo de árbol, ordinariamente ciprés ó pino. El compañero favorito del dios era el perro.

Se le sacrificaban á Silvano cerdos, se le ofrecían libaciones de vino y leche y se le ofrendaban espigas y racimos. Este dios campesino, cuando las fábulas de la mitología griega se conocieron en Roma, fué identificado con Pan.



Pomona.

VI

Quirón y los centauros

Una escuela en una gruta.—La ciencia infusa de Quirón.—Ilustres discípulos que este sabio tuvo.—Un medicamento ineficaz.—El Sagitario.—La raza fabulosa de los hombres-caballos.

Entre las muchas infidelidades con que en los tiempos de su mocedad ofendió Saturno á Rhea, se cuentan sus amores con Filira, ó Filgre, según Plutarco. Esta bella Oceánida, tan frágil como sus hermanas en asuntos de amor, dió oídos á las seductoras palabras del padre del Tonante. Quiso el destino adverso que en la primera cita que de ella obtuvo su divino amante, los sorprendiese la celosa Rhea, y que Saturno, por evadirse al justo enojo de su esposa, súbitamente se transformase en caballo. Huyó Filira á los montes Pelasgos, donde, llegado el término de su trabajo, dió á luz un monstruo, mitad hombre, mitad caballo, que se llamó por la especie Centauro, y Quirón como individuo. En vano hizo Saturno de su hijo el más sabio de los vivientes inspirándole ciencia infusa, en medicina, magia, arte de adivinar lo futuro, astronomía y música. Filira, su madre, no acertando á consolarse de haberle dado á luz, imploró de los dioses que pusieran término á su pena, y ellos, condolidos, la transformaron en el árbol que se llama tilo.

Luego que Quirón fué crecido, se retiró á los montes y á los

bosques, en los cuales, cazando con Diana, adquirió el conocimiento de los simples y de las estrellas. Vivía este centauro antes de la conquista del Vellocino de oro y del sitio de Troya. Su gruta, situada al pie del monte Pelión, vino á ser la escuela más famosa de toda Grecia. Según Jenofonte, tuvo como discípulos á Céfalo, Esculapio, Peleo, Telamón, Meleagro, Teseo, Ulises, Cástor, Pólux, Eneas y Aquiles, el más célebre de todos, del cual, como abuelo paterno, tomó un cuidado particular. Enseñó á todos estos héroes la medicina, la cirugía, la cual tomó su nombre de la habilidad de Quirón en las operaciones (kheir, mano) y la astronomía. El fué también quien compuso el calendario que sirvió á los Argonautas en su expedición. Al decir de Plutarco, Hércules aprendió en su escuela la medicina, la música y la justicia. Se le atribuyen varias obras, como unos preceptos en verso para instruir á Aquiles y un tratado sobre las enfermedades de los caballos. Apolodoro dice que vivió hasta después de la expedición de los Argonautas, en cuya época tenía algunos nie-



Centauro combatiendo.

tos. En la guerra que Hércules hizo á los centauros, éstos, esperando mitigar el furor del héroe con la presencia de su antiguo maestro, se internaron en Malea, donde Quirón vivía. Sin embargo, Hércules no dejó de atacarlos, y habiéndose desviado una de sus flechas, rociada con sangre de la hidra de Lerna, hirió en una rodilla á Quirón. Desesperado Hércules, corrió á su socorro, y le aplicó un remedio que su maestro le enseñara en su niñez, pero el mal era incurable, y el desventurado Quirón, sufriendo terribles dolores, imploró á los dioses que terminasen sus días. Apiadado Júpiter de su desgracia, colocó á Quirón en el zodiaco, donde formó la constelación del Sagitario.

Eran los centauros monstruos fabulosos, medio hombres y medio caballos, nacidos, según unos, de Apolo y Estilbia, hija

de Peneo y de las yeguas de Magnesia, ó, según otros, de Ixión y de la Nube con que Júpiter substituyó á Juno. Los mitólogos derivan este nombre de *Kentein*, picar, y *tauros*, porque los tesalienses, que sobresalían entre los griegos en la equitación, adquirieron esta habilidad combatiendo con los toros. Cuenta Palefato, que bajo el reinado de Ixión, rey de Tesalia, sucedió que una manada de toros que se había refugiado en las cercanías del monte Pelión, tenía aterrorizados á todos los habitantes de la comarca. Algunos jóvenes, después de haber adiestrado convenientemente sus caballos, se propusieron libertar al país de aquellas fieras que todo lo destruían, lo cual consiguieron gracias á su inimitable destreza



Centauro arrebatando á una mujer.

en la equitación. Envanecidos por su triunfo, insultaron á los Lapithas, pueblo de Tesalia, y como se retirasen con sorprendente celeridad después de haber arrojado sus saetas, se juzgó desde lejos que eran medio hombres y medio caballos. Hércules, Teseo y Pirithoo mataron gran número de ellos, obligando á los demás á que abandonaran

el país. Entonces se retiraron á las islas de las Sirenas, donde, según Antímaco, encantados por la voz de aquellas mujeres pájaros murieron todos, infectando aquel lugar con el hedor de sus cadáveres.

Al decir de otros autores, los centauros eran una asociación de pastores ricos, que vivían en las montañas de Arcadia, á los cuales se les atribuía la invención de la poesía pastoril. Plutarco y Plinio se inclinan á creer en la existencia de estos monstruos, asegurando el último haber visto uno embalsamado en miel, que llevaron de Egipto á Roma bajo el imperio de Claudio. Véanse centauros hembras entre las obras de los antiguos artistas, tales como en el bajorrelieve de la villa Borghese, y en una hermosa piedra grabada que representa una madre dando el pecho á un niño. En el friso del Partenón encontramos los maravillosos ba-

orrelieves, obra de Fidias, que representan la lucha de centauros y Lapitas, y cuyos restos se hallan en el Museo Británico. Luciano nos ha dado la descripción de toda una familia de Centauros, pintada por el célebre Zeuxis. Y por último, una pintura antigua de Herculano nos ofrece muchas figuras de Centauros de ambos sexos: ellos atormentados por bacantes, y las centauresas divirtiendo á sus chiquillos con diferentes instrumentos, en ademán de instruirlos.

VII

Himeneo

El rapto y el matrimonio.—Las fiestas de bodas.—El himno nupcial.—Himeneo y Cupido.—La leyenda de Himeneo.—Una pintura de Pompeya.—Lo que simboliza la granada.

En esta parte, destinada al grupo de los dioses subalternos de la tierra, debemos reservar un lugar para Himeneo, divinidad del matrimonio, institución que es base de la familia, y, por tanto, de la sociedad humana.

El matrimonio tuvo como primer antecedente en Grecia, y podríamos decir que en todos los pueblos antiguos, el rapto de mujeres. Los atenienses se alababan de haber sido los primeros que sustituyeron al concubinato violento y bárbaro la práctica del matrimonio por consentimiento mutuo y consagración religiosa. La unión de hombre y mujer, así concebida, comportaba variedad de ritos, ceremonias y fiestas. Se purificaba á la novia con aspersiones de agua, se la velaba y se la conducía procesionalmente á la casa del esposo.

Homero y Hesíodo han transmitido á la posteridad algunas noticias referentes á esta procesión nupcial. A la cabeza del cortejo iba un grupo de mujeres con antorchas; seguía el carro de la desposada; cerraban la marcha una banda de flautistas y otra de citaristas. A medio camino, el cortejo de la novia encontraba otro semejante formado por jóvenes, sin duda amigos del es-

poso, que venían de casa de éste y se entregaban al canto y á la danza con moderado júbilo.

Propiamente, el himno nupcial, el coro, con acompañamiento de instrumentos y baile, que se entonaba en las fiestas de bodas, era lo que recibía entre los griegos el nombre de *himeneo*. Mas la fuerza evocadora de este nombre engendró pronto en la fértil imaginación de aquel pueblo una nueva divinidad. Himeneo, ya personificado, vino á representar el amor santificado por el matrimonio, mientras que en Eros ó Cupido se concretaba el símbolo de los amores culpables ó irregulares.

La leyenda mitológica de Himeneo decíale nacido de un dios y de una musa; el dios era Apolo, la musa Calíope, ó Clío, ó bien Urania ó Terpsícore, según las distintas versiones. Otra variante de la leyenda le daba por padre á Piero. Y, en fin, también se le hacía hijo de algún héroe más obscuro, y á veces de Baco y Venus.

Contaban los atenienses que Himeneo era un joven de belleza tan delicada, que fácilmente se le confundía con una doncella. Habiéndose enamorado de una virgen de Atenas que respondió á su amor con el desdén, aprovechó sus condiciones personales para disfrazarse de mujer y seguir á su amada hasta Eleusis, adonde iba deseosa de presenciar las fiestas de Ceres. Unos salteadores robaron á la joven y á sus compañeras, entre las cuales, como una de tantas, se encontraba Himeneo; se encaminaron con ellas hacia una región lejana, y durante el viaje quisieron violar á las cautivas. La tímida pléyade tuvo un valeroso defensor en Himeneo. El dios del amor consensual dió muerte á todos los raptos, condujo á las jóvenes á sus lares y obtuvo, al fin, por su arrojo, la mano de su adorada. Añadían los atenienses que en adelante la gratitud del pueblo hizo que los novios le invocasen al celebrar su unión y que se diese su nombre al festivo canto nupcial.

Otras veces se decía que, costeando Himeneo en su nave el Ática, había tenido ocasión de libertar á unos jóvenes caídos en manos de piratas. Devueltos á sus hogares, estos jóvenes pudieron, gracias á él, casarse con las novias que habían dejado en tierra, y en acción de gracias entonaron en sus bodas los cantos de *himeneo*.

Ambos relatos, como se ve, tienen un mismo fondo esencial. Los dos concurren á confirmar el carácter que se le asigna á este dios.

Un fresco famoso de Pompeya nos ofrece la más definida imagen de Himeneo. Es un adolescente semidesnudo, de belleza suave, casi femenina; los cabellos le caen sobre los hombros en graciosos rizos; tiene en la diestra una corona de rosas, y apoyado en el brazo izquierdo su atributo más conocido: la antorcha. Su clámide presenta siempre el color rojo ó azafranado, que era el propio del traje de bodas, no sólo entre los griegos y los romanos, sino también en la mayoría de los pueblos primitivos.

Emblema particular de Himeneo era la granada, tenida entre los antiguos por símbolo de amor y fecundidad.

DIOSES SUBALTERNOS DE LAS AGUAS

I

Océano y Tetis

El agua, principio de las cosas.—La numerosa prole de Océano y Tetis.—Las Océánidas.—Tetis salva á Júpiter.—Representación plástica de Océano.—Curiosos sacrificios dedicados á las divinidades de las aguas.

Océano se llamaba también Nereo y Ponto, y era hijo de Urano (el Cielo) y de la Tierra.

En Homero y en un canto órfico se tiene á Océano por el padre de los dioses, quizá porque entre los antiguos se creía que el agua era el principio de todo.

Océano se casó con su hermana Tetis, á la cual hizo madre de los principales ríos, como el Aqueloos, Alfeo, Eridano ó Po, Gránico, Istro ó Danubio, Meandro, Nesso, Nilo, Escamandro, Estrimón y otros varios.

De la misma unión nacieron las Océánidas y Oceanítidas, ninfas del mar, cuyo número pasaba de 3.000. Apolodoro sólo cita el nombre de seis: Amfiro ó Amfitrite, Asia, Electra, Eurinoma, Metis y Estigia. Hesíodo á las anteriores añade Acasta,

Admeta, Calipso, Climena, Doris, Eudora, Europa, Lidia, Petrea, Plexaura, Polidora, Rodia, Urania, Xantia, Zeuxo y diez ó doce más.

Higinio menciona dieciséis, cuyos nombres difieren de los citados, y entre ellos están los de Adrasta, Altea é Idotea. Otros citan todavía á Etra, Filira y Pleyone.

Océano se casó luego con Panfoliga y Partenope. La primera fué madre de Asia y Libia, y la otra de Europa y Tracia.

Sus hijos fueron también numerosísimos, y entre ellos se citan á Axio, Defiso, Inaco, Nereo, Proteo, Sol y Titón.

Tetis es la primera de las divinidades marinas. Además de sus citados hijos, los ríos y las fuentes y las 3.000 Océánidas, dió el sér á la mayoría de los personajes que han vivido y reinado en el mar ó en sus costas, como el mentado Proteo, Etra, madre de Atlas, y Persa, madre de la encantadora Circe.

Cuéntase que, habiendo encadenado á Júpiter los demás dioses, Tetis lo puso en libertad con ayuda del gigante Egeón. Algunos interpretan esta fábula diciendo que Júpiter pudo huir, escapándose por el mar, de los insidiosos lazos que le tendieron sus enemigos los Titanes. También se interpreta por otros la aventura, diciendo que alguna princesa de la familia de los Titanes hizo conducir por mar algunos socorros extranjeros para libertar al Tonante.

Etimológicamente, el nombre griego de Tetis significa nodriza, y se la tiene por una divinidad física. Así, pues, era la diosa de la humedad, porque á todo sirve de nutrición y todo lo conserva.

Desde luego, que no se ha de confundir á esta Tetis con la madre de Aquiles, nieta suya, y simple ninfa de las aguas.

Como Océano reinaba en el mar y comprendía su imperio todas las aguas, ríos y fuentes, su culto se extendió grandemente en la antigüedad, sobre todo entre los que estaban obligados á viajar. En los monumentos se le representaba con la figura de un anciano sentado sobre las olas del mar. Unas veces se le ve con pica ó asta, teniendo al lado un monstruo marino; otras veces está rodeado de barcos; algunas, tiene por atributo las pinzas de un cangrejo que le apuntan en la frente á manera de cuernos.

A Tetis se le consagró el alción,⁽¹⁾ porque hace su nido en el mar, según refiere Homero.

En cuanto á las Oceánidas, la antigüedad les ofreció libaciones y sacrificios. Los marineros les dirigían sus preces para que les preservasen la vida durante las tempestades.

Antes de embarcarse para la famosa expedición á la Cólquida en busca del Vellochino de Oro, los Argonáutas ofrecieron á todas las divinidades de las aguas un sacrificio de harina, aceite y miel. También les inmolaron toros, cuya sangre recibieron en un vaso. Cuando el sacrificio se celebraba en alta mar, la sangre se dejaba correr sobre las aguas. En tiempo de calma, los marineros sacrificaban cerdos y corderos, y un toro negro cuando la tormenta rugía.

(1) *Incantación pescador* - (concibe en el mar - etimología)

Nereo y Doris

Nereo, personificación de las aguas y adivino.—Facultades que se le atribuyen y que parecen identificarlo con Neptuno.—Las Nereidas; su hermosura su representación artística.

Nereo es uno de los símbolos del mar. Hesíodo le tiene en su *Teogonía* por hijo de Océano y la antigua Tetis, según hemos dicho en el precedente capítulo, y, según otros escritores, sus padres fueron Océano y la Tierra. Se casó con su hermana Doris, y en ella hubo cincuenta hijas que recibieron el nombre de Nereidas.

Era Nereo un anciano bondadoso que ostentaba luenga barba azul. Como la mayoría de los dioses, profesaba la adivinación, lo que tal vez quiera decir en cierto sentido que el mar anuncia las tempestades. Cuando los griegos expurgaron la mitología para establecer algún orden en la confusión de las atribuciones que correspondían á los dioses, otorgaron á Neptuno el imperio de los mares y reservaron al viejo Nereo la práctica de la adivinación.

El fué quien predijo á Paris los males que atraería sobre su patria el rapto de Helena. Hércules recibió de él prevenciones para robar las manzanas de oro del Jardín de las Hespérides,

que Euristeo quería; pero el héroe tuvo que sorprenderlo dormido, porque el sabio adivino solía metamorfosearse para que no le importunasen con tanta demanda de consejos.

En un canto órfico se le presenta sentado en su trono en el fondo del mar Egeo, donde se divierte contemplando las danzas ligeras que tejen sus hijas al compás de cantos suaves. Nereo en ese poema arcáico es el límite de la tierra, conmueve los sólidos cimientos del globo, y todo procede de él. En el fondo de los mares, y aprisionados en misteriosos antros, tiene los vientos, á los que deja en libertad de tiempo en tiempo para que en su escape furioso sacudan las aguas y susciten las tempestades. En fin, á él suplican los marinos y los aterrorizados moradores de la tierra para que conjure las borrascas y ponga término á los terremotos. Como puede observarse fácilmente, el canto órfico parece identificar á Nereo con Neptuno.

El conde Noel cree que Nereo fué el inventor de la hidromancia, y por eso se le reputa de gran adivino y dios del húmedo elemento. Los poetas lo han considerado frecuentemente como la personificación de las aguas. Históricamente considerado, quizá se trate de algún príncipe antiguo que se hizo famoso en el mar, y los relatos que de él hacía la gente fueron formando la posterior leyenda.

Las Nereidas recibieron su nombre de Nereo, su padre, y también se llamaron Dóridas por la madre. Hesíodo enumera á las cincuenta, Homero cita treinta y tres, Apolodoro cuarenta y cinco é Higino cuarenta y ocho. El nombre de algunas coincide en todos ellos; pero el de otras aparece alterado en cada autor, y quizá por esto no faltan los que elevan á ciento y aun más las hijas de Nereo y Doris.

En el himno órfico se les llama las cincuenta castas ninfas de los ojos garzos que moran en el fondo cristalino de la mar. Los Tritones las conducen sobre las olas en carros nacarados, y los delfines les sirven de compañeros en los abismos de las aguas. Hesíodo ha cantado en amables versos su singular hermosura, la esbeltez de su cuerpo, sus brazos ebúrneos ceñidos de ricas joyas, y sus pies diminutos que sólo han paseado por la líquida llanura. Tan hermosas eran que, para decantar la propia belleza, tuvieron la audacia Casiopea —esposa de Cefeo— y su hija

Andrómeda de asegurar que eran más hermosas que las Nereidas. Las hijas de Doris se irritaron tanto, que acudieron al viejo Neptuno para que las vengase desolando los Estados de Cefeo. El señor de las aguas lo hizo así enviando un monstruo marino al que era preciso exponer á Andrómeda.

Las Nereidas tuvieron muchos templos á orillas del mar, y sus devotos les ofrecían leche, aceite, miel. A veces se les inmortalaban cabras. Los marinos les hacían votos, porque aun dependiendo de Neptuno, éste las había autorizado para agitar las olas.

En los monumentos se las representa cabalgando sobre delfines y conducidas por tritones, llevando el tridente de Neptuno y en ocasiones guirnaldas de flores. También se las ve cubiertas de ligeros velos, llevando las fuertes armas que para Aquiles forjó Vulcano.

Anfitrite y Tetis, esposa de Peleo, fueron las más célebres de las cincuenta hermanas.

III

Tetis y Peleo

Júpiter, Neptuno y Apolo renuncian al amor de Tetis, por temor al ocaso de los dioses.—Los infortunios de Peleo.—La prueba del agua hirviendo.—El talón de Aquiles.—Peleo, inmortal.

Tetis, hija de Nereo y de Doris, y hermana de Licomedes, rey de Sciros, era la más hermosa de las Nereidas. Júpiter, Neptuno y Apolo pretendieron tomarla por esposa, pero consultado el Destino, declaró que el hijo que de ella naciese sería más grande y más ilustre que su padre: ante semejante advertencia, los dioses se retiraron dejando el campo libre á un simple mortal llamado Peleo, hijo de Eaco y de la ninfa Endeida, hermana de Orcíroe, y nacida, por consiguiente, de Cariclea y del centauro Quirón. Desde los primeros años, el Destino, se mostró adverso con Peleo. Siendo él apenas adolescente, repudió su padre á Endeida para casarse con la nereida Batama, en la cual hubo un hijo llamado Foco. Dióle muerte Peleo, instigado por su madre, y á consecuencia de ello, salieron desterrados, en unión de Telamor, hermano de Peleo.

Más tarde pasó Peleo á Tesalia, donde el rey Euritióon dióle en matrimonio á su hija Antígona y, como dote, la tercera parte de sus dominios.

Compañero inseparable de la desgracia, Peleo hirió involun-

tariamente á su suegro en la caza del famoso jabalí de Calidonia, y perdió su patria adoptiva, teniendo que solicitar de Alcestes, rey de Colcos, que le purificase de su delito, como en efecto lo hizo aquel monarca. Enamoróse de Peleo Hipólita, esposa del rey, y en venganza de que, fiel á la gratitud debida, la desdeñaba, acusóle ante su marido de haber intentado violarla. La calumnia arraigó en el corazón del esposo, y Peleo fué encadenado en la espesura de un bosque, y expuesto allí á ser presa de las bestias feroces. Afortunadamente para él, Júpiter, que velaba sobre su nieto, mandó á Quirón, que le había servido de ayo, que acudiese en su auxilio. En efecto, ahuyentadas las alimañas por el sabio y esforzado centauro, pudo Peleo, unido con Cástor, Pólux, Jasón y algunos más de los Argonáutas, volver á Colcos y tomar cruenta venganza de su agravio en Hipólita.

Algo después de estos acontecimientos casó con Tetis, no sin que ésta se opusiera al principio á unirse con un simple mortal; pero vencida al fin la resistencia de la bella Nereida, se celebraron las bodas en el monte Pelión, con mucha magnificencia, previa invitación á todos los dioses menos la Discordia, la cual, para vengarse, arrojó sobre la mesa una manzana de oro con esta inscripción: *á la más hermosa*. Juno, Minerva y Venus se la disputaron, y habiéndose elegido á Paris para que resolviese, éste la adjudicó á Venus.

Una vez casada Tetis, se resignó con su suerte. Tenía la Nereida dudas muy fundadas en cuanto á la inmortalidad de los hijos que había con Peleo, y, para salir de ellas, discurrió el arrojarlos apenas nacidos á una caldera de agua hirviendo, prueba de la que resultaba, invariablemente, que pertenecían á la raza mortal. Así se malograron los seis primeros hijos, y cuando lo mismo iba á suceder con Aquiles, acertó á pasar su padre por la cámara de Tetis, é impidiendo lo que ésta intentaba hacer, salvó de la muerte á su hijo, que más tarde había de ser glorificado por el viejo Homero. Desde entonces, la esposa de Peleo consagró su vida al cuidado del futuro vencedor de Héctor. Lo bañó en la laguna Estigia, cuyas aguas hacían invulnerable al hombre; pero bien fuera que se le adhiriese una hoja de laurel al talón, ó que su madre lo tuviera asido por esta parte, dicho lugar del cuerpo no tuvo contacto con el maravilloso líqui-

do, y por él Aquiles quedó expuesto á las mismas contingencias que amenazan á los demás mortales. Educado por Quirón, no recibía otro alimento que los sesos de los tigres y leones que el maestro le hacía cazar, habituándole á los peligros y endureciéndole las entrañas como á su destino convenía.

Sabiendo la bella Nereida que Troya no podría tomarse nunca sin la asistencia de su hijo, pero que éste había de perecer al pie de sus muros, logró de él que disfrazado de mujer y con el nombre de Pirra, fuese á ocultarse entre las doncellas de Licomedes, rey de Esciros, de una de cuyas hijas, Deidamia, á quien entonces sedujo, hubo Aquiles al famoso Pirro. Ulises descubrió al fin el escondite del hijo de Peleo.



Tetis.

Tetis salió de su cristalino albergue para consolar á Aquiles de la muerte de su amigo Patroclo, y después obtuvo de Vulcano, para su hijo, las famosas armas que Homero ha inmortalizado en la *Iliada*.

Por el servicio eminente que prestó á Júpiter descubriendo la conspiración de Juno, Minerva y Saturno, Tetis gozó de gran favor con el rey del Olimpo, y de las mayores consideraciones entre los dioses.

Respecto á Peleo, desdeñado por su esposa y obscurecido por su hijo, vegetó largos años en el olvido, hasta que, compadecida su esposa, obtuvo de los dioses para él la inmortalidad, y acompañada de sus hermanas fué á buscarlo, llevándolo con gran pompa y solemnidad al palacio de su padre Nereo.

IV

Los ríos y las Ninfas

Concepción mitológica y representación artística de los ríos.—La maravillosa muchedumbre de las Ninfas.—Distintas clases de Ninfas.—Las Ninfas habían de morir.

Hesíodo supone á los ríos hijos de Océano y Tetis la anti-gua, según hemos indicado oportunamente.

Los antiguos llegaron á tributarles honores divinos; pues creían que un dios presidía á cada uno de ellos. Los persas consideraban gran crimen hacer indecencias en ellos, y ni siquiera las manos podían lavarse en sus aguas. Hesíodo asegura que los griegos antiguos no los pasaban sin invocarlos previamente y lavarse las manos, y Homero refiere que el venerable Peleo consagró al Esperquio la cabellera de Aquiles.

Ya hemos indicado los principales al hablar de Océano y Tetis. Aquí sólo añadiremos que los poetas los han representado como viejos respetables, largas la cabellera y la barba y las sienes ceñidas de juncos. Sentados ó tendidos entre verdes cañas, apóyanse en una urna de la que fluye el agua que forma el río á que presiden. También se les ve en forma de toros ó con cuernos para designar que el murmullo de las aguas se parece al mugido de los toros.

El Aqueronte, el Cócito, el Flegetón, la Estigia, el Erebo, el Leteo, el lago Averno, etc., se consideraban como ríos infernales, porque sus aguas eran malas.

*
* *

Etimológicamente, la palabra Ninfa sugiere la idea de una novia ó recién casada. Luego se aplicó esta denominación á las divinidades de poder secundario representadas con los rasgos de hermosas jóvenes.

Los poetas antiguos decían que el Universo entero estaba poblado de Ninfas. Unas eran celestes ó Uranias, y residían en las cerúleas regiones; las otras eran Efigies ó terrestres. El número de las últimas era ilimitado, y se subdividían en Ninfas de las aguas y Ninfas de la tierra.

Las de las aguas se clasificaban en varios grupos: Océanidas, Nereidas y Melias eran las del mar; las que presidían á las fuentes recibían los nombres de Náyades, Creneas y Pegeas; las de los ríos se denominaban Potámides, y las de los lagos ó estanques Lemniades.

Las de la tierra también eran de muchas clases: las que habitaban en las montañas se llamaban Oréadas, Orestiadas y Orodemniadas; las que residían en los valles y en los sotos, llamábanse Napeas; la de los prados, Limniades, y las de los bosques Driadas y Hamadriadas.

Según el país ó río célebre en que habitaban también se designaban con otros nombres, y así los poetas suelen llamarlas Ninfas Pactólidas, Dodónidas, Isménidas, Heliadas y muchos más.

Así como el nombre de Ninfa se desvió de su primitivo sentido, luego adquirió más extensión, aplicándose á las damas ilustres que habían dado pretexto á alguna aventura, á las beldades cantadas por los poetas y á las pastoras ingenuas.

Algunos mitógrafos creen que la concepción de las Ninfas es anterior á la de los Campos Eliseos y Tártaro, cuando se creía que las almas de los muertos permanecían en la vecindad

de los sepulcros ó en los jardines y bosques que habían frecuentado en vida. El respeto que esos lugares inspiraban era muy grande. Invocabáanse las sombras de los que en ellos habitaban y se aspiraba á captar su buena voluntad con votos y sacrificios. De aquí tomó origen la costumbre de sacrificar en las arboledas, pues se creía que las almas errantes complacíanse en vagar por ellas.

También se creía que los astros estaban animados, y en esta creencia se comprendió luego á los ríos, á las fuentes, á los montes y á los valles.

Aunque las Ninfas tuvieron su mejor homenaje en los versos de los poetas, la gente no dejó de tributarles cierto culto, y se les ofrecieron sacrificios de aceite, leche y miel. Algunas veces se llegó á inmolar cabras. En Sicilia se organizaron fiestas en honor de estas subalternas divinidades.

Las Ninfas no gozaban del privilegio de la inmortalidad; pero Hesíodo les concede una vida larguísima, que Plutarco hace ascender á 1.720 años.



Eolo

El rey de los vientos, vengador de su honra.—El odre de Eolo.—La prisión de los vientos.—Los vientos principales.—Bóreas y Céfito.—Fiestas en honor del dios. - Calais y Cetes.—La metamorfosis de Alcionea y Ceix.

Hijo de Júpiter y de la ninfa Menálipa, hija del centauro Quirón, reinaba en las islas Vulcanienses ó Eólicas, y por intercesión de Juno logró la dicha de ser admitido en el número de los inmortales como rey de los Vientos, pero con dependencia del imperio marino, y por consiguiente con sujeción á Neptuno. Dícese que de Eolo y su esposa Cianea, hija de Síparo y nieta de Ausón, fruto de los amores de Ulises y Calipso, nacieron, á más de Alcionea, Atamas, Créteo, Salmoneo y Melálipa, otros doce hijos, seis varones y hembras los restantes. Melálipa, seducida por Neptuno, hubo de él dos criaturas, á quienes el rey de los Vientos, irritado por la fragilidad de su hija, mandó dar muerte, al mismo tiempo que privó á ella de la vista. Por dicha Neptuno reparó en lo posible el mal, restableciendo á Melálipa en su primitivo estado, y casándola con Metaponte, rey de Icaria. Cuando los vientos arrojaron á Ulises á los estados de Eolo, éste, después de acoger amable-

mente al caudillo, le regaló los odres ó pellejos donde estaban encerrados los vientos contrarios á su navegación. En una gruta espaciosa retenia los vientos impetuosos y las tempestades, sujetándolos con cadenas en estrecha prisión, donde proferían sin cesar terribles aullidos. En tanto Eolo, sentado en la cima de una montaña, con su cetro en la mano, símbolo de la autoridad, aplacaba su furor. En cuanto á los doce hijos postreros de Eolo, según algunos autores son los vientos. Como quiera que sea, hijos suyos ó de las titánidas Eos y Astrea, son sus vasallos indudablemente y, como dijimos antes, es común representarle junto á la caverna donde los guarda con fortísimas cadenas, no dejándoles salir sino cuándo y cómo á sus intentos conviene, desde que, audaces y violentos, separaron la Sicilia de la tierra firme y abrieron el estrecho de Gibraltar.

Los vientos principales, mitológicamente hablando, eran diez, á saber:

Áfrico (sudoeste). Pintábanle con las alas cargadas de brumas;

Aquilón (cierzo, tramontana ó norte), tenía un aspecto de viejo ceñudo, los cabellos helados y cola de serpiente;

Austro ó Noto (sud), tempestuoso, envuelto en negras nubes, chorreando agua las alas;

Bóreas (norte ó septentrión);

Caecias (nordeste). Tiene en las manos una rodela llena de granizo que derrama sobre la tierra;

Euro (este ó levante). Pintanle desordenado el cabello, y en medio de las tempestades que promueve;

Euroto (sudeste);

Cauro (noroeste). Su figura es la de un anciano vestido con ropas de abrigo, y asiendo un vaso lleno de agua que parece prepararse á volcar;

Solano (este). Se le pinta joven y cargado de frutos orientales, y es uno de los vientos propicios;

Por último, Céfiro (oeste).

Entre los vientos más notables, pueden contarse Bóreas y Céfiro. Bóreas figura entre los hijos de los Titanes; tuvo tres hermanos: Hésperos (viento S. O.) Notos (S.), y Céfiros (E), dis-

tinto del otro Céfiro. Al decir de los griegos, Bóreas tenía su residencia en Tracia, en las riberas del Strymón, y gozaba de dos mujeres: Cloris, hija de Arcturo (también uno de los vientos) y Oritia, hija de Erecteo, rey de Atenas. En Cloris hubo un hijo llamado Nifate, nombre que primeramente se dió al Cáucaso; después se llamó á este monte *lecho de Bóreas*. A Oritia hizo madre de seis hijos, cuatro hembras, Cleopatra, Quione, Chtonia é Hirpace, y dos varones, Calais y Cetes. Bóreas, habiéndose enamorado de las yeguas de Erictonia, se transformó en caballo, y tuvo doce potros, tan ligeros en la carrera, que galopaban sobre las mieses sin tocarlas, y en la superficie del mar sin humedecerse los cascos.

En Atenas recibió cultos muy solemnes, y, según los atenienses, á él debieron la victoria de Salamina (Olimpiada LXXV-480 años antes de J. C.) por la cual, la escuadra de Jerjes, compuesta de más de dos mil velas, quedó sin buena parte de sus naves. En acción de gracias, estableció Atenas las fiestas Boreasmas, y dedicó al viento su salvador un templo en las márgenes del Iliso. Los Megalopolitanos celebraban también en honor de este viento fiestas anuales, porque una noche en que los Lacedemonios sitiaban Megalópolis y ya habían abierto brecha en sus murallas, Bóreas acudió en favor de la ciudad y con un terrible huracán echó por tierra las máquinas de los sitiadores. Los habitantes de Turio, también sitiados, igualmente debieron su libertad á una violenta ráfaga de viento que hizo naufragar á una fuerte escuadra enemiga, razón por la que Dionisio el Tirano, además de ofrecer sacrificios á Bóreas, y consagrarle un edificio con rentas propias, le confirió los augustos derechos de ciudadanía.

Los dos hermanos gemelos, Calais y Cetes, cuyos nombres expresan la idea de soplo, reunían el vigor de Bóreas, su padre, y las gracias de la bella ateniense Oritia, su madre. Alistados en la expedición de los Argonáutas, á su arribo á las costas del Bósforo encontraron á Fineo, rey de Arcadia, esposo de su



El odre de los vientos.

hermana Cleopatra, el cual se hallaba consternado con las frecuentes visitas de las Harpías. Compadecidos de su desgracia, atacaron á estos monstruos haciéndoles huir á las islas Strófa-des, donde habrían recibido mala muerte si una voz misteriosa no previniese á los gemelos que debían respetar á las viejas deidades. Los dos Boréades, según unos, fueron muertos por Hércules en la isla de Tenos, á consecuencia de una disputa con Tifis, piloto de los Argonáutas, y, según otros, por haber insultado á Hylas.

Después de muertos Calais y Cetes, fueron transformados por los dioses en los vientos llamados Pródromos, cuyo soplo favorable invita á caminar.

Céfiro, es decir, el que lleva la vida ó el que el sopla fuerte, era hijo de Eolo y Aurora, según los más, pues algunos atribuyen su origen á Celeno la Harpía, quien lo concibió de un desconocido. Ovidio narra sus desposorios con la bella Cloris, celebrados en el mes de Mayo, y Lucrecio, al describir el curso de las estaciones, incluye á los dos esposos en la comitiva ó séquito de la Primavera. Generalmente se representa á Céfiro como un joven de aspecto amable y risueño con alas de mariposa y una corona formada con flores de todas clases, para significar su benéfica influencia en la Naturaleza. Con la lozanía propia de la juventud y la hermosura de un dios, casi desnudo, se desliza con gracia y gentileza inimitable á través de los aires, sosteniendo en su mano un canastillo con las flores más bellas de la Primavera. Los Céfiros son en poesía los vientos favorables, aun cuando los navegantes no comparten la opinión de los poetas, pues se quejan de los vientos del Oeste, y Homero, en la Odisea, refiere que los antiguos, antes de emprender un viaje por mar, sacrificaban una oveja blanca á los Céfiros.

De Atamas, el primogénito de Eolo, hablaremos al tratar de Leucotea ó Ino; ahora, y para terminar este artículo, referiremos la leyenda de su hermana Alcionea. Júpiter, enamorado sempiterno, hubo en la Aurora un hijo llamado Lúcifer, que es el lucero matutino, quien á su vez fué padre de Ceix, rey de Heráclea en la Tesalia, y esposo tiernamente enamorado de Alcionea. Esperaba un día impaciente la fiel esposa la vuelta de su marido á orillas del mar, cuando las pérfidas olas arrojaron á sus

plantas su cadáver, pues de regreso había naufragado. La desesperación sugirió á Alcionea el proyecto de acabar con su vida, pero los dioses, en recompensa de su fidelidad conyugal, transformaron á ella y á Ceix en aves marinas, procediendo de ellos el pajarito llamado Alción, y en términos vulgares martin pescador, cuyos amores respetan las olas, tranquilas siempre en la estación en que anida, según dice la fábula.

VI

Proteo

Pastorea los rebaños de Neptuno.—Recibe un dón que le ocasiona incomodidades.—Profetiza á la fuerza.—Su prole.

Herodoto cree que Proteo era un rey egipcio denominado Cetes por sus súbditos, que reverenciaban su profunda sabiduría.

Mitológicamente considerado, es hijo de Neptuno y Fenice ó de Océano y Tetis, según hemos dicho al hablar de éstos.

Como hijo de Neptuno, residía en el mar de Carpatia ó en en Pelene de Macedonia, donde guardaba los rebaños de focas y becerros marinos, propiedad de su padre. Para premiar éste sus solícitos cuidados, le otorgó el dón de la adivinación.

Proteo iba á reposarse de sus afanes á las orillas del mar, donde la gente acudía á consultarle; pero cansado al fin de tanta importunidad, fué ya difícil arrancarle ningún presagio, porque dió en mudar de forma adoptando la de león, águila, serpiente y aun la de árbol, agua ó fuego para librarse de los que le asediaban.

Sin embargo, el artificio venció algunas veces su resistencia á profetizar. Náufrago Menelao en las costas egipcias, solicitó consejo de la ninfa Idotea ó Eidotea, hija del multiforme dios, y ella le dijo que para que su padre le sacase del apurado

trance, era preciso que lo sorprendiera mientras dormía y que lo atase con fuerza para hacer imposible su fuga. Siguió el consejo Menelao, secundado por tres de sus más esforzados compañeros; se escondieron entre el ganado de Proteo, y cuando le vieron dormido arrojáronse sobre él. Proteo se rebeló, tomó sucesivas formas; pero cuanto él más se obstinaba en cambiar tanto más estrechamente le encadenaban sus aprehensores. Cansado al fin de debatirse en vano, acabó por someterse y responder á las preguntas que Menelao le hizo.

De un ardid semejante se valió Aristeo, aleccionado por su madre Cirene, para que el adivino le revelase la manera de repoblar sus colmenas que todas las abejas habían abandonado.

De pasada diremos que á este Aristeo se atribuye la invención de la cuajada de leche, así como el cultivo de los olivares y la manera de fomentar las colmenas para beneficiarse con la miel.

Proteo tuvo dos hijos llamados Telégono y Polígono, que se rebelaron contra la autoridad paterna y se convirtieron en dos famosos bandidos, muertos por Hércules. Ellos obligaron al padre á huir de sus primitivos Estados y á refugiarse en Egipto.

Además de éstos, Proteo tuvo otros muchos hijos, siendo los más conocidos las ninfas Cabira, Retia é Idotea ó Eidotea.

VII

Leucotea y Palemón

Una venganza cruel.—La furia de Atamas.—Transfiguración de Ino y Melicertes.—El culto de Leucotea y Palemón.—Portumnio.

Llamóse primitivamente Ino, y fué hija de Cadmo y Harmonía. Casóse con Atamas, hijo de Eolo y rey de Tebas, al que dió dos hijos, Learco y Melicertes. Su esposo se enamoró luego de una mujer muy bella, pero de escaso seso, llamada Nefelea, á la que hizo madre de Prixo y Helea. Cuando ella acabó de perder la razón, ó quizá cuando él se hastió de sus caricias, Atamas volvió al amor de Ino. Ésta se engrió entonces y quiso vengarse en los hijos de su rival.

Para conseguirlo emponzoñó el grano de la siembra, ó, como otros suponen, lo hizo improductivo metiéndolo en agua hirviendo. El hambre llegó así á desolar la ciudad de Tebas, y, como siempre se hacía en casos análogos, fueron consultados los oráculos; mas Ino había sobornado con dinero y alhagos á los sacerdotes, y la respuesta fué que para aplacar á las divinidades irritadas y que el azote de la escasez cesase, era necesario sacrificar á los hijos de Nefelea.

Prixo y Helea huyeron á tiempo de eludir la bárbara inmolation. Atamas descubrió luego el siniestro plan de su mujer, y ardiendo en cólera, mató á su hijo Learco y persiguió á Ino, que

se vió obligada á arrojar al mar con su otro hijo, Melicertes, para escapar á la venganza del rey.

De Ino, conocida entre las deidades por su otro nombre de Leucotea, y su ulterior suerte da una poética referencia Ovidio en sus *Metamórfosis*:

«Irritada Juno porque al morir la infausta Semele quisiera su hermana Ino encargarse de la crianza de Baco, juró vengarse, y transtornando á Atamas por mediación de las Furias le alteró el seso hasta el punto de tomar el sin ventura su palacio por bosque, y á su mujer é hijos por fieras. Esta manía le hizo destrozarse contra un muro á su hijo Learco. Al contemplar Ino esta sangrienta escena, sintióse poseída de furioso arrebato, y huyó con el cabello destrenzado y con su otro hijo en brazos, precipitándose en el mar; pero Panope, seguida de cien ninfas hermanas suyas, recibió en sus brazos á la madre y al hijo, y los condujo bajo las aguas hasta Italia. La implacable Juno los persiguió aún allí excitando contra Ino á las Bacantes, y ya iba á sucumbir la infeliz víctima al furor de ellas cuando Hércules, que retornaba de España, oyó sus lamentos y la libertó. Ino fué en seguida á consultar á la célebre Carmenta, para conocer su destino y el de su hijo. Carmenta, inspirada por Apolo, le dijo que después de sufrir tantos trabajos, llegaría á ser una divinidad marina con el nombre de Leucotea entre los griegos y el de Matuta entre los romanos. Y así fué: Neptuno, á instancia de Venus, abuela de la perseguida Ino, recibió á la madre y al hijo en el número de las divinidades de su imperio».

Como tal, Leucotea favoreció al naufrago Ulises cuando iba á sucumbir en las costas feacias, entregándole su velo para que pudiese flotar sobre las olas y ganar la tierra, donde se encontró á Nausícaa—«la de los brazos cándidos»—escena que sirvió al viejo Homero para componer uno de los episodios más bellos de la *Odisea*.

Leucotea tenía un altar en el templo cretense de Neptuno. También fué reverenciada en Roma, donde tuvo un templo muy visitado por las damas romanas que iban á ofrecer sus votos por los hijos de sus hermanos, no osando rogar á la diosa por sus propios hijos á causa de lo desgraciada que Leucotea ó Matuta había sido con los suyos.

En ese templo romano no se permitía la entrada á las esclavas, y cuando se encontró á alguna la flagelaron hasta matarla.

Melicertes, hijo de Leucotea, se transformó también en dios marino cuando Neptuno los acogió á ambos, recibiendo el nombre de Palemón en Grecia y el de Portumnio en Roma. En su honor instituyó Glauco en Corinto los famosos juegos Istmicos, que Teseo restableció más tarde para honrar á Neptuno. En el templo neptuniano de que hemos hablado tenía otro altar Palemón. Pausanias refiere que en ese santuario había una capillita ó sótano á donde se llegaba descendiendo por una escalera, y en aquel antro aseguraban sus contemporáneos que se había ocultado Palemón. El ciudadano ó extranjero que en aquel sagrado lugar osase jurar en falso, tenía que sufrir el condigno castigo de su perjurio. También en la isla de Tenedos fué Palemón muy reverenciado, hasta el punto de sacrificársele niños.

Con el nombre de Portumnio ó Portuno, era en Roma el dios de los puertos y de las playas hospitalarias.

VIII

Glauco

Sus habilidades y su transfiguración.—Es castigada su osadía por Baco.— Favorece á los Argonáutas.—Alecciona á un dios mayor.—Retrato de Glauco.

Según los autores que de él hablan, cambia su filiación. Así, pues, se le tiene por hijo de Neptuno y de la hermosa ninfa Nais, de Antedón y de Alcione, de Euba y de Polibio, hijo de Mercurio.

En Antedón, ciudad de Beocia, conquistó merecido renombre de gran nadador, pues zambulléndose en el mar, cogía peces con las manos, y tal arte se daba, que con lo así pescado se sustentaba, aunque á veces también utilizaba la caña, la red y la barca.

Cuéntase que habiendo cierto día arrojado en el césped los peces cogidos, observó que se agitaban inusitadamente, como si cobrasen nueva vida, y se lanzaban al mar. Glauco indujo en seguida que aquella yerba debía de encerrar alguna virtud desconocida, y se le ocurrió probarla. Súbitamente sintió un irrefrenable impulso de arrojarse á las olas. Apenas tocó en ellas cuando Océano y su esposa Tetis le acogieron en su líquido reino, despojándole de los elementos mortales que en él había y transformándole en divinidad marina.

Los habitantes de Antedón sospecharon que en su desaparición había algo de prodigio, y le elevaron un templo, donde se le tributó culto y se le rindieron sacrificios. Pausanias asegura que en su tiempo aun se veía en Antedón el «Salto de Glauco», ó sea el lugar desde donde se arrojó al mar. También tuvo un oráculo bastante consultado por los marinos.

Siendo ya inmortal, dice Ateneo que se enamoró de Ariadna cuando ésta fué raptada por Baco en la isla Día. El dios castigó su audacia atándolo con sarmientos de una viña próxima; pero Glauco encontró manera de escaparse.

Según Diodoro Sículo, él fué quien se apareció á Jasón y sus compañeros bajo el aspecto de dios de las aguas cuando en medio de una desatada é imponentísima tempestad invocaron solemnemente á los dioses de Samotracia. En el empeñado combate entre Jasón y los Tirrenios, prestó eficaz ayuda á los Argonautas, siendo el único que no sacó lesión de la pelea.

Al acogerlo Neptuno en su imperio y hacerlo divinidad subordinada, también le otorgó el dón de la adivinación, y por conducto suyo predecía Nereo lo futuro. En fin, según unos, Apolo recibió de él la ciencia de leer en sí mismo, y según otros, no fué de Neptuno, sino de su rubio discípulo, de quien recibió como agradecida merced la virtud profética. En fin, Estrabón afirma que al caer Glauco en las aguas después de probar la mágica yerba, quedó metamorfoseado en tritón.

Para terminar, reproduciremos la pintoresca descripción de Filostrato:

«Su barba—escribe—es blanca y húmeda; sus cabellos flotan por la espalda. Tiene las cejas espesas y unidas, hasta el punto de parecer como una. Sus brazos son á la manera de alas, y su pecho está cubierto de algas marinas. Lo restante del cuerpo se remata en pez, cuya cola se enrosca hasta los riñones».

IX

Las Sirenas

Mujeres-aves, no mujeres-peces.—El encanto fatal de su voz.—Las precauciones de Ulises.—Una interpretación de Apolodoro.

Hijas del río Toas ó Aqueloo y de Calíope la musa, según varios mitólogos, eran ninfas célebres por la mágica y armoniosa dulzura de su voz. Sobre su número se discute mucho: unos afirman fueron tres, Licosia, Ligea y Partenope; otros sostienen que cinco, y, por último, Platón eleva á ocho el número de las Sirenas, aunque no refiere sus nombres. Higinio cuenta que Ceres las transformó en aves, porque no socorrieron á su hija Proserpina cuando fué arrebatada por Plutón. Ovidio supone lo contrario, pues dice que, alligadas por el rapto de Proserpina, encarecidamente rogaron á los dioses les concediesen alas para poder volar en busca de ella por toda la tierra. Mas no habiéndola encontrado, se abatieron desesperadas sobre unas rocas escarpadas perdidas en el mar, entre la isla Caprea y las costas de Italia. Casi todos los artistas han pintado á estos monstruos mitad mujeres y mitad peces; pero esta idea, que se deriva de la ignorancia de las fábulas, es desmentida por los poetas y por los autores antiguos, que las designan mitad mujeres y mitad aves. Plinio las coloca entre las aves fabulosas, y Ovidio les da rostros de jóvenes con plumas y pies de ave.

Nunca mostraban su cuerpo; sólo dejaban percibir sus cantos melódicos y armónicos con que atraían á los navegantes, á quienes después devoraban, ó hacían hundirse en las aguas para no salir más. Fueron, sin embargo, inútiles sus esfuerzos para atraer á los Argonáutas, que pasaron cerca de la isla que ellas habitaban. Orfeo con su lira las encantó á todas, de suerte que, enmudecidas, arrojaron al mar los instrumentos con que acompañaban sus canciones. Ulises, que en su navegación debía costear la isla de las Sirenas, por consejo de la maga Circe hubo de tapar con cera los oídos de todos sus compañeros, y haciéndose atar al mástil del navío, ordenó que á cualquier evento le sujetaran fuertemente con nuevas cuerdas. Todas estas precauciones no fueron inútiles, porque Ulises, encantado al oír las armoniosas voces de las Sirenas, habría sucumbido si sus compañeros hubieran hecho caso de las señas con que pedía que le quitasen las ligaduras.

Las Sirenas, no consiguiendo detener al esposo de la fiel Penélope, se arrojaron al mar, y fué, según la leyenda, en el sitio llamado desde entonces *Sirensæ insulæ*, *Sirenium scopuli*, escollos de las Sirenas, donde tres rocas ó escollos emergían del agua en la costa de la Campania, por bajo y al Este del promontorio Minerva.

La más célebre de las Sirenas fué Parténope, que dió su nombre á la villa de Nápoles.

Según Pausanias, las Sirenas osaron competir con las Musas en el canto, pero vencidas por las nueve hermanas éstas les arrancaron las plumas, con las que se hicieron un adorno para sus bellas cabezas. Apolodoro explica la fábula de las Sirenas diciendo que las supuestas ninfas eran mujeres de mala vida, que habitaban en las costas del mar de Sicilia, y que con todos los alicientes de la voluptuosidad atraían á los navegantes y adormecían su voluntad.



Escila y Caribdis

Consecuencias de un despecho femenino.—La metamorfosis de Caribdis.

Escila y Caribdis eran dos jóvenes hermosísimas, hijas de Orco y Ceto.

De Escila se enamoró Glauco, y como la maga Circe sintiese despecho y celos de verse desdeñada en sus amores por el dios algoso, quiso vengarse en la infeliz Escila y empozoñó un día la fuente donde ésta solía bañarse. Apenas la bella hija de Orco se hubo sumergido en las mudadas linfas, cuando súbitamente y con indescriptible espanto de sí misma, vió que su cabeza y cuello alabastrino se convertían en seis cabezas y otros tantos cuellos, y que sus manos se transformaban en doce horribles garras, mientras que de la cintura le saltaban numerosos y ladrantes perros que sembraban el terror en torno. Tanto horror sintió Escila al observar aquella extraña mudanza, que se precipitó en el mar. Su cuerpo miserable se transformó en roca y su espíritu descendió á los cristalinos palacios que Neptuno tiene en el fondo de los mares.

El destino de su hermana Caribdis no fué menos lamentable. Habiendo robado algunos bueyes á Hércules, el rudo hijo de Alcmena le dió, implacable, muerte apenas descubrió el desavío,

aunque no falta quien dice que fué el señor de los dioses, Júpiter mismo, quien la fulminó con su rayo vengativo. Orco recogió el cuerpo exánime de su hija, y abriendo en el golfo de Mesina un hondo hoyo á manera de gran caldero, la coció allí dándole así nueva, sorprendente vida y existencia al remolino que se encuentra frente á frente de la roca en que fué metamorfoseada Escila. Homero dice en la *Odisea* que Caribdis traga tres veces al día las amargas olas y otras tantas las expele.

XI

Las Harpías

Su genealogía y número.—Sus estragos.—Interpretaciones del mito de las Harpías.

Monstruos, hijas de Neptuno y la Mar, ó, según Hesíodo, de Taumas y Electra, hija de Océano. Virgilio en la *Eneida*, sólo nombra á Celeno, *obscuridad*. Hesíodo habla de tres: Iris, Ocypete y Aelo, *tempestad*. Hyginio nombra en lugar de Aelo á Podarges, y algunos autores agregan dos más: Nicotoa y Thyela.

Estos monstruos, con rostro de mujer, cuerpo de buitre, pico y garras largas, dejaban tras de sí el hambre en los lugares por ellas visitados; robaban los manjares de la mesa, y despedían un olor tan pestilente, que nadie podía acercarse á lo que dejaban. Por más que se las arrojase de un lugar, volvían, y su presencia era como señal de cóleras divinas. Persiguieron á Fineo, rey de Tracia, á quien libertaron Calais y Cetes, que lograron huyesen las Harpías á las islas Strófades, en el mar Jonio, donde fijaron su residencia. Más tarde los Troyanos, bajo el mando de Eneas, tomaron tierra en sus islas, y habiendo encontrado muchos rebaños de bueyes, errantes por el campo, mataron algunos de estos animales para su alimentación. Las Harpías, á quienes pertenecían los rebaños, salieron repentinamente de los montes, haciendo resonar el aire con el espantoso

ruido de sus alas, y vinieron á caer en gran número sobre las viandas de los Troyanos, robando la mayor parte y manchando la restante. Corrieron ellos hacia aquellas horribles aves para atravesarlas con sus espadas; mas su pluma las libró de los golpes y las hizo invulnerables.

Varios autores consideran á las Harpías como una nube de langostas, que después de haber devastado el Asia Menor, se abatió sobre la Tracia é islas vecinas, causando el hambre en aquellos países, y como el viento Norte las barrió, arrojándolas al mar Jonio, donde perecieron, divulgóse que los hijos de Bóreas les habían dado caza. Banier, á través del mito de las Harpías, cree descubrir corsarios ó piratas, que bajaban con frecuencia á los estados de Fineo, y cuyos robos llevaban allí el hambre; esta opinión está de acuerdo con la de Apolodoro de Sicilia.

La pintura y la escultura personifican los vicios por medio de las Harpías; así, por ejemplo, una Harpia sobre un saco de plata, designa la avaricia.

XII

Circe

Sus malélicas artes. — Sus crímenes y amores.—Metamorfosis de los compañeros de Ulises.—Los hijos de Circe.

Su genealogía es sumamente confusa. Hija del Sol y de la ninfa Persa, una de las Oceánidas, ó del Día y la Noche, pues sobre ello hay dudas, se asegura que era hermana de Pasifae y de Eetes. Habilidadosa en las artes de la hechicería, hasta el punto de hacer bajar estrellas del cielo, no lo era menos en las prácticas de envenenar. Alteraba el curso de los ríos, metamorfoseaba los seres vivos, y poseía un cabal conocimiento de las plantas nocivas. Algunos autores que, apartándose de la opinión más generalizada, la consideran como hija de Hécate, dicen que aprendió la magia de su madre, pues, como es sabido, Hécate (luna infernal) presidía á los vegetales ponzoñosos y á los ritos mágicos. Circe hizo por vez primera el ensayo de su poder en su marido el rey de los Sármatas, pero á raíz del envenenamiento, su crimen la hizo tan odiosa á sus súbditos que éstos la obligaron á huir. El Sol, su padre, la trasladó en su carro á la isla de Ea, más tarde llamada isla de Circe, cerca de la costa de Etruria. Según Homero y Virgilio, habitaba en un palacio magnífico en el que brillaba todo el lujo oriental. Amó sucesivamente á Glauco y á Pico, pero como ambos rechazaran su amor, los castigó,

convirtiendo á Escila, mujer del primero, en un monstruo marino, y transformando al segundo en el pájaro conocido con el nombre de picoverde. A su regreso de la guerra de Troya, Ulises fué arrojado á las costas de Ea por una tempestad: apenas tocó tierra, sus compañeros sintieron el efecto de los hechizos de la maga, pues fueron transformados en puercos. Ulises se salvó gracias á Mercurio, que le dió la yerba llamado Moly (La Scilla marítima de Linneo) como preservativo contra los encantos de Circe, y le aconsejó que sacase su espada en el momento en que viese iba á tocarle con su varita, obligándola á jurar por la Estigia que devolvería á sus compañeros su primitiva forma, bajo amenaza de matarla si no. Ulises escapó á sus maleficios, pero ella encontró un medio de detenerle: el amor. El héroe griego sucumbió á este universal encantamiento, más fuerte que la muerte, y durante un año que gozó de las caricias de la hechicera la hizo madre de tres varones, Adrío, Latino, Telégon, y de una hembra, Corifona. Agradecida Circe, suministró á su amante los medios de ver lo que pasaba en los Infiernos.

En tiempo de Cicerón, aun era adorada en la isla de Ea, y cerca de Salamina tenía un sepulcro muy venerado.

Algunos mitólogos confunden á Circe con la Isis egipcia.

En su *Genealogía de los dioses*, Bocacio hace mención de dos Circes. La que Diodoro, después de Hesíodo, llama hija del Sol, era muy anterior á Ulises, pues va vivía en tiempo de los Argonáutas.

DIOSSES SUBALTERNOS INFERNALES

I

Hécate

Genealogía y carácter.—Evolución que se observa en la concepción de esta diosa.—Los conjuros de los magos.—El número tres.—El culto de Hécate.

Como ya hemos dicho en otro lugar, algunos suponen á Hécate hija de Júpiter y Latona y, por consecuencia, hermana de Apolo; pero otros autores sostienen que no debe confundirse en modo alguno á Hécate con Diana.

Lo que en el origen mítico de esta deidad, como en el de tantas otras, pueda haber de cierto, es todavía imposible de determinar. Probablemente ha habido varias Hécates, ó cada pueblo ha ido fijando un rasgo propio en este personaje, que tan contradictorio se ofrece. Quizá también cada filiación que se le atribuye indique el nuevo pueblo en que se ha alterado la primitiva leyenda. El tenerla los antiguos por la Luna en el cielo, Diana en la tierra y Proserpina en los infiernos, no es menos interesante á este respecto.

Aparte el origen arriba citado, muchos mitólogos la de-

claran hija del Titán Perseo y de Asteria. Hesíodo y Museo coinciden en tenerla por hija del Sol; el viejo Orfeo la reputa nacida del Tártaro y de Ceres; Ferécides, de Aristeo, y Baquilides, de la Noche. Según la genealogía que esos autores le asignan, cambia el carácter que reviste.

Etimológicamente considerada, su nombre también admite diversas interpretaciones. Unos derivan Hécate de *hécaton* que significa ciento, porque tal era el número de víctimas que se le sacrificaban (hecatombe). Otros lo traen de *hekas*, lejos, porque la luna (ó Diana) envía de lejos sus pálidos rayos. También lo relacionan algunos con *Kat*, fuego, luz.

El origen de su culto habrá que buscarlo probablemente en Egipto. Apuleyo dice que Hécate no era otra que Isis. Orfeo transportó su culto á Grecia, y los habitantes de Egina fueron los primeros en adoptarlo. El tiempo fué alterándolo después poco á poco é identificándolo con el de Diana, hasta el punto de aparecer ya confundidas ambas divinidades en Éfeso, Delos, Ática, Micenas, Magnesia y otros lugares.

Muy varia es la fisonomía moral de esta diosa. En los poemas de Hesíodo vemos que Hécate es una diosa bienhechora, respetada del mismo Júpiter, que le concede preferencia sobre las demás porque ella tiene en sus manos los destinos de la tierra, distribuye propicia sus dones entre quienes la honran, concede el triunfo, acompaña solícita á los viajeros y navegantes, dispensándoles el buen tiempo y el arribo feliz, inspira prudencia á los reyes y preside á los sueños, á los partos, al crecimiento y salud de los recién nacidos.

Aparece también como habilísima cazadora, y en esto es la igual de Diana. Sin distinción dirigía sus flechas contra los animales ó los hombres.

Su carácter maléfico aumenta progresivamente y se convierte en envenenadora, que ensaya sus pócimas en el desventurado extranjero, y llega hasta emponzoñar á su propio padre. Se casa con Eetes, é instruye en sus horribles artes á sus dos dignas hijas: Medea y Circe.

En fin, la Hécate infernal se muestra ya despojada de toda humana cualidad. Es diosa de la hechicería y los encantamientos. Los magos la invocaban cuando querían ponerse en secre-

ta comunicación con el mundo invisible; sacrificaban entre las negruras de la noche y en un hoyo abierto en el suelo una oveja negra cubierta con un manto azul y sobre las cenizas de la víctima llamaban siete veces á la divinidad sombría. Envueltas en negros vapores y rodeadas de llamas espectrales, aparecían terribles y gigantescas las Hécateas que revelaban el porvenir.

Cuando responde á las mágicas invocaciones, se la representa con la cabeza erizada de serpientes, una rama de encina en la mano, entre fulgores y rodeada de las jaurías del Averno. Cuando Fedro la implora, se muestra armada de espada y látigo y de una ardiente antorcha. Otras veces se la ve armada de puñal ó provista de cuerdas, para herir ó atar á sus víctimas.

El número tres le estaba consagrado: tres eran sus cabezas, según dicen algunos, de caballo, de jabalí y de perro, y el altar erigido en su honor diferenciábase de los otros en que sólo tenía tres lados; con el número tres se la designaba.

Su culto era de misterio y sangre. Inmolábansele ovejas y perros. Los lamentos de estos últimos alejaban los temerosos espectros que Hécate enviaba durante la noche. Si bien en la culta Atenas se le dedicaban ofrendas incruentes, tortas con una figura de buey pintada, en Esparta, en cambio, llegaron á sacrificarle víctimas humanas. Los romanos creyeron que fijaba el término á la vida de los hombres y que presidía á su muerte, y su culto en la Ciudad Eterna también estaba despojado de ferocidad.

II

Némesis

Sus nombres.—Su origen.—La justicia implacable.—Una superstición de los romanos.—Representación artística.

Según Hesíodo, Némesis significa «buena fortuna». Fornuto cree que esta voz se deriva de *nemesao* (indignor) por la indignación que en la diosa causaban los crímenes de la tierra, ó quizá de *misos*, odio, venganza, porque se invocaba á Némesis para vengar los ultrajes y castigar á los enemigos. Según Aristóteles se denominaba así porque concedía á cada cual lo que se merecía.

Sus nombres son numerosos. Ausculanos y falerios la llamaban Ancaria; los romanos, Fortuna; los faliscos, toscanos, volterranos y voltesios, Norcia. En fin, también se la denominaba la Gran Diosa, como á Cibeles.

Pausanias la tiene por hija del Océano; el historiador Amiano Marcelino la declara nacida de la Justicia; Eurípides, de Júpiter, y Hesíodo, de la Noche.

Algunos dicen que Némesis no es otra que Leda, y otros, que los amores de ésta con Júpiter, transformado en cisne, hay que referirlos á Némesis. Según esta última versión, al nacer Helena del famoso huevo, Mercurio la entregó á Leda para que criase á la que había de causar la ruina de Troya.

Considerada en su carácter, Némesis es la más terrible personificación de la Justicia, ó, lo que es lo mismo, la Justicia inflexible, implacable, inexorable, vigilante siempre, siempre infatigable en la persecución del delincuente. Sus decretos son ineludibles, porque sabe escrutar hasta en la intimidad de los corazones.

Soberana de los mortales, severo juez de los motivos que incitan á obrar, Némesis, la poderosa Némesis mandaba hasta sobre el misterioso Destino, haciendo salir de su urna los bienes y los males. Complacíase en humillar la testa ufana de los orgullosos, en abatir á los que carecían de moderación durante la próspera fortuna. Vigilaba celosamente á los hijos que ofendían á sus padres, y acogía propicia los votos del amor desdenado ó ultrajado, vengando á las mujeres de las infidelidades de los hombres.

Supónesela de origen egipcio, y algunos hasta la confunden con Hécate y Diana. De Egipto pasó su culto á Persia, Babilonia, Asiria y Etiopía. Según dice Plinio, tenía consagrado un laberinto en el lago Meris, donde se elevaban quince altares. Orfeo importó más tarde su culto en Grecia, donde llegaron á invocarse dos divinidades vengadoras de los crímenes, llamadas Némeses, aunque en realidad quizá se trate de la misma, bajo sus dos más conocidos nombres, Némesis y Adrastia. Hesíodo también cita dos Némesis: la primera es el Pudor, que se volvió al cielo después de corromperse el mundo, y la otra, dicese quedó en la tierra y en los infiernos para castigar á los malvados. Estas dos divinidades, invocadas principalmente en los tratados de paz, aseguraban la fidelidad de los juramentos, y se las ve distintamente representadas en muchas medallas antiguas.

Pausanias cuenta que Némesis se apareció durante el sueño á Alejandro Magno para ordenarle que erigiese Esmirna.

Los romanos la llamaron la Santa y le consagraron un altar en el Capitolio, ante el cual iban los guerreros antes de dirigirse al combate para sacrificarle víctimas ú ofrecerle un puñal. Presidía al oído derecho, y cuando un romano pronunciaba alguna palabra de mal agüero, se detenía bruscamente, y, luego de besarse el anular de la derecha, se tocaba la oreja del mismo lado por creer que en ella estaba el asiento de Némesis.

Sus representaciones son innumerables, según el artista que en esta diosa se ha inspirado. Los etruscos la coronaban con piedras preciosas, y también se le tejían guirnaldas con narcisos. Entre los griegos se la ve algunas veces con un asta de ciervo en la frente, para indicar la prontitud con que Némesis da á cada cual lo suyo. También se la ve con la cabeza velada, declarando que la justicia divina es impenetrable, y que hiere cuando el culpable se cree más seguro. En algunos grabados está sentada en un timón, diciendo así que rige el Universo, ó tiene una rueda bajo los pies, porque lo recorre para presenciar las obras humanas.

III

La Muerte

Concepción mitológica de la enemiga del género humano.—Sus atributos.—
Volgar.—Cómo la han representado los artistas en las distintas épocas.

Hija de la Noche y de padre desconocido, y hermana del Sueño, ó hija de la Noche y el Sueño, según Homero, era enemiga implacable de la especie humana. Hesíodo afirma que tenía su residencia en el Tártaro, en tanto que Virgilio la coloca en las puertas de los Infiernos, donde Hércules la sujetó con cadenas de diamante, cuando fué á libertar á Alceste. Fué adorada por los lacedemonios, y los habitantes de Élide le consagraron estatuas. Los romanos le erigieron altares, mas sobre todo en Fenicia recibió adoraciones muy señaladas.

La Muerte era raramente nombrada entre los griegos, porque temían renovar tan siniestra idea evocando la imagen de nuestra destrucción, y en sus poemas (cánticos), no aparece invocada una sola vez. Hesíodo la describe con corazón de hierro y entrañas de bronce. Horacio la pinta con alas negras y una red con la que envuelve las cabezas de sus víctimas. En Grecia se la representaba, generalmente, bajo la figura de un niño negro, con los pies torcidos y acariciado por la Noche, su madre.

En una caja de cedro, puesta en el templo de Juno, en

Elea, se veían la Muerte y el Sueño, representados en dos niños descansando en brazos de la Noche, el uno blanco y dormido, el otro negro y que simulaba dormir, ambos con los pies cruzados. En una lápida sepulcral conservada en el palacio Albani en Roma, el Sueño, figurado en un joven genio, se apoya sobre una antorcha, vuelta hacia abajo, del mismo modo que su hermana la Muerte. Lessing cita una lápida sepulcral donde se representa el Sueño y la Muerte señalando las puertas del palacio de Plutón.

Preséntase en los grabados antiguos la Muerte con el rostro pálido y desfigurado, los ojos cerrados, cubierta de un velo y teniendo, como el Tiempo, una guadaña ó una hoz en la mano. Este atributo espantoso anunciaba á todos que, como pajas, los hombres son raídos de este mundo por la divinidad de la destrucción.

Los etruscos pintaban también á la Muerte con un rostro horrible. Ya le daban la cabeza de la Gorgona, llena de serpientes, ya la de un monstruo fabuloso llamado *Voltar*, que tenía la forma de un lobo furioso. En una urna fúnebre encontrada cerca de Perusa se ve este monstruo con la boca abierta, emblema de la ferocidad con que la muerte viene á tragarnos.

Los poetas clásicos y los artistas de la antigüedad jamás figuraron la Muerte bajo la forma de esqueleto; mas cuando cesó la costumbre de quemar los cuerpos, comenzó la vista á habituarse á contemplar cadáveres, esqueletos y osamentas, disminuyó la repugnancia que en un principio hubieron de inspirar estos despojos, y en los primeros tiempos de la Iglesia se representaba la imagen de la Muerte como un cadáver medio descarnado y roído de gusanos, saliendo de su boca una leyenda que contenía un pasaje de la Escritura.

Los artistas de los tiempos medioevales concibieron la Muerte provista de grandes alas de murciélago, la guadaña y un reloj de arena.

IV

El Sueño y Morfeo

Alegorías con que se relaciona la concepción mitológica del Sueño.—El sueño ligero y el sueño profundo.—Representación artística.—Morfeo, sueño que no engaña.

El Sueño (Somnus), hijo de la Noche, hermano de la Muerte, y en realidad su imagen espantosa, como lo llama un poeta castellano, representa el silencio y la inmovilidad. Algunos afirman que también tuvo como hermana á la Esperanza, alegoría ingeniosa que sirve para explicar el engaño de los sueños agradables y de las promesas acariciadoras. Orfeo coloca su mansión á la entrada de los Infiernos, de donde, al decir de Hesíodo, salía para pasearse por la tierra; además se le suele considerar como un hermano de Leteo, pues, como las aguas de este río, lo hace olvidar todo. Los Sicionios le nombraban *Epixota*, es decir, el que halaga, y le dedicaron una estatua en el templo de Esculapio. En Italia, el Sueño se llamó primero *Supnus*, luego *Sopnus* y por último *Somnus*. Para Homero, era hermano gemelo de la Muerte, y por esta razón los lacedemonios les erigieron estatuas iguales y próximas entre sí. Los romanos distinguían *Somnus*, el sueño ligero, de *Sopor*, el sueño profundo, esposo de la ninfa Pasitea.

Unas veces se le representa como un joven con una guir-

nalda de adormideras en la cabeza; otras se le ve acostado con gracioso desenfado, entregándose á las dulzuras del descanso, mientras que la Noche le prodiga sus caricias. Ovidio lo describe en su lecho de plumas, en soberbio palacio situado en el antro profundísimo á donde no llegan los rayos del sol, y que bañan las calladas ondas del Leteo. Con frecuencia se ve simbolizado el Sueño en un bello mancebo que sostiene en una mano un cuerno, con el cual vierte á los mortales un vapor adormecedor: cuando el cuerno está vacío, es que el dios ha otorgado sus favores, pero cuando está lleno denota el insomnio. En ocasiones, lleva una varita con la cual toca á los que quiere dormir y Tíbulo le atribuye alas negras.

Rodéanle muchos y diversos genios alados, prontos á partir á su mandato bajo diferentes y caprichosas formas. Entre ellos sobresale Morfeo, hijo que tuvo con la Noche, y el único sueño que anuncia la verdad. Según Ovidio, era el más hábil en imitar el semblante, modo de andar y sonido de la voz de aquéllos á quienes quería representar, no descendiendo nunca á figurar en quiméricas ilusiones ni tomar otra apariencia que la humana. Tenía como atributos una planta de adormidera con la cual tocaba á los que quería adormecer, y alas de mariposa como símbolo de su ligereza.



La Noche

Sacrificios que se le dedicaban y animales que le estaban consagrados.—*Noctulios*.—Mitología figurada de la Noche.

Como divinidad primitiva, hemos hablado de la Noche en el lugar correspondiente de este libro, y allí encontrará el lector noticia de su carácter, de sus uniones y descendencia.

Aquí sólo añadiremos que los griegos y romanos le inmolvaban carneros negros. Tal fué también el sacrificio que le hizo el piadoso Eneas cuando descendió al Averno. Consagrábasele el gallo, que con su grito alegre turbaba el silencio nocturnal, y el buho, amigo de las tinieblas.

Aunque la mayor parte de los pueblos italianos reputaba á la Noche por una diosa—al igual de los griegos—los habitantes de Brescia la habían masculinizado dándole el nombre de *Noctulios* ó *Nocturnos*, y como tal dios se encuentra en algunos monumentos.

Los artistas se han inspirado constantemente en la Noche, y sería interminable trabajo enumerar los cuadros y monumentos en que está figurada, y más todavía las descripciones que de ella han hecho los poetas. En algunos monumentos se la ve cubierta de largo velo sembrado de estrellas ó con vestido azul é invertida antorcha. En otros sitios se la ve alada ó montada en

un carro tirado por dos negros caballos ó un mochuelo, y con el manto estrellado. Los griegos gustaron de colocarla en el Tártaro sombrío, entre sus hijos el Sueño y la Muerte. Los romanos la despojan del carro, y la representan ociosa y dormida: dirige su curso hacia Occidente, pero con la cabeza vuelta siempre hacia Oriente, como si llamase las masas de nubes que la siguen para ensombrecer los lugares que el sol desaloja. En fin, en otros monumentos se la ve precedida de un niño provisto de antorcha, que es el Crepúsculo.

Entre sus estatuas de tiempos posteriores á los clásicos, se destaca la maravillosa Noche florentina, obra de Miguel Angel.

La *Eneida*, donde Virgilio la describe tocada con el negro manto estrellado, ha suministrado el modelo de esta diosa á muchos artistas. Teócrito, el poeta bucólico, la canta en el carro precedido de astros, y Eurípides, el trágico, la muestra recorriendo la obscura extensión del cielo nocturno.

Harpócrates

Su origen.—Su significación.—Su representación y atributos.

Su origen es egipcio, y algunos lo identificaron con Horo, por ser hijo de Isis y Osiris. Sin embargo, esta identidad no parece suficientemente fundada. Los antiguos viajeros griegos, como el padre de la Historia, ni siquiera nombran á Harpócrates entre las divinidades egipcias, aunque sin duda tenía una significación jeroglífica, según han podido averiguar en nuestros días conspicuos egiptólogos. Los egipcios posteriores cambiaron esa significación, y los griegos y romanos la trasplantaron luego á sus lenguas respectivas, dando al personaje representado el nombre de Harpócrates, que empieza á repetirse cuando la expedición de Alejandro Magno y aun más durante el reinado de los Ptolomeos.

Dícese que nació tan débil de salud y de constitución en las extremidades, que siguió en la actitud de los niños que aun permanecen en el claustro materno, ó sea con las manos en la boca. Los griegos dieron á esta actitud un sentido simbólico, viendo en ella el signo imperativo del silencio, y de ahí que algunos le tengan por un filósofo poco hablador.

La estatua de esta divinidad se encontraba á la entrada de

muchos templos. Plutarco interpretaba esta particularidad diciendo que era preciso honrar á los dioses con el silencio. Los antiguos solían tener en sus sellos la figura de Harpócrates, dando á entender que debía guardarse el secreto de las cartas.

Se le representaba con figura de joven desnudo ó vestido de ropa talar, cubierto con mitra egipcia y la cabeza resplandeciente; aunque á veces se le ve con una canastilla en lugar de la mitra. Lleva el cuerno de la abundancia en una mano y la flor del loto en la otra.

DIOSES ALEGORICOS

I

Abstracciones

La Justicia.—Divinidad alegórica hija de Júpiter y de Temis. Los egipcios dejaban su estatua sin cabeza, como símbolo de que los jueces debían despojarse de sus propios sentimientos para seguir las decisiones de las leyes. Sus atributos ordinarios son la espada y la balanza, y un haz de hachas rodeado de vergas, símbolo de autoridad entre los romanos. Algunas veces se la representaba con una venda en los ojos, para designar la rigurosa imparcialidad que corresponde al carácter de juez. Augusto le edificó un templo en Roma. Hesíodo asegura que la justicia, hija de Júpiter, está junto al trono de éste en el cielo, y le pide venganza siempre que se quebrantan las leyes y la equidad.

La Ley.—Hermana de la Justicia y, por consecuencia, hija de Júpiter y de Temis. Se la representa como una matrona majestuosa, sentada en un tribunal: la diadema de su cabeza simboliza el imperio que debe tener en la sociedad. Empuña un cetro y tiene á sus pies un código abierto en el cual se lee esta sentencia: *in legibus salus*.

La Libertad.—Divinidad muy popular entre los griegos y romanos. Tiberio Graco le construyó un templo sostenido por columnas de bronce en el monte Aventino. La diosa estaba representada bajo la figura de una matrona romana vestida de blanco, teniendo un cetro en una mano, un gorro en la otra y un gato á sus pies. La acompañaban Adeone y Abeone, dos deidades, significando su poder de ir y venir á voluntad. El gorro aludía á la costumbre que tenían los romanos de hacerlo llevar á los esclavos manumitidos. Cuanto al gato, considerábase como el animal que más se impacienta cuando se le encierra. Algunas veces se representa á la Libertad con una varilla en vez de cetro, llamada *Vindicta*, con la cual el magistrado tocaba á los esclavos en el acto de la manumisión.

La Naturaleza.—Divinidad que unos hacen madre, otros mujer y algunos hija de Júpiter. La Diana de Éfeso, y sus atributos, no significaban otra cosa que la Naturaleza y todas sus producciones. Muchos admitían un dios particular de la naturaleza humana, que se cree ser el genio. Virgilio, en elegantes y sonoros versos, considera la Naturaleza como igual á Dios, el cual no consistía más que en la reunión de todos los seres.

Jupiter est quodcumque vides quodcumque movetur.

La Naturaleza se halla representada frecuentemente en las medallas con la apariencia de Pan, que, como es sabido, significa *el todo*. Los egipcios la pintaban bajo la imagen de una mujer cubierta de un velo.

La Providencia.—Los romanos la honraban como á diosa y le daban por compañeras á Antevorta y Postvorta. Tuvo un templo en la isla de Delos. Representábanla coronada de laurel, los cabellos rizados y teniendo en la mano derecha un bastón, en el cual parece apoyarse. A su derecha estaba colocado un cesto lleno de frutas, y á la izquierda un cuerno de la abundancia derribado. En muchas medallas romanas lleva en la mano derecha un globo y en la izquierda un asta transversal. Con frecuencia va acompañada del águila y de

los rayos de Júpiter, porque á este dios atribuían particularmente los paganos la providencia que arregla el Universo. Un ojo abierto en una esfera ó triángulo radiante sobre la figura, significa que nada se le oculta.

La Fama.—Mensajera de Júpiter. Los atenienses, pueblo entusiasta de sus hazañas, le habían erigido un templo y la honraban con suntuoso culto. Los poetas la pintaban como una diosa enorme que tiene cien bocas y cien orejas, con largas alas, cuyos extremos están guarnecidos de ojos. En la *Encida*, Virgilio supone que era hija de la tierra, la cual la parió para que publicase los crímenes y las infamias de los dioses, en venganza de la muerte de los gigantes, sus hijos, á quienes exterminaron. La Fama habla de las artes y de las ciencias, así como de las victorias y las grandes acciones, y para expresar este pensamiento, se la ha pintado algunas veces sentada sobre broqueles, teniendo una trompeta en la mano en actitud de sonarla.

La Esperanza.—Era, según los poetas, hermana del Sueño, que da treguas á nuestras penas, y de la Muerte que las termina. En el primer libro de la *República* de Platón, el viejo Céfalo, interrogado por Sócrates, recuerda el verso de Píndaro, quien considera la Esperanza «como una dulce nodriza de la ancianidad». Se la representa bajo la figura de una joven ninfa, de rostro sereno, sonriendo con gracia, coronada de flores, mensajeras de los frutos y teniendo en sus manos un ramo de las mismas. El verde es su color característico, como emblema de la verdura naciente que presagía la cosecha de los campos. Los antiguos la pintaban con alas, porque es propio de la Esperanza escaparse tan luego como uno piensa asirla.

II

Virtudes

La Virtud propiamente dicha es hija de la Verdad, y es la rectitud del ánimo y la moralidad de las acciones. Se la representaba de solemne y hermoso continente, toda vestida de blanco y con grandes alas desplegadas para mostrar que eleva los corazones sobre las miserias de la tierra. Su trono es una sólida piedra marmórea, denotándose así cuán firme es su poder. Lleva en la diestra un cetro que indica la soberanía sobre sí mismo, y otras veces una pica, por los combates que han de librarse para conquistarla.

Los romanos le rindieron solemne culto, erigiéndole un templo en tiempo de los Escipiones. Mario y Marcelo construyeron otro junto al del Honor, y no se podía entrar en éste sin pasar previamente por el de la Virtud.

La Verdad.—Hija de Zeus (Júpiter) ó de Saturno, y madre de la Virtud y de la Justicia. Va ligeramente vestida y aun desnuda, pero en actitud nada impúdica. Su aire es sencillo y lleno de dignidad, y sus ojos irradian como luz de los cielos.

Cuéntase que viéndose una vez desnuda, fué tan grande su rubor, que se escondió en un pozo, en donde la encontró la Filosofía obligándola á salir. Viéndose perseguida en la tierra, alzó el vuelo y se refugió en el cielo.

Representasela de distintas maneras: con un libro abierto,

con victoriosa palma y aun rodeada de espejos, flores y preciados atavíos; que no es indispensable la desnudez á la Verdad.

El Honor.—Ya hemos dicho que en Roma tenía un templo junto al de la Virtud. La corona de laurel y la lanza eran sus símbolos más comunes. También lo representaron los romanos con un ramo de olivo, porque en un pueblo guerrero como el suyo la paz tenía que ser honrosa á toda costa. También se le ve con el cuerno de la abundancia.

Hacíansele cada año solemnes sacrificios por los caballeros, que le tenían por su especial patrón.

La Amistad.—Por su desinterés clasificase entre las virtudes, mientras que los antiguos no reputaban de tal al amor, que no está exento de egoísmo. Griegos y romanos la veneraron, y sus escritores han hecho de ella grandes alabanzas, distinguiéndose entre todos el divino Platón, que le consagró uno de sus inmortales diálogos.

Los helenos la representaron en una matrona de abrochada túnica sólo descubierta en la región del corazón, donde lleva impuesta su diestra. En la izquierda ostenta una rama de olmo seco revestida con los pámpanos de una vid que lo abraza. Los romanos hicieron de ella una hermosa joven ataviada de blanco, coronada de mirto y granado, cuya flor ostenta el color del fuego, y en el corazón este lema: «De cerca y de lejos». También se le inscribía en la frente: «En invierno y en verano»; y en la franja de la túnica: «En la vida y en la muerte», empresas todas que revelan claramente su sentido.

Teseo y Piritóo; Niso y Eurialo; Harmodio y Aristogitón; Pilades y Orestes, ofrécese siempre como dechados de la amistad.

La Fidelidad.—Parece ser que los habitantes del Lacio le rindieron culto. Numa fué el primero en regularizarlo erigiéndole un templo y levantándole altares en la ciudad de la Loba.

Los sacrificios cruentos estaban excluidos de sus aras, y sólo se le ofrecían oblaciones de flores, vino, incienso. Sus sacerdotes se revestían de blanco y eran conducidos pomposa-

mente al lugar de los sacrificios en carros, con la cabeza y las manos envueltas en el manto. Por sus blancas vestiduras y por una llave que tiene en la mano, se reconoce también á la Fidelidad en las representaciones gráficas. A veces se la ve igualmente con un perro, que tan propiamente la simboliza. En nuestros días suelen servirle de corriente emblema las dos manos enlazadas. En algunos sitios se la ve bajo la figura de una hermosa joven con un canastillo de frutas en una mano y en la otra un manojo de rubias espigas de trigo.

La Hospitalidad.—Como un mitólogo dice acertadamente, no hay virtud que menos practiquen los pueblos modernos que esta de la Hospitalidad. En cambio fué escrupulosamente observada por los antiguos, y aun entre los salvajes se practica hoy en día. Ni aun el enemigo podía vengarse de su enemigo, cuando éste se había acogido bajo el techo hospitalario de aquél, y la historia está llena de sublimes y magnánimos ejemplos que hacen altamente simpática esta virtud.

Su culto, pues, se ha visto difundidísimo por el mundo, siendo mayor el que le han rendido los corazones que el manifestado por actos rituales. Sin embargo, no careció de altares, y los antiguos llegaron á sustantivar en la Hospitalidad los sobrenombres de Hospes, Hospitalis, dados á Júpiter hospitalario, como puede verse en la *Encida* virgiliana.

Suele representarse á esta diosa ó virtud con la figura de una mujer de dulce mirada que ofrece su mano á un cansado peregrino. De atributo le sirve el cuerno de la abundancia, del que se desbordan abundantes frutas, que un niño se apresura á coger. También se la ha pintado con las faldas remangadas para dar más libertad á sus diligentes movimientos. Cerca de ella suele verse un pelícano, que es fiel emblema de la cordialidad.

Las Oraciones ó Lites.—Los antiguos personificaron la Oración como las demás virtudes, resultando numerosas divinidades con el nombre de Lites ó Las Plegarias.

Homero dice de ellas que son hijas de Júpiter, cojas, arrugadas; van siempre con los ojos bajos, en actitud humilde. Siguen los pasos de la Injuria para curar los males que causa á

los humanos. El que las escucha y respeta recibe de ellas grandes socorros, pues interceden por él con Júpiter; pero el que las rechaza experimenta su terrible cólera. El mismo poeta las supone hijas de Até, diosa del mal y de la injusticia.

El Pudor ó Aidos.—Con este segundo nombre lo designaban los griegos, y se le figura en una hermosa jovencita de recatado porte y siempre cubierta con un velo.

Cuéntase que Icarío, padre de la fiel Penélope, suplicó á su hija que no lo abandonase por seguir al rey de Itaca. El amor venció al instinto filial; pero como tuviese vergüenza de confesar su delicado sentimiento, Penélope se cubrió el rostro con un velo y siguió los pasos de Ulises.

Icarío elevó un templo en el sitio mismo donde la enamorada Penélope prefirió á su esposo.

La Piedad.—Al sentimiento que mueve á reverenciar á los dioses, á la patria y á los padres, llegando hasta el personal sacrificio por servirlos, llamaban los antiguos Piedad. Atenas y Roma fueron los dos pueblos que más escrupulosamente la veneraron, representándola en una mujer de bondadoso rostro, con la cigüeña constante al lado, y á veces con el cuerno de la abundancia, la copa de los sacrificios (piedad religiosa), un niño (piedad materna), un anciano (piedad filial) y otros muchos atributos, según el objeto en que cifra la piedad la fantasía del artista.

La Prudencia.—Representábanla con dos rostros, como al dios Jano, dando á entender que mira á lo pasado y á lo futuro.

Los modernos la figuran con un solo rostro y mirándose á un espejo que tiene en la mano. Una serpiente, á la que los antiguos atribuían dón profético, sirve de marco al cristal.



III

Los Bienes

La Victoria.—Divinidad alegórica que se supone hija de la diosa Estigia y del gigante Palas. Los egipcios la llamaban Nefte, y los griegos Niké. La representaban generalmente con alas, teniendo en una mano una corona de laurel, y en la otra una paloma. Unas veces se la ve montada en un globo para significar que la Victoria domina toda la tierra; otras, se la simboliza en la figura de un guerrero que lleva un casco en la cabeza, empuñando una lanza con la mano derecha y sosteniendo un trofeo con la izquierda. En Atenas la tenían sin alas, Apta Niké, con la idea de que no se alejase de la ciudad. El Museo del Louvre atesora, entre sus más preciosas obras, la célebre Victoria de Samotracia, atribuida á la escuela de Scopas.

La Concordia.—Hija de Júpiter y de Temis, y hermana de la Paz, con la que á veces se confunde, se la invocaba en la antigüedad para la unión de las familias, de los ciudadanos y de los esposos. Sus estatuas la representaban adornada con guirnaldas, teniendo en una mano dos cuernos de la abundancia entrelazados y en la otra una granada, simbolo de unión. Los romanos le erigieron varios templos en épocas diferentes. El más suntuoso era el del Capitolio.

La Abundancia.—Era una divinidad alegórica, que Ovidio dice siguió á Saturno cuando Júpiter lo destronó. Carecía de altar y templo determinados. Se la representaba bajo la figura de una ninfa joven, robusta y de colores vivos, ceñida la frente con una guirnalda, y con túnica de color verde recamada de oro. Lleva en la mano derecha el cuerno de Amaltea, y en la izquierda un manojo de espigas que caen en desorden. En una medalla de Pertinax, tiene dos espigas en la mano derecha, y con la izquierda entreabre su ropaje, para dejar ver su seno, indicando de este modo el manantial de toda riqueza. En otra medalla de Helio-gábalo está representada apoyando el pie derecho sobre un globo, teniendo en sus manos un cuerno boca abajo, de donde caen monedas de oro y plata, emblema de la prodigalidad más bien que de la abundancia. La estatua de la Abundancia que se conserva en el Museo del Capitolio, tiene una bolsa en la mano derecha y una corona en la izquierda.



La Abundancia.

La Paz.—Hija de Júpiter y de Temis, y hermana de la Concordia. Aristófanes le da por compañeras á Venus y las Gracias. Los atenienses le consagraron un templo y le levantaron estatuas, pero su celebridad fué mayor entre los romanos, quienes en la calle Sagrada le erigieron el templo más magnífico que se conoció en Roma. Este templo, comenzado por Agripina y terminado por Vespasiano, recibió los ricos despojos que este emperador y su hijo Tito se habían llevado de Jerusalén. En el templo de la Paz era donde se reunían los que profesaban las bellas artes, para discutir sus prerrogativas, á fin de que por la presencia de la divinidad desapareciese todo desabrimiento en las disputas. Cuenta Galiano que los enfermos depositaban toda su confianza en esta diosa, y ellos ó sus amigos le dirigían sus votos para que otorgase la salud. En una medalla de Vespasiano está rodeada de olivos, y se le dan como atributos un

caduceo, un cuerno de la abundancia y un manojo de espigas. En un bajorrelieve de la villa Albani, la Paz está figurada en una mujer con un caduceo y grandes alas como la Victoria; los sacrificios tributados á esta diosa están indicados por las piernas de un animal puestas sobre una mesa. Como es sabido, en Roma, cuando se hacía la paz, las puertas del templo de Jano se cerraban.

La Salud.—Divinidad alegórica que tenía muchos templos en Roma. Se la representa como una ninfa joven con ojos brillantes, color fresco, talle esbelto, coronada de yerbas medicinales; lleva un gallo en la mano derecha y en la izquierda una serpiente enroscada en un palo. También se la representa en un joven desnudo, con alas y una serpiente.

Los Vicios

La Mentira.—Tiénela algunos mitólogos por deidad infernal, encargada, al igual que Carón, de conducir al Tártaro las sombras de los muertos, identificándola también con Mercurio, que, además de desempeñar esta fúnebre función, no tenía nada de veraz.

La Mentira viste trajes adornados de máscaras y lenguas. A menudo ostenta rostro afable y seductor. Se le supone una pierna de madera para dar á entender cuán escasa es su solidez, y lleva encendido un haz de paja denotando que sus invenciones no duran más que este fuego efímero. En fin, también se la representa sucia, fea, mal peinada y peor vestida, como la Mentira suele ser en realidad.

La Hipocresía.—Mujer enteca, de sumidos ojos y rostro falaz, que malamente vela una máscara de amables formas.

Se la representa enlutada y haciendo ostentación de la limosna que ofrece á un pordiosero. A sus pies tiene un simbólico lobo.

La Calumnia y la Envidia.— Se las tiene por dignas hijas del Averno y de la Noche. La Envidia se complace en forjar perversas invenciones que dañen á la virtud y á la inocencia, y su hermana la Calumnia se ejercita en propalarlas para acrecentar el daño. Tienen rostro humano, ésta pérfidamente suave, aquélla horrible como las sierpes que incesantemente le destrozan el pecho. La Envidia oye con las orejas de Midas; la Calumnia envenena cuanto su aliento profana. La una concibe, la otra ejecuta.

DIOSES DE TERCER ORDEN

Héroes ó Semidioses

Los griegos daban el nombre de héroes á los grandes hombres que se habían hecho célebres por sus hazañas, y sobre todo por haber prestado grandes servicios á sus conciudadanos. Los héroes eran generalmente fruto del amor de los dioses con las mortales ó de las inmortales con los hombres. Se decía que, al morir, sus almas se elevaban hasta los astros, y se hacían dignos de los honores tributados á los mismos dioses. Lucano les señala por morada la vasta extensión que media entre el cielo y la tierra.

El culto de los héroes se distinguía del de los dioses en que el de éstos consistía en sacrificios y libaciones, mientras que el de los héroes no era más que una especie de pompa fúnebre. Sin embargo, no se observó siempre esta distinción, pues llegaron los héroes á ser considerados como dioses y á tener parte en los honores divinos.

Son innumerables los personajes mitológicos que pertenecen al tercer orden de los semidioses. De los principales hablaremos en los capítulos siguientes.

I

Anfión

Odisea de la madre del héroe.—Dicea metamorfoseada en fuente.—Las piedras de los muros de Tebas se ordenan por sí solas á los sonos de la lira de Anfión.—Niobe y sus hijos.

Respecto á la paternidad de Anfión hay dudas en la Mitología, atribuyéndosela unos al señor de los dioses y á Antíope; y otros á Epopeo, rey de Sicione. En cuanto á Antíope, tiénesela por esposa de Lico rey de Tebas, y también por su nuera, según la versión que los utores sigan.

Habiendo descubierto Lico los ilícitos amores de Antíope la arrojó del hogar doméstico. ¿Nació de estos adúlteros tratos el héroe de este capítulo?...

Dicen otros que prendado el Olímpico de la pecadora, se metamorfoseó en Sátiro y se llegó á ella. Los que siguen esta segunda versión y suponen á Antíope mujer de Lico, añaden que Dirce ó Dircea, segunda esposa de éste, le excitó contra su rival haciéndole sospechar que se encontraba en cinta. Lico encerró á la amada de Júpiter en una cárcel sombría; pero el dios la puso en libertad y la ocultó en el monte Citerón, cerca de Eleutera, donde al poco tiempo dió á luz dos ge-

melos, Zeto y Anfión, que fueron criados por unos solícitos pastores.

Cada uno de ellos sintió distinta vocación: Zeto se dedicó á las armas y á los ejercicios físicos—al pastoreo dicen algunos—Anfión á la música, en la que realizó grandes progresos, hasta el punto de que, admirado de su mucha habilidad, hubo un dios, no puede asegurarse si fué Apolo, Mercurio ó una Musa, que le hizo dón de una armoniosa lira.

Pero si de pequeños siguieron distinto rumbo ambos hermanos, acordes estuvieron en vengar á su madre cuando supieron más adelante los malos tratos de que Lico y Dicea la hicieron víctima. Juntos pusieron sitio á Tebas, tomaron la ciudad y mataron á Lico. Como Dicea era la rival de Antíope y fué ella quien aconsejó al rey que la persiguiese, la madre de los vencedores quiso vengarse á su vez sometiendo á su enemiga á cruelísimo suplicio, consistente en atarla á la cola de un toro bravo, que fué aguijado para que emprendiese rápida carrera. Condo-lido Baco de la infeliz supliciada, que había sido gran devota de sus misterios, la transformó en clara y sonora fuente, mientras que, inspirando á Antíope terribles furores, hízola correr demente por toda Grecia, hasta que topando con ella Foco el Corintio, hijo de Neptuno, la curó é hizo su esposa. El suplicio de Dicea, atada por los cabellos al toro impetuoso, está soberbiamente representado en el grupo llamado el «Toro Farnesio» que se admira en el Palacio Farnesio de Nápoles.

Vencedores los hermanos, Anfión reinó, ó por lo menos ejerció la regencia en Tebas, durante la minoridad de Layo. Su afición á la música renació más viva y, según se cuenta, al són de la mágica lira que le regalaron los inmortales, las piedras adquirieron rítmico movimiento, y, sin trabajo de la mano del hombre, por virtud de la música creadora, fueron colocándose las unas sobre las otras hasta formar los muros de Tebas. ¿Quiere decir esto que siendo Tebas una ciudad abierta y sin sólidas defensas, Anfión la rodeó de muros? Probablemente habrá que asociar á esta racional interpretación otra no menos interesante: el poder cautivador que la música ejerció en aquellos primitivos y rústicos pueblos.

Anfión se casó con Niobe, hija de Tántalo, rey de Lidia, y

de Eurianasa ó Dione, y en ella tuvo una prole cuyo número varía según los autores. El padre de la historia dice que sus hijos fueron dos varones y tres hembras; Homero y Propercio cuentan doce, la mitad de cada sexo; Safo, dieciocho; Ovidio y Apolodoro, siete varones y otras tantas hembras; Alcmán, diez; el autor de los *Trabajos y los días*, diecinueve, y, en fin, veinte Píndaro, Baquílides y Mimnermo. La misma diversidad reina en los nombres, que, por no ser de personajes que figuren en las obras clásicas ni modernas, omitiremos.

Lo importante es lo que después ocurrió á Niobe.

Safo la llama en uno de sus poemas la amiga de Latona, y en un fresco de Herculano se la ve jugar á los dados con la diosa. Esa amistad duró hasta que, casada Niobe y madre de numerosos hijos, se burló de su inmortal amiga, que sólo tenía dos, y se creyó con más derecho que ella á que le rindiesen culto. Este su orgullo, desbordándose en presencia de la misma diosa, fué la causa de su perdición. Latona acudió á sus hijos para que la vengasen de la ofensa, y un día en que Apolo y Diana encontraron á los hijos de Niobe jugando y haciendo ejercicios en las llanuras de Tebas, él armó



Niobe.

su arco mortífero y los acribilló á flechazos. Los gritos de las víctimas llegaron á oídos de las hermanas, acudieron éstas á los muros de la ciudad para informarse de lo que ocurría y en aquel punto mismo Diana disparó sobre ellas dejándolas muertas en el acto.

Cuando Niobe vió el hórrido espectáculo que orrecían sus hijos sacrificados por la ira de los dioses, derramó sobre ellos silenciosas lágrimas, el dolor la dejó muda é inmóvil, y quedó transformada en fría piedra. Un viento impetuoso la condujo con sus invisibles alas hasta la cumbre de un monte lidio, donde sigue derramando lágrimas que se ven fluir de una piedra mármórea.

Esta poética fábula ha conquistado gran celebridad en nuestros días gracias al grupo de Níobe, rodeada de sus hijos, que se admira en la sala florentina llamada la Tribuna. Durante mucho tiempo se desconoció el mérito de esa obra; pero Guido, que la imitó, y luego Winckelmann, Fabroni, Visconti y Goethe, han conseguido que en ella se fije la atención de los artistas.

Parece ser que esta fábula de Niobe tiene por raíz y fundamento un suceso histórico.

Dícese que una peste devastó la ciudad de Tebas, matando á los hijos de Niobe, y como en aquellos tiempos se atribuían las enfermedades contagiosas al excesivo calor solar, se creyó que Apolo los había muerto con sus flechas.

Añádese que los niños permanecieron nueve días insepultos, porque los dioses habían petrificado á todos los moradores de Tebas, y que al décimo día los mismos dioses les rindieron las fúnebres exequias. Esto quiere decir, sin duda, que, como los hijos de Níobe murieron apestados, nadie quiso llegarse á ellos por miedo del contagio, como suele ocurrir en las grandes calamidades públicas en que el terror hace insensibles á los hombres. Sin embargo, cuando el azote atenuó sus estragos, los sacerdotes debieron de cumplir con su deber de enterrar á los muertos.

Niobe debió de sentir aversión por Tebas después de muertos sus hijos y esposo y retirarse á Lidia, cerca del monte Cepilo, en el que se ve una roca que, según Pausanias, parece una mujer llorosa y dolorida cuando se la contempla de lejos. En fin, como la muerte de sus hijos, sumiese á la madre infeliz en un silencio obstinado y la dejase atónita, llegó á decirse que el dolor la había petrificado.

Explicada esta célebre fábula con la debida proligidad, es hora de que volvamos á Anfión para cerrar la historia de este personaje. Algunos autores le atribuyen la invención de la cítara, y dicen que fué el primero en erigir un ara al dios Mercurio. Se le rindieron los honores de la apoteosis elevándole al rango de los dioses, y junto á su sepulcro, donde estaba enterrado con Zeto, se veían unas grandes piedras, de las que la gente refería que habían acudido atraídas por el hechizo de su música.

La muerte desastrada de sus hijos dicen algunos que no le produjo menos pena que á su esposa Niobe, hasta el punto de atentar contra su vida; pero otros creen que los espartanos le asesinaron durante un tumulto popular.

Algunos mitólogos admiten la existencia de dos Anfiones, el músico de Tebas y el esposo de Niobe; pero el tiempo los identificó fusionando sus hechos respectivos.

II

Arión

Arión, músico y poeta.—Su amistad con Periandro.—Los delfines le libran de perecer ahogado.

Había nacido Arión en la ciudad de Metimna, en la isla de Lesbos, y era tan gran poeta como hábil tañedor de lira. A él se atribuye la invención del ditirambo, himno entusiasta en honor de Baco.

Durante mucho tiempo residió en la corte de Periandro, rey de Corinto, acompañando á éste en un viaje que hizo á Italia, donde sus talentos obtuvieron liberal acogida. Al regresar el músico á Corinto, sus compañeros de viaje quisieron darle muerte para apoderarse de sus riquezas; pero él les suplicó entonces que le permitiesen pulsar su lira por última vez. Entonces se retiró á la popa del barco dando al aire las notas patéticas de la canción llamada por los antiguos «Lex Northia», y cuando la hubo terminado, se arrojó al mar con una guirnalda en la cabeza y la lira en la mano. Los delfines, sojuzgados por la arrebatadora armonía, se habían agrupado en torno del navío, y al descender el inspirado poeta, uno de ellos lo recibió en su lomo transportándolo hasta el cabo Tenaro, en Laconia, desde donde se trasladó el héroe á Corinto. Llegado aquí, dicen unos que Periandro lo acogió gentilmente, haciendo castigar duramente á sus ofensores, y

mandando levantar un artístico cenotafio al delfín salvador. Otros creen que Periandro, sin más, encarceló á Arión, no dando crédito á la aventura del barco. Cuando éste tocó en el puerto, los enemigos del músico proclamaron su muerte; pero entonces apareció Arión y, ante tal evidencia, aquéllos declararon su delito. El rey de Corinto castigó á los marineros y retornó su gracia al poeta.

El delfín que salvó á Arión fué colocado en la categoría de las constelaciones.

III

Aristeo

Las ninfas y Quirón educan á este héroe.—Lo que aprende.—Se enamora de Euridice y la persigue.—Libra de una peste á los habitantes de Ceos.—Coloniza en varios países.—La constelación de Acuario.—El culto de Aristeo.

Aunque Cicerón llama á Aristeo hijo de Baco, tiénesele más comúnmente por fruto de los amores habidos entre Apolo y la hermosa ninfa Cirene. Otras ninfas se encargaron luego de su educación, sirviéndole luego de último preceptor el sabio centauro Quirón. A la enseñanza de aquellas gentiles maestras de sus primeros años debió Aristeo el arte de cuajar la leche, de cultivar el olivo y de beneficiar las colmenas.

Siendo ya mayor, enamoróse de Eurídice, y el día mismo en que esta beldad celebró sus nupcias con Orfeo, el impetuoso joven dió en perseguirla. Eurídice huyó presurosa para escapar á su persecución, y una serpiente que le picó en el camino ocasionó su muerte. Para vengar á la víctima, las ninfas mataron todas las abejas de Aristeo. Éste acudió á su madre para que le prestase socorro en aquel trance, y Cirene le recomendó que visitase al sabio Proteo, el cual le reveló el verdadero secreto de su desgracia, recomendándole que hiciese algunos sacrificios expiatorios para calmar los irritados manes de la infortunada Eurídice. Aristeo se dió prisa á sacrificar cuatro novillos y otras tan-

tas terneras, y á poco vióse bien pagado de su piedad con una nube de abejas que acudieron á repoblar sus desiertas colmenas.

Más adelante se casó con Antonoea, hija del famoso Cadmo, de la cual tuvo un hijo llamado Acteón, devorado por sus propios lebreles. Aristeo se retiró después de este trágico suceso á la isla de Ceos, donde reinaba una peste que ocasionaba innumerables víctimas. Gracias á sus sacrificios y suplicas á los dioses, obtuvo de ellos que cesara el azote. Después pasó á colonizar á Cerdeña, y á Sicilia luego, y á Tracia más tarde, dispensando en todas partes grandes beneficios. Para remunerarle de ellos y aumentar su ciencia, Baco le inició en los misterios Orgiásticos.

Ya en la vejez, Aristeo escogió un retiro para reposar de sus muchos afanes en el monte Hemo, y de él desapareció bruscamente arrebatado por los dioses que le colocaron en el cielo formando en el Zodíaco la constelación llamada Acuario.

Griegos y bárbaros le rindieron culto, sobre todo en la isla de Sicilia, que él colonizó, y donde fué una de las principales divinidades protectoras de los campos. Como fué el primero en cuajar la leche, los pastores se distinguieron en rendirle los divinos honores.

En el templo de Baco, erigido por los siracusanos, se veía una estatua de Aristeo.



Aristeo.

IV

Belerofonte

Genealogía.—La doma de los caballos.—Expía el héroe un involuntario crimen.—Venganza de Estenobea.—La carta de Belerofonte.—La Quimera.—Pegaso.—Intenta el héroe escalar el Olimpo.—Su caída.—Sus hijos.—Representación artística.

Tiénese á este interesante personaje mitológico por hijo de Glauco, rey de Corinto, y de Epímedes, hija de Sísifo, aunque otros dicen que lo dió á luz Eurímena, hija de Niso, rey de Megara. Como Plutarco dice en un pasaje que Belerofonte «rogó á su padre Neptuno» también podría suponérsele esta otra filiación.

Su primitivo nombre no era como lo hemos estampado más arriba, sino Híponoo ó Hipponous; porque fué el primero que enseñó el arte de domar los caballos sirviéndose de la brida; pero tuvo la desgracia de matar impensadamente á un hermano suyo—ó quizá sea más cierto decir un pariente—llamado Belero, y por este fatal accidente recibió el nombre de Belerofonte con que se le denominó después, y ha llegado hasta nuestros días.

Como era ley y costumbre en la antigüedad que quien mataba á otro se expatriase un año, Belerofonte tuvo que salir de su país y refugiarse en la corte de Preto ó Proclo, rey de Argos, donde tuvo una magnífica acogida; pero este viaje y estableci-

miento fué para él origen de una gran desgracia y también principio de sus famosas hazañas.

Sucedió que Antea, Estenobia ó Estenobea, mujer del rey Proclo, ardió en amor por Belerofonte, y la historia tantas veces reproducida en el discurso de los siglos, se consumó entonces: el joven no quiso ofender á su generoso huésped y se mostró insensible y sordo á los requerimientos de ella. Despechada Estenobea fué con perversas insinuaciones á su marido, diciéndole que Belerofonte la había querido seducir.

Proclo no quiso violar las santas leyes de la hospitalidad, y le suplicó que fuese á Licia para entregar unas cartas al rey Jobates, padre de Estenobea. En ellas le informaba el de Argos de la grave injuria que el mensajero le había hecho á él y á su esposa, y rogaba á Jobates que los vengase. De este viaje nació la antigua expresión: «Guárdate de llevar la carta de Belerofonte», es decir, una carta contraria á nuestros propios intereses.

Jobates acogió al mensajero con gran magnanimidad, y durante el novenario de su arribo celebráronse en la corte grandes festejos para deleitarle. Al décimo día abrió el rey de Licia las cartas que le enviaba su yerno, y al enterarse del verdadero motivo del viaje, pensó en la mejor manera de castigar al supuesto ofensor de su hija, sin que el castigo pareciese venganza, y no se le ocurrió otra mejor que enviarle á limpiar sus tierras combatiendo con la Quimera que las desolaba.

Era la Quimera un monstruo terrible, nacida en Licia de Tifón y Equidna y educada por el rey Amisodaro. Otros la suponen hija de un Titán y de Queldria. Tenía la cabeza de león, la cola de dragón y el cuerpo de cabra, aunque hay autores que la describen con tres cabezas correspondientes á los animales citados. En una piedra grabada, y que Maffei publicó, se ve á Belerofonte luchando con el monstruo, que está representado con la triple cabeza: la de león en el lugar correspondiente, la de cabra en el lomo y la de dragón en el remate de la cola. Sus bocas llameantes arrojaban torrentes de fuego.

Creése que la Quimera era un monte de Licia que Ovidio llama «khimerifero». En la cima había un volcán, en la falda se criaban leones, y en torno se extendían pantanos infestados de

serpientes. Belerofonte fué el primero en hacer habitable este paraje peligroso, y Plinio afirma que el fuego del volcán ardía hasta en el agua, y que sólo la tierra podía apagarlo. En fin, no falta quien tiene á la Quimera por un navío pirata, cuya proa tenía forma de león, el casco de cabra y la popa de serpiente.

Aportados estos antecedentes sobre el monstruo, añadiremos otros sobre el caballo Pegaso para continuar en seguida la historia.

Era éste un caballo alado nacido de la sangre de Medusa cuando Perseo le cortó la cabeza. Hesiodo cuenta que en el momento de ver la luz, se remontó al Olimpo para llevar al padre de los dioses los rayos y relámpagos. Ovidio asegura que no fué al Olimpo á donde ascendió, sino al Helicón: allí dió una coz y brotó la fuente Hipocrene.

La diosa Minerva regaló á Belerofonte este caballo de origen divino; pero según otros, él mismo se apoderó del corcel, sujetándolo con bridas. Después de erigir un altar á la diosa de la sabiduría, y de ofrecerle sacrificios, cabalgó sobre el bruto inmortal cruzando impetuosamente los aires en busca de la Quimera.

La leyenda vulgar presenta al héroe vencedor del monstruo después de acribillarlo á flechazos; pero hay otra que la supera en interés. Según esta última, Belerofonte se valió de un ingenioso artificio para matar á su rival, sirviéndose de una especie de jabalina cuya punta era de plomo. Como la Quimera arrojaba torrentes de fuego por la boca, el arma se fundió al ponerse en contacto con las llamas, y el plomo derretido le abrasó las entrañas.

Obtenido tan señalado triunfo, el vencedor tornó al palacio de Jobates, y éste le envió entonces á pelear contra los solimos, creyendo que en la lucha encontraría la muerte; pero á pesar de estar éstos aliados con la valerosas Amazonas, también fueron vencidos, teniendo que rendirse unos, y huir otros. Comprendiendo el rey Jobates cuán difícil era vencer al héroe, apeló á la astucia y emboscó á unos malhechores para que le diesen caza; pero también ahora salió en bien Belerofonte, privando de la vida á todos sus contrarios. Jobates acabó por mudar de consejo, reconociendo en él un inocente y un prote-

gido de los dioses. Entonces le ofreció en matrimonio á su hija Filonoe, llamada por otros Antioca ó Casandra, y se lo asoció en la gobernación de sus Estados. Los licios también quisieron hacérselo propicio ofreciéndole vastos territorios para que los colonizase. Cuando su suegro murió, tomó el mando absoluto de su reino.

Sus grandes triunfos le hicieron vano y orgulloso en la vejez, y ello le acarreó duro castigo. Creyendo que nada podría resistir á su ímpetu, ni monte alguno ser bastante inaccesible al vuelo de Pegaso, tuvo la loca audacia de escalar el Olimpo; pero un tábano picó en el camino al fogoso corcel y éste derribó entonces al temerario ginete precipitándolo en la tierra.

¿Murió Belerofonte de la caída? Desde ese momento muy poco ó nada se sabe de él. Unos autores creen que murió desastrosamente del choque; otros lo describen mutilado, errando triste, sombrío y viejo por las llanuras Alcenas, aborrecido de los dioses y abandonado de los hombres. Pegaso pasó á poder del gran Perseo, y luego se lo apropió Apolo.

Tres descendientes dejó Belerofonte: Isandro, muerto en la guerra que su padre sostuvo contra los solimos por mandado de Jobates; Hipóloco, que reinó después de su padre en Licia, y fué á su vez padre de Glauco, y la hermosa Laodamia, amada de Júpiter, y madre de Sarpedón, rey de Licia, á la que mató Diana.

La bibliografía de Belerofonte es abundante, y resultaría prolija una enumeración de las descripciones que de su lucha con la Quimera se han hecho, y de las obras artísticas que ha inspirado. Eurípides compuso una tragedia, que desgraciadamente se ha perdido, sirviéndole Belerofonte de héroe. Otros se inspiraron también en el mismo personaje sin que sus obras hayan tenido más suerte. En un artístico vaso de Hamilton, en otro de Capo di Monte, en la colección del marqués del Vasto, y en numerosas medallas, piedras y bajorrelieves, se ve representada profusamente aquella fabulosa escena.

Cadmo y Europa

La leyenda del rapto de Europa.—Los hijos de Agenor.—Cadmo visita numerosos países.—La muerte del dragón y la fundación de Tebas.—Bodas de Cadmo y Harmonía.—Último viaje del héroe.—El alfabeto y la fundición de los metales.

Agenor, rey de Fenicia, tuvo una hija de grandes ojos y amplia frente que recibió el nombre de Europa. Los poetas han celebrado su beldad y blancura. Angelo ha supuesto que la hija de Agenor poseía los afeites de la altiva Juno, y que gracias á ellos pudo adquirir su rostro una albura que competía con la de la diosa.

Admirado de tanta perfección, Júpiter entró en deseos de poseer á Europa, y, para ocultar su condición, adoptó la forma de hermoso toro blanco, descendiendo en seguida, dulce y manso, á la orilla del mar por donde la gentil princesa paseaba con sus doncellas. Ella se acercó á él, lo enquirnaldó vistosamente, le ofreció frescas y jugosas yerbas, lo acarició multiplicadas veces. Europa tuvo el antojo de subir al ancho y cómodo lomo del docilísimo animal, y cuando Júpiter metamorfoseado la sintió sobre sí se arrojó al mar, nadó, y la transportó á las riberas de Creta. Llegado allí, el dios recobró su prístina forma de inmortal enamorado.

Las interpretaciones de esta poética fábula son muy interesantes.

Dícese que dos mercaderes cretenses que traficaban en la costa fenicia, vieron á la blanca Europa, y les pareció tan hermosa, que á su juicio ningún otro dón había de ser tan grato á su rey Asterio. No bien pensado esto, procedieron al rapto, y como su barco llevaba esculpido en la proa un toro blanco, se divulgó que el señor del Olimpo había tomado aquella forma para robar á la joven, que llegó á la isla por la desembocadura del río Leteo.

Ahora bien; viendo los griegos que en aquella ribera había plátanos de perenne verdor, proclamaron que bajo uno de ellos pasaron los primeros amores de Júpiter y Europa, y por eso se ha representado á ésta tristísima y sentada bajo un plátano y volviendo la espalda á un águila.

Diodoro de Sicilia da otra versión. Según él, la bella Europa fué robada por un capitán cretense llamado Tauro, y de ese nombre procede la leyenda del toro blanco. Tauro tuvo en ella tres hijos que fueron célebres: Minos, Radamanto y Sarpedón. Europa se casó luego con el rey Asterio, el cual adoptó á aquéllos, y la hermosa joven supo de tal modo granjearse la estima de los cretenses, que á su muerte la colocaron en el número de sus divinidades.

Muchos creen que de ella recibió su nombre la parte del antiguo continente cuyos moradores tienen la color blanca.

Cuando desapareció Europa, el rey Agenor ordenó á sus hijos que recorriesen el mundo, y que no volviesen sin traer á la hermana. Ninguno regresó. Fineo se estableció en Tracia; Jilix, cansado de recorrer países, fijó su residencia en el Asia Menor, poblando la región que de él tomó el nombre de Cilicia, y Fénix fundó una colonia en Bitinia.

En cuanto á Cadmo, que nos interesa más, visitó también numerosos países en busca de Europa, y al llegar á Grecia quiso consultar el oráculo de Delfos, del que recibió la siguiente respuesta: «Deja de buscar á tu hermana y sigue á la primera vaca que encuentres en tu camino: donde ella se detenga, funda una ciudad para ti y para los tuyos». Cadmo se atuvo á la orden, y después de mucho caminar encontró en Fócida una vaca

del ganado de Pelagón, la cual le sirvió de guía hasta llegar á Beocia. El errante viajero se dispuso entonces á fundar la ciudad que el oráculo délfico le había encargado; pero antes de comenzar los trabajos quiso impetrar el auxilio de Minerva, rindiéndole un solemne sacrificio, y envió á dos compañeros suyos á que trajesen agua de una fuente inmediata. Aquellas aguas eran sagradas: un feroz dragón, hijo de Marte, las custodiaba, y los enviados de Cadmo fueron por él devorados. Cadmo comprendió lo ocurrido al ver los cadáveres, y lanzándose sobre el monstruo, logró darle muerte. Minerva le aconsejó que sembrase sus dientes en tierra y súbitamente viólos transformarse en guerreros que le cercaron é intentaron agredirle; pero revolviéndose



Bodas de Cadmo y Harmonia.

unos contra otros, se hicieron entre sí cruda guerra, hasta sólo quedar cinco con vida, Equión, Udeo, Chtonio, Hiperenor y Peloro, que, cansados de tanto combatir, depusieron las armas y se sometieron á Cadmo, para fundar la ciudad de Tebas en Beocia ó quizá la ciudadela que, tomando el nombre de su fundador, se llamó Cadmea.

Como el dragón muerto por Cadmo estaba consagrado á Marte ó era hijo suyo, el vencedor no podía obtener el perdón del dios sino después de haber permanecido un año (Suidas dice ocho) esclavo de un príncipe extranjero.

Cumplida esta expiación, Cadmo se casó con Harmonía ó Hermione, hija del Tonante, y á sus bodas asistieron todos los inmortales excepto la altiva Juno. Durante algún tiempo fué feliz, pero el hado se le mostró después adverso, y ya no pudo gozar de paz en la tierra. De sus dos hijas, Ino y Semele, hemos

referido oportunamente la desdichada historia, y aunque sólo sea brevemente diremos algo de Polidoro, Agovea y Autonoe, cuyas desgracias, profetizadas á Cadmo por el oráculo de Delfos, le obligaron á huir con Harmonía de la ciudad que él fundó. Polidoro fué abuelo de Layo, y éste padre de Edipo; Agovea y Autonoe se entregaron con frenesí á la propaganda del culto de Baco, que fomentó la discordia en Tebas. El hijo de Agovea fué despedazado por su propia madre y sus tías Ino y Autonoe, y al hijo de esta última, Acteón, lo devoraron sus perros.

Cuando Cadmo, despreciado ó aborrecido de los suyos, huyó de Tebas, buscó un asilo en Iliria, encontrando una nueva corona, que le ofrecieron los Enquelios, y en este nuevo país es donde murieron Cadmo y Harmonía de puro viejos, ó, según otros creen, fueron metamorfoseados en dragones.

A Cadmo se atribuye la invención de la escritura alfabética. En realidad, lo que hizo fué introducir en Grecia el uso de los caracteres fenicios, y por haber éstos prevalecido, se le consideró el inventor de la escritura. Igualmente importó el culto de muchas divinidades egipcias y fenicias. Se le atribuye también el desenvolvimiento del arte de fundir los metales, luego que hubo encontrado las minas de oro tracias, y explotado las de los montes Pangeo y Scapta-hyla, en la misma comarca.

Algunos mitólogos modernos opinan con razón que los viajes de Cadmo tenían por objeto el comercio, y en esta opinión está inspirado el maravilloso cuento de Anatolio France, inserto en el «Jardín de Epicuro», y que lleva por título el nombre de este mismo personaje.

Cástor y Pólux

El doble huevo.—Hazañas de los gemelos.—Muere Cástor en una empresa de amor.—La constelación de Géminis.—El fuego de San Telmo.—Apariciones de estos dos héroes.—Culto y mitología figurada.

Leda era hija de Testio rey de Etolia, y según otros de Glauco. Tuvo por madre á Laofonta ó Leucipa. Se casó con Tíndaro rey de Esparta.

Como dijimos en lugar oportuno, y aquí ampliamos, Júpiter se enamoró de Leda y se transformó en cisne para poseerla. Esta princesa puso dos huevos: del primero que era de su marido Tíndaro, nacieron Cástor y Clitemnestra, ambos mortales; del segundo, fruto de sus amores con Júpiter, salieron Helena y Pólux, con dón de inmortalidad por su origen divino.

Apolodoro refiere la fábula del modo que sigue: Prendado Júpiter de Némesis, se transformó en cisne y dió á su amada la forma de un ánade, de quien recibió Leda el huevo que la otra había puesto, viniendo así á ser madre de los dos gemelos. Tan pronto como éstos vieron la luz, Mercurio los transportó á Palena, para que los educasen. Unidos ambos hermanos con estrecho amor, su primera hazaña, cuando fueron mayores, consistió en limpiar el Archipiélago de los piratas que lo

infestaban, y por eso los marineros los adoraron é invocaron durante las tempestades como dioses marinos. Asociados á Jasón, rey de Tesalia, fueron á la Cólquida, contribuyendo grandemente á la conquista del vellocino de oro. De regreso á su patria libertaron á su hermana Helena, raptada por Teseo, después de haber tomado la ciudad de Afidna, perdonando á todos sus moradores, excepto á Ethra, madre del raptor, á la que se llevaron cautiva. No obstante, el amor les hizo incurir bien pronto en la misma falta que ellos habían querido castigar en la persona de Teseo. Leucipo y Arsinoe tenían dos hijas de rara belleza, Febea y Talira, prometidas esposas de Linceo é Idas. Cástor y Pólux se concertaron para arrebatárlas; pero los raptos fueron perseguidos por los amantes y detenidos cerca del monte Taigeto. Siguióse á esto un combate encarnizado: Cástor fué muerto por Linceo, y éste sucumbió á los golpes de Pólux, aunque también quedó él herido por Idas. Muy alligido Pólux por la muerte de su hermano, imploró á Júpiter que le concediera la inmortalidad; pero no habiendo podido ser atendido del todo su ruego, quedó dividida la inmortalidad entre ambos, de manera que vivían y morían alternativamente.

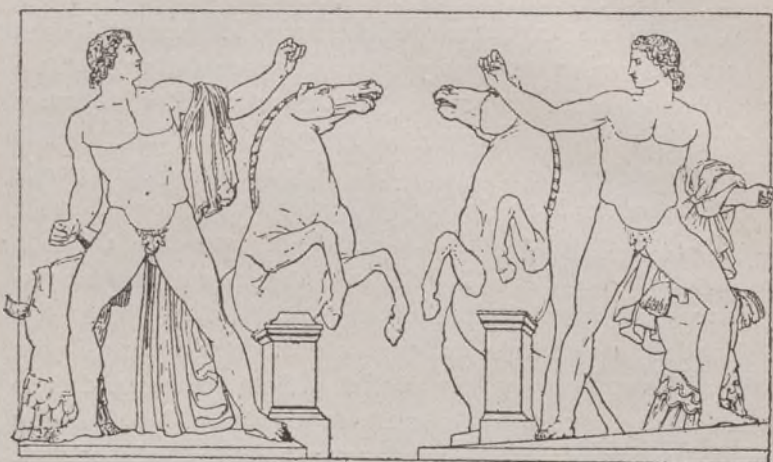
Fúndase esta fábula en que después de su muerte fueron convertidos en astros y colocados en el Zodíaco, formando uno de sus doce signos con el nombre de Géminis ó los Gemelos: una de las estrellas que lo componen se oculta en el horizonte cuando la otra aparece.

Los romanos renovaban todos los años en la fiesta de los Tindáridas (de Tindaro, marido de Leda) la memoria de esta ficción, enviando al templo de Pólux un hombre montado á caballo que llevaba en la cabeza un gorro semejante al del héroe y otro igual en la mano, queriendo significar así que de los dos hermanos sólo uno podía presentarse.

La Apoteosis de Cástor y Pólux siguió inmediatamente á su muerte, y fueron contados en el número de los grandes dioses de Grecia, singularmente en Cefalonia. En Esparta, lugar de su nacimiento y sepulcro, se les erigió un templo, y lo mismo hicieron los atenienses, cuya ciudad habían librado de un saqueo. Los marineros les tenían como sus divinidades protectoras, por la siguiente razón: cuando los Argonáutas se hi-

cieron á la vela, en el promontorio Sigeo levantóse una violenta tempestad, durante la cual, se vieron dos fuegos que giraban alrededor de la cabeza de los Tindáridas, y un momento después, cesó la tormenta: desde entonces los fuegos de San Telmo, que brillan en iguales circunstancias, fueron tenidos por los fuegos de Cástor y Pólux. Cuando se veían dos era señal de buen tiempo; si no resplandecía más que uno, se le llamaba Helena, y era presagio infalible de próxima tempestad.

Los romanos tenían en tanta veneración á estas divinidades



Cástor y Pólux.

que juraban por ellas. Las historias griegas y las romanas están llenas de apariciones de estos dos hermanos, las cuales ha explicado Pausanias de este modo: «eran jóvenes atolondrados que, vestidos con el traje de los Tindáridas, salían de improviso del lugar donde estaban ocultos para impresionar á los espíritus sencillos y crédulos». Refiere Justino que en una batalla entre los habitantes de Locria y los de Crotona se vió aparecer á los dos jóvenes montados en caballos blancos. También se mostraron al frente del ejército romano en la batalla empeñada cerca del lago Regilio, y ellos mismos condujeron á Roma la noticia de la victoria del dictador Postumio el día mismo en que la obtuvo. En agradecimiento á estos señalados servicios, Roma

les erigió un templo, instituyéndoles además una fiesta en el día aniversario de esta famosa batalla: en ella se veía una soberbia cabalgata que á veces se componía de cinco mil caballeros romanos. La comitiva salía del templo de Marte, pasaba por el Foro, y desfilaba ante el templo de Cástor y Pólux. En una escalera del Capitolio había dos colosales estatuas de mármol blanco representando á los dos hermanos cubiertos con el gorro en forma de medio cascarón de huevo, y vestidos con clámide, en actitud de sujetar sus caballos por la brida.

Cástor era el protector de los que disputaban el premio en las carreras de caballos, y Pólux el de los luchadores, por haber ganado el premio de la lucha en los juegos Olímpicos.

En los monumentos antiguos y en las medallas consulares se les representa siempre juntos, como dos jóvenes de singular belleza, bien armados, montados en blancos corceles, y cubiertos con gorra que reviste la forma anteriormente descrita. Los lacedemonios solían representarlos por medio de dos trozos de madera paralelos unidos por las dos extremidades, de manera que formasen el jeroglífico astronómico que actualmente indica el signo de Géminis ó los Gemelos.

Se les da también á Cástor y Pólux el nombre de Dióscuros. Glauco fué el primero en llamarlos así cuando se incorporaron á los Argonáutas en la Propóntide.

VII

Hércules

Nacimiento del héroe.—Su primera hazaña.—La vía láctea.—Sus maestros.—Su considerable fuerza y su apetito.—Los dos caminos.—Los doce trabajos: el león de Nemea, la hidra de Lerna, el jabalí de Erimanto, las aves Stinfalidas, la cierva de los cuernos de oro, el toro de Creta, los establos de Augias, los caballos de Diomedes, las manzanas de las Hespérides, el cinturón de Hipólita, la muerte de Gerión, el vencimiento de Cerbero.—Otras proezas memorables.—Los amores del héroe.—La túnica de Deyanira.—Muerte de Hércules.—Culto y mitología figurada.

El griego Heracles fué uno de los más célebres héroes, no sólo por la parte que tomó en la conquista del vello de oro, sino por los hechos posteriores que llevó á cabo por su propio esfuerzo. Era hijo de Júpiter y de Alcmena, esposa de Anfitrón. Fué concebido en una triple noche; sin embargo, no se alteró el orden de los tiempos, porque las noches siguientes fueron más cortas. El día de su nacimiento resonó el trueno en Tebas con furioso estrépito, y otros muchos prodigios anunciaron la gloria del hijo de Júpiter. Alcmena parió dos gemelos, Hércules é Ificles, y Apolodoro refiere que deseando saber Anfitrón cuál de los dos era su hijo, envió dos serpientes que se aproximaron á su cuna; el terror se apoderó de Ificles, y quiso huir, mas Hércules despedazó á las serpientes, y mostró ya entonces que era digno de tener á Júpiter por padre. Pero la ma-

yor parte de los mitólogos dicen que fué Juno, quien, movida por los celos, resolvió la muerte del niño, y hallándose éste en la cuna envió contra él dos terribles dragones para que lo despedazasen; mas el niño, sin espantarse, los tomó entre sus tiernas manos y los hizo pedazos. Palas logró que se apaciguara la cólera de Juno hasta el extremo de que la reina de los dioses consintió en darle á mamar de su seno al hijo de Alcmena. Se cuenta que Hércules, abandonando el pecho, dejó caer algunas gotas de leche que se derramaron sobre el cielo, formándose de esta singular manera la vía láctea ó camino de Santiago. Diodoro refiere de otro modo esta fábula: «Temiendo Alcmena los celos de Juno, no osó declararse madre de Hércules, y lo abandonó en medio de un campo luego de nacido. Minerva y Juno pasaron por allí, y la primera miró aquel niño con ojos de admiración, y aconsejó á Juno que le diese de mamar. Juno lo hizo, pero el niño mordió tan fuertemente, que sintió un vehemente dolor y dejó allí al recién nacido. Minerva lo tomó entonces y lo llevó á Alcmena como si lo encomendase á una nodriza».



Nacimiento de Hércules.

Los maestros más hábiles se encargaron de la educación de Hércules. Autólico le enseñó la lucha y la carrera en carro; Euríto, rey de Elia, el manejo del arco; Eumolpo el canto; Cástor y Pólux, la gimnasia; el centauro Quirón, la astronomía y Medicina. Lino, según Elio, le enseñaba á tocar la lira, y como Hércules desentonase, el maestro le reprendió con alguna severidad. Poco dócil Hercules, no pudo sufrir la reprensión, y arrojándole el instrumento á la cabeza, lo mató del golpe.

Llegó á una estatura extraordinaria, y á tener una fuerza de cuerpo portentosa. Era también gran comedor. Un día que viajaba con su hijo Hylos, teniendo los dos mucha hambre, pidió víveres á un labrador que araba, y no habiendo podido obtener nada de él, desunció uno de sus bueyes, lo inmoló á los dioses y se lo comió. Esta hambre canina le acompañó hasta el cielo: así Calímaco exhorta á Diana á no cazar liebres, sino jabalíes y toros, porque Hércules entre los dioses era tan comedor como lo había sido entre los hombres. Debía de ser también gran bebedor, si se juzga por el tamaño enorme de su cubilete, pues se necesitaban dos hombres para llevarlo; él lo manejaba con una mano para beber.

Según cuenta Jenofonte, una vez que Hércules salió de la niñez, se retiró á un lugar apartado para pensar á qué género de vida se entregaría. Entonces se le aparecieron dos mujeres de aventajada estatura, una de las cuales, la Virtud, era hermosa, tenía un rostro majestuoso y lleno de dignidad, el pudor en los ojos, la modestia grabada en todas sus acciones, y vestía de blanco. La otra, llamada la Afeminación ó la Voluptuosidad, tenía una gordura muy marcada y el color encendido; sus miradas libres y sus vestidos llamativos, manifestaban claramente lo que era. Cada una de las dos procuró ganarlo para sí con promesas, pero al fin se decidió por la Virtud, tomada aquí por el valor. Habiendo, pues, abrazado por su propia y libre voluntad un género de vida duro y trabajoso, fué á presentarse á Euristeo, bajo cuyas órdenes debía hacer sus pruebas y trabajos por destino de su nacimiento. Algunos mitólogos pretenden que esta acción no fué voluntaria, y que al principio se negó á someterse á las órdenes de Euristeo; entonces Juno, para castigar su desobediencia, le infligió delirio tal, que mató á todos sus hijos

creyendo matar á los de Euristeo. Vuelto á su razón, se afligió de tal modo que renunció por algún tiempo á la sociedad de los hombres; luego consultó el oráculo de Apolo, que le mandó que se sometiese por espacio de doce años á las órdenes de Euristeo, conforme al mandato de Júpiter, y le anunció que sería colocado en el número de los dioses cuando hubiese cumplido sus gloriosos destinos. Euristeo, excitado por Juno, siempre vengativa, le encomendó las empresas más duras y difíciles, las cuales se llamaron los doce trabajos de Hércules, que á continuación referimos:

Primer trabajo: *El león de Nemea.*—Este león, que assolaba los bosques situados entre Nemea y Cleone, de la Argólida, en el Peloponeso, no podía ser herido por arma alguna, según ciertos escritores, porque había descendido de la Luna, y al decir de Apolodoro, por ser hijo de Tifón y Equidna. Cuando Hércules marchó á combatir con el león, Molorco, pastor de Cleone, le dió consejos útiles sobre la



Hércules y el león de Nemea.

manner de cazar al fiero animal. El león moraba en una cueva con dos salidas, mas como Hércules tapase una, le fué fácil entrar por la otra y ahogarlo entre sus brazos, pues, como dijimos antes, no podía ser herido. Después de haber matado al león, lo condujo sobre sus espaldas á Micenas. Euristeo concibió un terror tal, que se escondió bajo tierra metido en un tonel de bronce. Hércules se sirvió luego de la piel de este león á modo de coraza.

Segundo trabajo: *La hidra de Lerna.*—Este monstruo vivía en un pantano cenagoso cerca de Lerna, en Argólida. Los autores difieren en sus descripciones: según Pausanias, tenía muchas cabezas; algunos le dan nueve, y otros hasta ciento. En general, los antiguos describían la hidra como un inmenso y

aterrador monstruo con cabezas de serpiente. Según Hyginio, era hija de Tifón y Equidna, y desolaba el país en una gran extensión, robando hombres y animales. Si alguna vez se le cortaba una cabeza le renacían dos al instante. Cuando Hércules marchó en su busca fué acompañado por Yolao; encontró á la hidra en una colina cerca de la fuente Amimona, y la acometió al instante con flechas encendidas, consiguiendo tan sólo que el monstruo se enfureciese y arrojándose sobre él, se enroscara á sus piernas. No bien el héroe cortaba una cabeza con la clava, cuando inmediatamente era reemplazada por otras dos. Un escorpión deforme vino en socorro de la hidra, hiriendo al héroe por la espalda; mas Hércules, redoblando sus esfuerzos, lo mató con la clava y llamó á Yolao en su auxilio, quien habiendo prendiendo fuego á los bosques inmediatos, le llevaba tizones para cauterizar el cuello de cada cabeza cortada, por cuyo medio impidieron su reproducción. Mas la cabeza situada en medio, era de naturaleza inmortal, y hubo que enterrarla y colocarle encima, á modo de losa, una piedra gigantesca. Hércules mojó sus flechas en la sangre del monstruo que era ponzoñosa é impedía que se cerrasen las heridas.

Tercer trabajo: *Coger vivo el jabalí de Erimanto.*—Un jabalí enorme asolaba la Arcadia, especialmente el monte Erimanto, donde vivía. Hércules, según el mandato de Euristeo, lo cogió vivo y se lo presentó, causándole tan grave terror con su proeza, que se escondió atemorizado. Los habitantes de Cumas enseñaron durante mucho tiempo los colmillos del jabalí, que más tarde fueron guardados en el templo de Apolo.

Cuarto trabajo: *Las aves Stinfálidas.*—Eran aves de presa que se hallaban en las cercanías del lago Stinfalo en Arcadia. En opinión de unos tenían el tamaño de grullas, y devoraban hombres y animales; según otros, cubrían su cuerpo con plumas de metal, que podían disparar á manera de flechas, pero tan punzantes que atravesaban las armaduras de bronce. Refiere Apolodoro que Hércules las exterminó con un instrumento candente que le prestó Minerva, mientras Pausanias afirma les dió muerte con sus flechas emponzoñadas en la sangre de la hidra.

Quinto trabajo: *Coger viva la cierva de Diana.*—La *Cerwinilis cervæ*, cierva del monte Cerinea, era la única de cinco ciervas con cuernos de oro que escapó á las flechas de Diana, muertas por ésta las otras cuatro. La diosa no pudo matarla, porque Juno había determinado que se la destinase á uno de los trabajos de Hércules. La cierva se retiró primero al río Celadón, y más tarde á una colina de la Arcadia. Hércules hubo de perseguirla todo un año para cansarla, y al fin la hirió con una flecha en el instante que vadeaba el río Ladón. Viva aún, la cargó sobre sus espaldas para llevarla á Micenas, mas encontrándose en el camino con Apolo y Diana, ésta le quitó la cierva, reconviniéndole severamente por haber cogido un animal que estaba consagrado á ella. Mas luego que supo que lo había hecho por mandato de Euristeo, se la devolvió, y Hércules pudo presentársela á este príncipe.

Sexto trabajo: *El toro de Creta.*—Según algunos autores, fué el en que Europa pasó de Fenicia á Creta, mas otros afirman que Neptuno lo hizo salir del mar cuando Minos le



Hércules, la hidra de Lerna y la corza de los cuernos de oro.

prometió sacrificar el primero que encontrase. La hermosura de este toro tentó á Minos, que lo echó con sus ganados y sacrificó otro á Neptuno, quien, al saber la artimaña con que habían pretendido engañarle, volvió furioso al animal, que desde entonces causó grandes estragos. Euristeo ordenó á Hércules le presentara el toro, mas así que hubo cumplido su mandato, el príncipe le dió libertad, como animal consagrado á Neptuno. De nuevo comenzó el toro sus correrías, devastando la Arcadia, la Laconia y las cercanías de Maratón hasta que Teseo lo cogió vivo y, paseándolo por la ciudad de Atenas, lo llevó al templo de Apolo para inmolarlo.

Séptimo trabajo: *Limpiar los establos de Augias.*—El rey de los Epeos tenía tan numerosos rebaños que hubo de hacinarlos en sus establos; el estiércol amontonado hizo que se desarrollaran miasmas infecciosos que, esparciéndose por toda la Grecia, produjeron los estragos de la peste. Hércules, por mandato de Euristeo, desvió el curso del río Alfeo dirigiendo las aguas á los pestilentes establos y purificándolos de este modo. Augias se negó á pagar á Hércules el precio estipulado: nombrado Fileo, hijo del rey de los Epeos, árbitro del asunto, aconsejó á su padre recompensara á Hércules servicio tan importante. Su padre hizo lo contrario, desterrando á Hércules. Éste, para vengarse, lo atacó al frente de un ejército, mas encontrando una dura resistencia, aplazó su venganza para más tarde. En efecto, luego que se hubo apoderado de Élide dió muerte á Augias y puso en el trono á su hijo Fileo.

Octavo trabajo: *Robar los caballos de Diomedes.*—El rey de los bistonios, así llamado, tenía cuatro caballos de crines de bronce, nombrados Podargo, Lampo, Xanto y Dino, animales tan feroces, que su alimento ordinario consistía en carne humana. Diomedes, para darles de comer, mataba á los extranjeros que arribaban á su reino. Obedeciendo el mandato de Euristeo, Hércules robó los caballos, dando muerte al rey Diomedes y poniendo en fuga á los bistonios que salieron en su persecución. Durante el combate, Abdero, favorito de Hércules y encargado de la guarda de los caballos, fué devorado por tan terribles animales.

Noveno trabajo: *Robar las manzanas de oro de las Hespérides.*—Por desconocer Hércules el lugar en que estaba situado el jardín que tales frutos producía, hubo de preguntárselo á las ninfas del Pó, quienes le respondieron que solo Nereo, dios del mar, se lo podría decir. El héroe sorprendió á Nereo durmiendo y le forzó á que le contestara; después marchó á Africa y rogó á Atlas le procurase las manzanas. Atlas, descargando entonces sobre Hércules el peso del mundo que sostenía en sus espaldas, fué en busca de las apetecidas frutas. Cuando volvió, Hércules le suplicó que le ayudase á cambiar de posición, y aprovechando el instante en que Atlas le prestaba el servicio le dejó el peso del cielo en los brazos, y se apoderó de las manzanas. Según otra versión, Hércules cogió por su

mano las manzanas después de haber dado muerte al dragón que las custodiaba y después de habérselas mostrado á Euristeo, se las consagró á Minerva. La diosa las volvió al jardín donde se habían producido. El Dragón de las Hespérides, que tenía cien cabezas y no cerraba jamás



Pelea de Hércules con la reina de las Amazonas.

los ojos, para vigilar constantemente, era hijo de Tifón y Equidna. Después que fué muerto por Hércules, Juno lo colocó entre las estrellas del hemisferio septentrional bajo el nombre de Dragón.

Décimo trabajo: *Arrebatar el cinturón de Hipólita, reina de las Amazonas.*—Refiere Apolodoro que Hércules arribó á Temiseira acompañado de los que voluntariamente quisieron seguirle. La reina Hipólita, habiendo conocido el objeto de su viaje, le ofreció la enseña de su dignidad, el cinturón de Marte. Más Juno, disfrazada de Amazona, promovió discordia entre éstas, diciendo que Hércules quería llevarse á la reina. Las amazonas, como guerreras que eran, atacaron fieramente al héroe, pero éste las dispersó, dió muerte á Hipólita y, arrebatándole el cinturón, se lo mostró á Euristeo.

Onceno trabajo: *La muerte de Gerión.*—Este monstruo, hijo de Crisaor y de Caliroa, y á quien los poetas representan con tres cuerpos, tres cabezas, seis brazos y seis pies, reinaba en la isla de Eritia (Cádiz), donde poseía numerosos rebaños de ganado vacuno, que guardaba el gigante Euriti6n y un perro de dos cabezas llamado Ortos. Euristeo, creyendo imposible robar los bueyes dió el encargo á Hércules, quien después de haber muerto á Euriti6n y Ortos, se llevó los animales á Tirito. Gerión, teniendo noticia de los propósitos de Hércules, gracias á Menecio, pastor de Plut6n, vino á combatir con el héroe á las márgenes del río Antemo, pero murió á sus manos á pesar del socorro que le prestara Juno.

Duodécimo trabajo. *Arrastrar á Cerbero fuera de los Infiernos.*—Era Cerbero un perro de tres cabezas, nacido del gigante Tif6n y de Equidna, cuyo cuello estaba erizado de serpientes. Hesiodo le atribuye cincuenta cabezas; Horacio, ciento. Pero la mayoría de los autores lo representan con tres, como acabamos de decir. Sus dientes, negros y cortantes, penetraban hasta el tuétano de los huesos, causando tan vivo dolor que ocasionaba una muerte repentina. Estaba en una caverna á la orilla de la laguna Estigia, atado con ligaduras de serpientes, guardando el palacio de Plut6n. Acariciaba las almas de los difuntos que entraban, y amenazaba con los ladridos de sus tres bocas á cuantos pretendían salir. En vano procuró Cerbero buscar asilo en el trono de Plut6n, pues el her6ico hijo de Alcmena lo arrancó de allí, y lo arrastró para fuera, obligándole á ver la luz. Como la Tesalia había visto este triunfo, lleno de rabia Cerbero, esparció el veneno de su boca sobre las yerbas de aquella comarca, haciéndolas tan tóxicas que más tarde sirvieron para las operaciones mágicas.

Séneca dice que el nombre Cerbero no indica otra cosa que guardián de un tesoro, y Pablo Hungar, extendiéndose sobre este asunto, ha querido probar que la historia de Hércules y del perro de las tres cabezas era una fábula que tenía por objeto representar la Avaricia, desposeída de los bienes que había logrado acumular en la obscuridad, devueltos á la luz por la fuerza.

Además de los doce trabajos que acabamos de enumerar, se atribuyen á Hércules otras muchas acciones memorables, y casi todas las ciudades de Grecia se gloriaban de haber sido teatro de algún hecho maravilloso de este héroe. Exterminó á los centauros, mató á Busiris, Anteo, Hipocoón, Lico, Laomedonte, Caco y otros muchos tiranos; libró á Hesione del monstruo que iba á devorarla, y á Prometeo del águila que le comía el hígado; separó los dos montes llamados más tarde columnas de Hércules. Cuenta Homero que para vengarse el héroe de las constantes persecuciones de la rencorosa Juno, tiró una flecha de tres puntas contra esta diosa, produciéndole una terrible herida que le causó grandes dolores. El mismo poeta añade que también hirió á Plutón de un flechazo, en la sombría morada de los muertos, y que éste se vió obligado á huir al cielo para que le curara el médico de los dioses. Un día que se encontraba molesto por los ardores del Sol, se encolerizó contra este astro y tendió el arco para tirarle. Admirado el Sol de su gran valor, le regaló una copa de oro. Por último, habiéndose presentado Hércules en los Juegos Olímpicos para disputar



Hércules Farnesio.

el premio, y no osando nadie combatir con él, el mismo Júpiter quiso luchar contra su hijo, disimulado bajo la figura de un atleta, y como después de un largo combate, ninguno de los dos hubiese obtenido ventaja, el rey de los dioses se dió á conocer, felicitando á su hijo con gran satisfacción por la fuerza y valor que había demostrado.

No obstante las numerosísimas y peligrosas proezas realizadas por Hércules, también el amor ocupó intensamente el espíritu y cuerpo del héroe. Tuvo muchas mujeres y gran número

de queridas. Las más conocidas son Megara, Onfalia, Yola, Par-ténope, Augea, Deyanira y la joven Hebe, con la cual se casó en el cielo, sin olvidar las cincuenta hijas de Testio, á las cuales hizo madres en una noche.

El odio del centauro Neso unido á los celos de Deyanira fue-ron la causa de la muerte del héroe. Sabedora esta princesa de los nuevos amores de su esposo, le envió una túnica teñida en sangre del centauro, creyendo que con esto impediría amase á otras mujeres; mas apenas se la hubo puesto Hércules, cuando el veneno de que estaba impregnada hizo sentir su funesto efecto, y penetrando á través de la piel, llegó en un momento hasta el



Hércules vencido por el Amor.

tuétano de los huesos. En vano procuró arrancarla de sus espaldas; la túnica fatal estaba tan pegada á la piel, que sus pedazos arrastraban tiras de carne. Las más formidables imprecaciones contra la perfidia de su esposa brota-ron de los labios del héroe, y comprendiendo que se acercaba su última hora,

erigió una pira en el monte Oeta, extendió sobre ella su piel de león, y echándose encima mandó á Filoctetes que prendiera fuego y cuidase de sus cenizas.

Tan pronto como fué encendida la pira, se dice que cayó un rayo sobre ella para purificar lo que había de mortal en Hércules. Júpiter lo subió al Olimpo y quiso incorporarlo al número de los doce dioses mayores; mas, según Diodoro, él renunció á este honor, porque no habiendo ninguna plaza vacante le parecía injusto despedir á otra divinidad. Su ruego fué atendido, y en consecuencia se le colocó en el número de los semidioses. Filoctetes levantó un sepulcro sobre los restos de su amigo, que bien pronto se convirtió en altar, donde continuamente se celebraban sacrificios. Los tebanos y otros pueblos de Grecia, testigos de sus heroicas acciones, le erigieron múltiples y suntuosos templos. Su culto fué llevado á Roma, las Galias y España.

ateniense Glycon. Algunas veces se le representa coronado de hojas de álamo blanco, pues este árbol le estaba consagrado, por haber ceñido con una rama de él su cabeza cuando bajó á los Infiernos. Una pintura de Herculano y un bajorrelieve del Museo Pio-Clementino, le figuran en la cuna, ahogando á las dos serpientes. En las medallas de Tarento y Heráclea, echa por tierra al león de Nemea; en las de Trajano y Macrino, decapita á la hidra de Lerna. Un hermoso mosaico del cardenal Albani, representa á Hércules libertando á Hesione del terrible monstruo marino que intentaba devorarla.

Si en las artes plásticas la figura de este héroe ha sido fuente de inspiración de cuantos quisieron expresar la idea de fuerza, en la literatura, y especialmente en el teatro, también ha sido tema de muchas obras en la antigüedad. Una tragedia de Sófocles tenía como argumento la muerte de Hércules, y Séneca el retórico compuso otras dos con los títulos «Hércules furioso» y «Hércules en el monte Oeta».

VIII

Jasón y Medea

(LOS ARGONÁUTAS Y EL VELLOCINO DE ORO)

Un ardíd de Pelias.—El viaje de los Argonáutas.—Frixo y Hela.—El Vellocino de oro.—Las proezas de Jasón en la Cólquida.—Vuelve el héroe, casado con Medea, á Coleos.—Muerte de Pelias.—Huída de los esposos.—Abandonada, Medea contrae otros enlaces.—Las artes de la hechicera y opiniones diversas sobre su carácter y sus crímenes.—Suerte ulterior de Jasón: su muerte.—Lo que puede haber de realidad histórica en la expedición de los Argonáutas.

Jasón era hijo de Eson, rey de Yolcos en Tesalia. En cuanto á su madre, ya no existe unanimidad, pues mientras unos autores la llaman Alcimedea, otros la denominan Polimedea, Palimede, Eteoclimene, Teogene, Rea, Arne.

Destronado Eson por su hermano Pelias, y receloso de que Jasón sufriese persecución del usurpador, difundió la noticia de su muerte al poco tiempo de nacer, celebrándole suntuosos funerales al mismo tiempo que su madre lo llevaba al monte Pelión, para que Quirón lo educase en las artes de la medicina, en que tan diestro era. El joven hizo tantos progresos, que, en vez del nombre que le correspondía, «Diomedes», recibió el de Jasón con que ha pasado á la posteridad.

A los veinte años de edad abandonó al centauro su maestro,

y fué á consultar al Oráculo, que le mandó vestirse como los magnesianos, ó sea con una piel de leopardo, y que se armase de dos lanzas, y con este atavío se presentara en la corte de Pelias. Jasón así lo hizo, pero en el camino se vió detenido por el río Enipeo que se había desbordado; una anciana (Juno, como suponen algunos) lo condujo en hombros á la otra ribera, perdiendo Jasón en el paso una sandalia; detalle muy de notar porque, según refiere Diodoro Sículo, el oráculo había anunciado á Pelias que se guardase de un hombre que se presentaría con un pie calzado y el otro descalzo.

Cuando Jasón llegó á Yolcos, llamó la atención de sus moradores por su rara hermosura y la singularidad del traje. Revelándose ante Pelias como hijo de Eson, le demandó audazmente la corona que usurpaba. Pelias que era poco amado de sus súbditos, no se atrevió á hacer daño á Jasón, temiendo el interés que inspiraba al pueblo, y buscó el modo de alejarlo, proponiéndole la realización de una empresa que le colmaría de gloria si la conducía á buen término. Fingió consultar el oráculo de Apolo, y haber sabido por él que era preciso calmar los males irritados de Frixo, descendiente de Eolo, asesinado cruelmente en la Cólquida y conducirlo á Grecia. Pelias se reconocía ya demasiado viejo, y recomendaba á su sobrino que hiciese el viaje, prometiéndole que á la vuelta le devolvería la corona. Para alentarle todavía más, dijole que obligado Frixo á huir de Tebas se había llevado el Vellocino de oro, cuya conquista le colmaría de riquezas tanto como de gloria. Jasón no necesitó más para decidirse: anunció su expedición por toda Grecia, y de todas partes acudieron héroes para acompañarle en el peligroso viaje. Jasón escogió los cincuenta y cuatro más famosos, según Apolodoro y Diodoro, cincuenta y dos, según la opinión más generalizada, aunque si se suma la lista completa de los navegantes se llega á un total de ochenta y seis. Entre éstos figuraba Hércules: unos autores dicen que el vencedor del león de Nemea obtuvo el mando supremo, pero que Jasón conspiró contra él y le usurpó el puesto, y otros mitólogos sostienen que desde el primer momento se le concedió la Jefatura al hijo de Eson.

Dispuesto todo, los expedicionarios se embarcaron en el na-

vío Argo, así llamado de la palabra «Argos», veloz, ligero, ó quizá por haberse construído conforme al modelo del de Danaó rey de Argos, que tuvo el mismo nombre. También hay quien deriva éste de haber sido los argivos quienes más contingente de hombres dieron á la expedición; en fin, Caluto sostiene que fué Minerva quien trazó el diseño de la nave.

Los escritores antiguos dicen fué construído con madera del monte Pelió, por lo cual, recibió el nombre también de Pelias ó Pelíaca; el mástil se hizo de un viejo roble del bosque de Dodona, y de aquí que se creyese que el Argo pronunciaba oráculos, y que los poetas diesen á la nave los epítetos de *locuax* y de *sacra*. Terminado ya el navío, en una comarca de Magnesia, los expedicionarios se hicieron á la vela, y acabada con éxito la expedición, el jefe de ella lo consagró á Neptuno ó Minerva, transportándolo al istmo de Corintio, de donde fué luego arrebatado al cielo, para formar la constelación de su nombre.

Los Argonáutas, llamados también Minios, se embarcaron el año 1263 antes de nuestra era, ó sea unos 79 antes de la guerra de Troya, ó 35 según otros. Primeramente abordaron en la isla de Lemnos, habitada por las Amazonas, donde permanecieron dos años, y donde Jasón casó con Hipsipila, hija de Toás. De allí se dirigieron á la Tróada, y luego á Cícico, donde fueron bien acogidos. La siguiente noche de la partida, una tempestad los arrojó á las costas de este mismo país: los habitantes los tomaron por los pelasgos, con quienes estaban en guerra; se empeñó un combate y Jasón dió muerte impensada al rey de Cícico: para expiar este lamentable error, el Jefe de los Argonáutas dispuso que se hiciesen suntuosos funerales, y ofreció un sacrificio á la madre de los dioses. Desde Cícico se dirigió la famosa expedición á Bebricia ó Bitinia, donde Pólux dió muerte á Amico, rey del país, quien le había desafiado á batirse con él, según tenía por costumbre hacer con todos los extranjeros que llegaban á su corte. Amico había dado muerte á todos sus rivales; pero Pólux logró vencerle y arrancarle la vida.

Partidos los Argonáutas de este último punto, una borrasca los arrojó á Salmidesa, en la costa trácia, donde libertaron á Fineo. Había éste matado á sus hijos por escuchar el mal consejo de su segunda esposa —madrastra de ellos—y los dioses orde-

naron á Aquilón que lo dejase ciego, y como si este castigo fuese poco, lo entregaron á las Harpías, que arrebatában todos los manjares de la mesa de Fineo é infectaban todo cuanto tocaban, haciéndole padecer horriblemente. Fineo acogió muy bien á los intrépidos Argonautas, les dió guías para conducirlos al través de las rocas cianéas, y ellos, agradecidos, dieron caza á las Harpías y lo pusieron en libertad.

Jasón y sus compañeros cruzaron después de esta aventura el estrecho de las Simplégadas, llegaron al Ponto Euxino y pasaron después al país de los Mariandinos, donde reinaba Lico. Aquí perdieron á Idmón y al famoso piloto Tifis, que tan grandes servicios había prestado guiando la nave entre tantos peligros. Cuando, hacia el término del viaje, tocaron en la isla de Arecia, se encontraron allí á los hijos de Frixo, enviados á Grecia por su madre para que solicitasen la herencia del padre. Desde Arecia, el navío Argo prosiguió su ruta, logrando arribar ante los muros de Ea, capital de la Cólquida, y anhelo de los intrépidos expedicionarios.



Jasón.

Antes de decir lo que aquí ocurrió, permítasenos una breve digresión que aclarará el restó.

Frixo y Hela eran hijos de Atamas, rey de Tebas, y como el país estuviese desolado por una implacable hambre, consultado el oráculo respondió que, para aplacar á los dioses y que la calamidad cesase, era necesario el sacrificio de dos príncipes de sangre real. Frixo y su hermana fueron designados como víctimas propiciatorias; pero al saber el triste fin que les aguardaba, diéronse á la fuga, llevando un hermoso carnero de vellón dorado. Al pasar de Europa á Asia, Hela cayó al mar que ella recibió en adelante el nombre de Helesponto (mar de Hela).

Frixo tocó sano y salvo en la Cólquida, y, apenas desembarcado, su primera solicitud fué sacrificar el hermoso carnero; luego suspendió el áureo vellón en el templo de Marte, poniéndolo bajo la vigilancia de unos toros que arrojaban llamas y un dra-

gón que devoraba á cuantos pretendían tocarlo. El dios agradeció tanto la ofrenda, que fué providencia suya conceder inextinguibles riquezas á los que fuesen dueños del rubio Vellochino, autorizando á cuantos á ello fuesen osados que intentasen su conquista.

Ahora bien; Eetas, suegro de Friso, le hizo perecer para apoderarse de sus riquezas, y los hijos del sin ventura se salvaron de la muerte gracias al viaje que emprendieron para Grecia por consejo de su madre, como hemos dicho hace poco.

Llegados á la Cólquida Jasón y los suyos, advirtieron al rey Eetas lo que se proponían. La empresa no era nada fácil: había que domar en un solo día los dos toros de pies y cuernos broncíneos y de boca llameante; luego era preciso uncirlos y que arasen un campo consagrado á Marte y sembrar en seguida los dientes de un dragón, que se trocarían al punto en valientes guerreros, á los que era necesario aniquilar. En fin, como última hazaña, había que matar al dragón, celoso custodio del Vellón.

Para bien de Jasón, Juno y Minerva le eran propicias, y por intercesión de Medea, hija de Eetas, y docta en las artes de los encantamientos, le prestaron su poderosa ayuda. La apostura intrépida del héroe encendió un vivo amor en el pecho de Medea, cuando lo vió por primera vez junto al templo de Hécate, en las inmediaciones de la ciudad. Uno y otra prometieron amarse en aquella misma hora: él juró que la haría su esposa, y ella que no había de cejar hasta darle un señaladísimo triunfo en la difícil empresa que iba á acometer...

Al otro día, el rey salió con su séquito de la ciudad, y Jasón acudió con sus compañeros al campo de Marte: soltáronse los dos monstruosos toros, y, con gran estupefacción de los que daban por perdido al héroe, vieron que éste los sujetaba, los uncía, araba el sagrado campo, y sembraba los dientes del dragón. Súbitamente se presenció otro inaudito espectáculo: los dientes se transformaron en belicosos guerreros armados de todas armas, pero, antes de que tuvieran tiempo de acometerle, Jasón—obedeciendo indicaciones de su prometida—lanzó una piedra contra ellos y al instante volvieron las homicidas armas y se atacaron entre sí unos á otros, hasta que en el furor del combate per-

dieron todos la vida... La última prueba no fué más difícil de vencer; con un brebaje que le entregó Medea, Jasón pudo adormecer al dragón custodio del Vellocino de Oro, y gracias á este artificio le dió muerte y se apoderó del codiciado depósito...

Con él, y acompañado de su Medea, se hizo á la vela de vuelta para Grecia; pero antes, perseguidos los amantes tuvieron que degollar á Absirto, hermano de ella, y desparramar sus miembros por el campo para que, con la tardanza de la busca, no pudieran los perseguidores darles alcance. Circe los recibió en sus dominios, ignorando quienes eran; pero al conocer su rango y condición los arrojó de su casa. Luego tocaron en la isla Feacia, donde se disolvió la expedición argonáutica. Alcinoó, que reinaba en Feacia, acogió cordialmente á Jasón y Medea, y presidió el casamiento de los dos amantes. Terminada la estancia allí, diéronse nuevamente á la vela con rumbo á Iolcos, donde arribaron sin novedad y con la gloria de haber consumado Jasón una peligrosísima aventura en la que todos presentían su muerte.

No por esto se apresuró Pelias á cumplir la palabra que empeñó al héroe antes de zarpar para la Cólquida, sino que inventó nuevos pretextos para conservar la corona. Medea, cuyas sabias artes se habían divulgado, aseguró entonces que poseía un secreto mágico para remozar al viejo rey, é incitó á las hijas á que matasen á su padre en la seguridad de que renacería joven y pujante; pero este crimen horrorizó á los súbditos, que no quisieron aceptar por rey á Jasón, y en su lugar nombraron á Acasto, hijo de Pelias.

Jasón y Medea tuvieron que huir súbitamente y refugiarse en Corinto, donde vivieron diez años tranquilos y felices, rodeados de amigos discretos, y fueron padres de dos hijos, Feres ó Tesalo y Mermero, y tres según otros: Tesalo, Tisandro y Alcimene.

Desde este punto están discordes los autores. Diodoro de Sicilia dice que abandonada Medea por casarse Jasón con Creusa ó Glaucea, hija de Creón, rey de Corinto, aquella su primera esposa fué á refugiarse al lado de Hércules que le había prometido socorrerla si Jasón la olvidaba algún día. Llegada á Tebas, se encontró á Hércules furioso, y lo curó con ayuda de sus bre-

bajes; pero comprendiendo que no había de conseguir nada de él, se trasladó á Atenas, donde reinaba Egeo, que la hizo su esposa, creyendo que por sus encantos podría darle hijos. Por entances volvió á Atenas Teseo—de quien hablaremos más circunstanciadamente—con el propósito de darse á conocer á su padre. Medea quiso envenenarle, ó quizá sólo fué una sospecha del héroe, como dice el escritor citado, y viendo que desconfiaban de ella teniéndola por una envenenadora, huyó de Atenas y se refugió en Fenicia, de donde pasó al Asia superior contrayendo nuevo casamiento con uno de los reyes más poderosos del país, al cual dió un hijo llamado Medes ó Midas. Éste sucedió á su padre, aumentando considerablemente sus Estados, y de él recibió la nación el nombre después famoso de Media.

Referir todas las versiones que acerca de Medea se dan sería prolijo. Algunos dicen que, repudiada por Jasón para casarse con Glaucea, fingió estar conforme para mejor vengarse de la ofensa. Para hacerse acepta á su rival envióle un traje muy vistoso; pero emponzoñado por sus secretos artificios. Apenas se lo hubo puesto Glaucea, sintióse invadida de un fuego inexplicable que la devoró á ella y á Creón que intentaba distraerla, y como si esta venganza no fuese bastante, aun degolló la despechada á los hijos que había tenido con Jasón. Después de consumados estos crímenes, Medea montó en un carro arrastrado por aligeros dragones, y vagó durante algún tiempo sobre Corinto incendiado, emprendiendo luego el vuelo hacia el Ática, donde casó con el rey Egeo, como se ha dicho más arriba.

Otros escritores antiguos presentan muy distintamente á Medea. Para algunos, fué una mujer virtuosa, que, si de algo puede ser acusada es de su gran amor por Jasón, el cual la abandonó indignamente para unirse á Glaucea. Para otros, fué una bienhechora que empleaba los remedios de su arte médica en curar á los que á ella acudían. En la Cólquida quiso salvar la vida á los que el rey tenía empeño en hacer sucumbir, viéndose obligada á huir por el miedo que le inspiraban las crueldades de su padre. En una palabra, para los que se le muestran propicios, Medea fué una reina infelicísima, abandonada, perseguida, errante por el mundo, y reducida á tener que buscar asilo en un país remoto. Tampoco faltan los que la tienen por una mujer

prudente y sabia, y opinan que el remozamiento de Eson no quiere decir otra cosa que la gimnasia que ella aconsejaba, para remediar los estragos que en el organismo ocasiona la vida sensual y sedentaria.

Pausanias dice que Medea se retiró á Corinto por tener derecho á la corona de este país, y Diodoro de Sicilia añade por su cuenta que fueron los corintios quienes la invitaron á salir de Iolcos para tomar posesión del trono. Fuese para vengar la muerte de Creón, que el sentir público atribuía á Medea, ó bien para poner término á las intrigas que fomentaba para asegurar la sucesión en sus hijos, lo cierto es que el pueblo amotinado lapidó á éstos en el templo de Júpiter donde se habían refugiado.

Poco tiempo después, la ciudad se vió afligida de una enfermedad que mataba á los niños, y, consultado el oráculo delfico, respondió que para librarse Corinto de tal aflicción era preciso que expiase el sacrilegio realizado con la muerte de los hijos de Medea. Los ciudadanos celebraron en seguida sacrificios en loor de las inocentes víctimas, les erigieron una estatua que figuraba el Miedo, y para mayor solemnidad vistieron de luto á sus hijos y les cortaron el cabello.

Siendo ya célebre Eurípides, recibió de los corintios el encargo, bien remunerado, de componer una tragedia sobre Medea atribuyéndole el asesinato de sus hijos. Creían los sobornadores que la fama del poeta daría verosimilitud ante los ojos de la posteridad á la calumnia, y parcialmente lo lograron. Eurípides recibió cinco talentos de oro por escribir la famosa tragedia: tal es el poder del dinero, que hasta á los más ilustres soborna y envilece. Para dar mayor semblante de verdad á la calumnia, otros poetas que le sucedieron aún inventaron otros crímenes que achacaron á la mujer de Jasón: como los asesinatos de Abissirto, de Pelias, de Creón y su hija, la tentativa de envenenamiento de Teseo y algunos más.

También se la ha hecho pasar por una gran hechicera, siendo su madre Hécate quien la adoctrinó en las virtudes secretas de las plantas y en otros conocimientos útiles para la Humanidad. Los que creen en sus crímenes declaran que Medea fué en un principio buena, pero que por una especie de fatalidad á la

que no fué ajena Venus, enemiga de su familia, se vió arrastrada al vicio.

Además de la tragedia que ya hemos citado, Séneca el trágico y Esquilo escribieron otras con el nombre de Medea y Sófocles también otras dos—*Cólquidas* y *Escita*—que desgraciadamente se han perdido.

En cuanto á Jasón, dice Justino que se reconcilió más adelante con Medea, y que ambos retornaron á la Cólquida, donde el héroe restableció á Eetas en el trono, del cual le había lanzado una facción poderosa: luego hizo la guerra á los enemigos de su suegro, conquistó gran parte de Asia, y se granjeó tanta gloria que se le honró como á un dios.

Sin embargo, las tradiciones griegas parecen desacreditar esta versión haciéndole terminar sus días en Tesalia. Después de morir el rey de Corinto y de huir Medea, dicese que Jasón vivió errante y hostilizado por los remordimientos. Según refiere Eurípides en su tragedia, Medea le predijo que, luego de un largo vivir para que mejor experimentase la magnitud de su desgracia, perecería bajo los restos del navío Argos, que tanta gloria le había dado. No se engañó la maga: un día en que Jasón reposaba á orillas de la mar y al abrigo del barco, que había quedado en seco, se cayó un madero y le destrozó la cabeza.

Fácilmente habrá advertido el lector que lo más interesante de este capítulo es la expedición de los Argonautas en busca del Vello de Oro. Este episodio es uno de los más célebres en la historia mitológica. Orfeo se inspiró en él para escribir el *Argonauticón*, aunque la crítica lo atribuye al poeta Onómácrita, que vivió en tiempos de Pisistrato. Apolonio de Rodas compuso otro poema cantando el mismo suceso, y otro Valerio Flaco, del que se poseen los ocho primeros libros. Aunque con menos extensión, son bastantes los poetas antiguos que aluden á la conquista del Vello de Oro: Homero hace referencia á ella, y merecen consultarse dos *Odas* de Píndaro (la IV Olímpica y la III Itsmica).

Créese que, alterada por la leyenda, la expedición de los Argonautas fué, en realidad, una empresa comercial de los griegos. Éstos no fletaron un barco, sino toda una flota para vencer las dificultades que al comercio del Ponto Euxino oponían

las naciones bárbaras que vivían en sus costas, y así se observaba que casi todos los Argonautas pertenecían á ciudades comerciales: Hércules, Areyo, Laodoco y Talao eran de Argos; Periclimeno, de Pilos; Teseo, Cástor y Pólux, de Atenas; Ergino, de Mileto, y así otros muchos. Reuniéronse en Iolcos por ser el puerto más cercano al Ponto Euxino. Después de tocar en la Cólquida, el rey Eetas los rechazó, y tuvieron que regresar á Grecia con un solo barco.

Probablemente, sobre este escueto suceso histórico, fué creando una fascinadora leyenda la sutil fantasía helénica.

IX

Orfeo

Genealogía.—La lira mágica.—La expedición á la Cólquida.—Salutación al sol.—Viaje á Egipto.—Los órficos y sus ceremonias nocturnas.—Orfeo y Eurídice.—Descenso á los Infiernos.—Su muerte despedazado por las Bacantes.—Leyendas.—Obras.—Representación artística.

Incierta es la genealogía de este héroe, más distinguido en obras de cultura y de paz que en empresas guerreras. La mayoría de los mitógrafos lo reputan hijo de Egegro, rey de Tracia, y de la musa Calíope; otros le dan por padre al dios Apolo, y por madre á Clío. Píndaro, en una de sus Odas, dice: «De Apolo procede Orfeo, el célebre tañedor de lira, el padre de los cantos».

Idénticas dudas se ofrecen con respecto al lugar de su nacimiento: no está aún averiguado si fué Libethra ó Pieria, cerca del monte Olimpo; mas los autores creen generalmente que vino al mundo en Tracia y que Orfeo personifica las leyendas y tradiciones que se refieren á este país.

La frase que hemos transcrito de Píndaro, «célebre tañedor de lira», sintetiza la habilidad predominante de Orfeo. Había recibido la cítara, lira ó forminge — que todos estos nombres llevaba en Grecia el instrumento musical con que se representa á Apolo — del mismo Apolo ó de Mercurio, y comenzó por perfeccionarlo, añadiendo dos cuerdas á las siete que tenía. Luego al-

canzó tanta excelsitud en su arte, llegando á pulsar tan acordadamente la lira, que obró con ésta verdaderos milagros, como con cetro de un mágico poder.

La Naturaleza toda parecía complacerse á sus acentos. Los ríos detenían su corriente por oírle; las aves, atraídas, abatían su vuelo á los árboles que le rodeaban, y posándose en ellos, ladeaban graciosamente sus cabezas y le miraban y escuchaban en éxtasis que interrumpía sus gorjeos; las fieras, abandonando sus guaridas, arrastrábanse mansas hacia él, rozando el suelo voluptuosamente con el belfo entre las patas extendidas; los bosques danzaban rítmicamente en derredor, y hasta los montes se desmoronaban de placer.

Esta poética leyenda, que llegó á concretarse hasta el extremo de atribuirle á Orfeo un hijo llamado Rythmonios, personificación de la armonía, del ritmo, tiene una explicación muy racional: bajo las galas de la imaginación y las exageraciones del entusiasmo poético, no es difícil descubrir en ella este fondo de verdad: que Orfeo fué quien introdujo en Tracia los primeros gérmenes de la civilización, y quien, por medio del encanto que ofrecen la música y el lenguaje rítmico, logró convertir en humanas y blandas las salvajes costumbres de los tracios y en disciplina armónica de pensamiento la indisciplina arbitraria de las pasiones.

Porque, en efecto, no fué Orfeo solamente músico, sino también poeta, filósofo, teólogo, reformador de la moral y las costumbres. La ciencia teológica, representada por la iniciación en los misterios de Baco, la recibió de su padre; mas los largos viajes que hizo, y su conocimiento de la cultura y los misterios de los egipcios, completaron su personalidad y le pusieron en condiciones de iniciar una transformación religiosa de la que luego hablaremos.

Su primer viaje fué con los Argonáutas, y su colaboración en la empresa que éstos perseguían tuvo gran trascendencia. Jasón, por consejo de Quirón, requirió su auxilio. Los dulces sonos de la lira de Orfeo calmaban las olas, y el navío Argo se deslizaba por un mar bruñido, siempre azul y riente; las Sirenas enmudecieron, sintiendo superada la dulzura de su canto; las disputas de los marineros languidecían faltas de acritud; las filas

de remos caían acompasadas en el agua, siguiendo la medida y el tiempo de la música; las movedizas rocas de las islas Simplégadas, que ocultas, amenazaban resquebrajar el navío, se apartaron y quedaron inmóviles. Llegados felizmente á la Cólquida, el temeroso dragón que guardaba el Vellocino de Oro fué invadido por un profundo sopor al oír los acordes de la cítara órfica. Milagros de la armonía musical, cuya fuente no se agotó por la muerte de Orfeo; según refiere Pausanias, los rui-señores que anidaban en su tumba cantaban mejor que todos los



Orfeo amansando à las fieras.

de Grecia: con estas expresiones manifestaban los griegos los primeros efectos de la música sobre las almas, la tierna y penetrante seducción de un poder que nacía.

No es de extrañar que, agradecido Orfeo al luminoso Apolo por haberle concedido tan raro y precioso dón, le tributase preferente y fervoroso culto. Así nos lo presenta el mitógrafo Eratóstenes. «En Tracia, Orfeo no honraba á Dionisio; veneraba como al más grande de los dioses á Helios, dándole el nombre de Apolo. Se despertaba en lo más negro de la noche, ascendía las pendientes del Pangeo y llegaba á la cumbre antes que despuntase la Aurora; allí, con la mirada vuelta hacia el Oriente,

esperaba la aparición del dios brillante, cuyo retorno quería ser el primero en saludar».

Su segundo viaje fué á Egipto. De allí volvió en posesión de los principios y prácticas, ampliados luego por la secta religiosa de los órficos, que le habían de dar la consideración de padre de la teología pagana. Trajo de Egipto la creencia en la transmigración de las almas, el conocimiento de los misterios de Osiris, la doctrina de la purificación. Orfeo parece ser el primero que bajo el claro cielo de Grecia reveló, por la conciencia, el espíritu. La fatalidad y la venganza de los dioses habían sido antes la única sanción de las culpas, como si el remordimiento fuese ignorado por aquellos seres tan cercanos á la Naturaleza que apenas se veían distintos de ella. El aeda tracio habló ya de la expiación de los crímenes, de la concentración del espíritu, y del castigo de la carne por el ayuno. Justino y Clemente de Alejandría le suponen estudiando en Egipto los libros de Moisés y fundando en Grecia después una secta religiosa depositaria de las verdades bíblicas. Tal opinión no ha sido seguida por la generalidad de los autores. Las prácticas ocultas de la secta órfica, aunque no bien conocidas, sólo revelan una variante de los misterios de Osiris: el juicio de los muertos y el descenso á los Infiernos conviven en ellas con los misterios, genuinamente griegos, del dios Baco, y en tal sentido es como pudo Horacio decir que Orfeo había sido «intérprete y ministro de los cielos».

Una de las prácticas más curiosas en la disciplina de Orfeo, era, aparte la abstención de carne, el respeto que le inspiraban los huevos. No los comía nunca, convencido de que el huevo simbolizaba el origen de todas las cosas, principio de Cosmogonía que había tomado de los egipcios y que informa algunos de los mitos de Grecia: recuérdese lo dicho en capítulos anteriores y cómo de un doble huevo, *gemino ovo*, nacieron Pólux y Helena, Cástor y Clitemnestra.

Las doctrinas de los órficos entrañaban la condenación del homicidio, la pureza de costumbres y la aspiración á la vida perfecta y á la inmortalidad. Los órficos decían también haber recibido de su iniciador el precepto de preparar por sí mismos el alimento, el conocimiento de las propiedades nocivas y virtudes medicinales de las plantas, y el arte de la Agricultura.

Formaban hermandades ó cofradías que se extendieron por todo el territorio de Grecia. A cada una de éstas presidía un sacerdote encargado del culto y de la iniciación en los misterios. Las cofradías se relacionaban entre sí. Los iniciados, *mystes*, una vez que habían practicado las necesarias pruebas, probablemente consistentes en ayunos y observancia de largos silencios, eran admitidos á las ceremonias del culto. Éstas se celebraban de noche, y consistían en oraciones, sacrificios incruentados y libaciones; asimismo comprendían un simulacro de la bajada á los Infiernos y otros ritos que simbolizaban la preparación á la muerte y á la existencia futura. El rito principal en estas ceremonias, no obstante que los órficos proscribían de un modo general los sacrificios con derramamiento de sangre, era la *omofagia*: consistía en el sacrificio de un toro de cuya carne, todavía palpitante, comían todos los presentes.

Hechas estas indicaciones sobre la secta religiosa cuyo origen atribuían las tradiciones griegas á Orfeo, reanudaremos la historia de este personaje.

Placiale al hijo de Calíope la compañía de las ninfas. Con ágil pie, doblando apenas el césped la presión fugaz de sus piernas esbeltas, tejían ellas la guirnalda de sus graciosas danzas, acordadas y medidas por los mágicos sonos de la cítara órfica. De todas ellas, únicamente Eurídice logró conmover el corazón de Orfeo. Con ella se casó el músico. Pero no debía gozar mucho tiempo de su amor. El pastor y colmenero Aristeo, que había concebido por ella irrefrenable pasión el día mismo de las bodas con Orfeo, dió en perseguirla: huyendo Eurídice por los márgenes de un río, recibió la ponzoñosa picadura de una serpiente que estaba oculta entre la yerba, y murió de resultas de la herida.

Este es el origen del viaje á los Infiernos, privilegio concedido en vida á muy escasos mortales, y entre ellos á Orfeo. Quedó el héroe inconsolable por la pérdida de Eurídice; la grata compañía y amistad de las ninfas le enojaba ahora; la mágica lira dejó de entretenerle; decidió, en fin, recobrar á su esposa ó perecer en la empresa: encaminóse, pues, á las moradas inferiores.

Descendió á los Infiernos por el Ténaro, y pulsando su lira,

con sus no oídos sonos encantó á los moradores de Hades, el mundo negro: la rueda de Ixión cesó de girar, Sísifo descansó de la fatiga de su vano trabajo, Tántalo, por un momento, olvidó los tormentos de su eterna sed. Compadecidos Plutón y Proserpina, reyes del antro infernal, del dolor de Orfeo, consintieron en devolverle su Eurídice, pero con esta condición: que, precediendo él, no había de volver la vista atrás hasta después de traspasar los linderos de la mansión profunda. Aceptó Orfeo la condición, conminado, si osar faltaba á ella, con perder á su esposa para siempre; mas puesto ya en camino, impaciente, anhelante, sintiéndola detrás como un susurro, el hechizo de la belleza y las ansias de su propio corazón le vencen; olvida su promesa, vuélvese á mirar á Eurídice y la ve un instante, pero nunca más.

En este interesante episodio no es difícil apreciar, según Max Müller, una expresión poética de ciertos fenómenos naturales. El nombre de Eurídice es, para este autor, uno de los de la Aurora como esposa del astro del día. Cuando los últimos resplandores del ocaso desvanécese en las tinieblas, la brillante aurora vespertina—el crepúsculo—picada por la sierpe de la noche, desciende á los Infiernos, á donde Orfeo la sigue, y la expedición de éste recuerda la del héroe solar Heracles; por la mañana, la luz que desapareció á Occidente reaparece en Oriente: y es el momento—decían los antiguos—en que Eurídice vuelve á la tierra con su esposo; y como la suave claridad de la aurora no se percibe ya cuándo el sol se ha mostrado, lo explicaban por la impaciencia de Orfeo en mirar á su mujer, para perderla para siempre. Esta explicación, más especiosa que verdaderamente ingeniosa, ofrece esta dificultad: que la aurora precede al sol en lugar de seguirle; y éste es uno de tantos detalles que nos hacen desconfiar de los mitólogos intérpretes á ultranza, porque es indudable que la fantasía popular, creadora de los mitos, no vacila en invertir el orden de los fenómenos naturales, prescindiendo del espacio y del tiempo en la versión de la imagen poética, cuando se trata de conseguir el mayor interés y la más sugestiva vivacidad para la fábula.

De la muerte de Orfeo corren como aceptables diferentes versiones. Píntanle unos quitándose él mismo la vida á la salida del

Infierno, desesperado por la pérdida de Eurídice. Otros autores le hacen morir de un rayo, fulminado por Júpiter, en castigo de haber revelado á los profanos los misterios de Dionisio-Zagreo. Platón escribe que los dioses le castigaron de haber simulado un dolor que no sentía por la muerte de Eurídice. Aun se le da otro motivo á su muerte, y la tradición que lo acoge se presenta, á su vez, con diversas variantes, que procuraremos resumir.

Refiere esta tradición que Orfeo murió despedazado por las Ménades, las Bacantes de Tracia. Irritada Venus contra Caliope, madre de Orfeo, que había adjudicado á Proserpina la posesión de Adonis, inspiró á las Bacantes una pasión frenética por el héroe músico: delirantes, en celo, deshechas y tendidas al aire en la carrera las largas cabelleras, lo persiguieron, lo acosaron, y en el furor de su pasión salvaje, despedazaron el hermoso cuerpo. ¿Por qué la fuga de Orfeo ante las delicias que las Bacantes le brindaban?



Orfeo y Eurídice.

Dice Virgilio en sus *Geórgicas* que Orfeo, desde la pérdida de Eurídice, se había vuelto insensible á los placeres del amor—lo cual conviene muy bien con la espiritual significación de este héroe;—por eso las Bacantes lo destrozaron, y luego repartieron sus miembros por los campos y arrojaron la cabeza al río Hebro. Se lee en las *Metamorfosis* de Ovidio que esta cabeza y la famosa lira, arrastradas por la corriente, fueron á detenerse cerca de la isla de Lesbos; allí la boca emitía dulces y tristes sonidos que los ecos repetían: una serpiente fué á picarla, más en el instante de ir á asestar, ligera, su lengua aguda, la dejó Apolo en tal actitud, convertida en roca. La lira fué arrebatada al cielo y allí forma eternamente la constelación de su nombre.

Las otras variantes de la misma tradición consisten, la primera en suponer suscitado por Baco el furor de las mujeres tracias contra Orfeo, por haber tenido en poco éste los misterios del alumno de Sileno; la segunda, en presentar su muerte como efecto de una venganza de las mujeres, á las cuales no había dado participación en los misterios que él instituyó, y la tercera, la más inverosímil de todas, explica el rencor de esas mujeres por el atractivo que ejercía la música órfica sobre sus maridos, moviéndoles al abandono de sus tálamos, para seguir al divino cantor.

Sea como quiera, el crimen de las mujeres tracias tuvo su expiación. Una epidemia asoló el país. Consultado el oráculo, respondió que cesaría cuando se encontrasen los restos de Orfeo y se le rindieran los honores fúnebres. Se dice que un pescador encontró á poco la cabeza en la desembocadura del río Meles. Por su parte las Musas, de las que había sido Orfeo servidor fiel, recogieron piadosamente los demás miembros, que fueron sepultados en Libethra y trasladados más tarde á la villa de Dío en Macedonia, donde se le erigió un sepulcro, urna de mármol puesta sobre una columna. La cabeza siguió en las costas de Lesbos, en el templo de Baco en Antisa, donde fué venerada y en donde se prohibía la entrada á las mujeres: misoginismo severo que confirma Plutarco al afirmar que, aún en su tiempo, los tracios maltrataban á sus esposas, en memoria del triste fin de su cantor.

Referiremos, últimamente, una leyenda relativa al forzoso traslado á Dío de los restos de Orfeo, por haber sido Libethra sepultada bajo las aguas, á causa de un desbordamiento súbito originado por una horrible tormenta.

Los libethrios dirigieron consulta al el oráculo de Baco que había en Tracia, para saber el porvenir de su ciudad, y recibieron esta respuesta: «Cuando el Sol vea los huesos de Orfeo, destruirá Sus la villa». Como *Sus* en griego significa cerdo ó jabalí, los libethrios quedáronse tranquilos, no pudiendo temer que un animal de semejante especie pudiese arruinar toda una ciudad. Un día, habiéndose dormido un pastorcillo junto al sepulcro de Orfeo, comenzó á cantar entre sueños con tan suave melodía que los que habían acudido á escucharle se atropen-

llaron, cayendo unos sobre otros: derribada la columna, se rompió la urna y los huesos quedaron al descubierto: á la noche siguiente, una gran tormenta desbordó el río Sus, uno de los que bajan del monte Olimpo; de modo que la villa de Libethra fué sepultada bajo las aguas, y se cumplió el oráculo.

Hemos referido esa leyenda, transcribiéndola de Carrasco, porque, por su misma ingenuidad revela algo del procedimiento seguido por los sacerdotes délficos, y en general, por todos los oráculos: cultivando el equívoco, aprovechando circunstancias conocidas y envolviendo en obscuridad sus respuestas, lograban acertar muchas veces.

Terminaremos este capítulo mencionando las obras é invenciones que se atribuyen á Orfeo. Son éstas, aparte el perfeccionamiento de la lira, el verso exámetro—verso de seis pies ó medidas, seis grupos de sílabas—destinado á cantar las empresas de los héroes; diversidad de poemas sobre la guerra de los gigantes, el rapto de Proserpina, la expedición de los Argonautas, los trabajos de Hércules, las ceremonias egipcias acerca del duelo de Osiris, el culto de Hécate y de Ceres, y los misterios de los Cabiros de Samotracia, en los cuales habíase y había iniciado á Jasón y sus compañeros; en fin, suya parece ser también la invención de la *ooscopia*, arte especial de adivinación por medio de la inspección de los huevos: la obra en que las reglas de este arte quedaron consignadas llamábase *Oóthyca* ú *Ooscópica*.

Recibió culto, á partir de su muerte, en toda la antigüedad; y un testimonio bastante expresivo de ello lo tenemos en el hecho de que el emperador Alejandro Severo mandase erigir en su *lararium*—cámara de los lares—una imagen de Orfeo, á la cual tributó veneración.

Las artes plásticas, generalmente, lo representan sonando la lira y rodeado de diversos animales: así aparece en multitud de grabados sobre piedra y en el reverso de un interesante medallón de Alejandría que tiene en el anverso la efigie de Antonino. Otras veces se le ve como un hermoso mancebo, con la lira y una piel de cordero sobre el torso, perseguido por las Bacantes.

Orión

Su nacimiento de una piel de toro.—Gigantesca estatura del héroe.—La celeste caza.—Enamora á la Aurora.—Una aventura que le cuesta perder los ojos.—Recobra la vista.—Su muerte.—El perro del cazador.—Obras colosales.

Este héroe, cuyo nombre coincide con el de una de las más brillantes constelaciones, dió motivo á la rica fantasía helénica para graciosas leyendas y poéticas alegorías.

Su nacimiento lo explicaban algunos del siguiente modo. Viajando por Beocia los poderosos dioses Júpiter, Neptuno y Mercurio, llegaron un día á la aldea Hyria y al palacio de su héroe epónimo Hyrieo. Era éste un buen hombre que practicaba fielmente los deberes de la hospitalidad: sin conocer la alta calidad de sus huéspedes, les hizo acatamiento, agasajándolos como pudo. En la comida, Neptuno nombra á Júpiter pidiéndole que le alargue la copa del vino, y al punto Hyrieo se llena de azoramiento por la presencia de los dioses y se dispone á sacrificarles el único toro que posee. Los inmortales, á cambio de tan piadosa acogida, prometen á quien era hijo de uno de ellos y de la atlántida Alcyone, concederle el dón que les pidiere. Hyrieo, que había jurado fidelidad á la memoria de su difunta mujer, pidióles que le hicieran padre sin colaboración femenina. Los tres dioses fecundaron la piel del toro sacrificado

en su honor, mediante esa acción que pulcramente se nombra de aguas menores—*turein* en griego—y ordenaron enterrarla. Pasados nueve meses, Hyrieo sacó la piel y nació Orión.

Esta es la leyenda que dejaba á Orión sin madre, y que no tiene más valor que el de hacer resaltar el formidable poder del héroe, como nacido de tres dioses, su fuerza semejante á la del toro, de cuya piel ha salido, y en fin, su afinidad con los gigantes, procedentes de la tierra como él.

Más delicadas eran otras leyendas, á propósito de Orión, que vamos á referir.

La luminosa constelación de Orión se eleva sobre el horizonte en el solsticio de verano, desaparece al comienzo del invierno: *Orión* es, pues, el signo astral de la hermosa estación del año á la que debe su nombre: *ora* el estío, la estación de los frutos. Durante toda la noche en el verano, la vista de los mortales se maravilla de su alegre y poderoso brillo, y como además esta constelación ocupa gran extensión de cielo, y unas veces se la ve muy alta y otras ha desaparecido bajo la línea del mar, de ahí la idea de un Orión gigante, con medio cuerpo en las aguas y tocando su cabeza en los astros. Se concebía á este gigante revestido con armadura de oro, blandiendo centelleante espada y recorriendo, con una fuerza incontrastable, su celeste vía. También se le imaginaba cazador. Homero nos lo describe triturando en el Hades, con una maza de bronce, la fieras muertas por él á la luz del sol en las montañas. Y esta caza mítica tiene sin duda, la clave en el cielo. En la bóveda estrellada, Orión, acompañado por el Perro, parece perseguir á los demás astros, que palidecen á su luz, y las tímidas Pleiadas—comparadas por los griegos á una bandada de palomas—se asustan de su presencia y se precipitan en el Océano.

Los nautas que surcaban el mar Egeo le tenían por hijo de Neptuno y Euryale; según ellos, había recibido de su padre el privilegio de pasearse por la líquida llanura sin mojarse los pies.

Cuando, en los viajes nocturnos, veían los navegantes la brillante constelación, ya ascender, ya precipitarse hacia la línea del horizonte, decían que el gigante avanzaba de isla en isla, abriéndose un camino á través de las olas, con los pies en el fondo de los mares y la cabeza en el cielo. En el verano, cuan-

do por la mañana se le veía aparecer en Oriente con su vivo centelleo que iba en seguida á ser eclipsado por el sol, se decía, y de ello Homero se hace eco, que Orión había enamorado, por su belleza, á la Aurora, y que ésta, ocultándolo á Apolo, se lo llevaba á la isla de Delos. A la entrada del invierno, su desaparición coincidía con las tempestades y las lluvias; entonces era el dios de las borrascas, el dios lluvioso, el compañero del Noto; por esto le llama *aquosus* Virgilio.

Referiremos el relato de Apolodoro sobre los amores del héroe, y á continuación volveremos al método interpretativo, indispensable en esta ocasión para no dejar completamente indeterminada la significación de esta figura.

Dícese que Lyda, su primera mujer, se vanagloriaba de ser más hermosa que Juno. Los dioses, deferentes á la animadversión de la esposa de Júpiter, dieron la muerte á Lyda por ello. Solo ya Orión, cierto día, después de la vendimia, se dirigió al palacio de Enopio, el hijo de Dionisio y de Ariadna. Borracho del vino nuevo con que éste le regaló, quiso forzar á su mujer, Merope; mas Enopio, aprovechando la embriaguez de Orión, le saltó los ojos y lo abandonó en la playa. El héroe ciego, una vez disipados los vapores del vino, se levanta, camina á tientas por el mar, y guiándose por el estrépito de las fraguas de Vulcano, que oye en la lejanía, logra arribar á Lemnos. Aquí, se dirige á uno de los compañeros del dios, lo carga sobre sus hombros, y oblígale á guiarle en dirección á Oriente: con los rayos del sol da nueva luz á sus ojos, y, recobrada la vista, intenta la venganza contra Enopio. Afortunadamente para éste, Neptuno lo esconde en una caverna subterránea, y la cólera de Orión queda insatisfecha.

La explicación de esta fábula parece ser la siguiente. En los días de la vendimia, de la cual es Enopio una personificación, Orión está ciego, porque no se ve ya su luz brillante en Occidente; camina entonces en las tinieblas, pues sólo á partir de media noche se remonta en el cielo; parece marchar siempre delante del sol naciente, hasta que al fin, al comienzo del verano, se le ve brillar de nuevo, como si tomara su luz del astro del día. Entonces es la época en que los ardorosos rayos del sol significan una amenaza para la viña; parece, pues, que Orión

quiere vengarse de Enopio y abrasar los racimos con su antorcha inflamada; mas la vendimia está bajo la protección de Neptuno, es decir, del agua de que está impregnada la tierra, y, gracias á este feliz consorcio de humedad y calor, las uvas llegan á madurar. Es de observar que, en esta leyenda, la persona de Dionisio desaparece para dar lugar á la de su hijo Enopio, una de las divinidades secundarias de la viña y del vino.

Durante una parte del año la constelación de Orión permanece oculta á las miradas de los hombres; esta desaparición es el hecho que indudablemente ha inspirado las diversas leyendas relativas á la muerte del héroe. Son las siguientes.

Murió Orión en la isla Ortygia, asaeteado por Diana. La causa de la ira de la diosa fué la jactancia del formidable cazador al osar provocarla á un certamen en el juego del disco: alusión tal vez al astro que quiere rivalizar en brillo con la luna y que es eclipsado por ella.

Murió Orión víctima de la enemistad de Apolo. Diana hallábase apasionada por él, era su amante; pero indignado su hermano Apolo, se vale de un ardid para perder al cazador: paseando por la playa con Diana, ven ambos un punto obscuro á lo lejos en el mar; instiga Apolo la vanidad de su hermana la cazadora, tiende ésta su arco, parte silbando la flecha, y da en el blanco: el blanco era la cabeza de Orión, y el mar se tiñe al punto de sangre.

Hemos insinuado antes que al cazador celeste se le imaginaba acompañado de un perro. Este perro era *Sirio*, brillante estrella fija que hace su aparición durante el crepúsculo matutino en lo más caluroso del verano, cuando, según la frase de Hesíodo, el ardiente calor deseca la piel del hombre, cuando acomete á los perros la rabia.

Así, pues, á la influencia del astro se atribuían esos efectos: se asimiló á Sirio á un perro rabioso, y el nombre de este animal pasó á ser también el de la constelación de que la estrella forma parte. Al abrasado soplo de la temible bestia, la vegetación se agosta y muere, los manantiales se secan, el hombre se consume con la fiebre. Para conjurar estas desgracias se invocaba un auxilio celeste: el protector de los mortales contra los furiosos de Sirio era Aristeo.

En cierta ocasión en que los ardores de Sirio habían desarrollado el hambre y la peste en la isla de Ceos, los insulares, por consejo de Apolo, llamaron á Aristeo para que les socorriese. Llegó éste á la isla, erigió un altar á Júpiter, al dueño de la humedad del cielo, y ofreció sacrificios á Sirio en las cumbres de las montañas. Júpiter atendió sus rogativas: hizo soltar los vientos etesios, los que refrescan el Archipiélago durante cuarenta días. Desde aquel tiempo, los sacerdotes de Ceos consagraron anualmente sacrificios propiciatorios antes de que apareciese la constelación del Perro.

¿Estará relacionada con esto la leyenda de las hijas de Orión? Según ella, el héroe dejó dos hijas, Menippa y Metíoche. En ocasión en que una terrible peste desolaba á Tebas, el oráculo anunció que solamente cesarían sus estragos cuando la descendencia de los dioses ofreciese voluntariamente su sangre á la cólera de los inmortales. Menippa y Metíoche, que llevaban sangre divina en las venas, se ofrecieron en holocausto. Cesó la peste, y el heroico sacrificio de las dos hermanas excitó la admiración y la gratitud de la ciudad; se les dedicaron magníficos funerales y en el paraje más elevado se encendió la hoguera.

Algunos escritores clásicos acogieron una versión sobre la muerte de Orión, que, por curiosa, no merece ser olvidada. Dicen que, batiendo la caza con Diana en las montañas de Khíos, osó una vez llevar su mano irrespetuosa al peplo de la diosa casta: ella, ofendida, hizo surgir del suelo un escorpión, cuya mordedura fué fatal al lúbrico acompañante. El escorpión, según otros, fué suscitado por Gea, irritada porque Orión destruía toda la caza de la isla de Creta, ó porque se había vanagloriado de que no existía animal que resistiera á su poder. El papel que se asigna al escorpión en estas versiones parece aludir al fenómeno astronómico de que el declinar de la constelación corresponde al momento de entrar el sol en el signo Escorpión.

Finalmente, la fantasía de los antiguos, haciendo el debido honor á la fuerza inmensa del héroe, le atribuía obras colosales: él solo construyó el puerto de Zancle, y él fué quien preservó de inundaciones la costa siciliana, levantando en peso el promontorio de Peloro.

Perseo

Lo abandona su abuelo en el mar.—Crece en la isla de Serifos.—Se siente capaz de altas empresas.—Los dioses lo arman y equipan.— Su astucia con las Greas.—Corta la cabeza de Medusa.—Petrifica á Atlas.—Su amor por Andrómeda.—Venga á su madre y recompensa á su protector.—Mata fatalmente á su abuelo.—Representación artística.

En otro lugar del libro se hizo referencia al nacimiento de este personaje; completaremos en este capítulo la historia de su vida.

El rey de Argos, Acrisio, que carecía de hijos varones, se dirigió en consulta al oráculo de Delfos: obtuvo por respuesta que su hija Dánae daría á luz un infante destinado á reinar en la comarca y cuya gloria sería imperecedera; mas, por hado fatal, sería también el matador de su abuelo. Asustado Acrisio, quiso impedir á todo trance el cumplimiento del oráculo, y á fin de que ningún varón tuviese acceso hasta su hija, la encerró en una cámara subterránea, cuyos muros estaban aforrados con planchas de bronce. Narrado queda ya el medio de que Júpiter se valió para burlar esta precaución y fecundár á Dánae.

El hijo semidivino de esta unión fué Perseo.

Cuando á los oídos de Acrisio llegaron, desde la cámara subterránea, lamentos infantiles, fueron grandes su estupor y su

espanto. Decidido á salvarse, colocó en un cofre á Dánae con su hijo, y los abandonó á merced de las olas de la mar. El mar fué piadoso. La frágil embarcación, mecida por las aguas, arribó felizmente á la isla de Serifos, donde reinaban dos hermanos, Dictys y Polydectes, el primero de los cuales, noble y bueno, acogió á madre é hijo y les concedió hospitalidad. Dictys, en la versión de algunos autores, era pescador, y su intervención en este episodio se redujo á salvar á los expuestos y presentarlos á Polydectes: éste dió al niño el nombre de Eurimedón y confió su cuidado y educación á los sacerdotes de Minerva.

Polydectes llegó á concebir una ardiente pasión por Danae, que conservaba lozana su hermosura espléndida; quería hacerla suya, pero receloso de Perseo, que había crecido y era todo un hombre, procuró alejarlo. A este propósito, hizo correr la noticia de su matrimonio con Hippodamia, hija de Enomao, exigiendo al par los dones que los jefes á él sometidos debían ofrecerle en semejante solemnidad, según la general costumbre de los tiempos heróicos. Todos ellos le ofrendaron magníficos caballos. Perseo, que era pobre, pero tenía un ánimo grande, ofreció algo más: prometió que le presentaría al rey la cabeza de Medusa, la única de las Gorgonas que era mortal. Ocioso es describir la alegría de Polydectes, y no por el problemático regalo, sino porque en tal empresa era casi segura la muerte de Perseo.

Los dioses, admirando el ardimiento del héroe, le otorgaron su protección y le equiparon convenientemente para su magno trabajo. Plutón le prestó su casco, que tenía la propiedad de hacer invisible al que lo llevaba; Minerva le dió su escudo; Mercurio, las alas, las taloneras, y la *harpe*, fuerte espada de diamante ó de bronce. La *harpe*, según otros, fué dón de Vulcano, el forjador celeste, no de Mercurio.

Así armado, el valeroso joven se remontó en los aires, y guiado por Minerva y Mercurio, llegó á la morada de las Greas, hermanas de las Gorgonas. Las Greas, hijas de Forkys y de Keto, eran dos, según Hesíodo y Ovidio; según Esquilo y Apolodoro, tres: Enyo, Pefredo y Deino. Horribles estantiguas, vírgenes monstruosas que al nacer eran ya viejas, tenían para

las tres un ojo solo y un solo diente, de los que se servían pasándose los de una á otra. Perseo les arrebató, al aire, el ojo y el diente, y promete restituírselos cuando le digan la residencia de las Gorgonas: declaran las hijas de Forkys, y Perseo cumple su promesa, pero no sin apoderarse antes, según el relato de Hesíodo y Apolodoro, de unas sandalias aladas que las Greas poseían, de unas alforjas, y de un turbante negro con la misma virtud del casco de Plutón: hacer invisible.

Vuela el héroe hacia la guarida de las temibles Gorgonas, antro que Esquilo sitúa en los desiertos de la Escitia asiática; Ovidio, en la Libia, en las inmediaciones del lago Tritón, y Hesíodo, más allá del Océano occidental, en los extremos límites del mundo, del lado de la noche, donde se forman y condensan las negras nubes que borran el horizonte del mar y privan á la tierra de luz.

Las encontró dormidas. Su fealdad no era menos espantable que la de las Greas, sus hermanas. Sus cabelleras alborotadas, eran enredijos de sierpes. Tenían los dientes largos, como defensas de jabalí, manos de bronce, alas de oro que las arrebataban á través de los aires. Nada de esto quiso mirar Perseo al dirigirse á Medusa, la única mortal de las tres, la amada del dios de obscura cabellera, Neptuno; como sabía que si fijaba en ellas sus miradas sería convertido en piedra, tuvo constantemente fijos los ojos en su escudo, en el cual los objetos se reflejaban como en un espejo. Guiado por Minerva su brazo, corta de un tajo con la harpe la cabeza de Medusa. Las otras dos Gorgonas, Stheno y Euryale, se despiertan y lo persiguen; mas Perseo, mientras en su fuga acomoda en las alforjas que lleva al hombro la cabeza de Medusa, logra despistarlas, protegido por el turbante maravilloso de las Greas ó bien el casco Plutón, que lo envuelve en espesas tinieblas.

De la sangre que fué vertiendo la cabeza de Medusa nacieron las innumerables serpientes que infestaban los desiertos de la Libia, y en el momento del golpe, del tronco de la Gorgona se lanzaron al aire Chrysaor, el padre de Geryón, el genio del relámpago, y el alado Pegaso, el caballo favorito de las Musas, corcel del trueno que en su galope entre las nubes, hace saltar con sus cascos las aguas celestes.

Cumplida su hazaña, Perseo, llevado por sus sandalias, ó montando, como quieren otros, un alado corcel, voló á través de los espacios hasta llegar, con el crepúsculo, á la morada del gigante Atlas en Mauritania, de quien solicitó hospitalidad, presentándose como hijo de Júpiter. Atlas, prevenido por el oráculo contra el peligro que significaba para él la presencia de un hijo del Tonante, se negó á recibirlo; precaución inútil, porque el Destino hasta contra los mismos dioses se cumple. Perseo le presentó la cabeza de Medusa y al instante quedó convertido en piedra. El petrificado torso del gigante parece sostener los cielos, formando la ingente montaña de su nombre.

Desde Mauritania se lanzó Perseo á Etiopía, donde le esperaba otra aventura. Reinaba aquí Cefeo, cuya mujer, Cassiopeia, se había atraído la ira de las Nereidas, pretendiendo, cuando las aguas tranquilas la reflejaban en el baño, poder rivalizar en belleza con ellas. Neptuno habíase convertido en ministro de la venganza de las ninfas del mar: había inundado el país y suscitado en las costas un monstruo marino que devoraba á los hombres y los rebaños. Consultado en tan azarosas circunstancias el oráculo de Ammón, respondió que solamente se podría conjurar el azote si se entregaba á Adrómida, la hija del rey, á la voracidad del monstruo. Consintió Cefeo en dar á su hija como víctima expiatoria: desnuda, encadenada á una roca suspensa al borde del abismo, quedó esperando angustiada su fatal suerte. Así la vió Perseo, y su corazón batió de amor por ella; prometió al rey librar al país de la cólera divina, con tal que Andrómida, rescatada por su esfuerzo, se le diese en matrimonio: habiendo accedido Cefeo, se eleva en seguida el héroe por los aires, cae sobre el monstruo en el momento en que iba á devorar á su víctima, lo inmola, y salvando á la bella joven conquista su propia dicha.

No dejó ésta de serle disputada. Fineo, hermano de Cefeo, que alimentaba de tiempo atrás una pasión abrasadora por Andrómida, quiso raptarla y asesinar á Perseo. Entró, al efecto, en el palacio con hombres armados y clandestinamente; pero de nuevo sirvió al hijo de Danae la cabeza de Medusa: presentándola á los invasores, los dejó á todos convertidos en piedra.

A poco de este suceso, abandonó la Etiopía, llevándose á su esposa, y regresó á Serifos con el despojo prometido. La amorosa persecución de Polydectes se había hecho violenta. El héroe encuentra á su madre y á Dictys refugiados en el templo de Minerva, prosternados ante el ara de la diosa: para vengarlos, penetra en el palacio del rey, y mostrándole la cabeza de la Gorgona, lo petrifica; luego, para premiar la protección de Dictys, lo coloca en el trono de Serifos. Terminadas con esto sus hazañas, entrega sus sandalias, sus alforjas y su turbante á Mercurio, la harpe á Vulcano, y á Minerva el escudo con la cabeza de la Gorgona, en reconocimiento del eficaz auxilio que la diosa le había prestado. Hecho esto, se embarcó para el Peloponeso con Dánae y Andrómeda.

El viejo rey Acrisio, noticioso de este viaje y temiendo siempre el cumplimiento del oráculo, huyó de Argos y refugióse

en Tesalia, en la corte del rey Teuthamias de Larissa. Hasta allí debía perseguirle su suerte: sabiendo Perseo que Teuthamias preparaba los juegos funerales en honor de su padre, marchó á Larissa para lucir su destreza en tirar el disco: en uno de los lances del juego, el disco de Perseo fué á dar en la cabeza de un hombre desconocido para él, que era Acrisio, su abuelo.

Murió el herido en el acto y, por consecuencia de esta desgracia, Perseo quedaba dueño del trono de Argos. Sin embargo, lleno de aflicción y queriendo aplicar á su involuntario crimen la costumbre antigua que privaba de su herencia á los homicidas,



Perseo y Andrómeda.

cedió el reino de Argos á Megapentho, hijo de Preto, de quien recibió, en permuta, el territorio de Tirintho. Se dice que reinó aquí treinta y dos años (1313-1281 antes de J. C.) y que fundó la villa de Micenas, en la que admitió, después de alguna resistencia, las ceremonias de Baco. Se ignoran las circunstancias de su muerte; algunas obscuras tradiciones le suponen asesinado por Megapentho.

Fué el tronco de la familia de los Perseidas, en la cual nació Hércules; tuvo de Andrómeda seis hijos: Alceo, Stenelo, Méstor, Electrión, Perses y Gorgofona.

La similitud de su nombre con el del pueblo asiático que fué el primer enemigo de Grecia dió origen á la fábula de que Andrómeda había tenido un hijo de igual nombre que su padre, el cual creció al cuidado de Cefeo y llegó á ser el fundador de la casa real de los persas. Esto explica el traje oriental que lleva Perseo en las pinturas de algunos vasos antiguos. Su leyenda habíase propagado por Italia, en donde se creía que el cofre de Dánae y Perseo había arribado á Ardea, en el Lacio, y así Virgilio, en su *Eneida*, hace descender á Turno de la estirpe de Acrisio.

Se le tributaron á Perseo los honores divinos. Tenía estatuas en la isla de Serifos y en Micenas; los atenienses le erigieron un templo, en el cual reservaron un altar para Dictys; los egipcios le rindieron también culto solemne, especialmente en Chemnis, donde le consagraron un templo que estaba circuido de palmeras. Decían los chemnitas que el héroe los distinguía con sus frecuentes apariciones; vanagloriábanse también de poseer una de sus sandalias, de dos codos de larga. Finalmente, fué colocado en el cielo entre las constelaciones septentrionales con Andrómeda su esposa, Cassiopea y Cefeo.

Perseo, que es un héroe solar, un héroe de la claridad venciendo á las tinieblas, como lo indica el mito de su concepción —lluvia de oro en obscura caverna— y la significación de sus hazañas, ha sido representado por la pintura y la escultura con los rasgos de la belleza apolínea. En los antiguos monumentos griegos se ve á Perseo unas veces volando con las taloneras de Mercurio, otras teniendo la cabeza de Medusa ó blandiendo la harpe con que ha de cortarla. Es digna de mención

la hermosa estatua del héroe existente en el museo Pío-Clementino. En cuanto á los amores de Perseo y Andrómeda, que han inspirado los cantos de muchísimos poetas, se ven lindamente reproducidos en un grupo del museo de Viena que figura la liberación de Andrómeda, y son también asunto de un bello fragmento de un vaso de vidrio que se conserva en el Louvre.

XII

Pélope

Una vianda horrible.—La espalda de marfil.—El suplicio de Tántalo.—Los amores del héroe con Hippodamia.—Vence en la carrera á Enomao de Pisa.—Sus hijos.—Honores divinos.—Las fiestas de Olympia.

Fundador de una ilustre dinastía castigada por la fatalidad, cuyas malaventuras han dado asunto á los más bellos monumentos de la literatura helénica, Pélope trae origen de Júpiter por su padre Tántalo.

Daremos, antes de proseguir, breves noticias de éste, que nos aclararán el sentido de una frase vulgar, «el suplicio de Tántalo», y nos servirán de antecedentes para cuando tratemos de la familia de los Atridas.

Tántalo, hijo de Júpiter y de la ninfa Plota, era rey en Lydia. Tenía su palacio, magnífico y resplandeciente, al pie del monte Sipylo. Disponía de riquezas inmensas, incalculables aun para la más atrevida fantasía; su opulencia llegó á ser en la antigüedad tan proverbial como la del Midas frigio. Por privilegio, que muy contados mortales obtuvieron, se le dió acceso en el Olimpo y fué admitido en la sociedad de los dioses y á tomar parte en sus banquetes. Desvanecido con estas distinciones, creyóse más de lo que era, y osó quitar néctar y ambrosía de la mesa de los olímpicos, y hasta revelar á los mortales los divinos arca-

nos. Todavía su orgullo le hizo cometer un crimen más abominable. Quiso recibir á los dioses en su palacio, y les invitó á un festín: en él, su propio hijo, Pélope, descuartizado, fué servido á los inmortales cual espléndido manjar equivalente al honor de la presencia divina. Tanta crueldad llenó de horror á los comensales olímpicos; retrocedieron todos indignados: únicamente quedó en la mesa Ceres que, abstraída en su dolor por la pérdida de Proserpina, llegó á comer, sin advertirlo, un trozo de la espalda de Pélope. El padre de los dioses dió orden inmediatamente á Mercurio de resucitar á Pélope, reuniendo sus dispersos miembros: así lo hizo el aludido, y en sustitución de la comida espalda acopló otra de marfil.

Este espantoso crimen fué la primera causa de la maldición que hubieron de expiar las sucesivas generaciones de los Atridas y motivo del famoso suplicio de Tántalo. En la *Odisea* de Homero se nos describe al héroe lidio en las mansiones infernales, sumergido en el agua y teniéndola á flor de labio: siente abrasadora sed y no puede aplacarla jamás: cuando intenta beber, la onda se retira, hasta descubrir el suelo; siente hambre, y cuando tiende su mano á las ramas que se inclinan, casi rozando su cabeza, el viento arrebatada hacia las nubes los frutos deliciosos. Otra forma del suplicio de Tántalo es la descrita por Arquíloco: el asiático rey veía siempre suspenso sobre su cabeza un enorme peñasco á punto de caer, perpetua amenaza de muerte; los griegos veían en esto una imagen de la constante angustia de los tiranos. Según Píndaro, el castigo de Tántalo había sido por el robo del néctar y la ambrosía, delito semejante al de Prometeo, que robó el fuego celeste, y por lo tanto, semejante había de ser la expiación. Tántalo fué arrojado de la olímpica morada y encadenado á una roca en la cumbre del Sipylo. Eurípides, en fin, describe el peñasco amenazante suspendido del Olimpo por cadenas de oro, y oscilando entre cielo y tierra, al impulso de huracanados torbellinos.

Acerca de algunos detalles de este suplicio, ha dado el mitólogo M. Cox una explicación que nos parece ingeniosa. Según ella, este rey lidio, con supalacio esplendoroso, con su inagotable riqueza, es el Sol, que recorre las alturas celestes, siendo en ellas el amigo y confidente de los dioses. La inmolación

de su hijo significa los terribles efectos de las devoradoras lumbraradas que agostan, en lo más fuerte del estío, la vegetación y los frutos, nacidos al suave calor de la primavera. «El horrible banquete se le ofrece á Júpiter porque los estragos de la sequía se efectúan bajo la azul mirada del cielo». Explicase igualmente que sea Ceres la única que toma parte en el festín, pues los senos de la tierra acogen y absorben la vegetación consumida. La vuelta de Pélope á la vida alude, en esta hipótesis, al retorno de la lozanía primaveral sobre el rejuvenecido suelo. Por análogas ideas pudiera explicarse la otra variante del suplicio. Tántalo no puede satisfacer su sed ni su hambre, porque el Sol, por los días del solsticio, marchita los frutos y seca las fuentes. Últimamente, el peñasco pudiera ser también una imagen del Sol, concebido como una piedra incandescente que rueda en el espacio, suspenso entre cielo y tierra.

Tal fué el padre de Pélope. La madre, según escritores antiguos, era Dione, hija de Atlas, ó, según otros, Clitia, hija de Amfidamas, nombrada también Euritemista ó Eurianasa y Euritona.

Antes de que Tántalo recibiese el castigo de los dioses, tenía ya sobre sí el odio de los hombres: Ilos, rey de Troya, le hizo guerra y lo arrojó del Asia, por creerlo culpable del rapto de su hijo Ganimedes, el cual había sido llevado al cielo por Júpiter para que le sirviese de copero. Buscó un asilo en Grecia, llevando á su hijo consigo, y á partir de este viaje comienza la carrera heroica de Pélope.

En Pisa, cerca del monte Olimpo, reinaba á la sazón Enomao, hijo de Marte y de Harpina, nombre éste que parece ser una variante de Harpías. Aquí se dirigió Pélope, atraído por la belleza de Hippodamia, la hija de Enomao, la cual contaba ya con numerosos pretendientes.

Un oráculo había predicho á Enomao que perdería la vida á manos del hombre que se casara con Hippodamia. Para eludir este fin, anunció el rey que no daría á su hija en matrimonio sino á aquél que lograra vencerle en la carrera de carros. Estaba tranquilo por esta parte: poseía caballos alados, rápidos como el Aquilón, impetuosos como las olas innumerables y bravías que levanta el viento en el piélago, y merced al empuje maravi-

lloso de semejantes caballos, había salido siempre vencedor en la carrera. Verificábanse estos certámenes en una extensa pista que iba desde el altar de Júpiter en Olympia hasta el de Neptuno en el istmo de Corinto. Trece pretendientes de Hippodamia habían sido vencidos ya por él, y muertos con su lanza, según pacto de la lucha.

Pélope tomó sus precauciones para competir con CEnomao. La víspera de la lucha, en la obscuridad de la noche, se dirigió á las riberas del mar é invocó la protección de Neptuno; el dios de las aguas, defiriendo á sus súplicas, le dió un carro de oro y caballos alados, de pies infatigables. Además, el héroe tenía ganado el corazón de Hippodamia, la virgen domadora de corceles, diva del mar en calma: la amorosa no vaciló en preparar una asechanza contra su padre, con la complicidad del cochero Myrtilo. Persuadido por ella, éste aflojó las clavijas del buje de una de las ruedas del carro que había de guiar CEnomao; y cuando el rey de Pisa tomaba vuelo en la carrera, la rueda salta, cae á la arena el corredor y muere al golpe.

Vencedor Pélope, hizo su esposa á Hippodamia y embarcóse con ella y con Myrtilo, el servidor infiel. Myrtilo puso entonces los ojos en ella y trató de seducirla; pero Pélope lo sorprendió y lo precipitó en el mar desde un elevado promontorio de la Eubea. El traidor, que era hijo de Mercurio, invocó al morir la venganza del dios: otra causa, después de las maldades de Tántalo, de las desgracias que habían de afligir á la descendencia de Pélope.

Decíase que de su unión con Hippodamia el héroe había tenido una hija, Nikippe, que se casó con Sthenelo de Mycenas y fué madre de Euristeo, y varios hijos, entre los cuales se encontraban Trezen y Epidauro, héroes epónimos de estas dos ciudades argivas, Thyestes y Atreo.

Aparte de los hijos de Hippodamia, Pélope había tenido de una ninfa un hijo llamado Chrysippo: efebo de lozana belleza que Laio raptó, enamorado de sus gracias; mas en el Peloponeso corría otra leyenda, según la cual Chrysippo fué asesinado por sus hermanos Atreo y Thyestes, celosos del tierno afecto que inspiraba á su padre. Después del crimen, los dos hermanos fratricidas, desterrados de Pisa por Pélope, se retiraron á Myce-

nas, donde reinaba su sobrino Euristeo, y cuando éste fué vencido y muerto en el Ática, el pueblo eligió á Atreó como rey. De aquí arranca, por el despecho de Thyestes, la discordia y el odio implacable entre los dos hermanos á que habremos de aludir más adelante.

Después de su muerte, se le tributaron á Pélope los honores divinos. Los habitantes del Peloponeso, comarca meridional de Grecia que debe al héroe su nombre, lo adoraban como semidios de quien habían nacido los fundadores de muchas ciudades. Más particularmente, los de la Élide concedían á Pélope entre los héroes el lugar que ocupa Júpiter entre los dioses; sacrificábanle antes que á Júpiter mismo, y sus mágistrados anuales, al entrar en posesión de sus funciones, le inmolaban un cordero negro. Se le erigió un templo en el Altis, bosque sagrado de Júpiter entre Olympia y Pisa, y en el mismo bosque, cerca del santuario de Diana, había una capilla donde se conservaban, en un cofrecillo de bronce, los huesos de Pélope. Otros autores dicen que de los huesos del héroe se hizo el Paladión, estatua de Minerva protectora de Troya.

Creíase que su espalda de marfil había hecho milagros, pues sanaban las llagas que tocaba con ella. Y Píndaro dice que estuvo en el Olimpo como copero de Júpiter, pero que el hurto de su padre motivó su expulsión.

Refiere Pausanias que, por su victoria sobre Énomao, los griegos del Peloponeso consideraban á su héroe epónimo como el fundador de los juegos olímpicos.

Estos juegos llegaron á ser famosos, ya en la época histórica, en toda Grecia. Se celebraban cada cuatro años, en la ciudad de Olympia, inmediata á Pisa. Duraban siete días, todo un plenilunio, en lo más caluroso del verano, y en este tiempo y en el que se invertía en volver desde Olympia, á las más apartadas regiones de la Hélade, era práctica religiosa suspender todas las guerras locales: esta tregua de paz imponíala el padre Zeus, el poderoso Júpiter, á quien los juegos estaban dedicados.

Los atletas famosos, los corredores con su más hermoso carro y la bien criada cuádriga, los ágiles tiradores de disco acudían á Olympia, de todas las ciudades de Grecia, para lucir su fuerza y habilidad, y disputarse los premios. Una multitud

innumerable, entusiasta de la belleza desnuda y la energía, llegaba esos días en peregrinación á la ciudad de Zeus, y coronaba el vastísimo estadio, mezclando su jubiloso rumor, fusión de todos los dialectos helénicos, al rumor sonoro del vecino bosque del Altis, bajo el cielo claro.

Celebrados el día primero los sacrificios y las solemnes ceremonias rituales, se desarrollaba en los siguientes días el programa de las fiestas. Primeramente los concursos de trompeteros; luego los pugilatos, las luchas de los atletas; los certámenes de los discóbolos ó tiradores de disco después, las carreras á pie, las de carros. Éstas, sobre todo, ofrecían un espectáculo emocionante y bello. Los numerosos carros, lanzados á toda velocidad, alzaban con sus ruedas en la pista un estridor poderoso de marea; flotaban aiosamente los blancos mantos de los conductores; las cuádrigas se abrían graciosamente en abanico, llevando en volandas el vehículo ligero, y en la rápida curva, rozando el hito para ganar ventaja, se lanzaban en flecha: alguna vez, como describe Horacio, los caldeados ejes daban á los carros, como adorno, la sierpe de unas llamas que volaban á la meta.

Finalmente, se discernían los premios á los vencedores—la fama y una corona de olivo—y se celebraban nuevos sacrificios, entre ellos la hecatombe, la inmolación de cien bueyes.

He ahí una ligera idea de los juegos olímpicos, fundados por Pélope, y que Hércules perfeccionó, después de traer del país de los hiperbóreos el olivo, para dar sombra á los atletas y tejer sus coronas.

XIII

Prometeo

La familia del Titán.—Avisa á los hombres el Diluvio.—Toma la carne y deja á Júpiter los huesos.—Roba el fuego celeste.—Creación del hombre.—En el suplicio, insulta al padre de los dioses.—Significación de Prometeo.—Representación artística.

El mito del titán Prometeo, á quien los griegos consideraban como el amigo de los hombres, es de los más interesantes de la Mitología clásica y merece que lo tratemos con alguna extensión.

Era Prometeo, según Hesíodo, hijo del titán Japeto y de Climena, una de las hijas del Océano: de ese Océano que fué el principio de todos los seres en las antiguas cosmogonías. Su madre, según Esquilo, era Temis ó Gea, la Tierra: Deucalión, que repobló el mundo después del diluvio, era hijo del héroe; Pirra, que generalmente pasa por ser la esposa de Deucalión, era la mujer de Prometeo, y de ella tuvo á Helén, el padre de los griegos. Estas genealogías indican la significación particular de Prometeo, el cual, si bien debe colocarse entre los héroes, ocupa un lugar aparte, sobre los hombres y enfrente de los dioses. Hasta se le atribuye, como veremos luego, la creación de la Humanidad.

Siendo un titán, como hermano de Atlas, de Epimeteo, de

Menetio y Tifón, difiere profundamente de ellos: mientras que los titanes conocen y emplean solamente la fuerza bruta, Prometeo es el representante de la inteligencia y de la destreza. En la guerra que declararon los titanes á los Olímpicos, permaneció neutral al principio; luego se alió con Júpiter, y terminada la lucha, se le consideró digno de ser admitido en el Olimpo y de tomar parte en las deliberaciones de los dioses. Entonces comenzó la intervención de Prometeo en favor del género humano.

Hesíodo y Esquilo nos presentan á Júpiter y á los Olímpicos como enemigos de los hombres: Júpiter hasta quiso destruirlos, y por eso precipitó el diluvio sobre la tierra; mas Prometeo avisó á su hijo Decaulión y le aconsejó la construcción del arca salvadora. Después de haber preservado de perecer á los mortales, se convirtió en bienhechor suyo. Según la descripción de Esquilo, que contrasta con las leyendas relativas á la edad de oro, los primeros tiempos de la Humanidad fueron duros: los hombres primitivos llevaban una vida salvaje, habitaban en cavernas y desconocían los rudimentos de la industria. No ignoraban el fuego, pero no sabían conservarlo ni producirlo: según la expresión de Higino, lo pedían á los inmortales, es decir, lo aguardaban del sol ó de la centella del cielo que incendiaba los inmensos bosques vírgenes. De aquí la suposición que hace Hesíodo al decir que Júpiter, irritado por la protección de Prometeo á los hombres, les oculta la producción del fuego.

Los primeros hombres no podían, pues, lograr progreso alguno sin el auxilio de Júpiter y los inmortales, y éstos los detestaban. Prometeo, el amigo de los hombres, fué su aliado contra los dioses. La treta que refiere Hesíodo ofrece un sabor satírico propio de Luciano. En los antiguos sacrificios se entregaban las víctimas á las llamas, dejando que el fuego las consumiera por completo—holocausto—y era ilícito retirar parte de la carne para comerla. Prometeo vió que esto era una ruína para los hombres, y dar innecesariamente la parte del león á los dioses. Inmoló dos toros y arrojó su hígado al fuego; luego separó de los huesos la carne, y haciendo un complicado andamiaje con ellos, los cubrió con las pieles, con tanta habilidad que parecían toros vivos. Hecho esto dió á elegir á Júpiter; eligió el

Tonante uno de los supuestos toros y, con olímpica indignación, vióse defraudado. A partir de entonces, los sacrificadores reservaron la carne para sí y destinaron á los inmortales los huesos. El grave Esquilo, por su parte, enumera otros beneficios de Prometeo: el cómputo del tiempo, la ciencia de los números, el alfabeto, la domesticación y el empleo del caballo y del buey, la navegación, la medicina, la industria de los metales, la ciencia de los presagios observados en el vuelo de las aves, en las entrañas de las víctimas, en la llama del sacrificio; todas las artes, en fin.

Mas las artes eran imposibles sin el fuego. Este elemento, por el que pudieron prescindir los hombres de los frutos crudos y las carnes destilando sangre, que les permitió la forja del hierro, que mejoró, en fin, su vida, fué el dón de Prometeo más importante y más grato á la Humanidad. La hazaña que realizó para robar el fuego celeste inspiró los cantos de los más grandes poetas antiguos. «El prudente hijo de Japeto, dice Hesíodo, engañó á Júpiter quitándole y escondiendo en el hueco de un *narthex* el fuego infatigable, de brillo resplandeciente». El fuego, en un principio, pertenecía á los dioses, que lo ocultaban y velaban celosamente sobre él, como un tesoro que se habían reservado. El héroe, decidido á robar una chispa de ese fuego divino, se dirigió, según la tradición más general, á la isla de Lemnos, tomó una llama de las fraguas de Vulcano y la escondió en su *narthex*, que era un tallo de cañaheja; según otra versión, se acercó osadamente á la rueda del sol y encendió en ella su antorcha.

De esta hazaña parece derivarse su nombre. La palabra Prometeo se relaciona con la sánscrita *pramanta*. Antes de que los hombres vieran saltar del pedernal la chispa, habían aprendido á obtener el fuego por frotamiento: el procedimiento que para ello empleaban los indos, hermanos en raza de los griegos, consistía en hacer girar rápidamente un bastón dentro de un agujero practicado en un pilón de madera: el frotamiento desarrollaba un intenso calor y al fin saltaba la llama y prendía en los elementos leñosos contiguos. El movimiento impreso al bastón no era una rotación continua, sino una serie de giros en sentido alternado; el operador se valía para ello de una cuerda,

y conservando en las manos los dos extremos, tiraba sucesivamente con vivas sacudidas. Ese bastón era el *pramanta*; el cilindro que lo recibía se llamaba *arani*. Parece, pues, que el robador de fuego celeste fué concebido como el primer productor del fuego por medio del *pramanta*, ó como un *pramanta* animado y divino: suponen los modernos mitólogos, para llegar á esa conclusión, que la producción del fuego del cielo la imaginaban los antiguos según el mismo procedimiento: un dios armado del *pramanta* ó un *pramanta* divino, practicaba en el seno de las nubes una fricción violenta que daba nacimiento al relámpago y al rayo.

La producción del fuego se comparaba entre los arios á un acto de generación, en el cual el *pramanta* era el instrumento macho y el *arani* la hembra. «He aquí el *pramanta*—dice un himno védico—el genitor está pronto. Trae el *arani*. Engendremos á Agni (el fuego) por la fricción, siguiendo la costumbre antigua». Y apurando estas ideas, algunos mitólogos modernos interpretan asimismo en el sentido de la explicación anterior, la creación del hombre por Prometeo; la potencia del fuego y la antigua asimilación del alma humana á un destello divino, dan, según esos autores, el símbolo de esta leyenda:

Refiere Ovidio en *Las Metamorfosis* que después del diluvio de Deucalión, Prometeo modeló el primer hombre con el limo sedimentado por las aguas. El divino fuego le sirvió para animar su estatua, y Minerva, que le había auxiliado en su obra, dió al hombre el temor de la liebre, la sutileza de la zorra, la vanidad del pavo real, la ferocidad del tigre y la fuerza del león. Otra variante hay de esta fábula, con una versión de la ascensión de Prometeo al Olimpo: admirada Minerva de la hermosura de la obra, ofreció á su autor todo lo que pudiera contribuir á perfeccionarla, y habiéndole contestado Prometeo que le era necesario ver las regiones celestes para escoger lo que conviniere más al hombre que había formado, Minerva, accediendo, lo subió al cielo, y allí vió el héroe que el fuego era lo que animaba los cuerpos inmortales: por eso robó parte de él.

Sea esto como quiera, el dón del fuego provocó los celos y la cólera de los Olímpicos. El castigo no se hizo esperar, y alcanzó á los mortales y á su protector: el enviado á los mortales

fué Pandora, la bella mujer de la caja fatal que contenía todos los males, y cuya historia hemos referido en otra parte: á pesar de los consejos de Prometeo, que había recomendado á su hermano no aceptar ningún presente de Júpiter, Epimeteo recibió á Pandora, y al destapar la caja malhadada, vuelan todos los



La formación del hombre por Prometeo.

males á afligir á los hombres: unicamente la Esperanza—¿un mal?—quedó en el fondo de la caja. En cuanto á Prometeo, la expiación que se le impuso fué horrible: atado con cadenas de bronce, fijas y remachadas en la roca, se le dejó en la cumbre del Cáucaso, ó en la de un monte de la Scithia. Sin embargo, no le acongojó este primer suplicio: violento y duro, haciendo resonar su aliento de titán en las profundas oquedades de las montañas, apostrofaba á Júpiter, reprochándole su orgullo, su

egoísmo y su brutalidad: en la desgracia, consideraba inútil é indigno de sí lamentarse ante su enemigo. Además, vanagloriábase de poseer un secreto, por el cual tenía en su mano el porvenir mismo de Júpiter, y que jamás revelaría. Su obstinación y su reto le atrajeron un sufrimiento mayor: después de ser precipitado en el Tártaro, fué de nuevo encadenado á la roca; y un águila le roía incesantemente las entrañas, que renacían á cada picotazo: suplicio que sólo terminaría cuando un inmortal consintiese en sustituirle en los Infiernos.

Sucedió que Hércules mató de un flechazo el águila que



La caja de Pandora. (De Flaxman.)

roía el hígado de Prometeo, y el titán, por su parte, reveló el secreto á Júpiter: el Destino quería que el hijo que naciese de la diosa Thetis fuese más fuerte y más ilustre que su padre. Y como Júpiter aspiraba precisamente á casarse con Thetis, desistió de su propósito, por temor á que le destronase su futuro hijo, y la diosa fué dada en matrimonio á un simple mortal, Peleo. El centauro Quirón, herido por una envenenada flecha de Hércules, descendió al Hades en lugar de Prometeo. Y de vuelta el titán en el Olimpo, llevó siempre, en memoria de su expiación, una corona y un anillo.

Debe citarse la versión de Duris de Samos: según ella, la causa del castigo de Prometeo, el titán inteligente, fué el amor que había concebido por Minerva, la diosa de la razón. Según

otra de Apolodoro, fué Prometeo, y no Vulcano quien abrió de un hachazo la cabeza de Júpiter para partear á Minerva.

No deja de ser interesante, ya que hemos citado las interpretaciones modernas sobre la significación de Prometeo, la genuinamente helénica que se desprende de Hesíodo. En la *Teogonía*, el Titán no es solamente el raptor del fueho celeste; es también el representante de la Humanidad activa, industriosa, inteligente, pero ambiciosa, que desea igualarse con las potencias divinas. Y el castigo les alcanza á él y á ella. El delito del héroe ocasiona, aparte del propio suplicio y la creación de Pandora, la condición penosa de la Humanidad, que se ve condenada á lograr su bienestar con fatigas y sudores. Prometeo es, pues, el tipo del hombre en lucha con la Naturaleza; á fuerza de inteligencia y destreza consigue arrancarle algunos de sus secretos; intenta dominarla, mas lo consigue á medias, porque es imposible que todos sus deseos se cumplan: de lo contrario, saldría de su dominio fatalmente limitado, é invadiría el dominio infinito en que los dioses reinan y cuyo acceso es ilícito á los mortales. En resumen, el castigo tradicional de Prometeo se explica por la idea, esencialmente griega, de los celos divinos.

Más arbitraria, pero de relativo interés, es la siguiente interpretación del historiador Herodoro de Heráclea: Prometeo era un rey escita cuyo reino atravesaba un río llamado *Aetós* (águila, en griego). Un año se desbordó el río, inundó el país y ocasionó la escasez y el hambre. Los escitas, atribuyendo á su rey la responsabilidad del desastre, lo cargaron de cadenas. Entonces llegó al país Hércules, desvió las aguas por medio de numerosos canales y obtuvo la liberación de Prometeo. Diodoro de Sicilia quiere que el río fuera el Nilo, al que llama *aetós* por la violencia de sus crecidas. Y, en fin, Petronio ve en esa águila una imagen de la envidia que roe sin cesar el espíritu humano.

Los griegos rindieron á este titán honores divinos. Apolodoro refiere que era venerado en Atenas al igual que Minerva, y que no lejos de la Academia tenía un templo y una estatua. Se le dedicaban solemnes fiestas, y en ellas, como en las Panateneas, se incluía una *lampadedromía*, una carrera de antorchas.

El mito de Prometeo ha inspirado en todas las épocas á poetas y artistas. La tragedia de Esquilo «Prometeo encadenado»

es uno de los más bellos modelos del teatro clásico. En las artes plásticas, los episodios del rapto del fuego y el suplicio han sido tratados con frecuencia. En una antiquísima piedra grabada, procedente de Creta, se representa al héroe en violenta posición con las manos atadas á la espalda; el mismo motivo se encuentra en un relieve en bronce de Olympia, y en una copa origina-



Castigo y liberación de Prometeo.

ria de Cirene, en la cual, frente á Prometeo encadenado, se ve á Atlas llevando el mundo.

La liberación de prometeo por Hércules es el asunto de un bajorrelieve de Pérgamo, una piedra grabada existente en el Museo de Berlín, un sarcófago del Museo del Capitolio y varias pinturas, de Pompeya. El rapto del fuego se encuentra figurado en una gema antigua, donde Prometeo tiene en la mano un rayo; un sarcófago romano lo representa en el momento de salir de la fragua de Vulcano con la antorcha encendida, y en un fragmento de un barro cocido se le ve llevando una lámpara.

XIV

Teseo

I. Una prueba de su divinidad.—El misterio de su nacimiento.—La piel del león de Nemea.—Le revela su madre el secreto de su origen y se encamina el héroe á Atenas.—Perifetes.—Sinis.—Scirón.—Cercyón.—El lecho de Procusto.—Entrada del héroe en Atenas.—Lo reconoce su padre.—Vence y da muerte á los Palántidas.—Domeña al toro de Marathón.—Se embarca para Creta.—II. Minos.—Pasífae.—El toro de Neptuno.—El Minotauro.—El Laberinto de Creta.—La muerte de Androgeo.—El tributo de los siete manebos y las siete doncellas.—Dédalo.—Ícaro.—III. El hilo de Ariadna.—Vence Teseo al Minotauro y da libertad á los jóvenes atenienses.—Abandono de Ariadna en Naxos.—Toma Baco por esposa á la hija de Minos.—Regreso de Teseo á Atenas.—Muerte de Egeo.—Reformas políticas del héroe.—Las fiestas Panatheneas.—La amistad de Teseo y Pirithoo.—IV. Lucha entre Centauros y Lapithas.—Expedición contra las Amazonas.—V. Hippólito y Antiope.—Rapto de Helena.—Descenso á los Infiernos.—Muerte de Teseo.—Hallazgo de los restos del héroe.—Las Posidonias.—El ostracismo.—VI. Mitología figurada.

I

La ejecutoria divina de este héroe no aparece muy clara. Sin embargo, sus altas empresas y la protección que los Olímpicos le dispensaron hablan en su favor y obligan á no extremar las dudas referentes á su linaje. Él se gloriaba de ser hijo de Neptuno y quería á todo trance que se le reconociese esta alcurnia: en su expedición á la isla de Creta, exigió del rey Minos la consideración debida al hijo del dios de las aguas; duda Minos, pide una prueba, y arroja al mar el anillo de oro que lucía en su

mano: si el héroe es hijo de Neptuno, ahora tiene ocasión de acreditarlo recogiendo el anillo. Y Teseo se zambulle al instante; un delfín lo toma sobre su lomo y lo conduce al palacio submarino de Anfitrite; Minos y sus cretenses le ven, á poco, maravillados, resurgir de las ondas con el anillo y una áurea corona, regalo de la diosa.

El misterio de su nacimiento envolvía una historieta desdolorosa. Su madre, Ethra, era hija de Pitteo, rey de Trezena, en cuya corte residió una temporada Egeo, uno de los primeros reyes de Atenas, descendientes de Neptuno. Y ocurrió que Egeo, aunque no lo pasaba mal en Trezena, hubo de regresar á su reino; Ethra quedaba en cinta: su amante escondió sus sandalias y su espada debajo de una enorme piedra, y dijo á aquella que, si daba á luz un hijo, cuando éste llegase á tener fuerza bastante para levantar el peñasco, debería retirar las prendas depositadas y dirigirse en secreto á Atenas, donde sería reconocido. Transcurridos unos meses, Ethra fué madre, y el prudente Pitteo recogió al niño, le dió el nombre de Teseo, y lo crió en su corte, haciéndolo pasar como un dón de las aguas, como un hijo de Neptuno.

El niño, que era hermosísimo, creció rápidamente, y daba claras muestras de fortaleza y valor. Cuando contaba siete años, Hércules estuvo en Trezena, y habiendo sido invitado á un banquete en el palacio de Pitteo, dejó caer, al acercarse á la mesa, la piel del león de Nemea que le cubría: todos los niños huyeron asustados; pero Teseo, arrebatando el hacha á uno de los servidores, se lanzó decidido contra el despojo de lo que él creía animal vivo. Pronto salió de su error, mas el recuerdo de la erizada y roja piel quedó fijo en su mente, y en sueños veía á Hércules librando espantosos combates con los monstruos, derribando á sus enemigos con la pesada clava y animándole á seguir el ejemplo de su carrera heroica.

Apenas había entrado en la adolescencia cuando su madre le reveló el secreto de su origen y lo condujo al sitio donde estaba la piedra misteriosa. Ethra quedó admirada: su hijo, animoso y lleno de júbilo, alzó con una sola mano la maciza roca, y sosteniéndola, retiró el calzado, blandió la espada y exclamó: «¡Atenas! ¿Dónde está Atenas?» Su abuelo Pitteo le indicó la si-

tuación de esta ciudad y los dos caminos que podía seguir para ir á ella: el de tierra, el de mar. Éste era el más seguro: diariamente las naves trezenias lo recorrían. El camino de tierra era peligrosísimo, porque terribles bandidos lo infestaban, robando y asesinando á los caminantes. Por esto mismo, fué el que Teseo eligió, deseoso de hazañas.

La ruta, casi desconocida, fué un sendero de gloria para Teseo. En el territorio de Epidauro se le presentó el primer enemigo: era Perifetes, un terrible gigante, armado de una maza enorme, con la cual aplastaba á los viandantes. El héroe, con brío juvenil, luchó con él, lo mató, y apoderándose de su maza, la llevó siempre como trofeo de su primera victoria. Este Perifetes, hijo de Vulcano, es el mismo á quien llaman algunos autores Corynetes, de coryné, clava, y los mitógrafos modernos lo consideran como una personificación de las nubes tempestuosas que descargan el rayo sobre los hombres.

En el istmo de Corinto hubo de combatir con Sinis, hijo de Polypemón ó de Neptuno. Era un bandido, famoso por las depredaciones que ejercía en el Ática y por sus refinamientos de crueldad. Unas veces mataba á los viajeros precipitándolos en las olas que batían furiosas las rompientes de la roca excavada que le servía de antro; otras, daba muerte á sus víctimas con la clava; con más frecuencia se valía de este procedimiento: encorbaba dos pinos hasta juntar sus ramas, ataba á ellos los brazos de su víctima, y al recobrar los árboles su natural posición, el infeliz ejecutado quedaba partido por mitad. En alguna ocasión, lo que hacía era doblar un pino hasta dar con la copa en el suelo, y los que no podían sostener el empuje del árbol, veíanse lanzados al espacio y quedaban, al caer, destrozados sobre las peñas. Teseo se sometió á esta prueba, saliendo vencedor, y luego le aplicó al desalmado su mismo suplicio, por el que se conocía también á Sinis con el nombre de Pityocamptos, esto es, encorva-pinos. Los autores modernos ven en Sinis una personificación del huracán, cuya violencia dobla y desgaja los árboles más corpulentos.

Más adelante se encontró con Scirón, hijo de Eaco, bárbaro jayán á quien gustaban mucho las tortugas cebadas con carne humana. Para regalo de su apetito, se apostaba en los desfila-

deros de las rocas que baña el mar de Salamina, obligaba á los pasajeros á que le lavaran los pies, y cuando tenían baja la cabeza los arrojaba á las olas, en medio de su vivero de tortugas. El héroe aniquiló á este monstruo, precipitándole al mar, y se dice que sus huesos quedaron convertidos en rompientes, arrecifes y escollos; otros aseguran que Teseo ofreció á Júpiter en holocausto los huesos de Scirón, y los modernos interpretan que, en el angosto camino tallado en las rocas scironias, que iba al borde mismo de un acantilado cortado á pico y á una altura vertiginosa sobre las olas del golfo Saronico, eran muy peligrosos los vendabales é inminente, á su empuje, la caída al mar.

En Eleusis luchó Teseo con el arcadio Cercyón, hijo de Neptuno ó de Vulcano. Este personaje tenía una hija única, la cual fué seducida por Neptuno; cuando lo supo, lleno de ira y de dolor la castigó, dándole muerte. Junto á la tumba de ella se apostaba, acechando á los viandantes; cuantos, por su mala suerte, dirigían sus pasos por allí, eran retados y obligados á luchar: si salían vencidos, recibían la muerte de manos de Cercyón. Teseo midió sus fuerzas con él, y habiéndole vencido, le quitó la vida arrastrándolo por el suelo.

Llegado al Ática, el héroe tuvo que habérselas con el padre de Sinis, el gigante Polypemón ó Damastes, más conocido por el nombre de Procusto. Éste, cuando los extranjeros le pedían hospitalidad, los acostaba en un lecho cuyo largo había de coincidir con la estatura del huésped: si la talla excedía de las dimensiones marcadas, cortaba lo que los pies ó piernas tenían de exceso; si era corta, dilataba los miembros empleando pesas y poleas. El cruel Procusto fué también vencido por Teseo, quien le condenó al mismo suplicio que infligía el bandido á sus víctimas.

Después de esta carrera triunfal, y creyéndose contaminado por haber manchado sus manos en sangre de bandidos, alguno de los cuales, como Sinis, era su propio pariente, pues descendía también de Pitteo, se dirigió el héroe á las márgenes



Teseo.

del río Céfiso, y allí se hizo purificar por los sacerdotes del altar de Júpiter Meliquio. Seguidamente entró en Atenas.

Aquí su persona era desconocida, aunque se tenían noticias de sus hechos. El héroe adolescente vestía larga túnica que le llegaba á los pies; la cabellera, graciosamente rizada, le caía sobre los hombros. Al pasar frente al templo, que estaba en construcción, de Apolo Delfico, los obreros que trabajaban en el frontón preguntaron irónicamente quién era y dónde iba aquella doncella sola. Teseo, tranquilo y silencioso, encaminóse á un carro que cerca estaba con dos bueyes uncidos: desunció los bueyes, y empuñando el carro, lo lanzó más alto que el edificio. Del mismo modo el sol naciente, de graciosa belleza,—dice un mitólogo moderno que ve en Teseo á uno de los numerosos héroes solares—cuando todavía se confunde con la virgen Aurora, está ya en la plenitud de su fuerza y precipita en las alturas su cuádriga centelleante.

Reinaba en la ciudad Egeo, casado á la sazón con la famosa y terrible Medea. Ésta, que lo tenía dominado y gobernaba por él, instintivamente recelosa de la aparición de Teseo, decidió al padre, que no lo conocía, á invitar al joven á su mesa. Tenía preparada la encantadora una copa envenenada para Teseo, más antes que éste beba, lo reconoce su padre por la brillante empuñadura de su espada, y al punto Egeo, que no había sido ajeno al malvado plan, destierra á Medea y á sus hijos y se asocia á Teseo para el gobierno de Atenas. Desde este momento, el héroe se dedicó á consolidar en la ciudad el trono vacilante de su padre y á asegurar sus propios derechos; los cincuenta Palántidas, hijos del hermano de Egeo, Palas, comenzaron entonces á conspirar contra su tío, de quien se consideraban los solos herederos, pues ponían en duda la legitimidad de Teseo y no podían disimular su despecho por haber sido éste reconocido: descubierta la conspiración, el héroe se encargó de dar buena cuenta de Palas y sus cincuenta hijos, enviándolos á todos á conspirar á los profundos. Sin embargo, estas muertes, aunque necesarias á la pública salud, obligaron al héroe á dejar Atenas por un año. Transcurrido este tiempo, le amnistió el Tribunal de jueces que se reunía en el templo de Apolo Delfico, y volvió á Atenas. Ya en la ciudad, su expedición contra el toro

que devastaba el territorio del Ática, le acabó de reconciliar los ánimos de los atenienses. Este furioso toro ya había sido en otra ocasión domado por Hércules; Teseo lo sorprendió en la llanura de Marathón, cogiéndolo vivo, lo paseó de los cuernos por las calles de Atenas, y lo ofreció en sacrificio al dios Apolo.

Nuevos y más gloriosos triunfos le reservaba todavía el destino. Habían llegado á la ciudad los embajadores de Creta, reclamando el tributo anual que Atenas debía pagar en expiación de la muerte de Andrógeo, asunto del que muy luego vamos á



Teseo y el toro de Marathón.

ocuparnos: siete jóvenes y siete hermosas doncellas había que dar, para que los cretenses los entregasen en su Laberinto á la voracidad del Minotauro. Teseo, conmovido por los gemidos y lágrimas de los padres de las víctimas, se ofrece á capitanear una expedición á Creta, para librar á Atenas de tan vergonzosa servidumbre. Antes de partir, procura hacerse propicios á los dioses; le inmola una cabra á Venus, y este animal se metamorfosea en macho cabrío: entonces se dirige á consultar á Apolo Delfico. El héroe y sus compañeros, entristecidos todos, se presentan en el templo con el ramo de olivo, emblema de los suplicantes; el dios promete á Teseo feliz éxito en la empresa si el amor le guía. Veremos cómo tuvo, en efecto, la suerte de encontrar á Ariadna.

La nave que había de llevar la guerra á Creta era una trireme—de tres órdenes ó filas de remos;—Ferecides ó Nausitheo, su piloto; Feax, el primer marinero. Egeo baja á la playa á despedir á su hijo, y le entrega, para la nave *Paralio*, dos velas de color diferente; si vuelve triunfante, el piloto izará, al dar vista á las costas del Ática, la vela blanca; la negra será señal de derrota, de muerte.

II

En este punto, una larga digresión se hace precisa para dar á conocer los interesantes personajes mitológicos de la isla de Creta, ahora que se nos presentan relacionados con Teseo.

En la costa meridional de la isla, y debajo de un plátano que conservó perenne verdor, se había consumado la amorosa unión del toro divino, Júpiter, con la raptada Europa. De esta unión nacieron tres hijos, Minos, Radamantho y Saperdón, los cuales crecieron y se educaron bajo la protección del rey cretense Asterión. El más ilustre de los tres fué Minos. Los más antiguos textos de la poesía griega nos lo presentan como uno de los reyes primitivos de Creta, soberano magnífico de la vasta ciudad de Cnossos, donde reinaba, según Homero, «desde la edad de nueve años, bajo la inspiración del gran Júpiter». Libró de piratas el mar Egeo, y llegó á fundar un vasto imperio marítimo, siéndole tributarios los países ribereños de ese mar. Admitido á los consejos de su padre celeste é instruído por él, era infinitamente sabio y justo. «Entre todos los reyes mortales, dice Hesíodo, él fué el rey por excelencia; reunió muchedumbre de hombres y de pueblos vecinos bajo su cetro, que era el cetro de Júpiter». Cuando bajó á los Infiernos siguió en el ejercicio de su función real, administrando justicia al pueblo de las sombras.

Minos tenía por esposa á Pasífae; hijos suyos eran Andrógeo, Glauco, Ariadna, Fedra; tuvo, además, varias amantes, entre ellas Procris, Dictyna y Scyla. Los deslices amorosos de

Minos provocaban unos celos feroces y vengativos en Pasífae, que era diestra en las artes de encantamiento, sabía de astrología y preparaba hábilmente bebedizos y mortíferos tósigos; por efecto de las artes de Pasífae, asegura Apolodoro, no podía Minos tener hijos de sus queridas: no engendraba en ellas más que víboras, escorpiones y culebras. Además, la pasión de Minos era generalmente fatal á sus amadas: Dictyna, que era una ninfa de Creta, perseguida por él, no vaciló en arrojarle al mar, pero fué á caer en la red de un pescador, y recogida, tuvo que acceder á los deseos del rey: Scyla, hija del rey de Megara, Nisos, la cual, por amor de Minos, había traicionado á su padre y entregado Megara á los ejércitos de Creta, fué atada por el amado á la proa de su navío, de donde cayó al mar: luego fué metamorfoseada en alondra, y su padre Nisos la persigue eternamente, convertido en águila; Procris, hija de Erecteo, rey de Atenas, intentó engañar á Minos, sustituyendo á su propia persona en momento propicio una cabra, mas no logró su propósito y halló la muerte entre los brazos apasionados del rey.

Pasífae era hija del Sol y de Perseis; en Talamas, después de su muerte, se le erigió un templo junto al del Sol, su padre: cerca fluía una fuente sagrada que se llamaba fuente de Diana-Selene. Y estos indicios hacen suponer á los autores que Pasífae era una diosa lunar, así como á Minos lo clasifican en la numerosa legión de los héroes solares.

Parece que Pasífae sabía consolarle de los desvíos de su esposo. Su aventura con el toro es famosa. Refiere Apolodoro que, elevado Minos al trono de Creta y deseando ofrecer un sacrificio á Neptuno, suplicó al dios del mar que le enviase un toro como víctima. El ruego fué atendido: surgió de las aguas el toro, llegó á la playa rompiendo gallardamente las olas y ofreció, manso, la cerviz al cuchillo; mas su fuerza extraordinaria, su arrogancia y belleza, impresionaron á Minos, quien, no pudiendo resolverse á inmolarlo, dióle cabida en sus establos y sacrificó otro en su lugar. Irritado Neptuno por esta informalidad, inspiró al toro un furor salvaje: el animal, rotas sus ataduras, recorría toda la isla devastando cuanto encontraba á su paso, y al mismo tiempo, el dios de las aguas infundía en la mujer de Minos una ardiente pasión contra natura: Pasífae, an-

helante, consumiéndose en devorador deseo, seguía al toro divino por campos y dehesas. El industrioso Dédalo, de quien después hemos de hablar, encontró medio de procurar satisfacción á las ansias de su reina: construyó un maniquí de madera, lo revistió con una piel de vaca, y poniéndose dentro Pasífae, el toro impetuoso fuese á ella, y la calmó, fecundándola. De esta unión nació un extraño sér que tenía cuerpo de hombre y cabeza de toro, el *Minotauro*.

Este mito que, en otra forma, presenta los rasgos esenciales de la unión de Europa con el toro celeste, lo interpretan los mitólogos modernos como un antiguo símbolo de las relaciones entre el Sol y la Luna: en esta suposición, Pasífae representa la imagen de una becerra lunar apasionada por los ardores del sol-toro. En cambio, la ironía de autores antiguos, como Heráclito, dió expresión á esta picante historieta, algo depresiva para Minos: tenía Pasífae un amante llamado Tauro, apuesto militar, y de estos amores era Dédalo mediador; cuando la reina dió á luz, la incierta paternidad de su hijo se indicó en Creta con este nombre duplicado: Mino-Tauro, hijo de Minos y de Tauro.



El Minotauro.

El hecho es que, para residencia del monstruo, Minos hizo construir á Dédalo el famoso laberinto de Creta, á imitación del de Egipto. Era una mansión subterránea, una larga serie de grutas formando lacerías y circunvoluciones; un enredijo inextricable de pasos y callejas, cuyas salidas abocaban al centro de otras angosturas semejantes, á los extremos de las cuales se repetía la misma confusión. El Minotauro era dueño y señor de este antro. De allí salía muchas veces, impulsado por su voracidad y fiereza, y nunca regresaba sin llevar numerosas víctimas. Y estas víctimas que él recogía, diezmando todo el país, le eran también á veces ofrecidas voluntariamente; detalles del mito del terrible monstruo que hacen pensar en la posible supervivencia de un antiquísimo ídolo, un Minos-toro, al cual estuvieran asociados el recuerdo de un rey primitivo de Creta y el culto egipcio del Sol. A este ídolo se le sacrificaban víctimas humanas, particularmente niños, como á Moloch en Fenicia; y este hecho, re-

lacionado con la legendaria sumisión del Ática al imperio marítimo de Creta, podría explicar el humano tributo con que debía expiar Atenas la muerte de Andrógeo.

Decíase que este hijo de Minos, habiendo ido á Atenas para asistir á las fiestas Panateneas, combatió con tanto acierto y fortuna, que ganó todos los premios. La juventud de Megara y de Atenas, despechada por sus triunfos, le quitó la vida, ó bien Egeo por sí solo, sospechándole en inteligencias con los Palántidas, le envió á luchar con el toro de Marathón, vencido luego por Teseo, y en esta empresa sucumbió el joven cretense. Para vengar la muerte de su hijo, pasó Minos á sitiar Atenas, y como se le opusiese una resistencia heroica, suplicó á Júpiter el castigo de sus enemigos: la peste y el hambre diezmaron entonces la ciudad. Los atenienses, en tan angustiosas circunstancias, consultan el oráculo, y éste les aconseja conceder á Minos la satisfacción que les pida. El rey de Creta exige que todos los años, siete mancebos y otras tantas doncellas se le envíen á Creta, para alimento del Minotauro encerrado en el Laberinto. Dos veces embarcaron los atenienses la triste remesa; el tercer año, Teseo salió al frente de la expedición liberadora, y merced al amor de Ariadna, hija de Minos, triunfó del Minotauro y libró á Atenas de seguir pagando el cruel tributo.

Hemos insinuado antes cómo Dédalo era personaje de cierta categoría en la corte de Minos y Pasífae. Hijo de Eupalamos ó Palamaón—el hombre industrial, de mano hábil—representa un tipo de artista primitivo, al que se atribuían las más raras y varias obras de arquitectura, escultura y mecánica. Se le suponía inventor de la segur, del nivel, del berbiquí. Discurrió aprovechar la fuerza del viento para la navegación, sustituyendo las velas á los remos, y escriben los autores antiguos que llegó á hacer estátuas animadas, es decir, autómatas que, según Pausanias, si bien eran chocantes por la irregularidad de sus proporciones, se movían con facilidad y tenían mucha expresión y vida.

El Areópago de Atenas desterró á Dédalo por haber cometido un homicidio, y el artista buscó refugio en Creta. Aquí empleó su talento en componer magníficas obras de verdadero arte, entre otras un hermoso bajorrelieve en honor de Ariadna que re-

presentaba un coro de ninfas bailando. Mencionados quedan también el famoso laberinto y la vaca de Pasífae. Mas, no se sabe á punto fijo por qué, bien pronto incurrió en el enojo de Minos, quien mandó llevarlo prisionero al laberinto.



Dédalo construyendo la vaca para Pasífae.

Un hombre de sus trazas no había de amilanarse por eso. Pensó en seguida en evadirse, y al efecto, construyó para sí y para su hijo, Ícaro, unas alas de cera que les permitieron elevarse en los aires y alejarse de las costas de Creta. Dédalo llegó sano y salvo á Camicos, en Sicilia, residencia del rey Cocalos; pero Ícaro, desobedeciendo las prevenciones de su padre voló á tal altura en los espacios celestes, se aproximó tanto al Sol, que sus alas de cera se fundieron al ardor de los rayos del astro, y cayó en el mar que, de su nombre, se llamó Icario. Esta fuga originó la muerte de Minos. Para aprehender al fugitivo, el rey cretense emprendió una expedición á Sicilia. Bien acogido en un principio por Cocalos, que le trataba como

amigo y le prometió entregarle á Dédalo, fué víctima bien pronto de una perfidia: las hijas de Cocalos, por orden de su padre, prepararon un baño de agua hirviendo donde pereció Minos abrasado.

III

Cuando la bella Ariadna vió salir de las aguas á Teseo con la brillante corona de Anfitrite sintió inflamado su corazón en amor por el héroe de la cabellera rizada; de este modo, cumpliéndose el oráculo, fácil fué la empresa que llevaba á los atenienses á Creta. Penetró Teseo en el laberinto, dió muerte al Minotauro, y conduciendo á los jóvenes atenienses que aun vivían, encontró la salida cobrando el hilo que Ariadna le diera y que él había ido soltando cuando entró; según otros, eran diamantes los que esparció por el suelo, y fosforeciendo á trechos en la oscuridad del laberinto, le guiaron para salir.

En este episodio los mitólogos modernos consideran á Teseo como una representación del sol, que penetra en la sombría entraña de la nube, en la obscura caverna del invierno tempestuoso, guiado por la virgen del fuego celeste, Ariadna, diosa del relámpago; y cuando el héroe sale triunfante del laberinto, sigue su camino y abandona á su amada, porque ha sido eclipsada por Eglé, la brillante aurora.

Mas prosigamos nuestro relato. Cumplida su hazaña, Teseo se embarcó para Atenas, y Ariadna con él. No llegó á poseerla: en la isla de Naxos, Diana, por complacer á Dionisio que deseaba ardientemente á la virgen de Creta, dió muerte á ésta, y Ariadna pasó á ser la esposa inmortal de un dios. La redacción de Ferécides de Scyros difiere de la anterior, que es la de Ho-



Teseo luchando con el Minotauro.

mero: «Habiendo abordado en la isla de Naxos, Teseo se adormeció en la playa; durante el sueño se le acercó Minerva y le ordenó abandonar á Ariadna y poner rumbo á Atenas en seguida. Teseo ejecutó sin tardanza la orden de la diosa. Ariadna, viéndose abandonada, prorrumpió en gritos y sollozos; mas se le apareció Venus y logró consolarla». El amor divino la compensó de su abandono. Llegó Baco á las riberas de Naxos, y al ver á la hermosa virgen tendida en la orilla del mar, suelto



El Minotauro vencido.

el cabello, y el blanco pecho suspirante, quedó inmóvil, suspenso de admiración y de placer; los Sátiros y las Bacantes que le seguían, Sileno, Pan, Venus y el Amor, parecían compartir su emoción, y mientras la nave de Teseo huía á velas desplegadas, el dios del vino tomaba á Ariadna por esposa; á la sombra de una pomposa vid se les ve en los relieves celebrando sus bodas; Baco tiene el tirso en una mano, y con la otra ofrece una copa á Ariadna; y el Amor, con la bandeleta, símbolo erótico, vuela en torno de ellos.

Ariadna, que en la Mitología helénica parece ser uno de los símbolos de la renovación natural, se ofrece, pues, con un do-

ble carácter en las leyendas que á ella se refieren. Ariadna muere á manos de Diana en la tierra y revive en el cielo; se adormece y despierta; es la amante desesperada de Teseo y la amante exaltada de Dionisio. Así, en Naxos distinguían dos Ariadnas: la muerta en la isla y la esposa de Baco. Las fiestas dedicadas á la primera eran tristes, luctuosas; las de la otra se celebraban con juegos y cantos de alegría, entre los cuales oíase resonar el coro de primavera, el jubiloso ditirambo cuya invención adjudica á la isla de Naxos el poeta Píndaro. Y estos contrastes en el mito de Ariadna, traducidos en el doble carácter de sus fiestas,



Baco y Ariadna.

hacen pensar en la profunda impresión causada á los hombres primitivos por la reiteración de los fenómenos naturales; estos contrastes responden acaso á los de la Naturaleza vegetal, que se adormece y muere durante la estación del invierno para despertar con la vuelta del sol y esponjarse en la exuberancia de una vida nueva.

Refiere la leyenda que en Atenas se esperaba con impaciencia el regreso de Teseo; gritos de entusiasmo saludaron la aparición de la nave en el horizonte; el viejo Egeo, de pie en una roca, sin tomar parte en la alegría general, avizoraba intranquilo: de pronto se precipitó en las olas. Los expedicionarios habían olvidado izar la vela blanca.

El primer cuidado de Teseo fué tributar á su padre los ho-

nores fúnebres. Luego, en acción de gracias á los dioses por el feliz éxito del viaje, instituyó diversas fiestas que debían ser costeadas por las familias de los que habían sido salvados del cautiverio en Creta. Se cuidó también de hacer cumplir un voto ofrecido á Apolo, disponiendo que todos los años se envíasen sacrificios al santuario de Delos: una comisión de patricios, llamada *Theolia* ó *Deliastes*, presidida por un *architheoro*, llevando todos coronas de olivo, conducían las víctimas en el mismo buque de Teseo, que se conservó siempre para este solemne viaje religioso; en tiempo de Tolomeo Filadelfo, unos mil años después de la muerte de Teseo, duraba todavía el buque y la costumbre de mandarlo á Delos.

Atribuían los atenienses á Teseo los orígenes de su república. El héroe, de vuelta de Creta y sin que ya nadie le disputase la posesión del trono, se dedicó á mejorar el gobierno del Ática. Reunió en una sola población á todos los habitantes de la comarca, que hasta entonces habían vivido diseminados en aldeas, y les propuso el plan de una república por el que sólo reservaba para sí la potestad ejecutiva, quedando el pueblo como verdadero soberano: la soberanía popular se manifestaba por medio de las asambleas que organizó. Esta forma de gobierno, que entonces por vez primera se introducía en Grecia, atrajo á Atenas muchos extranjeros que aumentaron considerablemente la población, y ésta, á la vez que se efectuaba el cambio político, se dividió en tres clases de ciudadanos: los Nomothetes ó Thesmothetes, encargados de estudiar y explicar las también leyes divinas y humanas; los labradores; los artistas. Agregó Teseo al Ática el territorio de Megara, dió nuevo impulso á los juegos ístmicos en honor de Neptuno, y deseando establecer vínculos que reuniesen por la religión los diferentes pueblos separados por rivalidades locales, fundó el sacrificio común, dedicado á Minerva, que dió origen á las fiestas Panateneas.

Estas fiestas se celebraban todos los años en Atenas con el nombre de pequeñas Panateneas, y en el año tercero de cada Olympiada se celebraban las grandes Panateneas, que superaban á las otras en fausto y esplendor. Consistían en juegos y carreras de todas clases: carreras de carros; juegos gimnásticos, cuyos vencedores ganaban como premio un vaso de aceite ex-



traído del olivo sagrado de la diosa; carreras de antorchas, al cerrar la noche; certámenes náuticos entre las triremes de las distintas tribus. A estas luchas de agilidad y vigor físico se agregaron más tarde concursos de rapsodas que entonaban, acompañándose con la lira, los cantos de Homero; concursos de citaristas, de bailarines, de coros, rivalizando todos por conquistar los premios que la munificencia de la ciudad ofrecía, y dando á Atenas, en cambio, el prestigio de la belleza y del arte.

El acto principal de las fiestas era, sin embargo, la procesión

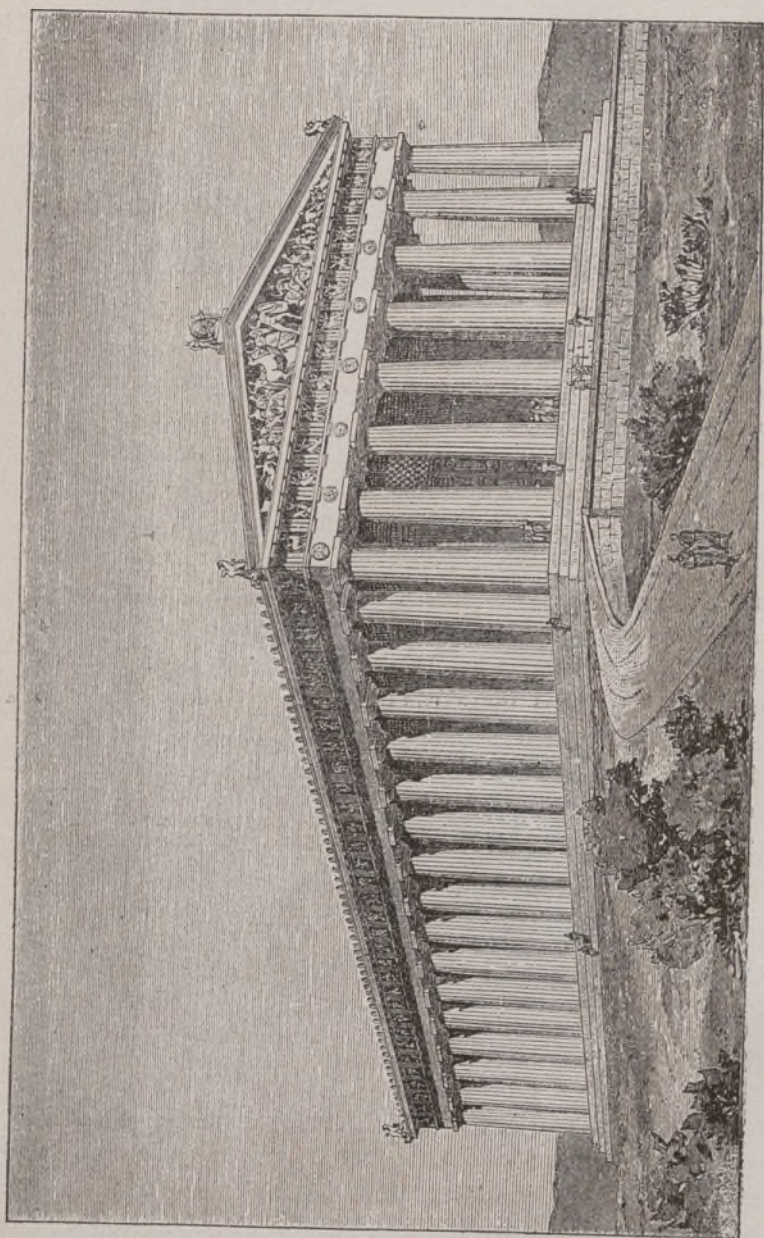


Procesión de las Panateneas.

solemne que tenía por objeto llevar con gran pompa al templo de Minerva (el Partenón) el *peplo* nuevo que anualmente se ofrecía á la diosa. El *peplo* era vastísima tela que servía de cortinaje para cubrir la estatua de Minerva, ó de tapiz para revestir las paredes del santuario; su labor, que comenzada al fin del mes Pyanepsión (Octubre), duraba nueve meses, ejecutábanla, bajo la dirección de la sacerdotisa, las doncellas y matronas más famosas por su habilidad en el arte de la tapicería: entretejían en él, principalmente, el combate de los dioses y los gigantes en que Minerva derribó á Encélado, y á este motivo culminante añadían algunas veces la representación de sucesos importantes de la

historia de Atenas y la imagen de los ciudadanos beneméritos de la patria. El día de la fiesta, el peplo se tendía desplegado como una vela en la trireme sagrada, que era emblema del poderío marítimo que debía Atenas á la diosa, y que, montada sobre ruedas ó puesta en movimiento por medio de potentes artefactos, ascendía las pendientes de la Acrópolis, escoltada por el cortejo sagrado.

La procesión, que salía del barrio del Cerámico, y atravesaba las principales calles de la ciudad, era un desfile que ofrecía á la vista de los habitantes del Ática y de los extranjeros llegados de todas partes, un espectáculo de singular magnificencia, del cual nos han legado los escultores de la escuela de Fidias un testimonio palpitante en el friso del Parthenón. Se componía el cortejo de lo más escogido en todas las edades y en todas las categorías de la ciudad. En seguimiento del sacerdote, de los servidores del culto y de los magistrados que presidían á la administración de las cosas sagradas, avanzaban grupos de esbeltas doncellas con la cabeza ligeramente inclinada, en la actitud del pudor y del recogimiento, llevando en la mano las páteras y los vasos destinados á los sacrificios; seguían las *canéforas*, que llevaban en canastillas sostenidas en la cabeza los objetos sagrados; en pos iban las hijas de los metecos, condenadas por la ley al humilde papel de sirvientes, con las manos ocupadas por jarros, silletas y sombrillas. Por el centro de la procesión eran conducidas las víctimas ofrecidas por la ciudad y por los pueblos del Ática, y las enviadas por las colonias, que de este modo tomaban parte en los sacrificios de la Metrópoli; los músicos, tañedores de flauta y de lira, acompañaban con sus acordes la inmolación de estas víctimas. Un grupo de ancianos, todos de serena belleza, los *thalóforos*, avanzaban reposadamente, llevando en la mano ramos de olivo; la ciudad no quería proporcionar á la diosa el desagradable espectáculo de las flaquezas y las fealdades de la vejez: se concedía un premio á la tribu que vencía en este concurso de la majestad y la belleza seniles. En fin, cerrando la procesión, desfilaban las compañías de hombres armados, los carros de carrera, las arrogantes cabalgatas formadas por los efebos que montaban á pelo los nerviosos corceles del Ática, en otro tiempo domados por la belicosa Minerva, la diosa Hipyra.



El Partenón de Atenas.

Volviendo ahora á Teseo, diremos que, ordenados los asuntos políticos de Atenas, sintió añoranza de sus proezas anteriores y se lanzó de nuevo á la vida de aventuras. Desde este momento se le ve ocupado en constantes y lejanas expediciones, para las cuales tiene como asociado y aliado fiel á Pirithoo, rey de los Lapithas. El origen de su reciproca amistad se refería de esta manera. Pirithoo, celoso de la gloria de Teseo, quiso un día poner á prueba la pujanza del héroe, y al efecto, se apoderó de sus bueyes, que pastaban cerca de Marathón. Teseo se lanza en persecución del raptor, y éste, en vez de huirle, se revuelve, dispuesto á combatir; mas cuando los dos adversarios se vieron frente á frente, sobrecogidos ambos de mutua admiración, no pensaron ya en acometerse: se dieron un abrazo y se juraron desde entonces una amistad inalterable. Juntos se hallaron en la conquista del Vellochino de Oro y en la caza del jabalí de Calidonia, muerto por Meleagro. Dícese también que Teseo concurrió á las dos guerras de Tebas, pero no está comprobado: al estallar la segunda, el héroe había ya fallecido, y en cuanto á la primera, su intervención se redujo á una brillante marcha contra los tebanos vencedores: habían éstos decidido dejar insepultos los cadáveres de los guerreros enemigos, y Teseo, cediendo á las súplicas de las infortunadas viudas y madres, obligó á los tebanos, después de vencerlos, á que revocasen su bárbaro decreto.

La guerra con los Centauros y la expedición contra las Amazonas merece más extensas indicaciones.

IV

La *Iliada* nos presenta á los Centauros como seres velludos, como bestias feroces que habitaban las montañas. Descendían de Ixión. Este hijo de Marte, estando para casarse con Día, hija de Deioneo, había prometido á su suegro los magníficos regalos de boda que era costumbre dar en los tiempos heroicos; llegado el día del matrimonio faltó á su palabra, é irritado por esto

Deioneo, concibió por su yerno un odio implacable. Ixión, con pretexto de reconciliarse con él, le invitó aviesamente á un banquete, y en el curso de la comida, le hizo caer en una fosa llena de fuego, de antemano preparada, donde el desgraciado pereció consumido. Este crimen provocó la indignación de los hombres y de los dioses, y éstos se negaron á purificar á Ixión de la mancha que se había atraído. Rechazado en todas partes, se dirigió finalmente á Júpiter, y el padre del Olimpo le acogió misericordioso: no se limitó á perdonarlo, sino que lo sentó á su mesa y le admitió en la sociedad de los inmortales. Llegó un momento en que la ingratitud de Ixión olvidó estos beneficios, y, osado, requirió de amores á la reina del cielo. Entonces Júpiter, para escarnecerle, forma una figura de una nube—Nefele—y la reviste de la apariencia de Juno: Ixión, engañado, se aproxima, se abraza con la nube, se une á ella, y de esta unión nació un sér salvaje y monstruoso, Centauro. Más tarde, Centauro se emparejó con las yeguas de Magnesia, al pie del Pelión en la Tesalia, y fué padre de la tropa maravillosa de los Centauros, cuyo cuerpo reproduce á la vez la naturaleza de su madre y la de su padre, pues tenían el busto de hombre y flancos, grupa, piernas y cascos, de caballo. En cuanto á Ixión, Júpiter encargó á Mercurio el suplicio que su insolencia merecía: fué atado á una rueda alada, que girando vertiginosa lo arrebató á traves de los aires.

Un autor moderno, siguiendo á un comentarista de Píndaro, consigna que Ixión pereció arrebatado por un torbellino en una tempestad, y deduce de ello que este personaje representa el huracán, ó la tromba que gira rápida en la atmósfera. El espectáculo de este formidable fenómeno—dice—había inspirado á la imaginación popular la concepción de un genio malo que habita en la tromba, genio infeliz condenado á voltear con ella, como si estuviese atado á una rueda. Así se comprende la protección concedida por Júpiter—el númen del aire—á Ixión, y que éste se una á Nefele, pues el huracán, antes de lanzarse sobre la tierra, se forma en el seno de las nubes; así se explica también la fosa de fuego en que Ixión hace caer á Deioneo, puesto que la tromba va siempre acompañada de fenómenos eléctricos.

En la cumbre del Pelión, alrededor del cual se condensan las

nubes, engendrando las tempestades que bajan á la llanura, colocaban los habitantes de la Tesalia la mansión de los Centauros. Los diferentes nombres propios con que se les distinguía expresaban los distintos elementos de su naturaleza. He aquí algunos: Agrio, Melaneo, Mermero, significaban seres salvajes de espantable aspecto; Bianor, Eurynomo, simbolizaban la fuerza violenta; Arctos, Demoleón, Lyco, eran verdaderas bestias feroces; Teleboas, Erigdupo, habitantes de las montañas, que las hacen resonar con sus temerosos baladros; Hyleo, Dryalo, Peukeide, genios de los bosques, cuyos árboles les sirven de armas en los combates; Flegreo, Pyreto, Imbreo, Kreneo, númenes del fuego celeste y de las lluvias torrenciales. Muchos de estos atributos los asimilan á los *hombres salvajes* de las tradiciones germánicas y á los *genios del bosque* de la mitología del Norte: seres velludos, de larga cabellera flotante, que frecuentemente aparecen bajo una forma animal; gigantes de naturaleza lasciva, monstruos belicosos que combaten entre sí con árboles arrancados de raíz ó ingentes peñascos desgajados de las montañas, y que revelan su presencia con los vientos impetuosos. Los Centauros, descendientes de Nefele y de Ixión, de la nube y del huracán, son, pues, los temibles demonios de la tempestad, cuyos efectos se dejan sentir más poderosamente en los montes y en las selvas, donde doblan y rompen los corpulentos árboles. La rapidez y la impetuosidad de su carrera, sus agudos gritos, hacían que se les imaginara semejantes á caballos, de acuerdo con una imagen que ha llegado hasta las leyendas de los tiempos modernos en algunos países, según la cual el espíritu de los bosques aulla como un perro, muge como una vaca, relincha como un caballo; las mismas tradiciones suponen que el poder destructor del huracán tiene su origen en los tumultuosos combates de los genios de los bosques, que, á distancias considerables, se arrojan árboles seculares y rocas de cuatro mil libras de peso. Estas alegorías populares sirven de ilustración al célebre combate de los Centauros y los Lapithas, asunto favorito de los poetas clásicos, representado también por la escultura en el friso del Teseión y en otros varios monumentos.

Los Laphitas, que obedecían como rey á Pirithoo, hijo también de Ixión, fueron en su origen seres míticos de la misma fa-

milía que los Centauros; pero más tarde los poetas los distinguieron de éstos, dándoles forma humana y presentándolos como un pueblo que había tenido existencia histórica: se les consideraba en un principio como seres destructores, de violentos arrebatos; luego perdieron su carácter bestial y resultaron sencillamente unos guerreros valerosos. Su guerra con los Centauros estalló de esta manera:

Cuando Pirithoo se casó con Hippodamia (nombre que recuerda la naturaleza hípica de los Centauros), invitó al Centauro Eurytio, su pariente, á las fiestas de la boda. Eurytio se excedió grandemente en el festín, se atiborró de manjares, se



Hippodamia y Eurytio.

llenó como una cuba: perdida la cabeza, beodo y vacilante, se lanzó sin respeto sobre la esposa del rey de los Lapithas y pretendió llevársela consigo. Los comensales de Pirothoo, indignados de esta insolencia, le cortaron á Eurytio las orejas y la nariz y lo echaron del palacio. Inmediatamente, todos sus hermanos, los Centauros, acudieron á vengarle. Iban armados de riscos enormes y de gigantescos pinos que blandían como lanzas; tumultuosamente, aullando como fieras, haciendo retemblar el suelo al sordo golpe de sus duros cascos, invadieron la sala del festín y se precipitaron á las bellas muchachas y á los donceles, con intención de raptarlos; más de un Laphita perdió la vida en la primera confusión de la acometida brutal. Pero allí estaba Teseo, convidado por su amigo Pirithoo. Los dos héroes organizan rá-

pidamente la defensa, luchan con los Centauros cuerpo á cuerpo, derriban á muchos, atraviesan con la espada á los que se resisten y persiguen á los que huyen hasta el monte Pindo. Y el símbolo de esta fiesta ruidosa, terminada trágicamente, se ha perpetuado en la imaginación de algunos pueblos de la raza aria, que conciben el huracán como la fiesta de bodas del demonio de los bosques, durante la cual baila en vertiginoso torbellino con su esposa: hoy día aún, al pie del monte Parnaso, las tempestades de nieve son, para los campesinos, efecto de furiosos combates que libran entre sí, en las alturas, los genios de la montaña. (*Decharme*).

En cambio, otras tradiciones de la Tesalia presentan á los Centauros bajo más pacífico aspecto. Los geógrafos griegos atestiguan que en las faldas del



Teseo lucha contra los Centauros.

Pelión crecían gran número de plantas de salutíferas virtudes; de aquí que á los seres fabulosos, habitantes de aquellos bosques, se les imaginara en posesión de la ciencia de las yerbas medicinales y del arte de curar. Esta atribución, común en un principio á todos los Centauros, pasó á ser, con el tiempo, privilegio de uno solo de ellos, el sabio Quirón, cuyo carácter benevolente y dulce contrasta con el violento de sus hermanos. Aseméjase á ellos por la apariencia externa, mas su genealogía es diferente: su padre era Cronos; su madre, según Apolodoro, Filyra, la ninfa del tilo, cuya flor tenía frecuente aplicación en la medicina griega primitiva. Quirón era cazador, como sus hermanos, pero antes que nada era médico: su mano hábil, de donde arranca la etimología de su nombre, sabía curar las heridas y calmar los dolores por la aplicación de suaves remedios. Todos los héroes tesalios, instruídos en las propiedades de las plantas, eran considerados como discípulos de Quirón, «el más justo de los Centauros». Cuando nació Asclepios—de quien más adelante hablaremos—Apolo, su padre, lo presentó á Quirón, y éste se encargó de educarlo y de enseñarle las artes de la caza y la medicina: á esta úl-

pio á todos los Centauros, pasó á ser, con el tiempo, privilegio de uno solo de ellos, el sabio Quirón, cuyo carácter benevolente y dulce contrasta con el violento de sus hermanos. Aseméjase á ellos por la apariencia externa, mas su genealogía es diferente: su padre era Cronos; su madre, según Apolodoro, Filyra, la ninfa del tilo, cuya flor tenía frecuente aplicación en la medicina griega primitiva. Quirón era cazador, como sus hermanos, pero antes que nada era médico: su mano hábil, de donde arranca la etimología de su nombre, sabía curar las heridas y calmar los dolores por la aplicación de suaves remedios. Todos los héroes tesalios, instruídos en las propiedades de las plantas, eran considerados como discípulos de Quirón, «el más justo de los Centauros». Cuando nació Asclepios—de quien más adelante hablaremos—Apolo, su padre, lo presentó á Quirón, y éste se encargó de educarlo y de enseñarle las artes de la caza y la medicina: á esta úl-

tima enseñanza debió Asclepios su poder de dilatar la muerte de los hombres, y hasta el de resucitarlos á veces. El humanitario Centauro fué objeto de un culto especial por parte de los Magnetas, que anualmente le ofrendaban las primicias de la primavera. Su recuerdo se ha conservado en el nombre de la planta *Quironion* ó *gran centaurea*, cuya raíz tenía el poder de ahuyen-



Amazona en combate.

tar las serpientes y el de adormecerlas y matarlas con su acre perfume.

Otra de las famosas proezas que juntos realizaron Teseo y Pirithoo fué la expedición contra las Amazonas. Eran éstas una tribu de mujeres guerreras que acampaban en las orillas del Thermodón. A las órdenes de su reina Hippólita, combatían á caballo, rigiéndolo con extremada seguridad y ligereza; creíase también que se mutilaban el seno derecho, para apoyar con ma-

por facilidad el arco. Los modernos creen, contrariamente, que debiendo darse al prefijo *a* de la palabra *Amazonas* un valor aumentativo, estas fantásticas guerreras debían de poseer tetas numerosas; suponen, además, que las Amazonas representaban una personificación de las nubes, que galopan incasables por el cielo al impulso de los vientos impetuosos, y de cuyos senos innumerables se desprenden las aguas que riegan y fertilizan la tierra. Eran, pues, las Amazonas potencias alimentadoras, fecundantes, que fomentaban la vegetación con el jugo de sus incontables mamas ubérrimas, y su carácter guerrero, su habilidad en la cabalgada y en el manejo del arco, parece deber atribuirse al hecho de que el riego celeste va casi siempre acompañado de impresionantes trastornos atmosféricos: así el escritor clásico Diodoro llama á una de ellas Aela (la tempestad), y á otra Celeno (la sombría nube). Su reina Hippólita poseía, como Afrodita, un cinturón maravilloso que fué el trofeo de la victoria ganada contra las Amazonas por Hércules: el arco iris—al parecer—que deja ver sus mágicos colores después de las borrascas.

Deseosos de luchar con estas valkyrias, Teseo y Pirithoo se dirigieron á las orillas del Thermodón. La victoria fué completa, y premio de ella para Teseo fué Antiope, á quien cogió viva en la batalla; pero decididas las Amazonas á recuperarla, dejaron su país, invadieron el Ática, y llegando á las mismas puertas de Atenas, pusieron sitio á la ciudad; una viva lucha se siguió á este acto de audacia, lucha en que, después de comprometidos lances, salió vencedor Teseo: las Amazonas fueron arrojadas del Ática y perseguidas, y muchísimas cayeron sin poder llegar á su país.

V

Antiope dió á Teseo un hijo llamado Hippólito, cuya historia es famosa por su fin desgraciado. Teseo abandonó pronto á Antiope, para casarse con Fedra, hija de Pasífae y hermana de Ariadna. La nueva esposa del héroe, habiendo hecho

con éste un viaje á Trezena, vió al joven Hippólito, que se educaba en esta ciudad, y se enamoró ciegamente de él. Temía que el esposo descubriera su pasión, pero temía mucho más el regreso á Atenas, que la privaría de la vista de su amado, y á fin de tener un constante pretexto de gozar de su presencia, mandó construir, cerca de Trezena, un templo dedicado á Venus, adonde iba á menudo para ofrecer sus votos á la diosa, cuando sabía que Hippólito estaba dedicado á sus ejercicios gimnásticos en la pradera vecina. Su fogosa pasión arrastró á Fedra á la imprudencia de declararla al joven; éste la oyó con desvío, que se fué convirtiendo en desdén y desprecio á medida que Fedra acentuaba sus amorosos arrebatos: sentada junto al mirto cerca del cual se colocó después su sepulcro, mirto que siempre conservó las hojas trepadas, se pasaba las horas devorando los desdenes recibidos y agujereando, en el desasosiego de su pasión insatisfecha, las hojas del arbusto con el largo alfiler de sus cabellos: desesperada, al fin, se ahorcó, dejando escrito un papel en el que manifestaba que, habiendo intentado Hippólito deshonrarla, no había encontrado otro medio para evitar esta desgracia que el darse la muerte. Afligido Teseo, é indignado contra el supuesto culpable, mandó que se presentara su hijo é invocó sobre él la cólera de Neptuno, como una de las tres cosas que el dios había prometido concederle: un espantable monstruo, suscitado por el numen de los mares, asalta al joven, que se había puesto en camino, y parece Hippólito, víctima del despecho de Fedra y de la obcecación de su padre; mas, según Diodoro, sorprendido Hippólito por la noticia de la calumnia, da un horroroso grito, sus corceles se espantan, vuelca su carro y él cae enredado en las riendas, y muere, arrastrado largo trecho, bajo las ruedas de su vehículo. Según Ovidio, Esculapio (Asclepio) le volvió la vida, y Diana lo envolvió en una nube para hacerle salir del Infierno. Los de Trezena le tributaron los honores divinos en un templo que le dedicó Diómedes; un sacerdote vitalicio cuidaba de su culto y se celebraba todos los años una fiesta en su honor; en ella contraían el matrimonio las doncellas y se cortaban los cabellos, para consagrarlos al templo. Los sacerdotes de Hippólito divulgaron más tarde que no había muerto arrastrado por sus caballos, sino que los dioses lo habían llevado al

cielo y puesto entre las constelaciones, formando la nombrada Bootes.

En esta bella leyenda ven también los autores modernos una poética alegoría de fenómenos naturales. Considerando que Teseo abandona á Antiope por Fedra, como antes abandonara á Ariadna por Eglé—dice el sagaz mitólogo Decharme—parece natural ver en la madre de Hippólito una diosa lunar y en Fedra (la brillante) una aurora: el joven Hippólito sería, en esta suposición, la estrella matutina que antes de despuntar el día brilla en el cielo, donde la luna, su madre, reina todavía como señora; que bien pronto excita los deseos apasionados de la Aurora, y que, lanzada del cielo por el Sol, desaparece en el horizonte entre la bruma del mar.

Se cuenta que tenía Teseo cincuenta años cuando le vino en deseo robar á la bella Helena, todavía no casada con Menelao, y que contaba á la sazón escasamente diez años. Con su inseparable Pirithoo se dirigió á Esparta, y lograron apoderarse de la hermana de los Dióscuros; pero éstos la recobraron á poco, y apoderándose á su vez de la madre de Teseo, Ethra, se la dieron por esclava á Helena. Dícese que, como los dos héroes tenían derecho igual en la conquista de la hermosa, decidieron echar á suertes su posesión; la joven Helena le correspondió á Teseo, y éste, como compensación, prometió á su amigo ayudarle á conquistar otra mujer. Aunque perdida la gentil doncellita, hubo de cumplir la promesa, y ambos amigos se encaminaron al territorio de los Molossos en Epiro, con intención de apoderarse de la hija del rey. Éste, llamado Aidoneo, viendo que no se las había con pretendientes serios, sino con raptos de malos fines, los sorprendió descuidados y mandó encarcelarlos: á Pirithoo lo entregó á la voracidad de su perro, y á Teseo lo retuvo en cadenas, hasta que el esfuerzo de Hércules le devolvió la libertad.

Este episodio es el mismo, sin duda, que otras tradiciones colocan en los Infiernos, pues la fábula da á la mujer de Aidoneo el nombre de Proserpina, y el de Cerbero al perro que despedazó á Pirithoo. Refieren, pues, las tradiciones que, para raptar á la mujer de Plutón, Teseo y Pirithoo descendieron á los Infiernos, y, fatigados del largo camino, se sentaron en una piedra, en

la cual quedaron como adheridos, sin poderse levantar; entonces intervino Hércules y consiguió de Plutón la libertad de Teseo. A esto alude Virgilio en la *Encida*, cuando figura á Teseo en el Tártaro, sentado eternamente en una piedra de la que no se puede desprender, gritando sin cesar á los habitantes de los sombríos lugares: «Aprended en mi ejemplo á no ser injustos, y á respetar á los dioses».

Vuelto, después de su desdichada expedición, á Atenas, Teseo encontró á sus súbditos en franca rebelión contra él, y al usurpador Mnesteo en posesión del trono. Desesperando de reconquistar su autoridad, decidió huir y buscó refugio en la corte de Licomedes, rey de Sciros. Licomedes, envidioso de sus glorias, ó sobornado con regalos de Mnesteo, le sacó un día al campo con pretexto de mostrarle sus extensas propiedades, y desde lo alto de una roca, en un elevado promontorio, lo empujó al abismo: Teseo cayó en las aguas que batían furiosas el promontorio, y allí expiró.

Por la muerte del héroe, el usurpador Mnesteo vió consolidarse su reinado en Atenas; los hijos de Teseo vivieron como simples particulares en la corte de Khalcodón; rey de Eubea, quien les prestó generosa hospitalidad, hasta que en la época del sitio de Troya marcharon al Asia con Elpenor, compañero de Ulises. Andando el tiempo, se produjo en Atenas una reacción favorable á Teseo y sus descendientes: éstos reconquistaron el poder real, y Teseo pasó por un dios y se creyó verle aparecer en la batalla de Marathón. Un oráculo de Apolo ordenó que se buscaran sus huesos y que se colocasen en sitio de honor. Cimón fué quien tuvo la fortuna de encontrarlos: observando que un águila se cernía sobre cierto paraje poco elevado y que luego se esforzaba por abrir el suelo con sus garras, guiado por súbita inspiración, viendo en aquello un signo de Júpiter, mandó excavar en aquel punto y halló en él un sepulcro que contenía un cuerpo de grande estatura, una pica y una espada. Se llevaron estos restos al navío de Cimón y se hizo rumbo á Atenas. Un recinto sagrado que se llamó Theseión, recibió la caja depositaria de los heróicos restos; en medio se erigió un altar, célebre por habersele asignado el derecho de asilo para los oprimidos y los esclavos. También se le dedicó á Teseo

un templo cerca del Gimnasio; en los muros de este edificio estaban las pinturas y bajorrelieves relativos á sus aventuras y proezas. El día ocho de cada mes se le ofrendaban sacrificios al héroe, y la fiesta solemne en su honor se celebraba el ocho del mes Poseidón, consagrado á Neptuno: en este día se celebraban también las Posidonias ó fiestas del dios de los mares, de cuyo programa no se guarda noticia detallada, pero se sabe que comprendían, como números principales, carreras de cuádrigas, regatas de triremes y un concurso dramático.

El hecho de haberse ausentado Teseo de Atenas después de sofocar la conspiración de los Palántidas, dió motivo á que se le creyese el inventor y la primera víctima del *ostracismo*, pena que consistía entre los atenienses en el destierro por diez años, llamada así porque, votándose por sufragio de todos los ciudadanos, se inscribía en una concha—de la voz griega *ostrakon*—el nombre de la persona que se quería desterrar.

VI

Abundan los monumentos conmemorativos de la historia de Teseo. Los artistas le han figurado siempre en la flor de la belleza y de la juventud, uniendo á la esbeltez y gracia corporal la expresión de la fuerza y la energía. El tema predominante en las numerosas piedras grabadas que se refieren al héroe es el momento en que Teseo levanta la peña que oculta los signos de su nacimiento: las más curiosas de ellas son las que se conservan en el Museo Farnesio y en el gabinete de Orleans; el mismo episodio está representado en un bajorrelieve de la villa Albani: Egeo habla con Ethra y la decide á esconder las prendas que servirán para el reconocimiento de Teseo, y en otra parte del mármol, Teseo, rodeado de maravilladas mujeres, levanta la piedra y halla la espada y el calzado que estaba debajo. El mismo asunto se figura en una medalla de Atenas. Una cornalina de Greville representa á Teseo llevando al hombro la maza que ha quitado á Perifete en Epidauro;

otra, de exquisita labor, citada por Winckelmann, figura al héroe que, arrojada la clava, tiene en sus brazos á una mujer, acaso una amazona, á la que ha dado muerte. Un hermoso vaso del Vaticano, publicado por el mismo Winckelmann, representa el suplicio de Sinis Pithyocampto ó encorvador de pinos: Teseo ciñe corona de olivo; su sombrero de viaje está caído detrás de su cabeza, como frecuentemente aparecen caracterizados en los vasos griegos los príncipes extranjeros y los viajeros, y junto á él está su amigo Perithoo, cubierta la cabeza con su sombrero de caminante.

En cuanto á monumentos literarios, Eurípides escribió la tragedia *Teseo*, y Fylostrato ó Nicostrato las *Teseidas*, poemas sobre la historia del héroe: estas obras se han perdido, y no nos quedan, como fuentes clásicas sobre Teseo, más que las referencias de Plutarco y algunos pasajes de Apolodoro, aparte las amplificaciones y alegorías de los poetas. La *Fedra*, tragedia de Eurípides y la de Sófocles, se han perdido también; se conservan el *Hippólito*, de Eurípides, y el de Séneca.

Del Minotauro han llegado igualmente á nosotros varios monumentos. Winckelmann ha publicado dos bajorrelieves: el del palacio Spada muestra á Dédalo examinando á Pasífae para tomar el modelo de la becerra que ha de fabricar ó llamando su atención hacia el toro que se aproxima; el segundo, de la villa Borghese, presenta la becerra terminada, puesta sobre dos ruedas. Una medalla de Metaponto representa de un lado á Teseo armado de su clava, y en el reverso el Minotauro; en otra medalla de Nicea de Bitinia se ve igualmente á Teseo armado de su clava, á la manera de Hércules. En un hermoso entallado del gabinete de Viena, obra de Filemón, se ve á Teseo victorioso y satisfecho, contemplando á su enemigo vencido y derribado en tierra: acaba de fenecer junto á la puerta del laberinto; se ve su cuerpo rígido y su cabeza colgando. Una medalla de Atenas, en bronce, representa por un lado el laberinto, y por otra el Minotauro con cuerpo humano y cabeza bovina; otra medalla de la misma ciudad nos presenta á Teseo arrastrando por tierra al monstruo.

En un bello mosaico de Aix, descrito por Saint Vincens, aparece Teseo golpeando al Minotauro con la clava. Un vaso

griego, publicado por Winckelmann, representa el mismo combate, pero aquí Teseo mata al Minotauro con la espada, y no con la clava; Ariadna está junto á él y parece guiarle ella misma en la expedición. Un mosaico, descrito por Allegranza, ofrece



Combate de Griegos y Amazonas.

dos cabezas agrupadas, la una de un joven, la otra tauriforme; cerca dos jóvenes miran con regocijo los huesos del monstruo esparcidos por el suelo. En fin, en una hermosa pintura de Herculano, Teseo resplandece de juventud y belleza, teniendo su pesada clava, y junto á él aparece el Minotauro tendido: los jóvenes de ambos sexos que el héroe ha liberado le besan las manos en señal de gratitud.

Terminaremos este largo capítulo con ligeras referencias de la representación plástica de los Centauros; mas antes diremos que en la antigüedad se creía en la existencia histórica de estos seres fabulosos: Plutarco escribe que Periandro, tirano de Corinto, vió un Centauro, y Plinio asegura haber visto otro, em balsamado en mie

y conducido de Egipto á Roma bajo el imperio de Claudio.

Se representaba á los Centauros, como se ha dicho, con figura de hombre en el torso y manos, y de caballo en lo restante del cuerpo y en los pies: así se les ve en los monumentos. No se les daban apariencias horribles, al contrario: Ovidio elogia la

hermosura de muchos de ellos, principalmente la de Cylaro y su mujer Hylonoma. Como la fantasía de los artistas clásicos se complacía en tratar asuntos de seres imaginarios, compuestos de dos naturalezas, como Centauros, Tritones, Esfinges, etc., el tema de los hijos de Ixión se ve reproducido con mucha variedad en innumerables monumentos. En las pinturas de Herculano se ven muchos y muy hermosos Centauros de ambos sexos. El carro de Baco es á veces tirado por un Centauro armado de una clava ó lanza y por una Centaura que lleva una lira ú otro instrumento de música; asimismo es frecuente verlos uncidos al carro de otras divinidades, especialmente en las medallas.

Zeuxis fué el primero que se atrevió á pintar una Centaura, y Luciano, que trae la descripción del cuadro, lo considera como uno de los más bellos y artísticos de este pintor. En Atenas hubo en algún tiempo una copia admirable de la obra; el original lo envió Sila á Italia, pero la nave que lo conducía naufragó con otras muchas riquezas de que iba cargada. En la pintura de Zeuxis, la parte inferior de la Centaura era de yegua; estaba echada de lado; su parte superior era la de una hermosa mujer apoyada sobre el codo: tenía en sus brazos uno de sus dos hijuelos y le presentaba el pecho. En la parte superior del cuadro se figuraba al esposo, á quien sólo se le veía la mitad del cuerpo: inclinado hacia sus hijos, parecía sonreirse; con la mano derecha tenía un leoncillo que levantaba por encima de su cabeza, como si se entretuviera en causar miedo á los pequeños.

Luciano admira en este cuadro el talento que Zeuxis desplegó concentrando en el desarrollo del asunto los fecundos recursos de su expresivo arte. El Centauro tenía un aire salvaje y terrible, una cabellera hirsuta, un cuerpo velludo que parecía pertenecer á la vez á la naturaleza humana y á la equina. «La Centaura—dice Luciano—se asemeja mucho á las magníficas yeguas de Tesalia, que no han sido todavía domadas ni se han doblegado jamás al escudero; su mitad superior es la de la mujer más hermosa, si se exceptúan las orejas, que terminan en punta, como la de los Sátiros; por lo demás, las dos naturalezas están confundidas con tal arte, y los rasgos que forman la reunión de la mujer y la yegua están trazados con tanta delicadeza y maestría, que se pasa de la una á la otra sin advertirlo; mas

lo que parece verdaderamente admirable es el aire feroz que el pintor supo infundir en los rasgos delicados de los pequeños Centauros, que sin dejar el pecho de su madre miran al leoncillo con la curiosidad natural en los niños».

Filostrato hace la descripción de una pintura semejante que representaba también una familia de Centauros. Nonno habla de Centauros cornudos como los Sátiros.

Finalmente, se consideraba como Centauros á otros seres de doble naturaleza, compuestos de hombre y animal, como los *Bucentauros* (buey y hombre), *Onocentauros* (asno y hombre), *Taurocentauros* (hombre y toro).

HEROES DIVINIZADOS Y OTROS PERSONAJES MITOLOGICOS

Para dar una idea lo más completa posible de la Mitología clásica, hemos de hablar ahora de los héroes divinizados. Antes explicaremos esta frase.

La concepción de los héroes se resiente de cierta vaguedad.

Héroes ó semidioses son los seres superiores que participan á la vez de la naturaleza humana y de la divina, por haber nacido, ya de los amores de un dios con una mujer mortal, ya de la unión de un hombre con una diosa. Mas no debe olvidarse que si, como se ha dicho, los dioses, en fin de cuentas, han nacido de la cabeza de los hombres, junto á esos semidioses de estirpe divina generalmente reconocida, hubo de crecer poco á poco toda una floración de héroes humanos, á los cuales el esplendor de sus proezas y la admiración de la posteridad aseguraron los honores divinos. A éstos llamamos héroes divinizados.

Sin embargo, no tratamos de marcar una perfecta distinción entre los semidioses y los héroes humanos, como no es posible establecer una diferencia esencial entre los semidioses y los dioses: todos los héroes, cualquiera que sea su rango, han sido tal vez en su origen verdaderas divinidades, luego caídas de su primitiva dignidad por olvidos ó veleidades de sus adoradores, por falta de fuerza expansiva en el mito respectivo acaso. Sólo queremos, con esta nueva clasificación, dar el debido lugar en la obra á aquellos héroes, excelsos y gloriosos representantes de

la Humanidad, que merecieron la adoración y los sacrificios de los hombres, y casi siempre también la atribución de una directa genealogía divina, á causa del valor sobrehumano de sus empresas, destructoras ó creadoras.

No pretendemos insinuar que estos héroes tengan en su historia un fondo enteramente real, ni que estén fuera de la Mitología; deben también su existencia á la creadora fuerza poética del mito, pero su mito, por haberse formado en tiempos posteriores, ó á veces por obedecer á circunstancias de aislamiento local, no tuvo la preeminencia y el brillo de los grandes mitos ya tratados, ni pudo sustituirlos. Amigablemente convivieron todos los héroes en la admiración de los griegos, á pesar de todo, y la historia de éstos que llamamos divinizados es indispensable conocerla, porque igualmente encierra tesoros de poesía y de inventiva, y porque sin ella es imposible interpretar el sentido de los monumentos clásicos y comprender el carácter de la civilización helénica.

Estos héroes eran, con excepciones raras, mortales. Bajo la tierra seguían, no obstante, viviendo, después de la muerte, una vida inmóvil y profunda. Su culto se asemejaba al de los manes. Se les dedicaban los sacrificios, no al despuntar la Aurora como á los Olímpicos, sino á la caída de la tarde, á la hora en que el Sol desciende á las mansiones sombrías: la víctima que se les ofrecía se colocaba con la cabeza hacia Occidente. Su altar era un ara baja, que apenas resaltaba del suelo, y cerca había una fosa donde se arrojaba la cabeza sangrienta del animal inmolado. Cuando el sacrificio se celebraba sobre la misma tumba del héroe, la sangre de la víctima penetraba por una abertura, á través de la tierra, hasta el lugar donde permanecía el sér poderoso é indestructible, cuya protección se quería ganar.

Consideraban, pues, los griegos á los héroes como los muertos más ilustres de las antiguas edades, y el culto que les rendían era, aunque con más esplendidez, análogo al que cada familia dedicaba á sus difuntos. De igual modo que los griegos perpetuaban la comunidad de vida con los antepasados, invocando la protección de la viviente sombra de los muertos, vertiendo sobre su sepultura las libaciones que penetraban hasta el cuerpo dormido, y ofreciendo á los manes las viandas fúnebres, des-

tinadas á sostener la tenue vida que les quedaba aún, así también procuraban entrar en comunicación con los héroes muertos, cuya vida maravillosa había dejado recuerdos indelebles en la memoria humana, y que, sepultos en la tierra, conservaban debajo de ella todavía, con su estatura gigantesca, el potente espíritu que les animara en la vida de la luz.

Mas la existencia de los héroes en la tumba no era la existencia pálida de las sombras: era una vida plena y brillante. Conservaban su poder, y cuando salían de su mansión subterránea, su aparición deslumbraba á los hombres. Dícese que los nautas que surcaban el Ponto Euxino, al llegar cerca de las bocas del Ister, vieron más de una vez á Aquiles bajo la forma de un joven de celeste belleza, de cabellera rubia, revestido de una armadura de oro y bailando mientras blandía sus armas; otros le oyeron cantar himnos de victoria. Los habitantes de la Tróade contaban que Héctor frecuentaba aún su país, y que se le veía, entrada ya la tarde, corriendo por el antiguo campo de sus hazañas y despidiendo relámpagos que iluminaban la llanura.

Andando los tiempos, y por la influencia del oráculo de Apolo, fuéronse elevando á la categoría de héroes algunos personajes reales, en cuya muerte habían concurrido circunstancias extraordinarias. Poco antes de estallar la primera guerra médica, los habitantes de Amathonte, en la isla de Chipre, cometieron una odiosa crueldad: sitiados por Onesilos, que pretendía apartarlos de la alianza persa, lograron en una salida apoderarse de su enemigo, le cortaron la cabeza y la suspendieron, como trofeo, sobre la puerta de la ciudad. Y cuando la acción atmosférica hubo consumido la carne del fúnebre despojo, un enjambre de abejas fué á establecerse en el cráneo, y allí elaboró sus panales. El hecho, que pareció prodigio, inquietó de tal modo á las gentes de Amathonte, que sin tardar enviaron una diputación á Delfos: la Pythia les ordenó que diesen sepultura á la cabeza del general y les condenó á instituir sacrificios anuales en honor del héroe Onesilos.

Esta dignidad de héroes históricos llegaron poco á poco á alcanzarla cuantos habían prestado á su patria brillantes y vitales servicios. Terminadas las guerras médicas, los habitantes de

Marathón ofrecieron sacrificios heroicos á los guerreros que habían caído en su país durante aquella lucha memorable, y Leónidas, Pausanias y Lisandro tuvieron altares en Esparta.

Héroe fué también de peculiar carácter Filippo de Crotona, atleta muchas veces vencedor en los juegos de Olympia, quien, por ser admirado como el más hermoso de los griegos de su tiempo, recibió después de su muerte los honores divinos.

No nos saldremos del ciclo mitológico. Y repetimos que la línea divisoria entre esta parte y la anterior, no puede trazarse con precisión absoluta. Los detalles de algunas genealogías, casi siempre discutidas é inciertas, podrían justificar á menudo la transferencia de personajes de una á otra sección; mas no debe exigirse un orden riguroso en materias que señorea el libre vuelo de la imaginación creadora.

Acis.-Galatea

Los amores del pastor y la ninfa.—Venganza de Polifemo.—Un ardid de Ulises.—La cólera del Cíclope.

Acis, bello pastor, hijo de Fauno y de la ninfa Symethis, apenas tiene historia; pero fué muy amado. El amor de Galatea ocupó dulcemente su vida y le llevó á temprana y trágica muerte.

Galatea era una de las Nereidas, hija de Doris, famosa por la blancura de su tez, semejante á la de la leche—*galax* en griego—á la que debe su nombre. Poseída por el cíclope Polifemo, de quien se dice tuvo un hijo llamado Galato, sus preferencias eran para Acis. Dichosos gozaban de su pasión estos amantes, cuando un día Polifemo los vió con su único ojo inyectado, llameante de ira, y asiendo un peñasco enorme, lo arrojó contra el joven pastor, que pereció aplastado. Neptuno, á ruegos de Galatea, transformó el cuerpo de Acis en un río que tomó el mismo nombre; si bien asegura Herodoto que la rápida corriente de este río hizo que se le diese el nombre de *acis*—punta—porque su curso tenía la velocidad de la flecha.

Galatea se arrojó luego al mar y volvió á vivir con las Nereidas, sus hermanas. Un cuadro de Maratte, que tiene la ligereza de la escuela francesa, la representa en una concha tirada por dos peces; Galatea los guía con riendas de seda; un tritón,

sonando su cuerno, va delante; dos Nereidas tienden sobre ella un ropaje cuyos pliegues le forman un pabellón; un amorcillo cabalga en un pez que guía con un cordón de seda azul, y mientras avanza alada la risueña comitiva, levantando espumas, en una roca el disforme Polifemo se apoya sobre su siringa de cañutos desiguales.



Galatea.

Este Polifemo, hijo de Neptuno, era el más famoso y terrible de los cíclopes, monstruos que tenían un solo ojo, colocado en la frente. Era de grandor extraordinario, de fuerzas colosales, y sólo se alimentaba de carne humana. Mas su brutalidad y su fiereza quedaron vencidas por la astucia de Ulises.

Arrojado el héroe de la *Odisea* por una tempestad á las costas donde los cíclopes vivían, Polifemo le encerró en su cueva, con todos los compañeros y rebaños que llevaban, para irlos devorando. Ulises, sin perder su acostumbrada serenidad, entretuvo al monstruo contándole episodios de la guerra de Troya, y al par se dió maña y consiguió embriagarlo; borracho ya y caído por el suelo, el héroe, que habíale dicho llamarse *Nadie*, le pasó el ojo con una aguda estaca. Al sentirse herido, Polifemo prorrumpió en tan espantosos bramidos que los montes temblaban, y sus hermanos acudieron á socorrerlo; preguntáronle quién había sido su agresor y Polifemo aulló: ¡nadie! Los gigantescos y sencillos cíclopes le creyeron loco y salieron de la cueva en silencio.

Algo faltaba todavía para el éxito de la treta de Ulises: ordenó á sus compañeros que se agazapasen debajo de los carneros y saliesen con ellos, sin pronunciar palabra. Entre tanto, el cíclope, quitada la piedra que cerraba la entrada de su caverna, y que pesaba tanto que cien hombres no la podrían mover, vigilaba fuera, de modo que los carneros no pudieran pasar sino



Cíclope.

de uno en uno, y por entre sus piernas. Según iban pasando, los tentaba por el lomo; al fin, cuando se enteró de que había sido burlado, bajó en dos trancos á la playa, y desgajando al paso un trozo de monte, lo arrojó con todas sus fuerzas hacia donde sonaba el golpe de los remos en el agua al alejarse la nave de Ulises: el peñasco llegó cerca, y tal bandazo le hizo dar al navío, que en un tris estuvo de zozobrar.

Este era el amante á quien engañó la blanca y grácil Galatea.

Acteón

Genealogía del héroe.—Castigo de una indiscreción.—Causa de la cólera de Diana, según los autores.—El espectro y la imagen de Acteón.—Interpretación del mito.—Representación artística.

Hijo de Aristeo y de Autonoé, hija de Cadmo, era cazador, discípulo del Centauro Quirón, y pasaba su vida, independiente y salvaje, persiguiendo las alimañas por los bosques con su jauría de cincuenta perros. Un día el azar de sus expediciones le encaminó al umbrío valle de Gargáfia, y fué á repósar junto á la fuente Parthenios, en donde en aquella ocasión la casta Diana se bañaba, recatando su divina desnudez entre las frondas. La diosa, irritada por haber sido sorprendida, le arrojó agua al rostro y lo transformó en ciervo: la jauría entonces desconoció á su amo, y persiguiéndolo furiosa, murió Acteón despedazado.

Esa era la leyenda popular. Según Apolodoro, el héroe se atrajo la cólera de Diana porque, lleno de juvenil confianza petulante, le ofreció un día las primicias de la caza y le pidió á la diosa su amor; según Eurípides, por alabarse de saber cazar mejor que ella. Otros relatos atribuyen la muerte de Acteón á la venganza de Júpiter, indignado al saber que Semele, á quien amaba, era insistentemente requerida por el gentil cazador; pero esta variante no tiene más fundamento que el cambio del nombre de Selene, la Luna ó Diana, en el de Semele, madre de Baco.

Añade la leyenda que los perros de Acteón erraron mucho tiempo buscando intranquilos á su amo, hasta que Quirón pudo calmarlos presentándoles una imagen que tenía toda la semejanza del hijo de Aristeo. A esta parte del mito corresponde la tradición recogida por Pausanias en Orcomene de Arcadia: contaban los habitantes que un espectro, aparecido en el monte, había aterrorizado á la comarca, y que el oráculo mandó buscar los restos de Acteón, darles sepultura y hacer una figura de bronce con toda la apariencia del espectro, figura que había de sujetarse á una roca del monte. Pausanias vió, en efecto, la es-



Acteón sorprende á Diana en el baño.

tatua, y asegura que los orcomenios ofrecían todos los años sacrificios fúnebres al héroe.

Acteón, cazador como Orión, parece ser también un héroe sideral; su horrible muerte le asemeja á Sirio: el cazador devorado por su jauría es la misma constelación del Perro, que parece consumida por su propio ardor, que desaparece en el horizonte á la presencia de la Luna, á la cual se ha aproximado y cuyo brillo ha intentado eclipsar. En este supuesto, los cincuenta perros de Acteón indican los cincuenta días de la canícula, y así se explicaría igualmente la presencia de la perra *Maira*, la canícula, en la pintura que, sobre la muerte del héroe, hizo Polygnoto para el templo de Delfos.

Las pinturas de los vasos griegos reproducen frecuentemen-

te, con gran variedad, el mito de Acteón: Diana, ya vestida y armada de su arco, preside casi siempre el cruel suplicio del héroe, y á veces excita, vengativa, á los perros, ya sola, ya teniendo cerca al dios Pan, á Venus y al Amor. En un sarcófago del Museo del Louvre, llamado sarcófago de Acteón, se ve á Diana sorprendida en el baño y á Autonoe llorando sobre el



Acteón y sus perros.

cuerpo despedazado de su hijo; el mismo doble asunto aparece representado en algunas pinturas de Pompeya.

Hay que observar que la metamorfosis de Acteón no se representa jamás como ya realizada en las obras de arte antiguas; no está más que indicada por medio de las astas de ciervo puestas en la frente del cazador: alguna vez, éste aparece con cabeza completa de ciervo, pero el resto de la forma humana conserva toda su pureza.

III

Alfeo y Aretusa.-Hylas

Metamorfosis de la ninfa de Diana.—La pasión inextinguible de Alfeo—Las Náyades: sus grutas; su poder y facultades; su fatal encanto.—I.a leyenda de Hylas,

Alfeo era hijo de Océano y Thetis, ó según otros, de Océano y la Tierra ó de Thermodón y Amimona, ó de Parthenia. Había un río del mismo nombre en el Peloponeso y se creía en la antigüedad que los objetos arrojados al álveo de este río reaparecían en la fuente Aretusa de la isla de Ortigia, junto á Siracusa. De aquí la leyenda: Alfeo era famoso cazador en la Éli-da; un día sorprendió á Aretusa que se bañaba en un arroyo y la persiguió vivamente; la ninfa de Diana imploró el auxilio de la diosa, y ésta la transformó en la fuente de su nombre. No obstante, la pasión de Alfeo fué á inquietarla en su gruta de Ortigia: cambiado en río, sus aguas dulces atravesaban lo profundo del mar sin confundirse con éste, é iban á mezclarse con las de su amada.

Aretusa fué en lo sucesivo una náyade, numen sagrado de la fuente de su nombre. A su retiro de Ortigia se puede aplicar la bella descripción de Homero: «Hay allí una gruta deliciosa, mansión umbría de las Ninfas que se llaman Náyades; en este asilo se encierran cráteras y ánforas de piedra, las abejas depositan su miel, y en telares de viva roca las Ninfas tejen velos de púrpura, maravillosos á la vista».

En todos los parajes de Grecia, las cavernas de cuya húmeda bóveda se destila gota á gota el agua, las grutas y las anfractuosidades de los riscos, de donde brotan los manantiales, eran el natural habitáculo de las Náyades, las vírgenes de las aguas corrientes. La miel de las abejas, de que habla Homero, era una imagen con que los griegos expresaban la cualidad de los manantiales mejores, aquéllos cuya linfa era más dulce al paladar, y las telas purpurinas que tegían las Náyades no eran sin duda sino una traducción poética de los brillantes juegos de luz que colorean el cristal de los arroyos al deslizarse y saltar en su lecho de roca. Todas las alegres impresiones que despertaba en el espíritu de los griegos la vista de un limpio manantial, de un agua viva que corre murmurando por el fondo de un valle, ó la música de un torrente que desciende saltando de la montaña, se traducían en la leyenda de las Náyades: eran vírgenes delicadas con cimbreante cuerpo de una blancura de nacar, y la cabeza coronada de flores primaverales; vírgenes rientes y saltarinas, amigas de los juegos y de la danza; vírgenes musicales que despertan con sus alegres cantos el eco de las arboledas.

Se les reconocía un poder fecundante. Eran las protectoras de la lozana juventud y, sobre todo, de las doncellas y de las prometidas que iban á contraer matrimonio, las cuales, antes de la ceremonia del himeneo, se bañaban en el agua de las fuentes sagradas, y esta agua daba á las mujeres la fecundidad y una larga juventud.

Se atribuía también á las Náyades, como divinidades purificadoras, protectoras de la salud, la facultad de adivinar y revelar á los hombres el resultado de las enfermedades; había cerca de Patrás una fuente, adonde se acudía en consulta: sobre el manantial se suspendía un espejo cuyo borde quedaba rozando el haz del agua; se tiraba de él en seguida, y en la luna empañada veíase dibujarse borrosa la imagen del enfermo, muerto unas veces, otras vivo.

Dotadas de un irresistible poder de seducción, las Náyades atraían á sí á cuantos se acercaban demasiado á su húmeda mansión umbría. El encanto de las aguas profundas, la atracción vertiginosa que ejercen sobre quien contempla mucho tiempo su verde misterio, el deseo inconsciente que inspiran de entrar

en su seno y abismarse en su quietud, su fascinación irresistible, sus voluptuosidades mortales, se simbolizaban en Grecia por la leyenda de Hylas.

Cuando los Argonáutas abordaron en la costa de Bitinia, en la Propóntide, el joven Hylas, favorito y compañero de Hércules, fué enviado en descubierta á buscar una fuente de donde sacar el agua necesaria para los festines de los héroes. En un bosquecillo de claro verdor, entre gayas flores que esmaltaban el suelo, descubre una fuente cuya frescura y limpidez le atraen; se aproxima, se inclina sobre la superficie de las aguas é inmerge en ellas su ánfora. Las divinas habitantes del manantial ven pintarse en el haz de su líquido retiro la imagen del bello adolescente; salen de entre las anchas hojas acuáticas que les daban misterioso refugio, hienden las ondas, llevan á Hylas de la mano hasta el fondo de su mansión esmeraldina, y allí con largas caricias suaves procuran calmar el pasmo del joven. Mientras, Hércules, intranquilo, corría el bosque buscando á su compañero: tres veces lo llama con poderosa voz; más el aliento del joven, que quiere responderle, antes de llegar á las regiones del aire, se desvanece en el misterio de las aguas.

La leyenda añadía que Hércules amenazó con desolar toda la comarca si no se encontraba á Hylas, vivo ó muerto; desde entonces, las gentes del país buscaban sin cesar al adolescente héroe, y todos los años, en el día que se le había consagrado, se repartían por los montes, y á grandes voces, reiteradamente, pronunciaban el nombre de Hylas.

IV

Anfiarao

Dón de adivinación del héroe.—El collar de Harmonía.—Vanidad de Erifile.—Hazañas de Anfiarao en Tebas.—La ferocidad de Tydeo.—Desaparición sorprendente del héroe.—Alcmeón mata á su madre.—Templos y oráculos de Anfiarao.

Anfiarao era un rey de Argos, sabio y prudente, experto en las artes adivinatorias, y especialmente en la interpretación de los sueños.

Siendo joven tomó parte en la montería del jabalí de Calidonia y en la expedición de los Argonáutas. Luego se casó con Erifile, hermana de Adras. Estallaron á poco disensiones entre Polinice y Eteocles, hijos de Edipo, por disputarse ambos la posesión del trono de Tebas, lo cual dió lugar á la guerra de que más adelante habremos de ocuparnos: el prudente Anfiarao, que por su ciencia del porvenir preveía el fin desastroso de esta guerra, procuró ocultarse para sustraerse á la precisión en que de marchar sobre Tebas le ponía la alianza con Adrasto; más Erifile, que sabía el retiro de su esposo, lo reveló, seducida por el regalo que le hizo Polinice del famoso collar de oro, fabricado por Vulcano para las bodas de Harmonía con Cadmo. Por cierto que la sucesiva historia de este collar es interesante: después de pasar por diferentes manos, la alhaja, fatal á cuan-

tos la poseían, le fué consagrada á Minerva en su templo de Del-fos; más tarde, el tirano Faylo la robó del santuario para regalársela á su querida, que lució el collar algún tiempo; y un día, el hijo menor del tirano pierde súbitamente la razón, prende fuego al palacio, y en este incendio se consume el maravilloso collar entre infinidad de tesoros.

Anfiarao, pues, obligado á marchar por la vanidad y la per-fidia de su esposa, montó en el carro que iba á conducirlo á la muerte, y abrazando por última vez á su hijo Alcmeón, le or-denó que le vengara. En el cerco de Tebas, Anfiarao dió mues-tras de extraordinario valor, y él fué quien, según Esquilo, co-menzó el asalto de la ciudad por el lado de las puertas Homo-loides. Otra de sus proezas fué dar muerte al tebano Melanippo, que había herido á Tydeo, hijo de Ceneo; mas cuando Minerva, protectora de la familia de Tydeo, quiso salvar á éste, descen-diendo al campo de batalla con un mágico remedio para curar-lo y darle la vida inmortal, Anfiarao, que detestaba á Tydeo por ser el promovedor de la funesta empresa, cortó la cabeza de Melanippo y se la presentó; Tydeo, lleno de furia, abrió la ca-beza de su enemigo y se sorbió los sesos. Entonces Minerva, sobrecogida de horror por la ferocidad que acababa de ver, se volvió al cielo, y el herido expiró en el campo.

En el fragor de la misma batalla, que fué la última librada delante de Tebas, el guerrero Periclímenes acometió á Anfiarao, asiéndolo fuertemente: el adivino, incapaz de resistir al poderoso antagonista, en cuanto se pudo desasir, huyó á lo largo del Is-meno, y Júpiter, para protegerlo, entreabrió de pronto la tierra: el carro, los caballos, el auriga, llamado Batón, y el rey se sumer-gen en el sombrío abismo, que se vuelve á cerrar de repente. Alcmeón, tan luego tuvo conocimiento de la muerte de su pa-dre, inmoló á Erifile, su madre.

El lúgubre lugar por donde Anfiarao descendió á los Infer-nos se llamó desde entonces *Harma*, esto es, *carro*, y se rodeó de columnas: dice Pausanias que las aves no se posaban en di-cho sitio, ni la yerba crecía en sus cercanías, ni animal alguno, salvaje ó doméstico, pasaba por allí.

Oropo fué la primera ciudad que tributó los honores divinos á Anfiarao, erigiéndole á doce estadios de la población, en el

citado paraje Harma, un templo de mármol blanco, en el cual había una estatua del héroe y un oráculo. Para consultar este oráculo era preciso ayunar todo un día y abstenerse durante tres del uso del vino; luego inmolaban los consultantes un carnero, extendían la piel en tierra y se acostaban sobre ella, esperando que el dios les inspirase en sueños lo que deseaban saber.

Otros pueblos de Grecia, entre ellos Argos, levantaron también templos á Anfiarao. Se había extendido la creencia de que el héroe había vuelto de los Infiernos, y aun se señalaba el lugar de su resurrección: en el Ática, y junto á uno de los templos de Anfiarao, había una fuente que se consideraba sagrada, porque por ella había salido el héroe de las mansiones sombrías á la luz. El agua de esta fuente no podía utilizarse para las lustraciones, los sacrificios, ni para lavarse las manos; sólo se podía bañar en sus aguas los enfermos y los que querían consultar con el dios, para purificarse antes: después de tomar el baño, debían echar en la fuente una moneda de oro ó plata.

Plutarco refiere que Mardonio, el jefe del ejército de los persas en Grecia, hizo consultar este oráculo á uno de sus esclavos, quien, habiéndose quedado dormido, vió en sueños á un sacerdote del templo que lo rechazaba y le arrojaba piedras á la cabeza, y añade que el presagio se cumplió, pues Mardonio murió de una pedrada en el cráneo.

Anfiarao tuvo de su esposa Erifile dos hijos varones, Alcmeón, ya citado, y Anfilocó, y tres hijas, Euridice, Demonasa y Alcmena. Plinio añade un tercer hijo, á quien llama Tiburto, fundador de Tibur.

V

Esculapio

(ASCLEPIOS)

Cómo nació.—Su maestro.—Su prodigiosa ciencia.—Qué cosas comportaba su método curativo.—La constelación *Serpentaria*.—Animales consagrados á Esculapio.—Atributos de este héroe-dios.—Sus hijos.—Higeia.—Telesforo.—Representación artística de Esculapio.—Los *Asclepieia*: santuarios-sanatorios; prácticas á que en ellos se sometían los enfermos; la *incubación*.—Lo que pudieron aprender los sabios en estos santuarios.

Este personaje mitológico, de quien Hesíodo no da cuenta, y que tiene en los poemas de Homero la categoría de un héroe, fué poco á poco elevándose al rango de una divinidad, de un dios protector de la salud é inventor de la Medicina.

A orillas del lago Bebeis, en la rica llanura de Dotis, se colocaba el lugar de su nacimiento. Era hijo de Apolo y de Coronis, nombre éste igual en griego al de la corneja, ave de larga vida que simbolizaba la salud. Cuéntase que, estando todavía Coronis en cinta de su hijo, tuvo un devaneo con el arcadio Isquis, y noticioso el dios Apolo de esta infidelidad por el cuervo profético á quien había encargado el seguimiento y vigilancia de su amante, confió á Diana el castigo de Coronis, y ésta murió atravesada por las flechas de la diosa en su mansión de Lake-ria. Cuando el cuerpo de la infiel estaba sobre la pira, acudió

Apolo y extrajo al niño Asclepios del seno á medio consumir de la madre.

Asclepios, conducido al monte Pelión, y puesto bajo la guía del centauro Quirón, fué educado por éste y de él aprendió las artes de la caza y la ciencia de las plantas curativas. Inventó por su parte gran número de remedios, y no sólo curaba las en-

fermedades, sino que también resucitaba los muertos: Glauco, Tíndaro, Hippólito, entre otros, fueron por él devueltos á la vida. Citóle Plutón ante el tribunal de Júpiter, y se querelló de que se había disminuído la población de sus dominios y corría peligro de verse pronto sin súbditos; entonces Júpiter, viendo que los hombres iban á sustraerse á la ley de su mortal condición, lanzó uno de sus rayos contra Asclepios; mas indignado Apolo por la muerte de su hijo, asaetó á los Cíclopes que habían forjado el rayo, y esto le valió un largo destierro del Olimpo.

En Epidauro, que fué ya en tiempos históricos el centro principal de la religión de Asclepios, circulaba otra leyenda sobre su nacimiento. Según ella, durante un viaje hecho por Flegyas, el padre de Coronis, al Peloponeso, había nacido Asclepios en el mismo territorio de Epi-



Esculapio.

dauro. Coronis, para evitar la cólera de Flegyas, expuso al niño, recién nacido, en el monte Tithión, y allí, amamantado por una cabra y guardado por un perro, permanecía oculto á toda mirada mortal en una cueva enriscada: un día, el pastor Aresthanas, vagando por la montaña en busca de una cabra que se le había perdido, se aproximó al lugar donde el niño se encontraba, oyó sus vagidos, y quiso prohiarlo; en el momento de ir á tomarlo

en sus brazos, una llama celeste iluminó la cabeza del niño Asclepios, y el pastor huyó lleno de espanto.

El divino médico tomó parte en la expedición de los Argonautas.

En su método curativo tenían gran parte, según Píndaro, las canciones agradables y voluptuosas, y según otros, los misteriosos encantamientos. Servio pretende que forma en el cielo la constelación *Serpentaria*.

El establecimiento de su culto lo fija Apolodoro en el año 53 antes de la toma de Troya. Este culto comenzó en Epidauro, y de allí se difundió por toda Grecia. Le estaban consagrados á Esculapio con especialidad el gallo madrugador, símbolo de la vigilancia, la serpiente, símbolo de la astucia y tal vez de la salud y del rejuvenecimiento, á causa de que muda periódicamente la piel, y la tortuga, símbolo de la prudencia; sus atributos eran, aparte la serpiente, el bastón, que sirve de apoyo al médico en los viajes, y la pátera, llena de una bebida salúfera: las serpientes merecían preferente atención á los sacerdotes de Asclepios, que las alimentaban y criaban en sus templos, y los fieles creían que el dios se aparecía en la figura de este animal.

Estuvo Asclepios casado con Hepione, y de ella tuvo dos hijos, Macaón y Podaliro, los cuales reinaron, según Pausanias, en una parte de Mesenia, y de allí partieron para asistir al sitio de Troya. Además, la imaginación griega le atribuía, con otros hijos, la paternidad de *Higeia*—la salud—divinidad sonriente de brillantes ojos, y le suponía siempre escoltado por *Telesforo*, el buen demonio de la convalecencia, figurado por el arte con los rasgos de un geniecillo arrebozado en una manta, y con la cabeza cubierta por un agudo capuchón: imagen del enfermo que empieza á gozar nuevamente de la vida.

La representación de Asclepios en los monumentos de la escultura y la numismática griega, es ordinariamente la de un hombre robusto y barbado, en la plenitud de su desarrollo físico: su faz ofrece grandes analogías con la de Júpiter, pero se distingue de ella por una más acentuada expresión de benevolencia, y por sus rasgos más apacibles. En la estatua de marfil y de oro que labró Trasímedes de Paros para el santua-

rio de Epidauro, aparecía sentado en un trono, teniendo en la mano izquierda un bastón como cetro, mientras que la derecha reposaba sobre la cabeza de un dragón; un perro estaba echado cerca de él, ya en memoria del que guardó su infancia, ya porque se creyera que sanan las llagas lamidas por los perros. Por lo común se le pinta con una diadema ó corona de laurel en la



Higeia.

cabeza y teniendo en la mano un palo rodeado de una serpiente; algunas veces, con la pátera en una mano y la serpiente en la otra; también apoyado en un cipo al que se enrosca una serpiente. El autor del poema la *Tridcada* lo describe en un carro tirado por dos gallos, de talla mayor que la ordinaria y un rostro resplandeciente de alegría y severidad; por armas, en vez de casco, un mortero cuyo resplandor deslumbra, y una jeringa de plata.

El antiguo templo de Tricca— escribe Decharme— y los santuarios de Epidauro, de Cos y de Pérgamo atraían de todas partes enfermos que iban á pedir al dios el alivio de sus dolores. Esos santuarios habían sido construídos á cierta distancia de las ciudades, en parajes elevados y salubres, cerca de limpi-

das fuentes, en medio de bosques sagrados, cuyo fresco verdor alegraba los ojos; estaban servidos por sacerdotes que se presentaban como los intérpretes del dios y ejercían la medicina. La historia de la medicina griega confunde sus orígenes con el de los santuarios de Asclepios; la ciencia médica fué en un principio monopolio de algunas familias sacerdotales que de padres á hijos se transmitían los secretos ignorados por los profanos.

No tardaron, sin embargo, los Asclepiades en salir de los santuarios para ir á cuidar á los enfermos, y aun admitieron en su escuela discípulos extraños á su casta; pero esta secularización de la medicina no impidió que hasta los últimos días del helenismo las muchedumbres dolientes acudiesen en busca de la salud á los *Asclepieia*, cuyo prestigio religioso las fascinaba.

Antes de consultar al dios en el santuario, los enfermos se sometían á numerosas prácticas, unas higiénicas, como el ayuno, las abluciones y los baños, otras de carácter religioso, como las purificaciones y los sacrificios. Después de esta preparación eran admitidos en el templo para pasar la noche, ya acostados sobre la piel del animal que habían sacrificado, ya en lechos colocados cerca de la estatua de Asclepios: esto se llamaba *incubación*.

En el silencio y la semiobscuridad del santuario, en el que distinguían los enfermos las serpientes desarrollando sus anillos sobre el pavimento, y donde creían sentir cerca de sí la presencia del dios, la imaginación se excitaba vivamente.

El dios se les aparecía en sueños, ó se les acercaba al oído indicando los remedios que podían sanarles. A la mañana contaban lo que habían visto ú oído á los sacerdotes, y éstos explicaban las visiones y aplicaban el tratamiento que el dios había ordenado.

Los que lograban la curación suspendían un ex-voto en el templo, echaban monedas de oro ó plata en la fuente sagrada y mandaban grabar en tablillas y estelas, con sus propios nombres, la indicación de sus enfermedades y la de los remedios á que debían la salud. En Epidauro, una vasta rotonda de mármol blanco encerraba gran número de esos monumentos; en Cos, Hipócrates consultó esos preciosos archivos, y Plinio el joven tomó de una inscripción de ese género una receta contra la mordedura de las serpientes.

Todo, por lo demás, concurría en esos santuarios á procu-



Esculapio, Higeia y Telesforo.

rar á los enfermos la calma del espíritu y el bienestar físico á la vez. A los bienhechores efectos del aire puro, de las frescas aguas y la agradable sombra, se añadían saludables distracciones.

En el recinto de Asclepios, en Epidauro, había un estadio y un magnífico teatro construido por Polycleto. En los tiempos de la dominación romana, el emperador Antonino enriqueció este sanatorio con unos baños y lo embelleció agregándole otros templos y consagrándole obras de arte y numerosas estatuas. Cada cinco años se celebraban allí concursos gimnásticos y musicales, cuyo renombre atraía de todas las ciudades de Grecia un gran concurso de espectadores; idénticas fiestas se celebraban en Cos, y es indudable que tal conjunto de satisfacciones y esparcimientos había de ejercer una eficaz influencia sobre ciertas enfermedades.

Atalanta

Crueldad de su padre.—Su ligereza en la carrera.—Da muerte á dos centauros.—Védase los goces del amor por conservar su belleza.—Mata á varios pretendientes.—Las manzanas de Hippómenes.—Cambio en el carácter de Atalanta.—Hippómenes y Atalanta, leones uncidos al carro de Cibele.

La bella cazadora beocia, distinta de la Atalanta de Arcadia, que veremos herir la primera al jabalí calidonio, era hija de Seneo, rey de la isla de Sciros.

Contrariado su padre cuando la vió nacer, pues sólo deseaba tener hijos varones, la abandonó en la selva, donde fué amantada por una osa y luego recogida por unos cazadores que se encargaron de educarla. Apasionada por la caza y extremadamente ligera, les era imposible seguirla hasta á los hombres más ágiles y vigorosos: perseguida cierto día por los centauros Hyleo y Rheco, que llenos de lujuriosa brama querían saciar en ella su apetito, luego de cansarles, les hizo frente con tal destreza y valor, que mató á ambos á flechazos.

Vivía en la soledad, siempre armada, persiguiendo la caza por montes y selvas; cuando sentía abrasadas las fauces por el violento ejercicio, golpeaba con su lanza una roca y hacía saltar una fuente de agua frigidísima. Un oráculo habíale predicho que, de casarse, perdería su lozana belleza: por esto huía de los

hombres y defendía su virginidad con fiero celo; la idea del himeneo le causaba horror.

Encontrada y reconocida por su padre, éste se empeñó en casarla. Atalanta, segura de la ligereza de sus pies, prometió entregarse en matrimonio al hombre que la venciese en la carrera: los aspirantes debían correr sin armas y ella con una jabalina, con la cual daría muerte á los que se quedasen atrás. Varios pretendientes habían perdido la vida á manos de la terrible



Hippómenes y Atalanta.

virgen, cuando se presentó Melanión ó Hippómenes, joven instruido y protegido por Venus, decidido á vencer con la treta que traía preparada.

La diosa del amor habíale regalado tres manzanas de oro cogidas en el jardín de las Hespérides. Dada la señal de la carrera, Hippómenes tomó primero alguna ventaja en la liza, y dejando caer disimuladamente las tres manzanas á cierta distancia una de otra, Atalanta fué perdiendo tiempo al inclinarse á recogerlas: vencida al fin la gentil cazadora,

hubo de darse á Hippómenes como premio de su triunfo.

Dícese que después Hippómenes se mostró tibio en el reconocimiento que á Venus le debía, y á esto se atribuye su posterior desgracia; el hecho es que cuanto, antes del himeneo, mostrara Atalanta de zahareña y esquiva, tanto mostró después de apasionada y tierna: hallándose en cierta ocasión los esposos en el templo de Cibele, se entregaron con tal embeleso y obsesión á los transportes de su amor que olvidaron el respeto del sagrado recinto, y ofendida la diosa, los convirtió en leones y los unció á su carro.

La carrera de Atalanta é Hippómenes está figurada en dos lindas estatuas del jardín de las Tullerías; el mismo asunto se ve en algunas piedras grabadas y en un hermoso vaso griego.

VII

Calcas

Dón que recibió de Apolo.—La serpiente y el nido.—Sus éxitos.—Su fracaso definitivo en el certamen con Mopso.—Su muerte.

Hijo de Thestor, por lo que se le da el sobrenombre de Thes-tórides, era de Micenas y residía en Megara. Recibió de Apolo la facultad de evocar lo pasado, interpretar lo presente y adivinar lo porvenir. El ejército griego, reunido para marchar al sitio de Troya lo nombró su gran sacerdote y adivino.

Su figura imponente, de recia y sonora voz, no presagiaba de ordinario más que desdichas. Vió reptar á un árbol una serpiente, que, después de haber devorado en su nido nueve pajarrillos y la madre, fué convertida en piedra, y predijo que el sitio duraría diez años, que Troya no podía ser tomada sin el auxilio de Aquiles, y que la flota griega, detenida por los vientos contrarios en el puerto de Áulide, no podría hacerse á la vela sino después que Agamenón hubiese inmolado á su hija Ifigenia.

Acampado el ejército delante de Troya, una terrible peste suscitada por Apolo diezmó las huestes griegas: Calcas anunció que sólo cesaría el azote cuando Agamenón devolviese á Chryses, sacerdote del ofendido dios, su hija Chryseis que el jefe griego habíale raptado. Se dice que aconsejó la construcción del caballo de madera, como único medio de penetrar en Troya, y que

tomada la ciudad, predijo al troyano Eneas, salvado de la muerte, sus futuros destinos, que le llevarían á fundar un reino en Italia para él y sus descendientes. Nada emprendían los jefes sitiadores sin consultarlo con Calcas, y á menudo Agamenón y Ulises, aunque el primero tenía motivos para mirarle con prevención, le llamaban para que interpretase el sentido de los oráculos.

Terminada la guerra, el adivino volvió á Grecia con sus compatriotas y después, con Podaliro, Polipetes, Leonteo y Anfíloco, hizo un viaje por el Asia, y fundó más tarde la villa de Selga en la Pisidia; aunque algunos autores dicen que se encaminó directamente al Asia desde Troya con Podaliro, Polipetes y Leonteo, y que se encontró después con Anfíloco, el hijo de Anfiarao, establecido ya en Colofón de Jonia.

La ciencia del destino le decía que moriría cuando se encontrase con otro adivino de mayor penetración que la suya. Y este fatal antagonista, que fué el célebre Mopso, le salió al paso en la corte de Anfíloco de Colofón. Meditaba este príncipe una importante expedición guerrera, y consultó sobre su éxito á Mopso, quien tan sólo calamidades le auguró, si se aventuraba en la empresa; Anfíloco, sin embargo, se dirigió á Calcas, y éste le pronosticó una señalada victoria: el rey salió completamente derrotado. Otros dan una versión algo cómica de este certamen de adivinos: Mopso propuso á Calcas dijese cuántas crías llevaba una grávida cerda que pasó por delante de ellos, ó, según Hesíodo, cuántos higos tenía una higuera que le indicó; Calcas no pudo adivinarlo, y Mopso dió el número cabal.

Despechado por el fracaso, murió Calcas de pesar, ó se ahorcó en el bosque de Claros, consagrado á Apolo; hay quien le supone muerto por un rayo. Según otra tradición, Calcas viaja con Podaliro á Italia, donde se dice que se veía su cenotafío.

Tenía un oráculo en la colina Drío, en la Daunia: los que iban á consultarlo inmolaban un cordero negro, y, dormidos sobre la piel de la víctima, recibían la revelación esperada.

Otro Calcas, hijo de otro Thestor, y muerto por Hércules en la Sirítide, parece ser este mismo, aunque las aventuras de ambos se hallan confundidas en las diversas tradiciones.

VIII

Céfalo.-Las hijas de Pandión

Fiel marido y curioso impertinente.—«Es de vidrio la mujer»...—Amores de Céfalos con la Aurora.—Thitón.—Los celos de Procris.—Tereo, Progne y Filomela.

Céfalo, joven cazador de maravillosa belleza, hijo de Hermes (el crepúsculo) y Hersé (el rocío), era amado por Eos—la aurora—mas él, lejos de corresponder á las sollicitaciones de la diosa, permanecía fiel al amor de su esposa Procris, una hija de Pandión, rey legendario de Atenas. Todas las mañanas sentía Eos renovada su pasión cuando veía al cazador gentil entre los claros del bosque, y siempre desdeñada, insinuó al fin en Céfalos un recelo sobre la firmeza de su mujer, ofreciéndole que, si descubría alguna infidelidad de ella, siempre encontraría un consuelo entre los rosados brazos de la Aurora.

El cazador, vistiéndose de mercader peregrino, se presentó á Procris con lucientes joyas y riquísimas telas, y tuvo el despecho de ver que la virtud de su esposa iba á sufrir al momento desfallecimientos lamentables; tomó en el acto su ordinaria forma, y entonces Procris, llena de rubor y confusión, huyó de su marido y se fué á Creta, en donde entró á formar parte del cortejo de Diana; la diosa le tomó afecto y le regaló, para que hiciese un lucido papel en las cacerías, una jabalina de se-

guro tiro que volvía á la mano después de dar en el blanco, y un perro al que ninguna presa se le podía escapar, llamado Lelaps.

Parece ser que durante la ausencia de Procris, Eos consiguió humanizar la esquividad de Céfalo; se lo llevó en nocturno viaje á su morada brillante de Oriente, y allí fué madre, según algunos autores, de Faetón y de Thitón.

Thitón, sin embargo, aparece en otras versiones como un amante de la Aurora, que lo arrebató á Etiopía; para él obtuvo de Júpiter la vida inmortal, pero á este dón, por olvido de Eos, no acompañaba la juventud eterna; la cabellera de Thitón comenzó un día á blanquear y las arrugas surcaron su frente. En vano Eos procuraba rejuvenecer á su amado alimentándolo con ambrosía y vistiéndole magníficos tejidos; el proceso de la vejez siguió su curso, hasta caer Thitón en un estado de completa decrepitud; sólo conservaba su voz aguda, semejante al són de la cigarra, y en este animal fué, al fin, metamorfoseado.

Volviendo á la historia de Céfalo, un día se le presentó Procris disfrazada, y el cazador, deseoso de conseguir el perro Lelaps, estuvo á punto de caer en la misma debilidad que antes su esposa; dióse ésta á conocer y hubo inmediata reconciliación y perdón mutuo.

Con el famoso perro, Céfalo auxilió al rey de Tebas, Anfitríon, en la caza de un terrible zorro, suscitado por Neptuno, que devastaba la comarca, y aun otras tradiciones refieren que Anfitríon venció, aliado con Céfalo, á poderosos enemigos que le combatían, y le dió, como premio de su apoyo, la isla que después se llamó Cefalonia.

Los celos de Procris dieron al traste con su readquirida felicidad. Creía enamoradizo á su esposo desde el día de la reconciliación, seguiale á todas partes, lo vigilaba intranquila, recatándose. Por su parte Céfalo tenía la indiscreción de hablar á solas; en los descansos de su ejercicio venatorio recostábase en la floresta y llamaba á sus sienes la fresca brisa: ¡Aura! ¡Aura! Una mañana, Procris que le espiaba entre la fronda, creyó por sus voces que dialogaba con una amante, y movió inquieta las ramas; al instante, Céfalo, creyendo que se aproximaba una fiera, se levantó y la atravesó con su misma certera jabalina, presente de

Diana. Desesperado cuando vió su error, se precipitó al mar desde lo alto del promontorio de Léucade.

Hijas también de Pandión, hermanas de Procris, eran Progne y Filomela.

Para terminar una guerra que tenía Pandión con el rey de Tebas, Labdaco, buscó la alianza de Tereo, hijo de Marte, el cual llegó á la Fócide desde Tracia y decidió la victoria por Atenas. Agradecido Pandión, le dió por mujer á su hija Progne; el hijo de esta unión se llamó Itys ó Itylos. Filomela, que deseaba vivir siempre con su hermana, pidió ir á Tracia con el matrimonio, y su padre, que en tal viaje sólo preveía desgracias, consintió en ello después de muchas súplicas. Bien pronto Tereo, inflamado en incestuoso amor por Filomela, decidió raptarla, y llevándola á un viejo palacio construído en medio de un bosque, la deshonoró y la dejó allí custodiada; antes de partir le cortó la lengua. Al presentarse á Progne lloró con ella la pérdida de la hermana, y luego erigió á Filomela un monumento funerario.

Un año transcurrió sin que la desgraciada pudiese enterar á Progne del ultraje recibido: al fin consiguió bordar unas letras reveladoras en un peplo que remitió á su hermana. Progne, en el furor de su indignación, corrió como una bacante por el campo, dió libertad á Filomela, y despedazando al hijo que había tenido de Tereo, sirvió sus miembros en la mesa de éste. A continuación las dos hermanas emprendieron la fuga.

Tereo salió colérico en su persecución con un hacha en la mano, y ya les iba á los alcances en el bosque de Daulis, al pie del Parnaso, cuando una divinidad interviene y cambia á Tereo en buho, á Progne en ruiseñor y á Filomela en golondrina.

Noticioso de tanto desastre Pandión, murió de pena.

Dafnis, Dafne.-Cipariso

El más hermoso de los pastores sicilianos.—La pasión de Like.—El pastor, ciego.—Muerte de Dafnis.—La treta de Leucipo.—Muere éste asaeteado por las ninfas de Diana.—Metamorfosis de Dafne.—El dolor de Cipariso.

Dafnis, joven pastor muy popular en Sicilia, donde se le atribuía la invención de la poesía pastoral, era hijo de Mercurio y de una ninfa, y nació no lejos de Enna, al pie de la risueña cordillera de los montes Hereenos. Recién nacido, su madre lo expuso en un delicioso valle, á la sombra de un bosque de laureles; las vírgenes divinas de la montaña, las Oréadas, lo recogieron y cuidaron: no tardó en convertirse en el más hermoso de todos los pastores sicilianos, á quien Apolo protegía dándole á guardar un rebaño numeroso y magnífico.

Una ninfa se enamoró de Dafnis: Lyke (la luminosa). Su celosa pasión arrancó al pastor la promesa de que jamás accedería al amor de otra mujer, bajo la amenaza de volverle ciego si faltaba á su palabra. Durante mucho tiempo, Dafnis pudo resistir á las mil tentaciones que le salían al paso; pero un día se encontró en su camino á la hija de un rey, espléndida y deseosa, y cedió á su capricho.

El prometido castigo no se hizo esperar. Privado de la luz de los cielos, en vano procuraba consolarse haciendo repetir

sus cantos y los sonos de su caramillo al eco de las montañas. Ya no vivió mucho tiempo: una tarde, al crepúsculo, habiéndose extraviado de los senderos conocidos, cayó á un profundo precipicio desde lo alto de una escarpadura del monte. Las ninfas, compañeras de su vida y de sus juegos, y que tanto le habían amado, regaron con sus lágrimas el exánime cuerpo del bello pastor y le rindieron los honores de la sepultura.

El simbolismo del laurel—*dafne* en griego—árbol favorito de Apolo, ha inspirado otra leyenda no menos ingénua y graciosa.

Dafne era una ninfa profética del Parnaso, intérprete del oráculo de Gea, y, según otras variantes, una hija del adivino Tiresias, ó del río Peneo de Tesalia, ó bien del Ladón arcadio. Bella y casta virgen, á quien amaba Apolo, pasaba la vida cazando por los bosques, siendo una de las ninfas favoritas de Diana. Leucipo, hijo de *Ænomaos*, se enamoró de ella, y para conseguir sus propósitos se vistió traje de mujer y se introdujo en el alegre tropel de las vírgenes cazadoras. Entonces Apolo quiso librarse de este rival: inspiró á Dafne y sus compañeras el deseo de bañarse en una fuente, y entre risas, todas se lanzaron al agua; pero Leucipo, temiendo verse reconocido tan pronto, rehusó bañarse, y descubierto en seguida su ardid, pagó con la vida, atravesado por las flechas de las ofendidas vírgenes.

Ya creía Apolo segura la posesión de Dafne, y se dedicó á perseguirla; ella evadía siempre, terca y desdeñosa, los asedios del dios, pero un día la alcanzó á la carrera, llegó á abrazarla, y al grito de angustia de la ninfa, su madre Gea entreabrió su seno y la salvó: en el lugar por donde acababa de desaparecer Dafne surgió al punto un verde laurel. El dios abrazó el tronco del árbol, y arrancando ramas, adornó su frente y su lira.

El laurel le fué consagrado á Apolo, y con sus hojas se tejían las coronas de los triunfadores, de los poetas y los músicos; también fué símbolo de majestad por creerse que el rayo no tocaba nunca al laurel, y con él ceñían los emperadores su frente.

Los habitantes de Antioquía, en Siria, pretendían que Dafne había nacido en su país, y enseñaban el laurel en que supo-

nían haber sido cambiada. Una pintura de Herculano representa el momento de esta metamorfosis.

Un amor de Apolo fué también el hermoso Cipariso, hijo de Amicleo, de la isla de Cea. Mató él mismo inadvertidamente un ciervo que apreciaba mucho, y se afligió en tanto grado, que rogó á los dioses le quitasen la vida para librarle de un constante dolor. Apolo lo transformó en ciprés, que desde aquel momento se convirtió en símbolo de la aflicción y la melancolía. Llevábanse ramizas de este árbol en las ceremonias fúnebres, y se plantaba alrededor de los sepulcros.

Según otros mitólogos, Cipariso era favorito de Silvano, murió de sentimiento y fué metamorfoseado en ciprés. De ahí que sea frecuente ver á Silvano en los monumentos con una rama de ciprés en la mano.

X

Deucalión y Pirrha

Las cinco edades de la Humanidad, según Hesíodo.—Castigo de los hombres de la edad de bronce: el diluvio.—La barca de Deucalión.—Repoblación de la tierra.—Explicación histórica de la leyenda del diluvio.—Fundaciones de Decaulión.—Los hijos de Pirrha.—Variedad de relatos poéticos del diluvio.

Ampliaremos las indicaciones que, referentes á estos repobladores del mundo, hicimos al hablar de Prometeo.

Deucalión tiene en la mitología griega un carácter peculiar y arcaico: en el relato de Hesíodo su figura se aleja más allá de la época heroica y se esfuma en la vaguedad de los mitos primitivos.

Cinco edades distingue Hesíodo en la vida de la Humanidad. El oro, el más brillante y precioso de los metales, símbolo de la vida espléndida y alegre, caracteriza la primera: «Los hombres de la edad de oro, contemporáneos del reinado de Cronos, vivían como dioses, con el corazón libre de congojas, extraños á la fatiga y al dolor; no conocían la triste vejez; conservaban siempre el vigor de sus pies y de sus manos; gustaban la alegría de los festines al abrigo de todos los males; morían como si se entregasen al sueño; poseían todos los bienes; la fecunda tierra les ofrecía espontáneos frutos abundantes, de que ellos gozaban plácidamente en el seno de la paz y la felicidad».

Cuando esta raza desapareció, Júpiter hizo de algunos de sus individuos genios bienhechores que vagaban por la superficie de la tierra, envueltos en nubes, y velaban por los mortales, observando sus acciones, para premiar las virtuosas. Los hombres de la segunda generación, los de la edad de plata, fueron muy inferiores á los primeros: seres débiles y torpes, toda su vida no era más que una larga y estúpida infancia; Júpiter los aniquiló porque no honraban á los dioses olímpicos. También fueron algunos convertidos en genios; más no habitaban las regiones de la luz, sino que fueron castigados á morar en las mansiones subterráneas.

Los hombres de la generación siguiente, los de la edad de bronce, eran robustos y violentos; su corazón era duro como el acero; su fuerza era extremada. «Tenían armas de bronce, habitáculos de bronce: no se servían más que del bronce. El hierro, el negro metal, era todavía desconocido». La cuarta edad fué la de la Humanidad glorificada por las altas hazañas de los héroes; á continuación, los hombres cayeron en las inquietudes y miserias de la última, la edad del hierro.

Para destruir la raza perversa y dura de la edad de bronce, Júpiter envió á la tierra un diluvio. Se abrieron las cataratas del cielo, llovió torrencialmente durante nueve días y nueve noches, y el territorio todo de Grecia quedó sumergido. Reinaba á la sazón en Tesalia Deucalión, casado con Pirrha, hijo de Prometeo y nieto de Japeto, y cuya madre se llama en los autores unas veces Pandora, otras Climene: diferentes geneologías le reputan aún hijo de Miros y Pasífae, ó de Asterio y Creta, ó de Helifrón y la ninfa Jofasa. Por consejo de Prometeo, Deucalión construyó una barca, la aprovisionó de las cosas más necesarias á la vida y montó en ella con su esposa. A la décima aurora que lució sobre la infinita llanura inundada, cesó la lluvia, y abordó la barca en la cumbre del Parnaso, ó del Athos. Descendieron las aguas, y Deucalión y Pirrha pisaron la tierra y dedicaron un sacrificio á Júpiter *Fyxios* (protector de los fugitivos): agracedido el dios, les envió á Mercurio con la promesa de que el Olimpo atendería la primera súplica que hiciesen: entonces Deucalión rogó á Júpiter que renovase la raza de los humanos. Píndaro y Ovidio no hablan de la barca: sólo dicen que Deucalión

se refugió en el Parnaso, y allí fué respetado por la crecida, mientras los demás mortales, que subían locos de terror á las altas cimas de los montes, eran recogidos por las aguas y desaparecían, crispados, en la corriente. Según Justino, Deucalión no fué solo el que escapó del diluvio: gran número de personas salvaron también su vida, ya ganando las cumbres de las montañas más elevadas, ya en lanchas, que abandonaban á merced de las ondas.

Gráfica y expresiva es la variante de la misma leyenda que corría en la Fócide, según la cual, terminado el diluvio, Deucalion y Pirrha se dirigieron al santuario de Temis en Delfos, para consultar á la diosa. La respuesta fué: «Salid del templo, cubrid el rostro, ceñid vuestras cinturas, y arrojad hacia atrás los huesos de vuestra gran madre». Deucalión, esforzándose en penetrar el sentido de estas palabras, comprendió que el oráculo se refería á las piedras de la tierra, madre común de todos los hombres. Caminaron, pues, Deucalión y Pirrha echando piedras hacia atrás, por encima del hombro; las de Deucalion se volvían hombres, las de Pirrha mujeres, y así se repobló la tierra.

La tradición de este diluvio tiene, sin duda, antecedentes históricos: la llanura de Tesalia fué cubierta por las aguas en tiempos antiquísimos, y el valle de Beocia era frecuentemente inundado por los desbordamientos del lago Copais. Y el diluvio de Deucalión, que se supone acaecido el año 1503 antes de Jesucristo, debió de originarse, al parecer, á consecuencia de un terremoto que detuvo el curso del río Peneo, engrosado con el caudal de otros cuatro, en su desembocadura, y agregándose á esto que en aquel año abundaban las lluvias, la inundación alcanzó á toda la Tesalia. Las misteriosas piedras que repoblaron el país son probablemente los hijos de los que se libraron de la catástrofe, subiéndose á los montes, porque la misma palabra griega—*laos*—significa á la vez piedra y pueblo.

Renovada la Humanidad, y también los animales, porque, según Luciano, Deucalión salvó en su arca una pareja de cada especie, que voluntariamente le siguieron, dícese que el héroe erigió doce altares á Temis, consagró un templo á Júpiter Fixios, restaurado por Pisistrato y dedicado por Adriano á Júpiter Olímpico, é instituyó en memoria de los que habían perecido en la

inundación la fiesta llamada *Hidroforias*, la cual todavía se celebraba en los tiempos de Sila. Se asegura que residió después en Atenas, donde se enseñaba su sepulcro.

Pirrha, que era hija de Epimeteo, fué madre de dos varones, Helén y Anfición, y de una hembra, Protogenia; según algunos autores, tuvo además otra hija, Melantho, en la cual Neptuno hubo á Delfo. Protogenia dió á luz, de Júpiter, dos hijos, Ethlio y Opo.

En diversas partes de Grecia se daban como ciertos otros pintorescos relatos del diluvio. En Megara se decía que el héroe epónimo de la comarca, Megaros, hijo de Júpiter, se había salvado refugiándose en la cima del monte Gerania, adonde le guiaron los gritos de las grullas. En Delfos contaban que los habitantes se orientaron por los aullidos de los lobos, y así llegaron á las elevaciones del Parnaso, donde fundaron más tarde la villa de Lycoreia.

Mas el poético mito de Deucalión y Pirrha, extendiéndose poco á poco, se sobrepuso á todas las tradiciones locales.

Eco.-Narciso

Belleza, castidad y habilidades de Eco.—Despecho de Pan.—Horrible muerte de la solitaria virgen.—Lo que cuenta Ovidio.—Desdén y orgullo de Narciso.—Metamorfosis de Eco.—Se enamora Narciso de sí mismo.—Explicación de Pausanias.

«En el seno de la Naturaleza virgen—escribe Dedrarme—donde las ninfas cantan y juegan en la onda de los arroyos, donde danzan con las ramas que el viento balancea, donde la savia que hincha las yemas y anima la vida de los árboles seculares es su propia alma siempre viva y palpitante, un fenómeno de apariencia maravillosa, el eco, había impresionado vivamente la imaginación popular. El eco que, en la montaña, repite los mugidos del viento ó las armonías de las aguas, debía estar relacionado con las ninfas que habitan su mismo dominio».

De ahí que los griegos inventaran la ingeniosa fábula que vamos á referir. *Eco*, hija del Aire y de la Tierra, era una bella virgen que vivía en las márgenes del Cefiso; las ninfas la cuidaron y educaron; las Musas la instruyeron en las artes del canto, de la flauta y de la syringa. Amiga de la soledad, evitaba la compañía de los dioses y de los hombres y se negaba á toda proposición de amor. Un día el dios Pan, que estaba celoso de

la habilidad musical de *Eco*, é irritado además por no poder gozar á la bellad, de quien se había enamorado, infundió una locura furiosa en todos los pastores de la comarca, los cuales se precipitaron sobre la virgen, descuartizaron su hermoso cuerpo y dispersaron sus blancos miembros por toda la tierra. Gea recibió y sepultó estos despojos, y desde entonces Eco no tiene residencia fija: está en todas partes. Pero, en el seno de la muerte, conserva el dón musical, la facultad de imitar y de reproducir todos los sonos que impresionan sus oídos.

El malicioso Ovidio ofrece una versión distinta. Según el poeta de *Las Metamorfosis*, Eco era medianera de los amoríos de Júpiter. Mientras el padre de los dioses se entregaba á la persecución de ninias, Eco aturdía con su charla inagotable á Juno, procurando tenerla distraída y ajena al espectáculo de las infidelidades de su esposo. Mas llegó un día en que la reina del Olimpo advirtió la treta que le jugaban: despechada y colérica, castigó á la joven transformándola en eco, esto es, en una persona que no es dueña de sus palabras, «que no puede hablar la primera, que no puede callar cuando le hablan, y que no hace sino repetir los últimos sonidos de la voz que oye».

El mismo Ovidio hace una poética referencia al amor de Eco por Narciso. Era Narciso un joven de extremada belleza, hijo del río Cefiso y de la ninfa Liriope, nacido en Thespis de Beocia. Cuando Eco vivía todavía en la sociedad de las ninfas de las aguas, lo vió y se inflamó en amor por el bello adolescente, y se lo dijo; él, enorgullecido con su hermosura, la trató con desdén, y entonces ella se retiró á esconder su vergüenza en lo obscuro de los antros solitarios, de las cavernas y las grutas, donde su desconsuelo y su dolor la consumieron lentamente. Su cuerpo se fué marchitando y toda su sangre se evaporó. «No le queda más que la voz y los huesos: la voz se ha conservado; los huesos se convirtieron en rocas. Desde entonces no se la ve ya por los montes; pero, desde los profundos retiros en que se oculta, aun responde á todos los que la llaman».

Aparte la versión que lo relaciona con Eco, Narciso tenía su leyenda propia en Thespis. El hermoso joven se acercó un día á una fuente, en cuyo límpido haz vió reflejada su imagen: su sencillez le hizo suponer un cuerpo, y cuerpo de esplendente

belleza, en aquella vana sombra; quedó extasiado ante sí mismo, se inclinó sobre la onda falaz, introdujo los brazos para coger el tembloroso objeto de su pasión, y se vió burlado. Nada, sin embargo, podía en lo sucesivo arrancarle al placer de la dulce y triste contemplación de su imagen; siempre acudía á la fuente con una vaga esperanza. Consumido de amor y de impotentes deseos, fué languideciendo, y murió pronto; su sangre se cambió en la flor de su nombre, el narciso: cuando las ninfas, después de preparar una hoguera, acudieron á rendirle los honores fúnebres, esta flor nueva fué lo que encontraron sorprendidas.

Según Pausanias, tenía Narciso una hermana gemela tan hermosa y tan semejante á él, que se les confundía. La amaba con delirio, y como tuvo la desgracia de que muriera, el constante recuerdo de ella renovaba su dolor, mucho más, al recorrer los sitios que juntos frecuentaban; cuando las aguas de las claras fuentes reflejaban su propia figura, creía ver á la hermana, y en el éxtasis de la contemplación olvidaba su pena.

Esta leyenda se interpreta como una alegoría de la flor del narciso, flor que crece á orillas de los manantiales, en donde, en primavera, se refleja y mira su lozanía, y adonde, al fin de la estación cálida, se inclina lánguido su tallo, que pronto se marchita.

XII

Edipo

Su padre ordena que le abandonen en el monte.—Lo salva un pastor.—En Corinto el rey lo prohija y el pueblo se le burla.—Huye de la ciudad.—Mata á su padre.—Resuelve el enigma propuesto por la Esfinge.—Se casa con Yocasta, y el adivino Tiresias le revela el horrible incesto cometido.—Muerte de Edipo.—Antígona.—Eteocles y Polinice.—Interpretaciones del mito de Edipo.—Lo que, según Pausanias y otros escritores, encubre la fábula de la Esfinge.—Mitología figurada.

Ensombreciendo el riente cuadro de la mitología clásica, Edipo, el deforme, «el de los pies hinchados», se nos presenta como juguete de la inexorable fatalidad que preside los destinos de los hombres, como ejemplo vivo de la ineludibilidad de las sanciones morales: no es ya la víctima que se ofrece á la envidia ó la colera de los dioses, sino la presa de una potencia terrible, por desconocida y difusa, que extiende sus leyes al mundo físico y al espiritual. La leyenda trágica de Edipo ha sido transmitida á la posteridad, con todos sus detalles, por Sófocles, en sus dos obras dramáticas «Edipo Rey» y «Edipo en Colona»: de ellas la extractaremos.

Labdaco, de la familia de Cadmo, tuvo un hijo llamado Laio, el cual, después de la muerte de Anfión y de Zetho, usurpadores del trono cadmeo, fué rey de Tebas y se casó con Yocasta, hermana de Creón, hija de Meneceo. Como este matrimonio

fuera por mucho tiempo estéril, los esposos se encaminaron á consultar el oráculo de Apolo, y les respondió la Pythia que, caso de nacerles un hijo, este hijo mataría á su padre.

Poco tiempo después, Yocasta dió á luz un niño. Laio, temiendo el cumplimiento del oráculo, hizo exponer al recién nacido en el monte Citherón: agujereados los pies y atados con fuertes ligaduras, quedó pendiente de un árbol. El pastor Forbas, que acertó á pasar por allí, apiadóse del niño, lo recogió, llamándole *Oidipous*, á causa de la deformidad de sus pies, y lo llevó al palacio de su amo, Polybo, rey de Corinto.

El rey y la reina Merope adoptaron á Edipo y lo educaron como si fuera hijo suyo, haciéndole pasar como tal. Mas ya crecido, vió un día que el pueblo corintio le hacía objeto de crueles mofas, y oyó que se ponía en duda su descendencia de la regia estirpe. Inmediatamente se dirigió á Delfos, y el oráculo, sin revelar le el secreto de su nacimiento, le anuncia que él será el matador de su padre y que cometerá incesto con su madre. Lleno de horror y repugnancia, persuadido como estaba de que Polybo era su padre y Merope su madre, no quiso volver á Corinto, y tomó el camino de la Fócide.

Los destinos fatales iban, sin embargo, á cumplirse, á pesar suyo. En el camino que conduce de Delfos á Daulis, donde se parte en dos, y al ir Edipo á tomar el de Tebas, un carro tirado por poderosas mulas le obstruyó el paso, y una voz injuriosa y dominante le ordenó con insolencia que se apartara. Irritado, responde Edipo en mala forma, y se traba instantánea riña: el dueño del carro y cuatro de los cinco escuderos que le acompañan, muerden el polvo á sus golpes: Edipo había dado muerte, sin saberlo, á su padre Laio.

Por consecuencia de este crimen, Creón, hermano de Yocasta, ocupó el trono de Tebas. Al poco tiempo, un monstruo terrible que tenía cabeza y seno de mujer, cuerpo de perro, garras de león, alas de águila y una cola armada de un dardo agudo, hacía sensibles estragos en el país. Era la Esfinge, mandada por Juno para vengarse de ofensas é impiedades de los tebanos: apostada en el monte Fikión, en las cercanías de Tebas, proponía terribles enigmas á los que pasaban, y devoraba ó arrojaba á las olas á cuantos no respondían satisfactoria-

mente. Había causado ya numerosas víctimas, y el rey Creón, queriendo poner término al mal, ofreció su corona y la mano de su hermana Yocasta á quien lograrse vencer al monstruo. Por entonces llegó á Tebas Edipo, y se resolvió á tentar la suerte: fué en busca de la Esfinge y oyó de sus labios esta pregunta: «Cuál es el animal que tiene cuatro pies por la mañana, dos al medio día y tres por la tarde?» Edipo resolvió en el acto la cuestión que á tantos beocios había costado la vida; respondió: «Ese animal es el hombre, que por la mañana, es decir, en su infancia, anda con pies y manos; al medio día, esto es, en la plenitud de la edad, se sostiene sobre sus piernas, y en la tarde de la vejez necesita de un bastón para apoyarse».



Edipo y la Esfinge.

Apenas terminó de pronunciar estas palabras, cuando la Esfinge se abismó en las olas que habían devorado á tantos tebanos. Vencedor, Edipo obtuvo á la vez el cetro de Creón y el tálamo de Yocasta, su propia madre: las dos partes del oráculo se vieron así cumplidas.

La mayor parte de los mitólogos dicen que de la unión de la madre con el hijo nacieron dos varones, Eteocles y Polinice, y dos hijas, Antígona é Ismena. Pero el incesto no tardó en atraer la cólera de los dioses: una espantosa epidemia invadió el país de Tebas; las crías de los animales y los hijos de los humanos se deshacían en el seno de sus madres, los frutos se corrompían, las simientes se pudrían en la tierra antes de germinar. Consultado en esta extremidad el oráculo, señaló como causa del azote la muerte violenta de Laio, y como único remedio el descubrimiento y la expulsión del culpable. Edipo profiere entonces las más atroces imprecaciones contra el desconocido criminal. Mas no tarda en saber todo el horror de la verdad. El adivino Tiresias, á quien acosa á preguntas, le revela el doble secreto: el homicida es el mismo Edipo; él también quien se ha casado con su madre: parricida é incestuoso, su raza será maldita.

Desesperada Yocasta, se quitó la vida colgándose de una viga de su palacio. Edipo se arrancó los ojos; sus hijos lo expulsaron de Tebas y luego se disputaron el trono espada en mano. Algunos autores hacen sobrevivir á Yocasta, que procura poner paz entre sus hijos divididos, y sólo se da la muerte cuando éstos se han arrancado mutuamente la vida; y otros presentan á Edipo ciego, retirado en su palacio hasta el momento en que Polinice llega á reclamar por las armas á su hermano Eteocles su derecho al trono.

La ternura filial de Antígona es una claridad en la negrura de tantos horrores; ella sola parece redimirse por el amor de la maldición que pesaba sobre su casta. Edipo sale de Tebas execrando á sus hijos, y apoyada la diestra temblorosa en el hombro de Antígona: la hija amante y paciente guía su ceguera por los caminos: vagaron de país en país hasta llegar cerca de una aldea del Ática, llamada Colona, donde había un bosque consagrado á las Euménides. Algunos atenienses, llenos de terror á la vista de un hombre detenido en aquel lugar, en el que estaba prohibido á los mortales poner la planta, quieren valerse de la fuerza para obligarle á salir. Antígona intercede entonces por su padre, y consigue de aquellos hombres que lo conduzcan á Atenas, donde Teseo acoge favorablemente á los peregrinos, y les ofrece su protección y un retiro en su Estado: Edipo se acuerda de que, en efecto, un oráculo de Apolo predijole que moriría en Colona, y que su sepulcro sería para los atenienses una prenda de victoria sobre todos sus enemigos.

Cuéntase que, en esta sazón, una embajada presidida por Creón llegó á Atenas para rogar á Edipo que regresase á su patria; pero el destronado rey, sospechando que Creón quiere arrancarlo á la protección de los atenienses y desterrarlo á un país desconocido, rehusa estos ofrecimientos. Una vez librado por Teseo de la insistencia de los tebanos, oye un espantoso trueno, lo considera como agüero de su próxima muerte y marcha sin guía al lugar donde debe expirar. Llegado cerca de un precipicio, se sienta en una piedra, se desciñe sus vestiduras de luto, y después de haberse purificado, se pone el lienzo con que acostumbraban á cubrir los muertos; hace alejar á sus hijas, y llamando aparte á Teseo las recomienda á su favor: lue-

go la tierra tiembla y se entreabre con suavidad para recibir á Edipo, sin causarle violencia ni dolor, y Teseo, que está presente, es el único en saber el secreto de su muerte y el lugar de su sepultura.

Tal es la historia de este príncipe desgraciado. Y aunque la voluntad, que es la que hace el crimen, no tuvo parte alguna en los horrores de su vida, los poetas, considerando sin duda la gran tristeza de que la maldad, aun cometida involuntariamente, empaña el alma, no dejan de ponerle en el Tártaro entre los famosos criminales.

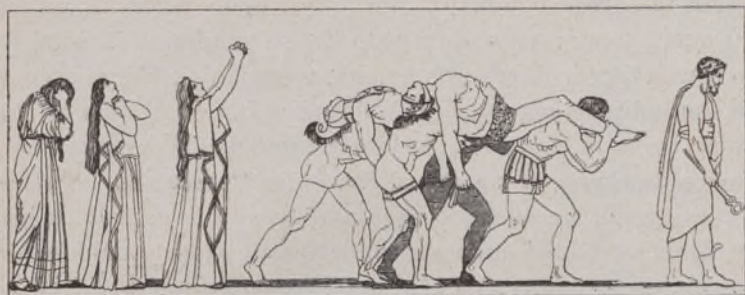
El genio de Sófocles añadió varios episodios á la leyenda primitiva para mejor conmover al público de la tragedia; porque, según Homero y Pausanias, Edipo se casó con su madre, pero no tuvo hijos en ella, pues Yocasta se mató en el momento mismo de reconocerse incestuosa; Edipo se casó después con Euryganea, de la cual hubo cuatro hijos, y ambos reinaron en Tebas, donde el primero falleció. Pero su sepulcro decíase estar en el Areópago ateniense, y que desde allí fueron trasladados á Tebas los huesos del rey.

Después de la expulsión de Edipo, Eteocles y Polínice pactaron que reinarían alternativamente, un año cada uno, y que, para evitar disensiones, el que no estuviera en el mando se ausentaría de Tebas. Tocó á Eteocles reinar el primero, pero terminado el año, se negó á dejar el trono. Viendo Polínice burlada su esperanza, recurrió á la alianza de Adraastro, rey de los argivos, con una de cuyas hijas se había casado, y volvió con él á Tebas, al frente de un ejército. Los dos hermanos, á fin de evitar un derramamiento inútil de sangre, convinieron en decidir la contienda por medio de un combate singular. Lucharon, pues, á presencia de los dos ejércitos formados, y murieron los dos: éste es el momento en que Eurípides nos presenta á Yocasta atravesándose con la espada que había quedado en el cuerpo de Eteocles y desplomándose entre sus dos hijos, á quienes queda abrazada.

Decíase que el rencor de estos hermanos había sido tan irreconciliable, que duró hasta más allá de la muerte: se creyó observar que las llamas de la hoguera en que se quemaron sus cuerpos, se separaban, y lo mismo parecía suceder en

los sacrificios que se les hacían en común; pues Grecia no les negó los honores heróicos, si bien Virgilio, en su *Eneida*, los coloca en el Tártaro con Tántalo, Sísifo, Atreo, Tiestes y otros malvados de la antigüedad. Creón, que ocupó segunda vez el trono de Tebas, concedió el honor de la sepultura á las cenizas de Eteocles por haber peleado contra enemigos de su patria, y mandó que las de Polínice fuesen esparcidas al viento por haber invadido el patrio solar con un ejército extraño.

Esta orden sublevó la piedad de Antígona, quien regresó á Tebas para rendir ella misma al cuerpo de su hermano los últimos deberes. Enterado Creón, apostó á la noche siguiente unos



Funerales de Eteocles y Polínice. (De Flaxman.)

soldados, que sorprendieron á Antígona cuando lloraba sobre las cenizas del hermano, ya sepultas; se la condenó á ser enterrada viva, muerte horrorosa que la fuerte mujer, después de increpar al tirano, pudo eludir ahorcándose. Hemón, hijo del rey, que la amaba, al saberlo, se suicidó desesperado.

Higinio refiere de otro modo esta última derivación de la tragedia. Según él, Creón encargó á su hijo que diese muerte á Antígona; él, enamorado, la oculta y deja incumplida la orden; mas el tirano se entera, y le obliga á matarla á presencia suya: después de esto, desesperado el joven, se da á sí mismo la muerte á la vista de su propio padre. Otros autores dicen que Hemón la escondió en la choza de unos pastores, que tuvo de ella un hijo, y que, más tarde, tomando parte éste en los juegos de Tebas, fué reconocido y reveló que Antígona vivía.

¿Cuál es la significación del mito de Edipo? La explicación largo tiempo en boga ha consistido en ver en Edipo un héroe solar. Expuesto en el monte Citherón, es la imagen del sol que, en el momento de salir, parece reposar sobre la montaña: su disco entonces aparece un poco ensanchado por la base: tiene los pies hinchados. Surgiendo de las tinieblas de la noche, triunfa de ella y la mata, mata al sér que le ha dado la vida, mata á su padre. Su victoria sobre la Esfinge no es más que una segunda forma de la misma lucha: la Esfinge es una personificación del nublado obscuro y tempestuoso. En fin, el sol, después de triunfar de todos sus enemigos, desaparece entre las nubes ardientes del ocaso; se une á la brillante aurora de la tarde, envuelta en velos de matiz violeta, que él no reconoce ya bajo su nueva forma: y es el marido de su madre. Más admisible parece la hipótesis de otros mitólogos modernos: Edipo y Yocasta son antiguos nombres de Vulcano y Juno. Del mito de Vulcano deriva la hinchazón de los pies, uno de los rasgos característico de Edipo; en cuanto al parricidio y al incesto, no vienen de la leyenda de Vulcano, sino probablemente del mito egipcio de Tifón, divinidad que había muerto á su padre y unídose á su madre, como refirieron á Herodoto los sacerdotes de Egipto.

Sencilla y no indiferente es la explicación que dan algunos escritores clásicos á la fábula de la Esfinge. Según Pausanias, era una hija de Laio, á quien éste dió conocimiento de un oráculo, que sólo, á más de ella, había llegado á saber el legítimo heredero de la corona; muerto Laio, muchos de los hijos que tuvo con varias concubinas se disputaron el trono: la Esfinge les hizo preguntas capciosas, para descubrir quién poseía el secreto y condenar á muerte á los que por su ignorancia revelasen ser hijos naturales. Edipo, instruído en sueños, ó por el oráculo mismo, pudo responder á las preguntas y fué declarado sucesor. En opinión de otros autores, la Esfinge era una hija natural de Laio, que disgustada de no tener participación en el Gobierno, se puso al frente de una cuadrilla de bandidos, con los cuzles cometía robos y excesos en las inmediaciones de Tebas: las garras de león indicaban sus crueldades; el cuerpo de perro los desórdenes de su conducta; las alas, la rapidez con que huía de sus perseguidores, y los enigmas, las emboscadas que tendía á los viandan-

tes atrayéndolos á parajes quebrados y de difícil acceso, en los cuales tenía su morada. Parece probado que la idea de la Esfinge procede de Egipto y que era símbolo de la fuerza y de la prudencia. Los antiguos atribuían á la de Tebas inclinaciones crueles y discursos enigmáticos: la idea de la fuerza de la Esfinge egipcia se transformó en la de violencia, y la de prudencia en la de ingeniosidad, cuando en los primeros tiempos de Grecia el concepto de la Esfinge se difundió por los navegantes fenicios, y es probable que, con posterioridad, el aniquilamiento de algunos bandidos que infestaban la Beocia, ó alguna hazaña notable de un hombre valeroso y astuto, diese lugar á la interpolación en la leyenda de Edipo de su certamen con la Esfinge.

Se creía padres del monstruo á Tifón y Equidna, hija de Forbys, y á veces á Orthos y la Quimera, y se le daba por mansión el monte Citherón, que tal vez sea el mismo que el nombrado Fición, Sfigión ó Sfingios.

Algunos monumentos de la historia de Edipo fueron publicados por Winckelmann, y representan, ya á un anciano ciego empujado por dos jóvenes—los hijos de Edipo que lo expulsan de Tebas;— ya al héroe cubierto con un velo y sentado en el bosque de las Euménides; ya la lucha con la Esfinge. De monumentos literarios, deben citarse las tres tragedias de Esquilo, *Sfinx*, *Edipo* y *Laio*, y la de Eurípides, *Edipo*, las cuatro, desgraciadamente, perdidas, y las dos de Sófocles, que se conservan, antes mencionadas.

Plásticamente, la Esfinge se ve representada de dos maneras: con alas, que es la esfinge griega; sin alas, que es la egipcia, por lo menos en la antigüedad más remota, porque desde los tiempos de Herodoto parece que se confundió lo que la Esfinge de cada uno de estos pueblos tenía de peculiar. La Esfinge griega tenía siempre mamilas; la egipcia ninguna. En los monumentos arcaicos la Esfinge no tiene nunca el cuerpo de león ó de perro y la cabeza de mujer: representa un león, al cual se creyó de-pués dar más nobleza sustituyendo á su cabeza la humana, y por esta razón Herodoto llama á esta clase de esfinges *Andro-Sfinx*, esto es, Esfinge con rostro de hombre.

La Esfinge griega se encuentra en algunos frescos de Herculano y en muchas medallas romanas: tiene alas, pechos de mu-

jer en la parte anterior del cuerpo y mamilas de animal en la parte posterior; aparece sentada y tiene una rueda bajo una de sus patas, rueda que, como el modio que lleva en la cabeza, da á entender la consagración á Serapis, como dios del sol. En otras medallas de Adriano, Domiciano y Marco Aurelio, es un androsfinx echado; tiene las patas delanteras extendidas y en su frente hay una pequeña serpiente: por lo común, su barba está adornada con otra postiza, la conocida con el nombre de perseia, que caracteriza las figuras varoniles egipcias.

XIII

Egeria

Las Camenas.—Las *Lynfas*.—Numa Pompilio.—Metamorfosis de Egeria.—
Variedad de facultades de las Camenas.

Entre los romanos, las ninfas Camenas se identificaban frecuentemente con las Musas.

Las Camenas formaban parte de un grupo numeroso de divinidades arcaicas, espíritus de las montañas, de las aguas, de los bosques, que la religión latina suponía, como motores invisibles, en el seno de la Naturaleza. Entre las divinidades de las aguas, las que presidían á los ríos eran concebidas como genios masculinos, las de las fuentes como potencias femeninas. La lengua latina daba á estas últimas el nombre de *Lynfas*, confundido más tarde con el de ninfas.

El culto de las Camenas, originario del Lacio, acaso de Aricia, estaba localizado, desde la época de Numa, en un paraje vecino á la puerta Capena, cerca del lugar donde Marcelo edificó, después de su victoria de Siracusa, un templo consagrado al Honor y á la Virtud.

Allí se encontraban las fuentes de las Camenas, y allí vivían éstas en torno á la más famosa de ellas, la ninfa Egeria. Decíase que en ese lugar sagrado el rey Numa Pompilio sostenía colloquios nocturnos con las ninfas reveladoras, y que por mediación de éstas recibió del cielo un mágico escudo, cuya guarda confió á los sacerdotes salios. Parece lo cierto que, deseando Numa dar leyes sabias al pueblo romano, se retiraba á menudo

al bosque de las Camenas, y al reaparecer promulgaba sus disposiciones como inspiradas por la autoridad religiosa de la ninfa Egeria. Algunos autores imaginan á la ninfa casada con Numa; Ovidio sigue esta opinión, y asegura que la ninfa Egeria contribuyó con sus consejos á la felicidad de Roma y á la gloria del rey. Añádese que la muerte de Numa le causó un dolor tan vivo, que abandonó Roma, y para llorar mejor al esposo, se retiró al bosque de Aricia, donde su llanto y lamentaciones interrumpieron más de una vez los sacrificios á Diana: compadecida la diosa de esta singular aflicción, que en nada hallaba consuelo, transformó á la ninfa en una fuente con el mismo nombre de Egeria, cuyas aguas murmuraron siempre la tristeza del perdido bien. De esta fuente era de donde sacaban las Vestales el agua viva exigida por su liturgia.

Se supone que Numa Pompilio era dado á la hidromancia, arte de adivinación por el agua. Era general creencia en la antigüedad que el agua posee un poder mágico, la propiedad de despertar en los seres inteligentes el sentido profético: las Camenas tenían en grado superior esta facultad adivinatoria, facultad que podían comunicar á los hombres suspendiendo en ellos el ejercicio normal de la inteligencia: de aquí, tal vez, la tradición de las relaciones de Egeria con Numa. Los griegos llamaban «poseídos de las ninfas», y los latinos «lynfáticos» á aquéllos cuya razón extraviada parecía haber dado lugar á la facultad profética.

Las Camenas eran también diosas de los encantamientos, de los oráculos, de las fórmulas mágicas, y tenían poder sobrenatural para curar las enfermedades; muy particularmente, invocaban los enfermos la fuente de la ninfa Egeria. En su cualidad de profetisas y magas, las Camenas presidían los partos: se les pedía un término feliz y la predicción del porvenir del hijo. Estas atribuciones se especializaron más adelante en Egeria y en la diosa Carmentis. Nacidos los niños, las Camenas vigilaban su educación y les comunicaban el dón del canto; por donde las ninfas «cantantes» llegaron á ser las diosas de la poesía y á confundir su carácter con el de las Musas de Grecia, desde el día en que los romanos supieron distinguir los ritmos poéticos de las fórmulas mágicas.

XIV

Las Hespérides

El jardín maravilloso.—Las manzanas de oro.—El dragón Ladón.—Las Hespérides: su número; sus nombres.—Un viaje de Hércules.—Atlas.

La imaginación griega suponía en las regiones de Occidente del lado de la noche, más allá del río Océano y cerca del lugar donde el gigante Atlas sostiene sobre sus espaldas el peso de la bóveda celeste, un jardín maravilloso en cuyos árboles lucían las famosas manzanas de oro. Habitaban este jardín las Hespérides, vírgenes de voz armoniosa, hijas del hermano de Atlas, Héspero, personificación de la estrella de la tarde, ó del mismo Atlas y de Hésperis, hija de Héspero; según Higino, hijas de Ercho y la Noche; según otros autores, hijas de Forkys y de Keto, y aun de Júpiter y Themis. Un terrible dragón, llamado Ladón, guardaba los preciosos frutos del jardín; las manzanas de oro habían constituido regalo hecho por la Tierra á la diosa Juno, cuando las bodas con Júpiter: Juno las puso en el jardín de los dioses, situado en el cielo, y luego pasaron al jardín de las Hespérides, región maravillosa por donde el sol se pone, inmediata á la isla de los Afortunados. Eran estas manzanas símbolo de la fecundidad, de la felicidad y del amor.

Para algunos autores modernos, el mito de las Hespérides es un cuadro de ciertos fenómenos celestes: las Hespérides son las

horas de la tarde; su jardín es el firmamento; las manzanas de oro son las nubes arreboladas de Poniente que el sol incendia cuando se hunde en el mar. Observan estos autores que el mismo vocablo griego—*mela*—significa á la vez manzanas y rebaños, y concluyen la probabilidad de que, al formarse el mito, las manzanas del jardín de las Hespérides fueran la misma cosa que los rebaños del sol poniente, es decir, las brillantes nubes del Ocaso.

Las Hespérides eran tres, según Higino: Egle, Hesperia Erica. Servio da estos nombres: Egle, Arethusa, Hesperusa;



El jardín de las Hespérides.

otros autores citan cuatro: Egle, Hesperia, Medusa, Arethusa, y aún aparecen otras tres en las obras clásicas: Erytheis, Erythia y Hesthia. Las que más á menudo se nombran son Egle (la luminosa) y Erytheis (la bermeja).

Estas hermosas vírgenes de encantada existencia, de las que algún autor dice que tenían los claros ojos continuamente fijos en las manzanas de oro, aparecen relacionadas con muchos episodios de la mitología griega. Los Argonáutas las hallaron en su camino y vieron cómo, llamadas por Orfeo, se transformaron al instante, Egle en sauce, Hesperia en álamo y Erytheis en olmo. Las manzanas de oro sirvieron para retardar la carrera de Atalanta y para premiar la belleza de Venus en el concurso de las tres diosas, como se ha dicho ya. Sólo insistiremos en algu-

nos detalles del trabajo de Hércules que consistía en llevar á Euristeo las manzanas de oro.

El héroe, partiendo de Tirynto, fué en busca de las Ninfas, las cuales le dijeron que se dirigiese á Nereo, quien le revelaría el paraje donde estaban las manzanas maravillosas. Hércules, en efecto, cogió al dios profético del mar, y reteniéndolo sujeto, á pesar de sus continuas transmutaciones, le arrancó al fin el secreto. Pasó en seguida á la Libia, y se encontró aquí con el gigante Anteo, hijo de Neptuno y de la Tierra, cuyas fuerzas renacían cada vez que ponía en el suelo la planta: para vencerlo, Hércules lo levantó en el aire, y lo ahogó entre sus brazos. Dormía el héroe, reposando de la fatiga de esta lucha, cuando fué asaltado por una multitud de Pygmeos, minúsculos enanos que habitaban en unos hormigueros excavados en la arena: se levantó, los recogió á puñados, y haciendo unas alforjas de su piel de león, los puso allí prisioneros.

Siguiendo su camino, llegó á Egipto. El rey Busiris, á quien un adivino había dicho que para remediar la escasez que se sentía era preciso inmolarse á Júpiter un extranjero cada año, se apoderó de Hércules con tal fin; mas cuando el héroe se vió atado y coronada la cabeza para el inmediato sacrificio, rompió sus ligaduras y dió muerte á Busiris, y á su hijo y á todos los de su séquito. Luego remonta el Nilo, mata á Emathión, hijo de Titón, restableciendo en el trono á su hermano Memnón; limpia los desiertos de la Libia de las fieras que los infestaban; llega al Océano, y se dirige al Asia: aquí encuentra á Prometeo encadenado, y asaetea al águila que le roía el hígado.

Al fin de este irregular itinerario, llegó al jardín de las Hespérides. El héroe penetra en el recinto sagrado, aplasta con su clava al dragón Ladón, que guardaba el árbol misterioso, y arranca los mágicos frutos. Según otra variante, las mismas Hespérides cogen las manzanas para él, como se ve en algunos vasos pintados y en una metopa del Theseión; otras pinturas representan el momento en que una Hespéride arranca las manzanas, mientras otra, á quien sus hermanas rodean, le presenta al dragón, que está arrollado al árbol, una pátera con un brebaje para adormecerlo.

Gozaba también de aceptación el relato que daba á Atlas in-

tervención en esta aventura. Hércules persuadió al gigante que fuese á buscarle las manzanas, y mientras éste cumplía el encargo, el héroe le sustituyó en su oficio de sostener la bóveda celeste. Una de las metopas de Olympia muestra á Hércules sosteniendo el cielo; á su lado una mujer, una Hespéride, ó más bien Minerva, le ayuda á llevar la pesada carga: Atlas vuelve y



Atlas.

presenta su botín. El final del episodio ofrece un detalle cómico. El gigante, gozando el alivio del peso que el destino le imponía, se brinda á llevar él mismo las manzanas á Micenas y entregarlas, fiel, á Euristeo; el héroe penetra la intención y finge aceptar la oferta, mas antes que Atlas marche, le pide que le sustituya un momento, pues quiere buscar un cojín para su espalda magullada: el gigante se deja coger en sus redes, descarga á Hércules, y éste se aleja á buen paso.

De regreso en Micenas, el héroe entrega las manzanas á Euristeo, y

al serle devueltas, se las regala á Minerva; pero la diosa las volvió al jardín de las Hespérides, en donde eternamente debían estar, porque son imperecederas.

De propósito hemos prescindido de la versión que sitúa el jardín de las Hespérides en el extremo Norte, más allá del Océano que baña los montes Rhipéos, en el país de los Hiperbóreos, porque está en contradicción con el sentir general y con la probable significación del mito.

Lamia

Su locura.—Sus monstruosos apetitos y su nefasto influjo.—Las *Lamias*; sus medios de seducción; sus lúgubres festines.

En Libia, donde tuvo origen la leyenda de Lamia, pasaba ésta por hermosa hija de un rey, de la cual se enamoró Júpiter. Los celos de Juno fueron causa de que la diosa la enloqueciera, y después de haber devorado á sus propios hijos, se retiró Lamia á lugares abruptos y se entregó á la desesperación más horrible. Diodoro refiere que, envidiosa de la dicha de otras madres, les arrebató y devoró á sus pequeños. Decíase también que Júpiter le había concedido el dón de abandonar y recobrar á voluntad los ojos; que bebía hasta llegar á la embriaguez más hedionda, y era inofensiva en ese estado, pero que después vagaba entre las sombras como siniestro fantasma, vampiro sediento de la sangre de las criaturas.

Las madres asustaban á sus hijos con solo nombrarla, y con el tiempo se le atribuyeron los funestos efectos que los excesos producen en la gracia y el vigor de los jóvenes. Una tradición le daba por habitáculo una caverna del monte Cirfis, cerca de Crissa, en Fócide; otra la naturalizaba en el país fantástico de los Lestrygones, del que llegó á ser reina.

Con estos elementos se formó una leyenda que hablaba ya

de varias *Lamias*, mónstruos representados por lo común con rostro y senos de mujer y cuerpo de serpiente, aunque algunos autores afirman que mudaban de forma á su capricho, á fin de engañar á las personas que se proponían atraer: tenían, aparte la belleza de su busto, un poderoso medio de seducción, una especie de silbido tan agradable, que los viandantes se sentían invenciblemente atraídos hacia ellas. Después de los lúgubres festines que celebraban, su aspecto era horroroso: manchadas con la sangre de las víctimas, relucían sus rostros como brasas. Sus pies eran garfios de hierro. Ovidio, en sus *Fastos*, describe unos mónstruos que tienen todos los rasgos de las Lamias, y que, en figura de demonios alados, amamantaban por la noche á los niños, suplantando á las madres, y les daban el jugo emponzoñado de sus senos.

La primitiva Lamia suponíase, á veces, ser hija de Scyla. Parece, en fin, que en número de tres, las Lamias fueron objeto de un especial culto.

XVI

Lara

Un amor de Júpiter: la náyade Yuturna.—Las habladurías de Lara; castiga el Olímpico convirtiéndola en ninfa de la infernal laguna.—Los Lares.

Lara era una náyade, hija del río Almón. Su leyenda la refiere así Ovidio:

«Sentía Júpiter impetuoso amor por Yuturna, hija de Dauno y hermana de Turno, rey de los Rétulos, sin que sus ardientes suspiros lograran quebrantar el empedernido corazón de la ninfa. Ora, al verse perseguida, huía la náyade á los bosques de avellanos, ora se hundía en las aguas y buscaba asilo entre los brazos de sus hermanas. Un día reunió el dios á las ninfas del Lacio, y pronunció estas palabras en medio del corro que formaban: vuestra compañera, al negar sus favores al rey del Olimpo, se perjudica y labra su desventura. Trabajad por ella y por mí; déme Yuturna su amor, y yo le daré cuanto me pida. Así, pues, cuando la veáis tomar carrera y precipitarse hacia el río, colocaos en la orilla y oponeos á su paso.—Dijo, y recibió formal promesa de ser obedecido por parte de las ninfas todas del Tiber. Había entre ellas una llamada Lara, Laranda ó La-

laria, á causa de su incorregible natural parlanchín; muchas veces el río Almón, su padre, le había dicho. —¡Hija mía, refrena tu lengua!—mas la imprudente, sin tener en cuenta el aviso, no vió la hora de correr á la húmeda morada de Yuturna, y de decirle: —Hermana, evita las riberas de los ríos,—refiriéndole á continuación las órdenes por Júpiter dictadas. De allí corrió al palacio de Juno, y llena de compasión hacia la engañada consorte, descubrióle la pasión de Júpiter por la hermosa náyade Yuturna. Súpolo todo Júpiter, y, furioso, dejóla sin lengua y sin palabra, como castigo á su indiscreción. Llamando á Mercurio, le dijo: —Condúcela á la mansión de los Manes, al reino del silencio; ninfa será allí todavía, pero ninfa de la infernal laguna. El mandato del padre de los dioses recibió inmediato cumplimiento; mas al penetrar los dos viajeros en sombría selva, advirtió el guía la belleza de su cautiva. Inútil fué que implorase ésta compasión con sus miradas; en vano que hiciera esfuerzos por hablar: á su tiempo fué madre de los dos Lares que velan en las encrucijadas de los caminos y tienen bajo su amparo nuestras casas».

Esta ninfa Yuturna, que despreció les amores de Júpiter, recibió culto en Roma, y se la consideraba como protectora de los matrimonios bien avenidos y de los partos felices.

En cuanto á los dos hijos de Mercurio y Lara, sus estatuas, colocadas en los cruces de las calles y de las veredas—*compita*—eran reverenciadas como imágenes de dos genios tutelares que protegían las campiñas, los caminos y los barrios: se les llamaba, en este caso, *Lares compitales*, *Lares viales*.

Además cada casa tenía sus *Lares familiares*, cuyo culto, andando el tiempo, se confundió con el de los Penates. Los *Lares familiares* eran mirados como custodios de la familia, y hasta como miembros activos de ella; los actos más importantes de la vida del hogar se ponían bajo la tutela de estas divinidades; el culto era atribución confiada al ama de la casa, quien, en señaladas fechas, debía rezar una oración á los Lares, dedicarles una corona, y verter en su honor una libación, proporcionada á la fortuna de la familia. En el comedor, junto al hogar, estaba la hornacina que contenía las estatuillas de los Lares, representados ordinariamente en número variado y en forma de niños en

distintas actitudes, teniendo á sus pies ó llevando á hombros un perro, animal que les estaba consagrado.

«¿Por qué ese animal junto al Dios?—escribe Ovidio.—Porque uno y otro custodian la casa, porque uno y otro son fieles al amo. Placen al dios las encrucijadas, lo mismo que al perro; los Lares, al igual que la jauría de Diana, caen encima de los ladrones; como los Lares velan, velan los perros».

XVII

Leucotoe

Su hermosura.—Amores con Apolo.—Despecho de Clitia—Metamorfosis de Leucotoe.

Leucotoe era una hija de Orcamo, rey de Asiria, y de Eurinoma; su espléndida hermosura fué proverbial en todo el mundo antiguo. Apolo, apasionado por ella, detenía un momento su carro centelleante para mirarla desde la altura. Cierta día el dios se metamorfoseó, y tomando la apariencia de la madre, logró fácil acceso hasta su amada.

Feliz vivía, repitiendo este ardid, la pareja; más enterada de sus entrevistas Clitia, hermana de Leucotoe, que antes había gozado los favores del Dios, despechada y llena de celos, descubrió al rey, su padre, la intriga. Indignado Orcamo ordenó que Leucotoe fuese enterrada viva y cubriese su cuerpo un montículo de arena. A Apolo le fué imposible volverla á la vida, porque no lo quería el Destino; pero regó con néctar la arena que cubría el cuerpo de su amor, y al punto se vió nacer el árbol que da el incienso.

XVIII

Meleagro

Æneo y Baco.—Las Parcas revelan los destinos del héroe.—El tizón fatal.—
La caza del jabalí de Calidón.—Atalanta.—Muerte de Toxeo y Plexippo.—
La guerra de los Curetes.—Metamorfosis de Euximeda y Melanippa.—Hijos
de Meleagro.—Mitología figurada.

En Calidón, ciudad de la Etolia, reinó en lejanos tiempos el legendario Æneo, héroe generoso y de liberales costumbres, aficionado al buen vino y á la buena mesa, en la que le placía verse rodeado de amigos. Se le reputaba como el primer cultivador de la viña; el mismo Dionisio le regaló una cepa á cambio de la buena acogida que encontró en su palacio, y luego, uniéndose á su esposa Althea, le dió también una hija, Deyanira. Por su parte, Æneo hubo con Althea dos hijos, Tydeo y Meleagro. De éste vamos á hablar ahora.

Circunstancias maravillosas ilustraron la cuna de Meleagro. Apenas contaba siete días, cuando las Parcas se aparecieron en la cámara de Althea con el fin de revelar los destinos del héroe. Le predijeron una vida corta, pero gloriosa: Clotho dijo que tendría el ánimo generoso; Laquesis, que sería valiente; mas Atropos, viendo un tizón que ardía en el hogar, pronunció estas palabras: «Meleagro vivirá mientras no se consuma ese tizón». Al oír esto, saltó de su lecho la madre, retiró del fuego el tizón y lo guardó en un cofre, decidida á prolongar la vida de su hijo.

Meleagro creció rápidamente, adquirió pronto reputación de invulnerable é invencible, y siendo todavía muy joven formó en la expedición de los Argonáutas, llevando por preceptor á Leodato, hermano natural de Eneo.

La proeza capital de su vida fué la famosa caza del *jabali Calidonio*. Ofendida la diosa Diana porque un año se olvidara Eneo de ofrecerle las primicias de su cosecha, suscitó en los campos de la Etolia el monstruo así llamado: era, según los poetas, del tamaño de un toro, con cerdas como lanzas y colmillos á manera de los del elefante; despedía por su boca un vapor tan cálido que abrasaba la vegetación; arrancaba y se llevaba por delante los árboles cuajados de frutos, y, en fin, significaba un serio peligro y un azote para la floreciente campiña de Calydón y de la próxima villa de Pleurón.

La emulación por la gloria de cazar á este monstruo ganó á los héroes más famosos de Grecia. Apolodoro, Ovidio y Pausanias citan los nombres de los cuarenta y cinco príncipes que formaron la batida, bajo la jefatura de Meleagro, el valiente heredero del trono de Calydón. Entre los más célebres y relevantes, figuran: Adrasto, de Argos; Cástor y Pólux, los hermanos de Helena; Teseo, el triunfador de Creta; Anfiarao, el adivino; Caenis, que de hembra se volvió varón, llamándose Caeneo; Atalanta, hijo del arcadio Iasos; Pirithoo, el inseparable aliado de Teseo; Hyleo, el que dió muerte á Melanión, amante de Atalanta; Jasón, de Iolcos; Laertes, padre de Ulises; Peleo, Néstor, Panopeo...

Organizada la cacería, y ya acosado el fiero animal, Equión, hijo de Mercurio, fué el primero que lanzó su dardo contra él, pero no consiguió herirlo; Jasón, no tuvo más fortuna; Mopso le apuntó con su arco, pero Diana cogió en el aire la flecha. Estos ataques sólo sirvieron para que el jabali, enfurecido, se volviera contra sus perseguidores; Pelagón y Eupalamón rodaron por el suelo; Enésimo recibió una herida en una pierna, Hyleo otra en un muslo; Cástor y Pólux disparan sus dardos, y yerran: Néstor elude la acometida de la bestia subiéndose á un árbol. Por fin, la intrépida Atalanta, una mujer, logra clavar su jabalina en la oreja del monstruo, y entonces todos los héroes, despechados, acuden en tropel: acércase primeramente Anceo

enarbolando el hacha, pero el jabalí le espera y le desgarró el vientre; Teseo, con el tumulto, hiende una encina, y Jasón mata á uno de sus perros. Meleagro fué el que ganó la gloria de rematar á la fiera: después de herirla en el lomo con su dardo, se aproximó decidido y la acabó de una tremenda estocada.

El héroe de esta aventura, admirando la belleza de la virgen Atalanta y el ardimiento que mostrara poco antes, le regaló la cabeza y la piel del animal; mas á continuación, Toxeo y



El jabalí de Calidón.

Plexippo, hermanos de Althea, llenos de envidia, le arrebatan á la heroína el presente de Meleagro, y éste, colérico, los atraviesa con su espada. Tan pronto como Althea supo el proceder de su hijo, dolorida por la muerte de sus hermanos, se acordó de la predicción de la Parca: echó al fuego el tizón que guardaba cuidadosamente, y el breve tiempo que tardó en consumirse fué el que duró la agonía de Meleagro.

Una versión, que concuerda con el relato de Homero en la *Iliada*, refería de otro modo el fin del héroe. Para vengar la muerte de Toxeo y Plexippo, hermanos de Althea, hijos de Thestio, los Curetes de Pleurón, sobre los que aquéllos reinaban, invadieron el territorio de Calydon. Mientras los combatió

Meleagro, favorito de Marte—dice Homero—los Curetes fueron batidos, á pesar de su número. Pero pronto el héroe dejó de guerrear contra ellos, impresionado por las imprecaciones de Althea, que profundamente afligida por la desgracia de sus hermanos, «de rodillas, con el seno bañado en lágrimas, golpeaba con sus manos la fecunda tierra, y conjuraba á Plutón y Proserpina para que diesen muerte al hijo nacido de sus entrañas». Quedó, pues, inactivo Meleagro, y mientras reposaba en su palacio, al lado de su esposa, la hermosa Cleopatra, los Curetes vencían á los de Calydón, y luego se agolpaban á las mismas puertas de la ciudad. Se oían ya sus gritos de victoria, y en tan crítico instante los ancianos y sacerdotes corren á suplicar á Meleagro que dirija la defensa, ofreciéndole, como premio, las más productivas tierras de la campiña de Calydón, que él mismo podrá elegir; su padre, su misma madre, sus amigos, intentan á su vez convencerlo. Nadie consigue ablandar su terquedad. Entre tanto, los Curetes abren portillo en la muralla, penetran en la ciudad y la incendian. En aquel trance, Cleopatra intenta un último esfuerzo y se presenta sollozante á su esposo, rogándole que se oponga á los horrores que á todos amenazan; entonces Meleagro no resiste más: se pone su brillante armadura, sale del palacio y rechaza á los enemigos.

No dice Homero cuál fué la muerte del héroe; más la leyenda añadía que cayó en este combate, y aun que murió á manos del Dios Apolo, que se había convertido en protector de los Curetes contra los etolios de Calydón. A la noticia de su muerte, su madre—no obstante las anteriores maldiciones—y su mujer, se mataron, desesperadas. Sus hermanas Euxímeda y Melanippa, presa de inconsolable dolor, se lamentaron sobre su tumba hasta el día en que Diana, conmovida por sus lloros, las transformó en aves y las llevó á la isla de Leros: estas aves son las pintadas, que, según frase de Antonino Liberal, «á cada retorno de la bella estación parecen renovar el duelo de su hermano». Plinio refiere que, según Sófocles en su perdida tragedia *Meleagro*, las lágrimas vertidas por estas aves en la India habían producido el ámbar.

Dícese que, terminada la guerra de los Curetes, los colmillos y la piel del jabalí Calidonio se consagraron á Diana y se sus-

pendieron en su templo de Tegea, ó en el de Minerva Alea; dicha piel, aunque falta de sus cerdas, se conservaba en tiempo de Pausanias. Augusto, para castigo de los Tegeates, que habían seguido la causa de Pompeyo, hizo conducir los colmillos á Roma: se rompió uno, pero el entero, que media cerca de dos pies, se colgó en el templo de Baco, situado en los jardines del César.

Los autores aseguran que Meleagro, en su juventud, asistió á los juegos fúnebres celebrados por Acasto en honor de su padre Pelias, y alcanzó el premio en el tiro del dardo, en cuyo arte Simónides le atribuye sin igual habilidad.

Tuvo con Cleopatra, hija de Idas y de Marpessa, á Polidora; y según Higinio, hubo de Atalanta un hijo llamado Parthenopeo.

De monumentos literarios, sólo se ha conservado la tragedia *Meleagro*, de Eurípides. En cuanto á los plásticos, la caza del jabalí de Calydón y la muerte del héroe aparecen á menudo figuradas en los bajorrelieves de los sarcófagos. Las estatuas presentan á Meleagro con los rasgos de un cazador, de pie, en actitud de reposo y con el perro al lado; la clámide se pliega en torno del brazo izquierdo, que se apoya en la cabeza del jabalí.

XIX

Píramo y Thisbe.-Pigmalión

Idilio y tragedia.—El cambio de las moras.—Un artista que se enamora de la obra de sus manos.

Píramo era un joven asirio enamorado de Thisbe, doncella apasionada y vehemente, á quien algún autor hace hija del río Asopo, añadiendo que dió su nombre á la villa de Thisbe en Beocia.

La leyenda de estos amantes, muy interesante, pero que no parece encajar en el ciclo propiamente mitológico, refiere que Píramo y Thisbe se amaban con verdadero delirio; mas como sus familias, enemistadas por odios antiguos y profundos, no consintiesen en estos amores, los jóvenes se fugaron de sus casas respectivas, conviniendo en reunirse lejos de la población, debajo de un moral que estaba junto al sepulcro de Nino.

Llegó primero Thisbe á la cita, y apenas hubo llegado, los rugidos espantables de una leona la llenaron de susto en el misterio de la noche, y huyó buscando un sitio donde esconderse: en la carrera, le cayó el velo con que cubría su cabeza: llegó la leona, y con su boca ensangrentada en otra presa, desgarró y manchó el velo. No necesitó ver más el joven Píramo al llegar poco después: el despojo sangriento y las huellas de la fiera, le enloquecen de espanto y desesperación, cree muerta á

su amada y se suicida, arrojándose sobre la punta de su acero. No tarda en volver Thisbé, extinguidos ya los rugidos que la asustaron: ve á Píramo expirante, le arranca la espada de la mortal herida, se la clava á sí misma y desplomándose sobre el cuerpo del amado, ambos confunden su último aliento en un beso de infinito dolor.

Hasta entonces, añade la fábula, eran blancas las moras; ahora son negras, y su jugo del color de la sangre.

Pigmalión era un rey legendario de Chipre, famosísimo escultor. Mirando con horror el matrimonio porque en él preveía desdichas, á causa de la escandalosa prostitución de las mujeres de Amatonte, resolvió vivir célibe. Mas la diosa de la belleza y del amor, ofendida por este propósito, dispuso las cosas de otro modo: exaltando la vanidad del artista, infundió en él una ardiente pasión por una estatua de marfil que había cincelado; el mismo Pigmalión hubo de pedir, humilde y suspirante, que la diosa animase el objeto de su amor. Venus accedió, y casándose el escultor con su obra, tuvo un hijo llamado Pafo, fundador de la villa de Pafos.

Sísifo

El más astuto de los hombres.—Le hace un mal servicio á Júpiter, y éste le castiga.—Tretas de Sísifo.—Su suplicio en los Infiernos.

Era hijo de Eolo, y, según Homero, el más astuto de los hombres: esta su astucia hizo que se le imaginase padre del ingenioso Ulises, suponiéndose que Anticleia, antes de su matrimonio con Laertes, fué raptada por Sísifo.

Decíase de este héroe, nacido en Corinto, que habiendo sabido el rapto de la gentil Egina por Júpiter, denunció los amores del Tonante y el escondrijo de la pareja al padre de Egina, Asopo, y á la celosa Juno. Enfurecido Júpiter, lo envió á los Infiernos. Allí Sísifo, ganándole la mano al dios de la muerte, Thanatos, lo apresó entre cadenas, hasta que éste, socorrido por Marte, consiguió libertarse y arrastró al condenado al interior de las sombrías moradas. Pero la mente fecunda en recursos de Sísifo, le sugirió un ardid; en la tierra, antes de su muerte, había encargado á su mujer que no le rindiese los honores fúnebres: ya ante la presencia de Plutón y Proserpina, se lamenta de la omisión de que ha sido objeto, los convence con su hábil oratoria y consigue el permiso de volver momentáneamente á la luz para cas-

tigar á su esposa. Una vez en la tierra, se negó en redondo á volver á los Infiernos: los Olímpicos tuvieron que enviar á Mercurio, quien, apoderándose del rebelde, lo condujo de nuevo al Tártaro con las debidas precauciones.

Por sus perfidias y por el delito que cometió contra Júpiter, sufre en los Infiernos un atroz suplicio: tiene que subir, con las manos y la cabeza, un peñasco enorme por la abrupta pendiente de una montaña, cuya cumbre no ha de alcanzar jamás.

Tiresias, Mopso, Tages

Las dos metamorfosis de Tiresias.—Se atrae la enemistad de Juno.—Júpiter le concede el dón de profecía y larga vida.—En los Infiernos conserva sus facultades.—Una anécdota de Plutarco.—El nacimiento maravilloso de Tages.

Tiresias, famoso adivino de Tebas, fué hijo de Evero y de Cariclo, ninfa del séquito de Minerva. Contábase que en su juventud, vió en el monte Cilene dos serpientes que luchaban entre sí: las separó, golpeándolas con su vara, y al instante se volvió hembra; siete años más tarde, volviendo á pasar por el mismo sitio, encontró dos serpientes en igual combate: las tocó con su vara, y recobró su forma primitiva de hombre.

Por haber conocido los dos sexos, Júpiter y Juno le nombraron árbitro para que decidiese una cuestión surgida entre el olímpico matrimonio, y que versaba sobre quién era más feliz, el hombre ó la mujer. El adivino falló en favor de los hombres, y Juno, que abogaba por su propio sexo, castigó á Tiresias dejándole sin vista: Júpiter entonces, por compensación, le concedió el dón de profecía y una vida más dilatada que la de todos los mortales. En efecto, la vida del ciego Tiresias fué muy larga. Luciano dice que vivió seis edades de hombre, Higino, siete, y otros autores le dan hasta once.

Contra la precedente versión de Ovidio está la de otros es-

critores, entre ellos Apolodoro y Calímaco. Según éstos, Tiresias sorprendió un día á Minerva que se bañaba en la fuente Hipocrene y la diosa lo cegó. De nada valieron las desconsoladas súplicas de Cariclo en favor de su hijo: la diosa no podía revocar las leyes del Destino, que condenaban á los que sorprendían, aún involuntariamente, con sus ojos mortales á los seres inmortales; mas para dar algún consuelo á su ninfa, Minerva dijo que Tiresias sería el más excelente adivino del mundo, y que le daría un báculo para guía de su ceguera.

Tiresias fué reconocido como uno de los adivinos más perspicaces de Grecia; sabía interpretar como pocos el vuelo y canto de los aves; los jefes de Tebas le consultaban á menudo, y vieron cumplidas todas sus predicciones. Murió en el monte Tifuso, cuando acababa de aplacar su sed en una fuente, y junto á ella fué inhumado. En la sombría morada conserva su vida, piensa y profetiza: Ulises descendió á los Infiernos para consultarle, y á su regreso á Itaca inmoló un carnero al adivino de las regiones subterráneas.

En Tebas se le honraba como á un dios y se enseñaba su observatorio y su sepulcro. En Orcomene tenía un oráculo que estuvo concurrídisimo durante mucho tiempo; mas después de una epidemia que castigó la población, se perdió la fe en él y fué olvidado. Una tradición supone á Tiresias enterrado en las márgenes de la fuente Haliarte, cerca del monte Tifuso.

Fué padre de la ninfa Manto, legendaria fundadora de Mantua, patria de Virgilio.

Hijo también de Tiresias era el adivino Mopso; según otros, nieto, por haberlo concebido Manto del cretense Rhacius. Otros autores le suponen hijo de Apolo. Gozó de gran crédito en la antigüedad; la tradición se ha complacido en conservar los términos de su certamen con Calcas, que no consignaremos por haberlos apuntado anteriormente.

Refiere Plutarco que no sabiendo cierto gobernador de Cilicia qué pensar de los dioses, pues estaba influido por la filosofía epicúrea, se resolvió á enviar cerca de ellos un espía para saber qué eran; á este efecto, le dió á su comisionado un billete cerrado que contenía una pregunta para el oráculo de Mopso; el portador de la carta, durmió, como era costumbre, en el templo, y vió en

sueños un hombre muy hermoso que le dijo: *negro*. Esta respuesta pareció incongruente á los epicúreos de Cilicia, pero el gobernador quedó maravillado, y abriendo el billete, mostró que había escrito en él estas palabras: *¿Te inmolaré un buey blanco ó negro?* Desde entonces fué muy devoto de Mopso.

Después de su muerte, recibió Mopso los honores divinos. En Malo, ciudad de Cilicia, tenía un oráculo, célebre por la claridad y la verdad de sus respuestas, y en Colofón otro también muy acreditado.

Tages ó Tagetes, nieto de Júpiter é hijo de Genio, fué el primero que introdujo entre los etruscos la ciencia de la adivinación y de los auspicios. Su nacimiento, según algunos autores, fué maravilloso. Cuenta Cicerón que pasando cierto día el arado un labrador por un campo del territorio de Tarquinia, trazó un surco profundo, y vió que en su fondo se removía la tierra y daba forma á una figura que le hablaba. Era Tages, que tenía la configuración de un niño y la prudencia de un anciano. Sorprendido el labrador, dió voces, acudió gente, y muy luego tuvo el adivino Tages un auditorio numerosísimo, ante el cual reveló cosas profundas y arcanas: sus palabras se escribieron inmediatamente. «He aquí, añade Cicerón, el fundamento de la ciencia de los arúspices».

Es probable que Tages fuera un hombre de genio, pero de extracción humilde, y que por esto los antiguos lo designaran con la expresión figurada de hijo de la Tierra. Se le atribuyen los libros rituales llamados Aquerónticos.

Las guerras de Tebas

Las hijas de Adrasto.—El recíproco odio de Eteocles y Polinice.—La embajada de Tydeo.—La *Heptarquía*.—Partenopeo.—Hipomedonte.—Capaneo.—Los siete jefes tebanos.—El sacrificio de Meneceo.—Principales episodios de la primera guerra.—La segunda expedición á Tebas: guerra de los *Epígonos*.—Manto.—Alcmeón.

Se ha dicho en otra parte cómo Eteocles y Polinice, hijos gemelos de Edipo y de Yocasta, malditos por su padre, convinieron en ocupar el trono de Tebas por años alternados. Reinó durante el primer año Eteocles, y su hermano pasó este tiempo en la corte de Adrasto, rey de Argos.

Dos hijas tenía Adrasto: Argia y Deifila. El oráculo de Apolo, al que había consultado los destinos de ellas, predijole que la primera casaría con un león, la segunda con un jabalí. Algún tiempo después se presentaron en la corte de Argos Polinice y Tydeo; traía puesta aquél una piel de león, ufanándose de llevar el traje de Hércules; venía éste, desterrado de Calydón, por haber dado muerte á Melas, hermano de su padre Ceneo, cubierto con una piel de jabalí, en memoria del que había muerto Meleagro. Al verlos, Adrasto creyó descubrir el sentido del oráculo, y dió en matrimonio su hija Argia á Polinice, y Deifila á Tydeo.

Transcurrido el año, reclamó Polinice su derecho á la coro-

na de Tebas, mas Eteocles, apoyado por su tió Creón, se negó á cumplir lo pactado, y el odio entre los dos gemelos, que ya en el seno de Yocasta, como asegura la leyenda, habían sostenido luchas, estalló violento, dando origen á la primera guerra de Tebas.

Adrasto quiso intentar una conciliación antes de apelar á las armas, y envió á Tebas, como embajador, á Tydeo. Se le obsequió allí con fiestas, en las cuales venció Tydeo á cuantos se atrevieron á medir sus fuerzas con él, mas nada consiguió de la obstinación de Eteocles. Cuando regresaba á Argos, una banda de unos cincuenta asesinos, previamente emboscados por Eteocles, le cerró el camino y se lanzó con ímpetu contra él y su corto séquito; Tydeo se defendió bravamente: sólo uno de los traidores salvó la vida.

Esta perfidia acabó con la paciencia de Adrasto. Resuelto á vengarse y á sostener por las armas la causa de su yerno Polinice, convocó á los más valerosos príncipes de la Argólida, y formó con ellos la *Heptarquía*, alianza de los siete contra Tebas. Reunidos los caudillos alrededor de un toro que acababan de inmolar, hundieron los brazos hasta el codo en la sangre de la víctima y juraron vencer ó morir en la empresa.

Esta guerra, conocida vulgarmente por la *guerra de los siete héroes*, se supone acaecida hacia el año 1226, antes de J. C. Los siete jefes eran: Adrasto, Polinice, Tydeo, Anfiarao, Capaneo, Partenoqueo é Hipomedonte. Los cuatro primeros ya nos son conocidos; Partenoqueo había nacido de la unión de Meleagro con la bella Atalanta; Hipomedonte era hijo de una hermana de Adrasto. Capaneo era hijo de Hiponoo, rey de Olena: tenía extraordinaria estatura, según Esquilo: cubierto con su armadura, semejava un gigante ó una férrea torre levantada para resistir las más violentas acometidas; guerrero valeroso, era también feroz, fanfarrón, blasfemador de los dioses: osaba jurar que ni el mismo Júpiter con sus rayos podría salvar á los habitantes de Tebas, y para mayor espanto de sus enemigos, añade Esquilo, llevaba pintado en su adarga de cobre un hombre desnudo con una antorcha en la mano, rodeado de esta inscripción: *Yo abrasaré la ciudad*. El jefe de todas las huestes reunidas era Adrasto.

En lugar de Adrasto, los trágicos Esquilo, Sófocles y Eurípides, nombran á *Eteoclo*, hijo de Ifis, y en vez de Partenopeo, otros autores nombran á *Mecisteo*, hermano de Adrasto.

Por su parte los tebanos, para defender las siete puertas de su ciudad, eligieron siete jefes: Eteocles, Actor, Hyperbio, Lathenes, Melanippo, Megareo, Polyfontes.

Sabido es que la expedición contra Tebas motivaba censuras del adivino Anfiarao: el Destino tenía reservado á los invasores un completo desastre. Una desgracia, presagio de



Juramento de los siete caudillos. (De Flaxman.)

las sucesivas, ocurrió en el bosque de Nemea. La esclava Hipsipila, que había sido reina en Lemnos, vigilaba allí los juegos del niño Ofelto, hijo del rey de Nemea, Licurgo; al llegar, de paso, el ejército de la Heptarquía, Hipsipila se alejó, abandonando al niño, para guiar á los caudillos á una fuente, y Ofelto fué mordido por una sierpe venenosa. Mataron al reptil Adrasto y sus compañeros, rindieron los honores fúnebres al tierno príncipe, y siguieron su camino entristecidos.

Cuando desde los muros de Tebas se dió vista al ejército enemigo, Eteocles consultó al adivino Tiresias sobre lo que habría de hacerse para la salvación de la ciudad; el adivino contestó que Marte exigía, á cambio de la victoria, la inmólación del más joven entre los príncipes descendientes de Cadmo: sa-

bido esto, Meneceo, hijo de Creón, sin que le disuadiesen las súplicas de su padre, se arrojó del muro y aseguró con su muerte el triunfo de su patria.

La campaña fué breve. Según Esquilo y Eurípides, los invasores atacaron inmediatamente con desnudo la población; salieron á hacerles frente los tebanos, y se trabó una batalla reñida y sañuda que se mantuvo indecisa por algún tiempo: ambas partes pelean con valor, suenan formidables los golpes, corre á torrentes la sangre. Tydeo cae frente á la puerta *Prétide*, mortalmente herido por Melanippo; Anfiarao, que intentaba el asalto por las puertas *Homoloides*, llega á poco junto á su compañero y le presenta la cabeza de Melanippo: mas perseguido al instante por Periclemeno, que le descarga reiterados golpes, sólo debe su salvación al favor de Júpiter, que entreabre la tierra para acogerlo. Dominando el fragor de la pelea, la recia voz de Eteocles se deja oír desde lo alto de una torre, quien provoca á su hermano á un combate singular. Los dos ejércitos presencian silenciosos el feroz duelo, y cuando los hermanos caen mutuamente atravesados, y la trágica sombra de Yocasta se desploma sin vida entre sus hijos, se reanuda en un supremo choque la batalla, y á poco los argivos emprenden precipitada fuga.

Según Estacio, los acontecimientos se desarrollaron de este modo: el primer día Tydeo, que llevaba ventaja en el asalto, muere á manos de Melanippo; en el segundo, huye Anfiarao, se lo traga la tierra, y los argivos se retiran; en el tercero, ambos ejércitos libran una batalla sobre las márgenes del Ismeno, y los argivos se acercan á los muros: Hipomedonte, que asalta la puerta *Oncea*, cae á los golpes de Ismaro: Partenopeo, después de realizar brillantes hazañas, perece á manos de Anfídico frente á la puerta *Electra*. El cuarto día, Meneceo se sacrifica por la salud de su pueblo y los argivos intentan otro asalto á la ciudad: Capaneo se lanza á la puerta *Ogygica* profiriendo horribles blasfemias y un rayo de Júpiter lo reduce á cenizas; retroceden los argivos, se celebra el duelo de Eteocles y Polinice, y en la noche inmediata los sitiadores levantan el cerco. De los siete héroes argivos, sólo Adrasto salvó la vida, merced á la velocidad de su caballo, de raza inmortal, Arión.

Terminada la guerra, Creón, que ocupó el trono de Tebas,

ordenó que quedasen insepultos los cadáveres de los enemigos. Ya dijimos en otro lugar cómo Antígona consiguió rendir los honores fúnebres á su hermano Polinice, y cómo, por lo que respecta á los demás guerreros muertos en la contienda, el esfuerzo de Teseo consiguió la revocación del bárbaro decreto de Creón, que tanto ofendía los sentimientos de la antigüedad clásica. En cuanto á las cenizas de Capaneo, fueron enterradas en sitio aparte, por haber muerto de rayo: su esposa Evadne, que había desdeñado por él al dios Apolo, se arrojó á la hoguera que consumía los restos de su marido.

Adrasto se consagró, apenas llegado á su ciudad, á preparar activamente una segunda expedición que vengase los descalabros de la primera. Diez años hubo de consumir en los necesarios preparativos, según los autores: al fin pudo ponerse en marcha el ejército, mandado por siete jefes, hijos de los siete caudillos de la primera guerra: por eso á ésta se la llamó la guerra de los *Epigones*, es decir, descendientes. Eran los siete jefes: Alcmeón, hijo de Anfiarao; Thersandro, de Polinice; Polidoro, de Hipomedonte; Diómedes, de Tydeo; Thesimeno ó Promaco, de Partenopeo; Stenelo, de Capaneo; y Egialeo, que acompañaba á su padre Adrasto. Por consejo del oráculo, el mando superior lo llevaba Alcmeón, aunque Píndaro se lo otorga á Adrasto, y Eurípides á Egialeo y Diómedes.

La batalla decisiva se dió en las márgenes del río Glissas, y en ella, por más que los tebanos pelearon con valor, fueron completamente derrotados. La única víctima de los argivos en este encuentro fué precisamente Egialeo, el hijo del único jefe que se salvara en la primera guerra, quien pereció á manos de Leodamas, hijo de Eteocles: el valiente Alcmeón vengó en seguida esta pérdida, dando muerte á Leodamas. Retirados á los muros de su ciudad, los tebanos consultaron al adivino Tiresias, y éste les quitó toda esperanza: era decreto fatal que Tebas se perdiese, y la entregaron al ejército vencedor, que entró en ella y la destruyó por el hierro y por el fuego. De sus habitantes, unos emigraron á Iliria en caravana lamentable, otros tomaron el camino de Tesalia y se establecieron al pie del monte Tmolos. Adrasto, aunque vencedor, quedó sumido en profunda aflicción por la muerte de su hijo Egialeo, y á poco murió de

pena en Megara; esta ciudad, Sicione y Atenas le tributaron honores divinos.

Cuenta la tradición que en el saqueo de Tebas, Manto, la hija de Tiresias el adivino, cayó en poder de Alcmeón, quien tuvo en ella dos hijos, Anfiloquio y Tisifonia; según otras variantes, Manto fué enviada al templo de Delfos, y otras la suponen viajando á Italia, donde dió nombre á la ciudad de Mántua, ó bien desterrada al Asia, donde las lágrimas que vierte por la pérdida de Tebas, forman un lago junto á la ciudad que le da asilo.

Se dijo anteriormente que Alcmeón, por cumplir la venganza que su padre le encargara, inmoló á su madre Erifila. A consecuencia de este crimen, vagó por distintas comarcas de Grecia, en busca de hospitalidad y purificación. En Arcadia, el rey Fegeo lo admitió á su trato y le dió en matrimonio su hija Arsinoe. Pero bien pronto el héroe, continuando su éxodo, se manchó con un nuevo delito: encontró en su camino á su hija Tisifonia, y sin reconocerla al pronto, la hizo su mujer. Se dirigió entonces al oráculo de Apolo, y obtuvo por respuesta que no sería completa su purificación hasta que llegase á un lugar que no hubiese sido alumbrado aún por el sol cuando levantó el brazo contra su madre. Este lugar creyó encontrarlo al fin en las islas Equinadas, recién salidas del mar, en donde el rey Aqueloo le dió terrenos para fundar una ciudad, y la mano de su hija Calirroe, con quien contrajo el héroe matrimonio, sacrificando el amor de su anterior esposa Arsinoe. Y añade la leyenda que á manos de los hermanos de ésta perdió la vida Alcmeón.

Después de su muerte, fué colocado en la categoría de los héroes, y como á tal se le rindieron honores y se le erigieron altares en varias ciudades de Grecia.

La guerra de Troya

Situación de Troya.—Reyes primitivos.—Laomedonte.—Hércules y Hesione.—
La embajada de Paris: raptó de Helena.—La asamblea de Argos: los griegos
se aprestan á la guerra.—Contingentes griegos y troyanos.—Las seis *fatal-*
dades.—El sacrificio de Ifigenia.—Abnegación de Protesilao.—Acciones de
guerra durante los nueve primeros años.—Altercado entre Aquiles y Aga-
menón.—Enojo de Aquiles.—El Caballo de madera.—Destrucción de Troya.

La guerra de Troya es el acontecimiento más célebre y la empresa de mayor entidad en que ejercitaron su magno esfuerzo los héroes de la raza helénica. Bien sea este suceso puramente mitológico, bien deba reconocérsele, como parece obligado, algún fundamento histórico, lo cierto es que marca la transición entre los tiempos fabulosos y el comienzo de la Historia.

A partir de esta guerra, debelada Troya, las costas del Asia menor se hacen accesibles á las emigraciones griegas, y en ellas fundan las ciudades de la Hélade florecientes colonias.

Troya, *Bonnar-Bachi*, populosa y rica ciudad del Asia menor, capital de la Tróade, construída á orillas del Escamandro ó Xantho, próxima al monte Ida y al cabo Sigeo, distaba unas cuatro millas del mar.

La genealogía incierta y fabulosa de aquellos tiempos nos presenta como reyes primitivos de Troya á Escamandro y á Teucro. Por el año de 1480 antes de J. C., reinó Dárdano, fun-

dador de la dinastía de los Dardánides, á la cual pertenecieron Erichthonio, Tros, Ilo, Laomedonte y Príamo.

El dios Neptuno, que había auxiliado á Laomedonte en la construcción de las murallas de la ciudad, irritado porque el rey se negaba á pagarle el precio de sus trabajos, suscitó un monstruo marino que desolaba las costas de la Tróade. Preciso fué para el bien general que Hesione, hija de Laomedonte, quedase expuesta á la furia del monstruo. Hércules libertó á la princesa: rompió las cadenas que la tenían aprisionada y dió muerte al monstruo neptúnico: la recompensa de su hazaña consistió en magníficos caballos, y Hesione, que aceptó seguir al héroe. Éste, que se dirigía con los Argonáutas á la Cólquide, pidió á Laomedonte que le conservase en depósito la princesa y los corceles, hasta que regresara de su viaje. De vuelta Hércules en Grecia, Telamón, rey de Salamina, se presentó como embajador en la corte de Laomedonte, reclamando el doble premio del valor del héroe su amigo: Laomedonte, fiel á su carácter, se negó á lo pactado. Al saberlo Hércules, indignado por esta perfidia, marchó á Troya, la cercó, dió muerte al rey, y raptando á Hesione, se la dió en matrimonio á Telamón.

Príamo, sucesor de Laomedonte, envió á Grecia á su hijo Paris con el encargo de reclamar á Hesione. Expeditivamente cumplió Paris su embajada. Marchaba con dirección á Salamina, cuando se detuvo en la corte de Menelao, rey de Lacedemonia, se enamoró de Helena, mujer de este héroe, la raptó y juró no restituirla sino en el caso de que Hesione, su propia tía, fuese devuelta á Troya.

Toda la Grecia se dispuso á vengar este ultraje; pero antes se acudió á la negociación. Fueron enviados embajadores á Príamo, exigiendo reparación del agravio. El rey de Troya se encerró en una negativa rotunda: puesto que los griegos habían robado á Medea, hija de Eetes, y recientemente á Hesione, su propia hermana, no debían esperar ahora ninguna satisfacción.

Esta respuesta fué la señal de la guerra. Los enviados de todos los pueblos griegos celebraron asamblea general en Argos, ó tal vez en Micenas, donde reinaba Agamenón, hermano de Menelao y el monarca más poderoso de la Grecia, ó bien, según otros autores, en Larisa, por ser Peleo, padre de Aquiles, el que

podía disponer de mayores contingentes marítimos, y acordaron la distribución de los soldados de tierra y naves que habían de prestar las ciudades respectivas.

Homero hace ascender la flota de los griegos á mil setenta buques; este número sube, en otros autores, á mil doscientos, y Virgilio lo reduce á mil naves. El ejército de desembarco se componía, según Tucídides, de setenta y cinco mil combatientes. Por generalísimo del ejército de mar y tierra fué nombrado, unánimemente, Agamenón, rey valeroso y opulento, que tenía bajo su cetro Micenas, Sicione, Corinto, y otras muchas ciudades.

Homero, en el segundo canto de la *Iliada*, enumera, acompañando brillantes descripciones de las comarcas respectivas, los príncipes griegos que se embarcaron para esta guerra y las fuerzas que cada uno aportó. Entraron en la confederación griega los pueblos y héroes siguientes: los arcadios, con Agapenor; los atenienses, con Menestheo; los argivos, con Diomedes, Stenelo y Eurialo; los beocios, con Thersandro y otros cuatro caudillos; los de las islas de Cos, Nisiro y Calidnias, con Antifo y Fidippo; los cretenses, con Idomeneo; los duliquios y equinades, con Meges; los espartanos, con Melenao; los eleenos, epeos y carios, con Anfímaco y Polixeno; los etolios, con Thoas; los eubeos, con Elefenor; los foceos, con Squedio y Epistrofo; los de Iolcos y Feres, con Eumelo; los de Ithaca y Cefalonia, con Ulises; los locrios, con Ajax, hijo de Oileo; los de Megara y Salamina, con Ajax, hijo de Telamón; los de Ithoma y Ccalia, con Podaliro y Macaón, hijos de Esculapio; los mesenios, con Néstor; los minios de Orcomene, con Ascalafó y su hermano Ialemo; los mirmidones, con Protesilao y Filoctetes; los rodios, con Hepolemo, hijo de Hércules; los tesalios, con Aquiles.

Cuanto á los troyanos, contaron con los siguientes aliados y auxiliares: los abantes de Eubea, conducidos por Elfenor; los de Abidos, Arisbe, Percoto y Sesto, por Asio, hijo de Hirtaco; los de Adrastrea, Apeso, Pytiea y monte Teres, por Adrasto y Anfo; las Amazonas, por su reina Pentésilea; los ciconios, por Eufemo; los dardanios, por Eneas, Arquíloco y Athamas, hijo de Anthenor; los frigios, por Forcis y Ascanio; los licios, por



Priamo recibe a Pentestilea, reina de las Amazonas.

Sarpedón; los misios, por Chromis; los paflagonios, por Pilemenes; los pelasgos de Larissa, por Hippotoo y Pileo; los persas y etiopes, por Memnón; los tracios, por Rheso; los tracios del Helesponto, por Acaamas, hijo de Eusoro; los de Zelea, al pie del monte Ida, por Licaón.

Los mismos dioses se dividieron en bandos, sin que Júpiter lograra la concordia en el Olimpo. Neptuno, Apolo y Hércules, agraviados por antiguas ofensas, y Juno y Minerva, ofendidas por la preterición de que fueron objeto en el juicio de Paris, apoyaron á los griegos. Los troyanos sólo tuvieron la protección especial y constante de Venus, quien consiguió atraer á su partido á Júpiter: también el Xantho ó Escamandro, río-dios de la Tróade, se pronunció por los troyanos y los defendió contra los ataques de los griegos. Aquiles estuvo en una ocasión á punto de perecer en las aguas del Escamandro y del Simois, tributario de éste: los dos ríos, decididos á interceptar la marcha del héroe enemigo, juntaron sus corrientes y se desbordaron furiosos; fué preciso que Vulcano, por recomendación de Juno, abrasara la llanura arrojando oleadas de fuego en las dos orillas, de modo que quedaran los cauces casi en seco: el Simois y el Xanto juraron entonces no alterar

en adelante el curso á que estaban destinados.



Para lograr la toma de Troya era indispensable, según los adivinos, que se cumpliesen *las seis fatalidades*. Consistían estas condiciones en:

- 1.º Contar á un descendiente de Eaco entre los caudillos del ejército sitiador.
- 2.º Poseer las flechas de Hércules.
- 3.º Arrebatar el Paladión colocado en la ciudadela de Troya.
- 4.º Impedir que los caballos de Rheso, rey de Tracia, bebiesen el agua del Xantho.
- 5.º Matar á Troilo, el menor de los hijos de Príamo, y destruir el sepulcro de Laomedonte.
- 6.º Tener en la hueste á Telefos, hijo de Hércules y Augé, rey de Misia.

La primera fatalidad se cumplió mediante la asistencia del esforzado Aquiles, que descendía de Eaco por su padre Peleo; y muerto el héroe, los griegos procuraron el mantenimiento de la condición, atrayendo á su hueste al hijo que Aquiles había tenido con la hermosa Deidamia, antes del comienzo de la guerra. A este fin, Ulises y Diómedes se dirigieron á Grecia en busca del joven Pirro que á la sazón sólo contaba doce años; su deseo de gloria y las promesas de Menelao, quien por boca de los enviados, le ofreció riquísimos tesoros y la mano de su hija Hermione, le movieron á embarcarse para Troya. Desde entonces se le conoció con el nombre de Neoptolemo, joven guerrero. Y apenas llegado, acreditó su heroica sangre, dando muerte á Eurípilo, guerrero aliado de Príamo, que inspiraba terror en las huestes sitiadoras.

Las flechas de Hércules.—Filoctetes, el arquero más famoso de Grecia, recibió de Hércules, como legado, el arco y las flechas envenenadas con la sangre de la hidra de Lerna, á condición de no revelar el lugar del sepulcro del héroe, ni el en que estas armas se custodiasen. A esta promesa faltó Filoctetes, persuadido por la oratoria de Ulises: señaló con el pie el lugar donde las flechas se guardaban, y armándose con ellas, entró á formar parte del ejército griego. Una de las saetas le cayó á poco en el pie, como castigo á su perjuro, y le causó profunda herida. Los

agudos dolores le hacían lamentarse día y noche, y el hedor que la úlcera despedía, alejaba á todos sus compañeros. Éstos decidieron abandonarlo. Llegada la flota griega á la isla de Lemnos, los expedicionarios, aprovechando un profundo sopor que allí se apoderó del herido, lo dejaron en la playa.

Nueve años vivió en aquella isla Filoctetes, alimentándose de las alimañas que cazaba; su herida iba á peor, y en todo ese tiempo ni una nave se acercó á la costa. Pero, entre tanto, los griegos no hacían grandes progresos en el sitio: se acordaron de la predicción de las flechas y comisionaron á Ulises para recoger á Filoctetes. Después de prorrumpir en dicterios, éste se dejó convencer, y embarcó para Troya; los hijos de Esculapio, Macaón y Podaliro, le curaron la herida, aunque dejándolo cojo, y las terribles saetas de Hércules diezmaron las filas de los troyanos.

El Paladión.—Era una estatua de Minerva, á la que se tributaba gran veneración. Representaba á la diosa sentada ó, según otros autores, de pie y en actitud de marchar, teniendo en una mano, una asta ó pica, y en la otra una rueca y un huso. Esta estatua, de tres codos de altura, cayó del cielo, según afirma Dionisio de Halicarnaso, junto á la tienda de Ilo, cuando este rey ponía los cimientos de la ciudadela de Troya.

Ulises y Diómedes se propusieron robar el Paladión, y lo consiguieron llegando sigilosamente á la ciudadela troyana, con extremada audacia y no menor fortuna, y dando muerte á la sacerdotisa y á los guardas del templo en que se custodiaba la imagen, luego de lo cual emprendieron veloz fuga. Una tradición refería que los dos griegos sólo vieron lograda su arriesgada empresa merced á la traición de Heleno, hijo de Príamo, que les auxilió en venganza de no haber obtenido la mano de Helena, á quien pretendía, después de muerto Paris.

Algunos autores aseguran que los griegos no robaron el verdadero Paladión, sino una estatua del mismo tamaño y forma que estaba colocada en sitio visible, con objeto de burlar á los que tuviesen idea de apoderarse del venerando simulacro. Añaden que Eneas llevó el verdadero Paladion á Italia, y que los romanos lo conservaban en el templo de Vesta.

Los caballos de Rheso.—Estos caballos, «más blancos que la nieve y más ligeros que el viento», fueron también robados por Diómedes y Ulises, en una expedición nocturna que realizaron al campamento troyano: sorprendidos en el sueño Rheso y sus tracios, sufrieron gran matanza, y los preciosos corceles pasaron á poder de los griegos, cumpliéndose así otra de las fatalidades de Troya.

La muerte de Troilo.—Este hijo de Príamo fué muerto, en los primeros años del sitio, por el impetuoso Aquiles, que lo persiguió hasta obligarle á buscar refugio en el altar de Apolo; y ya aquí, apeándose Aquiles de su carro, lo atravesó con la espada, en el momento en que el valiente Héctor salía de los muros para socorrer á su hermano.

El sepulcro de Laomedonte fué destruido por los mismos troyanos, al romper los muros para facilitar la entrada del caballo que les traía la ruina.

Telefos.—Hallándose herido Telefos, rey de Misia, Ulises recogió un poco de herrumbre de la lanza de Aquiles, y aplicada que fué á la herida, quedó ésta instantáneamente curada. Viendo en ello una señal de la voluntad de Hércules, Telefos abrazó la causa de los griegos.

La flota griega se reunió en el puerto de Áulide y esperó viento favorable para atravesar el Helesponto. Por largo tiempo hubo de esperarlo: no se mostraban los dioses propicios. El adivino Calcas anunció que la dilatada calma que detenía las naves no cesaría hasta que se sacrificase á Diana, indignada contra Agamenón, una princesa de la familia de los Atridas: la hija de Agamenón, Ifigenia, fué la víctima señalada. No vaciló el rey; se preparó la pira, y cuando ya iba á consumarse el cruel sacrificio, Diana, compadecida, sustituyó una cervatilla en el lugar de Ifigenia. A continuación, hinchó las velas próspero viento y la flota emprendió su viaje.

Llegados los griegos á las playas de Troya, no tardaron en advertir que sus enemigos, considerándose bastante fuertes para salir del abrigo de los muros, les presentaban batalla. Mostrábase los griegos remisos en saltar de las naves; un oráculo ha-

bía predicho que el primero que pusiera los pies en la playa perdería la vida: entonces Protesilao se ofreció voluntariamente al sacrificio, lanzóse á tierra, y su heroica muerte fué el principio de un rudo combate, en el que todos los caudillos realizaron prodigios de valor: por parte de los troyanos, Cicno cayó en primera línea, después de realizar grandes proezas. Siguió á esta lucha un largo armisticio entre ambas partes; los sitiadores se ocuparon en formar su campamento, poniéndose á cubierto con elevadas trincheras, y los sitiados procuraban mejorar sus fortificaciones: unos y otros evitaban ser sorprendidos.

En otro lugar hemos referido la predicción del adivino Calcas de que la guerra duraría diez años. Durante los nueve pri-



Sacrificio de Ifigenia.

meros, los sitiadores conquistaron muchas poblaciones que habían tomado las armas en favor de los troyanos: Aquiles se apoderó de Abidos, Adrastea, Arisbe, Chryse, Cila, Lirnesso, Pedaso, Pytiea y Zelea. Ajax devastó la Tracia; y otros caudillos subyugaron el reino de Cicno, obligando á los pueblos sometidos á que surtieran de granos al ejército.

Las acciones de guerra que se realizaron en los nueve primeros años, aparte las conquistas mencionadas, se redujeron á tenderse emboscadas mutuamente, quitarse los ganados que pacían en los campos, y hacer prisioneros á los campesinos que se ocupaban en la labranza llevándolos á vender á los países inmediatos. Los griegos habían establecido su campamento en la orilla del mar, cerca del promontorio Sigeo; tenían varadas las naves y se resguardaban detrás de una fuerte muralla. En este campamento se amontonaba y se distribuía el botín, siendo la

distribución de lo conquistado motivo de resentimiento para Aquiles, quien decía que Agamenón, sin separarse nunca de su tienda, guardaba siempre para sí la mejor parte.

La rivalidad entre los dos caudillos se manifestó en forma violenta en el décimo año del sitio. La guerra había entrado en una fase activa; todas las fuerzas juntas atacaban la población, y ésta se habría rendido pronto si un incidente entre el esforzado Aquiles y el poderoso Agamenón no retrasara el deseado final. Expugnada la ciudad de Tebas por los griegos, del conquistado botín formaban parte dos hermosas cautivas, Cryseis y Briseis: la primera correspondió á Agamenón, la segunda á Aquiles. El padre de Cryseis, Cryses, sacerdote de Apolo, visitó el campamento de los griegos, é imploró con lágrimas en los ojos la devolución de su hija; pero rechazado por el soberbio Agamenón, invocó la cólera del dios y le pidió reparación del agravio. Apolo atendió las súplicas de su ministro, y á poco sus ardientes dardos, atacando primero á los animales, luego á los hombres, desarrollaron una terrible epidemia que desolaba el campamento. Los jefes, reunidos en consejo, excogitaron medios para conjurar el azote; la opinión de Aquiles, no obstante la resistencia de Agamenón, prevaleció: devolver á Cryseis, y aplacar al irritado Apolo sacrificándole hecatombes. La discusión entre Aquiles y Agamenón había sido viva y apasionada, llena de apóstrofes y feroces insultos; en su ira, Agamenón había amenazado con que le robaría á Aquiles su cautiva Briseis, por quien el hijo de Peleo sentía extremado amor; y, en efecto, antes de que el acuerdo del consejo se llevase á la práctica, ya dos emisarios del rey de Argos arrebataban de la tienda de Aquiles á la hermosa Briseis.

La indignación del héroe ofendido tomó una forma singular. Seguro de su fuerza y de su incontrastable empuje, cierto de que, sin su esfuerzo, Troya jamás se rendiría á los griegos, adoptó la resolución de negar á los compatriotas el auxilio de su brazo: meses y meses permaneció inactivo en su tienda, y en tanto los griegos no cesaban de sufrir tremendos descalabros, hasta el punto de verse en inminente peligro de que los troyanos incendiasen sus naves. Así se veía logrado el ruego de Aquiles á su madre Thetis: «Preséntate á Júpiter, abraza sus

rodillas y alcanza de él que proteja á los troyanos, que vencidos los griegos sean acosados hasta sus naves y las saladas ondas, para que de este modo entiendan todos la temeridad de su rey y vea éste cuán mal hizo en cubrir de ignominia al más esforzado de todos los griegos».

La abstención y cólera de Aquiles, episodio importante de la guerra y asunto del inmortal poema de Homero, *La Iliada*, sólo cesó por la muerte de Patroclo, amigo queridísimo del héroe: Aquiles, ardiendo en deseos de venganza, depuso sus iras contra Agamenón, revistió de nuevo las armas, entró en combate, y dando muerte al principal caudillo de los troyanos, Héctor, cambió el aspecto de la guerra.

No obstante, finalizaba el año décimo, y la predicción de Calcas no se cumplía: Troya no se entregaba. Cansados los griegos de sostener un sitio tan largo, y de perder su gente en ataques infructuosos, apelaron entonces á una estratagema. Del siguiente modo la describe, en su *Eneida*, Virgilio:

«Construyen los griegos por arte divino de Minerva un caballo grande como un monte, cuyos costados forman con tablas de abeto bien ajustadas, y divulgando la especie de que aquéllo es un voto para alcanzar feliz regreso, consiguen que así se crea. Allí, en aquellos tenebrosos senos, ocultan con gran sigilo la flor de los guerreros designados al efecto por la suerte, y en un instante llenan de gente armada las hondas cavidades y el vientre todo de la gran máquina.

»Hay á corta distancia de Troya una isla llamada Tenedos, muy afamada y opulenta cuando estaban florecientes los dominios de Príamo, y hoy reducida á una ensenada, fondeadero poco seguro para buques. Hacia allí se dirigen las naves griegas, después de haber sido levantado con gran estrépito el campamento, y se ocultan en los senos de la desierta playa, mientras creían los troyanos que habían dejado los enemigos libre el campo y alzado definitivamente el sitio, enderezando el rumbo á Grecia. Con esto vuelve la tranquilidad á Troya, después de su largo duelo; ábrense las puertas; para todos es un placer salir de la ciudad y ver los campamentos dóricos, los sitios ya libres de enemigos y la abandonada playa...

»Algunnos se maravillan al ver la funesta ofrenda consagrada

á la virginal Minerva, y se pasman de la enorme mole del caballo, siendo Temetes, hijo de Laomedonte, el primero en aconsejar que se lleve á la ciudad y se coloque en el alcázar; bien fuese traición en venganza de haber perecido su mujer y sus hijos por orden de su hermano Príamo, ya lo tuviesen así dispuesto los hados de Troya. Pero Capis, y con él los más avisados, querían, ó que se arrojase al mar aquel traicionero engaño, sospechosa obra de los griegos, ó que se le pusiese fuego por debajo, ó que se barrenase á lo menos el vientre del caballo y se registrasen sus profundas cavidades. Con esto el inconstante vulgo andaba dividido en encontrados pareceres».

Iba logrando mayoría el de llevar el caballo á la ciudad. Entonces la profetisa Casandra, hija de Príamo, comenzó á recorrer las calles de Troya, llorosa y tendidos los cabellos, prediciendo á gritos la ruina de la patria; pero, como tenían por costumbre, los troyanos no dieron valor alguno á sus palabras. También Laoconte, gran sacerdote de Neptuno, se opuso, con enérgicos apóstrofes, á la introducción del funesto caballo, á cuyo costado lanzó su venablo, como ejemplo de la suerte á que se le debía destinar. Todo inútil. Los dioses tenían decidida la perdición de la ciudad de Príamo. Dícese que, á consecuencia de las palabras de Laoconte, tembló la tierra, y el sacerdote de Neptuno quedó ciego. Las argucias de Sinón completaron entonces la ofuscación de los troyanos. Era Sinón un joven guerrero griego; se fingió fugitivo, perseguido por los suyos; logró con su artera elocuencia captarse la confianza de los troyanos, y éstos creyeron su embuste: que la diosa Minerva había dado muestras de su cólera por el robo del Paladión, que los griegos, para aplacarla, habían construido, como voto, el caballo de madera, y que habían dado á éste proporciones tan colosales á fin de que no pudiera pasar por las puertas de Troya, pues el adivino Calcas había predicho que, si los troyanos llegaban á introducir en su ciudad el caballo, el Asia conquistaría un día el Peloponeso.

Después de estas palabras, y del trágico fin de Laoconte, que pereció con sus hijos entre los anillos de dos enormes serpientes surgidas del mar, no vacilaron más los troyanos; echaron cuerdas á la pesada mole, pusieronle ruedas debajo de las

patas para que mejor se deslizase, y abrieron brecha en la muralla. «Así escala nuestros muros la máquina funesta, preñada de guerreros—dice Eneas en la *Eneida*;—en torno niños y doncellas van entonando sagrados cánticos y recreándose á porfía en tocar la cuerda con su mano. Avanza aquélla en tanto y penetra amenazadora hasta el centro de la ciudad... Cuatro veces se paró la terrible máquina en la misma abertura practicada, y cuatro veces se oyó resonar en su vientre un estridor de armas. Avanzamos, no obstante, desatentados y ciegos en nuestro delirio, y colocamos el fatal monstruo en el sagrado alcázar. De nuevo nos reveló Casandra nuestros fatídicos destinos, sin ser creída tampoco, y los troyanos ¡infelices! para quienes era aquél el día postrero, iban por la ciudad ornando con festivas enramadas los templos de los dioses. Gira en tanto el cielo, y la noche se precipita en el Océano, envolviendo en sus dilatadas sombras la tierra y el firmamento y los insidiosos ardides de los enemigos. Esparcidos por la ciudad, quedan en silencio los troyanos, y profundo sopor se apodera de sus fatigados cuerpos».

En aquella lúgubre noche, mientras estaban entregados al sueño los troyanos, salieron del vientre del caballo los guerreros escondidos, franquearon las puertas de la población al resto del ejército, y unidos todos los sitiadores, se entregaron al incendio y á la matanza. La mayor parte de los habitantes fué pasada á cuchillo; los supervivientes fueron reducidos á esclavitud; la ciudad, convertida en inmensa hoguera, fué, en breve espacio, un montón de ceniza. Así se cumplieron los destinos de Troya.

En opinión de Pausanias, el caballo de madera fué, en realidad, una máquina de guerra, inventada por Epeo, hijo de Panopeo; máquina de hierro acondicionada para batir muros, como la que después se llamó ariete, y con la cual los griegos llegarían á abrir brecha en las murallas de Troya. De otro modo, añade el citado autor, habría que suponer á los troyanos unos insensatos, sin sentido común.

La ruina de Troya aconteció, según Eratóstenes, el año 1184 antes de J. C. Otros autores dan la fecha de 1209, antes de J. C. Según Herodoto, sucedió en el año del mundo 2743, esto es, 1270 antes de J. C. Se calcula que en esta guerra murieron

886.000 griegos y 676.000 troyanos; cifras evidentemente exageradas.

Algún tiempo después, se erigió una nueva Troya á treinta estadios de las ruínas de la antigua; pero esta villa no alcanzó nunca prosperidad: en tiempos de Estrabón, estaba casi destruída. Se conjetura que César, que se llamaba descendiente de Eneas, había pensado trasladar á esta población la silla del nuevo imperio, y que Augusto concibió el mismo propósito; se supone que Horacio, consiguió disuadir á éste con una de sus mejores poesías.

Modernamente se ha generalizado la idea de que la causa positiva de la guerra de Troya fué la ambición de los griegos, deseosos de establecerse en las costas del Asia Menor, creyéndose que el rapto de Helena fué sólo un pretexto.

XXIV

Helena

Su incomparable hermosura.—Numerosos pretendientes que tuvo: homenaje de Ulises.—Su casamiento con Menelao.—La rapta Paris.—Su entrada en Troya.—Diversas tradiciones acerca del rapto de Paris.—Deifobo.—Reconciliación de Helena y Menelao.—Accidentado viaje de los esposos á Esparta.—Pasa gloriosamente á nueva vida Menelao.—Variedad de versiones sobre el fin de Helena.—Honores que se le rendían.—Helena, como símbolo.

Según la más difundida tradición de los griegos, Helena, la mujer de peregrina hermosura, por quien dos pueblos lucharon hasta el exterminio de uno de ellos, fué hija de Júpiter; su madre fué Leda, la esposa de Tíndaro, rey de Esparta: era Helena, por tanto, hermana de Clitemnestra y de Cástor y Pólux. No obstante, Hesíodo la hace hija del Océano y Tetis, y algunos autores escriben que, apasionado por Némesis el padre de los dioses, consiguió sorprenderla, á pesar de sus numerosas metamorfosis en monstruos marinos y animales terrestres, y la hizo madre de Helena, la cual fué confiada á Leda para que la criase y la educase. Atheneo y Plutarco dicen que el huevo que encerraba á Helena cayó maravillosamente de los cielos en el seno de Leda.

El nombre de esta mujer extraordinaria tiene el privilegio de evocar la perfección de la belleza femenina: á lo largo de las generaciones, la poesía antigua y moderna ha entonado un cá-

lido coro de alabanzas á su hermosura única. Homero, no encontrando palabras en el lenguaje de los hombres para ponderarla, ni imágenes en la Naturaleza para describirla, dice que sólo á los inmortales podía Helena compararse. Herodoto, Eurípides, Virgilio, Propercio, Ovidio, Tibulo, le han dedicado sus más brillantes epítetos. Quintiliano observa, en honor de tan rara beldad, que los troyanos no vacilaron ni un momento entre devolverla á los griegos ó perecer. Y en efecto, hasta en el último año de la guerra, después de tantas pérdidas y horrores, los defensores de Troya caían con una frase de admiración á Helena en sus cárdenos labios, y los inútiles ancianos, que no podían abandonar el recinto de las murallas, exclamaban, viéndola cruzar con su paso de diosa, mientras se oía amortiguado el fragor del sangriento combate:

—Por tal mujer justo es pelear y sufrir.

Apenas entrada en la adolescencia, la fama de sus encantos habíase extendido por todas las comarcas de la Hélade. Atraídos por esta nombradía, Teseo y Piritoo raptaron á Helena del templo de Diana, donde se distraía bailando; Teseo, al partir para Epiro, la dejó en cinta en poder de su madre Ethra; pero liberada Helena por sus hermanos, Cástor y Pólux, fué conducida á Esparta, donde dió á luz una niña, Ifigenia, cuya educación fué confiada á Clitemnestra.

Esta aventura no fué inconveniente para que la mano de la gentil princesa fuera solicitada por cuantos jóvenes de real nacimiento vivían entonces en el territorio de Grecia: entre sus numerosísimos pretendientes merecen ser citados, por más célebres, Ajax, Anfiloquio, Idomeneo, Menelao, Patroclo, Diómedes, Eumelio, Filoctetes, Ascalafo, Polixeno, Polipetes, Protesilao y Teucro; Ulises quiso también figurar en la lista de aspirantes, aunque no con verdadero deseo de ser el preferido, pues amaba á Penélope, sino como homenaje á la mujer más hermosa de Grecia.

Difícil era la elección. Tíndaro no se atrevía á inclinar el ánimo de su hija, y ésta no parecía tampoco decidida á favor de ningún pretendiente. Por fin Ulises, á condición de que Tíndaro le ayudase á obtener la mano de Penélope, procuró una solución: consistía en que todos los pretendientes, deponiendo rivalidades,

garantizasen la libre elección de Helena, juramentándose para castigar todos juntos al aspirante que se atreviese á disputarle la esposa al que resultase preferido: así lo convinieron, y entonces, alejado todo peligro, Helena se pronunció por Menelao, hermano de Agamenón. De este matrimonio, que ocupó en breve el trono de Esparta por la muerte de Tíndaro, nacieron dos hijos, llamados Morrafió y Dieto, y una hija, Hermíone.

Los primeros tiempos de esta unión fueron felices. Mas en ocasión en que Menelao se ausenta para ir á Creta á recoger la herencia de su tío Creteo, se presenta el hermoso Paris, que viajaba por Grecia, en la corte de Esparta. La diosa Venus habíale prometido á éste, el día en que Paris le otorgara el premio de la belleza, la posesión de la mujer más hermosa del Universo, de aquélla que era entre los mortales su viviente imágen; y cuando Helena recibía afable al extranjero, otorgándole todos los honores de la hospitalidad, la diosa, sentándose junto á ella, inflamó su corazón encareciendo la hermosura de Paris, y la estatua de la Persuasión, puesta detrás de la hija de Leda, consumó la obra en que tomaban parte principal los ardientes requerimientos del troyano. Huyeron de Esparta los dos amantes y se dirigieron á Ilión (Troya).

El anciano Príamo, que reinaba en esta ciudad patriarcalmente con su esposa Hécuba, rodeado de sus cincuenta hijos, recibió con amor á la gentil extranjera y la admitió como nuera en su hogar. La extraordinaria belleza de Helena, las riquezas que llevaba consigo, la memoria del rapto de Hesione, que ahora se consideraba vengado, todo esto explica que mereciera de los troyanos acogida favorable. Nada pudieron en contra las siniestras predicciones de Casandra: veía ésta próxima la ruína de la floreciente ciudad de Príamo, ciudad que renaciera más fuerte y opulenta después de destruida por Hércules, y que veía preponderar su influencia en el Asia Menor, por medio de numerosas alianzas: execraba la adivina á la funesta mujer que había de traerles la perdición á todos. Pero los troyanos jamás la escucharon.

De la anterior versión, que es la de Homero en la *Iliada*, se apartan varias tradiciones del rapto de Paris. Niegan algunos que Helena siguiese voluntariamente al príncipe troyano; le

opuso, por el contrario, firme resistencia, y al fin partió con él engañada. Este engaño consistió, al decir de otros, en dar Venus á Paris la apariencia de Menelao, de modo que, al seguirle, creyó Helena acompañar á su esposo. Hay quien escribe que, cazando Helena en el monte Parthenios, Venus hizo que se encontrase con el seductor, y tomándole aquélla por una divinidad, le siguió hasta la playa, de donde fué arrebatada violentamente. En fin, según Herodoto, *el padre de la historia*, Helena no llegó á entrar en Troya: una tempestad obliga á los fugitivos á arribar á las costas de Egipto, y Proteo, rey del país, expulsa de sus dominios á Paris y retiene á Helena con todas sus riquezas, para restituirlas á Menelao. Troya, añade Herodoto, no habría consentido en verter la sangre de sus hijos por una frágil mujer y un veleidoso mancebo; sin embargo, y á pesar de las protestas de los troyanos, los griegos no creen que Helena se halle en Egipto, y ponen sitio á la ciudad: cuando la guerra llega á su final, comienzan á creer lo cierto, y Menelao marcha á Menfis, donde le es entregada su esposa.

Todavía se encuentran autores que, en lugar de Paris, ponen como raptor á Teseo, el cual la lleva á Egipto y ruega á Proteo que se la guarde, sin conseguirlo, pues éste se la entrega á Menelao, y otros que niegan el rapto, afirmando que Helena no llegó á casar con Menelao, sino que prefirió á Paris sobre los príncipes griegos que la pretendían, de donde provino el despecho de todos ellos y la expedición contra Troya.

Pero la tradición más admitida parte del hecho del rapto por Paris, y refiere que la amante pareja vagó largo tiempo por los mares; que Nereo surgió de las aguas, profetizando á los fugitivos interminable serie de males; que en la isla de Citerea accedió Helena por vez primera á los deseos del seductor; que en las costas del Ática nació el primer hijo de esta unión, Bunico; y que por Egipto, después de comprar en Sidón riquísimos tejidos y numerosas esclavas, se encaminaron al Asia los amantes hasta entrar por las puertas de Troya.

Por su parte Menelao, vuelto á Esparta, y descubierta la traición de su esposa, envió heraldos á todos los príncipes de Grecia, comunicándoles el suceso y recordándoles su juramento de coligarse contra el que arrebatase á Helena al esposo libre-

mente por ella elegido. A poco se reunía la asamblea general en Micenas y se acordaba la expedición vengadora.

Ya en Troya, tuvo Helena, de Paris, tres hijos más, Aganio, Corito, Ideo, y una hija de su mismo nombre. Durante el sitio, Homero nos la presenta serena y altiva, pesarosa, no obstante, de las desgracias ocasionadas por su sino, y llena de un instintivo desdén hacia Paris, cuya indecisión é intermitentes bríos contrastan con el valor y la firmeza de Héctor. Cuando Paris cae en la muralla, herido por una de las flechas de Filoctetes, se entrega Helena á Deifobo, otro hijo de Príamo, tal vez en gratitud de haber sido él quien con más ardor abogara por ella á su llegada á la ciudad.

Su incomparable belleza se conservaba siempre lozana y deslumbrante: calculan los mitólogos que en la época de la guerra cumplió setenta años, y, sin embargo, su fresca tez y el fulgor sereno de sus ojos la mostraban joven y hermosa como Venus. Y así, bella y serena, hizo objeto de una traición á su último amante Deifobo. En la trágica noche del incendio de Troya, después de haberle escondido las armas, condujo á los invasores á la cámara del infortunado hijo de Príamo, y presencié impasible las horribles mutilaciones que le infligieron. Luego su belleza la hizo salir victoriosa de un trance difícil. Corría Menelao, desatinado y furioso, por las estancias del palacio en busca de la infiel; el rencor y el despecho, la renaciente ira del enconado ultraje, el feroz gozo de la venganza próxima, mordían su corazón ansioso de exterminio; su espada buscaba el seno, tantas veces criminalmente fecundo, de la mujer fatal; y cuando la tuvo delante, su luciente mirada tranquila le fundió el enojo en blandura, cayó inútil la espada, y el azorado corazón del héroe palpité sobre el más fuerte de la bella, y los labios ardorosos se unieron á los labios desleales.

Tomaron los reconciliados esposos el camino de Esparta. Su nave sufrió la suerte común á los vencedores, que sólo después de grandes penalidades consiguieron arribar á sus playas nativas; los dioses sembraron de tempestades su derrotero y les enviaron múltiples trabajos: numerosísimos buques se perdieron, incontables héroes perecieron antes de ver el cielo de la patria. Pues, como dice Homero, «no todos los caudillos habían obser-

vado las leyes de la justicia y piedad, y esto fué para muchos causa de perdición».

Una horrorosa tempestad que le sorprendió cerca del cabo Maleo, hizo perder á Menelao la mayor parte de sus naves. Con cinco que salvó del desastre pudo llegar á Egipto, y allí hubo de permanecer siete años, suspirando siempre por la patria; recorrió Libia y Fenicia; volvió á Egipto, donde vertió en honor de los dioses copiosas libaciones y consagró los sacrificios que antes descuidara; y siéndole, al fin, concedidos vientos favorables, que le condujeron rápidamente á Esparta, entró en su hogar á los dieciocho años de su partida.



Rapto de Helena.

La inmarcesible belleza de Helena mereció de los espartanos clamorosa y jubilosa acogida. Y aún vivieron felices ambos esposos y reinaron en paz muchos años. Llegada su postrera hora, el tránsito de Menelao fué glorioso. «La Grecia, cuenta Homero, no tuvo que llorar su muerte. Los inmortales lo condujeron con vida á los confines de la tierra, á los Elíseos Campos, donde reina el rubio Radamanto y transcurren sin interrupción dichosos días, donde no se conocen nieve ni hielos, ni jamás empañan las nubes la tersura del cielo, donde, en fin, el grato aliento de los céfiros que envía el Océano conserva grata frescura. De tan gran beneficio gozó como esposo de Helena, como yerno de Júpiter».

Cuanto á Helena, las tradiciones varían. Consigna una versión que, después de la desaparición de Menelao, fué arrebatada.

al cielo y colocada entre los astros, formando desde entonces con su hermano Pólux la constelación de Géminis. Según Pausanias, dos hijos naturales de Menelao, Nicostrato y Megapento, la expulsaron de Esparta; desde aquí se dirigió á pedir hospitalidad á la reina de la isla de Rodas, Polixia, la cual fingió otorgársela espléndida y leal; pero guardando á Helena rencor por la muerte de su marido Tlepolemo, que pereciera en el famoso sitio, hizo que sus esclavas la ahogasen en el baño y expusiesen su cadáver colgado de un árbol. Algunos autores escriben que fué inmolada por Ifigenia, al paso que Eurípides la supone asesinada por Orestes.

Recibió los honores divinos; los rodios le erigieron suntuoso templo; su sepulcro se veía en Terapne, junto al de Menelao. La tradición constante de todos los griegos reconocía su belleza como digna de la inmortalidad.

«Al igual que los rodios, los lacedemonios alzaron también templos para honrar su memoria; dedicáronle gímnicas fiestas, y contábase que el poeta Estesícoro, por haberse atrevido á ultrajarla, quedó de repente ciego; instruído por las Musas de la causa de su ceguera, retractóse en otro poema, y la divina heroína le devolvió la vista. En Eurípides, es Apolo, el dios solar, el que arrebató de la tierra á la hija de Zeus (Júpiter) para transportarla á las brillantes mansiones del Olimpo, donde tiene feliz existencia en compañía de Heracles (Hércules), de Hera (Juno) y de Hebe, y participa de los honores atribuídos á sus hermanos los Tindárides (Cástor y Pólux), extendiendo desde allí, como ellos, su protección á las naves expuestas á los azares del mar. Según otra versión, Tetis condújola, después de su muerte, á la isla de Leuké para ponerla en brazos de su hijo Aquiles, de ella enamorado.

»Helena era en Laconia objeto de rendidos homenajes por parte de las doncellas, las que en las fiestas llamadas *Helenia* hacían procesiones semejantes á las de Artemis (Diana); las vírgenes deformes se trasfiguraban en su templo, recibiendo resplandores de purísima belleza, y las madres creían asegurar á sus hijos las perfecciones de la hermosura llevándolos al santuario de Terapne, centro de su culto. Al parecer, estuvo éste asociado en cierto modo al de los árboles, y, según vemos en

Teócrito, cuando las jóvenes laconias cantaban el himeneo de Helena y Menelao, prometían suspender una corona de loto de las ramas de frondoso plátano, verter al pie del árbol el aceite de un jarro de plata y escribir en la corteza: «Respétame; soy el árbol de Helena». En la isla de Rodas, colonizada por los dorios, llevaba el santuario de Helena el nombre de *Dendritis*, y suponíase que su alma vivía, como la de una ninfa hamadriada, en un árbol sagrado, en cuyas ramas se colgaba en ciertos días una imagen que la representaba» (Decharme).

Los siguientes párrafos de Castelar expresan, con la elocuencia propia del gran tribuno, la significación ideal que, ante la moderna cultura, ha llegado á adquirir la figura de Helena.

«Su belleza no tiene límites, como no los tiene la belleza del arte; es la visión purísima que adormece al divino poeta Homero cuando canta, la idea que tiñe con sus reflejos la frente de Fidias cuando anima el mármol. Es la hermosura perfecta, porque vive en el cielo de las ideas, la hermosura que, alejándose del mundo, va á perderse, como los sueños de los dioses, en la luminosa región de las eternas armonías. Desde tan alto punto, como tipo de toda obra artística, exhala un suspiro de amor, y la Naturaleza, palpitante de esperanza, se transfigura y hermo-sea en su purísimo seno.

»Así se explica cómo los indomables héroes caen de rodillas á sus pies y adoran su hermosura; cómo su amor nunca se agota ni su belleza se empaña; cómo, objeto de tantas caricias, juguete de tantos caprichos, se conserva siempre pura; cómo, después de haber caído en brazos de Paris, Egisto proclama sus virtudes, y, destruída Troya, Grecia la recibe en sus palacios y levanta á su memoria preciosísimos é inmortales templos. Es la idea que embriaga todas las inteligencias; el amor que trastorna todos los corazones; la armonía que el alma entiende sin que la razón sepa analizarla; es, en fin, el arte, pero el arte griego, que por más alto que se levante y más grande que aparezca, es panteísta, como patrimonio de todas las clases, como estrella de todos los entendimientos. Así cada uno de los héroes que la adoran representa una de las nacionalidades distintas de Grecia, y en el día en que el peligro de perderla amenaza, se levantan todas las nacionalidades distintas á rescatarla; porque

Grecia comprende que Helena es el título sagrado con que ha de presentarse un día á pedir á la gloria el laurel de la inmortalidad.

»El Oriente comprende que el viento del destino arrebatara de sus sienes la diadema de las artes. Presiente que Grecia está destinada á dominar el mundo por la fuerza de su inteligencia y por el poder de su gloria. Sabe que su sér se le escapa, porque la idea primordial que preside al desarrollo del espíritu humano, abandonando su templo, vuela, conducida en alas de las auras á otras regiones y á otros horizontes. La Humanidad despierta de su letargo. Nuevo Adán, arranca sus misterios al mundo de las sombras y se envuelve en el manto de la divinidad con que había ornado á la Naturaleza. El Oriente, fiel á su destino, no puede consentir que el hombre, esa pasajera aura de una tarde, quebrante con fuerte planta la cabeza de sus misteriosos dogmas. Así envía á su hijo Paris á arrebatara la inspiración artística á Grecia.

»Pero todavía su poder no ha muerto y logra que el arte se acuerde de que sus adoradores primeros fueron los orientales, y se abandone á sus brazos para respirar las auras que arrullaron la cuna de la Humanidad.

»Entonces dos mundos, dos civilizaciones empuñan sus espadas y se lanzan arrogantes al combate. No pelean por una mujer, no; pelean por el porvenir de sus razas, por la idea que los anima, por el presentimiento de que al arruinarse una de ambas civilizaciones, arrastrará en sus escombros sus dogmas y sus artes. En esta guerra gigantesca luchaban las fuerzas como un resultado de las ideas. Si á orillas del Escamandro se reúnen legiones innumerables como las flores de la primavera, con armaduras más relumbrantes que encendidas selvas, en Asia la sabiduría griega, personificada en Ulises, y la sabiduría oriental, personificada en Antenor, combaten con las armas de la razón por Helena; por aquella hermosura á cuyas plantas sacrificaba Grecia sus hijos y vertía Troya su sangre.

«El Oriente no había arrancado más que la forma. La idea se evaporó en los brazos de Paris. Sensual, pidió amor, y los dioses lo condenaron á gozar una sombra. Si hubiese pedido sabiduría, inspiración, Helena fuese suya, y Grecia, falta de su

idea, hubiera dormido tal vez para siempre en brazos del olvido. Se dejó arrastrar por el materialismo y murió castigado por su propia elección, porque el materialismo en arte y en filosofía es infecundo para crear é impotente para conocer. Pero fué necesario que el principio fundamental del arte griego volase á Oriente para que no se rompiese la mística y hermosa cadena que con indisoluble lazo une todas las manifestaciones del espíritu humano. Helena, al volver de Troya, trajo en su frente los misterios del arte oriental y en sus ojos la luz espléndida de aquel ardiente sol. Así fué el sér misterioso que vió nacer de su corazón la literatura más grande que han cultivado los hombres».

Príamo

Su carácter.—Sus numerosos hijos.—Hécuba.—Dolor de Príamo por la muerte de Héctor.—Patética entrevista con Aquiles.—Últimos momentos del rey de Troya.—Pirro-Neoptolemo.—Metamorfosis de Hécuba.

Bosquejaremos las figuras de los principales guerreros defensores de Troya, comenzando por Príamo, su monarca; presentaremos luego las siluetas de los más ilustres caudillos del ejército de los griegos, y para nuestro propósito seguiremos, como fuente principal, ese monumento imperecedero de la literatura griega que se llama la *Iliada*, de Homero.

Príamo era hijo de Laomedonte y le sucedió en el trono. Llamábasele Podarcés, á causa de su extremada agilidad. Su carácter equitativo y conciliador le inclinaba á las soluciones de concordia y repugnaba la violencia; dice Homero que Príamo era un buen príncipe, aunque débil, pues nunca supo negar á sus hijos lo que le pedían: ésta fué, sin duda, una de las causas de su terquedad al oponerse á devolver á Helena. Mas cuando su padre dejó á Hércules, libertador de Hesione, sin la recompensa prometida, procuró por todos los medios de la persuasión evitar esta injusticia y la guerra que veía próxima.

Dícese que Hércules, vencida Troya, premió sus buenos

oficios cediéndole la ciudad y poniéndole en su trono. Distintas versiones aseguran que Podarcés fué llevado cautivo á Grecia con su hermana Hesione, y que, pasado algún tiempo, se obtuvo su rescate, de donde provino su nombre de Príamo (*Priamái*, comprar).

Casó con Hécuba, la cual hacen algunos mitógrafos hija del río Sangaro, y otros hija de Dimas ó de Cisseo, ó de un rey de Cilicia. Cincuenta hijos y un número casi igual de hijas nacieron de este matrimonio y de las concubinas del rey. Entre los hijos, distinguidos todos por su valor y su belleza, fueron los más famosos Héctor, Paris, Deifobo, Heleno, Antifo, Polités, Polidoro, Hipponoos, Pammón, Troilo, Glauco, Idomeneo, Licaón, Lisímaco. Entre las hijas fueron las principales Casandra, Polixena, Iliona, Creusa, Laodice.

Á la felicidad doméstica de Príamo se unía el esplendor de su reino, que había renacido más próspero y pujante después de la humillación infligida por Hércules, llegando á ejercer una verdadera hegemonía en el Asia menor. El deseo de Príamo de recobrar á Hesione, ya esposa de Telamón, trajo la definitiva ruina de Troya: una flota puesta por el rey bajo la conducta de su hijo Paris se dirigió á Grecia, á fin de traer á Hesione, pero en lugar de su princesa, los troyanos vieron maravillados entrar por las puertas de su ciudad á Helena.

Durante la guerra, Príamo, que por su ancianidad se ve reducido á la inacción, sufre el dolor de ver morir á casi todos sus hijos. Héctor, el mayor, y á quien amaba sobre todos los demás, sucumbe también á los golpes del terrible Aquiles, y su cadáver, atado al carro del vencedor y arrastrado por el campo, va á ser expuesto por los enemigos á la voracidad de las aves carniceras, y va á tener la suerte más ominosa que en la antigüedad pudiera concebirse: la privación de sepultura. El dolor de Príamo se desborda, y con senil energía apresta su carro, y se dirige con un solo acompañante, rechazando súplicas y consejos, al campamento de los enemigos.

Entre las sombras de la noche se le aparece Mercurio y le guía entre las tiendas, hasta llegar á la de Aquiles, sin ser de nadie advertidos. La escena, que reproduciremos de la *Iliada*, es un momento interesante de la vida de Príamo, y acusa con mar-

cado relieve el carácter de los dos héroes. El anciano se abraza á las rodillas del matador de su hijo, y dice:

—«Aquiles, semejante á los dioses, acuérdate de tu padre, que cargado de años como yo, llega á los confines de la muerte. Quizá en este mismo momento, asediado por vecinos poderosos, no tiene quien le proteja en el inminente peligro; pero sabe que vives, y abriendo el corazón á la esperanza y al contento, cree cada día verte llegar de Ilión. Yo también ¡más que nadie infortunado! tuve hijos valerosos en esa ciudad que ha tanto tiempo combates, y creo que ahora no me queda ni uno solo para consuelo de mi dolor. Cincuenta eran, cuando llegaron á estas riberas los griegos, y casi todos han sido víctimas del insaciable Ares. El único que me restaba, el que podía vengar á sus hermanos y defender nuestras murallas, mi Héctor, ha sido inmolido por ti peleando por su patria. Por él he venido á tu tienda; para rescatar su cuerpo, te traigo esos ricos dones. Teme y respeta á los dioses ¡oh, Aquiles!, compadécete de mí en memoria de tu padre, y piensa que he tenido ánimos para hacer lo que nadie en la tierra hizo: llevar á mis labios la mano del que mató á mi hijo.

»Estas palabras despiertan en el ánimo de Aquiles penoso recuerdo, y retirando la mano apartó blandamente al anciano. Uno y otro prorrumpen en llanto. Príamo, prosternado á los pies del vencedor, lloraba al valeroso Héctor; el héroe derramaba lágrimas por su padre, y también por el querido Patroclo. Llenaban sus sollozos el ámbito de la tienda, y al fin Aquiles, con el corazón más aliviado á fuerza de llorar, se levantó y levantó al noble monarca, y mirando compadecido sus venerables canas, le dijo:

«Infortunado mortal, mucho has pasado. ¡Atravesar solo un campamento enemigo y presentarte al destructor de tu linaje! De bronce es tu pecho, anciano. Descansa ahora en ese sitio, y por intenso que sea nuestro dolor, sepamos contenerlo, pues en vano proferiríamos amargas lamentaciones. Voluntad es de los dioses que los días de los míseros mortales sean un tejido de infortunios; sólo á ellos es dado gozar de perfecta ventura. Al pie del solio de Zeus hay dos urnas profundas: contiene la una nuestros males, la otra nuestros bienes; cuando el dios nos

hace partícipes de ambas, es nuestra vida un compuesto de dicha y de desgracia; mas aquél que recibe su porción únicamente en sombrías penas, es objeto de insulto y menosprecio: devoradores pesares lo persiguen en la tierra, y, sin cesar errante, le alcanza siempre el oprobio de los dioses y los hombres. Peleo vióse desde su nacimiento colmado de rarísimos dones: superior á los nacidos por el esplendor y las riquezas de su cuna, reina en Tesalia; aunque mortal, le conceden los dioses una divinidad por esposa; pero á la vez quisieron que también él conociese la desgracia. En lugar de mirarse rodeado en su palacio de numerosos herederos de su cetro, sólo tiene un hijo destinado á morir en la flor de su edad; cuando la ancianidad de mi padre necesitaría tenerme como báculo, permanezco en esta alejada ribera y amontono sobre ti y tus hijos las desdichas. Tú también ¡oh, anciano! viste floreciente tu imperio; afortunado poseedor de los preciados tesoros de Lesbos, de Frigia y del dilatado Helesponto, acreció tu gloria la numerosa prole en que te viste renacer; pero tanta felicidad ha sido turbada por los dioses, que han desencadenado sobre Ilión los horrores de la guerra y diariamente hacen caer á sus defensores al pie de los muros. Y pues no hay mortal libre de males, soporta ¡oh, anciano! con valor tus penas y no alimentes en tu alma un dolor eterno. Vanos son tus pesares, y no evocarán á tu hijo de las sombrías riberas; más bien has de esperar siempre nuevas desgracias.

—»No pretendas que me siente y descanse, replicó Príamo, en tanto Héctor permanezca junto á tu tienda privado de sepultura. Devuélveme su cuerpo, consiente que mis ojos de nuevo lo vean. Acepta los ricos dones que te traemos, y quieran los dioses que puedas gozar de ellos y regresar felizmente á tu patria.

—»Anciano, dijo el impetuoso Aquiles, acompañando sus palabras con miradas coléricas, cesa de irritarme. Antes de rogármelo tú, había decidido entregarte el cuerpo de tu hijo, obediente á la voz de mi madre, la hija de Nereo, que vino á ordenármelo por mandato de Zeus; y seguro estoy ¡oh, Príamo! de que sólo un dios ha podido guiarte á nuestro campamento. Sin tal auxilio, no habría mortal, por grandes que fuesen su valor y audacia, que lograra burlar la vigilancia de nuestras guardias ni

penetrar con tanta facilidad por la puerta de mi tienda. No sigas, pues, excitando mi enojo, ó teme que, aun suplicante, te arroje de mi presencia y viole las órdenes divinas.

»Calló asustado Príamo, y Aquiles, seguido de Automedonte y Alcimio, que, muerto Patroclo, son sus compañeros favoritos, salió de la tienda. Desuncieron los caballos y las mulas, introdujeron en la tienda al heraldo, y descargaron del carro los dones destinados al rescate del muerto, no omitiendo sino dos ricos mantos y una fina túnica para cubrir el cadáver á su vuelta á la ciudad. Llama luego Aquiles á sus cautivas y les manda lavarlas y perfumarlas, sin que lo vea Príamo, temiendo que, despertándose otra vez el dolor del padre á la vista de su hijo, se encendiera también de nuevo su furor é inmolase quizá al doliente anciano, con menosprecio de las leyes de Zeus. Ejecutadas sus órdenes, Aquiles, con sus amigos, pone el cadáver en el brillante carro, y suspirante dirige estas palabras á la sombra de Patroclo:

—»No te enoje ¡oh, Patroclo! si á tu noticia llega en los Infiernos, que haya entregado á su padre el cuerpo del noble Héctor. Los dones que trae no son indignos, y fiel al deber santo entre todos, guardaré parte de ellos y consagraré los demás á tus queridos manes.

»Volvió Aquiles á la tienda, y sentándose delante de Príamo, le dijo:

—»Quedan cumplidos tus deseos, anciano. Tuyo es el cuerpo de tu hijo; al apuntar la aurora puedes llevarlo á la ciudad. Ahora piensa en tomar algún alimento. También Niobe consintió en cuidar de su existencia, aun perdidos doce hijos, seis varones y seis hembras, en la flor de la juventud. Apolo inmoló á los primeros con su arco de plata; Diana mató á éstas con sus crueles dardos. La soberbia Niobe había osado compararse con Latona, diciendo ser madre de numerosa prole, mientras que la diosa sólo había tenido dos hijos; pero éstos exterminaron á los de la ensoberbecida rival. Durante nueve días permanecieron tendidos entre charcos de sangre; no quiso nadie sepultarlos, pues Zeus mudó en piedra los corazones de aquella gente. Por fin, apiadados los dioses, les dieron sepultura, y Niobe, seca la fuente de sus lágrimas, no se negó á sustentar su apenada

existencia. Y eso que era tan profundo su pesar que, transformada en peña en el desierto monte de Sipylo, donde tienen sus antros las Náyades, que tejen graves danzas en las márgenes del río Aqueloo, todavía parece llorar su desgracia. Esforcémonos, pues, noble anciano, en desechar nuestra aflicción; tiempo tendrás y libertad para llorar á tu hijo, cuando conducido á Ilión, le tributes los fúnebres honores.

»Y diciendo esto se levanta é inmola una oveja de plateado vellón. Sus compañeros la desuellan, la dividen, y en largas picas acercan á las llamas las tajadas. Automedonte distribuye el pan, apilado en frágiles cestas, y ofrece á Aquiles la sabrosa carne. En el transcurso de la comida, Príamo, fijos los ojos en Aquiles, no cesaba de admirar su noble continente y majestuosa estatura, que le hacían semejante á los inmortales; maravillado á su vez el héroe, miraba al hijo de Dárdano, y sentíase influido por la venerable y dulce expresión de su semblante y por los atinados conceptos que brotaban de sus labios. Largo tiempo se admiraron mutuamente, y al fin dijo el anciano:

—»Concede que me retire, ilustre héroe, y que ceda á la solitud del sueño. Desde que mi hijo espiró al esfuerzo de tu brazo no se han unido mis párpados, ni he cesado de llorar, dando pábulo al dolor, tendido en mi patio, entre ceniza. Hoy que, á tus súplicas, he tomado alimento y he acercado á mis labios la copa, será también la primera noche en que me abandone al descanso.

»Oyendo ésto, mandó Aquiles á sus servidores y á sus cautivas que aprestasen en el pórtico lechos con pieles, purpúreos tapices y mantas de blanda y velluda lana, y dirigiéndose á Príamo le dijo:

—»Noble anciano, en el pórtico hallarás dos camas dispuestas: aquí turbarían tu reposo los griegos que, aun de noche, vienen á consultarme y á recibir mis órdenes. Dime: ¿cuántos días te serán precisos para tributar al gran Héctor las últimas honras? Durante ellos suspenderé mis planes y refrenaré los impulsos de mis huestes.

—»Si accedes á que se celebren tranquilamente los funerales del ilustre Héctor, repuso Príamo, guardaré ¡oh, Aquiles! eterna gratitud. No ignoras que, encerrados en la ciudad, gran

distancia nos separa del monte y bosque que han de proporcionarnos la leña. Nueve días, si lo consientes, consagraremos al llanto en nuestras casas; el décimo comenzarán los funerales é invitaremos al pueblo al fúnebre banquete; el día siguiente levantaremos la pira, y después volveremos á la lucha, si la necesidad lo ordena.

—»Venerable Príamo, dijo el héroe, tus deseos serán satisfechos; no he de permitir que antes de ese plazo se encienda otra vez el fuego de la guerra.

»Y esto diciendo, para sellar la promesa, puso su mano en la de Príamo.

»Dioses y guerreros, abandonados á las dulzuras del sueño, estaban sumergidos en profundo reposo; pero no Mercurio, quien constante protector de los hombres, preparaba los medios de conducir á Príamo á Ilión, sin ser visto por las guardias del campamento. Inclinado á la cabecera del rey, que dormía agitado por solícitos afares, le dijo:

—»¿Cómo no piensas, anciano, en los peligros que te rodean? ¿Cómo, después de la rara suerte de ser respetado por Aquiles, puedes conciliar el sueño entre enemigos? El rescate de tu hijo te ha costado subido precio; pero si Agamenón y los caudillos se enteran de tu venida, yo te aseguro que tus restantes hijos, para rescatarte, habrán de entregar á los griegos diez veces más de lo que tú has traído.

»Sobresaltado por estas palabras, despiértase Príamo y despierta al heraldo. Mercurio, que ya tiene prestos los carros, los guía por el campamento, y á poco salen á campo libre, sin haber sido vistos ni oídos. Llegados á las hermosas orillas del Xanto, el dios se separó de ellos y regresó al Olimpo».

Los últimos momentos del rey de Troya están descritos con sobria elocuencia en la *Eneida* de Virgilio, en la briosa relación que hace Eneas del trágico fin de la ciudad.

»Había en la parte trasera del palacio de Príamo una puerta recatada que daba acceso á todas las habitaciones, y por donde la infortunada Andrómaca, en los tiempos de nuestra felicidad y pujanza, acostumbraba á pasar sin séquito á la cámara de sus suegros, llevando al niño Astianax á que su abuelo lo viese. Por allí subo al tejado del palacio, desde donde los míseros teucros

lanzaban dardos con impotente mano. Alzábase inmediata, como suspendida en los aires, una alta torre, desde donde toda Troya solía contemplar las naves de los griegos y sus campamentos. Socavándola en derredor con picos de hierro por las juntas, ya muy desmoronadas, de los altos sillares, la arrancamos de sus cimientos y la empujamos, haciéndola derrumbarse de pronto con espantoso estrépito sobre los griegos, causando horrible estrago en sus apretadas filas; pero al punto otras suceden á éstas, y sobre ellas llueven sin cesar piedras y todo linaje de proyectiles.

»Delante del vestíbulo y en el primer umbral estaba Pirro, lleno de júbilo, resplandeciente con los fulgores metálicos de



Priamo suplica á Aquiles la entrega del cuerpo de Héctor.

sus armas: tal se aparece á la luz del día la culebra que, apacitada de hierbas ponzoñosas y entumecida, ocultaba el invierno debajo de tierra, cuando mudada la piel, y brillante de juventud, enroscado el terso lomo, levantando el pecho y erguida al sol, vibra la trisulce lengua. Juntamente con él invaden el palacio y arrojan sus incendiarias teas á los techos el corpulento Perifas, Automedonte y otros famosos guerreros. A su frente Pirro, blandiendo un hacha de dos filos, hace pedazos los fuertes dinteles, arranca de sus quicios las ferradas puertas, y rajando los robustos robles y haciéndolos astillas, abre ancha brecha. Véanse entonces el interior del palacio y sus espaciosas galerías, y aparece la morada de Priamo y de nuestros antiguos reyes.

»Todo era allí tumulto y miserables lamentos, resonando las bóvedas con dolorosos alaridos de mujeres, que llegaban hasta las fúlgidas estrellas. Despavoridas las matronas vagan por las

espaciosas salas, se abrazan á las puertas y estampan en ellas sus labios. Con su heredado brío arremete Pirro; ni barreras ni guardias bastan á atajarle el paso; tiemblan las puertas al continuo impulso del ariete, y caen arrancadas de sus goznes. La fuerza se abre camino, no hay muro que resista, y los griegos invasores, acuchillando á los primeros que se les ponen por delante, ocupan todo el palacio; no con tanta violencia cuando se desborda, rotos los diques, espumoso río, y cubre con sus ondas los collados, se derrama por los campos, furioso y soberbio, arrastrando ganados y rediles. Yo vi á Neoptolemo, ébrio de sangre, y á los dos Atridas en el umbral del palacio; vi á Hécuba y á sus nueras, y á Príamo en los altares, ensangrentando con sacrificios las hogueras que él mismo había consagrado. Los cincuenta tálamos de sus hijos, esperanza de numerosísima prole, los artesones de oro, los ricos despojos de los bárbaros, todo es ruinas; lo que las llamas no abrasan es presa de los vencedores griegos.

»En medio de aquella espantosa ruína, Príamo, débil anciano, se reviste sus armas y se dispone á vender cara su vida á los enemigos.

»Había en medio del palacio, bajo la bóveda del cielo, un gran altar junto al cual inclinaba sus ramas un antiquísimo laurel, cobijando con su sombra los Penates de la real familia; allí Hécuba y sus hijas, buscando vanamente un asilo, se apiñaban abrazadas á las imágenes de los dioses, semejantes á bandada de palomas impelidas por negra tempestad. En cuanto Hécuba vió á Príamo con aquellos atavíos juveniles, le dijo:

—»¿Qué insesato frenesí, mísero esposo, te impele á ceñir esas armas? ¿Adonde te precipitas? No es esta ocasión para tal auxilio ni para tales defensores, cuando ni la presencia de mi propio Héctor bastaría para salvarnos. Ven, ven aquí con nosotras: este altar nos protegerá á todos, ó á lo menos moriremos juntos.

»Y atrajo á sí al anciano, y le hizo un lugar en el sagrado recinto.

»En esto Polites, uno de los hijos de Príamo, salvado entre los estragos de Pirro, va huyendo, herido, por los largos pórticos, perseguido de cerca por el fogoso enemigo, que ya casi se

le echa encima y lo acosa con su lanza. Logra, en fin, el mancebo llegar adonde están sus padres, y allí, ante sus ojos, á su vista, cae y exhala la vida en raudales de sangre. Entonces Príamo, aunque presa ya casi de la muerte, no pudo contenerse y prorrumpió en iracundas voces:

—»¡Ah, castiguen los dioses cual merecen tamaño crimen y tales atentados, si hay en el cielo algún numen vengador de las maldades! ¡Ellos te den el digno premio de haberme hecho presenciar la muerte del hijo mío, de haber manchado con su sangre la frente de un padre! No, no se condujo así con su enemigo Príamo aquél Aquiles de quien te mientes hijo; antes bien, respetó los pactos y la fe de un suplicante, me devolvió, para que lo sepultara, el cadáver de Héctor, y me dejó volver á mi palacio.

»Dicho esto, disparóle el viejo un impotente dardo, incapaz de herirle, que repelido al punto por el sonoro metal, quedó inútilmente suspendido en el centro del combado broquel. Entonces Pirro le dijo:

—»Pues ve tu mismo á contar esto que ves á mi padre Aquiles; refiérole mis tristes proezas, dile que Neoptolemo ha degenerado; pero ahora ¡muere!

»Y arrastra hasta el pie del altar al trémulo anciano, cuyos pies resbalan en la abundante sangre de su hijo, y asiéndole del cabello con la mano izquierda, desenvaina con la diestra el resfulgente acero y se lo hunde en el costado hasta la empuñadura. Tal fué el fin de Príamo; de esta manera nos lo arrebató el destino, después de haber visto Troya incendiada y destruída; así acabó aquel soberbio rey de tantos pueblos y territorios de Asia. Sus restos yacen insepultos en las playas de Ilión; de aquel gran rey sólo quedan una cabeza separada de los hombros y un cuerpo sin nombre».

El fin de Hécuba no fué menos desdichado. En el reparto del botín le correspondió á Ulises, y éste la llevó cautiva á Tracia. Hallábase aquí, desde los comienzos de la guerra, su hijo Polidoro, á quien Príamo confiara, con inmensas riquezas, al cuidado del rey Polymnestor; mas, despertándose en éste la codicia, y viendo perdida la causa de Troya, dió muerte á su pupilo, y se apoderó de los tesoros. Poseída Hécuba de vengativo

furor, atrajo al asesino adonde estaban con ella las demás cautivas troyanas, y arrojándose todas sobre él, le vaciaron los ojos con sus husos, y mataron luego á sus dos hijos.

Cuéntase que, enloquecida en su dolor, Hécuba recorrió la Tracia dando terribles gritos, hasta que, compadecidos los dioses, la metamorfosearon en perra. Otras versiones la presentan cayendo ó arrojándose al mar. Según Dictys de Creta, su muerte fué un crimen de Ulises, quien, por deshacerse de una cautiva que antes era una carga que un provecho, la mandó lapidar; luego, hallándose en Sicilia, fué atormentado por atroces remordimientos, y para purificarse, le erigió una capilla á su víctima.

Al decir de Estrabón, junto á la villa de Abidos se veía la tumba de Hécuba, monumento llamado *Kynossema*, la tumba de la perra.

XXVI

Héctor

El más esforzado guerrero de Troya.—Su figura.—Su esposa Andrómaca.—Sus hijos.—Conmovedora despedida de Héctor y Andrómaca: el niño Astianax.—Principales hazañas de Héctor.—Duelo del héroe con Aquiles: muere a los golpes del hijo de Peleo, y éste arrastra su cadáver alrededor de Troya.—Horrible fin de Astianax.—Suerte ulterior de Andrómaca.

Héctor se llamaba el hijo primogénito de Príamo y Hécuba, el más denodado guerrero de Troya, tanto, que de la duración de su vida, según el oráculo, dependía la conservación de la ciudad.

Era, dice Carrasco, de grande estatura, hermosa cabellera, barba espesa; balbuciente, de genio vivo, diestro y ágil en la carrera como todos los héroes de su tiempo; su cuádriga, según la *Iliada*, la componían los caballos nombrados Podargo, Xantho, Lampo y Ethón.

Tomó por esposa á Andrómaca, hija de Ección, rey de Tebas en Cilicia, en la cual hubo tres hijos, Scamandrios, llamado Astianax, Anfineo y Laodamas.

La tranquila felicidad de este matrimonio, su amor sereno y fuerte, ofrecen el más típico ejemplo de la familia de los tiempos heroicos, y contrastan, en la *Iliada*, con los afeminamientos de Paris. Unánimemente celebrada ha sido aquella escena donde

Homero describe la salida de Héctor á mortífero combate. Andrómaca, llena de tristes presentimientos, temerosa de la próxima muerte de su esposo, le aconseja que evite los peligros, que no sea tan pródigo de su esfuerzo, que se mantenga á la defensiva.

—«Esposa querida—respondióle Héctor—también yo participo de tus temores; pero también estimo en mucho á los defensores de Ilión y á las troyanas de rozagante velo, y no puedo abandonar como un cobarde los mortíferos combates. Otra conducta me impone mi natural valor. Desde niño aprendí á ser esforzado, á pelear en primera línea y á mantener la gloria de mi padre y la mía propia. Secreta voz me está diciendo dentro del pecho que está próximo el día en que perecerán á la vez la ciudad sagrada de Ilión, Priamo y el generoso pueblo que le obedece; pero ni los infortunios reservados á los troyanos, ni los que caerán sobre Hécuba, ni la muerte del rey y de mis hermanos que, á pesar de su denuedo y de su número, morderán todos el polvo, vencidos por enemigos brazos, nada de esto, cara esposa, me aflige tanto como la horrible idea de que un día pueda un griego feroz, después de hacerte esclava, llevarte á su patria sin piedad por tu llanto; de que en Argos hayas de hilar y tejer á las órdenes de extranjera mujer, ó que, á impulso de fatalidad implacable, te veas reducida á sacar agua de las fuentes de Messeida ó Hyperea. Entonces, al mirar correr tus lágrimas, dirán:—Allí va la esposa de Héctor, del valeroso héroe que aventajaba á los troyanos todos cuando, no vencidos aún, peleaban junto á los muros de Ilión soberbia. Tales palabras serán nuevo aguijón para tu dolor, y con más amarga pena sentirás no tener ya al amante esposo que habría roto las cadenas de tu servidumbre. ¡Ah! ¡Hagan los dioses que cubra la tierra mi cuerpo inanimado antes que puedan llegar á mí las voces y lamentos de mi esposa esclava!»

Seguidamente quiere el héroe estrechar entre sus brazos á su hijo Astianax; pero habiendo asustado al niño la vista de la encrestada cimera del yelmo, rompe á llorar y se abraza al cuello de su nodriza. Entonces Héctor, sonriendo, dice el poeta, se despoja del casco, besa á su hijo, y alzándole en alto, invoca sobre él la protección de los dioses:

—«Zeus, y vosotros todos dioses inmortales, haced que mi hijo sea cual yo ilustre entre los troyanos. Comunicadle fuerza y valor para que reine y mande en Ilión, y llegue para él un día en que al verle volver de la batalla, con los sangrientos despojos del enemigo por su mano inmolado, se diga, haciendo estremecer de gozo el pecho materno:—¡Es aún más valiente que su padre!»

Tomó al niño Andrómaca, y *sonriendo entre las lágrimas*, lo estrechó tiernamente. Héctor acabó diciendo:



Héctor se despide de Andrómaca. (De Flaxman.)

—«Esposa querida, no te entregues á tan intenso dolor. No hay mortal que pueda precipitarse al sepulcro antes de la hora por los destinos señalada, pues todo hombre está sometido á su ley desde el nacimiento, lo mismo el fuerte que el débil, el animoso que el cobarde. Vuelve, pues, á tu estancia, entrégate á tus habituales trabajos de hilar y tejer, y cuida como antes de las labores de tus sirvientes».

Como general en jefe del ejército de Príamo, Héctor dió constantes muestras de infatigable actividad, de firmeza, de extraordinario valor. Sin cesar empeñaba combates con los más

ilustres guerreros griegos, llegando á dar muerte á treinta y un caudillos enemigos. Por espacio de diez años, su ardimiento y su dirección acertada contuvieron la ruina de Troya.

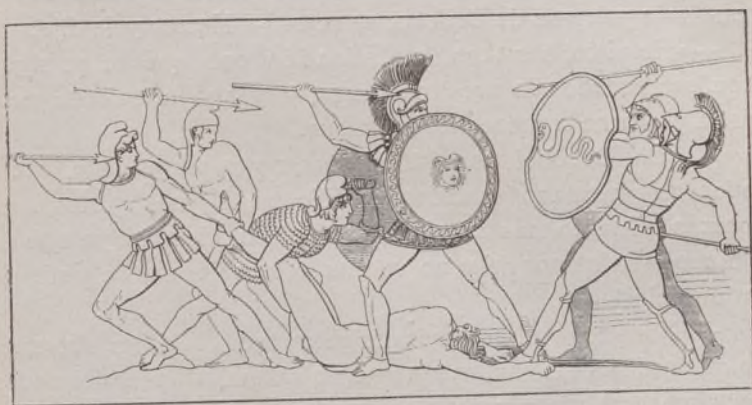
Entre las principales hazañas que se le atribuyen figuran su victoria sobre Protesilao, á quien dió muerte en el combate que se siguió al desembarco de los griegos; su duelo particular con Ajax Telamón; la brillante acometida que le llevó á invadir el campamento enemigo, acercándose tanto á las naves que pudo arrojar teas encendidas para quemarlas, y la muerte de Patroclo. Esta última hazaña fué causa de que Aquiles, enfurecido por la muerte de su amigo, diese al olvido los agravios que tenía con Agamenón, abandonase la tienda en que había estado retraído varios meses y, volviendo á los combates, jurase vengar la muerte de Patroclo en la persona del matador.

Ni las lágrimas de Hécuba, ni los ruegos de Príamo, ni los presagios de su cercano fin, pudieron detener á Héctor; solo en el campo, esperó á Aquiles; pero el terrible aspecto del guerrero enemigo, el rutilante brillo de sus armas, su feroz embestida, le hacen flaquear el corazón y emprende veloz carrera.

»Del mismo modo que en las montañas el gavilán, que es el más ligero de los aéreos moradores, sigue el oblicuo vuelo de la paloma, lanza cuando está próximo á alcanzarla penetrantes chillidos y redobla su aleteo, impaciente por devorar su presa, así se precipita Aquiles tras de Héctor, quien con no menos rapidez corre junto á los muros de Troya. Siguen ambos el camino público que los rodea, pasan al pie del otero, dejan á sus espaldas la silvestre higuera y llegan al delicioso paraje donde brota la doble fuente del profundo Escamandro. Arroja la una agua en ebullición, oculta entre espesa humareda; de la otra, en el rigor del estío, mana líquido tan frío y claro como la nieve y el cristal. Recíbenlas dos vastas pilas de mármol, y en ellas, en los afortunados días de la paz, las matronas troyanas y sus bellas hijas purificaban sus lujosas vestiduras. Por allí pasan, más que corriendo, volando: el que corre delante es valiente, el que impetuoso le persigue, lo es más todavía. Y dispútanse uno y otro, no una víctima ó una adarga, como en las carreras, en que alcanza el premio el más ágil, sino la vida de Héctor.

»Con la venia del señor de los dioses, que no quiere opo-

nerse á lo que de antiguo tenían decretado los hados, baja Minerva del Olimpo con precipitado vuelo, mientras sin descanso continuaba Aquiles su ardorosa carrera. Semejante al sabueso que lanzando á un corzo de su madriguera lo persigue por montes, valles y selvas, y que, si bien ciego de terror el perseguido desaparece y se esconde entre los arbustos, no por esto se detiene y toma alientos, sino que continúa corriendo y sigue sus huellas hasta que otra vez lo descubre, asimismo el veloz hijo de Peleo no deja á Héctor punto de respiro. Cada vez que éste quiere acercarse á los muros de Troya con la esperanza de que los suyos



Combate por el cuerpo de Patroclo. (De Flaxman.)

desde lo alto le darán favor, Aquiles se le anticipa y lo rechaza hacia el llano. Lo mismo que al perseguir en sueños á nuestro enemigo nos parece que no puede escaparnos, y sin embargo, tampoco acertamos á cogerlo, así los dos guerreros redoblan la impetuosidad de su carrera sin poder reunirse ni alejarse. El divino hijo de Peleo hace señas á los griegos para que no disparen contra Héctor, no queriendo que le priven del placer de descargarle los primeros golpes y de la gloria de inmolarlo.

»Pero al llegar por cuarta vez á las fuentes del Escamandro, levanta Zeus su balanza de oro, y colocando en los platillos los destinos de Aquiles y del hijo de Príamo, los pesa: el platillo de Héctor baja, toca á los Infiernos, y desde este momento Apolo, que hasta entonces había alentado su vigor y dado velocidad á

su carrera, lo abandona. Minerva puede, por lo mismo, acercarse al hijo de Peleo y decirle:

—»Ilustre Aquiles, héroe por Zeus amado, llegado es el momento de que, venciendo á Héctor, podamos inmortalizar eternamente en estas riberas la gloria de los griegos. No puede ya escaparnos; en vano, prosternado Apolo á los pies de Zeus, le pide que retarde la hora fatal. Detente, pues, y toma aliento, mientras induzco á tu enemigo á aceptar por fin el combate.

»Siéntase el guerrero animado de contento, y en tanto que apoyado en su centelleante lanza descansaba, la diosa con el semblante y la voz de Deifobo, se acercó á Hector y le dijo:

—»He visto, hermano, la obstinación con que te persigue Aquiles alrededor de nuestros muros, y vengo á tu lado para que á pie firme rechacemos su ataque.

—»¡Oh, Deifobo!, contestó Héctor, no en vano fuiste, entre todos mis hermanos nacidos de Hécuba, el más grato á mi corazón. ¡Cuánto más habré de quererte en adelante, ya que de este modo velas por mí y no vacilas, para valerme, en salir de las murallas!

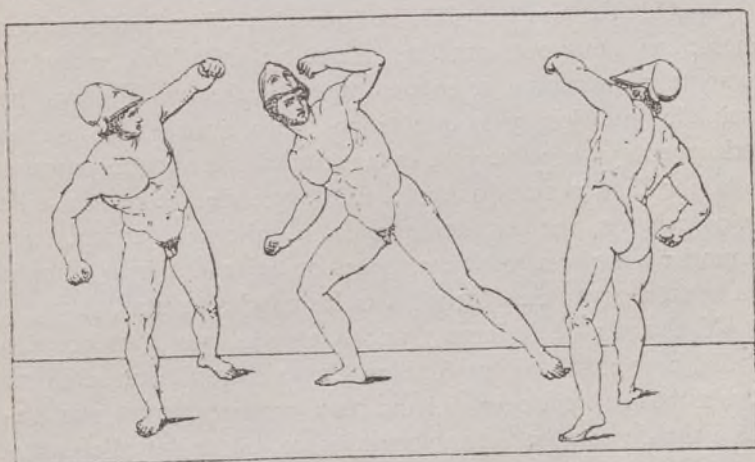
—»Nuestros padres y mis amigos, añadió la diosa, abrazando mis rodillas me suplicaban que no saliera, dominados todos por el general terror; pero lejos de ti sentía consumirse mi corazón. Aceptemos con resolución el combate, y sepamos si el hijo de Peleo, al arrancarnos la vida, llevará á sus naves nuestros sangrientos despojos, ó si caerá él derribado al empuje de tu lanza.— Y esto decía precediendo al guerrero y llevándolo al encuentro de Aquiles.

»Luego que los dos rivales se hallaron frente á frente, dijo Héctor:

—»No esperes ¡oh hijo de Peleo! que huya por más tiempo delante de ti; tres vueltas he dado á la ciudad inmensa de Príamo, y ya basta. En este momento me incita el corazón á la pelea y me siento decidido á morir ó matar. Pero antes de comenzarla pidamos á los dioses que sean testigos y guardadores de nuestras promesas. En su presencia juro que si me otorga Zeus la victoria, si consiente que te prive de la luz del día, no he de ser cruel para contigo, y limitándome á despojarte de tus armas

divinas, entregaré á los griegos tu cuerpo. Jura observar para conmigo igual ley.

—»Héctor, funesto enemigo, contestóle Aquiles, fijando en él furiosas miradas, no me hables de leyes ni promesas. Así como no hay pactos entre el león y el hombre, como no existe alianza entre el lobo y el cordero, sino enemistad y eterna guerra, tampoco puede haber entre nosotros lazo alguno de paz; antes de convenir en cosa alguna, uno de nosotros habrá saciado con su sangre al dios de las batallas. Acude á todo el ardor



Delfobo.

de tu denuedo; ahora como nunca necesitas de valor y audacia; no hay para ti escape; dirigida por Minerva esta lanza va á derribarte para que expíes la desgracia de mis compañeros por tu funesta diestra exterminados.

»Dijo, y su terrible lanza hendió los aires: dobló Héctor las rodillas, y el arma, pasando por encima de su cabeza, se clavó en el suelo. Minerva, sin ser vista por el príncipe troyano, la devolvió al hijo de Peleo.

—»¡Oh, Aquiles, igual á los dioses! gritó Héctor; por esta vez has errado el golpe; repítelo si puedes, seguro de que tus dardos no han de herirme por la espalda. Á ti voy sin miedo; atraviésame el pecho, si esta gloria te otorga una divinidad.

Mas, á tu vez, procura evitar el empuje de mi lanza. ¡Quieran los dioses que la recibas toda entera en tu cuerpo! Á descender tu, terrible enemigo, á la mansión de Hades, quedarían libres los troyanos del terrible azote de la guerra.

»Y arrojó con fuerza un largo venablo, que dió en el escudo de Aquiles, mas rechazado por el arma divina, voló inútilmente á lo lejos. Al ver lo vano del golpe, Héctor se estremeció de ira; mirándose desarmado, llamó á Deifobo y le pidió su robusta lanza; pero ya la imagen del guerrero había desaparecido de su lado. Conoció entonces su yerro, y desalentado exclamó:

—«Ah! Ya no es posible la duda, los dioses quieren que muera; creí tener por auxiliar á un héroe, á Deifobo, y probablemente mi hermano se encuentra en la ciudad. Minerva ha fascinado mis ojos, y lo que tengo junto á mí es la muerte. Nada puedo ya esperar: ésta es la sentencia de antiguo pronunciada por Zeus y su hijo Apolo. Ellos, que me sacaron ileso de tantos peligros, me abandonan ahora á mi cruel destino. Pero no moriré sin gloria, y quiero, antes de dejar la tierra, cumplir una hazaña cuya fama llegue hasta las edades futuras.

»Y tirando de la larga y ancha espada que á su costado pendía, precipitóse contra Aquiles. Como el águila que se cierne entre nubes se deja caer al llano para arrebatarse entre sus garras á tímido cordero ó temblorosa liebre, tal se lanzó el arrogante Héctor, blandiendo el terrible acero. Aquiles, en cuyo pecho se encendió nuevo furor, se adelantó á su vez; su maravilloso escudo cubriale el pecho; el dorado penacho de su yelmo estaba erizado, y como en noche oscura entre las estrellas del firmamento brilla más que todas el rutilante Héspero, así resplandecía la acerada punta de la pica que levantaba la mano de Aquiles cuando, al meditar la muerte de Héctor, recorría con los ojos el majestuoso cuerpo del héroe y buscaba por donde había de herirle con mayor seguridad de matarlo. Defendía á Héctor por completo la magnífica armadura de que despojara al difunto Patroclo, y únicamente dejaba al descubierto aquel punto en que se une el cuello á los hombros. Á él con brazo furioso dirige Aquiles su lanza y atraviesa de parte á parte el delicado y tierno cuello; el hijo de Príamo muerde el polvo, y Aquiles, triunfante, dice alborozado:

—»¿Cómo es posible, ¡oh Héctor!, que, después de haber dado muerte á Patroclo, ni una sola vez pudieses creerte en seguridad? Aunque ausente, había por fuerza de inspirarte miedo. ¡Insensato! ¿Cómo no pensaste que quedaba á mi amigo, allá en la playa, un vengador, un guerrero más terrible que él, y que éste era yo, que aquí te mato? Tus miembros serán profanados por los animales carniceros, y en tanto, sábelo, tributarán los griegos solemnes honras á los manes de Patroclo.

«Al oír estas palabras, fijó Héctor en él sus moribundos ojos, y con voz apagada murmuró:

—»Yo te lo ruego, por tu fama, por aquellos que te dieron la vida, no me condenes á tan bárbara suerte. Acepta el cobre y el oro que te darán en abundancia mis venerables padres; devuélveles mi cuerpo para que lo trasladen á su palacio y puedan los troyanos y sus esposas encender mi hoguera funeraria.

—»No me implores ¡oh desdichado! contestó Aquiles con feroz acento, por aquéllos á quienes debo la vida. Después del duelo en que me has sumido, quisiera mi rabia poder llevar á mi boca tu carne palpitante; juzga, pues, si habré de librarte de la ignominia que te tengo preparada. Aun cuando me dieras por tu rescate diez, veinte veces lo que me ofreces; por más que Príamo pusiese á mis pies en oro el peso de tu cadáver, no tendría tu madre el consuelo de ver en fúnebre lecho el fruto de su vientre, y no dejarían los animales voraces del aire y de la tierra de disputarse tu cuerpo destrozado.

»Entonces el hijo de Príamo pronunció con voz que se extinguía estas últimas palabras:

—»No me había engañado; harto conocía tu crueldad; en tu pecho se oculta un corazón de hierro. Pero teme la venganza que me prepara el cielo; teme el día en que, á pesar de tu desnudo, favorecido Paris por Apolo, te derribe junto á la puerta de Scio.

»Y con el postrer acento abandonóle el alma y voló á los Infiernos, donde llevó su vigor pasado y su juventud segada en flor». (Homero).

Atado el cadáver por los pies á su carro, el vencedor lo arrastró por el polvo á todo galope de su cuádriga, y le dió tres vueltas alrededor de los muros, en donde Hécuba y Príamo, que

presenciaban la luctuosa escena, prorrumpieron en lamentables lloros; luego lo llevó hacia la playa.

Anteriormente hemos visto cómo Aquiles humanizó sus rigores por las súplicas de Príamo. El cuerpo de Héctor, recibido con toda pompa en su ciudad natal, fué reducido solemnemente á cenizas. Los diez días concedidos por el vencedor se dedicaron á juegos fúnebres y ante los lúgubres despojos, An-



Andrómaca desfalleciendo al ver el cuerpo de Héctor arrastrado por Aquiles. (*De Flaxman.*)

drómaca, Hécuba y Helena entonaron cánticos de duelo y desesperación.

Según la versión de Dictys de Creta, Héctor fué muerto por Aquiles en ocasión en que, seguido de muy pocos guerreros, iba á recibir á Pentesilea, quién, con sus amazonas, acudía en socorro del reino de Príamo.

Los habitantes del distrito del Ida, cercano á Troya, rindieron culto á Héctor como á una divinidad; Filostrato asegura que cuando fué reconstruida la ciudad, se le rindieron los honores divinos, ofreciéndole sacrificios fúnebres; por su parte los tebanos se jactaban, en tiempo de Pausanias, de poseer las cenizas del héroe, y decían que el oráculo había anunciado que, mientras las conservasen, la población sería próspera.

Trágica fué también la muerte del tierno hijo de Héctor y Andrómaca, Scamandrios. De este niño, llamado por los troyanos Astianax, *príncipe de la villa*, en honor á los esfuerzos de su padre por la patria, decíase haberse predicho por el adivino Calcas que cuando llegase á la edad viril sobrepujaría en valor á Héctor. Los caudillos victoriosos decidieron matarlo. Enterada Andrómaca de este cruel propósito, escondió al niño en la tumba de Héctor; pero Ulises halló manera de encontrarlo, ó acaso como dicen otros autores, presentándose á Andrómaca en calidad de fingido protector, logró que ésta le entregara su propio hijo. Tan pronto como los griegos lo tuvieron en su poder, bien Ulises, bien Neoptolemo ó Menelao, lo estrelló desde lo alto de los muros.

La suerte de Andrómaca, una vez debelada Troya, fué muy accidentada. Habiéndole correspondido como cautiva al hijo de Aquiles, Neoptolemo, éste la llevó á Tracia y de aquí á Tesalia, ó, según otros, á Epiro. Neoptolemo la hizo madre de tres hijos Molosso, Neleo y Pérgamo; después la repudió, para tomar por esposa á Hermione, hija de Helena. Pasó Andrómaca á ser de Heleno, hermano de Héctor, y cautivo como ella de Neoptolemo, y á la muerte de éste, marcharon Heleno y Andrómaca á fundar un pequeño reino en Caonia, comarca del Epiro, edificando allí la villa de Buthrotum. Dícese que, finalmente, volvió al Asia y murió junto á su hijo Pérgamo. Pausanias le atribuye un hijo habido con Heleno y llamado Cestrino.

Paris

Un ensueño de Hécuba: interpretación del adivino Eseo.—El pastor Arquelao.—La ninfa Enona.—El juicio de Paris.—Su triunfo en los juegos de Troya.—Recobra su rango de príncipe.—Rapta á Helena.—Combate en duelo singular con Menelao.—Olvida su vencimiento entre los brazos de Helena.—Hierre á Aquiles.—Le alcanza una flecha de Filoctetes.—Aflicción de Enona.

Era Paris, por otro nombre Alejandro, el hijo menor de Príamo y Hécuba. Cuenta la fábula que, hallándose en cinta de él, su madre soñó que daba á luz una antorcha encendida que abrasaba toda la ciudad: el adivino Eseo interpretó este ensueño diciendo que el hijo de la reina atraería la ruina sobre Troya. Esto fué causa de que Príamo procurase deshacerse del niño tan pronto como nació. Al efecto lo entregó al pastor Arquelao para que le diese muerte; pero obedeciendo éste á secretas súplicas de la madre, ó por natural piedad, no llegó á consumar su obra y dejó al niño expuesto en el monte Ida. Allí fué amantado por una osa, y luego recogido por unos pastores que en su majada lo criaron y educaron.

Pastor de ignorada sangre real, viviendo en el seno de la libre Naturaleza, amado por la ninfa Enona, que antes aprendiera el amor y el arte de las profecías de los divinos labios de Apolo, Paris se distinguía entre los pastores sus compañeros,

más que por la agilidad y la destreza, por su delicada hermosura y por su indolencia ensoñadora. En su majada estaba, reclinado en el seno de la gentil Enona, cuando el padre de los dioses y los hombres le envió á Mercurio con el encargo de que el hermoso pastor decidiera la contienda entre las tres diosas que se disputaban la manzana de oro arrojada por la Discordia, con el lema *á la más bella*, en el festín de las bodas de Tetis y Peleo.

Encantado y confuso desempeñó Paris su difícil cometido. Minerva le prometió, si le adjudicaba el premio, instruirle en las artes de la guerra y ponerle al par de los guerreros más ilustres; Juno le ofreció la realeza y el dominio de toda el Asia; Venus habló la última, y para mayor persuasión de sus palabras, comenzó por soltar los broches de su túnica y deslumbrar al joven con el esplendor de su inmortal belleza: á seguida le prometió los deleites sensuales y la posesión de la mujer más hermosa del mundo. Paris otorgó á Venus la manzana, y ardiendo en despecho y en ira Juno y Minerva, se retiraron jurando al linaje troyano odio implacable.

A partir de este momento, la tristeza y el tedio consumían los días del indolente pastor; guardaban sus ojos la esplendente visión de la belleza olímpica, y su mente las halagadoras promesas de la madre del Amor; soñaba su fantasía una vida de fausto y goces, muy distinta de los rústicos recreos de los pastores sus amigos, y, displicente ahora con la rendida Enona, en vano ésta le recordaba su común felicidad de antes, y procuraba aterrorizarle con funestos presagios para retenerlo en las umbrías del Ida.

Aconteció por entonces que uno de los príncipes sus herma-



Paris.

nos, llegando hasta las breñas del monte, arrebató de los ganados de Paris un hermoso toro, para que sirviese de premio en los juegos que se celebraban en Troya. Tras aquél, llegó el pastor á la ciudad; penetró en ella; tomó parte en las fiestas, venciendo á cuantos campeones contendieron con él; y se dice que ya uno de sus hermanos, Héctor ó Deifobo, se aprestaba á matarlo, celoso de la simpatía general que despertaban la belleza y destreza del intruso, cuando Paris se dió á conocer, mostrando los lienzos que formaron su cuna al ser expuesto en el monte.



El juicio de Paris. (De Flaxman.)

Llorosa y enternecida, lo recibió Hécuba en sus brazos. Príamo, considerando que el adivino Eseo profetizara para dentro de un plazo de treinta años la ruina que por causa de Paris había de venir sobre la ciudad, y que el hijo recobrado ya los había cumplido, lo admitió en su palacio. En su rango de príncipe, y entre los esplendores de la troyana corte vivía Paris, cuando Príamo lo envió á Grecia, y á su regreso trajo, con la raptada Helena, el temido peligro.

Durante la guerra, Paris sólo mostró indecisión ó un dudoso valor; no obstante, se le observa presentarse de tiempo en tiempo en el campo de batalla, herir á Diómedes, Macaón,

Antíloco y Palamedes, y sostener un duelo particular con Menelao.

Con este combate singular pensaban ambos ejércitos poner término á las penalidades de la guerra, y al efecto celebraron un pacto, expresado en estas palabras de Agamenón:

—«Zeus, padre soberano, que imperas en las cumbres del Ida, dios grande y terrible; sol que lo ves todo, á cuyas miradas nada puede ocultarse; ríos, tierra, y vosotros que en las mansiones subterráneas de los Infernos castigáis á los humanos reos de perjurio, sed nuestros testigos y abonad la fe de nuestros juramentos. Si Paris arranca la vida á Menelao, quede poseyendo á Helena y sus tesoros, y nosotros hendiendo las olas, regresaremos á nuestra patria; pero si, por el contrario, muere Paris á manos de Menelao, habrán los troyanos de devolvernos al instante á Helena y sus bienes y pagar á los griegos un justo tributo que transmita á las generaciones venideras la memoria del suceso».

La intervención de Venus frustró el designio. Riñen Paris y Menelao, y cuando éste, asiendo por el yelmo á su enemigo lo arrastra hacia su campo, Venus hace que, soltándose el casco de Paris, quede entre las manos de Menelao, y envolviendo á su protegido en densa nube, lo lleva por los aires hasta dejarlo muellemente recostado en el lecho nupcial.

La escena que en la *Iliada* sigue, forma contraste con la de Andrómaca y Héctor, que anteriormente hemos transcrito. Venus, metamorfoseada en vieja, se presenta á Helena y le dice:

—«Ven, sígueme, Paris te aguarda en su palacio; radiante de belleza, ricamente ataviado, no parece que venga de pelear con un guerrero formidable, sino más bien que goza de descanso al salir de alegre fiesta».

Helena, reconociendo á la diosa por el albo arranque de su seno terso y por el fulgor de sus ojos que brillan con su eterna juventud en el rostro arrugado, responde:

—«Peligrosa deidad, ¿por qué quieres otra vez seducir mi corazón? ¿Piensas conducirme á alguna ciudad opulenta de la Frigia ó de la voluptuosa Meonía, donde habrá algún mortal por ti favorecido? ¿A qué venir á tenderme nuevos lazos, ahora que Menaleo ha vencido á Paris y quiere llevarse á su odiosa

consorte? Mejor que en el Olimpo estarías junto á tu favorito prodigándole tus cuidados como esposa ó como esclava. En cuanto á mí, no quiero exponerme á nuevo oprobio, renovando los lazos de este himeneo; entonces sí que las troyanas podrían agobiarme con justificados cargos. Mi corazón ¡ay de mí! está lleno de tristeza y amargura».

—«Guárdate ¡oh ingrata! de excitar mi cólera; teme que en mi enojo llegue á abandonarte y á odiarte tanto como te he amado. Por mis artificios renacerán entre ambos pueblos la discordia y la guerra, y tú serás de ellas la funesta víctima».

Amedrentada, sigue Helena á la deidad del amor hasta el aposento de Paris. Venus acerca una silla al lecho en que éste reposa y hace sentar á Helena, la cual, dice el poeta, desviando de Paris la mirada, exclama:

—«¿Conque has vuelto ya del combate? Mejor habría sido que hubieses perecido en el campo á los golpes del valeroso guerrero á quien estaba unido mi destino. Te envaneceías ¡infeliz! de aventajar á Menelao en fuerzas, en valor y en destreza para manejar la lanza; rétale, pues, de nuevo al combate. Pero no, más bien te aconsejo que evites los peligros de la guerra, que no te pongas jamás delante de Menelao, si no quieres probar en tu pecho el hierro de su lanza.

—«No desgarres mi corazón ¡oh esposa querida! con tus palabras insultantes. Favorecido por Minerva, hoy Menelao me ha vencido; mañana puedo, á mi vez, vencerlo, pues tengo también dioses que por mí velan. Tu amor, esposa mía, es lo único que ambiciono ahora».

Y cediendo otra vez á los hechizos del seductor, se entregó Helena á sus caricias.

La hazaña más sonada de este inconstante guerrero, fué la muerte del indomable Aquiles, á quien logró herir en el talón, única parte vulnerable de su cuerpo; mas al poco tiempo, y encontrándose en la muralla, fué también él mortalmente herido por una flecha de Filoctetes.

Dicho dejamos cómo Helena, después de su muerte, casó con Deifobo, y cómo traicionó á éste, conduciendo hasta su cámara á los griegos, que lo mutilaron horriblemente; por más que algunos mitógrafos eximen á Helena de esta nota de

crueidad, consignando que los griegos tuvieron que arrancarla por la fuerza de casa de Deifobo, para llevarla al navío de Menelao.

Enona, hija del río Cebreno, le tuvo siempre amor al bello Paris. Cuando éste partió para Grecia, la ninfa le predijo su muerte y la ruina de Troya «Tú serás herido, le dijo, y herido de muerte; entonces recordarás á Enona, vendrás junto á ella, le pedirás gracia; Enona te la negará». No obstante, cuando herido Paris por la flecha de Filoctetes, se hizo conducir al monte



Helena conducida por Venus ante el lecho de Paris. (De Flaxman.)

Ida é imploró los auxilios de Enona, ella, que había recibido de Apolo, con la ciencia del porvenir, el arte de conocer los simples, empleó todos sus cuidados en curarle, aunque no pudo conseguirlo, por estar envenenada la mortífera flecha. Otros autores pretenden que, airada, lo rechazó diciendo: «que vaya y le cure Helena»; pero añaden que, llena de zozobra, le siguió á la ciudad y se dispuso á ejercer su arte á la cabecera del enfermo, por más que desgraciadamente llegó tarde.

De todos modos, no sobrevivió á su amado mucho tiempo; todas las tradiciones la presentan siguiéndole muy de cerca á la tumba. Según unos murió de sentimiento, ó extrangulada con

su ceñidor, al ver lo irremediable de la desgracia; al decir de Dictys de Creta, fué acometida de un acceso de demencia y se dejó consumir de dolor; en la versión de Quinto de Esmirna, se precipita en la hoguera donde arde el cadáver de Paris y muere abrasada; finalmente, dicen otros que después de ocuparse en inhumar las cenizas del amado, la desesperación la mató.

Tuvo de Paris un hijo llamado Corito, el cual algunos autores lo atribuyen á Helena.

XXVIII

Casandra

Heleno y Casandra.—Un dón de Apolo.—Venganza del dios.—Los troyanos no dan crédito á las profecias de la hija de Príamo.—Corebo.—Ajax de Oileo.—Agamenón toma á Casandra por concubina.—Muerte de la profetisa y de sus hijos en Argos.—El templo de Leuctra.

Heleno y Casandra, hijos de Príamo y Hécuba, eran hermanos gemelos, y ambos se hicieron célebres por su dominio de las artes adivinatorias. Cuéntase, como señal prodigiosa de sus futuros destinos, que en su infancia fueron dejados una noche en el templo de Apolo Thymbreo, y que al día siguiente se les halló entre dos horribles dragones que, lejos de dañarles, les lamían apaciblemente las orejas.

La belleza de Casandra le atrajo, desde su más tierna juventud, numerosos pretendientes, entre los cuales se nombra á Otryoneo, y á varios príncipes asiáticos; pero la casta virgen á todos desdeñaba. El dios Apolo, que la amaba también ardientemente, le concedió el dón de profecía; mas como por la insensibilidad de Casandra no lograrse aventajar á los pretendientes mortales, se vengó haciendo que cuantos oían las predicciones de la adivina se mofasen de ellas, y que el precioso dón, el cual ya el dios no podía retirar, le fuese funesto á la que lo poseía.

A partir de entonces, aun cuando Casandra predecía á sus

compatriotas cuantas desdichas luego indefectiblemente se realizaban, jamás fué creída, y su constante desvario agorero llegó á concitar en su contra el desprecio y el odio general. Vagaba por las calles de Troya, en las ocasiones solemnes, como el día en que se introdujo el funesto caballo, delirante, tendido el caballo, desgarradas las vestiduras, llamando á los troyanos á la razón con su profética locura, sin que nadie hiciera caso de sus palabras: de ordinario permanecía aislada en una torre del palacio de Príamo, despreciada por su propia familia, detestada por todos aquéllos á quienes había herido con su desdén ó contrariado con sus profecías.

Los troyanos le conocieron al fin un prometido, Corebo. La noche de la toma de la ciudad lo vió morir, cruelmente asesinado por los enemigos, y aterrada, en medio de la matanza general, huyó á buscar asilo en el templo de Minerva. Allí la sorprendió Ajax de Oileo, y arrancándola del altar á que estaba abrazada, sin desistir á sus lágrimas ni á los gritos de las sacerdotisas, que huían despavoridas, la holló infamemente.

Ulises denunció al consejo de los jefes el ultraje de Ajax y pidió que fuese lapidado; pero éste juró falsamente su inocencia y se libró del castigo. Sin embargo, su crimen no quedó impune. Cuando regresaba á Lócrides, su patria, la diosa Minerva, cuyo altar había profanado, le concitó espantosa tempestad, y armada con los rayos de Júpiter, incendió sus naves; y finalmente, hizo que á él lo estrellase una ola contra agudo peñasco.

Homero describe de este modo su muerte:

«Salvado de la tempestad, condúcelo Neptuno, deseoso de protegerle, á la alta peña de Gyra, en la isla de Eubea, que dominaba el mar embravecido. Allí, aunque perseguido por la cólera de Minerva, habríase el héroe librado de la muerte, á no haber proferido en su insensata soberbia estas impías palabras:—¡Me salvaré á despecho de los dioses!

»Neptuno oyó la horrible blasfemia, y empuñando con potente mano el formidable tridente golpeó con él la roca: hendida ésta en dos, subsistió solamente la base; su cúspide, asilo de Ajax, cayó en las aguas y se hundió con el temerario en el profundo abismo».

En el reparto del botín le correspondió Casandra á Agamenón, el cual la hizo su concubina y la llevó á Argos. Aquí se vieron realizadas una vez más sus siniestras profecías. Clitemnestra, que en ausencia de Agamenón se había amancebado con Egisto, auxiliada por éste, asesinó á su esposo apenas entrado en el palacio; igual suerte sufrieron Casandra y dos hijos gemelos que había tenido de Agamenón.

El sepulcro de la adivina disputaban poseerlo Amicles y Micenas, sin duda porque se elevaba en el camino de una á otra población.

En la ciudad de Leuctra se veneraba á Casandra bajo el nombre de Alejandra, que también había llevado en su vida mortal; su templo y estatua en esta población eran famosos, porque daban sagrado asilo á las doncellas que no querían contraer matrimonio: desceñidas las cabelleras y cubiertas con mixturas las mejillas, se prosternaban ante la efigie de Alejandra, la virginal amada de Apolo, y pronunciaban un voto de castidad, temporal ó perpetuo. Thalames, ciudad de Laconia, erigió igualmente un templo bajo la invocación de Casandra, y aún mencionan otros dos los autores antiguos, uno de los dardanios, en la Tróada, otro de los daunios, en Italia.

Eneas

Hijo de Venus y yerno de Príamo.—Su carácter.—Su varia suerte en la guerra.—Su supuesta traición.—Antenor.—Denuedo y brillantes hazañas de Eneas, según Virgilio y otros autores.—Sale de Troya el héroe llevando á hombros á su padre Anquises, y de la mano á su hijo Ascanio.—Creusa.—Una respuesta del oráculo de Apolo.—Pigmalión y Dido.—La fundación de Cartago.—Una reina apasionada: muerte de Dido.—Llegan los troyanos á Italia.—Latino.—Turno.—Lavinia.—Transfiguración de Eneas.—Númitor.—Rómulo.

De la unión de Venus con el mortal Anquises nació Eneas en las márgenes del Simois, al pie del Ida. Su divina madre lo dejó al cuidado de las ninfas Dríadas, y éstas lo criaron hasta la edad de cinco años, en que fué llevado á Dárdano, capital de la Dardania. Allí continuó las tradiciones patriarcales de su casa, dedicándose al pastoreo. Jenofonte asegura que tuvo también por maestro, como tantos otros héroes, al centauro Quirón.

A consecuencia de la invasión griega, la familia de Eneas hubo de abandonar Dárdano y pasar á Lirnessio, y cuando esta última ciudad fué debelada por Aquiles, Eneas y su padre se refugiaron en Troya, dispuestos á defender la causa de Príamo, á cuya familia pertenecía Eneas: había casado con Creusa, hija del monarca troyano, y de ella tuvo, al empezar la guerra, un hijo llamado Julio Ascanio.

Se distinguía Eneas por su piedad y prudencia. Así que fué siempre partidario de la paz, y aconsejaba obtenerla mediante la devolución de Helena. No obstante, desechada su opinión, peleó como un valiente, distinguiéndose como el más esforzado caudillo de los troyanos, después de Héctor: dió muerte en un encuentro á Orisoclo y á Crethón; luego, en la batalla dada junto á las fortificaciones griegas, no le acompañó la fortuna, pues tuvo que retroceder ante Menelao y Antíloco; siempre, lo que no alcanzaba su natural valor, lo suplía la protección divina, pues por ser hijo de una diosa, y por la intervención de Apolo, salió ileso de un combate habido con Diómedes, y en otra ocasión en que luchó individualmente con el terrible Aquiles, Neptuno lo sacó de las filas envolviéndolo en una nube.

Homero, poco benévolo con este héroe, le atribuye la pérdida de Troya, pues refiere que, por resentimientos con Príamo, se entendió con los griegos para darles entrada en la ciudad, y que después reinó en la nueva Troya edificada junto á las ruinas de la antigua. Esta supuesta deslealtad y traición de Eneas se consigna igualmente en las obras de otros escritores, como Dionisio de Halicarnaso, Estrabón y Dares de Frigia, los cuales, lejos de tener por héroe á Eneas, lo juzgan como un consumado egoísta que vende su patria á los enemigos, bien por agravios con su suegro, bien por el deseo de salvar sus riquezas. En estos tratos se le da por cómplice al príncipe Antenor, y hasta se dice que habiendo ambos aconsejado la entrega de Helena, Príamo ordenó servirles un tósigo cuya toma pudieron evitar, y que, en venganza, concertaron ellos la traición. A estas acusaciones dió pábulo el hecho de que, en la noche del incendio de la ciudad, los soldados griegos respetaron el palacio de Antenor, en cuya puerta había una guardia para evitar el saqueo, ó, según otros, una piel de pantera colgada, como señal de inmunidad.

Otros escritores antiguos se muestran más favorables á Eneas. Quinto de Esmirna asegura que, sobreponiéndose el héroe á la sorpresa y al espanto del súbito ataque de los griegos, se apoderó del alcázar con un grupo de valientes y allí se hizo fuerte hasta que, no pudiendo resistir más el empuje de los numerosos enemigos, logró abrirse paso hacia el Ida. Varrón aún

va más allá: dice que, durante la lucha, fué tanto el brío de Eneas que alcanzó de los griegos una capitulación, mediante la cual podían los troyanos salir, salvando cuanto pudieran llevar.

La versión de Virgilio ha logrado sobreponerse por su belleza á todas las anteriores. Según el relato del mismo héroe en la *Eneida*, pasa la trágica noche combatiendo en las calles de la ciudad, intentando en vano detener la ruina por los hados decretada. Llega un momento en que se encuentra solo: desesperados, los guerreros que le seguían huyeron ó se arrojaron á las llamas; piensa entonces Eneas en los suyos, en el tierno Ascanio, en su esposa, en su padre impedido; rápidamente forma el proyecto de salvarlos, de huir con ellos y fundar en otras riberas una ciudad donde se perpetue su linaje. Se dirige veloz á la paterna morada. El anciano Anquises, tullido por haberle tocado un rayo de Júpiter, hállase abrumado por los años y las desgracias; al ver á su hijo le excita á que huya, pero él se niega: prefiere acabar sus tristes días allí mismo. Eneas dice:

—»¿Y pudiste esperar ¡oh padre! que huyera abandonándote? ¿Es posible que hayan proferido tan impías palabras los labios de mi padre? Si es voluntad de los dioses que nada quede de esta ciudad poderosa, y estás decidido á añadir á la perdición de Troya tu propia perdición y la de los tuyos, á la mano tienes el medio de que perezcamos todos: ahí tienes á Pirro que sabe inmolar al hijo á la vista del padre, y al padre al pie de los altares. ¿Para esto ¡oh divina madre mía! me librate de las flechas y las llamas, para que viese á los enemigos profanando mis hogares, y á Ascanio y á Creusa en ellos sacrificados en común matanza? Traedme mis armas, escuderos. Cerremos otra vez contra los griegos, volvamos á la recrudescida lid: si morimos hoy todos, no moriremos sin venganza.

»Y desnudo el acero, embrazado el broquel, iba á salir del palacio, cuando en el mismo umbral vi á mi esposa precipitarse á mis pies tendiéndome á nuestro tierno Julio.

—»Si vas á morir, me dijo, llévanos contigo adonde quiera que vayas; pero si abrigas aún alguna esperanza en el probado esfuerzo de tus armas, empieza por asegurar este palacio. ¿A quién encomiendas la defensa de tu tierno Julio, de tu padre y de la que en otro tiempo llamabas tu esposa querida?

»Esto decía la llorosa Creusa cuando de súbito se ofrece á nuestra vista maravillosa visión, y fué que sobre la cabeza de Julio, entre los brazos y á la vista de sus afligidos padres, alzóse una leve llama que, sin lastimarlo con su contacto, blandamente acariciaba sus cabellos y parecía como que tomaba cuerpo alrededor de sus sienes. Despavoridos nos echamos al punto sobre su encendida cabellera, y rociándola con agua quisimos apagar aquel fuego milagroso; pero Anquises, lleno de júbilo, alzó los ojos y las manos al cielo estrellado y en voz alta dijo:

—»¡Omnipotente Júpiter, si hay preces que puedan moverte á compasión, vuelve hacia nosotros tus ojos; otórganos tu auxilio si nos juzgas dignos de piedad y confirma este feliz agüero!

»Apenas el anciano pronunció estas palabras, cuando retumbó á nuestra izquierda el estampido de un trueno, y recorrió el espacio, deslizándose del cielo en medio de las tinieblas, una luminosa estrella, que después de resbalar por cima de nuestro palacio, escondió sus fulgores en las selvas del monte Ida, señalándonos el camino que habíamos de seguir; detrás de ella brilló un largo rastro de luz y un fuerte olor de azufre se extendió por los lugares circunvecinos. Movido mi padre por aquellas señales, se levanta, invoca á los dioses y adora á la sagrada estrella.

—»Pronto, pronto, dice, no haya dilación ni demora; ya os sigo, é iré adonde queráis llevarme. ¡Oh patrios dioses, conservad mi linaje, salvad á mi nieto! De vosotros procede sin duda el presagio, y aun está Ilión bajo vuestro amparo. Cedo, pues, hijo mío, y no me opongo á acompañarte.

»Dijo, y ya percibíamos más claramente el chirrido de las llamas en las paredes, ya nos llegaban más de cerca las ardientes bocanadas del incendio.

—»Pronto, querido padre, le dije, súbete á mi cuello, yo te llevaré en mis hombros, y esta carga no me será pesada. Suceda lo que suceda, común será el peligro, común la salvación para ambos. Mi tierno Julio vendrá conmigo, y mi esposa seguirá nuestros pasos. Y vosotros, fieles servidores, conservad en la memoria lo que voy á deciros: á la salida de la ciudad existe en un montecillo un antiguo templo de Ceres, hoy abandonado, y junto á él se levanta un añoso ciprés respetado por

la devoción popular: allí nos dirigiremos por distintos caminos y allí nos reuniremos. Tú, padre mío, lleva en tus manos los objetos sagrados y nuestros patrios penates; á mí, que salgo de tan recias lides y de recientes matanzas, no me es lícito tocarlos hasta que el agua me haya purificado.

»Dicho esto, me cubro los hombros y el cuello con la roja piel de un león, y me bajo para recibir mi preciosa carga. El pequeño Julio ase mi diestra y sigue á su genitor con desiguales pasos; detrás viene mi esposa. Así cruzamos las obscuras calles, y yo, que poco antes arrostraba impávido los dardos de los griegos y sus apretados escuadrones, me asusto ahora al menor soplo del viento; cualquier ruido me hace estremecer; apenas acierto á respirar, y temo por los que van conmigo y por la carga que en mis hombros llevo.

»Próximo ya á la puerta, y cuando pensaba haber salvado todos los peligros, parecióme oír un ruido como de muchas pisadas; mi padre entonces, escudriñando con su penetrante mirada las tinieblas, dijo:

—»Huye, hijo mío, huye. Por allí vienen; ya diviso los relucientes escudos, ya veo centellear las espadas.

»En ésto, no se qué numen adverso ofuscó mi perturbada razón, dejándome privado de sentido; porque mientras corro de aquí para allí sin dirección fija, por sitios extraviados, ya fuese que me la arrebatasen los hados, ya por haber perdido el camino, ya rendida de cansancio, mi Creusa, mi esposa infeliz se nos quedó atrás, y desde entonces no la he vuelto á ver. Y no advertí su pérdida hasta que llegamos al cerro y al sagrado templo de Ceres, donde, reunidos todos, al fin la echamos de menos: ella sólo faltaba á sus compañeros de fuga, á su hijo, á su amante esposo. Fuera de mí, acusé á los hombres y á los dioses, y confiando á mis compañeros la custodia de Ascanio, de mi padre Anquises y de los penates teucros, los dejé escondidos en lo más hondo del valle, y, empuñando mis fulgentes armas, vuelvo á la ciudad decidido á correr de nuevo todos los azares, á recorrer todo el recinto de Troya y á ofrecer segunda vez mi cabeza á todos los peligros. Llego á la muralla y á la sombría puerta por donde habíamos salido, y, siguiendo á la escasa claridad de la noche las huellas de nuestros pasos, regis-

tro aquellos contornos. Todo es allí horror; universal silencio aterra el corazón. Tomo el camino de nuestra morada, por si ha dirigido hacia allí su planta, pero ya los griegos la habían asaltado y la ocupaban toda entera. Voraz incendio, atizado por el viento, la envolvía hasta los tejados, y las llamas se alzaban furiosas al firmamento. Sigo adelante, y vuelvo á ver el palacio de Príamo y el alcázar; en los desiertos pórticos del templo de Juno, Fénix y el cruel Ulises, elegidos para custodia del botín, velaban sobre él. Hacinaados estaban allí los tesoros de la famosa Troya, arrebatados á los santuarios incendiados, las mesas de los dioses, macizas copas de oro, vestiduras y despojos de cautivos, extendiéndose en larga fila los niños y las desoladas madres. Arriesgueme, sin embargo, á gritar en la sombra; mis clamores resonaron en el pavoroso silencio de las calles, pero en vano repetí una y cien veces el nombre de Creusa.

»Mientras así en mi delirio gritaba, recorriendo inútilmente las casas, apareció á mis ojos, como fantasma colosal, la triste sombra de Creusa. Quedé extático, mis cabellos se erizaron, ahogóseme la voz en la garganta, y oí de la aparición estas palabras con las que quedaron desvanecidos mis afanes:

— »¿Por qué te entregas á ese insensato dolor, dulce esposo mío? Dispuesto estaba por la voluntad de los dioses lo que hoy nos sucede, pues no consiente el soberano del supremo Olimpo que te lleves de Troya á Creusa por compañera. Largo destierro te está destinado, y larga navegación por el dilatado mar, hasta que llegando, en fin, á la región de Hesperia, donde el lidio Tíber fluye con mansa corriente entre fértiles campiñas, pobladas de fuertes varones, hallarás para ti prevenidos prósperos sucesos, un reino y regia consorte. No llores más á tu querida Creusa; no verán mis ojos las soberbias moradas de los Mirmidones y de los Dólopes, ni iré á servir á las matronas griegas, yo, del linaje de Dárdano y nuera de la diosa Venus; antes bien me retiene en estas playas la gran madre de los dioses. Adiós, pues, y guarda en tu corazón el amor de nuestro hijo.

»Dichò esto, dejóme anegado en lágrimas, pugnando en vano por responderle las mil cosas que se agolpaban á mi mente, y se desvaneció en el aura leve. Por tres veces quise echarle los brazos al cuello y tres veces su imagen, vanamente asida, se des-

lizó de entre mis manos como viento sutil, como fugaz ensueño. Pasada así la noche, volví á reunirme con mis compañeros.

»Al llegar junto á ellos vi que se les habían agregado otros muchos, admirándome de que su número fuese tan grande; había allí matronas, guerreros, niños, muchedumbre infeliz congregada para el destierro. De todas partes habían acudido á aquel punto trayendo consigo sus ajuares y dispuestos á seguirme por mar á cualesquiera regiones adonde me pluguiera llevarlos. Ya en esto el lucero de la mañana se alzaba por cima de las altas cumbres del Ida, precursor del día; ocupaban los griegos las puertas de Troya, y no quedándonos ya esperanza alguna de socorrerla, cedí á la inflexible suerte: levanté en hombros á mi padre y nos encaminamos al monte».

En una flota deparada por Mercurio y compuesta de veinte naves se embarcaron los fugitivos. Partiendo de Antandros con rumbo á Occidente, llegaron primero al Quersoneso de Tracia, donde Eneas echó los cimientos de una ciudad que, de su propio nombre, llamó Enéades; pero aquel suelo estaba maldito: allí, violadas las leyes de la hospitalidad, había sido asesinado Polidoro. Así que los troyanos, después de dedicar solemnes honras fúnebres á este infortunado príncipe, abandonaron aquellas playas y se dirigieron á la isla de Delos, donde Anio, antiguo amigo de Anquises, los acogió propicio. Eneas consultó el oráculo de Apolo y obtuvo esta respuesta:

—«Esforzados hijos de Dárdano, la primera tierra que produjo el linaje de vuestros padres, y con él á vosotros, esa misma tierra os acogerá en su fecundo regazo cuando tornéis á ella: buscad, pues, á vuestra antigua madre. Allí dominarán de uno á otro confín Eneas y los hijos de sus hijos y los que de ellos nacieren».

Equivocando el sentido del oráculo, navegaron los expedicionarios hacia la isla de Creta, creyendo ser ésta la tierra originaria del linaje de Eneas, ya que, en época remota, su antepasado Teucro se trasladó desde ella á las costas del Asia menor: una epidemia que los diezmó cuando comenzaban á establecerse los sacó de su engaño.

Prosiguiendo su peligrosa navegación y sorteando las innumerables islas de los griegos, arribaron á Sicilia. Aquí Aceste,

príncipe originario de la Tróada, los agasajó con magnificencia; aquí, en el puerto de Drepani, tuvo Eneas el dolor de ver morir á su padre Anquises. Siguiéron su éxodo, y después de ser azotados por una horrorosa tempestad, llegaron á las costas de la Libia y al puerto de Cartago, ciudad donde, según Virgilio, reinaba entonces Dido. Venus, apareciéndose á su hijo, le contó la historia de esta reina en los términos siguientes:

«Estos son los lindes africanos, poblados por belicosa raza. Rige este imperio la reina Dido, la cual abandonó su ciudad de Tiro, huyendo de su hermano; larga es la historia de estas disensiones y muchos sus incidentes; por esto sólo haré memoria de los puntos principales.

»Era Dido esposa de Siqueo, el más opulento de los fenicios, hijo de Belo y hermano de Side y de Barca; profesábale la infeliz gran amor, y virgen se la había dado su padre al unirla con él bajo felices auspicios. Pero como reinase en Tiro su hermano Pigmalión, hijo, como ella, de Metrés, el más perverso de los hombres, suscitóse entre ambos un odio terrible, y el impío Pigmalión, ciego con el amor del oro, asesinó al desprevenido Siqueo delante de los altares, despreciando el dolor de su amante hermana. Por largo tiempo tuvo encubierto el crimen, é inventando mil pretextos burló con vanas esperanzas á la triste esposa. Creía ésta que Siqueo estaba encargado de secreta embajada de la que no tardaría en regresar, y así engañada llevaba con resignación la ausencia de su esposo querido. Pero una noche vió en sueños la imagen de su marido insepulto, el cual, levantando la faz intensamente pálida, le descubrió su pecho traspasado por el hierro al pie del ara, y le reveló todo el oculto crimen de su familia. Persuádela en seguida á acelerar la fuga y abandonar su patria, y para auxilio del viaje le descubre antiguos tesoros que tenía enterrados en cantidad inmensa de plata y oro. Agitada con esto preparaba Dido su fuga y reunía á los que habían de acompañarla, señalados entre los que más detestaban ó temían al tirano; apodéranse de unas naves que por dicha estaban aparejadas, y las cargan de oro; las riquezas que tanto codició el avaro Pigmalión se le escapan de entre las manos, y una mujer capitanea la empresa.

»Llegaron los fugitivos á estos sitios, donde ahora ves altas

murallas y un alcázar ya comenzado, y á Iarbas, rey de Libia, compró Dido una porción de terreno tal que pudiera toda ella ser cercada con la piel de un toro, de donde le vino el nombre de *Birsá*. Cortada aquella piel en estrechas correas, pudo Dido cercar un territorio inmenso, y en él fundó la naciente ciudad de Cartago» (*Virgilio*).

La reina recibió afable á los troyanos y les brindó los obsequios de la hospitalidad antigua. Pronto su hado adverso quiso que la gallardía y el valor de Eneas la enamorasen ardientemente.

«Mientras invocaba á los dioses, consume sus huesos dulce fuego y vive en su pecho la encendida llama; la desventurada



Dido.

Dido arde en amor y vaga furiosa por las calles de la ciudad. Unas veces conduce á Eneas consigo á las murallas para enseñarle las riquezas sidonias y las comenzadas obras de la ciudad; empieza á hablarle y enmudece á la mitad del discurso; otras veces, al caer la tarde, le brinda con nuevos festines, y quiere, en su demencia, oír por

segunda vez los desastres de Troya, quedando por segunda vez pendiente de los labios del narrador. Luego, cuando ya se han separado, y oculta la luna su luz, y los astros al declinar convidan al sueño, gime de verse sola en su desierta morada y se tiende en el lecho en que antes estuvo Eneas. Ausente lo ve, ausente le oye; si estrecha en su regazo á Ascanio, cree ver en él la imagen de su padre, y quiere así engañar un insensato amor» (*Virgilio*).

En brazos de la apasionada reina llegó el héroe casi á olvidar sus futuros destinos: una ciudad de otra gente y de otra raza se levantaba ante su vista, y él no parecía dispuesto á seguir buscando el emplazamiento de la suya. Un día se le presentó Mercurio, excitándole á partir al punto y señalándole Italia y la romana tierra como el suelo que habían de ilustrar sus descendientes. Partió Eneas, y la infeliz Dido, abandonada, se dió la muerte, llenando de consternación á su pueblo.

Así relata Virgilio el bello y trágico episodio; pero graves autores le acusan de anacronismo, pues aseguran que Dido no abandonó las costas fenicias sino cerca de treinta años después de la ruina de Troya.

La flota, corriendo nuevo temporal, llegó á Sicilia, donde Eneas celebró fúnebres juegos en honor de su padre Anquises. De aquí abordó á las playas de la Campania, y habiendo fallecido Cayeta, la nodriza del héroe, éste impuso su nombre á uno de los puertos en que tocó. Luego visitó el templo de Cumas, consagrado á Apolo, y alcanzó de la Sibila que le guiasse á las mansiones infernales, en donde, llevando el ramo por él cogido en la selva de Proserpina, vió los manes de sus antepasados y la sombra del magnánimo Anquises, y supo los peligros que en nuevas guerras le aguardaban.

Después de siete años de navegación, y restándoles solo siete naves de las veinte que salieron de Antandros, pudieron los troyanos surcar las sosegadas aguas del caudaloso Tiber, sombreadas por extenso bosque; remontándolas llegaron al país de Laurentum, donde venturosamente reinaba el anciano Latino.

Un oráculo del país había predicho la llegada de un héroe extranjero, destinado á señorear en la comarca; así que al presentarse Eneas obtuvo setecientas fanegas de tierra para fundar una ciudad, y además el rey Latino le ofreció la mano de su hija Lavinia. Ésta era pretendida por numerosos príncipes del Lacio y de la Ausonia, pero entre todos, el valeroso Turno, monarca de los rútuulos, era quien había logrado conmovier su corazón, y tenía también el beneplácito de su madre Amata que se la había prometido. Se siguió, pues, una guerra entre rútuulos y troyanos, en la que Latino permaneció neutral, y que terminó perdiendo la vida Turno á manos de Eneas en singular combate. El héroe celebró entonces su himeneo con Lavinia; dió el nombre de su esposa á una ciudad que fundó, Lavinium, y reinó pacíficamente varios años.

Su divina madre le pidió á Júpiter la inmortalidad para él, dón que fué concedido por el padre de los dioses. «Con inmenso gozo, dice Ovidio, da Venus las gracias á su poderoso padre; en su carro tirado por palomas, se dirige á los campos de Laurentum, á aquel punto en que el Numicio, coronado de espada-

ñas, vierte sus aguas en la mar cercana, y manda al río que despojando á Eneas de todo elemento mortal, arrastre en silencio sus despojos al seno de las olas. Obedece el río: al contacto de sus aguas queda Eneas lavado de sus terrenales impurezas, no quedándole más que la esencia divina. Así purificado el héroe, su madre le perfuma y lo convierte en dios, á quien el pueblo de Quirino honra y venera con el nombre de Indígeta. Un templo le está consagrado y en su honor se erigieron altares».

A Eneas le sucedió su hijo Ascanio, el cual fundó no lejos de Lavinium la ciudad de Alba-Longa que muy pronto alcanzó prosperidad. Los romanos enlazaban su origen con la estirpe de Eneas, diciendo que Númitor, décimo cuarto descendiente del héroe, fué abuelo de Rómulo, el fundador de Roma, según la leyenda más generalizada.

Además de Ascanio, se dice que tuvo Eneas en Troya varios hijos y una hija llamada Ethias. En Italia, Lavinia le dió un hijo nombrado Eneas Sylvius, tronco de la dinastía de Alba-Longa.

Finalmente, no faltan autores que pretenden que, arruinada Troya, Eneas y Andrómaca fueron llevados cautivos por Neoptolemo á Tesalia, de donde Eneas pudo evadirse pasando á Italia; y aun otros aseguran que Eneas regresó á Troya desde Italia, dejando á su hijo Ascanio en el trono del Lacio.

XXX

Laoconte

Su conducta el día último de Troya.—Su horrible muerte.—Porces y Caribea.—Causas de la desgracia de Laoconte, según los autores.—Una obra maestra de la escultura.

Laoconte, gran sacerdote de Apolo y de Neptuno, era hijo de Priamo y de Hécuba, según la versión más admitida; según otros, era hijo de Antenor, ó de Capys.

Su figura, que en los poemas de Homero no llega á dibujarse, logra relieve en los relatos posteriores y se le ve desempeñando importante papel el día último de Troya. Él fué quien con mayor energía arengó á sus compatriotas para que no admitiesen entre los muros el funesto artificio de los griegos; él quien osó disparar una flecha contra los flancos del caballo. Por esta acción, ofendida Minerva, le deparó la trágica muerte que á poco le sobrevino, y que Virgilio describe de este modo:

«Laoconte, designado por la suerte para sacerdote de Neptuno, estaba inmolando en aquel solemne día un corpulento toro en los altares, cuando he aquí que desde la isla de Tenedos se precipitan al mar dos serpientes, y extendiendo por las serenas aguas sus inmensas roscas se dirigen junto á la playa; sus erguidos pechos y sangrientas crestas sobresalen por cima de las

ondas; el resto de su cuerpo se arrastra por el piélago, encrespando sus inmensos lomos. Óyese en el espumoso mar un grande estruendo; ya eran llegadas á tierra; inyectados de sangre y fuego los encendidos ojos, esgrimían en las silbadoras fauces las vibrantes lenguas. Consternados con aquel espectáculo, emprenden todos la fuga; ellas, sin titubear, se lanzan juntas hacia Laoconte; primero, se enroscan en los cuerpos de sus dos hijos mancebos y rasgan á dentelladas sus miserables miembros; luego arrebatan al padre, que, armado de su dardo, acudía en su auxilio y le sujetan con apretadas ligaduras: aunque ceñidas ya con dos vueltas á la mitad de su cuerpo y con otras dos á su cuello, todavía sobresalen por encima sus cabezas y sus erguidas cervices. Pugna Laoconte por desatar con ambas manos aquellos nudos; de las cintas de su frente chorrea sangre á la vez que negro veneno, al tiempo que eleva á los astros horrendos clamores, semejantes al mugido del toro cuando, herido, huye del ara y sacude del cuello la segur asestada con golpe no certero. Luego los dos dragones se escapan rastreando con dirección al alto templo y alcázar de la cruenta Tritónide y se esconden bajo los pies y el redondo escudo de la diosa. Nuevas zozobras penetran entonces en los aterrados pechos de los circunstantes, y todos dicen que Laoconte ha merecido su desastre por haber ultrajado la sacra imagen de madera lanzando contra ella su impía lanza; todos claman también que es preciso llevar al templo la imagen é implorar el favor de la deidad ofendida».

Licofronte da los nombres de Porces y Caribea á estas serpientes vengadoras, y otros autores dicen que, cumplida su misión, las tragó la tierra. Otras versiones atribuyen la desgracia de Laoconte, que localizan en el templo de Apolo Timbreo, á la venganza de este dios, por haberse casado su sacerdote sin el divino consentimiento con Antíope, ó por haber profanado la casa de la divinidad, entregándose en ella á los placeres del amor.

Dos hijos le dan á Laoconte algunas tradiciones, nombrándolos Antifas y Timbreo y otras veces Ethrón y Melanto.

El desdichado fin de Laoconte y sus hijos inspiró una de las más célebres obras de la escultura clásica. Es un magnífico grupo

en mármol, debido al cincel de tres escultores rodios, Agesandro, Athenodoro y Polidoro. Mencionado por Plinio, que asegura ser la admiración de sus contemporáneos, este grupo adornaba el palacio del emperador Tito; luego desapareció, hasta que á principio del siglo xvi fué descubierto en un subterráneo por Félix de Fredis y adquirido por el papa Julio II, mediante una pensión. Desde entonces se halla en el palacio del Vaticano; reproducido, puede admirarse en todos los museos de escultura.

A q u i l e s

Tetis y Peleo.—Cómo educó al héroe el centauro Quirón.—Deidamia.—Una astucia de Ulises.—Fénix y Patroclo.—La muerte de Pentésilea.—Thersites.—Cicno.—El fin de Aquiles.—Funerales con que le honró el ejército.—Inmolación de Políxenes.—Polidoro.—Poliméstor.—Cómo, según la leyenda, cegó Homero.—Una frase de Alejandro el Magno.

Fué Aquiles el más esforzado de los héroes griegos en la guerra de Troya, y el de mayor fama en la antigüedad por sus hazañas, después de Hércules.

Su madre, Tetis, la más hermosa entre las divinidades del mar, era pretendida por varios dioses mayores; pero habiendo profetizado Temis que el hijo que de aquélla naciese sería más fuerte y poderoso que su padre, los inmortales, asustados, desistieron de sus pretensiones y acordaron que Tetis fuese la esposa de un mortal, de Peleo, hijo de Eaco y nieto del mismo Júpiter, el cual reinaba en la Phthiótide, comarca de Tesalia.

La nereida Tetis se resistió cuanto pudo al enlace. Siempre que el enamorado Peleo la perseguía y se hallaba en trance de caer en su poder, se le metamorfoseaba casi entre las manos: cambióse en ave, en árbol, en tigre, hasta que al fin Peleo, aconsejado por Proteo, logró sorprenderla en fresca gruta donde reposaba, y sujetándola con fuertes ligaduras, la hizo madre de

Aquiles. Las bodas se celebraron poco después en la caverna del centauro Quirón, con asistencia de todos los dioses, que presentaron magníficos regalos: la Discordia, única deidad no invitada, se vengó arrojando á la mesa del festín la manzana famosa.

Hijo de padre mortal y de una divinidad, Aquiles participaba de esta doble naturaleza; los Hados le destinaban á maravillosas proezas de memoria inmortal, pero él había de sucumbir en plena juventud á la muerte. Por esto Tetis, deseosa de hacerlo invulnerable, sumergiólo en las aguas de la laguna Estigia: in-



Peleo sorprende á Tetis dormida.

vulnerable quedó, en efecto, el cuerpo del héroe en todas las partes que las ondas bañaron; mas como la madre sostuvo al niño suspendido por el talón, aquí los Hados ordenaron que un día se dirigiera el fatal golpe.

Tradiciones diferentes refieren que Tetis tuvo con Peleo varios hijos, y que, para saber si alguno era inmortal, los sumergía, según iban naciendo, en una caldera de agua hirviendo; siete perecieron así; Aquiles sólo pudo ser salvado por su padre. Otra versión, de que se hace eco Apolodoro, dice que Tetis, para hacer á su hijo inmortal, purificándolo de los elementos de muerte que había en su naturaleza, lo ponía entre ascuas por las noches, y con la aurora lo rociaba de ambrosía: una noche la sorprendió Peleo en la primera operación, y lleno de terror, creyendo que

se abrasaba su hijo, lo retiró del fuego: la parte del tierno cuerpo donde puso las mortales manos hizose accesible á las heridas. Aquiles llevó desde entonces el sobrenombre de *Pyrisous*, salvado del fuego, y Tetis, ofendida, volvió al mar con las nereidas sus hermanas.

Maestro de Aquiles fué el centauro Quirón. De él aprendió á pulsar suavemente la lira, y de ahí su sobrenombre de *Ligyron*, armonioso; de él aprendió también el conocimiento de las plantas y el arte de la medicina. Sobre todo, Quirón procuraba fortalecerle el cuerpo y adiestrarlo en los ejercicios de la guerra: lo



El centauro Quirón, maestro de Aquiles.

alimentaba con la medula de los huesos de jabalíes, osos y leones; le instruía en el manejo del arco, y le ejercitaba sin descanso en la caza á la carrera. Así que, niño aún, Aquiles mataba las fieras con su pesada lanza, hecha de todo un fresno del Pelión, y merced á la ligereza de sus pies cogía ciervos y gamos sin redes ni perros.

Así pasaba felices los años de su adolescencia, en la compañía de las ninfas Filira y Carriclo, cuando los griegos comenzaron los preparati-

vos de la expedición á Troya. Profetizaban los adivinos que nunca se tomaría la ciudad si en la hueste invasora no formaba un descendiente de Eaco, y Tetis, que sabía ser su hijo el héroe señalado por los vaticinios, y que en aquella guerra había de perder la vida, procuró ocultarlo. A este fin lo vistió con ropas de mujer, y así disfrazado lo presentó á Licomedes, rey de Scyros, quien lo admitió en su hogar. Allí se ocupaba el héroe en hilar con las hijas del rey, y allí, favorecido por su falsa apariencia y la facilidad del trato, enamoró á Deidamia, una de aquellas, y casado secretamente, dicen algunos autores, la hizo madre de Pirro, después llamado Neoptolemo.

Pero los griegos llegaron á descubrir el refugio de Aquiles, y para dar con él entre las hijas de Licomedes se valieron de una astucia de Ulises. Puso éste en el vestibulo del palacio va-

rias armas, y dejando oír estrépito marcial, vió cómo Aquiles, precipitándose al impulso de su ardiente sangre, se alzaba de entre sus compañeras, y armándose de prisa, buscaba enemigos con mirada fiera. Según otra versión, Ulises llegó á la corte de Licomedes vestido de mercader; las princesas hermanas de Deidemia revolvían con ésta gozosas los artículos que aquél les ofrecía, tejidos, cintas, peines, objetos de tocador; también había una espada: apenas la hubo visto, Aquiles se lanzó á ella y la blandió animoso.

Reconocido, el héroe tuvo que partir á la guerra con los confederados al frente de la hueste reunida por Peleo. Fénix y Patroclo, dos príncipes que se habían educado con él y por los cuales sentía cariño fraternal le acompañaban. Al despedirle, llorosa, Tetis le entregó la magnífica armadura que, á sus ruegos, forjara Vulcano.

Durante la guerra, el héroe se cubrió de gloria. Conquistó muchas ciudades de los frigios, y en campal batalla dió muerte á más de sesenta jefes troyanos, entre ellos Cicno, Asterópeo, Astínomo, Filacanto y Pilémenes. Luego, el agravio que le infirió Agamenón, robándole su querida cautiva Briseis, motivó que se retirase á su tienda y allí permaneciese inactivo algunos meses. En este tiempo los troyanos tomaron la ofensiva y causaron á sus enemigos importantes derrotas, hasta el punto de que en una ocasión estuvieron muy cerca de conseguir el incendio de la flota griega. En capítulos precedentes se ha referido cómo, por vengar la muerte de su amigo Patroclo, volvió Aquiles á campaña; cómo inmoló al esforzado Héctor, arrastrándolo después por el campo, y cómo, ablandado á las súplicas del afligido Príamo, le devolvió el cadáver de su hijo.

Su humanidad brilló aún otra vez entre las violencias de la guerra, cuando cupo á su suerte y á su lanza poderosa herir en el pecho á la reina de las amazonas, Pentesilea, llegada en auxilio de los troyanos. Digno de ser divulgado es el bello relato que hace de este episodio Quinto de Esmirna:

«Aquiles, después de retirar su lanza, levanta el cuerpo aún palpitante; desata el yelmo luciente como la tersura de los cielos ó los rayos del astro del día. Ni el polvo ni la sangre habían manchado ni alterado las bellas facciones de la guerrera

soberana, y á pesar de tener los ojos apagados, podíanse adivinar los encantos que comunicaron á aquel rostro deleitoso. Los griegos que la rodeaban, admirados de tanta hermosura, creían estar viendo á una diosa: cubierta de sus armas y tendida en el suelo, asemejábase á la intrépida Diana cuando, fatigada de haber corrido en pos de las fieras, goza, á la sombra, de gratisimo sueño. A fin de excitar vivo pesar en el pecho del vencedor ha-



Combate por el cadáver de Patroclo.

bía Venus conservado á Pentesilea, aun después de muerta, las gracias que la hicieron en vida famosa, y Aquiles, en efecto, á la vista de tanta belleza, sintióse dominado de aflicción, maldijo su mano harto certera y abundantes lágrimas cayeron de sus ojos y se mezclaron con la sangre de la víctima».

En aquella sazón Thersites, un guerrero deforme, zumbón y cobarde, que era la risa y el desprecio del ejército, osó mofarse del dolor del héroe. Éste, iracundo, lo derribó muerto de un puñetazo.

Cuéntase que este héroe indomable estuvo próximo á trai-

cionar la causa de los suyos, por flaqueza de amor, y que únicamente la muerte impidió su deslealtad. Dícese que, enamorado ardientemente de la hermosa Polixenes, una de las hijas de Príamo, le ofreció al rey de Troya, si se la concedía en matrimonio, abandonar el ejército griego y salvar la capital de la Frigia. Su proposición se aceptó, aparentemente: se le dió una cita para el templo de Apolo Timbreo y se le dijo que allí celebraría su enlace con Polixenes. Mas Paris, que meditaba la venganza de su hermano Héctor, acechó á Aquiles ocultándose detrás de la estatua del dios, y guiado su arco por el mismo Apolo, le asestó al héroe una flecha en el talón, única parte vulnerable de su cuerpo. Afirma Dycis de Creta que también Deifobo tuvo parte en la emboscada, pues abrazando á Aquiles y dificultando así sus movimientos, al entrar en el templo, dió tiempo á que su hermano Paris, con la espada, lo inmolase.

Ovidio, sin mencionar la traición, atribuye la muerte del héroe á la venganza de Neptuno; porque Aquiles había dado muerte á Cicno, hijo del dios de las aguas, y dice el poeta que al ir á despojarlo, después de muerto, vió con asombro la armadura vacía; su poderoso padre lo había transformado en cisne. Dirígese, pues, Neptuno á Apolo y le dice:

—»¿No te pesa ver que esas torres están próximas á venirse abajo? ¿No sientes lástima por tantos héroes como en su defensa han perecido? Y para no mentarlos á todos, ¿no te parece ver la sombra de Héctor arrastrado alrededor de las murallas de su patria? Y sin embargo, Aquiles, más cruel que la guerra, Aquiles, que ha destruido nuestra obra, vive aún. ¡Ah! Si se atreviese á presentarse ante mí, no tardaría en conocer la fuerza de mi tridente; pero no siéndonos lícito combatir de cerca á ese enemigo, coge tu arco y atraviésale de pronto con invisible saeta.

»Apolo accede á ello, y contento por satisfacer su odio y el del dios á quien le unen lazos de parentesco, envuélvese en opaca nube y desciende al campo de batalla. Entre la matanza ve á Paris disparar su arco contra algunos guerreros oscuros, y acercándosele, le dice:

—»¿Por qué derramas así en vano una sangre vulgar? Si amas á los tuyos, dirige los tiros á Aquiles y venga á tus hermanos por él inmolados.

»Y al decir esto mostró al hijo de Peleo acuchillando á los troyanos; él mismó apuntó contra el héroe el arco de Paris y dirigió con certera mano la flecha fatal. Aquél fué el único gozo que, después de la muerte de Héctor, experimentó el anciano Príamo. ¡Tú, Aquiles, vencedor de tantos héroes, vencido á tu vez por el cobarde raptor de Helena! De saber que habías de caer al impulso de afeminado brazo, sin duda que habrías preferido ser derribado por el hacha de una amazona. Ved al nieto de Eaco, al terror de los frigios, á la gloria y al sostén de los griegos, al héroe invencible en los combates, colocado en la fúnebre pira; el mismo dios que forjara su armadura lo consume, y el ilustre guerrero no es más que un montón de ceniza: del grande Aquiles sólo queda una cosa sin nombre, que apenas basta á llenar la más modesta urna. Su gloria, empero, le sobrevive y llena el Universo».

Homero le hace morir también en el campo de batalla. En la *Odisea*, la sombra de Agamenón le dice á Aquiles, al encontrarlo en la mansión infernal:

»Aquiles, afortunado mortal, semejante á los dioses, tú fuiste derribado lejos de nuestros hogares, al pie de los muros de Troya. Alrededor de ti perecieron los más esforzados hijos de Ilión y de Grecia luchando por tu robusto cuerpo, tendido noblemente entre torbellinos de polvo, sin respirar ya el ardor de los combates. Durante todo el día nos disputamos los preciosos restos, é ignoro cuál habría sido el término de tanta matanza si Zeus no hubiese separado á los combatientes por medio de deshecha tormenta. Recogido que fué tu cadáver de aquel campo de combate ¿quién podrá decir la pompa que ostentamos en tu sepultura? Colocámoste en medio de tu tienda en fúnebre lecho, después de lavar tu cuerpo, que nada había perdido de su belleza, con agua caliente y odoríferas esencias; junto á ti deshácese los griegos en llanto, y en honra tuya se despojan de su cabellera. A la noticia de tu muerte, sale de las olas tu madre seguida de las inmortales nereidas; óyense terribles alaridos en el vasto imperio de los mares, y temblorosos los griegos se habrían precipitado hacia las naves si el sabio Néstor, instruído por los años y la experiencia, no hubiese elevado la voz para decirles: — Detenéos ¡oh griegos! no huyáis; es su madre que

con las nereidas sale del seno de las olas y viene á llorar sobre el cuerpo de su hijo.—Detiéndose los magnánimos griegos, y enseguida rodéante con lastimeros quejidos las hijas del viejo Nereo, y te adornan con divinas vestiduras al tiempo que el coro de las nueve Musas, elevando sucesivamente sus armoniosas voces, entonaba funerarios cantos. Conmovidos por el lúgubre concierto, por los penetrantes ayes, nuestros guerreros no podían contener las lágrimas, y por espacio de diecisiete días con sus noches todo fué luto y desolación entre los dioses lo mismo que entre los mortales. Por fin te colocamos en la pira, alrededor de la cual hicimos correr la sangre de numerosas víctimas. Las ovejas más pingües, los toros más robustos fueron inmolados, y las llamas te consumieron con tus divinos vestidos y con arroyos de miel y de preciosas esencias. Los que combaten á pie y los que montan en carros, formando una legión de héroes, corren, cubiertos de sus armas, alrededor de la encendida hoguera, y consumido que fuiste por las llamas de Vulcano, reunimos, al despuntar la aurora, tus huesos calcinados. Regámoslos con vino puro y aceite perfumado, y los depositamos en la urna de oro, presente de Baco y obra del industrioso Vulcano, que tu madre nos entrega. Allí, ilustré héroe, descansan tus cenizas confundidas con las de tu amigo Patroclo, y también, aunque separadas, las de Antíloco, quien acaecida la muerte del hijo de Menecio, fué tu compañero más querido. Nosotros, el invencible ejército griego, erigimos para guardar la urna alto y pomposo monumento en la elevada costa que domina el vasto Helesponto, monumento que las generaciones presentes y futuras distinguirán á gran distancia al atravesar sus ondas. Con permiso de los inmortales, invitó tu madre á los más famosos caudillos de Grecia á soberbios juegos en inmensa liza preparados, y á pesar de haber asistido á repetidos funerales de renombrados héroes, en los que se distinguieron muchos guerreros en nobles combates, puedo decirte que nunca habían visto mis ojos aparato tan magnífico como el de los juegos con que



Aquiles.

honró Tetis tu fúnebre pompa. Así, pues, ¡oh Aquiles!, lejos de haber borrado la muerte tu nombre de la memoria de los hombres, vivirá tu gloria perpetuamente en la tierra».

Las cenizas del héroe fueron inhumadas en el cabo Sigeo, donde Tetis, con las nereidas sus hermanas, permaneció gimiendo durante el lapso de setenta días. Y es fama que cuando los griegos se retiraban á sus hogares, al pasar los navíos cerca del promontorio, la sombra de Aquiles se apareció para pedir una ofrenda expiatoria; entonces declararon los adivinos que el héroe deseaba unirse en los Infiernos con la bella Polixenes, ya que en la vida mortal no había podido hacerla su esposa, y esto fué causa del sacrificio de la infortunada hija de Príamo, descrito con otros sucesos conmovedores por Ovidio en un fragmento, que por ser de los más bellos de la literatura clásica, no resistimos á la tentación de reproducirlo:

»Ilión ardía; la sangre del anciano Príamo había enrojecido el altar de Júpiter, y arrastrada por las calles la sacerdotisa de Apolo alzaba en vano al cielo las suplicantes manos. Las troyanas, abrazando los altares de los dioses patrios, habíanse refugiado en los templos devorados por las llamas, y de ellos son arrancadas para ser premio odioso de la victoria. Astianax es precipitado de lo alto de las mismas torres desde las que tantas veces le mostrara su madre á Héctor peleando por él y por el solio de sus mayores, cuando al fin invita Boreo á los griegos para la partida. Hinchada por impulso propicio, resuena la vela, y quiere el piloto aprovechar el viento favorable.

»—¡Adiós, Troya, adiós! ¡Nos arrancan de ti! gritan las troyanas, y desoladas imprimen sus labios en el suelo al dejar los humeantes restos de su patria. La última que subió á la nave ¡doloroso espectáculo! fué Hécuba, á la cual se halló errante por entre las tumbas de sus hijos; estrechaba en sus brazos la losa sepulcral y besaba sus huesos cuando Ulises la arrastró á la playa; esto no obstante pudo robar á la tierra las cenizas de Héctor y llevarlas consigo escondidas en el seno. En el sepulcro del amado hijo dejó sus canas y sus ardientes lágrimas, única ofrenda á su gran infortunio consentida.

«En la ribera opuesta á los lugares donde fué Troya hállase la región habitada por los tracios. Elevábase allí el magnífico

alcázar de Poliméstor, á quien Priamo confiara en secreto á Polidoro, para apartarlo de los peligrosos azares de la guerra; precaución en extremo prudente á no haber enviado junto con su hijo grandes tesoros que, tentando la codicia del rey, habían de impulsarle al delito. Apenas fué destruída Troya, cuando el cruel Poliméstor hundió el hierro en el seno del joven príncipe á sus cuidados confiado, y pensando que con la víctima haría desaparecer las huellas del crimen, precipitólo al abismo desde elevada roca. La armada de Agamenón habíase detenido en aquella costa esperando mar tranquilo y vientos favorables, y de pronto, de las entrañas de la tierra entreabierta salió la sombra de Aquiles, terrible como fué en vida y amenazadora, imagen fiel del héroe en el momento aquel en que, hirviendo en cólera, desnudó injustamente la espada contra el hijo de Atreo.

—»Griegos, dijo, ¡así partís y dejáis olvidado á Aquiles! Conmigo parece sepultada la memoria de mis acciones; pero esto no ha de ser, y á fin de que no quede mi sepulcro sin los honores debidos, exijo, para aplacar mis manes, el sacrificio de Polixenes.

»Dijo, y sus compañeros obedecen el cruel mandato. Arrancada la princesa del seno de su madre, de la cual era el único consuelo, animosa en su desgracia y de una entereza superior á su sexo, es llevada junto á la tumba donde ha de ser inmolada. Digna hija de reyes, llega al bárbaro altar, contempla los preparativos del fatal sacrificio, y á su lado ve á Pirro en pie, teniendo la espada en la mano y mirándola con expresión sombría.

—»¡Apresúrate, le dijo, á verter una sangre generosa! ¡Nada te detenga! ¡Hunde el hierro en mi cuello ó en mi pecho! Y al propio tiempo descubrióle uno y otro. Polixenes no ha de humillar la frente ante ningún dueño, y este inhumano sacrificio no aplacará á divinidad alguna. Mi único deseo es que mi madre no vea mi muerte: su recuerdo es lo que me aflige y disminuye en mí el contento del morir. Y sin embargo, no mi muerte, sino su vida había de afligirla. Vosotros, griegos, apartaos, y dejad que descienda libre á los Infiernos; si os parece justo mi ruego, no pongáis en mí vuestras manos y respetad á una virgen; aquél cuyos manes queréis honrar con mi muerte, estimará más la sangre de la víctima no siendo forzada. Oid la última

súplica que ha de dirigiros, no vuestra cautiva, sino la hija de Príamo: sea mi cuerpo entregado sin rescate á mi madre y adquiera ésta, no con oro, sino con llanto, el triste derecho de depositarme en la tumba. Cuando tuvo oro, empleólo en rescatar á sus hijos.

»Á tales palabras dió la multitud suelta á las lágrimas, al paso que Políxenes contenía las suyas; hasta el sacrificador estaba conmovido y con pena descargó el golpe á la víctima. Ésta vacila y cae, pero en sus últimos momentos conserva firme la mirada, y en aquel supremo instante cuidó de componer su vestido para no faltar á las leyes del pudor. Las mujeres troyanas reti-



Sacrificio de Políxenes.

raran su cadáver haciendo memoria de las infinitas lágrimas que les han costado los hijos de Príamo, y de los raudales de sangre por una sola familia derramados. Por ti lloran ¡oh Políxenes! Por ti también ¡oh Hécuba! poco ha esposa de un rey, madre de príncipes, imagen del Asia fecunda y ahora puesta á tan bajo precio en el reparto del botín, que el vencedor Ulises no habría querido de ti si no hubieses dado la existencia á Héctor. Á duras penas ¡oh

vergüenza! pudo hallar Héctor un dueño para su madre.

»Hécuba estrecha entre sus brazos aquel cuerpo que encerró un alma tan grande. Sus lágrimas, que tantas veces corrieron por su patria, por sus hijos, por su esposo, corren por su hija y riegan la herida por la que se escapó la existencia. Cubre de besos los descoloridos labios, y al tiempo que golpea su pecho, que ya tantos golpes recibiera, arrastra sus canas por la sangre coagulada ya de Políxenes.

—»Hija mía, dice entre sollozos, postrer objeto de dolor para tu madre, pues ya otra no me queda; hija de mis entrañas, ¡ya no existes! Mis ojos contemplan tu herida, que es también la mía. Por la espada habían de morir mis hijos todos, y por la espada mueres. En vano esperé que el hierro respetaría tu

sexo: tu debilidad y hermosura no han bastado á defenderte. ¡Y quien te ha herido con el golpe mortal es el asesino de tus hermanos, es Aquiles, horror de Troya, destructor de mi familia! Recuerdo que, cuando hubo espirado al impulso de las saetas de Paris y Apolo, dije:—Ya cesó de ser terrible Aquiles.— Pero no, me engañé y todavía lo es para mí. Sus mismas cenizas devoran mi familia y hasta en su tumba encuentro un enemigo. Sólo para saciar el furor de Aquiles ha sido fecundo mi seno. La soberbia Ilión ya no existe; un gran desastre ha llevado al colmo su infortunio, pero así como para ella ha llegado éste á su término, para mí aun subsiste Pérgamo, ya que se ofrece á mi dolor incesante pábulo. Antes reina del mundo, poderosa por mis yernos, por mis hijos, por mis nueras y por mi esposo, véome hoy ¡mísera de mí! arrastrada al destierro, arrancada del sepulcro de los míos para ser esclava de Penélope, quien me mandará hilar la lana y, mostrándome á las mujeres de Troya, dirá:—¡Ésta es la madre de Héctor! ¡Ésta es la esposa de Príamo!—Después de tantas muertes, á ti, que eras el único consuelo de tu pobre madre, te inmolan como víctima expiatoria en el sepulcro de nuestro enemigo, como si para aplacar sus manes te hubiera yo concebido... ¿Por qué, más resistente que el hierro, no puedo yo morir? ¿Qué espero? ¿Qué me reservas, cruel vejez? ¿Acaso, implacables dioses, prolongáis mi vida sólo para hacerme asistir á nuevos funerales? ¿Quién habría jamás pensado que, destruída Pérgamo, pudiese Príamo ser tenido por dichoso? Y sin embargo, lo fué muriendo. No vió tu muerte ¡oh hija mía! y perdió á un tiempo vida y trono. Aunque hija de reyes, no recibirás fúnebres honores, ni tus restos serán depositados en el sepulcro de tus mayores; no, no es ésta la costumbre de nuestra triste familia. Las lágrimas de tu madre y un montón de extranjera tierra serán para ti el postrer tributo. Todo lo hemos perdido, y para ayudarme á sobrellevar el peso de los escasos días que me restan de vida, sólo tengo ¡inestimable bien para una madre! un hijo, el único que me queda, Polidoro, confiado á la amistad del rey de Tracia. Más ¿por qué tardo tanto en lavar las crueles heridas de Polixenes y su rostro, manchado por un bárbaro de sangre?

»Así habló, y mesando sus blancos cabellos, dirigióse hacia el mar con paso debilitado por los años.

—»Troyanas, dijo, dadme una urna.

»Y disponíase la infeliz á llenarla con la límpida agua del mar, cuando vió á Polidoro yacente en la arena y cubierto de las anchas heridas que le infiriera Poliméstor. Prorrumpen las



Hécuba.

troyanas en lastimero grito, pero Hécuba permanece muda: la pena ahoga su voz y seca al mismo tiempo sus lágrimas. Inmóvil y cual peña insensible, ora fija sus ojos en esta tierra enemiga; como lanza al cielo feroces miradas; alternatively contempla el rostro y las heridas de Polidoro exánime y sin vida y encendiéndose en furor como si fuese todavía reina, sólo habla de venganza y de castigo. Semejante á la leona que al mirar robado el cachorro que sustentaba aún con su leche, se abandona á su rabia feroz y sigue, aun sin advertirlo, las huellas de su enemigo, así Hécuba, cegada por el dolor y la ira, olvida sus años, pero no su valor; dirígese al encuentro de Poliméstor, cruel asesino de su hijo, y le pide una entrevista fingiendo tener que descubrirle ocultos tesoros

por ella destinados á aumentar los de Polidoro. Seducido por la esperanza de mayor riqueza, el rey de Tracia siguióla á apartado lugar y le dijo con fingido cariño:

—«Apresúrate ¡oh Hécuba! á entregarme esos tesoros para tu hijo; tanto el oro que he recibido como el que vas á darme, todo le será fielmente entregado, lo juro por los dioses.

»Al oír tan vil juramento, clavó Hécuba en él feroz mirada, y transportada de cólera, arrójase, rodeada de sus compañeras, sobre el falso Poliméstor, hunde sus uñas en sus ojos y se los

arranca. La rabia le comunica fuerzas, y metiendo sus manos en sus órbitas, saca, no los ojos, que ya no existen, sino cuanto quedó en las oscuras cuencas.

»Irritados por la desgracia de su señor, persiguen los tracios á Hécuba con piedras y dardos; coge la infeliz un guijarro de los que han dirigido contra ella y lo muerde con sordo murmullo; esfuerzase en hablar y ladra: perdiendo la humana figura, se convierte en perra».

El oráculo de Dodona otorgó á Aquiles los honores divinos. Los tesalios le sacrificaban solemnemente, cada año, un toro blanco y otro negro.

Cuenta una leyenda que Homero, el sublime cantor de las hazañas del héroe, apacentaba un día sus rebaños por las cercanías de su tumba: deseoso de ver con los ojos mortales la excelsa gloria que enardecía su corazón de poeta, con súplicas ardientes invocó la presencia de Aquiles: la sombra del héroe se le presentó, pero tan majestuosa y refulgente, que Homero quedó en el acto privado de la vista.

Alejandro el Magno, en su expedición al Asia, se detuvo ante la tumba de Aquiles y exclamó: «¡Héroe afortunado! En vida has tenido un amigo fiel, Patroclo, y en muerte, un divino cantor de tus proezas, Homero».

Agamenón

Agamenón, rey de reyes.—Clitemnestra y Egisto.—Asesinato de Agamenón.—Orestes y Electra.—Muerte de Egisto y Clitemnestra.—Atormentan las Furias á Orestes.—Expiaciones de un crimen.—Liberación de Ifigenia.—Píldes.—Muerte de Pirro.—La *Orestíada*.

Agamenón, rey legendario de Micenas, pertenecía á la familia de los Atridas, llamada así de Atreo, su padre, que descendía de Tántalo. Thyestes asesinó á su hermano Atreo, y entonces los hijos de éste, Agamenón y Menelao, se refugiaron en la corte de Tíndaro, rey de Esparta. Casaron respectivamente con Clitemnestra y Helena, hijas de Tíndaro, y después, con los auxilios de este rey, reconquistaron los hermanos el reino paterno de Micenas, cuyo trono ocupó Agamenón; Menelao reinó en Esparta.

Agamenón era el más poderoso de los príncipes que dominaron en el Peloponeso; amontonó en Micenas riquezas fabulosas y dió á su reino una época de gran prosperidad. Los Estados de Agamenón comprendían Micenas, Sicione, Corinto, la Egialea, las islas vecinas al continente y una especie de protectorado sobre la Laconia; según Estesícoro y Simónides, Agamenón residía en Esparta, capital de este país, donde más tarde fué venerado con el nombre de Zeus Agamenón, y en la *Iliada* Me-

nelao aparece siempre dependiendo de su hermano. En cambio, la atribución de Argos á Agamenón parece ser un error de Esquilo, pues ningún otro autor desposee de esa ciudad á Diómedes.

Agamenón fué designado para comandar á todos los griegos en la guerra de Troya, y de ahí el título de rey de reyes que se le da con frecuencia. Para la expedición equipó cien navios, y prestó sesenta á los arcadios. Referido queda en otro lugar cómo entregó á su hija Ifigenia al sacrificio, para aplacar la cólera de Diana.

Frente á Troya sostuvo el violento altercado con Aquiles, de que anteriormente se ha hecho mención, motivado por la entrega que hubo de hacer de la cautiva Chryseis á su padre Chryses, sacerdote de Apolo. Después de la retirada de Aquiles, guerreó con valor en todos los combates que la *Iliada* canta, si bien su esfuerzo hubiera sido inútil, de no volver á las filas el hijo de Peleo.

Cuando Troya hubo sucumbido, llevó en su parte de botín á la profetisa Casandra. Ésta incesantemente le predecía un desdichado fin para cuando volviese á su reino: Agamenón, sin dar más fe que los troyanos á las palabras de la adivina, regresó á Micenas. Aquí, durante la ausencia del rey, había seducido Egisto, hijo de Thiestes, á Clitemnestra: los adúlteros amantes concertaron asesinar al esposo. Apenas llegado, cuando salía del baño Agamenón, Clitemnestra le presentó una túnica de mangas cerradas, que entorpeció sus movimientos y le dejó sin defensa al vestirla: aprovechando esta circunstancia, la mujer le dió recio golpe con un hacha en la cabeza; caído al suelo, sobrevino Egisto y lo acabó de matar. A poco el cómplice casó con Clitemnestra y reinó en Micenas siete años.

Agamenón tuvo de Clitemnestra varias hijas, Chrysotemis, Laodice, Ifigenia, Electra, y un hijo, Orestes, que fué el vengador de su padre.

Todavía era muy niño Orestes cuando ocurrió el cruel asesinato. Su hermana Electra, temerosa de que también á él le alcanzase la insania de su madre, le hizo conducir en secreto junto á su tío Strofio, rey de Fócide. Allí fué donde Orestes estrechó con su primo Pílates, hijo del monarca, la heroica

amistad que los hizo inseparables y que ha llegado á ser proverbial.

Cuando Orestes se halló en plena y robusta juventud, quiso vengar la muerte de su padre; dejó la corte de Strofio, y acompañándole Pilades, entró en Micenas secretamente y se ocultó en la casa de Electra. Procuró desde luego que se divulgase por la población la noticia de su propia muerte. Egisto y Clitemnestra, felicitándose del suceso, se trasladaron inmediatamente al templo de Apolo para dar gracias á los dioses; Orestes penetró



Muerte de Agamenón. (De Flaxman).

de improviso en él con algunos soldados, dispersó la guardia, y por su propia mano dió muerte á su madre y al usurpador.

Desde este momento las Furias comenzaron á atormentarle. Se dirigió á Atenas para que el Areópago le expiase de su crimen, pensando hallar así la paz. Los votos de los jueces estuvieron iguales de una parte y otra; la misma Minerva hubo de resolver el empate, votando á su favor. En reconocimiento á este beneficio, el príncipe hizo levantar un altar á la diosa, bajo el nombre de Minerva Area, es decir, guerrera. Sin embargo, no satisfecho Orestes con este juicio, pasó á Trezena para someterse también á la expiación. Allí obligáronle á alojarse en un lugar apartado, pues no había quien se atreviese á recibirlo; pero al fin, movidos los trezenios á compasión por sus desgracias, le expiaron. Pausanias dice que salió un laurel en el lugar

donde se hizo esta célebre expiación, porque se había derramado en él agua de la fuente Hipocrene; este laurel se veía aún en tiempo del autor, próximo al lugar donde Orestes se había alojado, cerca del templo de Apolo; de él comían todos los años, en día señalado, los descendientes de aquéllos que fueron comisionados para esta purificación. Se veía también en Trezena la piedra en que se sentaron los nueve jueces que expiaron á Orestes, la cual llamaban piedra sagrada.

Después de estas expiaciones, Demofón, rey de Atenas, restableció á Orestes en sus Estados. Pero como las Furias no cesasen de atormentarle, el desdichado príncipe fuése á consultar el oráculo de Apolo, el cual le previno que para quedar libre de las irritadas Erinias, era preciso que pasase á la Táuride á robar la estatua de Diana y á liberar á su hermana Ifigenia, forzada á ser, después que se salvó de la inmolación, sacerdotisa de la diosa. Orestes, con su inseparable amigo Pilades, atraviesa el Egeo, la Propóntide, el Ponto Euxino, y después de haber dejado atrás los dos Bósforos, aborda á la Táuride: hecho prisionero, poco faltó para ser inmolado, como extranjero, á Diana Opis, según la



Orestes y Electra.

bárbara costumbre del país. Entonces fué cuando resplandeció aquella noble emulación de amistad que Cicerón enaltece. Cada uno de los dos amigos quería sacrificarse por el otro; mas Orestes se dió á conocer á la sacerdotisa su hermana, la cual se valió de un ardid para evitar el sacrificio: hizo creer al rey Thoas que aquellos dos extranjeros eran culpables de un asesinato, y que no podían ser inmolados hasta que hubiesen expiado su crimen. Dijo además que la ceremonia se debía celebrar en el mar, y que habiendo sido profanada por aquellos impíos la estatua de Diana la Táurica ò Diana de Escitia se había de purificar igualmente. Aplazado el sacrificio, Ifigenia embarcó en la nave de su hermano, y huyó con él y Pilades, llevándose la estatua de la diosa. Algunos autores afirman que, antes de partir, mató Orestes á Thoas.

Muchos pueblos se vanagloriaban de poseer esta estatua de Diana, que tenía probablemente cabeza de toro. Se ignora el punto en que la dejó Orestes. Los atenienses decían que la depositó en Braurón, en los confines del Ática; pero Pausanias cree que fué en Esparta, donde el héroe reinó. Aquí se la honraba con el nombre de Orthía ó Fastelina, á causa de haberla llevado Orestes escondida en un haz de leña. Hasta los tiempos de Licurgo se le inmolaron víctimas humanas; el legislador espartano substituyó esta costumbre por la flagelación, para indicar que el altar de Diana Táurica estaba siempre tinto en sangre humana.



Muerte de Clitemnestra y Egisto.

Los antiguos convienen en que después de la famosa empresa del robo de la estatua, las Furias dejaron de atormentar á Orestes. A su regreso á Micenas, casó á Electra con su leal amigo Pílates; procuró también recobrar á Hermione, hija de su tío Menelao y de Helena, la cual le estaba prometida y le había sido arrebatada por Pirro. Sabiendo que su rival se hallaba en Delfos, pasó allí con Pílates, y logró, con sus instigaciones, la muerte de Pirro, asesinado por los delfios. Orestes casó en seguida con Hermione y vivió mucho tiempo tranquilo en su reino, hasta que, habiendo hecho un viaje á Oresteia, villa de Arcadia, murió allí, á consecuencia de la picadura de una serpiente; contaba á la sazón noventa años de edad y setenta de reinado. Había unido al reino de Micenas el de Esparta, porque, después de la muerte de Menelao, los lacedemonios prefirieron dar la co-

rona al marido de Hermione, hija de este príncipe y de Helena, antes que á los hijos naturales del difunto rey. Dejó Orestes dos hijos, Tisameno, que tuvo de Hermione, y Pentilo, los cuales reinaron juntos.

Una antigua tradición refiere que Orestes era un gigante: media siete codos de altura. Platón, derivando el nombre de este príncipe de la palabra *Oros*, monte, supone que se le aplicó por su carácter áspero y violento. Su mausoleo se elevó inmediato al camino de Tegea á Thyrea. Más tarde, habiendo estallado una guerra entre espartanos y tegeates, el oráculo prometió á los



Las Erinas ó Furias rechazadas por Apolo y Minerva. (De Flaxman.)

primeros la victoria si conducían á su ciudad los restos del héroe. Así lo verificaron. Los tegeates fueron vencidos, y la posesión de los huesos de Orestes fué en adelante prenda de prosperidad para Esparta.

Numerosos vasos griegos representan á Orestes perseguido por las Furias, armadas de antorchas y serpientes. Cuanto á monumentos literarios, es famosa la trilogía nombrada la *Orestíada*, donde el poeta Esquilo pone en escena las principales aventuras de Orestes, desde el asesinato de su padre Agamenón hasta la expiación del héroe por el Areópago de Atenas. Las tragedias que componen la trilogía son *Agamenón*, que representa la llegada del rey de reyes á Micenas y su muerte por Clitemnestra y Egisto; *Las Coéforas*, ó sea las portadoras de libaciones, donde Orestes, vuelto del destierro, da muerte, por orden de Apolo, á

su madre y al amante; *Las Euménides*, donde se muestra la persecución de Orestes por las Furias vengadoras, primero en el santuario de Delfos, y en Atenas después. La intervención de Minerva decide la expiación del héroe y la reconciliación de las Furias con la justicia clemente, lo que les vale el nombre de Euménides, es decir, benévolas.

La *Orestíada*, en su conjunto—escribe un crítico—es una de las obras más sublimes de la literatura. Forma época, no solamente en la historia de la poesía dramática, sino también en la de la moralidad humana. Aparece en el momento preciso en que se extingue la antigua ley del Talión, en que se eleva sobre Occidente, del seno de Atenas, foco de luz y de civilización, la más pura moral que haya conocido la Humanidad. La purificación, que, según Aristóteles, es el fin de la tragedia, se opera en esta obra por la reconciliación del culpable con el orden universal.

XXXIII

Ulises

Su nombre y su patria.—El arco de Euryto.—Penélope.—Conducta de Ulises en la guerra.—La *Odisea*: Circe, Calipso, Polifemo, las Sirenas, Scila y Caribdis.—Los odres de Eolo.—«La tela de Penélope».—Da muerte Ulises á los pretendientes de su esposa.—Eurialo.—Telémaco.—Telégono.

Este héroe es en la tradición y en la literatura griega el tipo ideal del hombre que ha sufrido y aprendido mucho. Su ingenio era grande y no menor su ánimo. Con Aquiles, Agamenón, Ajax y Diómedes, figura en la *Iliada* en primera línea; la *Odisea* le está dedicada por entero.

En Homero es hijo único de Laertes y de Anticlea; su patria, la pequeña isla de Itaca. Más tarde, el brillo de su gloria hizo que se le asignasen genealogías que le hacían descendiente de Júpiter. Su nombre significaba, según Homero, el impaciente, el que se irrita y se rebela contra las fuerzas del Universo; otros lo interpretan á la inversa: el que soporta la cólera de los dioses, especialmente de Neptuno, que le persigue con frecuencia.

Desde su juventud se distinguió á la vez por el vigor y por la astucia. Fué diestro cazador, y en este ejercicio recibió un día tremenda herida de un formidable jabalí; en premio obtuvo el arco de Euryto, que más adelante le había de servir para ma-

tar á los pretendientes de su esposa. Cuando sucedió á su padre, ejerció el poder real con majestad y clemencia. Compartía su tálamo Penélope, la discreta hija de Icario, distinguida por sus riquezas, por la cordialidad con que practicaba las costumbres hospitalarias, y por su piedad con los dioses, dos de los cuales, Júpiter y Minerva, la tomaron bajo su especial protección.

Durante los preliminares de la expedición á Troya, fué designado para la embajada que había de reclamar á Helena y para descubrir á Aquiles, escondido por su madre en la corte de Licomedes; después tomó parte en los aprestos, aportando doce naves, que ocupaban el centro de la flota.



Ulises.

Frente á Troya, sus oficios fueron de consejero, de mediador para restablecer la armonía turbada y proveer con su prudencia á las situaciones difíciles. Intervino en las diferencias entre Aquiles y Agamenón, procurando con tacto apaciguar al primero y refrenar la soberbia del segundo; consiguió que fuese devuelta Chryseis á su padre y concluyó un armisticio con los troyanos. Además, en los combates dió pruebas de constancia y valor extraordinarios; su acometida no era brillante como la de Aquiles,

ni brutal como la de Ajax ó Diómedes, sino siempre inspirada y sostenida por la razón; Homero lo compara al jabalí que se revuelve contra los perros, al ciervo atacado por una jauría de chacales. En todas sus hazañas unía la astucia á la fuerza. Robó los caballos de Rheso; penetró en Troya subrepticamente para coger el Paladión; á la muerte de Aquiles obtuvo sus armas, compitiendo con el violento Ajax ante la asamblea del ejército, donde su fácil oratoria le proporcionó el triunfo; trajo de Scyros á Pirro-Neoptolemo, cuya presencia era necesaria para la toma de la ciudad, y, en opinión de algunos autores, él mismo fué el constructor del caballo de madera.

Su viaje de regreso á Itaca duró diez años y fué una serie no interrumpida de aventuras y contratiempos. Un primer nau-

fragio arrojó la flotilla de Ulises á la isla de ÆEa. Reinaba en ella Circe, hija de Hécate (luna infernal), encantadora consumada que poseía el conocimiento de las plantas ponzoñosas y el arte de hacer descender la luna sobre la tierra, cambiar el curso de los ríos y metamorfosear á los seres vivientes. Habitaba en el interior de la isla un magnífico palacio de un lujo deslumbrante. Los compañeros de Ulises, por él enviados á explorar el país, que llegaron á este palacio, fueron por Circe transformados en cerdos. El héroe, aconsejado por Mercurio, se procuró la yerba *Moly* (la *Scilla maritima*), y protegido por las virtudes de esta planta, bebió tranquilamente el brebaje que la hechicera le presentó; luego, en el instante en que iba á ser tocado con la varita mágica, se arrojó sobre Circe espada en mano y la obligó á que volviera á sus compañeros á su prístina forma. Viéndole inmune contra sus artes, la encantadora se humanizó con Ulises, tanto, que le retuvo cerca de sí mucho tiempo y le dió cuatro hijos: tres varones, Adrio, Latino, Telégono, y una hembra, Cassifona.

Siguiendo su navegación, fué otra vez náufrago en la isla de Oygía, donde reinaba Calipso, hija de Atlas y diosa del silencio. Sus encantos retuvieron á Ulises siete años; tres hijos, Auso, Nausitoo y Nausinoo, fueron el fruto de sus amores. Tras detención tan prolongada, quiso el héroe continuar su viaje, hasta entonces siempre aplazado por las ardientes súplicas de la enamorada Calipso, que le prometía la inmortalidad si consentía quedarse definitivamente en la isla; pero pudieron más en Ulises los recuerdos de su patria y de su hogar, y Calipso, por orden de Júpiter, le dejó partir, aunque jamás pudo consolarse de su pérdida.

Un grave peligro le esperaba en la isla de los Cíclopes, residencia del terrible Polifemo: libre de él por la astucia referida en otra parte, pudo también evitar el encanto de las Sirenas y los escollos de Scila y Caribdis. Para que su navegación fuese rápida y segura, Eolo le regaló los odres en que tenía encerrados los Vientos. Por desdicha, sus compañeros desataron los pellejos, curiosos de ver qué contenían, y los Vientos, escapándose con fuerza, revolviéron el mar furiosamente; esta borrasca le hizo perder camino, arrojándolo hacia la costa de África,

cuando estaba ya próximo á ver los humos de los hogares de su isla.

En un tercer naufragio perdió á todos sus compañeros; él se salvó en una tabla, á merced de la cual y de las olas llegó á la cercana isla de los Feacios, donde el rey Alcinoo lo acogió hospitalario, y, condolido de su suerte, puso fin á sus desdichas equipándole un navío que lo llevó á su reino de Itaca.

Penélope era hija de Icario, hermano de Tíndaro, y de la náyade Peribea. Dió á Ulises un hijo, Telémaco, nacido casi al tiempo de partir el héroe para la guerra de Troya. Era hermosa y muy hábil en las labores de su sexo, fiel y constante. Durante la larga ausencia de su esposo—diez años en la guerra y otros diez por el mar—se le creyó muerto, y se le presentaron á Penélope numerosos pretendientes: cincuenta y dos de Duliquio, veinticuatro de Samos, veinte de Zacinto y veinte de Itaca. Como, además, cada uno llevaba á su servicio gran número de esclavos, y posaban todos en el palacio de Ulises, la hacienda real sufría gran quebranto con los continuos banquetes. Pero la fiel Penélope, por no elegir entre los pretendientes, soportaba el perjuicio y el enfado de sus asiduidades. Se valía de astucias para dilatar la elección; una de ellas



Ulises.

se ha hecho proverbial. Declaró que no podía casarse antes de haber tejido el sudario destinado á envolver el cuerpo de Laertes, padre de Ulises, cuando muriese. Por la noche deshacía la labor del día: tres años tuvo engañados á los pretendientes con esta estratagema. Un día Telémaco, á quien enviara con un navío en busca de su padre, volvió sin haberlo encontrado. Penélope entonces anunció que casaría con aquél de los pretendientes que lograra tender el arco de Ulises y hacer pasar la flecha por una serie de anillos suspendidos.

En aquella sazón llegó Ulises á Itaca. Desembarcó disfrazado con ropas de mendigo; se dirigió á su palacio y se dió á conocer á Eumeo, el guarda fiel de sus ganados, y á Telémaco, su hijo; luego se mezcló entre los pretendientes de su mujer, ocupa-

dos en el certamen: ninguno pudo doblar su arco. El héroe se apoderó del arma, y les dió muerte á todos á saetas, excepto á Medón y Femio, que lograron fugarse.

La versión de Pausanias difiere de la de Homero. Según aquél, Ulises, á su vuelta, repudió á Penélope, acusándola de haberle arruinado; ella entonces marchó á Esparta, y después á Mantinea, donde acabó sus días. De creer á Ovidio, Penélope, antes de casar con Ulises, fué sorprendida por Mercurio metamorfoseado en macho cabrío, mientras ella guardaba los rebaños de su padre, y dió á luz al dios Pan; mas este relato descansa probablemente en la confusión del nombre de la ninfa Penélope, madre de Pan, con el de la reina de Itaca.

Los poetas posteriores á Homero han ampliado la historia de Ulises, haciéndole protagonista de variadas leyendas. Dicen algunos que, después de ordenados sus asuntos en Itaca, emprendió un viaje á Epiro para consultar el oráculo de aquel país. El rey Erippa lo recibió con grandes consideraciones y agasajos. Y á esta acogida correspondió Ulises violando las leyes de la hospitalidad, pues sedujo á la hija del rey y la hizo madre de Eurialo. Cuando este niño llegó á la adolescencia, su madre lo envió á Itaca, en ocasión en que Ulises había salido á otro viaje. Al regresar el héroe, Penélope, queriendo vengar en el hijo la infidelidad del padre, acusó al extranjero de haber intentado mancillar su honor. Ulises, en un acceso de ira, dió muerte á su hijo. Este es el asunto de la tragedia de Sófocles, *Eurialo*.

Otros autores aseguran que Ulises abdicó en Telémaco, pocos años después de su regreso á Itaca; explican esta resolución por el temor del héroe á morir á manos de su hijo, fin que le tenía predicho un oráculo. Pero el oráculo se cumplió. Telégono, el hijo habido con Circe en la isla de Æa, marchó en busca de



Ulises y su perro.

su padre, apenas hubo llegado á suficiente edad. Un temporal lo arrojó á la costa de Itaca, y el hambre le obligó á saquear la campiña. Ulises, al frente de sus tropas, salió á rechazarlo; en el encuentro, Telégono le infirió una herida mortal: momentos antes de expirar reconoció en el matador á su propio hijo, en cuyos brazos exhaló el último aliento. De creer á los autores de esta versión, Telégono casó después con Penélope, y llevó el cuerpo de Ulises á Circe, para que le rindiese los honores fúnebres, según lo había dispuesto Minerva. De Telégono y Penélope nació Italo, quien, según Higino, dió su nombre á la Italia.

Ulises fué colocado á su muerte en el rango de los semidioses. Se le rendían honores divinos en Esparta, Epiro y otras comarcas de civilización helénica. En el país de los euritanos, pueblo de Etolia, tenía un oráculo. Su mausoleo decían poseerlo en Etruria.

Se le representa ordinariamente con un perro, del cual Homero celebra la fidelidad que guardó siempre á su amo.

Los Ajax.-Otros héroes griegos

Ajax de Telamón. — Ajax de Oileo. — Diómedes. — Idomeneo. — Néstor. — Palamedes.

Figura importantísima de la guerra de Troya es Menelao; mas hemos tratado ya de él en el capítulo de Helena, y allí remitimos al lector. Ahora daremos noticia de los dos Ajax y otros héroes griegos distinguidos por su valor, aunque menos gloriosos que los anteriores.

Ajax el Grande, era hijo de Telamón, rey de Salamina. Fué, después de Aquiles, el más impetuoso y valiente de los jefes griegos; pero colérico, fiero y brutal. Como Aquiles, era invulnerable, menos en una parte del pecho que sólo él sabía. La explicación de este particular se daba con la leyenda siguiente. Habiendo ido Hércules á visitar á Telamón, quien se lamentaba de no tener hijos, rogó á Júpiter que diese uno á su amigo, cuya piel fuese tan impenetrable como la del león de Nemea que él llevaba; un águila, que se cernía en el momento de la súplica, fué presagio feliz para el deseo de Telamón. Su esposa Scione dió á luz al niño, y Hércules lo cubrió con su piel de león, haciéndolo así invulnerable, excepto en el sitio donde Alcides había agujereado la piel y herido al animal.

Ajax de Telamón se distinguía por su extremada impiedad. Sófocles le hace contestar á su padre, cuando éste le dice que debe esperar la victoria de los dioses, que solamente los cobardes triunfan con el auxilio divino; cuanto á el, está bien seguro de triunfar por sí solo. Queriendo Minerva en cierta ocasión darle un aviso, la rechazó arrogante, diciéndole que no se mezclase en su conducta y reservase sus favores para el resto de los griegos. Otra vez rechazó el ofrecimiento que esta misma diosa le hizo de conducir su carro. Borró también de su escudo el buho, emblema de la diosa, para que esta imagen no se tomase por advocación á Minerva y desconfianza en el propio esfuerzo. En Homero, el héroe desea que sus compañeros, si ruegan á Júpiter, lo hagan en voz baja, por temor á que los troyanos se enteren y se envalentonen con ello. Un día en que Apolo había envuelto en obscura nube á los dos ejércitos, para facilitar la retirada de los troyanos, Ajax gritó: «¡Gran Dios, devuélvenos la luz, y pelea contra nosotros!».

Se distinguió mucho en el sitio, capitaneando las huestes de Megara y Salamina. Luchó un día entero con Héctor, y admirados el uno del otro, suspendieron el combate y se hicieron mutuos regalos. Estos presentes les fueron funestos. El tahalí que Héctor recibió había de servir para llevar su cadáver atado al carro de Aquiles, cuando éste lo arrastró alrededor de los muros de Troya. Muerto Aquiles, Ulises y Ajax se disputaron sus armas; se le concedieron á Ulises, y entonces Ajax, enloqueciendo por el despecho y la ira, se lanzó, durante la noche, contra los rebaños, tomándolos por guerreros de Ulises, y pasó muchas reses á cuchillo. A la mañana siguiente reconoció su error, y temiendo las burlas del ejército, se atravesó con la espada que Héctor le había regalado.

Algunos autores afirman que la contienda entre Ulises y Ajax no tuvo por objeto las armas de Aquiles, sino el Paladión; y que Ulises, de acuerdo con Agamenón, hizo asesinar á su rival, temeroso de que éste le matase. Las sospechas del asesinato recayeron al punto sobre Ulises, quien se vió obligado á huir, dejando una memoria odiosa en el ejército.

Consultado Calcas sobre los honores debidos á Ajax, contestó que, habiendo muerto como un impío, su cuerpo no mere-

cia ser quemado. No obstante, los griegos le rindieron el honor de un magnífico monumento en el promontorio Rheteo. En Salamina tenía un templo nacional, una estatua de ébano, y una fiesta anual llamada *Aiantias*. Pausanias dice que un misio le contó haber visto cerca del mar el sepulcro de Ajax, y que para darle idea de la estatura de este héroe, le aseguró que su rótula era como los discos que lanzaban los atletas en los juegos olímpicos. Filostrato dice que Ajax medía once codos; diecisiete pies.

Ovidio escribe en las *Metamorfosis* que Ajax fué transformado en la flor del jacinto; otros dicen que volvió á la vida, encarnándose su alma en el cuerpo de un león.

Ajax el Pequeño, era hijo de Oileo, rey de Lócride, y de la ninfa Rhené ó Eriopis. Equipó cuarenta naves para el sitio de Troya. Homero elogia la ligereza de sus pies. Hábil arquero, se le suponían tres manos para ponderar su agilidad y destreza. Decíase que había domesticado una serpiente de quince pies de largo, que le seguía como un perro y comía en su misma mesa. Intrépido y valiente, realizó brillantes proezas: luchó con Héctor, defendió la flota griega, impidió al enemigo que se apoderara del cadáver de Patroclo y salvó los caballos de Aquiles. Sus buenas cualidades las deslucía su carácter brutal y cruel, y su impiedad, no menor que la del otro Ajax. De aquí su miserable fin ya referido: violador de Casandra, y náufrago, por la venganza de Minerva y de Neptuno, quiso salvarse á despecho de los dioses y fué abismado en las aguas con la roca que le servía de asilo.

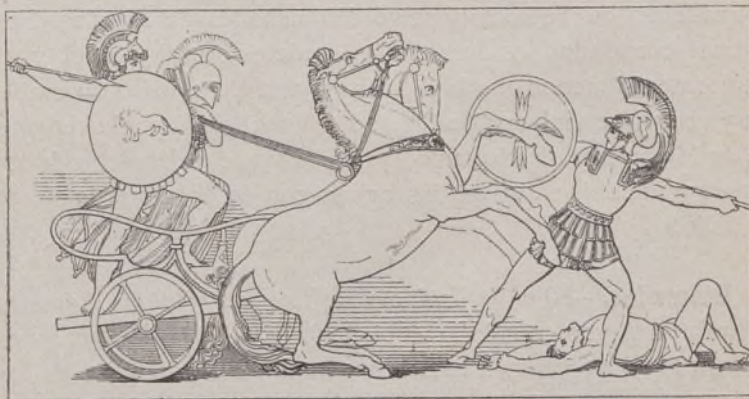
Diómedes.—Hijo de Tydeo y de Deifila, hija de Adrasto, reinaba en Argos cuando la expedición á Troya. El centauro Quirón lo educó como á tantos héroes griegos y fué uno de los Epígonos que se apoderaron de Tebas. En el sitio de Troya mandaba los contingentes de Argos, Tirintho, Asina, Trezena, Eiones, Epidauro, Egina, Mases, con ochenta navios; considerábasele como uno de los más valientes caudillos del ejército. Sus hazañas fueron muchas, casi siempre asociadas á las de Ulises, su amigo predilecto. Homero lo presenta como directa-

mente favorecido por Minerva, que le acompaña por todas partes, y con cuyo auxilio sale Diómedes con gloria de combates singulares contra Héctor, Eneas y otros príncipes troyanos; con el apoyo de la diosa logró herir al mismo dios Marte y á Venus, que acudían en socorro de Eneas, á quien salvaron envolviéndolo en una nube. Conocidas son sus empresas del robo del Paladión y de los caballos de Rheso, entre otras. Fué también uno de los que se ocultaron en el caballo de madera.



Diómedes con el Paladión.

Agraviada Venus por Diómedes, hizo la diosa del amor que Egialea, la esposa del héroe, concibiese profundapasión por un joven llamado Cylaro, con quien le fué infiel en su ausencia. Al saberlo Diómedes á su regreso, se ocultó avergonzado en el templo de Juno, y luego abandonó el país. Anduvo errante por los mares. Estuvo en Libia, en Iberia; acabó por establecerse en la Italia meridional. El rey Dauno de Apulia requirió su alianza



Protegido por Minerva hiere Diómedes á Marte. (De Flaxman.)

y le dió en matrimonio á su hija, con la que tuvo el héroe un hijo de su mismo nombre. En la Apulia vivió largos años y acabó tranquilamente sus días, muriendo de vejez, aunque algunos

sostienen que su suegro Dauno lo asesinó, por resentimientos que sobrevinieron entre ellos.

Se le atribuye la fundación de varias ciudades: Arpi, Canusium, Sipontum, Brindis. En Metaponto y en Thuri se le rendían honores divinos; en Chipre, dice un autor, se le ofrecían sacrificios humanos.

Idomeneo, rey de Creta, hijo de Deucalión y nieto de Minos II, condujo ochenta naves á Troya y se distinguió en la guerra por algunas hazañas brillantes.

De regreso á su patria, una horrible tempestad le puso en trance de perecer. Entonces ofreció al irritado Neptuno, si le sacaba del peligro, sacrificarle el primer sér viviente que se le presentase al desembarcar en Creta. Quiso la fatalidad que éste fuera su propio hijo. Idomeneo se lanzó á abrazarlo con dolor y desesperación; y cumpliendo su juramento, lo inmoló seguidamente. Esto afirman algunos autores, añadiendo que una voraz epidemia vengó á poco la crueldad de este sacrificio. Otros dicen que una sedición popular salvó al joven príncipe y obligó al rey á expatriarse. En Italia, donde fué á establecerse, fundó la villa de Salento, situada en la costa de Calabria, y un Estado floreciente, regido por las leyes de Minos. Una tradición refiere que la desposesión de Idomeneo fué obra del usurpador Leucos, á quien había nombrado regente para mientras durase su ausencia y que se afianzó con desleales manejos en el trono.

Néstor.—Hijo menor de Neleo y Chloris. Fué el único que se salvó de la matanza que hizo Hércules en los Neleidas, acaso por haber sido el único de su familia que no tomó parte en el robo de los bueyes de Gerión, ó tal vez por estar á la sazón criándose en Gerenia.

Los mitólogos ponen en la lista de sus hazañas su participación en la conquista del Vello de Oro, en la caza del jabalí de Calidonia y en el combate de los Laphitas contra los Centuros que se siguió á las bodas de Piritoo. Al iniciarse el sitio de Troya era ya muy anciano: Homero dice que contaba tres generaciones, lo que equivale á noventa ó noventa y nueve años. No obstante, su concurso fué de mucha importancia. Como

rey de Pylos, llevó á la guerra la hueste de los mesenios y aportó noventa y ocho navíos. Pero además de esto, sus cualidades personales contribuyeron eficazmente al éxito de la empresa. Justiciero y sabio, jovial y conciliador, valeroso y activo, Néstor reunía todas las virtudes políticas y guerreras. Animoso y diestro en los combates, su voz era la más autorizada en los consejos.

Tomada Troya, regresó con felicidad á Pylos y diez años más tarde recibía la visita de Telémaco, á quien dió consejos para encontrar á Ulises. Allí murió en pacífica posesión de su trono, habiendo sido en sus últimos años el guía perspicaz y prudente, querido y respetado como un patriarca, de la juventud más brillante de Grecia, para quien eran oráculos sus consejos.

De sus dos esposas, Eurídice, hija de Climene, y Anaxibia, tuvo nueve hijos: siete varones, Equefrón, Stracios, Aretes, Perseo, Trasímedes, Pisístrato y Antíloco, y dos hembras, Pisídice y Policasta.

Palamedes.—Hijo de Nauplio, rey de la isla de Eubea, y de Climene, hija de Atreo. Discípulo aventajado del centauro Quirón, honró las enseñanzas del maestro. Los griegos le atribuían la invención de las pesas y medidas, el arte de ordenar un batallón, el de arreglar el curso del año por el del sol y el de los meses por el lapso de la luna; también añadió varias letras al alfabeto griego y enseñó el juego del ajedrez, el de los dados, y otros. Algunos escritores de la antigüedad lo alaban, además, como poeta, aunque sus poesías se perdieron.

Sagaz y astuto, supo destruir un ardid de quien se considera como el más ingenioso héroe griego, de Ulises. He aquí como refiere el caso un reputado mitólogo: «Ulises, entregado por completo al sentimiento, para él nuevo, del amor de padre, quiso eludir la obligación en que estaba de unirse con los príncipes griegos. Poco hacía que se viera amenazado de perder á su hijo, caído al mar y salvado prodigiosamente por un delfín, desde lo que tomó el rey de Itaca por emblema en el escudo la figura de aquel animal, y otra vez guerrera expedición le obligaba á separarse de él, quizá para siempre. Para evitarlo, Ulises se fingió loco, y al presentarse en la isla varios enviados reclamando su

cooperación halláronle que, con semblante de insensatez y con la mano en la esteva, llevando uncidos al arado un buey y un caballo, araba la arena de la playa y sembraba en ella sal. Al verle en tal estado renunciaban ya los embajadores á tener por compañero en la guerra al hijo de Laertes; pero uno de ellos, por nombre Palamedes, más astuto que los demás, no creyendo en semejante locura, imaginó, para hacerle desistir del fingimiento, coger al niño Telémaco y colocarlo de pronto entre los animales que tiraban del arado, en la línea del surco. Para no herir á su amado hijo, el fingido insensato levantó sobresaltado la reja, y descubierto así su ardid no tuvo Ulises más recurso que tomar las armas y seguir á los que iban en su busca, entre los que se encontraban Agamenón y Menelao».

Este suceso fué causa de la implacable hostilidad que mostró siempre Ulises contra Palamedes, y que no se vió satisfecha hasta lograr la muerte de este héroe. Pero otros autores explican de diferente manera el odio surgido entre ambos. Dicen que, enviado Ulises á Tracia para hacer acopio de víveres con destino al ejército, no los pudo conseguir, y Palamedes le acusó de negligencia, ofreciéndose á ir él. Fué más afortunado, ó más hábil, y Ulises no le perdonó esta afrenta.

Sea ello como fuese, lo cierto, al parecer, es que el rey de Itaca decidió desembarazarse de su enemigo. Sobornó á uno de los esclavos frígios de Palamedes, comprometiéndole á que escondiera una cantidad respetable de dinero en la tienda de su señor; luego falsificó una carta de Príamo, en la que éste daba las gracias á Palamedes por los servicios que hacia á los troyanos. Interceptada la carta, y obligado Palamedes á comparecer ante el consejo de jefes, aunque protestó su inocencia, no pudo justificar el origen del dinero que en su tienda se halló, y fué lapidado en presencia de todo el ejército. Según el relato de Pausanías, un día que Palamedes pescaba en la orilla del mar, Ulises y Diómedes lo arrojaron al agua, y murió ahogado.

Se le rindieron los honores divinos en la isla de Eubea; una de sus estátuas tenía la inscripción: *Al dios Palamedes*.

Su padre Nauplio tomó venganza de su muerte. Primero envió emisarios á las mujeres de los caudillos del sitio de Troya, anunciando á unas la total derrota del ejército griego, á otras,

la muerte ó la infidelidad de sus maridos: por estas nuevas, Anticlea, madre de Ulises, se ahorcó, y Penélope se arrojó al mar, aunque pudieron salvarla. Más tarde, al regreso de los griegos victoriosos, encendió hogueras en los escollos del cabo Cafareo; los pilotos, luchando con las borrascas, dirigían las naves hacia aquellos fuegos que creían señales de refugio seguro, y la mayor parte de ellas se estrellaron contra los arrecifes de la accidentada costa.

*
* *

Por no repetir pormenores, omitimos tratar de algunos otros heroes griegos que, como Filoctetes, Protesilao, Pirro-Neoptolemo y varios más, tomaron parte importante, pero secundaria, en la epopeya de Troya. En distintos lugares de esta obra se consignan las noticias á ellos referentes.



**Mitologías escandinava,
celto-ibera y americana**

Mitologia e Religione
della Grecia e dell'Italia

Mitología escandinava

Las Eddas.—Alfadir.—El Muspilheim y el Nifflheim.—Surtur.—Imir.—La vaca Audumbla.—Los Asas y los Gigantes.—Bergelmer.—La creación del mundo.—Los enanos.—La primera pareja humana.—El Asgard.—Las Nornas.—El Igdrasil.—Heimdall.—Odín.—Freya.—Thor.—Divinidades menores.—Las Valkyrias.—El Walhalla.—Los Niebelungos y los Silfos.—Loki.—Hela.—La serpiente Iormungandur.—El lobo Fenris.—La clava de Thor.—Gulveiga.—La muerte de Balder.—El Ragnarok.

La mitología de los pueblos del Norte comprende principalmente las creencias paganas de la península escandinava y de Islandia. Rama de este tronco es la mitología germánica. Una y otra no difieren más que en detalles; un fondo común las informa, y unos mismos son sus dioses de primer orden. Conocida la primera, se conoce el carácter de la segunda.

La mitología escandinava se consigna en la *Edda*, obra atribuída con más ó menos fundamento á Semudo Gígfusson, autor que vivió en el siglo XII. Es una recopilación de poemas cosmogónicos, mitológicos é históricos, recibidos de antiquísimos tiempos por tradición oral, y recitados en la Edad Media, de castillo en castillo, por los *escaldas*, bardos ó trovadores de los países septentrionales; los de carácter histórico llevan el nombre especial de *Sagas*. Una segunda *Edda*, compuesta en el siglo XIII por Snorri Sturluson, es como un comentario en prosa de la primera. Los más importantes cantos de que se compone la *Edda*, celebran la gloria del dios Voddán ú Odín. Uno de ellos, la *Völuspá*—«profecía de la adivinadora»—está puesto en boca de

una profetisa, y ofrece una exposición bastante completa de la mitología nórdica. Reproduciremos los rasgos esenciales de esta narración.

En un principio existían la región del fuego y de la luz, el *Muspilheim*, donde reinaba el sér absoluto y eterno, *Alfadir*; y la región de tinieblas, dominio de *Surtur*, el Negro, llamada *Nifflheim*. Entre ambas se extendía el caos. Las chispas que saltaban del Muspilheim fecundaron los fríos vapores de los lóbregos ríos del Nifflheim, y nació de éstos *Imir*, padre de la raza de los gigantes. Tan pronto como nació tuvo hambre; un rayo de la región luminosa fundió el hielo de los ríos tenebrosos, y se formó la vaca *Audumbla*, de cuyas ubres manaron cuatro fuentes de leche que saciaron el apetito de Imir. Ahíto ya, se durmió; entonces del sudor de sus manos nació una pareja, varón y hembra, de gigantes; de uno de sus pies, un monstruo con seis cabezas.

La vaca sustentadora da estos gigantes del hielo, para alimentarse, lamía la nieve en las hendiduras de las rocas. Un día, debajo de esta nieve, descubrió una cabellera; al día siguiente, un cráneo; el tercero, un cuerpo. Era el dios *Bure*, fuerte y de hermosas proporciones. Éste engendró á *Bor*, quien, uniéndose á una giganta, dió á su vez la existencia á *Odín*, *Vili* y *Ve*, dioses destinados á crear y señorear el mundo.

Antes que nada, las tres divinidades y sus descendientes, los treinta y dos *Asas*, hubieron de sostener rudo combate con los gigantes. En él vencieron los dioses. Muerto Imir, la sangre que fluyó de sus heridas ahogó á toda su raza: un solo gigante se libró, *Bergelmer*. Con el cuerpo de Imir formaron los victoriosos dioses el mundo; su carne fué la tierra, su sangre el mar, sus huesos las montañas, sus cabellos las arboledas. Suspendido sobre la tierra, el cráneo del gigante se convirtió en la bóveda celeste; y para iluminarla, los poderosos *Asas* fijaron en ella las centellas que irradiaba el Muspelheim. En tanto, los restos no aprovechados del enorme cuerpo de Imir eran roídos por gusanos innumerables, los cuales dieron origen á la raza de los enanos que se ocultan en las cavernas, guardianes de los tesoros escondidos. Para complemento de la creación, faltaba la especie humana: los dioses se decidieron á crear una primera pa-

reja; de un fresno formaron al hombre, *Askur*, y de un aliso á la mujer, *Embla*; Odín les dió el alma, Vili el entendimiento, Ve la belleza y los sentidos.

Satisfechos de su obra, los dioses se retiraron á su mansión del *Asgard*, que ocupaba el centro del Universo. Varias ciudades de refulgentes palacios incluía en su recinto: *Gladeim*, residencia de Alfadir y los doce primeros dioses; *Vingolf*, morada de las doce diosas principales; *Elfheim*, donde habitaban las hadas y los espíritus de la luz. El gran fresno *Igdrasil* daba sombra á toda la región divina; sus ramas tocaban de una parte la tierra, y de otra el cielo. Una de sus raíces llegaba hasta el negro Nifflheim, donde la serpiente *Nidhog* la roía sin cesar; la segunda tomaba frescura del pozo de la prudencia; la tercera pasaba por la fuente de *Urda*, que blanqueaba cuanto se sumergía en sus linfas y era el refugio de la primera pareja de cisnes. Estaban encargadas de regar el sagrado Igdrasil las tres *Nornas*, ó parcas: *Urda* (lo pasado), *Verandi* (lo presente), *Scalda* (lo futuro). Una incansable ardilla espiaba de continuo la obra destructora de la serpiente Nidhog.

Al pie del prodigioso árbol celebran los dioses sus consejos, trasladándose allí majestuosamente desde sus palacios, y si se encuentran en la tierra, suben haciendo galopar sus caballos, por el Arco iris, á cuyo extremo su compañero Heimdal, vigilando siempre, para evitar una sorpresa de los descendientes de Bergelmer, suena su clarín de llamada.

El primero en la jerarquía divina es el poderoso *Odin*, creador y conservador del mundo, y á la vez terrible dios de la guerra. Dispone de tres palacios en el *Asgard*: el de *Gladshheim*, donde recibe á los demás dioses; el de *Walaskiaf*, en el que tiene un trono desde el cual domina todo el Universo, y el *Valhalla*, en donde los héroes muertos en la pelea reviven una existencia de gloria y placeres. Su caballo *Sleipner*, instrumento de sus correrías y hazañas, alcanza increíble velocidad merced á sus ocho pies. Sus dos lobos, *Gerí* y *Ferki*, le siguen á todas partes. Dos cuervos, *Hugin* (el espíritu) y *Munnin* (la memoria), se posan en sus hombros y le refieren al oído cuanto no haya podido ver desde su trono con su único ojo luminoso y ardiente.

Compañera de Odín en los combates es su esposa *Freya*,

que personifica la Tierra, madre de todos los seres, la fecundidad y el amor. Se presenta como la Venus escandinava.

De este divino matrimonio procede *Thor*, fuerte y poderoso dios de la tempestad. Montando un carro que tiran dos machos cabríos, recorre las alturas de la atmósfera y produce el trueno con el fragor de las ruedas. Como su padre, es también un terrible guerrero; dispone de maravillosas armas: su clava le vuelve á la mano después del golpe, y ciñe su cuerpo un cinturón que renueva sus energías á medida que las consume. De su madre Freya ha heredado asimismo su influencia sobre la fecundidad de la tierra; de las dos esposas que se le conceden, *Sif*, la de dorada cabellera, personifica la mies, *Jarnsaxa* la reja del arado. Su hijo *Magni* es la fuerza productora de la Naturaleza.

Á las tres grandes divinidades citadas, que eran las principales, seguían en importancia las siguientes:

Balder, el de radiante mirada, hermoso cual ninguno de los dioses, apacible y benigno. Aplacaba las tempestades. La vía láctea era, en las serenas noches del estío, el resplandor de su palacio celeste. Hijo de Odín y Freya, como Thor.

Bragé, hermano de Balder, presidía á la belleza de la palabra.

Tyr, hijo también de Odín y de Freya, por otro nombre, Friga, era el dios de la victoria.

Njord regia los vientos y el mar. Su hijo Freis dispensaba la lluvia.

Foresti era divinidad conciliadora que impedía las querellas y divisiones entre los hombres.

Vidar, fruto de la unión de Odín con la giganta Gridur, era el taciturno, el numen del silencio.

Vali, dios de la primavera.

Dagur, dios del día. Recorre el cielo en su carro, y su caballo de luminosa crin, sacudiéndola, trae la luz al mundo. La diosa de la noche, *Not*, va, también en un carro, en pos de Dagur: su caballo *Crin de hielo* rocía con la espuma del freno la tierra, todas las mañanas.

Hermodio, mensajero de los dioses.

Luno, dios del fuego.

Heimdal, guardador del Asgard. Tiene sueño de pájaro; su oído percibe el crecimiento de la hierba; su vista alcanza un radio de cien leguas, lo mismo de día que de noche.

Entre las divinidades femeninas que siguen en rango á Freya, son las más importantes:

Saga, diosa de la tradición, que comparte con Freya el amor de Odín. De su palacio del Asgard surge una fuente adonde el dios va todos los días á beber.

Snotra, diosa de la morigerada conducta.

Eira, diosa de la medicina.

Lofna, que reconcilia á los amantes.

Vara, que castiga la infidelidad.

Fulla, diosa de los atavíos femeninos.

Gefione, protectora de las vírgenes.

Siena, inspiradora de los tiernos afectos.

Sinia, diosa de la justicia y la equidad.

Lina, deidad consoladora que protege la amistad.

Iduna, diosa de la juventud eterna, esposa de Bragé.

*
* *

Divinidades secundarias eran las doce *Valkyrias*, vírgenes guerreras de ojos azules que tenían á su cargo señalar los héroes merecedores de muerte gloriosa en el combate y premiar con la victoria á los caudillos predilectos de Odín. La muerte en el campo de batalla era, entre los escandinavos, suerte envidiable, y cuando les tocaba morir en el lecho doméstico, se hacían atravesar de una lanzada, para alcanzar el privilegio de ser admitidos en el Walhalla, paraíso de los valientes.

Las almas de los héroes muertos frente al enemigo—*Einheriars*,—conducidas por Bragé y Hermodio á la presencia de Odín, se instalan en el Walhalla, beben el hidromiel en la compañía de los dioses, servido por las Valkyrias, y se deleitan con banquetes continuos y diversiones triunfales. Esta divina mansión—el Walhalla—se levanta entre las nubes, in-

cendiéndolas con su luz. Por cada una de sus quinientas cuarenta puertas pueden pasar ocho héroes de frente. Allí se celebra diariamente el festín, que Odín preside; el dios sólo toma vino en una copa, que se vuelve á llenar apenas vaciada; los Einheriars beben hidromiel y cerveza en los cráneos de los enemigos por ellos muertos en batalla, y comen la carne del jabalí Sarimner, nunca agotada, pues el animal reaparece entero al comenzar cada banquete.

En su vida celeste, los héroes gustan de recordar sus ejercicios favoritos en la tierra, el combate y la caza. Pelean entre sí hasta destrozarse; pero á la hora del acostumbrado festín, las Valkyrias acuden á curar sus heridas y pronto recobran las fuerzas para combates sucesivos. Á veces descienden en brillante cabalgata hasta la isla de Rugen y persiguen las alimañas de aquellas selvas seculares. Con más frecuencia, *Fro*, numen de la tempestad á las órdenes de Thor, da suelta entre las nubes á los espíritus de los ciervos y osos de que dispone. Los Einheriars entonces, con las refulgentes armas que Luno les fabrica, se lanzan en persecución de esta caza; los vientos llevan y esparcen el insistente ladrar de las jaurías; las roncadas trompas dan largos sonos triunfales; los gritos jubilosos de los héroes llegan tal vez á los oídos mortales, y exaltan los corazones en la tierra con un gozoso presentimiento de la libre y desbordante vida celeste.

*
* *

Con los gigantes y los dioses compartían el dominio del mundo los astutos enanos, los Niebelungos de la mitología germánica, á que antes se ha hecho referencia. Pero además existían los espíritus del aire, los invisibles *Silfos*. Unos eran buenos, luminosos; otros tenebrosos y maléficos. Pueblan el aire en número fabuloso; en todas partes están: una varilla que se agita produce un zumbido con el que gimen los silfos golpeados.

*
* *

Los divinos moradores del Asgard no eran inmortales; dioses nacidos en el seno de la Naturaleza, tenían que perecer un día. Con la guardia de Heimdal procuraban dilatar el momento de la temida catástrofe que había de sepultarlos entre las ruinas del mundo. Pero la raza de Bergelmer se había multiplicado, y el *Ragnarok*, el ocaso de los dioses, se veía próximo. Era cierto y fatal el fin, aunque no tenía plazo señalado por el Destino. De aquí la lucha incesante contra las fuerzas ciclópeas de los poderes malos por la conservación del mundo, la gigantomaquia de variados episodios que es el asunto principal de la *Edda*.

Los gigantes lograron tener un aliado entre los mismos dioses. *Loki* era entre éstos el descontento y el rebelde; resplandeciente de belleza, pero de pensamientos malvados, calumniador, insincero, ambicioso, no encontró diosa que le otorgase su amor. Tuvo que unirse con una giganta, y de esta unión nacieron seres monstruosos: *Hela*, horrible divinidad de la muerte; la serpiente *Iormungandur*; el lobo Fenris. Temerosos de los dioses, que se disponían á exterminarlos, estos engendros huyeron en busca de un refugio seguro. *Hela* se dirigió al Nifflheim; allí tomó el imperio del pueblo de las sombras; sentada en un trono de esqueletos humanos, su rostro de color de sangre reluce siniestramente; rodean su cuerpo sierpes horribles y su mano traza lívidos relámpagos con una canilla, como cetro, blanqueada á los rayos de la luna.

La Serpiente *Iormungandur* fué al mar, y pronto creció tanto que abarcaba la tierra. Únicamente el lobo Fenris cayó en poder de los divinos Asas; pero alcanzó también tan extraordinario crecimiento que, sujeto con fuertes cadenas, las quebraba todas. Entonces los industriosos enanos aceptaron el encargo de labrar una que fuera indestructible; para esta obra se valieron de seis componentes maravillosos: el rumor de los pasos de un gato, la barba de una mujer, la raíz de un monte, los nervios de un oso, el aliento de un pez y la saliva de un ave. Forjada la cadena, se la presentaron los dioses al lobo como una joya que luciría bien en su cuello; mas Fenris exigió que uno de ellos, mientras se la probaban, tuviese el brazo entre sus fauces. Tyr fué el más abnegado; que-

dó manco, pero el terrible Fenris, encadenado á una roca del centro de la tierra, dejó de ser un peligro para el Asgard. Una espada con el pomo en el vientre del lobo y la punta en su paladar, le impide roer sus ligaduras: la espuma de su rabia forma el río de los Vicios.

A esta hazaña de Thyr, el dios guerrero, siguió otra del esforzado Thor. En figura de muchacho, se presentó en la orilla del mar al gigante Bergelmer, que salía de pesca: le ofreció su ayuda y el enorme pescador la rechazó despreciativo; entonces Thor exclamó: «yo os podría dar cebo». Y dirigiéndose á un buey que pasaba, le arrancó la cabeza y la arrojó en la barca de Bergelmer. Admirado el gigante, admite al muchacho por compañero. Thor en seguida toma los remos, imprime á la barca extraordinaria velocidad, no obstante las protestas de Bergelmer y en breve llegan á las aguas de la serpiente Iormungandur. El monstruo, solicitado por el cebo, sale de lo profundo, y acomete al instante; pero antes que pueda Thor asestarle su clava, la mirada fascinante del dios le atemoriza y vuelve á hundirse en el abismo. Burlada su cólera, Thor la descarga al punto sobre Bergelmer: le da furioso golpe con la clava y lo arroja al mar desvanecido, no muerto. La hora fatal del encuentro supremo no era llegada todavía.

*
* *

Entre otros episodios que, como los dos anteriores, son parte de la misma lucha entre dioses y gigantes, se contiene en la *Edda* el siguiente:

Odín estaba de viaje. Muchos años duraba ya su ausencia. Freya, desconsolada, llorosa, habíase decidido á recorrer el mundo en busca de su amor, montando el carro que sus imágenes reproducen tirado por gatos y adornado de emblemas sexuales; inútilmente inquirió por toda la tierra el paso de su marido: sola hubo de volver al Asgard, donde sus lágrimas de pena ardiente formaban arroyuelos de oro.

Se encontró aquí con que á Thor, su hijo, durante el sueño,

le habian robado la clava. Contrariada la diosa, transforma á Loki en pájaro y le envia á reclamar el arma á la región de los gigantes; allí la tienen sin duda. Y en efecto, el rey del funesto linaje, Thyrn, confiesa haberla él mismo robado, y tenerla escondida en antro tan profundo, que nadie la podría encontrar; sin embargo, añade con procaz sonrisa, la clava volvería á su dueño si Friga se mostrase blanda á la pasión de Thyrn.

El maligno Loki, previendo la negativa y gozoso de poder disgustar á ambas partes, voló con esta pretensión al Asgard, Con eufemismos y rodeos se la expuso á la diosa; mas la recibió Freya de tal modo que, hinchándose con el furor su cuello dice el poeta, saltó roto el collar de oro que lo ceñía, obra de los enanos. Loki no perdió la ocasión de apoderarse de él y lo escondió en el mar; pero Heimdal, que desde su atalaya del Belfrost advirtiera la maniobra, siguió la joya hasta lo profundo de las aguas con su vista penetrante, pudiendo así ser recuperada.

Thor, por su parte, resuelto á recobrar la clava, se encamina al país de los enemigos, llevando á Loki de escudero. Se cubre con un velo flotante, encoge el paso y se presenta á Thyrn como la diosa del amor. En el acto, lleno de júbilo, previene el gigante un copioso banquete: él y sus compañeros devoran con fiero apetito: uno sólo de los comensales engulle ocho salmones y una vaca; Thor, sin llegar á tanto, también come y bebe largamente. Semejante exceso en una diosa llena de extrañeza á Thyrn, y así lo manifiesta á Loki. «Es que con la alegría de venir á verte—responde el trapacero—no ha comido nada en ocho días». A poco, la pasión no reprimida del gigante le mueve á descubrir el rostro de la amada: la centelleante mirada del guerrero dios le llena entonces de alarmas, que manifiesta á Loki. «Es que con la alegría de venir á verte—dice el medianoero—no ha dormido en ocho días».

El sencillo coloso, regocijado otra vez al oír estas palabras, busca y trae la clava, precio de su próxima dicha. Al verla, el terrible Thor se lanza á ella, la esgrime con sus potentes manos, revestidas de manoplas de hierro, y á sus golpes ruedan instantáneamente Thyrn y todos sus gigantes.

*
* *

Los dioses no pueden impedir con su desnudo los progresos del mal en la tierra. La corrupción gana á los hombres; la felicidad y la alegría se pierden. Una hija de Bergelmer, llamada *Gulveiga*—repartidora de oro—siembra los gérmenes de la concupiscencia y hace verter sangre humana en luchas fratricidas. Los dioses la aprehenden y la aniquilan por el fuego tres veces; pero tres veces renace de sus cenizas. Este es uno de los presagios de la proximidad del ocaso de los dioses. Otros, igualmente funestos, se producen. El aire se empaña con pestilentes vapores; dos lobos, hijos de Fenris, persiguen al sol y á la luna, y les van á los alcances y logran á veces morderlos, originando los eclipses; la diosa Iduna es hecha prisionera por los gigantes...

Sin embargo, las Nornas vaticinan que los dioses conservarán su poderío mientras no pierda la existencia Balder, el más hermoso y amable de ellos: por desdicha, el mismo Balder, en sueños, presiente su próximo fin. Entonces Freya se dirige á los cuatro elementos y á todos los seres, animados é inanimados, y les hace jurar que no tomarán parte en la muerte de su hijo, que velarán por su vida. Una planta, el muérdago, se le olvida únicamente á la diosa y de ella se vale el traidor Loki para sus planes siniestros. Los dioses deciden poner á prueba la invulnerabilidad de Balder; uno en pos de otro lanzan un dardo al blanco pecho del dios y no lo hieren; pero le llega la vez al ciego *Heder*, en cuyas manos ha puesto Loki una rama de muérdago: su dardo, fatalmente, no obstante la ceguera de este hermano de Balder, hiere de muerte al bello dios. Pocos instantes después, su esposa Nanna muere también, de pena.

Los dioses, llenos de asombro y consternación, queman el caballo y las armas de Balder, y al enano que le servía; luego depositan los cadáveres de la pareja divina en una barca, y no tarda Hela á recibirlos en su negro imperio. Mas Freya se presenta á la diosa de la muerte, y le ofrece por el rescate de su hijo cuanto pida: Hela exige una lágrima de cada criatura. Entonces la poderosa deidad, la dolorida madre suplica á la creación entera: dioses, hombres, fieras, vegetales, hasta las mismas peñas, la Naturaleza toda llora por Balder. Solamente una cruel gigante niega su lágrima, y esto basta para que Hela guarde su presa.

Saben los Asas que la giganta es el mismo Loki, y se disponen á castigarle. No le vale metamorfosearse en salmón y huir entre las aguas de sinuoso río: Thor consigue prenderlo en fuerte red. Amarrado en seguida á un monte, con una cuerda hecha de los intestinos de su propio hijo, sus convulsiones y sacudidas para escapar producen los terremotos.

El desquiciamiento final del Ragnarok es ya inevitable. Loki recobra su libertad. Los bosques se incendian; el mar se desborda; la estirpe del lobo Fenris devora sol y luna; la serpiente Iormungandur se enrosca á la tierra, que cruce entre sus anillos; oscilan y caen las estrellas. Los enanos tiemblan en sus rocosos escondrijos. La muerte barre á los hombres. Surtur el Negro, al frente del ejército de los gigantes, invade el sagrado Asgard y lo entrega á las llamas; densa humareda envuelve el mundo, y, rasgándola, aún parece la trompa de Heimdal prolongar un último lamento.

De pronto la tierra se sumerge en el mar y la negrura del caos absorbe la creación. Mas de este caos, de estas negras aguas, una nueva tierra surgirá, deliciosa, buena y eterna. Los campos producirán sin labor ni semilla. Una pareja predestinada que, alimentándose de rocío, se salvó de la inmensa catástrofe, será origen de una Humanidad más pura. Los dioses renacerán inmortales, y reunidos en interminable banquete á la sombra del reverdecido Igdrasil, recordarán sus luchas anteriores y meditarán los oráculos de Alfadir, el principio absoluto.

II

Mitología de celtas é iberos

Creencias primitivas de los celtas de las Galias.—La encina, divinidad.—Plantas sagradas: la verbena y el muérdago.—Dioses celtas: Bel, Belisana, Teutatés, Tarán, Ogmios, Kámulo, Kirk, Tarvos-Trigaranos, Onuava, Esterela, Andaté, Kermo, Dis y Pikolo, Irminsul.—Los sacrificios humanos.—Los druidas y el druidismo.—La vida de los espíritus.—Las druidesas.—Vida y creencias de los celtas de España.—Dioses y héroes primitivos españoles.—Los iberos y sus creencias.

De los celtas establecidos en las Galias escribe César, quien fué á este país como conquistador: «Los galos reconocen á Mercurio, Apolo, Júpiter, Marte y Minerva; mas profesan á Mercurio una veneración particular. Su creencia respecto de las divinidades es casi la misma que la creencia de los otros pueblos. Consideran á Mercurio como el inventor de todas las artes; piensan que él preside á los caminos y que ejerce una grande influencia en el comercio y en las riquezas; que Apolo evita las enfermedades, que se deben á Minerva los elementos de la industria y las artes mecánicas, que Júpiter gobierna con poder soberano el cielo, y que Marte es el dios de la guerra».

Sin embargo, mucho antes de la conquista, los celtas de las Galias practicaban un naturalismo religioso, y tenían dioses propios también, los cuales sólo por similitud de atribuciones fueron confundidos con los suyos por los romanos.

Adoraban los celtas las montañas, las fuentes, los ríos; el *Rhin*, divinizado, se tenía por el numen de la fidelidad conyugal; los niños eran sumergidos en sus aguas, y según éstas los devolviesen vivos á la orilla ó los ahogasen, se les consideraba legítimos ó adulterinos. En las aguas termales decíase que habitaban los *Bormos*, genios de la salud, auxiliares de Apolo, como médico.

Existían igualmente bosques sagrados, formados en especial por encinas, árboles que eran respetados sobre todos los demás. Estos bosques servían de lugares de reunión y de templos naturales. Se les suponía un espíritu, al que se tributaba culto; así, *Abnoba* era el espíritu de la selva Negra, *Arduinna* el de las Ardenas.

La veneración de los celtas por la encina era tan profunda que un autor griego hace de ella el dios supremo, el Júpiter de los galos. Entre las plantas, la verbena y el muérdago tenían especialmente carácter sagrado. La verbena se recogía por los sacerdotes, los druidas, el primer día de la canícula, antes de la salida del sol, después de ofrecer un sacrificio de miel y frutos. Para recoger el muérdago se esperaba á la luna de Diciembre: los druidas, previo un sacrificio de toros blancos á los dioses, lo cortaban con podadera de oro y lo recibían con severa ceremonia en un lienzo, blanco también como sus túnicas. Ambas plantas poseían para los galos prodigiosas virtudes: curaban las enfermedades, impedían la enemistad y el odio, tornaban la alegría al ánimo abatido. La verbena servía además para que se lograsen los deseos de los que se frotaban el cuerpo con ella.

Vestigios del mismo culto naturalista son las dedicatorias en latín, que se han encontrado cerca de los Pirineos, al dios Roble, al dios Haya; y el dios *Buxeno*, esto es, del boj, identificado por los romanos con Marte.

El catálogo de los dioses personales no es muy extenso. Los citados con más frecuencia por los autores son:

Bel ó Beleno, señor del cielo, personificación del sol. Divinidad benéfica que fomenta la germinación y proporciona las plantas curativas.

Belisana, diosa considerada como la inventora de las artes y asimilada á Minerva. Se la ve representada con un casco adornado de un penacho; viste una túnica sin mangas, y por encima el peplo; tiene los pies cruzados y la cabeza apoyada en su mano derecha, en actitud de meditar profundamente.

Taut ó Teutatés. Presidía á las obras de la inteligencia, el comercio, las medidas. Era también dios de la guerra. Se le adoraba bajo la forma de un dardo, cuando se pedía su protección en las batallas; bajo la forma de un roble, cuando se invocaban sus luces é inspiraciones.

Tarán, dios de la tempestad, del trueno y del rayo, del fuego. Se asimilaba al Júpiter tonante de la mitología greco-romana.

Ogmios, dios de la elocuencia. De sus labios penden cadenas de oro que sujetan por las orejas á sus adoradores.

Kámulo, otra divinidad de la guerra.

Kirk, personificación del huracán.

Tarvos-Trigaranos, dios conciliador invocado por los litigantes. Su imagen era un toro de bronce.

Onuava, representación de la tierra.

Esterela, diosa que daba la fecundidad á las mujeres.

Andaté, diosa de la victoria.

Kermo, dios de la caza.

Dis y Pikolo, dioses infernales.

Irmin ó Irminsul, terrible dios guerrero, idéntico á Marte, según algunos autores. Su imagen llevaba en el pecho la figura

de un oso, y la de un león en su escudo, un estandarte en una mano, y en la otra la balanza, emblema de la incertidumbre de la victoria. Tenía á veces Irminsul la figura de un tronco hincado en el suelo, ó de una columna de piedra; se le adoraba entonces en medio de los bosques, y se le inmolaban víctimas humanas.

*
* *

Parece indudable que el culto de las divinidades célticas comportaba, en general, sacrificios humanos. Pero estas inmolaciones se sustituían á veces con simulacros de sacrificios: los sacerdotes sacaban á las víctimas unas cuantas gotas de sangre, ó bien se figuraban las mismas con maniquíes, á los que se prendía fuego. Estos maniquíes llevaban dentro, en ocasiones reos de traición ó de delitos comunes. A propósito de ésto escribe en sus *Comentarios* Julio César: «El galo atacado de grave enfermedad, ó expuesto á los peligros de la guerra, inmolaba una víctima humana ó hacia promesa de inmolarla, persuadido de que no podían ser los dioses aplacados ni rescatada la vida de un hombre, á no sacrificar la de otro. Estos sacrificios, realizados por mano de los druidas, estaban erigidos en instituciones públicas y legales, y cuando para ellos faltaban reos de muerte, se apelaba, para suplirlos, al suplicio de personas inocentes. A veces llenaban de hombres vivos ciertas imágenes colosales de sus dioses; cubríanlas con ramaje, y prendiéndoles fuego, perecían las víctimas abrasadas entre llamas».

*
* *

Los druidas formaban el sacerdocio de los celtas galos. Unos autores derivan esta voz de *drus*, encina; otros de *dru-vid*, el muy vidente. Se dividían en tres clases: la de los *Ovatos*, aspirantes á la dignidad sacerdotal; la de los *Bardos*, cantores de las alabanzas de los dioses, y la de los *Darvidin*, ministros del

culto, que además ejercían las funciones judiciales y la medicina, é instruían á la juventud. Vestían de blanco y se adornaban con brazaletes y amuletos de piedra en figura de serpientes. Se cree que observaban el celibato y que vivían en los bosques, reunidos en comunidades que presidía el Archidruida, jefe supremo elegido por mayoría de votos.

Aparte sus atribuciones religiosas, los druidas implantaron una verdadera teocracia entre los galos. Legisladores y jueces, ejercían en el Estado una autoridad incontestable, hacían la paz y la guerra, deponían á los magistrados y á los reyes, imponían penas y se constituían en censores respecto de los particulares. Estaban exentos del servicio militar; tenían el monopolio de los sacrificios, tanto públicos como privados, y excomulgaban á los que desacataban sus sentencias, excluyéndolos de las ceremonias religiosas.

Cuanto á sus doctrinas, parece averiguado que tenían una teología secreta y que adoraban á un dios ignoto, cuyas alabanzas cantaban en los bosques sagrados, acompañándose con los sonos de sus arpas de oro, de noche, á la claridad de las teas. Punto esencial de esa teología era la creencia en la vida futura y en la transmigración de las almas: tal creencia se hizo luego popular, y tan arraigada estaba entre los galos, que no vacilaban en dar cantidades á préstamo, pagaderas en la otra vida. Las enseñanzas públicas de los druidas se cifraban en la explicación de las genealogías, atributos y funciones de los dioses, así como en la de los diversos medios de aplacar su ira y conocer su voluntad. Desde lo alto de pequeñas eminencias, y en un lenguaje figurado y obscuro, explicaban todo esto á las muchedumbres. Asunto de sus discursos era también la predicción del porvenir, y un sistema de moral que comprendía tres principios fundamentales: adorar á los dioses, no hacer mal, ser valiente. Según Pomponio Mela, sabían el curso de los astros y el orden del Universo, y anunciaban que cuanto existe había de ser un día destruído por el agua y por el fuego.

En sus funciones de iniciación, dicese que cuidaban de instruir á sus discípulos en grutas escondidas entre tupidas arboledas; recelosos, evitaban confiar sus enseñanzas esotéricas á la escritura, y participarlas á las mujeres. Pocos novicios lograban

conservar, después de veinte años de iniciación rigurosa, la memoria necesaria para retener las máximas difusas de la religión druídica.

Privilegio de los druidas era el ejercicio de la medicina. Los galos consultaban sobre sus dolencias á los sacerdotes, y éstos las curaban por las artes de la magia, cuando no bastaban los recursos ordinarios, que eran principalmente el muérdago, la verbena y el alcanfor. Se conocía también otra planta de maravillosas virtudes, y era el ségalo, cuyo empleo daba el poder de convertirse en paloma, mecerse en las nubes, suspirar en el viento, deslizarse por los rayos de la luna, y convertir el desvío en amor. Pero se había de arrancar la planta con ciertas precauciones. Era indispensable vestir de blanco y llevar desnudos los pies; la mano derecha, escondida bajo la túnica, cogía el ségalo, y luego la izquierda se lo robaba á la derecha; el contacto impuro del suelo, sobre todo, había de evitarse á toda costa. Remedios mágicos eran, entre otros, los llamados huevos de serpiente: erizos de mar fósiles.

*
* *

Se comprende que la terapéutica druídica no inmunizase contra la muerte. Una compensación era que tampoco podía nada contra el alma, por ser ésta inmortal. El erudito Gebhardt traza el siguiente cuadro de la vida de los espíritus.

«Las nubes servían de mansión á las almas, y al paso que los hombres virtuosos y esforzados eran recibidos con gran fiesta en los aéreos alcázares de sus antepasados, los malos, los cobardes, los reos de negros delitos, excluidos de la morada de los héroes, vagaban errantes por los vientos y tempestades, sin jamás parar en parte alguna. Entre los bienaventurados conservaba el alma las mismas aficiones que tuviera en vida; simuladas peleas eran el perpetuo goce de aquellos incansables guerreros, y sus nombres se transmitían á las generaciones futuras, al paso que creían condenados á eterno olvido y reposo á los que no habían ilustrado su vida con acciones belicosas.

»Mas para que pudiese el héroe penetrar en la aérea mansión de sus mayores era preciso que los bardos entonasen en su tumba el himno fúnebre; de no, su alma iba á perderse entre las impuras y fétidas emanaciones del estanque Leo, inmediato á las regiones infernales.

»Como la muerte no era bastante á romper los lazos de los afectos terrenos ni los del parentesco, no cesaban las sombras de ocuparse en la suerte de aquellos seres que les fueran queridos. Por esto la creencia en aparecidos era común entre los pueblos célticos, y en el silbido de los vientos y en el fragor del trueno creían reconocer la voz de los difuntos. Si entonces tenían en sueños alguna visión, considerábanla como infalible revelación de lo futuro. No se aparecían en igual forma los buenos y los malos espíritus: los primeros se mostraban á sus amigos en el transcurso del día, en los risueños, pero solitarios valles; los segundos salían de noche, en medio de las tormentas y huracanes, en sombrías cavernas ó entre peñas. Con todo su poder destructor no alcanzaba la muerte á desfigurar la hermosura, y así es que las sombras de los que murieron jóvenes y bellos conservaban su halagüeña apariencia y ejercían á su paso por los aires benéfico influjo. Los presagios eran las respuestas que daban los muertos á las preguntas que les eran dirigidas.

»Cada hombre tenía su sombra tutelar que sin cesar le seguía: cuando estaba próximo su fin, prorrumplía el espíritu protector en lastimeros quejidos. Los cánticos entonados por los bardos terrestres junto al cadáver de un guerrero no eran más que el debilitado eco de la divina melodía que cantaban los bardos celestes al celebrar por espacio de tres días los altos hechos del héroe admitido en los aéreos palacios.

»Era creencia vulgar que al expirar un guerrero quedaban sus armas teñidas de sangre; que su sombra no dejaba nunca de visitar el lugar de su nacimiento, y que sus perros la veían, lo cual les hacía prorrumper en lúgubres aullidos.

»A la acción de los muertos, cuyo culto tan gran lugar ocupaba en la religión céltica, atribuíanse todos los fenómenos naturales. El eco era, para quien lo oía, el espíritu de la montaña que le daba avisos; el sordo rumor que precede á la tempestad era el plañidero acento de los espíritus del valle. Si

agitaba el aire las arpas de los bardos, eran las sombras que con aquel imperceptible sonido vaticinaban la muerte de un gran personaje; un caudillo ó un rey no moría jamás sin que las arpas de los bardos pertenecientes á su familia dejaran de lanzar proféticos suspiros».

*
* *

Había en las Galias mujeres sacerdotisas: las druidesas. Los escritores antiguos dicen que formaban tres clases: unas que debían guardar virginidad perpetua; otras que podían casarse, pero no salir del santuario á que estaban consagradas sino una vez al año, para cumplir los deberes del matrimonio, y otras que se dedicaban á servir á las demás y acaso á decir la buena ventura al pueblo crédulo. Las druidesas de las dos primeras clases practicaban la astrología y adivinaban el porvenir por la inspección de las entrañas de las víctimas.

En Estrabón se encuentra el relato de uno de los sacrificios humanos celebrados por estas sacerdotisas. Cuando había prisioneros enemigos acudían, espada en mano, las druidesas, y echándolos al suelo los arrastraban hacia unos pozos, junto á los cuales había de cumplirse la ceremonia. Una de ellas, subida en un escabel, hundía su cuchillo en el pecho de cada prisionero, y las otras, después de abrirlos, trataban de leer el porvenir en las palpitaciones de sus entrañas.

Las druidesas de tercera categoría no tenían participación en esos sacrificios. Reunidas en la margen de un estanque sombreado por encinas, consultaban la luna que derramaba sobre ellas su pálida claridad y se entregaban á mágicos encantamientos. La casualidad y el sentido equívoco de sus respuestas les granjearon crédito y hasta hubo algunos emperadores romanos que creyeron en su dón de profecía.

Se dice que las druidesas de mayor poder residían en la isla de Saina. Según Pomponio Mela, ejercían influjo sobre las tempestades, se convertían á menudo en palomas y podían sanar á los más graves enfermos.

A consecuencia de la invasión de los romanos y de la propaganda cristiana, el druidismo fué perdiendo preeminencias, hasta quedar casi extinguido en el siglo III. Desde entonces las druidesas son hadas: habitan en las cisternas y en los secos lechos de los torrentes, y el labrador, en la noche, cuando el trueno estalla en el seno de la nube, cree distinguirlas llevando encendidas antorchas, cuyas llamas hace ondular el viento que silba en el follaje de los árboles.

*
* *

No consta de manera positiva que existiese el druidismo entre los celtas de España, ni abundan, por otra parte, las noticias referentes á este pueblo que, con el de los iberos, formó el núcleo principal de los primeros pobladores históricos de la península.

Estrabón, á quien se ha llamado por antonomasia el geógrafo de la antigüedad, refiere escuetamente que «los celtíberos y sus vecinos del lado del Septentrión veneran, al tiempo de los plenilunios, un dios sin nombre especial, cantando á coro y danzando en solemne festejo las familias delante de sus casas».

Con referencia á los lusitanos dice: «Son muy aficionados á los sacrificios; examinan las entrañas sin arrancarlas del cuerpo de la víctima y palpan con suma atención las venas del pecho para sacar agüeros. En sus conjuros sírvense de las entrañas de sus prisioneros, á los que cubren con un velo antes de inmolarlos. Al recibir la víctima en el vientre el golpe fatal por mano del agorero, deducen sus primeros pronósticos del modo como cae. Cortan la mano derecha á sus prisioneros de guerra y los consagran luego á los dioses.

» Aquellos montañeses viven con frugalidad, beben agua y duermen en el suelo: dejan crecer su cabellera como las mujeres y al disponerse para los combates la sujetan con una cinta alrededor de la frente.

» Los sacrificios que ofrecen al dios de la guerra consisten en cabras, caballos y prisioneros. A la usanza griega, hacen también hecatombes, semejantes á aquellas de que nos habla Pí-

darlo cuando dice: Inmolad cien víctimas de cada especie de animales.

«Visten todos de negro, y la mayor parte usan mantos con los cuales se acuestan sobre haces de heno: como los galos, se sirven de vasijas de tierra, y las mujeres llevan mantos y vestidos bordados. Los moradores del interior practican el comercio por medio de permutas, ó bien cortan pedacitos de una lámina de plata á proporción que han de pagar lo que compran.

»Los condenados al último suplicio son ejecutados á pedradas, y los parricidas sufren esta pena fuera de las ciudades. Aquellas gentes se casan á la manera de los griegos, y exponen á los enfermos en los caminos, como practicaban antes los griegos, á fin de aprovechar los consejos de los transeuntes, si por casualidad se encontrase alguno que conociese por experiencia propia la enfermedad y el remedio.

»Tal es la existencia de todos los montañeses de Iberia, como los galecios, los astures y los cántabros hasta el país de los vascones y los Pirineos, pues todos aquellos pueblos observan un mismo género de vida».

Grande es la incertidumbre de los autores respecto á los dioses que veneraban los celtas de España. Desde luego se conjetura que, como sus hermanos de las Galias, reconocían carácter sagrado á las fuentes, los ríos, los bosques y los montes, y que adoraban al Sol, á la Luna y al fuego. También se admite que practicaban el culto de los espíritus de los antepasados. Pero cuando se trata de enumerar los dioses personales, y de precisar sus atribuciones, la carencia de datos bastantes origina la mayor confusión. Así que la mayor parte de los nombres de dioses celtas que aparecen en las inscripciones son, al parecer de un ilustre polígrafo, denominaciones indígenas de dioses extraños, romanos especialmente.

El insigne Costa no desecha en absoluto esta opinión; mas enlaza la relativa originalidad de los primitivos dioses españoles con el común fondo mitológico de la raza aria. He aquí algunas conclusiones que se derivan de su magistral obra *Mitología y literatura celto hispanas*:

Magnon. Sol-Hércules. Se le inmolaban toros, al decir

de Diodoro; siendo considerados estos animales como sagrados.

Neton. Sol-Marte. Asegura Estrabón que se le dedicaban sacrificios de machos cabríos. La efigie de este dios en Guadix estaba ornada de radios.

Neta y Baudvhaeto. Valkyrias, númenes ó diosas de la guerra, mujeres de Neton.

Lugoves. El brillante, el lumínico. Sol-Marte.

Camal. Deidad de incierta significación. Parece ser una nueva representación de Sol-Marte, aunque no es absurdo suponer que fuera una Afrodita lusitana.

Segolu. Sol-Apolo, como generador, ó vencedor.

Cabar Sul. Verosíblemente Apolo, como divinidad de las aguas termales.

Eaco. La Luna.

Ataecina. Divinidad infernal, asimilada á Proserpina.

Endovélico. Supone Costa que en un principio hubo de simbolizar el fuego, como creador y conservador del mundo; á la vez lo considera como dios subterráneo, infernal, asimilándolo á Plutón. El santuario de Endovélico fué consagrado á San Miguel Arcángel, cuando triunfó el cristianismo, lo cual parece indicar una relación entre el Satán de las tradiciones cristianas y el Endovélico-Plutón, rey de las moradas sombrías de los muertos. Endovélico fué probablemente el dios más popular de la España primitiva, el de culto más generalizado. Los autores han fijado especialmente su atención en él. Menéndez Pelayo se inclina á creer que era el Dios ignoto, el dios anónimo de que habla Estrabón. Otros escritores lo presentan, ya como dios de la guerra, ya como numen del amor. No se vislumbra la certeza entre tantas dudas.

Los cultos extranjeros, traídos por griegos y fenicios, coexistían con las divinidades indígenas. Hércules tenía un templo en Cádiz. En Sevilla era adorada la diosa *Salambó*, considerada como la Astarté fenicia. Las colonias griegas de la costa de Levante erigieron santuarios á Diana. Con la progresiva romanización de la península, las creencias celto-iberas perdieron toda vitalidad, aunque subsistieron en forma de supersticiones populares; los cultos extraños siguieron las vicisitudes de los sucesos políticos.

*
* *

En la antigua Turdetania (Andalucía) se contaba una leyenda relativa á dos primitivos héroes españoles, Abidis y Geryón. El autor clásico Trogo Pompeyo la recogió. Hela aquí:

Gárgoris era rey de los Curetes. La fragilidad de su hija le dió un nieto ilegítimo. Abochornado el abuelo, quiso borrar las huellas de la falta acudiendo á todos los medios para hacer desaparecer al tierno infante; pero el niño, salvado por la fortuna, escapó á todos los peligros y acabó por obtener el trono, con el beneplácito de su abuelo, movido á compasión al término de tantas persecuciones. Primeramente, lo hizo exponer, y cuando al cabo de algunos días envió á buscar el cadáver del infeliz expósito, hallaron que las fieras lo estaban amamantando. Llévaronlo á palacio, y el rey dispuso que lo colocasen en un sendero angosto por donde solía pasar el ganado, prefiriendo, con crueldad inaudita, que su nieto muriese pisoteado antes que matarlo sencillamente. Habiendo salido incólume de esta segunda prueba, y no habiendo carecido siquiera de alimento, fué arrojado á multitud de perros, á quienes de intento se había dejado muchos días sin comer, y después á los cerdos. Tan lejos estuvo de recibir daño, que algunos de estos animales lo alimentaron con su leche; por lo cual el rey lo hizo arrojar al mar. Manifestóse entonces de un modo visible la protección de algún numen, pues á pesar de que las olas estaban desencadenadas y se entrechocaban furiosamente, fué por ellas nuevamente trans-

portado á la playa, como pudiera por una nave: poco después, acudó una cierva, que ofreció sus pechos henchidos al perseguido infante. Aleccionado por tal nodriza, adquirió una ligereza maravillosa, y erró largo tiempo por montes y bosques entre manadas de ciervos, no menos ligero que ellos. Hasta que, cogido en un lazo, fué regalado al rey. En la fisonomía y en ciertas señales que le habían sido grabadas al nacer, reconoció á su nieto. Maravillado de que hubiera podido resistir tantos azares y peligros, lo designó por sucesor al trono, dándole el nombre de *Abidis*.

Cuando cinó la corona, desplegó tales cualidades que con razón pensaron todos que sólo por virtud de los dioses había escapado á tantos peligros. sometió al pueblo al imperio de las leyes, le enseñó á domar los bueyes y uncirlos al yugo, y á cultivar el trigo; y en odio á las privaciones que él había sufrido, obligó á los hombres á dejar sus alimentos silvestres por otros más suaves. Prohibió al pueblo servirse de esclavos, y distribuyó la plebe en siete ciudades. Después de su muerte, el cetro continuó en sus descendientes durante muchos siglos.

Geryón reinó en la otra parte de España y en las islas próximas al litoral. Los pastos en ella son tan ricos, que los ganados morían de gordura si no se les obligase á la abstinencia. Por esto los ganados de *Geryón* adquirieron tanto renombre, que la esperanza de tal botín atrajo á *Hércules* desde el Asia. Se dice que *Geryón* no tuvo, como cuentan las fábulas, un triple cuerpo, sino que eran tres hermanos tan estrechamente unidos, que parecían animados por un solo espíritu. Se añade que no acometieron ellos á *Hércules*, sino que al ver arrebatados por éste sus ganados, empuñaron las armas para rescatarlos.

Otro héroe legendario de aquellos tiempos, *Therón*, nos es conocido por un fragmento de las *Saturnalia* de Macrobio. «Era *Therón* rey de la España citerior, el cual, con furor inaudito, trató de expugnar el templo de *Hércules*; á este efecto, equipó una armada poderosa. Saliéronle al encuentro los gaditanos con sus naos. Hacía ya mucho tiempo que estaba trabada la pelea, y la victoria no se decidía por ninguno de los combatientes, cuando de pronto se declaran en fuga las naves del rey, y en el mismo punto anuncióse en ellas un incendio que las

hizo pasto de las llamas. Los pocos que lograron salvarse y quedaron cautivos del vencedor, declararon que en las proas de las naves gaditanas habían visto aparecer unos leones y salir de ellas manojos de rayos, como los que se pintan en la cabeza del Sol, que en un instante abarcaron las naves de Therón».

LOS IBEROS.—Rasgo saliente del carácter de los iberos era el valor, á veces llevado hasta la fiereza. Dícese que la debilidad que acompaña á la vejez les inspiraba espanto: cuando ya se veían sin fuerzas para esgrimir las armas, se arrojaban desde lo alto de una roca. Las madres, para alentar los ánimos de sus hijos cuando éstos iban á la guerra, les referían las hazañas de sus antepasados, y las doncellas se ofrecían espontáneamente por esposas al guerrero más valeroso. Según las noticias de Estrabón, en la guerra cántabra se vieron madres que daban muerte á sus pequeños, antes que dejarlos caer en poder de los romanos; un niño empuñó una espada, por mandato de su padre, y mató á sus hermanos cautivos; una mujer libertó de igual modo á sus compañeros de cautiverio; algunos prisioneros, condenados á morir en cruz, no cesaron de entonar cantos de guerra, aun en medio de su suplicio.

«Otra costumbre de los iberos, dice también Estrabón, es procurarse un veneno, que extraen de una hierba semejante al perejil, y que ocasiona una muerte sin dolores. Todos lo tienen preparado para recurrir á él en caso de desgracia. Finalmente, les es tan familiar sacrificarse por aquéllos cuya causa defienden, que se libran por medio de una muerte voluntaria del pesar de sobrevivirle».

Los iberos veneraban los altos montes, que les servían de baluarte contra las invasiones de gentes extrañas. Adoraban á los astros, al Sol y á la Luna. Conocían el culto del fuego. Es de creer también que sus diversas tribus tuvieran númenes de la guerra.

Un sér eterno, creador del mundo, informaba sus primitivas creencias. Nombrábanle *Yaincoa*. Los espíritus, invocados en las cumbres de las montañas, servían de mediadores entre el hombre y la divinidad suprema.

Las ideas cosmogónicas de la estirpe ibera corresponden á su origen oriental. Hablaban sus tradiciones de una gran ser-

piente, *Leheren Suga*, dormida en un lago interior de fuego. El huevo-mundo envolvía este lago. La respiración de la serpiente producía pavorosos ecos subterráneos, y las convulsiones que agitaban al monstruo en su sueño amenazaban romper la tierra. Un ángel dejó caer desde el cielo en el Océano la sexagésima gota de un reloj de agua y sonó siete trompetas de bronce. Entonces la gran serpiente despertó de su letargo y abrió sus siete fauces, y surgieron siete volcanes. Consumida en diez días la tierra, la cola del enorme animal amasó una nueva con las aguas del diluvio; luego se enroscó, volvió á dormirse, y cuatro espíritus quedaron velando su sueño.

Las multitudes humanas que, huyendo del cataclismo, se refugiaron en los montes, fueron transformadas en peñas; mas, pasados diez siglos, volvieron á su forma primera, y se diseminaron por el mundo.

Mitología americana

Dioses mejicanos: Tēotl, Tezcatlepoça, Quetzalcoatl, Ixcuina, Texasukat, llamateuchtli, Tevaikaiohona, Tlaloc, Huitzilopotchli.—**Dioses peruanos:** Pachacamac ó Viracocha, Punchao, Killa, Chasca.—Un templo del Sol.—**Dioses de otros pueblos americanos.**

El espacio que en la historia de las creaciones mitológicas ocupen los dioses americanos ha de ser forzosamente reducido. Las poblaciones de aquellos extensos territorios, cuando en son de conquista llegaron allí los europeos, vivían en la barbarie. Y muchas de esas salvajes tribus carecían de toda religión. El P. Ribas, que en época más cercana ha desempeñado misiones en la comarca de Sinaloa, dice: «Los salvajes de dicho punto no tienen el menor conocimiento de Dios, ni tampoco de ninguna falsa divinidad. Nunca se han reunido en público para ejercer ningún acto de religión».

No todos los pueblos americanos, sin embargo, desconocían la vida civil y religiosa. Aparte de que los indígenas de la América del Norte reconocían un Sér Supremo, llamado *Manitu* (Espíritu), y comunmente asimilado al Sol, los conquistadores españoles encontraron en la América meridional imperios flore-

cientes que, como el Perú y Méjico, tenían ciudades ricas y templos suntuosos.

Las relaciones de los escritores contemporáneos á la conquista son muy contradictorias: la psicología y las creencias de los pueblos americanos presentan muchos puntos oscuros, consiguientemente. Se sabe, sí, que los mejicanos vivían al empezar el siglo xvi en plena fase mitológica, y que su imaginación era candorosa, infantil. Prescott refiere que, á pesar del odio que les inspiraban los españoles, un día que se encontraron los mejicanos un caballo perdido de la hueste invasora, lo acogieron como á una divinidad y le dieron á comer flores y frutas: el animal murió, y cuando más adelante fué á establecerse en el país una comunidad, vieron los monjes cómo los indígenas adoraban un caballo de piedra, labrado toscamente, que era para ellos un dios del trueno y de la destrucción, en quien sin duda cifraban el poder de las armas enemigas.

DIOSES MEJICANOS

Téotl.—Era el dios supremo de los aztecas, reconocido como el creador y mantenedor del mundo. No consta que se le erigieran templos. Se le invocaba en las oraciones como al «Dios por quien vivimos—omnipresente, que conoce todos los pensamientos y reparte todos los dones,—sin el cual nada es el hombre—invisible, incorpóreo; un dios de perfecta perfección y pureza,—bajo cuyas alas hallamos reposo y segura defensa».

Por debajo de este gran dios había hasta trece deidades

principales, y más de doscientas inferiores, que presidían á los elementos, al tiempo y á los diversos destinos humanos.

Tezcatlepoca, dios que ocupaba el primer rango después de Téotl, era considerado como el «alma del mundo». Se le daba la forma de un hombre hermoso, perpetuamente joven. En su honor se celebraba un sacrificio cruel. Un año antes de la ceremonia se escogía un cautivo, de belleza sin tacha, que representaba al dios. Vestido con magníficos trajes, aspirando incienso y el aroma de exquisitas flores, reverenciado por las calles cuando pasaba sonando alguna melodía con su laúd, servido por solícitos pajes, gozaba de una vida regalada por espacio de once meses. En el último mes de su vida se le daban por compañeras de lecho cuatro hermosísimas doncellas, con nombres de otras tantas diosas, y sus ardientes caricias, y los continuos banquetes con que le obsequiaban los nobles, le sumían en la inconsciencia de su destino.

Llegado el día de inmolarlo, se le despojaba de sus brillantes atavíos, despedíase de sus placenteras amigas, y una de las familias reales le conducía por el lago al templo—como casi todos, en forma de pirámide—que había en la orilla opuesta, á una legua de la capital. Formábase una procesión que subía las gradas de la «casa divina». Durante la ascensión, la víctima iba arrojando ramos de flores, último resto de su adorno, y rompía los instrumentos músicos que alegraran sus horas felices. En la cumbre, seis sacerdotes de larga cabellera y negra veste, recibían al prisionero; cinco de ellos lo tendían y sujetaban sobre la piedra del sacrificio, una plancha de jaspe ligeramente combada; el sexto, revistiendo una capa roja, le abría el pecho y le arrancaba el corazón palpitante: alzaba la encendida entraña hacia el sol, y la tiraba después á los pies de la deidad protectora del templo. Mientras, abajo, el gentío se arrodillaba en humilde adoración.

Todo este aparato era la ilustración de una moraleja que enseñaban los sacerdotes: breves son los goces de la vida; la muerte acecha á cada paso.

Quetzalcoatl.—Dios del aire, divinidad bienhechora que ins-

truyó á los hombres en el uso de los metales, en la agricultura y las artes de gobierno. Durante su paso por la tierra, floreció una verdadera edad de oro. El suelo daba espontáneamente las flores y los frutos; el algodón crecía con los matices de la tintorería. Los sentidos embriagábanse con los deleitosos perfumes de las auras y las dulcísimas melodías de las aves.

Pero Quetzalcoatl se atrajo la enemistad de un dios más poderoso que él y tuvo que abandonar el país. En las orillas del golfo mejicano se despidió de su comitiva, prometiendo que volvería á visitar un día á sus descendientes, y embarcando en su mágico esquife, hecho de pieles de serpientes, surcó el Océano con dirección á la fabulosa tierra de Tlapallán. Se dice que la aparición de los españoles hizo suponer á los mejicanos el anunciado regreso de este dios.

Las tradiciones lo pintaban de elevada estatura, tez blanca, pelo negro y barba espesa. Tenía un magnífico templo en Cholula.

Ixcuina.—La mujer hermosa, en lenguaje mejicano, Ixcuina ó Ichcuina, conocida también por el nombre de *Tlazultentli*, era la diosa del amor y del placer, la Venus mejicana. Se le suponían cuatro hermanas, divinidades subalternas de las voluptuosidades: *Chucsti*, *Teigón*, *Tlaco*, *Tiacapán*.

Texcasukat.—Dios de la alegría y del vino.

Ilamateuchtli.—Diosa de la senectud. En su fiesta solemne se le sacrificaba una mujer; recorría las calles una procesión y se celebraban danzas y distintos juegos.

Tevaikaiohona y Tazi.—Dios y diosa de la tierra.

Tlaloc ó Tescatlibochtli.—Terrible dios, vengador de los crímenes y causante del hambre, de la peste, de todas las calamidades. Su ídolo era de granito negro bruñido; pendían de su labio inferior anillos de oro y plata; cadenas, de oro también, rodeaban sus brazos: en su ombligo lucía una enorme esmeralda.

Su mano derecha tenía cuatro flechas; la izquierda, un espejo de oro adornado con plumas de varios colores.

En sus fiestas, celebradas en primavera y verano, se le sacrificaban víctimas humanas.

Huitzilopotchli ó Vitslibochtli.—Marte mejicano, dios de la guerra y también de la adivinación. Su madre *Koatlíkoé* lo concibió guardando en su seno un hacecillo de plumas que revoloteaba en el aire; los *Ceutsónhuitsnahuis*, hijos de *Koatlíkoé*, al verla en cinta se conjuraron para matarla; pero al ir á efectuar su intento, *Vitslibochtli*, armado de pies á cabeza, salió del vientre de su madre y exterminó á sus hermanos.

Añadía la leyenda que *Vitslibochtli* reunió á sus adoradores que andaban dispersos y entregados al bandidaje, y haciendo un recorrido de seiscientas leguas, los guió á la llanura de Méjico, de donde expulsaron á los navaltecas, que dominaban el país.

El historiador Solís describe así el templo de este dios: «Se encontraba primero una especie de capilla de piedra, alta, con treinta gradas, con una plataforma en alto, donde estaban puestos en una misma hilera, de trecho en trecho, muchos troncos de árboles corpulentos tallados simétricamente, que sostenían las astas ó picas en que estaban ensartados por las sienes los cráneos de las víctimas que habían sido inmoladas. Los cuatro costados de un inmenso patio cuadrado y cerrado, que circuía el templo, tenía cada uno una puerta correspondiente á los cuatro puntos del cielo: cada puerta tenía sobre sus bases cuatro estátuas de piedra que ocupaban el rango de los dioses liminares ó porteos, á los cuales se les dirigían algunos saludos al entrar: el patio ó plaza era de extensión tal, que ocho ó diez mil personas podían bailar cómodamente en los días de las grandes fiestas.

»La capilla donde estaba el ídolo, estaba cubierta de un techo de una madera rara y preciosa. El dios, colocado sobre un altar muy elevado y rodeado de cortinas, presentaba el rostro de persona, y estaba sentado en un trono sostenido por un globo azul nombrado cielo: llevaba en su cabeza un casco de plumas de diversos colores, figurando un pájaro con el pico y la cresta

de oro bruñido. Su rostro horrible y severo lo era más y más por dos rayas azules que tenía en la frente y en la nariz: apoyaba su mano derecha en una culebra ondulante que le servía de bastón: en la mano izquierda llevaba cuatro flechas que los adoradores veneraban como un presente del cielo, y un escudo cubierto de cinco plumas blancas puestas en cruz.

»Otra capilla, á la izquierda de la primera, encerraba el ídolo *Tlaloc*, que se parece mucho á aquél. También los mejicanos consideraban á estos dioses por hermanos, y tan buenos amigos, que compartían entre sí el poder soberano de la guerra, iguales en fuerza y uniformes en voluntad».

Los mencionados son los más importantes entre los dioses mejicanos cuyos nombres se conocen.

Cuanto á ideas cosmogónicas, este pueblo dividía el tiempo del mundo en cuatro ciclos ó épocas de muchos miles de años; al terminar cada ciclo, por la acción de uno de los cuatro elementos, la Humanidad desaparecía temporalmente, y el sol se apagaría, para volverse á encender.

Creían los mejicanos en la vida futura. Los malvados iban á expiar sus faltas á un lugar de tinieblas eternas. Los héroes muertos en combate ó en el sacrificio tenían reservadas las regiones superiores; de aquí se trasladaban á la presencia del sol, á quien acompañaban con himnos y danzas en su carrera por el cielo; más tarde, sus espíritus iban á animar las nubes, ó se encarnaban en aves de melodioso canto y vistosas plumas, y aspiraban los perfumes de las flores del jardín del paraíso.

DIOS PERUANOS

El pueblo de los Incas reconocía también un Sér Supremo, creador y conservador del mundo. Se le adoraba, ya con el nombre de *Pachacamac* (el que sostiene ó vivifica el Universo), ya

con el de *Viracocha* (la espuma del mar, según algunos). No se sabe que se le erigiese más que un solo templo, en un paraje que se llamó Pachacamac, del nombre del invisible Dios, no lejos de la ciudad de Lima. Este templo fué demolido, en 1533, por los soldados de Pizarro.

El culto que se extendió por todo el territorio del Perú fué el del Sol. Éste llegó á ser el primer dios nacional, con el nombre, según afirman algunos autores, de *Punchao*. Le adoraban como divinidad que presidía particularmente los destinos del hombre; que distribuía la luz y el calor á las gentes y la vida á los vegetales; que había dado origen á la dinastía de los Incas y fundado su imperio. Sus templos se elevaban en todas las ciudades y en casi todas las aldeas del país.

Tributaban también culto los peruanos á la Luna, *Killa*, hermana y esposa del sol: sus eclipses les hacían decir, según fuesen parciales ó totales, que *Killa* estaba enferma ó muerta.

Las estrellas eran el cortejo celeste del astro rey. Venus, la más bella de todas, era conocida por el nombre de *Chasca*—«el doncel de cabellos largos y rizos»—y adorada como diligente paje del sol.

Igualmente se elevaron templos en el Perú al trueno y al relámpago, temibles ministros de la ardiente Divinidad, y al Arco Iris, hermosa emanación de su radiante gloria.

A este ciclo celeste seguían numerosas divinidades terrestres, representación de los elementos, de los vientos, la tierra, el aire, las montañas, los ríos, de todos los objetos que daban á la sensibilidad primitiva de aquel pueblo una impresión de grandeza ó poder sobrehumanos.

El principal templo del Sol se elevaba en Cuzco, y recibía, por su magnificencia, el nombre de *Coricancha* (lugar dorado). «Tenía este templo en circuito, escribe Sarmiento, más de cuatrocientos pasos, todo cercado de una muralla fuerte, labrado todo el edificio de cantera muy excelente de fina piedra... y están tan bien labradas estas piedras, que no se les parece mezcla ni juntura ninguna».

En el interior, muro de poniente, estaba representada la imagen de la divinidad: una figura humana aureolada por un haz de radios luminosos. Esta figura había sido grabada en una

enorme plancha de oro, en la que se engastaran innumerables esmeraldas y otras piedras preciosas. Así que, cuando por la mañana se abría la gran puerta de Oriente, y el sol lanzaba al muro frontero su torrente de luz, ardía todo el templo en una vibración de mágicos reflejos y en una claridad viva y radiante; pues considerándose el oro como «las lágrimas del sol», todas las partes del edificio estaban recubiertas de bruñidas placas y de clavos del precioso metal.

Los sacrificios, entre los peruanos, consistían en ofrendas de flores, de granos, de animales. Rara vez se inmolaban víctimas humanas.

La vida futura la imaginaban, para los buenos, como una continuación de la terrena, pero sin trabajos ni privaciones: una existencia de ocio y voluptuosidad. Los malos, por el contrario, encerrados en una tenebrosa mansión, situada en el centro de la tierra, habían de expiar sus culpas durante siglos de penosos trabajos.

El dios de esta región infernal, el espíritu maligno, era *Cu-pay*. Los peruanos escupían cada vez que les ocurría pronunciar su nombre, y convencidos de su maldad irreductible, no le dedicaban ofrendas.

DIOS DE OTROS PUEBLOS AMERICANOS

Manitu.—En casi toda la América septentrional, Manitu (espíritu), era el nombre genérico de cualesquiera poderes superiores. La voz Manitu sola significaba el grande espíritu, el dios supremo identificado con el sol; precedida de otra, comúnmente el nombre de un objeto natural, servía para designar las

divinidades inferiores. Así, *Matchi-Manitu* (Luna-espíritu) era en dichos países una deidad maléfica, suscitadora de borrascas, por creerse que la influencia de la luna agitaba la superficie y el fondo de los mares. Aquellos salvajes eran profundamente animistas: en todo sér de la Naturaleza, animal, planta ó roca, suponían vivir oculto un espíritu, favorable ú hostil. De aquí su fetichismo, su adoración por los innumerables Manitus que el temor y la fantasía engendraban. Con especialidad, el perro y la serpiente eran los Manitus de orden inferior más considerados por estos pueblos; el encuentro fortuito de uno de estos animales se tenía á gran ventura. Los Illineses y algunos otros pueblos creían además que un perro primordial había dado origen á la especie humana.

Agnián.—El espíritu malo de las leyendas del Brasil. Saca á los muertos de las sepulturas, exponiéndolos á la voracidad de las aves carniceras, si los parientes del difunto no han dejado en el lugar fúnebre las ofrendas de víveres para el dios.

Alaentsic.—Madre del género humano, según los Hurones. Dió á luz un hijo, y éste engendró á *Tharoniaugón*, dios supremo y benéfico. Mas *Alaentsic* es considerada divinidad del mal. Expulsada del cielo, reina en las regiones inferiores y preside á la muerte. Cuanto se deposita en las tumbas le pertenece como obligado tributo; la música y las danzas contribuyen también á tenerla propicia.

Alveo.—El espíritu malo en Chile. Enemigo de la vida y de todo lo creado, se complace en destruir y en perjudicar por todos los medios á los hombres; la muerte viene de él.

Acuambué.—Nombre de los Manitus entre los Caribes. Se dividen en buenos, *Opoiem*, y malos, *Maboia*: el grande espíritu, el Manitu por excelencia es *Chem*.

Attabeira.—En las Antillas, la madre del gran espíritu. Se la llamaba también *Guacarapita*, *Guacamonoán*, *Tiella*, *Mamona*.

Divinidades inferiores eran los *Zemes*, que presidían á los fenómenos de la Naturaleza, y á las distintas actividades del hombre: algunos tenían nombres especiales, y los ídolos que los representaban eran de horrible fealdad. Se les hacían ofrendas de tortas sagradas, frutos, flores y tabaco. Estas ofrendas eran distribuidas por los sacerdotes al pueblo, después del sacrificio; el menor fragmento de la pasta santa se consideraba como eficaz preservativo contra todos los males. Antes de presentarse delante del ídolo, todo piadoso salvaje debía introducirse una varita en la garganta para excitar el vómito.

Etua-Rahe.—El Sér supremo en Otaïti. Se le denominaba también *Ta-Roa-Ieai-Etumu*, esto es, el gran tallo que engendra. Tomó por mujer á *O-Te-Papad*, la roca, el principio material, y después de tener con ella una hija, llamada *Ohina*, repudió á la esposa y la estrelló contra el fondo de los mares: *O-Te-Papad*, dividiéndose en innumerables fragmentos de diferentes tamaños, formó los escollos, los arrecifes y las islas de la Polinesia: el pedazo mayor de su cuerpo fué el continente americano. De su parte, *Ohina* dió á luz por sí sola tres hijos, tres poderosos dioses que, con *Etua-Rahe* y los *Etuas* inferiores que á éste obedecen, se comparten el dominio del mundo: *Te-Vettu-Ma-Tarai* es el creador y señor de las estrellas; *Umar-Ceo* reina en el mar, obra suya; *Orre-Orre* manda á los vientos y desencadena los grandes huracanes que baten el Pacífico.

Garonhia.—El dios supremo de los Iroqueses y los Hurones. Lleva por epítetos: *Saronhiate*, rey que está en el cielo; *Harakuentaktón*, el que tiene sujeto al sol; *Tharouhianagón*, el que tiene seguro al sol por todas partes.

Guenupillán.—El alma del cielo, dios principal de los Araucanos. En rango inferior, adoraban á *Meulen* (el sol, probablemente); á *Antumalguen*, la esposa del sol; á *Epunamín*, el dios de la guerra. El espíritu maligno era *Huekub*.

Katchimana.—Dios bueno, adorado por los pueblos del alto

Orinoco, del Atabapo y del Inivinda como ordenador de las estaciones y protector de las cosechas. *Iolokiamo*, dios malo, incansable y astuto, procura contrarrestar el poder de Katchimana y obscurecer la gloria de sus obras.

Khiappén.—Dios de la guerra, en el istmo de Darien y en las cercanías de Panamá. Después de las batallas, se le inmolvaban los prisioneros, y se teñía su idolo con la sangre de las víctimas.

Marakas.—Dioses lares del Brasil. Protegen la casa y la familia. Sus ídolos son los frutos del Tamaraca, adornados con plumas y clavados en astas ó picas fijas en el suelo; los sacerdotes les consagran las ofrendas traídas por el pueblo, y luego las consumen todos en un banquete santificado por la presencia de estas divinidades.

Matkomek.—Dios del invierno, entre los indígenas de la América septentrional. Del mismo país es la leyenda de *Messón*. Emergida la tierra del diluvio, este personaje mitológico iba un día de caza; de pronto sus perros cayeron á un gran lago; el agua subió, rebasó las márgenes y se extendió por toda la superficie de la tierra. Sin perder momento, *Messón* suscitó varios monstruos, y éstos, á fuerza de lamer, desecaron el suelo y libraron á los hombres de un nuevo diluvio.

Tupán.—Genio del trueno, que parece haber sido la única divinidad superior venerada en el Brasil.

Toña.—El principio de todo mal, para los indígenas de la Florida. Uno de los sacrificios propiciatorios que se practicaban para ablandarle, consistía en herir con conchas las mujeres los brazos de sus propios hijos, hasta que saltaba la sangre como ofrenda á la terrible divinidad.

Totem.—Genio bueno que, según los indios del Norte de

América, vela por cada hombre. Se encarna, para cada uno, en el cuerpo de un animal, y cuando se averigua cuál sea éste, hay que abstenerse de darle muerte ó maltratarlo, so pena de larga serie de infortunios. Los *totems* toman también á veces formas vegetales ó minerales. Y así como cada individuo tenía el suyo, la tribu veneraba en otro al protector de los vínculos que unían á sus miembros.

FIN

INDICE

	Págs.
Mitologías orientales.	
I	
INDIA	
Los dioses primitivos.—Varuna.—Agni.—Indra.—La Aurora.—El Sol.—El brahmanismo.—La <i>Trimurti</i> : Brahma, Visnú y Siva; sus avatares.—La extracción de la <i>amrita</i> .—Dioses menores.—El <i>Budha</i>	3
II	
PERSIA	
El Mazdeísmo.—Ormuz y Ahrimán.—Los <i>Amshaspand</i> .—Los <i>Izeds</i> .—Los <i>Feruers</i> .—El toro <i>Abudad</i> .—Mitra.—Lucha universal entre los principios del Mal y el Bien.—Destrucción y purificación del mundo.	20
III	
CALDEA Y ASIRIA	
El sabeísmo.—Las triadas.—Divinidades inferiores.—El héroe Gilgámes.— <i>Asur</i> .—El mito de Tamús.—El diluvio.	26
IV	
EGIPTO	
Caos primordial.—La voluntad creadora.—Knef, Ftha y Ra.—El orbe en un huevo.—El mito de Osiris é Isis.—Osiris, regenerador de la Humanidad.—Las asechanzas de Tifón.—Resurrección de Osiris.—Horo.—Las divinidades del ciclo de Osiris.—El buey <i>Apís</i> .—El dios <i>Serapis</i> .—El «juicio de los muertos»	31
	41

V

FENICIA

- Las piedras sagradas.—Baal y Astarté.—Las columnas de Melkart.—
El culto á Moloch.—Muerte y resurrección de Adonis.—La Astarté
de Sidón..... 43

Mitología greco-romana.

DIVINIDADES PRIMITIVAS

I

EL CAOS

- El Caos considerado como el más antiguo de los dioses.—Ofión.—De-
mogorgón.—La formación del Cielo y del Sol.—El Erebo.—Nyx ó la
Noche..... 49

II

LA ETERNIDAD

- La Eternidad, anterior á los grandes dioses é indenticada con el tiem-
po.—El antro de la Eternidad.—Sus atributos.—El Fénix..... 52

III

EL DESTINO Y LAS PARCAS

- Significación del Destino.—El gran libro del Destino.—Atributos.—Clo-
to, Laqueris y Atropos.—El hilo de la existencia.—Representación
de las Parcas.—*Ananké*.—Atributos de la *Necesidad*..... 54

IV

URANO Y TITAIA

(El cielo y la tierra).

- La raza de los Uránidas: los Titanes, los Cíclopes primitivos, los Heca-
tónquiros ó Centímanos.—Crueldad de Urano.—La extracción del hie-
rro.—El crimen de Saturno.—La *Magna mater*..... 57

V

SATURNO

(*El tiempo*).

Saturno y Titán.—Los hijos de Saturno.—Nacimiento de Júpiter: los Curetos, los Coribantes y la cabra Amaltea.—La Titanomaquia y la Gigantomaquia.—Destronamiento de Saturno.—La edad de oro..... 60

VI

JÚPITER EN EL OLIMPO

El Olimpo.—La ambrosía y el néctar.—División de los dioses: mayores y menores.—Dioses naturales y simbólicos.—Héroes ó semidioses... 67

Dioses mayores. Los dioses consentes.

I

JÚPITER

Sus nombres y origen.—División del mando.—Sus casamientos y amores (Calixto convertida en Osa, Danae y la lluvia de oro, el rapto de Europa, la errante Ió, Leda y el cisne).—Ganimedes.—La guerra de Tifón.—El diluvio de Deucalión.—Licaón.—Filemón y Baucis.... 71

II

JUNO

Su nombre.—Su casamiento con Júpiter.—El castigo de Quilonea.—Pendientes entre los esposos.—Argos.—Sus venganzas.—Juno colgada del Olimpo.—Sus amores.—La rueda de Ixión.—La manzana de la Discordia y el juicio de París.—La guerra de Troya.—Los hijos de Juno.—Su culto.—Bitón y Cleobis.—La Vía Láctea..... 86

III

NEPTUNO

Una astucia de Rhea.—Neptuno, almirante.—Conspira contra Júpiter.—Castiga la perfidia de Laomedonte.—Sus disputas con Minerva y Apolo.—Su casamiento con Anfítrite.—Aventuras amorosas.—Difusión de su culto.—Sus atributos y funciones..... 96

IV

MINERVA

(Atenea).

- Variedad de Minervas.—Minerva y Palas.—El Paladión.—Nacimiento de Minerva.—Sus invenciones.—Aracna metamorfoseada en araña, por su osadía.—El timón.—Castidad y presunción de Minerva.—La Égida.—Culto y representación de la diosa. 104

V

MARTE

(Ares).

- Distintos Martes de que hablan los autores.—Extraño nacimiento de Marte.—No siempre le acompaña la Fortuna en los combates.—Aboga ante el tribunal de los dioses.—Aventura con Venus.—Otras aventuras.—Sobrenombres, culto y representación plástica. 112

VI

VENUS

(Afrodita).

- Las Venus de los antiguos.—Nacimiento de Afrodita.—Sus maestras las Horas.—Venus en el Olimpo.—El ceñidor.—Su casamiento con Vulcano.—Sus amores con los dioses y los mortales.—La red invisible.—Adonis.—Mirra madre de Adonis.—Hermafrodita.—El culto de Venus.—La cabellera de Berenice.—Los nombres de la diosa.—Su representación. 117

VII

APOLO

(Helios).

- Número de Apolos.—Aparición de Delos.—Muerte de la serpiente Pitón.—Los amores de Apolo.—Esculapio.—Apolo desterrado.—Dafne.—Clicia y Leucotea.—Jacinto y Cipariso.—Perseis y Bolina.—La sibila Deitobia.—Casandra.—Faetón y las Faetóntidas.—La metamorfosis de Cicno.—Castalia convertida en fuente.—Las Musas.—La fábula de Pireneo.—Las Musas y sus rivales las Piérides.—Las Musas y las Sirenas.—El Pegaso.—Los mitos de Marsias y Midas.—Los sobrenombres de Apolo.—Los juegos Píticos.—Himnos en loor del dios.—Apolo considerado como Helios (el sol) y Febo.—Las Sibilas.—Los sabios de Grecia y el trípode.—La Pitonisa. 132

VIII

CERES

(Demeter).

Significación de esta diosa. —Sus amores con Júpiter. —Rapto de Proserpina. —Peregrinación de la diosa. —Triptolemo. —Metamorfosis de Ascaláfo. —El caballo Arión. —Nacimiento de Pluto. —Los sobrenombres de Ceres. —Cómo se la representa. 151

IX

MERCURIO

(Hermes).

Varios Mercurios, según Cicerón y Lactancio. —Los dos principales. —El Mercurio mitológico. —Metamorfosis de Bato: la piedra de toque. —El caduceo. —Mercurio en el mundo. —Hermafrodita. —Sobrenombres del Dios. —Mercurio asociado á otras divinidades. —Cómo se le representa. —Su culto. 157

X

DIANA

(Artemisa).

Significado de su nombre. —Número de Dianas. —Sus nombres. —Su nacimiento. —Su castidad. —Acteón y Acneo. —Meleagro. —Endimión. —Correspondencia de la diosa con otras divinidades. —Diana. —Hécate. —Sus sobrenombres. —Su culto. 162

XI

VULCANO

(Efestos).

Cuatro Vulcanos, según Cicerón. —Vulcano y Tubalcaín. —El descubrimiento del fuego. —Vulcano expulsado del cielo: dos versiones. —Las obras del dios. —Su casamiento. —Pandora y su caja. —Sus amores. —Sus sobrenombres. —Su culto. 170

XII

VESTA

(Hestia).

Las dos Vestas: la antigua (Cibeles) y la joven (Hestia).—Attis.—El culto de Cibeles.—Sus sobrenombres.—Vesta en Roma.—Las Vestales y el fuego sagrado.—Las fiestas Vestalías.—Origen del vestibulo.... 175

Dioses auxiliares ó patricios.

I

PLUTÓN

(Hades).

La trinidad griega.—La fábula de Plutón.—El Averno y los Campos Elíseos.—Subdivisión del Averno: el Erebo, el Báratro y el Tártaro.—Ixión, Sísifo, las Danaides.—División del Infierno según los romanos.—Los ríos infernales: el Cócito, el Fregetón, el Aqueronte, el Averno, el Leteo y la Estigia.—Los Campos Elíseos.—Las Euménides ó Furias.—Furina.—Las Parcas.—Los jueces infernales: Minos, Eaco y Radamanto.—Carón.—Cerbero.—El Sueño.—Los Sueños.—La Muerte.—Los Manes.—Lemures, Lares y Larvas.—El Soberano de los Manes.—Pluto, dios de las riquezas..... 180

II

BACO

(Dionísio.)

Número de Bacos, según Cicerón y Diodoro.—El nacimiento del dios.—Su educación.—El Tirso.—Expedición á la India.—Ciso y Luso.—Aventuras de Baco.—Acetes.—Ariadna.—Erigona.—Los juegos Ica-rienses.—Otros viajes del dios.—Baco en el Infierno.—Baco en el Cielo.—Sus sobrenombres.—Su culto.—Sus fiestas: Dionisiacas, Bacanales ú Orgías.—Cómo se representa á Baco.—Baco, fundador del teatro..... 191

III

JANO

(Janus).

Su obscuro origen.—Su nacimiento.—Jano y Saturno.—El templo de Jano.—Sus sobrenombres.—Cómo se le representa..... 201

IV

EL AMOR Ó CUPIDO

Su genealogía.—Las fieras lo amamantan.—Psiquis; su curiosidad y su odisea; sus nupcias con Cupido.—Anteros.—Himeros.—Nombres y atributos del Amor..... 204

V

GENIO

(*Daimón*).

Significación de Genio.—El Genio y el Angel de la Guarda.—Otros genios.—El Genio entre los caldeos.—Cómo se le representa..... 211

Dioses subalternos del Cielo.

I

TEMIS Y ASTREA

La justicia absoluta y la justicia humana.—Significación y atributos de Temis y de Astrea.—La constelación de Libra.—Representación plástica de estas diosas..... 214

II

HEBÉ

El nacimiento de Hebé.—Hebé, diosa de la juventud y copera de los dioses.—Su unión con Hércules.—Sentido de esta unión.—La segunda juventud de Jolas..... 216

III

GANÍMEDES..... 218

IV

LAS GRACIAS

Su genealogía.—Número de Gracias.—Sus nombres.—Lo que simbolizan estas divinidades.—Una exclamación de Sócrates.—Prudente conducta de los espartanos.—Cómo se representa á las Gracias..... 218

V

LA FORTUNA

- Sus atributos y funciones.—La buena y la mala Fortuna..... 221

VI

COMO Y MOMO

- El dios de las burlas.—Pesadas chanzas de Momo.—Las fiestas orgiásticas dedicadas á Como.—Representación plástica de estos dioses... 223

Dioses subalternos de la Tierra.

I

PAN

- Su incierto origen.—Sus empresas amorosas.—La siringa.—Eco.—Narciso.—Certamen de Pan con Apolo.—Sobrenombres, culto y representación plástica de este dios..... 225

II

PALES

- La diosa de los pastores.—Las fiestas Palilias..... 230

III

FAUNO Y LOS FAUNISCOS

- Variedad de caracteres con que nos presentan á Fauno los autores.—Los Faunos, divinidades campestres.—Representación plástica de los Faunos..... 232

IV

FLORA

(Cloris).

- Virginidad de la diosa de las flores.—Las Floralia.—La diosa y la cortesana.—Representación plástica de Flora..... 235

V

VERTUMNO Y POMONA

- Los cambios del tiempo y la fecundidad de la Naturaleza.—Una divinidad campestre popular en el Lacio: Silvano.—Las tres advocaciones de Silvano.—Silvano-Pan..... 237

VI

QUIRÓN Y LOS CENTAUROS

- Una escuela en una gruta.—La ciencia infusa de Quirón.—Ilustres discípulos que este sabio tuvo.—Un medicamento ineficaz.—El Sagitario.—La raza fabulosa de los hombres-caballos..... 240

VII

HIMENEO

- El rapto y el matrimonio.—Las fiestas de bodas.—El himno nupcial.—Himeneo y Cupido.—La leyenda de Himeneo.—Una pintura de Pompeya.—Lo que simboliza la granada..... 244

Dioses subalternos de las Aguas.

I

OCÉANO Y TETIS

- El agua, principio de las cosas.—La numerosa prole de Océano y Tetis.—Las Océánidas.—Tetis salva á Júpiter.—Representación plástica de Océano.—Curiosos sacrificios dedicados á las divinidades de las aguas..... 247

II

NEREO Y DORIS

- Nereo, personificación de las aguas y adivino.—Facultades que se le atribuyen y que parecen identificarlo con Neptuno.—Las Nereidas; su hermosura; su representación artística..... 250

III

TETIS Y PELEO

- Júpiter, Neptuno y Apolo renuncian al amor de Tetis, por temor al ocaso de los dioses.—Los infortunios de Peleo.—La prueba del agua hirviendo.—El talón de Aquiles.—Peleo, inmortal..... 253

IV

LOS RÍOS Y LAS NINFAS

- Concepción mitológica y representación artística de los ríos.—La maravillosa muchedumbre de las Ninfas.—Distintas clases de Ninfas.—Las Ninfas habían de morir 256

V

EOLO

- El rey de los vientos, vengador de su honra.—El odre de Eolo.—La prisión de los vientos.—Los vientos principales.—Bóreas y Céfiro.—Fiestas en honor del dios. — Calais y Cetes.—La metamorfosis de Alcionea y Ceix..... 259

VI

PROTEO

- Pastorea los rebaños de Neptuno.—Recibe un dón que le ocasiona incomodidades.—Profetiza á la fuerza.—Su prole..... 264

VII

LEUCOTEA Y PALEMÓN

- Una venganza cruel.—La furia de Atamas.—Transfiguración de Ino y Melicertes.—El culto de Leucotea y Palemón.—Portumnio..... 267

VIII

GLAUCO

- Sus habilidades y su transfiguración.—Es castigada su osadía por Baco.—Favorece á los Argonautas.—Alecciona á un dios mayor.—Retrato de Glauco..... 269

IX

LAS SIRENAS

- Mujeres-aves, no mujeres-peces.—El encanto fatal de su voz.—La precauciones de Ulises.—Una interpretación de Apolodoro..... 271

X

ESCILA Y CARIBDIS

- Consecuencias de un despecho femenino.—La metamorfosis de Caribdis. 273

XI

LAS HARPÍAS

- Su genealogía y número.—Sus estragos.—Interpretaciones del mito de las Harpías..... 275

XII

CIRCE

- Sus maléficis artes. - Sus crímenes y amores.—Metamorfosis de los compañeros de Ulises.—Los hijos de Circe..... 277

Dioses subalternos infernales.

I

HÉCATE

- Genealogía y carácter. - Evolución que se observa en la concepción de esta diosa.—Los conjuros de los magos.—El número tres.—El culto de Hécate..... 279

II

NÉMESIS

- Sus nombres.—Su origen.—La justicia implacable.—Una superstición de los romanos.—Representación artística..... 282

III

LA MUERTE

- Concepción mitológica de la enemiga del género humano.—Sus atributos.—*Voltar*.—Cómo la han representado los artistas en las distintas épocas..... 285

IV

EL SUEÑO Y MORFEO

- Alegorías con que se relaciona la concepción mitológica del Sueño.—El sueño ligero y el sueño profundo.—Representación artística.—Morfeco, sueño que no engaña,..... 287

V

LA NOCHE

- Sacrificios que se le dedicaban y animales que le estaban consagrados.—*Noctulios*.—Mitología figurada de la Noche..... 289

VI

HARPÓCRATES

- Su origen.—Su significación.—Su representación y atributos..... 291

Dioses alegóricos.

I

- ABSTRACCIONES..... 293

II

- VIRTUDES..... 296

III

- LOS BIENES..... 300

IV

- LOS VICIOS..... 303

Dioses de tercer orden.

HÉROES Ó SEMIDIOSES

I

ANFIÓN

- Odisea de la madre del héroe.—Dicea metamorfoseada en fuente.—Las piedras de los muros de Tebas se ordenan por sí solas á los sonos de la lira de Anfión.—Niobe y sus hijos..... 305

II

ARIÓN

- Arión, músico y poeta.—Su amistad con Periandro.—Los delfines le libran de perecer ahogado..... 310

III

ARISTEO

- Las ninfas y Quirón educan á este héroe.—Lo que aprende.—Se enamora de Euridice y la persigue.—Libra de una peste á los habitantes de Ceos.—Coloniza en varios países.—La constelación de Acuario.—El culto de Aristeo..... 312

IV

BELEROFONTE

- Genealogía.—La doma de los caballos.—Expía el héroe un involuntario crimen.—Venganza de Estenobea.—La carta de Belerofonte.—La Quimera.—Pegaso.—Intenta el héroe escalar el Olimpo.—Su caída.—Sus hijos.—Representación artística..... 314

V

CADMO Y EUROPA

- La leyenda del rapto de Europa.—Los hijos de Agenor.—Cadmo visita numerosos países.—La muerte del dragón y la fundación de Tebas.—Bodas de Cadmo y Harmonia.—Último viaje del héroe.—El alfabeto y la fundición de los metales..... 318

VI

CÁSTOR Y PÓLUX

- El doble huevo.—Hazañas de los gemelos.—Muere Cástor en una empresa de amor.—La constelación de Géminis.—El fuego de San Telmo.—Apariciones de estos dos héroes.—Culto y mitología figurada... 322

VII

HÉRCULES

- Nacimiento del héroe.—Su primera hazaña.—La vía láctea.—Sus maestros.—Su considerable fuerza y su apetito.—Los dos caminos.—Los doce trabajos: el león de Nemea, la hidra de Lerna, el jabalí de Eri-

manto, las aves Stinfálidas, la cierva de los cuernos de oro, el toro de Creta, los establos de Augias, los caballos de Diómedes, las manzanas de las Hespérides, el cinturón de Hipólita, la muerte de Gerión, el vencimiento de Cerbero.—Otras proezas memorables.—Los amores del héroe.—La túnica de Deyanira.—Muerte de Hércules.—Culto y mitología figurada. 326

VIII

JASÓN Y MEDEA

(*Los Argonautas y el Vellocino de oro*).

Un ardid de Pelias.—El viaje de los Argonautas.—Frixo y Hela.—El Vellocino de oro.—Las proezas de Jasón en la Cólquida.—Vuelve el héroe, casado con Medea, á Colcos.—Muerte de Pelias.—Huída de los esposos.—Abandonada, Medea contrae otros enlaces.—Las artes de la hechicera y opiniones diversas sobre su carácter y sus crímenes.—Suerte ulterior de Jasón; su muerte.—Lo que puede haber de realidad histórica en la expedición de los Argonautas. 339

IX

ORFEO

Genealogía.—La lira mágica.—La expedición á la Cólquida.—Salutación al sol.—Viaje á Egipto.—Los órficos y sus ceremonias nocturnas.—Orfeo y Euridice.—Descenso á los Infiernos.—Su muerte despedazado por las Bacantes.—Leyendas.—Obras.—Representación artística. 349

X

ORIÓN

Su nacimiento de una piel de toro.—Gigantesca estatura del héroe.—La celeste caza.—Enamora á la Aurora.—Una aventura que le cuesta perder los ojos.—Recobra la vista.—Su muerte.—El perro del cazador.—Obras colosales. 358

XI

PERSEO

Lo abandona su abuelo en el mar.—Crece en la isla de Serifos.—Se siente capaz de altas empresas.—Los dioses lo arman y equipan.—Su astucia con las Greas.—Corta la cabeza de Medusa.—Petrifica á Atlas.—Su amor por Andrómeda.—Venga á su madre y recompensa á su protector.—Mata fatalmente á su abuelo.—Representación artística. 363

XII

PÉLOPE

- Una vianda horrible.—La espalda de marfil.—El suplicio de Tántalo.—
Los amores del héroe con Hippodamia.—Vence en la carrera á Éno-
mao de Pisa.—Sus hijos.—Honores divinos.—Las fiestas de Olympia. 370

XIII

PROMETEO

- La familia del Titán.—Avisa á los hombres el Diluvio.—Toma la carne
y deja á Júpiter los huesos.—Roba el fuego celeste.—Creación del
hombre.—En el suplicio, insulta al padre de los dioses.—Significación
de Prometeo.—Representación artística. 376

XIV

TESEO

- I. Una prueba de su divinidad.—El misterio de su nacimiento.—La piel
del león de Nemea.—Le revela su madre el secreto de su origen y
se encamina el héroe á Atenas.—Perifetes.—Sinis.—Scirón.—Cer-
cyón.—El lecho de Procusto.—Entrada del héroe en Atenas.—Lo re-
conoce su padre.—Vence y da muerte á los Palántidas.—Domeña al
toro de Marathón.—Se embarca para Creta.—II. Minos.—Pasífae.—
El toro de Neptuno.—El Minotauro.—El Laberinto de Creta.—La
muerte de Androgeo.—El tributo de los siete mancebos y las siete
doncellas.—Dédalo.—Ícaro.—III. El hilo de Ariadna.—Vence Teseo al
Minotauro y da libertad á los jóvenes atenienses.—Abandono de
Ariadna en Naxos.—Toma Baco por esposa á la hija de Minos.—Re-
greso de Teseo á Atenas.—Muerte de Egeo.—Reformas políticas del
héroe.—Las fiestas Panatheneas.—La amistad de Teseo y Pirithoo.—
IV. Lucha entre Centauros y Lapithas.—Expedición contra las Ama-
zonas.—V. Hippólito y Antiopé.—Rapto de Helena.—Descenso á los
Infiernos.—Muerte de Teseo.—Hallazgo de los restos del héroe.—Las
Posidonías.—El ostracismo.—VI. Mitología figurada. 384

- Héroes divinizados y otros personajes mitológicos. 417**

I

ACIS.—GALATEA

- Los amores del pastor y la ninfa.—Venganza de Polifemo.—Un ardid
de Ulises.—La cólera del Cíclope. 421

II

ACTEÓN

- Genealogía del héroe.—Castigo de una indiscreción.—Causa de la cólera de Diana, según los autores.—El espectro y la imagen de Acteón.—Interpretación del mito.—Representación artística..... 424

III

ALFEO Y ARETUSA.—HYLAS

- Metamorfosis de la ninfa de Diana.—La pasión inextinguible de Alfeo.—Las Náyades; sus grutas; su poder y facultades; su fatal encanto.—La leyenda de Hylas..... 427

IV

ANFIARAO

- Dón de adivinación del héroe.—El collar de Harmonía.—Vanidad de Erifile.—Hazañas de Anfiarao en Tebas.—La ferocidad de Tydeo.—Desaparición sorprendente del héroe.—Alcmeón mata á su madre.—Templos y oráculos de Anfiarao..... 430

V

ESCULAPIO

(*Asclepios*).

- Cómo nació.—Su maestro.—Su prodigiosa ciencia.—Qué cosas comportaba su método curativo.—La constelación *Serpentaria*.—Animales consagrados á Esculapio.—Atributos de este héroe-dios.—Sus hijos.—Higeia.—Telesforo.—Representación artística de Esculapio.—Los *Asclepieia*: santuarios sanatorios; prácticas á que en ellos se sometían los enfermos; la *incubación*.—Lo que pudieron aprender los sabios en estos santuarios..... 433

VI

ATALANTA

- Crueldad de su padre.—Su ligereza en la carrera.—Da muerte á dos centauros.—Védase los goces del amor por conservar su belleza.—Mata á varios pretendientes.—Las manzanas de Hippómenes.—Cambio en el carácter de Atalanta.—Hippómenes y Atalanta, leones unidos al carro de Cibeles..... 439

VII

CALCAS

- Dón que recibió de Apolo.—La serpiente y el nido.—Sus éxitos.—Su fracaso definitivo en el certamen con Mopso.—Su muerte..... 441

VIII

CÉFALO.—LAS HIJAS DE PANDIÓN

- Fiel marido y curioso impertinente.—«Es de vidrio la mujer»...—Amores de Céfalo con la Aurora.—Thitón.—Los celos de Procris.—Te-reo, Progne y Filomela..... 443

IX

DAFNIS, DAFNE.—CIPARISO

- El más hermoso de los pastores sicilianos.—La pasión de Like.—El pastor, ciego.—Muerte de Dafnis.—La treta de Leucipo.—Muere éste asaeteado por las ninfas de Diana.—Metamorfosis de Dafne.—El dolor de Cipariso..... 446

X

DEUCALIÓN Y PYRRHA

- Las cinco edades de la Humanidad, según Hesiodo.—Castigo de los hombres de la edad de bronce: el diluvio.—La barca de Deucalión.—Repoblación de la tierra.—Explicación histórica de la leyenda del diluvio.—Fundaciones de Deucalión.—Los hijos de Pirrha.—Variedad de relatos poéticos del diluvio..... 449

XI

ECO.—NARCISO

- Belleza, castidad y habilidades de Eco.—Despecho de Pan.—Horrible muerte de la solitaria virgen.—Lo que cuenta Ovidio.—Desdén y orgullo de Narciso.—Metamorfosis de Eco.—Se enamora Narciso de sí mismo.—Explicación de Pausanias..... 453

XII

EDIPO

- Su padre ordena que le abandonen en el monte.—Lo salva un pastor.—En Corinto el rey lo prohija y el pueblo se le burla.—Huye de la ciu-

dad.—Mata á su padre.—Resuelve el enigma propuesto por la Esfinge.—Se casa con Yocasta, y el adivino Tiresias le revela el horrible incesto cometido.—Muerte de Edipo.—Antígona.—Eteocles y Polinice.—Interpretaciones del mito de Edipo.—Lo que, según Pausanias y otros escritores, encubre la fábula de la Esfinge.—Mitología figurada. 456

XIII

EGERIA

Las Camenas.—Las *Lynfas*.—Numa Pompilio.—Metamorfosis de Egeria.—Variedad de facultades de las Camenas..... 465

XIV

LAS HESPÉRIDES

El jardín maravilloso.—Las manzanas de oro.—El dragón Ladón.—Las Hespérides: su número; sus nombres.—Un viaje de Hércules.—Atlas. 467

XV

LAMIA

Su locura.—Sus monstruosos apetitos y su nefasto influjo.—Las *Lamias*; sus medios de seducción; sus lúgubres festines..... 471

XVI

LARA

Un amor de Júpiter: la náyade Yuturna.—Las habladoras de Lara; castigala el Olímpico convirtiéndola en ninfa de la infernal laguna.—Los Lares..... 473

XVII

LEUCOTOE

Su hermosura.—Amores con Apolo.—Despecho de Clitia.—Metamorfosis de Leucotoe..... 476

XVIII

MELEAGRO

Ceneo y Baco.—Las Parcas revelan los destinos del héroe.—El tizón fatal.—La caza del jabalí de Calidón.—Atalanta.—Muerte de Toxeo y Plexippo.—La guerra de los Curetes.—Metamorfosis de Euximeda y Melanippa.—Hijos de Meleagro.—Mitología figurada..... 477

XIX

PÍRAMO Y THISBE.—PIGMALIÓN

Idilio y tragedia.—El cambio de las moras.—Un artista que se enamora de la obra de sus manos..... 482

XX

SÍSIFO

El más astuto de los hombres.—Le hace un mal servicio á Júpiter, y éste le castiga.—Tretas de Sísifo.—Su suplicio en los Infiernos..... 484

XXI

TIRESIAS, MOPSO, TAGES

Las dos metamorfosis de Tiresias.—Se atrae la enemistad de Juno.—Júpiter le concede el dón de profecía y larga vida.—En los Infiernos conserva sus facultades.—Una anécdota de Plutarco.—El nacimiento maravilloso de Tages 486

XXII

LAS GUERRAS DE TEBAS

Las hijas de Adrasto.—El recíproco odio de Eteocles y Polinice.—La embajada de Tydeo.—La *Heptarquía*.—Partenopeo.—Hipomedonte.—Capaneo.—Los siete jefes tebanos.—El sacrificio de Meneceo.—Principales episodios de la primera guerra.—La segunda expedición á Tebas: guerra de los *Epígonos*.—Manto.—Alcmeón..... 489

XXIII

LA GUERRA DE TROYA

Situación de Troya.—Reyes primitivos.—Laomedonte.—Hércules y Hesione.—La embajada de Paris: raptó de Helena.—La asamblea de Argos: los griegos se aprestan á la guerra.—Contingentes griegos y troyanos.—Las seis *fatalidades*.—El sacrificio de Ifigenia.—Abnegación de Protesilao.—Acciones de guerra durante los nueve primeros años.—Altercado entre Aquiles y Agamenón.—Enojo de Aquiles.—El Caballo de madera.—Destrucción de Troya..... 495

XXIV

HELENA

Su incomparable hermosura.—Numerosos pretendientes que tuvo: homenaje de Ulises.—Su casamiento con Menelao.—La rapta Paris.—Su entrada en Troya.—Diversas tradiciones acerca del rapto de Paris.—Deifobo.—Reconciliación de Helena y Menelao.—Accidentado viaje de los esposos á Esparta.—Pasa gloriosamente á nueva vida Menelao.—Variedad de versiones sobre el fin de Helena.—Honores que se le rendían.—Helena, como símbolo..... 508

XXV

PRIAMO

Su carácter.—Sus numerosos hijos.—Hécuba.—Dolor de Priamo por la muerte de Héctor.—Patética entrevista con Aquiles.—Últimos momentos del rey de Troya.—Pirro-Neoptolemo.—Metamorfosis de Hécuba..... 518

XXVI

HÉCTOR

El más esforzado guerrero de Troya.—Su figura.—Su esposa Andrómaca.—Sus hijos.—Conmovedora despedida de Héctor y Andrómaca: el niño Astianax.—Principales hazañas de Héctor.—Duelo del héroe con Aquiles: muere á los golpes del hijo de Peleo, y éste arrastra su cadáver alrededor de Troya.—Horrible fin de Astianax.—Suerte ulterior de Andrómaca..... 529

XXVII

PARIS

Un ensueño de Hécuba: interpretación del adivino Eseo.—El pastor Arquelao.—La ninfa Enona.—El juicio de Paris.—Su triunfo en los juegos de Troya.—Recobra su rango de príncipe.—Rapta á Helena.—Combate en duelo singular con Menelao.—Olvida su vencimiento entre los brazos de Helena.—Hierde á Aquiles.—Le alcanza una flecha de Filoctetes.—Aliación de Enona..... 540

XXVIII

CASANDRA

- Heleno y Casandra.—Un dón de Apolo.—Venganza del dios.—Los troyanos no dan crédito á las profecías de la hija de Príamo.—Corebo.—Ajax de Oileo.—Agamenón toma á Casandra por concubina.—Muerte de la profetisa y de sus hijos en Argos.—El templo de Leuctra..... 547

XXIX

ENEAS

- Hijo de Venus y yerno de Príamo.—Su carácter.—Su varia suerte en la guerra.—Su supuesta traición.—Antenor.—Denuedo y brillantes hazañas de Eneas, según Virgilio y otros autores.—Sale de Troya el héroe llevando á hombros á su padre Anquises, y de la mano á su hijo Ascanio.—Creusa.—Una respuesta del oráculo de Apolo.—Pigmalión y Dido.—La fundación de Cartago.—Una reina apasionada: muerte de Dido.—Llegan los troyanos á Italia.—Latino.—Turno.—Lavinia.—Transfiguración de Eneas.—Númitor.—Rómulo..... 550

XXX

LAOCONTE

- Su conducta el día último de Troya.—Su horrible muerte.—Porces y Caribea.—Causas de la desgracia de Laoconte, según los autores.—Una obra maestra de la escultura..... 561

XXXI

AQUILES

- Tetis y Peleo.—Cómo educó al héroe el centauro Quirón.—Deidamia.—Una astucia de Ulises.—Fénix y Patroclo.—La muerte de Pentésilea.—Thersites.—Cicno.—El fin de Aquiles.—Funerales con que le honró el ejército.—Inmolación de Polixenes.—Polidoro.—Polímestor.—Cómo, según la leyenda, cegó Homero.—Una frase de Alejandro el Magno..... 564

XXXII

AGAMENÓN

- Agamenón, rey de reyes. — Clitemnestra y Egisto. — Asesinato de Agamenón. — Orestes y Electra. — Muerte de Egisto y Clitemnestra. — Atormentan las Furias á Orestes. — Expiaciones de un crimen. — Liberación de Ifigenia. — Pílates. — Muerte de Pirro. — *La Orestíada*. 578

XXXIII

ULISES

- Su nombre y su patria. — El arco de Euryto. — Penélope. — Conducta de Ulises en la guerra. — *La Odisea*: Circe, Calipso, Polifemo, las Sirenas, Scila y Caribdis. — Los odres de Eolo. — «La tela de Penélope». — Da muerte Ulises á los pretendientes de su esposa. — Eurialo. — Telémaco. — Telégono. 585

XXXIV

LOS AYAX. — OTROS HÉROES GRIEGOS

- Ajax de Telamón. — Ajax de Oileo. — Diómedes. — Idomeneo. — Néstor. — Palamedes. 591

Mitologías escandinava, celto-ibera y americana.

I

MITOLOGÍA ESCANDINAVA

- Las Eddas. — Alfadir. — El Muspilheim y el Nifflheim. — Surtur. — Imir. — La vaca Audumbla. — Los Asas y los Gigantes. — Bergelmer. — La creación del mundo. — Los enanos. — La primera pareja humana. — El Asgard. — Las Nornas. — El Igdrasil. — Heimdal. — Odín. — Freya. — Thor. — Divinidades menores. — Las Valkyrias. — El Walhalla. — Los Niebelungos y los Silfos. — Loki. — Hela. — La serpiente Iormungandur. — El lobo Fenris. — La clava de Thor. — Gulveiga. — La muerte de Balder. — El Ragnarok. 601

II

MITOLOGÍA DE CELTAS É IBEROS

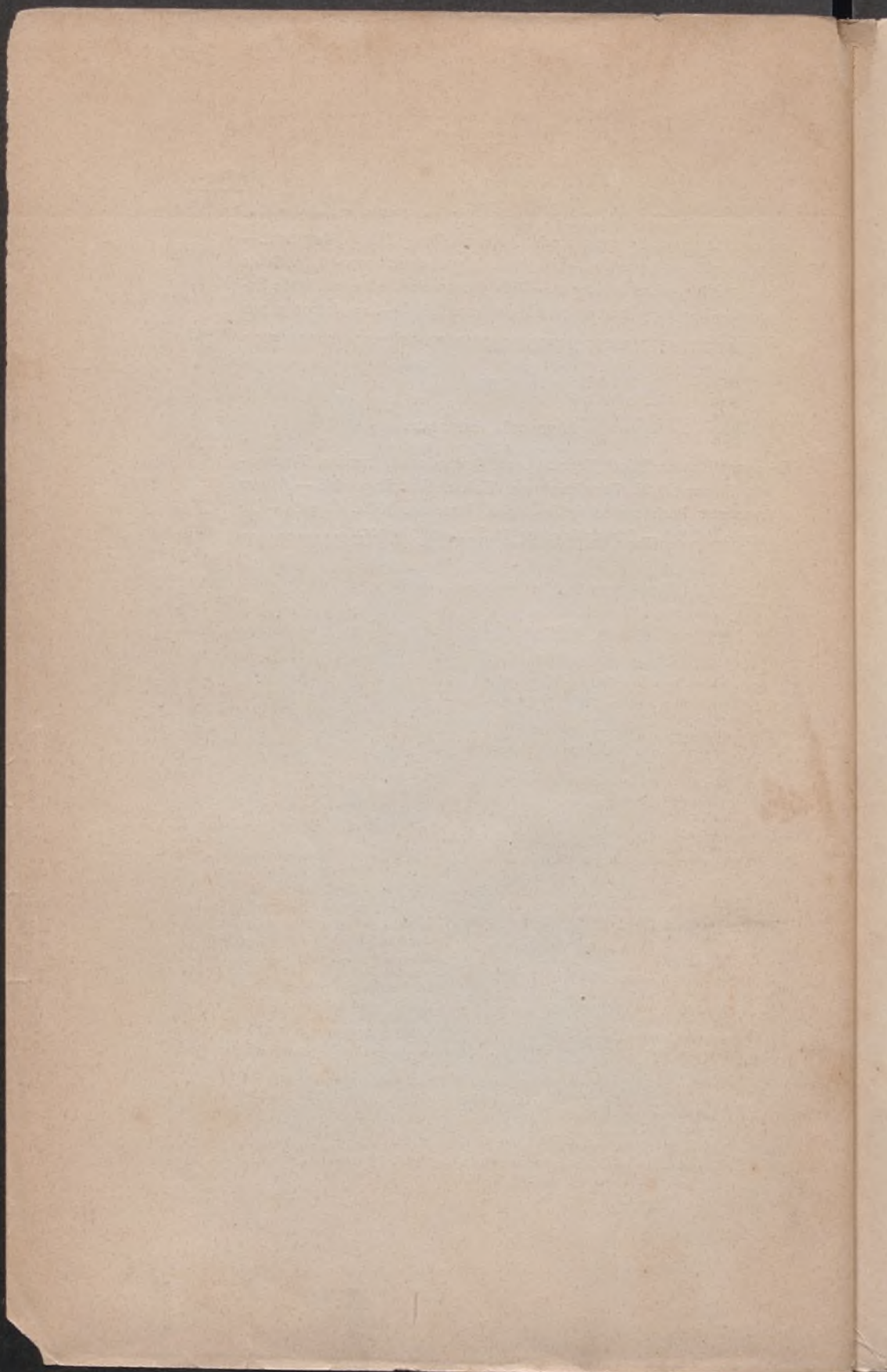
- Creencias primitivas de los celtas de las Galias. — La encina, divinidad. — Plantas sagradas: la verbena y el muérdago. — *Dioses celtas*:

Bel, Belisana, Teutatés, Tarán, Ogmios, Kámulo, Kirk, Tarvos-Trigarranos, Onuava, Esterela, Andaté, Kermo, Dis y Pikolo, Irminsul.—Los sacrificios humanos.—Los druidas y el druidismo.—La vida de los espíritus.—Las druidesas.—Vida y creencias de los celtas de España.—Dioses y héroes primitivos españoles.—Los iberos y sus creencias 613

III

MITOLOGÍA AMERICANA

Dioses mejicanos: Téotl, Tezcatlepoca, Quetzalcoatl, Ixcuina, Texcasukat, Ilamateuchtli, Tevaikaiohona, Tlaloc, Huitzilopotchli.—*Dioses peruanos:* Pachacamac ó Viracocha, Punchao, Killa, Chasca.—Un templo del Sol.—*Dioses de otros pueblos americanos*..... 629



BIBLIOTECA CIENTIFICO-FILOSÓFICA

Tomos de tamaño 19 x 12

- Altamira*.—Cuestiones modernas de Historia, 3.
- André* (Eloy Luis).—La cultura alemana, 4.
- Arreat*.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
- Baldwin*.—Historia del alma, 4.
- Binet*.—Introducción a la Psicología experimental, 2.^a edición, 2,50. Psicología del razonamiento, 2,50. El fetichismo en el amor, 3.
- Boissier*.—El fin del paganismo, 2 tomos, 7. Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya, 4.—Nuevos paseos arqueológicos, 4.
- Braunschwig*.—El Arte y el Niño, 3,50.
- Bray*.—Lo bello, 3,50.
- Bunge*.—Principios de Psicología individual y social, 2,50. La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.—La Educación contemporánea, 4.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
- Bureau*.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
- Cosentini*.—La sociología genética, 2,50.
- Cullerre*.—Las fronteras de la locura, 3,50.
- Davidson*.—Una historia de la Educación, 3,50.
- Delbauf*.—El dormir y el soñar, 3.
- Durkheim*.—Las reglas del método sociológico, 2,50.
- Edmunds y Hoblyn*.—Historia de los cinco elementos, 3,50.
- Eucken*.—La vida, su valor y significación, 3.
- Fere*.—Sensación y movimiento, 2,50. Degeneración y criminalidad, 2,50.
- Ferrero*.—Grandeza y decadencia de Roma.—I. La Conquista, 3,50.—II. Julio César, 3,50.—III. El fin de una aristocracia, 3,50.—IV. Antonio y Cleopatra, 3,50.—V. La República de Augusto, 3,50.—VI. Augusto y el Grande Imperio, 3,50.
- Ferriere*.—Los mitos de la Biblia, 4. Errores científicos de la Biblia, 4. La materia y la energía, 3,50. La vida y el alma, 4. La causa primera, 3,50. El alma es la función del cerebro. Dos tomos, 7.
- Fleury*.—El cuerpo y el alma del niño, 3. Nuestros hijos en el colegio, 3.
- Fonillee*.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
- Froebel*.—La educación del hombre, 4.
- Fustel de Coulanges*.—La ciudad antigua, 4.
- Gauckler*.—Lo bello y su historia, 2,50.
- Giraud-Teulon*.—Los orígenes del matrimonio y de la familia, 4.
- Gow y Reinach*.—Minerva, 4.
- Greenwood*.—Elementos de Pedagogía práctica, 2,50.
- Grasserie*.—Psicología de las religiones, 4.
- Guignebert*.—Manual de Historia antigua del Cristianismo, 4.
- Guyau*.—Génesis de la idea de tiempo, 2,50. Problemas de estética contemporánea, 4.
- Hampson*.—Paradojas de la Naturaleza y de la Ciencia, 2,50.
- Harris*.—Fundamentos psicológicos de la educación, 3,50.
- Hearn*.—Kokoro, 3,50.
- Hennequin*.—La crítica científica, 2,50.
- Hinsdale*.—El estudio y la enseñanza de la Historia, 3,50.
- Ingenieros*.—Sociología argentina, 4.
- Janet*.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
- Kant*.—Prolegómenos, 3,50.
- Kant, Pestalozzi y Gœthe*.—Sobre Educación, 2,50.
- Kergomard*.—La educación maternal. Dos tomos, 7.
- Kirkpatrick*.—Fundamentos del estudio del niño, 4.
- Langlois y Seignobos*.—Introducción a los estudios históricos, 3.
- Le Bon*.—Psicología de multitudes, 2,50. Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 2,50.
- Le Dantec*.—Elementos de filosofía biológica, 3,50.
- Lezeque*.—El espiritualismo en el Arte, 2,50.
- Lhotaky*.—El alma de tu hijo, 2,50. El libro del matrimonio, 2,50.
- Lichtenberger*.—La Filosofía de Nietzsche, 2,50.
- Mauthner*.—Contribuciones a una crítica del lenguaje, 3,50.
- Mercante*.—La Verbocromía, 2,50.
- Mercier*.—La filosofía en el siglo XIX, 2,50.
- Moreau de Jonnes*.—Los tiempos mitológicos, 3,50.
- Münsterberg*.—Psicología de la actividad industrial, 3. La Psicología y el maestro, 3,50.
- Nitobe*.—Bushido. El alma del Japón, 2,50.
- Nordau (Max)*.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
- Parker*.—Cómo se debe estudiar la Geografía, 4.
- Payot*.—La creencia, 2,50.
- Painter*.—Historia de la Pedagogía, 3,50.
- Posada*.—Política y enseñanza, 2,50. Teorías políticas, 2,50.
- Ribot*.—Enfermedades de la voluntad, 2,50. Las enfermedades de la memoria, 2,50. Las enfermedades de la personalidad, 2,50. La psicología de la atención, 2,50. La evolución de las ideas generales, 3. La lógica de los sentimientos, 2,50. Ensayo sobre las pasiones, 2,50.